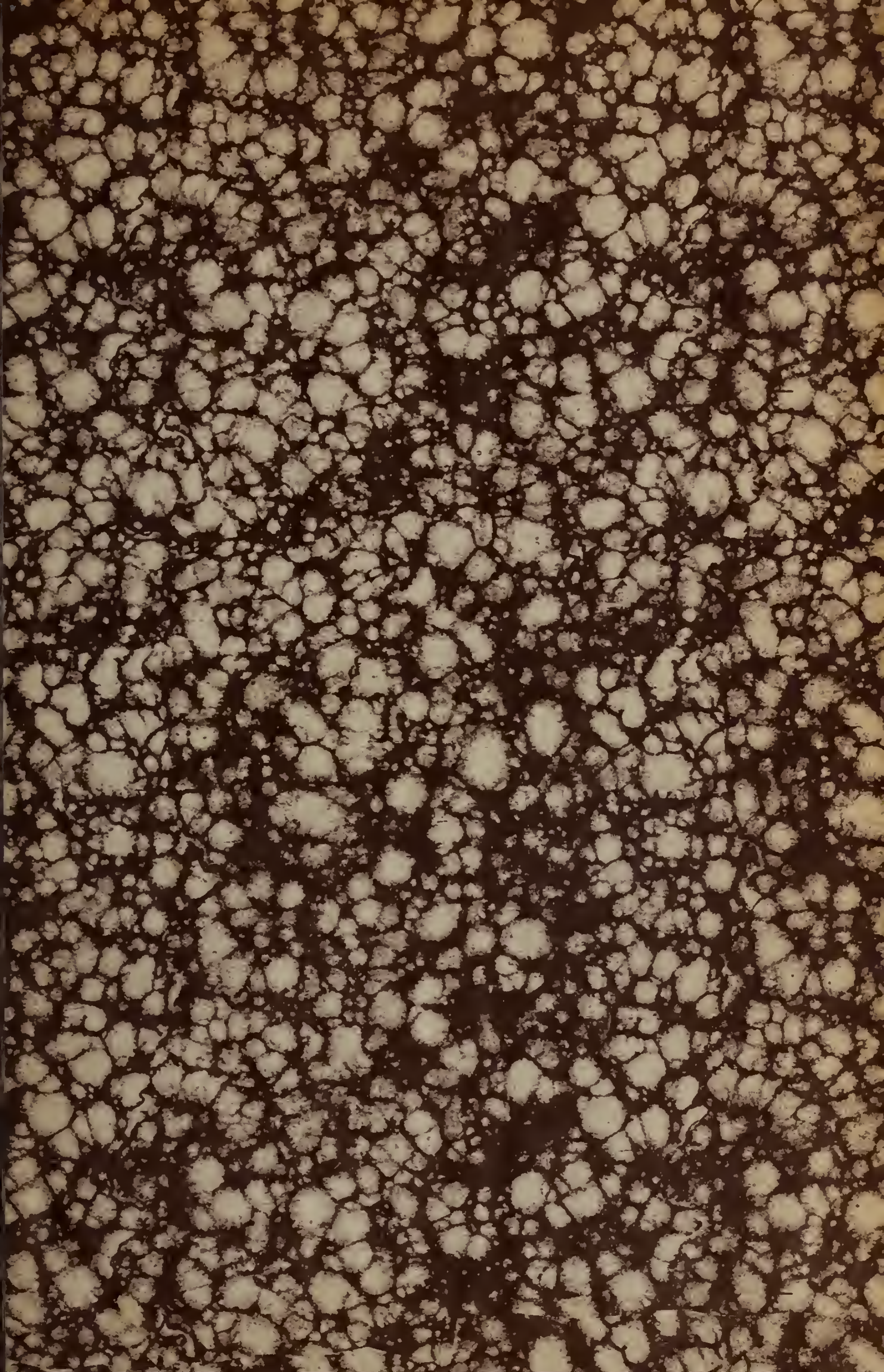
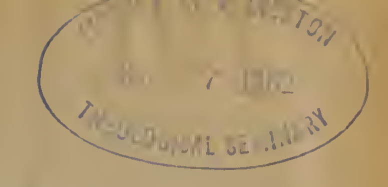




Historia Eclesiástica de Rusia



HISTORIA ECLESIASTICA DE RUSIA

POR EL

ILMO. SR. D. HILARIO GOMEZ

CABALLERO CON CRUZ Y PLACA DE LA REAL Y MILITAR ORDEN DE SAN HERMENEGILDO, COLABORADOR DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS, VICE-PRESIDENTE DEL CENTRO DE ESTUDIOS ORIENTALES, ETC., ETC.

Con las debidas licencias

ARTES GRÁFICAS C. I. M. - MADRID

Al Excmo. Sr. Don Juan March y Ordinas, insigne mecenas, que con magnanimidad inaudita fomenta de modo eficaz el progreso científico-literario de la Patria.

PROLOGO

Como partidarios entusiastas del mayor acercamiento de los occidentales a las venerandas tradiciones cristianas del Oriente, tenemos interés sumo en difundir entre los lectores de habla hispánica la evolución histórica de la Cristiandad eslavo-oriental. Creemos sinceramente que nuestro impulso responde a una necesidad verdadera, que lamentan profundamente todos cuantos admiran los tesoros religiosos que se esconden en las Cristiandades del Oriente. Porque hay que confesarlo con toda franqueza: En España son algo totalmente desconocido el desarrollo histórico del Cristianismo eslavo; su exégesis dogmático-moral, su culto bizantino y su disciplina canónica. Aún nos atrevemos a decir más: Hasta la propia existencia de una Iglesia Oriental dentro del marco jurisdiccional de la Roma papal era, hasta bien poco, patrimonio exclusivo de los muy versados en Teología y en Historia Eclesiástica General. País de profunda y vieja tradición católico-romana, España (y otro tanto podemos afirmar de sus hijas, las naciones del Centro y Sur de América) consideraba al Oriente y a sus Cristiandades como desviaciones religiosas que, estando al margen de la Verdad Ecuménica, no merecían estudio detenido. Semejante actitud es equivocada. En el día de hoy, nadie que pretenda figurar entre los enterados de las corrientes mundiales, puede discutir la absoluta necesidad de un acercamiento fraterno entre occidentales y orientales y, por ende, de un gran conocimiento mutuo entre los mismos. Se trata, por desgracia, de una actualidad aguda y de una realidad profunda. No cabe la posibilidad de soslayarlas. El Oriente Ortodoxo, concretamente, Rusia —corazón y núcleo modernos de la Ortodoxia—, con sus inmensas reservas humanas, ideológicas y espirituales, constituye un considerable potencial, creador de historia. Del sentido que tome este potencial, en favor o en contra de la civilización cristiana, depende el porvenir de la Humanidad.

Dividido en dos bloques antagónicos que se aborrecen de muerte, el mundo actual exige de todo hombre sensato y cristiano una postura eficaz y vigorosa: la de combatir por la Unidad Religiosa de todos los que adoran al mismo Dios, Unico y verdadero, la de trabajar por la fraternidad organica y jerárquizada de los que en substancia tienen el mismo Credo. Nada más lógico que conocer bien los valores, "los eternos valores teológico-morales", que unen en un mismo destino a los cristianos de Oriente y Occidente. Unos y otros han de conocerse mejor para que puedan amarse. La separación secular entre unos y otros es un fenómeno trágico que dificulta enormemente la defensa contra el materialismo marxista, enemigo común de católicos y de ortodoxos, y entraña un retraso fatal en la solución de un magno problema misional: "la evangelización" de los inmensos territorios asiáticos.

Hay que contribuir a que la Rusia cristiana, liberada un día del yugo opresor del Comunismo —nada hay más caduco que la "tiranía"—, sea el puente que una al culto y progresivo Occidente con el caótico mundo religioso de los asiáticos. La obra que es gigantesca, no es imposible. Los que miran al Cielo y admiten la existencia de la Providencia Divina no conocen ese adjetivo descorazonador. Mas es preciso, ante todo, que los cristianos depongamos nuestras diferencias y demos entrada en los programas misionales y universalistas a la "armonía fraterna". La situación del mundo amenazado por el satánico empeño anticristiano del Kremlin moscovita, obliga a todos a tomar actitudes conciliadoras. Para lograr la victoria contra el ateísmo comunista que por igual odia a católicos y a ortodoxos, es imprescindible la Unidad.

Quede para otros tratadistas mejor preparados el arduo cometido de presentar a los ortodoxos de la Eslavia Oriental una historia objetiva y clara del Catolicismo, por ellos tan vilipendiado, cabalmente, porque no lo conocen bien, historia que se encargaría de deshacer prejuicios seculares y de llevarlos al convencimiento de que en la verdadera Iglesia de Cristo, que es "Universal", genuinamente ecuménica, debe existir, dentro del más escrupuloso respeto para la variedad de ritos —accidentales siempre—, un elemento esencial: la "Unidad dogmático-moral".

Por nuestra parte consagraremos nuestros esfuerzos a la tarea de dar a conocer a los occidentales la evolución de la Cristiandad eslava, el desarrollo de su vida teológico-moral y las vicisitudes de su disciplina canónica.

* * *

Nuestra historia, que aspira a ser un complemento de las obras dogmático-canónicas que sobre Rusia tenemos publicadas, abarca casi un milenio. Empieza en la cristianización de las tribus eslavas bajo Wladimiro el Santo y el Grande (989) y termina con la formación del vasto y poderoso Estado Unitario, autocrático y anticristiano de los "Soviets", que con inaudito descaro se han proclamado ateos.

Naturalmente, teníamos que consagrar una buena parte de nuestro libro a la Civilización de Kiew y de Novgorod, ciudades famosas de la Rusia primitiva, entre las cuales se estableció una gran corriente comercial, cultural y religiosa de importancia considerable en la historia rusa. Fue la primera foco de cultura bizantina, y resultó la segunda una sede esplendorosa de civilización europeo-occidentalista. Al leer esta primera parte de nuestra obra, los occidentales podrán darse cuenta de que, en los albores de su vida histórica, Rusia fue católica, o al menos "no disidente", y que fueron los jerarcas y los clérigos bizantinos —triunfantes, al fin, contra el influjo católico-romano— los que inocularon en el alma eslava, de suyo bondadosa y dulce, el injustificado odio a los "heréticos latinos".

La invasión de los tártaros consumó el alejamiento total de los rusos respecto de la Europa Central y de la Roma pontificia. En adelante, los moradores de la Gran Eslavia del Este mirarán hacia Bizancio en el orden religioso y hacia el Asia Central, en el político y se apartarán definitivamente del Foco de la Unidad y de la Verdad religiosas.

La Curia Romana no tiene responsabilidad en esta catástrofe histórico-eclesiástica. La demuestran con meridiana claridad los esfuerzos unionistas de los Concilios de Constanza y de Basilea y la actución catolizante de los auxiliares de Roma, quienes, desde Lituania, Polonia y Galitzia, como bases, presionaban en este sentido católico sobre Bielorrusia,Ucrania, Rusia báltica y Moscovia. Aludimos con singular complacencia al gran Metropolita de Moscú, Isidoro, Jefe Supremo de la Iglesia eslava y luego Cardenal rutheno, quien actuó con decisión en el Concilio unionista de Florencia a favor de la "Unidad" y reincorporó a los rusos al seno de la Iglesia Católica. El piadoso jerarca eslavo fracasó en sus nobles propósitos a causa del orgullo y despotismo de los moscovitas, altivos moradores de la Rusia Central, entonces ya rabiosamente nacionalistas absorbentes. Pero Rusia no se alejó tan sólo de la Roma papal y de la cultura occidental. Hizo otro tanto con Bizancio, de la cual recibiera la Religión y la Liturgia. Antes ya de la caída de Constantinopla en poder de los turcos, habían recabado los rusos la Autocefalía para su Iglesia. Y sus

publicistas ortodoxos, monjes por lo general, difundieron por doquier la orgullosa pretensión eslava condensada en estos dos lemas:"Moscú, la Tercera y Ultima Roma", y "El Gran Duque moscovita, el nuevo Constantino". No tardando, la teoría cristalizaba en la creación del Patriarcado de Moscú. Son figuras excelsas de esta dignidad, nueva en la Iglesia eslava, "Filareto", padre del primer Romanov, y "Nicón", personaje de relieve en la historia de Rusia. Uno y otro personificaron de admirable manera la dualidad de potestades armónicamente vertebradas en la Moscovia del siglo XVII. El último, además, es símbolo y víctima de la contienda por la hegemonía entre ambas supremas potestades. Con él empezó el Rascol o Cisma ruso, dentro, claro es, del ámbito nacional y religioso del país.

No podían faltar en una obra de esta índole los más célebres soberanos de Rusia: Pedro I el Grande y Catalina II, porque el primero trajo a la existencia el Santo Sínodo, máquina estatal rectora de la Iglesia nacional, y la segunda, zarina enciclopedista y volteriana, hizo de la Religión un instrumento de su política absolutista y paneslava. Se estudian con relativa amplitud los reinados de Alejandro I, Zar piadoso, que se propuso imponer a su patria un sincretismo religioso anómalo y enfermizo, y de Nicolás I, gran perseguidor del catolicismo y soberano en extremo absolutista. Cerramos nuestra narración con el estallido de la Gran Revolución comunista y sus trágicas consecuencias para la Iglesia eslava y la civilización humana. Insistimos mucho en la actitud que respecto al Estado comunista han adoptado los altos jerarcas de la Iglesia rusa.

Quiera el cielo que se vean cumplidos nuestros designios unionistas y que este libro sirva para que, conociendo mejor a la Iglesia Ortodoxa, los católicos de habla española procuren el acercamiento a los que adoran al mismo Dios y rezan a la misma Theotokos, a la Virgen María, Nuestra Señora.

Madrid y septiembre de 1956.

EL AUTOR.



El Pantocrator (Escuela de Rubliow, siglo XV)



La Theotokos del Patriarca Josafat (siglo XVII)

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

a). Historia profana

ECK; *"Le moyen âge russe"*, París, 1933.
KIUTCHEWSKY; *"Geschichte Russlands"*, Berlín, 1925.
LIEB; *"Russland unterwegs: der russische Mensch zwischen Christentum und Komunismus"*; Basilea, 1954.
MARKOW (Sergey); *"Der einsame Herscher (der letzte Romanow)*; Viena-Munich, 1936.
MILIUKOV-SEIGNOBOS-EINSENMANN; *"Histoire de la Russie"*, París, 1932.
OSTROGOWSKY; *"Geschichte des bizantinischen States"*; Mónaco,1940.
PLATONOW; *"Geschichte Russlands von Beginn bis zur Jetztzeit"*, Leipzig, 1927.
SCHIEMANN: *"Russland Polen und Livland bis im 17 Jahrhundert"*; Berlín, 1886.
VASILIEW; *"Histoire de l'empire bizantin"*; París, 1932.

b) Historia eclesiástica

AMMANN; *"Storia della Chiesa russa"*; Turín; 1947.
BRIAND-CHANINOV: *L'Eglise russe*. París, 1928.
BONWETSCH: *Kirchengeschichte Russlands*. Leipzig, 1923.
GÓMEZ: *La Iglesia rusa*. Madrid, 1948.
GÓMEZ: *Las Sectas rusas*. Madrid, 1948.
GONDAL: *L'Eglise russe*. París, 1901.
MAKLAKOW: *L'Eglise ortodoxe et le pouvoir civil en l'U. R. S. S. de 1917 a nos jours*. París, 1946.
PALMIERI: *La Chiesa russa*. Florencia, 1908.

PHILARET: *Geschichte der Kirche Russlands,* traducida por Blumenthal, Francfort del Main, 1872.
VASILI-ROZANOR: *L'Eglise russe,* traducción francesa de Limont. París, 1912.

BIBLIOGRAFIA ESPECIAL

a). *Parte profana*

BAUMGARTEN: *Aus origines de la Russie.* Roma, 1939.
FLEISCHHACKER: *Russland zwischen wei Dynastien,* 1590-1613. Viena, 1933.
FORSTREUTER: *Preussen und Russland im Mittelalter.* Berlín-Koenigsberg, 1938.
GRECOV: *The culture of Kiew Russ.* Moscú, 1947.
HAMMER-PURGSTALL: *Geschichte der goldenen Horde.* Budapest, 1840.
JAKOUBOWSKY: *La Horde D'or,* traducción francesa de Thuret Paris, 1939.
LEIB: *Roma, Kiew et Byzance...,* Paris, 1924.
LUTHER: *Geschichte der russischen Literatur.* Leipzig, 1924.
NAZAREWSKY: *Histoire de Moscou depuis les origines jusqu'a nos jours.* Paris, 1932.
PLATONOW: *La Russie moscovite.* París, 1932.
SPULER: *Die Mongolen in Russland.* Leipzig, 1943.

b) *Parte religiosa*

BAUMGARTEN: *Saint Vladimir et la conversion de la Russie.* Orientalia Christiana, t. 27-1932.
BARON: *Un theologien laique orthodoxe russe au XIXe. Siècle, Chomiakow.* Roma, 1940.
CECCONI: *Studi Storici sul Concilio di Firence.* Florencia, 1896.
DENISOV: *Máxime le grec et l'Occident,* en Irenikon, t. 27-1940.
GORDILLO: *Les theologiens de l'Ecole de Kiew,* Dict. de Th. Catholique.
GRATIEUX: *Chomiakow et le mouvement slavofile.* Paris, 1920.
GERHIN: *Die Sekten der russischen Kirche.* Leipzig, 1898.
GARDINER: *Les eglises orientales et la World Conference,* en Inter. und kirchliche Zeitschrift, 1919.
HAASE: *Volksglaube und Brauchtum der Ostslaven.* Breslau, 1939.
HAASE: *Die religiose Psyche des russischen Volkes,* Leipzig-Berlín, 1921.
HALECKY: *Roma et Byzance au temps du Grand Schisme d'Oc-*

dent, en Collectanea th., t. 18-1937.
HERVIGNI: *Vladimir Soloview, un Newmann russe*. París, 1934.
JUGIE: *Theologia dogm. christianorum orientalium*. París, 1926.
JUGIE: *Pierre Moghila,* Dic. de Th. Cath.
JUGIE: *Philarete Drozdow,* Dict. de Th. Cath.
LOENERTZ: *Les Crysobernes et l'Union de les Eglises...*, en Archivum F. Praedicatorum, 1939.
MALVI-VILLER: *La Confession orth. de Pierre Moghila,* en Orientalia Christ., tom. X, 1927.
PALMER: *The Patriarch and the Tzar*. Londres, 1876.
PALMIERI: *Theologia dogm. Orthodoxa*. Florencia, 1912.
PALMIERI: *La Conversione dei russi al Cristianesimo,* en Studi religiosi, tom. 2. Roma, 1901.
PASCAL: *Awakum et les debuts du Rascol*. París, 1937.
PASCAL: *La vie de l'archiprête Awakum*, París, 1937.
PELESZ: *Geschichte der Union der ruthenischen Kirche mit Rom*. Vurzburgo y Viena, 1876.
PIERLING: *La Russie et le Saint Siège*. París, 1896.
SCHAEDER: *Das dritte Rom*. Hamburgo, 1929.
SMURLO: *Le Saint Siège et l'Orient Orthodoxe*. Praga, 1928.
SMOLITSCH: *Das altrussische Monchtum*. Vurzburgo, 1940.
SMOLITSCH: *Studien zum Klosterwesen Russlands und zum Problem des klosterbesitzes im XV, u. XVI Jahrhundert,* artic. aparecidos en Kyrios, vol. 4, 1939.
STEINMANN: *Constantin Pobjedonoszew der Saatsmann der Reaktion unter Alex. III*. Berlín, 1933.
STREMOOUKHOW: *W. Soloview et son oeuvre messianique*. París, 1935.
TAUBE: *Rom und Russland in der vormongolischen Zeit*. Rev. Ex Oriente. Maguncia, 1927.
TONDINI: *Réglement eccl. de Pierre le Grand*. París, 1874.
URBAN: *C. Pobjedonostzev, Procureur general du Saint Synode*. París, 1927.
VILLER: *La question de l'Union des Eglises grecque et latine depuis le Concile de Lyon jusqu' à celui de Florence,* en Revue d'Histoire eccl., tom. 28-1922.
ZIEGLER: *Die Union des Konzils von Florence in der russischen Kirche*. Vurzburgo, 1938.

PARTE PRIMERA

La Rusia primitiva. – El Yugo tártaro. – Siglo XVI

La Rusia primitiva
(989-1.236)
Kiev y Nowgorod



Rurik



S. Wladimiro y Jaroslaw

Capítulo I

WLADIMIRO EL SANTO Y EL GRANDE

Valor y alcance del testimonio de Focio, Patriarca de Constantinopla acerca de la cristianización de los rusos. El bautismo de la Princesa Olga y sus contactos religiosos con el Occidente. Los cristianos de Kiew antes de Wladimiro. Orígenes de la cristianización eslavo-oriental según la crónica de Nestor, del Monasterio de Kiewo-Petchersky. Polémica en torno a esta fuente histórica (la vieja crónica, como dicen los rusos). El bautismo del pueblo. ¿Lo cristianizaron sacerdotes búlgaros?. Influencias búlgaras y latinas en la formación del pensamiento religioso de la Rusia primitiva. Abundantes residuos de occidentalismo. Escasez de noticias sobre la organización eclesiástica de la naciente Iglesia rusa. La Rusia primitiva dentro de la esfera cultural y religiosa de "Bizancio".

Decretos de S. Wladimiro incluídos en el Reglamento y Código que llevan su nombre.

* * *

Se ha escrito mucho sobre la evangelización del pueblo ruso. Las primeras noticias salieron de Bizancio. El célebre Patriarca Focio, iniciador del Cisma funesto, habla en una encíclica (860) de la conversión de Rusia. El día 18 de junio de aquel año los rusos atacaron a la ciudad de Constantinopla. «La perla de los Estrechos—escribe el culto Patriarca—se salvó por verdadero milagro». El Supremo Jerarca de la Ortodoxia bizantina arrojó al mar la Túnica de la Santísima Virgen; «las aguas—asegura él—comenzaron a moverse y pronto se desencadenó una horrorosa tempestad que obligó a los invasores a retirarse. De todos modos—concluye el Patriarca—, aquellos bárbaros originaron horribles devastaciones en los alrededores de la ciudad». Una vez en su país, «aquellos paganos incultos y salvajes—son las mismas palabras de Focio—pidieron un Obispo y abrazaron la

religión cristiana». Conviene observar que más tarde los cronistas bizantinos dieron cabida en sus relatos a esta versión de Focio. No debe omitirse tampoco que se ha discutido mucho sobre los acontecimientos a que aludió en su Circular el famoso Patriarca Ecuménico. Aunque, a decir verdad, la polémica se refiere más bien a la fecha (18 de junio de 860), no deben tomarse muy en serio los testimonios de Focio. No puede negarse la existencia de la aludida Circular y de las Homilías célebres que con ocasión del ataque ruso pronunciara él en la Gran Basílica de Sta Sofía, tanto más cuanto que del ataque de los invasores eslavos se hizo cargo la Historia de Bizancio. Pero de aquí a recibir como buena la noticia del envío de un Obispo a Rusia y de la conversión de este país media un abismo. Parece seguro que el Patriarca se hizo eco de un rumor persistente y que no tuvo intención de establecer con firmeza el hecho venturoso de la cristianización de los eslavos orientales.

Aunque se ha discutido mucho acerca del bautismo de la Princesa Olga, viuda del Príncipe Igor, nieto de Rurik, del tronco de la famosa dinastía de ese nombre, existe ya mayor seguridad histórica. Es indubitable el hecho del bautismo de esta ínclita Princesa, a la que alguien ha llamado «la Santa Mónica del país eslavo». Golubinsky, el mejor historiador de la Iglesia rusa, asegura que la excelsa dama recibió el Sacramento del bautismo en tierras eslavas. En opinión de otros, la Princesa Olga fue bautizada en Constantinopla, a donde hizo dos viajes. La viuda del Príncipe Igor estableció también contactos religiosos con el Occidente. Sabemos por los Anales de Hildesheim (959) «que los legados centro-europeos ante Olga, «bautizada en Constantinopla de modo ficticio, según se demostró después, pidieron al Rey Otón I el Grande en nombre de la Princesa un Obispo y algunos sacerdotes para cristianizar a sus gentes». El enviado fue Adalberto, del Convento de San Maximino, quien al cabo de un año regresaba al punto de partida. El Obispo alemán venía descorazonado y se quejaba amargamente de la inutilidad de sus labores evangélicas en Rusia y de las enormes dificultades del viaje. La Princesa Olga moría cristiana a una edad muy avanzada.

El belicoso Svjatoslaw, hijo suyo, célebre por los descalabros que infligió a los bizantinos y por la descripción que de él nos dejó León el diácono, permaneció en las tinieblas del paganismo; pero fue muy tolerante con los variegos que se habían convertido al cristianismo. Los nuevos cristianos se multiplicaron mucho en Kiew durante su reinado, bastante más que bajo el principado de Jaropolk, su hijo y sucesor. Desde los tiempos de Igor

poseían ya los variegos en la histórica ciudad del Dnieper varias iglesias cristianas, de las que una era «Sobor», es decir, Catedral, o, por lo menos, templo más amplio y suntuoso que los demás. Estaba dedicado a «San Elías», que era el titular de la iglesia instalada en el barrio ruso de Constantinopla.

Pero el hecho venturoso de la conversión oficial y definitiva de los rusos al cristianismo estaba reservado al Príncipe «Wladimiro» el Santo y el Grande, nieto, cabalmente, de la santa mujer que se llamó Olga, primera cristiana de calidad en los albores de la historia de Rusia.

El magno acontecimiento, que tiene una importancia capital en la evolución histórica de Rusia, ha sido tan desfigurado por los historiadores que no hay medio de establecer con firmeza las condiciones y las influencias bajo las cuales tuvo lugar. De ello tiene la culpa la única narración que hoy poseemos: la Antigua Crónica, como llaman los rusos a la de Nestor, monje benemérito de la Kiewo-Petscherskaja Laura, quien hizo desaparecer, si es que alguna vez existió, una historia más vieja y más verídica. Pese a los argumentos, cada vez más numerosos y sólidos que desde un siglo a esta parte vienen acumulándose contra el valor crítico de la narración nestoriana, tal como hoy la conocemos, ciertos autores recientes y novísimos se sirven aún de la Vieja Crónica para describir los orígenes de la cristianización eslava. He aquí en síntesis el contenido de la misma.

Vivía el Príncipe «Wladimiro» en medio de orgías y excesos de todo linaje, cuando recibió la visita de varios misioneros, que le explicaron sus respectivos sistemas religiosos. Le habían sido enviados por los búlgaros, por los Kázaros, por los alemanes católicos y por los bizantinos, católicos también por entonces. El misionero griego «Constantino» hizo ante el Príncipe Kievense un sermón impresionante sobre la Historia de la Humanidad, empezando, claro es, desde la Creación. Más tarde, el propio Wladimiro envió embajadores para recoger informes de índole religiosa entre los búlgaros, los alemanes y los griegos. El Príncipe de Kiew se inclinó por los últimos. He aquí la evolución de los hechos.

Hacia el año 987 recibía Wladimiro a unos embajadores bizantinos, quienes en nombre de los soberanos Basilio II y Constantino VI solicitaban ayuda militar contra el rebelde Bardas Focas. El Príncipe de Kiew aceptaba la invitación; pero exigía que le fuera entregada en recompensa la mano de la hermana de los emperadores, de la porfirogéneta Ana. Sea lo que quiera de esta embajada y sus motivos determinantes, no cabe negar la existencia de algún vínculo entre el bautismo del Prín-

cipe ruso y su matrimonio con la princesa griega, porque, de otro modo, hubiera sido absolutamente imposible que Ana se hubiera incorporado al harem de un caudillo pagano. Bizancio aceptó la condición que ponía el soberano ruso. Wladimiro, capitaneando sus tropas, que ascendían a seis mil hombres, se presentó en Constantinopla, contrajo esponsales con Ana y batió a los revoltosos (988-89). Mas, orillado el peligro que les amenazaba, los Emperadores bizantinos se negaron a entregar su hermana a un Príncipe bárbaro y pagano. Indignado por esta villanía, el soberano de Kiew montó en cólera, atacó a la plaza fuerte de Cherson (Crimea) y obligó a los Emperadores bizantinos a cumplir la palabra empeñada. Ana Porfirogêneta era entregada a Wladimiro de Kiew, y éste abandonaba la ciudad bizantina. Cumplida la condición estipulada, el nieto de la princesa Olga recibía las aguas bautismales—en fecha y lugar que no se especifican—y regresaba a la capital de Ucrania para obligar a sus súbditos a «bautizarse». De toda esta historia, a la que Belajew calificó en 1847 de «invención helénica», no puede aceptarse más que lo que se halla confirmado por otras fuentes. Hacia 1882 sostuvieron aguda polémica los historiadores más serios de Rusia. Golubinsky, a cuyos merecimientos histórico-eclesiásticos hemos aludido ya, aceptó de lleno la tesis de Belajew. Las cosas—decía este sabio historiador—no pueden estar más claras. Todo fue invención de algún griego, que tuvo interés en adjudicar a Bizancio la gloria de la evangelización del mundo eslavo. Con Elpidifor Barsov aseguran otros autores que se trata de una leyenda edificada sobre un hecho histórico fundamental y escueto: «el bautismo de Wladimiro de Kiew por sacerdotes bizantinos». Los occidentales no podemos mediar en este litigio, que no nos interesa de modo directo. Tampoco tenemos a nuestra disposición el indispensable material científico. El Barón von Baumgarten, el más moderno historiador de Wladimiro el Santo y el Grande, afirma que «sea lo que quiera del carácter legendario de la narración—tan llena de contradicciones e inexactitudes para los rusos—, es muy cierto que tiene hondas raíces en la historia de Rusia. Por eso no han podido extirparla del cuerpo de la narración popular los eruditos de ese país». Esto por lo que afecta a la conversión y bautismo de la persona de Wladimiro de Kiew..

Bastante más notable que la cristianización individual de este excelso príncipe fue el bautismo de su pueblo. También aquí reina oscuridad porque se ha falseado la Historia. Se quiso dar a la obra, indudablemente grandiosa, un carácter y un origen netamente bizantinos. Y así surgió la versión oficial. En los

últimos años, sin embargo, se ha hecho circular otra muy verosímil. Miguel Priselkow, autor de un «Ensayo sobre la historia político-religiosa de la Rusia Kievense», S. Petersburgo, 1913, sostiene que la primera evangelización del pueblo ruso se debe a «sacerdotes búlgaros». Wladimiro—asegura este historiador—, que aceptó el cristianismo por motivos enteramente políticos, comenzó su vida de Príncipe cristiano colocando a Rusia bajo la jurisdicción del Arzobispo autónomo de Ocrida. Esta debió ser, a su juicio, la situación canónica de la Iglesia rusa hasta el año 1037 en que Jaroslaw el Sabio creaba la Metrópoli de Kiew. Los altos dignatarios de la Iglesia Ortodoxo-eslava rechazaron con desprecio la hipótesis de Priselkow. Pero una cosa es gritar y otra muy distinta tener razón. Los más encumbrados jerarcas de la Ortodoxia rusa no pudieron desvirtuar el argumento básico de este notable investigador. Priselkow se apoyaba en el hecho incontrovertible de las influencias búlgaras en la religión eslava. «Los búlgaros ejercieron en los tiempos mismos de Wladimiro una influencia preponderante en los asuntos religiosos de Rusia». (Istrin en «Bosquejo histórico de la antigua literatura rusa», S. Petersburgo, 1922). Puede asegurarse, sin miedo a caer en inexactitudes, que bien en esta época, bien en otra algo posterior, toda la literatura búlgara pasó a los neocristianos de Rusia. El búlgaro fue la antigua lengua litúrgica de los Eslavos orientales. Casi todas las viejas traducciones de los Santos Cirilo y Metodio y toda la obra de sus discípulos, parecen haber pasado a Rusia a través de Bulgaria. Queremos aludir a los libros litúrgicos, a los tratados jurídicos, a las colecciones de homilías, a las versiones de la Biblia, y a los escritos patrísticos. Naturalmente, el idioma no tardó en evolucionar. Lo que en sus comienzos era plenamente búlgaro tomó no tardando caracteres indígenas bien definidos. Conviene advertir que la producción teológica búlgara de este período no parece haber dado señal alguna de la incompatibilidad entre Oriente y Occidente. No asoman por parte alguna las tendencias «cismáticas». Fuera de una alusión de marcada hostilidad hacia los Obispos bávaros—cosa que encuentra su explicación satisfactoria en el miedo a la competencia de índole proselitista—las «Vidas de los Santos hermanos Cirilo y Metodio», que pasaron a la antigua Rusia, vía Bulgaria, daban muestras del más reverencial respeto al «Apostólico» (Obispo de Roma). La traducción metodiana del Nomocanon bizantino contenía una protesta contra el famoso canon 28 del Concilio Calcedonense y una afirmación tan enérgica como inesperada de la «primacía jurisdiccional» del Romano Pontífice. El antilatinismo de Bul-

garia fue debido a la presión de los griegos, y, sobre todo, de León de Ocrida y Teofilacto.

Otros autores han señalado influencias latinas en la conversión de Rusia: Nikolsky estableció con toda firmeza («Primer período de la Historia y Civilización rusas», Leningrado. 1930) que los eslavos del valle del Dnieper, antes, claro es, de la conversión de Wladimiro, habían sufrido influjos moravos y se habían hecho cristianos merced a los trabajos apostólicos de los discípulos de los Santos Cirilo y Metodio, evangelizadores del mundo eslavo. El propio Wladimiro recibió varias embajadas romano-latinas. Fue el más célebre visitador de la corte de Kiew, Bruno de Querfurt. En una carta que hacia 1006 escribía a Enrique II de Alemania, su ilustre amigo, daba a conocer el buen misionero alemán la gran hospitalidad de que le habían hecho objeto en Kiew—donde permaneció por espacio de un mes—el «señor de los rusos, tan grande por su reino como excelso por sus riquezas». Pero el valiente misionero occidental deseaba predicar entre los Petchenegas, bandoleros famosos y temidos que infestaban las estepas de la Rusia Meridional. El Príncipe Wladimiro le acompañó hasta las mismas fronteras. Bruno, llamado también Bonifacio, marchaba cantando aquel bien conocido pasaje evangélico: «Pedro, ¿me amas?. Apacienta mis ovejas». El Soberano Kievense trató de disuadir al celoso misionero, porque, dada la ferocidad de aquellas tribus, no podía ser más peligrosa ni más inútil la misión evangelizadora. Bruno contestaba así a Wladimiro: «¡Que Dios te abra las puertas del Paraíso en pago de haberme mostrado el camino para cristianizar esos paganos!» El misionero alemán convirtió a una treintena de Petchenegas y les dejó un «Obispo» ¡latino! Los cronistas rusos, profundamente antirromanos, no hacen mención de estos hechos, pero han sido comprobados por el hallazgo de medallas conmemorativas de esta noble actitud de «Bruno de Querfurt», misionero católico entre los Petchenegas. No es de extrañar, por tanto, que se encuentren en la literatura religiosa de la vieja Rusia muchos vestigios latinos u occidentales. En Moravia, donde subsistía la herencia de los santos evangelizadores Cirilo y Metodio, hubo una literatura eslava de alguna importancia. Los caracteres de la escritura eran los mismos que en Bulgaria. Todos los autores rusos, aun los más fanáticos partidarios de Bizancio, en cuanto educadora exclusiva de los eslavo-orientales, se vieron precisados a reconocer que en la época de Wladimiro el Santo y el Grande fueron más estrechas que nunca las relaciones búlgaro-rusas. Alguien ha hecho notar el influjo de la

«Vida de San Wenceslao de Bohemia» sobre la de los mártires rusos Boris y Gleb. La «Vida de San Apolinar de Rávena» fue traducida ¡¡directamente del latín!! Y la de San Guy, desconocido enteramente entre los griegos, pero muy célebre en Bohemia, fue editada por el sabio filólogo y arqueólogo ruso Solobewsky teniendo a la vista un manuscrito del siglo XII. Este mismo erudito dio con viejos textos eslavos de las Vidas de Sta. Anastasia Romana y de San Crisógono, con las Actas del Papa San Esteban, vertidas inmediatamente del latín, y con plegarias notables, también latinas, que estuvieron muy en boga en la antigua Rusia. Entre las últimas merece citarse una contra el Diablo. Había sido extraída de un manuscrito del siglo XIII. En ella se invocaba la intercesión de San Guy, S. Lorenzo, San Florián, S. Crisógono, S. Zoilo y S. Bonifacio, todos occidentales. Entre los Obispos se mencionaban Clemente de Roma, Silvestre, Ambrosio, Jerónimo, Martín y Cipriano, y entre las Vírgenes, Agata, Lucía, Cecilia, Felicitas y Walpurge. En la «Oración a la Santa Trinidad», que data de aquella misma época y de la cual existen numerosas variantes, se nombran, después de los apóstoles, el «Santo Coro de los Papas» y ciertos santos occidentales como Magno, Canuto y Albano. Basta esto para demostrar que junto a los influjos búlgaros y bizantinos hay que colocar otro occidental de importancia considerable. Nos referimos, claro está, a la formación del pensamiento religioso en la Rusia primitiva. Por lo demás, no caeremos en la ingenuidad de dar al Occidente intervención importante en el hecho mismo de la cristianización de los eslavos orientales. Pero no tendrían explicación posible esos residuos de occidentalismo en el siglo XIII y posteriores, si con la debida antelación no hubieran pasado por tierras rusas misioneros latinos o si no hubieran actuado en Rusia más que los evangelizadores bizantinos.

Wladimiro el Santo y el Grande moría en 1015. Dejaba a Rusia una gran herencia: la Fe cristiana, en la que muriera también su ínclita abuela, la Princesa Olga. Sabemos poco, muy poco, acerca de la organización de la primitiva Iglesia rusa. Consta, empero, que en Nowgorod, segunda ciudad del Principado ruso, residía bajo el gobierno de Wladimiro, llamado con razón el Apostólico, un Obispo de rito bizantino. Procedía de Cherson y se llamaba Joaquín. Se sabe también que en 1018 había en la Iglesia de Sta. Sofía de Kiew un Arzobispo con la Curia correspondiente. El primer Metropolita de nacionalidad rusa, Hilarión († 1054), escribía que en los tiempos de Wladimiro el Santo y el Grande había en Rusia «Obispos y presbíteros» tan sólo. Eran de rito bizantino y habían llegado proba-

blemente de Cherson. «Así lo asegura el historiador polaco Dlugosz, pero no hay razones sólidas para desechar la afirmación de que procedieran de Bulgaria». (Hoch en «Byzanz, Ochrid u. Kiew, 987-1037»; Revista Kyrios; tomo IV, 1938). De todos modos, el influjo religioso «decisivo» fue el «bizantino». La liturgia y la literatura religiosa, y por ende la ideología entera, fueron netamente bizantinas desde los comienzos mismos de la vida cristiana en Rusia. Lo fue también el Arte. Aún antes de Wladimiro se construyó en Kiew una iglesia dedicada a «¡¡Santa Sofía!!» Sin duda lo quiso así la Princesa Olga porque la principal iglesia de la prestigiosa ciudad de Constantinopla tenía por titular a la Eterna Sabiduria. Es, además, de capital importancia el hecho indiscutible de que con el bautismo de Wladimiro penetraran también en Rusia el Derecho Canónico de Bizancio y el concepto, totalmente bizantino, de las relaciones jurídicas entre ambas supremas potestades.

No terminaremos este capitulo sin consignar esta circunstancia notable: En aquel entonces Bizancio, a cuya esfera de influencia cultural pertenecía también Bulgaria, más o menos independiente en el terreno canónico, se hallaba aún en comunión con la Iglesia Romana.

DECRETOS DE S. WLADIMIRO, INCLUIDOS EN EL REGLAMENTO Y EN EL CODIGO QUE LLEVAN SU NOMBRE

«En el nombre del Padre, del Hijo y del E. Santo; Yo, el Príncipe Wladimiro (Vasilio después del bautismo), hijo de Sviatoslav y nieto de Igor y de la bienaventurada Princesa Olga, recibí la religión bizantina, que nos proporcionaron el Emperador griego Constantino y el Patriarca de Constantinopla Focio. Este nos envió a Miguel, Metropolita de Kiew, el cual bautizó a los habitantes de todas las tierras rusas.

»Pasado un buen número de años, edifiqué la Iglesia Catedral llamada Desiatinnaia (del diezmo), que dediqué a la Santa Madre de Dios. Y le asigné el diezmo de todas las rentas de mi principado y de todas las tierras rusas, el de los honorarios percibidos en los tribunales y los derechos cobrados cada décimo domingo en los mercados y ferias. Dispuse, asimismo, que todo vecino pague todos los años a la Iglesia del Salvador y a la de su Santa Madre el diezmo de todos los rebaños y de todos los bienes y frutos de la tierra.

»A seguida examiné el «Nomocanon» griego (Colección de

leyes canónicas y civiles relativas a la Iglesia). Y hemos comprobado (el Metropolita y yo) que ni el Príncipe, ni sus boyardos, ni sus «tiuny» (jueces subalternos) tienen poder para fallar en asuntos de la Iglesia. Yo estudié esto con mis hijos, con los príncipes y con los boyardos y tomé en consecuencia la resolución de otorgar el derecho de «juzgar» en todas las tierras rusas a las iglesias de Dios, a mi Padre, el Metropolita, y a los Obispos. En su virtud, ni mis hijos, ni mis nietos, ni mis descendientes en el transcurso de los tiempos, «juzgarán» a las gentes de Iglesia, ni se inmiscuirán en sus tribunales. Otorgo por entero a la Iglesia de Dios la facultad de juzgar en sus propios negocios. Y este poder judicial podrá ejercerse en las ciudades todas, en los pueblos todos, en las Slobodas (barrios en que vivían ciudadanos de condición «libre»), en el país entero, en una palabra, allí donde haya cristianos. Así que ni mis boyardos, ni mis jueces tendrán el derecho de intervenir en las causas reservadas a la Iglesia. Sin la asistencia de jueces del Metropolita, nuestros tribunales jamás intervendrán en los procesos relacionados con el diezmo otorgado a la Iglesia, procesos que pertenecen a nuestra jurisdicción.

«Son de la competencia de los tribunales eclesiásticos los asuntos siguientes: peticiones de divorcio; promesas de matrimonio que llevan consigo una retractación; las violencias hechas a una mujer o a una doncella; el rapto; las discusiones matrimoniales sobre intereses; los enlaces entre parientes; la hechicería; la magia; los sortilegios; el uso de hierbas para seducir; los actos de libertinaje; los encantamientos; las mordeduras; los golpes dados a los padres por los hijos o por la nuera a la suegra; las injurias verbales de los hijos a sus padres; las riñas entre hermanos a causa de la herencia; los robos sacrílegos; las rapiñas en los sarcófagos; las destrucciones de cruces mediante el hacha o las mutilaciones (cortándoles astillitas) realizadas en las que penden en los muros; la introducción innecesaria de ganado, de aves y de perros en los templos; las ofensas de cualquier índole a las Casas de Dios; las luchas entre dos amigos, surgidas a causa de que la mujer de uno de ellos, al apretar contra su pecho a la esposa del otro contendiente, estuviera a punto de ahogarla; la bestialidad; las preces recitadas en un hórreo o en un campo de cebada o debajo de un árbol o a la orilla de un río y la pretensión maliciosa y embustera de hacer pasar un niño como hijo de unos padres que no son los suyos.

»Ateniéndose a las leyes de Dios y a las de los Santos Padres, los reyes y príncipes cristianos que existieron antes que nosotros,

confiaron todas estas causas a la Iglesia de Dios. Por mi parte, he otorgado estos mismos derechos. Al hacerlo así, he seguido el ejemplo de los primeros emperadores y las decisiones de los grandes prelados en los Concilios Universales. Por lo tanto ni los príncipes ni los boyardos, ni los jueces tienen facultad para inmiscuirse, con desprecio de la Ley de Dios, en estos juicios. El que infringiere este reglamento no podrá esperar de Dios perdón alguno. El pecado y el dolor serán las consecuencias de semejante desacato. Prohibo a los tiuny que ataquen en lo más mínimo a los tribunales eclesiásticos. Y los tribunales civiles entregarán al príncipe la novena parte de los honorarios recaudados y a Nuestro Padre, el Metropolita, la décima de los mismos.

»De mucho tiempo atrás había sido otorgado por Dios a los prelados este privilegio. También intervienen, dentro de sus límites jurisdiccionales, en las medidas de toda índole (de longitud, de capacidad y de peso), las cuales se emplean en el mercado de las ciudades y en las ferias de los campos. El Metropolita vigilará para que no se pierdan estos derechos. De ellos, como de las almas que le fueron encomendadas, dará cuenta en el día del Gran Juicio.

»A tenor de los cánones quedarán bajo la jurisdicción del Metropolita las gentes de Iglesia que a continuación se enumeran:

El higumeno y la higumena; el pope y el diácono con sus mujeres e hijos; el chantre y el sochantre; el monje y la monja; el sacristán y el prochtchenik (enfermo que curó por haber tocado las santas reliquias o peregrinado a los Santos Lugares); la mujer encargada de las prósforas y la viuda; el antiguo siervo que adquirió libertad a la muerte de su dueño y el que fue liberado por donación testamentaria a la Iglesia por parte del testador a fin de asegurar la salvación de su alma; el peregrino, el ciego y el cojo; el personal de los monasterios, de los hospitales, de los eremitorios y de los asilos para peregrinos, y los que dejan los hábitos monacales. El Metropolita juzgará en todos los pleitos que mantengan estas gentes, es decir, en los ataques a la propiedad, en las riñas, en los asesinatos y en los altercados acerca de las herencias. Si estas gentes de Iglesia tuvieran discusiones con hombres extraños a la misma, juzgará un tribunal mixto. En tal caso los honorarios judiciales, en primera y segunda instancia, se repartirán por partes iguales entre los jueces eclesiásticos y civiles. Los transgresores de estas nuestras decisiones, ya sean hijos, nietos o biznietos nuestros, ya príncipes y boyardos, ya namestniky (subprefectos) o tiunys, que se atre-

van a dirigir ataques a los tribunales eclesiásticos o a substraerles causas que les pertenezcan, sean objeto en este siglo y en los tiempos por venir del anatema que fulminaron los Santos Padres de los *Siete* Concilios Universales.

»Fue por esto por lo que los soberanos ortodoxos (griegos y rusos) temiendo ser condenados por Dios, por los santos Apóstoles y por los venerables Padres de los Concilios Ecuménicos y de las asambleas particulares, dictaron estas reglas y renovaron los anatemas terribles a los que hemos aludido. En dichos Concilios, celebrados bajo la inspiración del Espíritu Santo, se declaró en sesiones plenarias y por unanimidad, lo siguiente: «El emperador, príncipe o personaje político que se pongan a juzgar acerca de las decisiones de un tribunal eclesiástico o substraigan objetos de los templos o bienes de los monasterios consagrados al Señor por motivos de salvación eterna, sean condenados por Dios como sacrílegos a tenor de los sagrados cánones y sean por siempre malditos por los Santos Padres».

Capítulo II

JAROSLAW, EL SABIO, MSTISLAW Y SAN HILARION, METROPOLITA DE KIEW

Jaroslaw el Sabio (Mudry).—Sus tendencias y contactos occidentalistas.—Mstislaw y sus simpatías por Bizancio.—El primer Obispo de Kiew.—Intensificación y predominio de la influencia bizantina en esta Ciudad, cuna del Cristianismo eslavo. Mayor influjo occidentalista en Nowgorod la Grande.—El primer Metropolita de Kiew, el griego Theopempt.—La plena anexión espiritual y canónica de la Iglesia Kievense a Constantinopla, pese al antibizantinismo de Jaroslaw.—El primer Metropolita de nacionalidad rusa: el benemérito Hilarión, gran maestro de Teología greco-eslava († 1067).*—Sus obras teológico-morales. Su famosa* Confesión de fe.*—La cristianización de los rusos.—Excelsos merecimientos de Jaroslaw en este venturoso acaecimiento.—Los contactos entre la Corte kievense y la Iglesia Romana.—Carácter* acismático *de la naciente Iglesia eslava.*

«El mérito de la cristianización eslava, como fenómeno político-religioso de alcance extraordinario, corresponde por partes iguales al Príncipe Wladimiro el Santo y a su hijo Jaroslaw el Sabio. El primero dio el impulso inicial, y el segundo creó el adecuado ambiente cultural y la forma política apta para la evangelización total». (P. Ammann en «Ostslavische Kirchengeschichte», Friburgo de B., 1948).

De todos los hijos de Wladimiro —que tuvo 25 nada menos—, fue Jaroslaw el que ha dejado en la Historia huellas más profundas. El padre le había cedido para disfrute y gobierno las tierras de Nowgorod, la ciudad más rica y mercantil de la Rusia septentrional, de donde partía en dirección a Kiew y Constantinopla la famosa Vía de los *Variegos*. Se había casado con Ingueguerda (Irene), hija mayor del primer Rey cristiano de Svealandia (parte central de Suecia): Olao Skötkonung, muy

amigo de Olao Kirre, del Santo monarca de Noruega, martirizado en Sticklestad. A estos vínculos debió Jaroslaw sus tendencias occidentalistas. Habían correspondido a Sviatopol —el más viejo vástago de aquella numerosa familia principesca— la ciudad y los territorios de Kiew, cuna del Cristianismo eslavo y del naciente Estado ruso. Se explican muy bien las contiendas que por el predominio y la posesión de Kiew sostuvieron aquellos dos príncipes, contiendas que, a la verdad, no interesan al historiador eclesiástico. No dejaremos de mencionar, sin embargo, la magnanimidad y el valor, la pericia y la suerte del primero y los procedimientos brutales del segundo. Sviatopol comenzaba su vida política con el asesinato incalificable de *Boris y de Gleb* (Román y David), hijos que a Wladimiro diera una mujer búlgara. Son *los dos primeros santos de la Iglesia rusa*. Eran bondadosos, dulces e incapaces de ofrecer resistencia a la perversidad homicida; aún en el día de hoy representa para muchos el ideal de la santidad. No son mártires en sentido estricto, porque fueron sacrificados a la ambición política, pero, dados el carácter y la mentalidad de aquellos dos jóvenes, naturalmente bondadosos, nada tiene de particular que los monjes Jaime y Nestor —cronistas que vivieron en Kiew a últimos del siglo XI— tejieran la leyenda de la santidad y del martirio.

* * *

Pero Jaroslaw no pudo permanecer mucho tiempo en la Ciudad del Lago Ilmen. Aparte la necesidad de eliminar a Sviatopol, al que logró abatir y desplazar definitivamente en 1019, una nueva discordia familiar le llamaba hacia el Sur. En la ciudad de Tmutorrokamje,situada en la orilla nordeste del mar Negro, predominaba la influencia de Bizancio, celosa del engrandecimiento del Estado ruso-variego. Allí se habían refugiado todos los descontentos de Kiew y todos los amigos de Bizancio. Hízose intérprete y representante de esta tendencia antivariega el hermano menor del propio Jaroslaw: *Mstislaw*. Después de una lucha fratricida asaz violenta (1024), el Principado de Kiew quedaba dividido en dos fracciones aproximadamente iguales. Jaroslaw imperaria en los territorios de la derecha del Dnieper y en la Ciudad de Kiew, por ende, y Mstislaw, en los situados a la izquierda con *Tschernigow* como capital. Jaroslaw, al tomar las riendas del poder, se encontró con que en la capital de su Principado había un Obispo, sometido de alguna manera al Patriarca de Constantinopla. Mas no parece del todo improbable que desease mantener también relaciones muy estrechas con la Roma Papal.

Autorizan a pensar así el hecho de que su esposa Ingueguerda fuese católica, apostólica y romana y la circunstancia de que, como residente por muchos años en Nowgorod la Grande, estuviese expuesto en medida considerable al influjo occidental. Es verdad que no existe ni el más insignificante vestigio de la estancia de embajadas pontificias en la Corte de Jaroslaw, pero sí consta por un testimonio muy posterior, el «*Episcopologio* de Kiew» (Varsovia, 1763), que Roma envió a este Prínsipe, lomo Pastor y Prelado de Kiew, un Obispo llamado *Alejo,* búlgaro de origen. La utilización por Roma de esta *vía balcánica* no parecía imposible del todo en aquel entonces. La situación político-canónica se prestaba a ello, porque el Emperador bizantino Basilio II, después de sus triunfos sobre Bulgaria (1018), mostró una gran benevolencia hacia el Jerarca eclesiástico de los Balcanes y tampoco se opuso a los deseos de la Curia Romana en lo que afectaba a las regiones costeras del Adriático. Es por tanto muy probable que Basilio II —aquel mismo César que un día no lejano acudiera en demanda de auxilio al Padre de Jaroslaw— no tuviera nada que objetar contra el paso hacia Rusia de un prelado búlgaro de rito latino, enviado por Roma. Pero tampoco es improbable que el prelado a quien entre 1018 y 1025 se refieren las fuentes históricas rusas, no fuese el Obispo Alejo, sino el Arzobispo de Ocrida, *Juan,* nombrado por el Emperador Basilio II Jefe de la Iglesia búlgara en la primera de las fechas indicadas. Es cosa chocante, en verdad, que en las listas de Obispos búlgaros no aparezca el Prelado de Kiew. Pero en 1025 habían variado mucho las cosas. El Emperador Basilio y Juan, Arzobispo de Ocrida, habían muerto. Y el Principado de Kiew era dividido en ese mismo año entre Jaroslaw, decididamente inclinado hacia el Catolicismo, y su hermano Mstislaw, de marcadas tendencias bizantinas. Por lo que toca al Prelado Alejo, la fuente histórica en que se basa el Episcopologio ya mencionado informa, de manera por cierto algo confusa, que dicho obispo no pudo mantenerse mucho tiempo en la Corte de Kiew. Y a modo de explicación indica que todo ello era obligada consecuencia de la batalla de Listvin (1024), favorable por completo a Mstislaw. Nada dicen de todo esto las fuentes rusas, bastante más antiguas. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la exaltación de Mstislaw había crecido considerablemente en Kiew la influencia bizantina. También es otro hecho incontrovertible la actitud personal de Jaroslaw, antibizantino furibundo. Tanto es así que a la muerte en Nowgorod (1030) de su Obispo *Joaquín, venido de Crimea,* cubrió la vacante con un ruso de nacimiento: el Prelado Lucas. Muerto Mstislaw en 1035, Jaroslaw se trasladaba

definitivamente a Kiew, donde, como sabemos predominaba el influjo de Bizancio. La crónica de Nestor, confirmada en esta parte por otros documentos históricos, da cuenta de que en 1037 tomaba posesión de la Iglesia de Kiew su primer Metropolita: el griego *Theopempt.* En un Concilio celebrado en Constantinopla, el año 1040, firmaba él las Actas en último lugar, como más moderno, sin duda, de todos los Metropolitas allí presentes. A los dos años de haber llegado a Kiew, Jaroslaw levantaba un magnífico *templo de piedra* dedicado a la *Santa Sabiduría.* Sustituiría a una modesta iglesia de madera que había sido construída a toda prisa y bajo idéntica advocación, a raíz del voraz incendio de 1017. Pese al ambiente bizantino en el que con gran disgusto suyo se movía, Jaroslaw no perdió jamás el contacto con el Norte escandinavo, *para él tan simpático* De allí trajo él para combatir a los Pschenegas al muy conocido caudillo variego *ingvar,* Haraldo Haardradi, Príncipe noruego fugitivo, que vivió bastante tiempo en Kiew como huésped de la Corte jaroslaviana. Después de 1043 tomaba en matrimonio a una hija de Jaroslaw y se la llevaba a su país. Pero en este mismo año el Príncipe de Kiew se veía envuelto en un conflicto bélico con Bizancio que, por lo visto, quería subyugar a los rusos ¡«en rebelión!», según afirma un escritor constantinopolitano. La guerra ruso-bizantina terminaba con una boda. Wsevolod, hijo de Jaroslaw, se casaba con una princesa griega. *Este matrimonio resultó fatal para el porvenir de Rusia.* El iba a suministrar a los bizantinos lo que no pudo darles el enlace de Ana con el Gran Wladimiro: la más completa anexión espiritual y canónica de Kiew a Constantinopla. No tardarán en aparecer las funestas consecuencias de la nueva situación creada. Por lo demás, no sufrió modificación alguna la actitud personal antibizantina de Jaroslaw. El hijo de Wladimiro el Santo no podía tolerar la ingerencia jurisdiccional de Constantinopla, aunque no afectara más que al orden puramente canónico.

Por lo mismo, cuando en 1051 moría Theopempt, hacía elegir como Metropolita a un dignatario de nacionalidad rusa por nombre Hilarión. Jaroslaw fue un Príncipe excelente desde el punto de vista cultural. En su corte se hablaban ¡*cinco idiomas*!. El fundó en Kiew, capital de la Metrópoli, una Academia e hizo traducir del griego al eslavo muchos libros. En su tiempo llegaron a Rusia, procedentes de Bulgaria, muchas traducciones en el antiguo idioma eslavo.

Asimismo, la Iglesia occidental contribuyó no poco al desarrollo de la literatura rusa y al fomento de la veneración a ciertos santos. De Bohemia, seguramente, llegaba a Kiew y a sus

territorios el culto a San Wenceslao y a otras venerabilísimas figuras de la Europa cristiana. Es probable que esa misma «vía directa» sea la causa del paralelismo entre la primitiva práctica penitencial de los rusos y los usos místicos del Occidente. De esta misma época (1056-57) es el *Evangeliario de Ostromir* o colección de los evangelios de todos los domingos escrita para uso del Jefe de la Ciudad de Nowgorod la Grande, llamado Ostromir. Es un documento precioso para el estudio del antiguo idioma ruso. Es digna de mención la llamada *Crónica de Joaquín,* primer Obispo de Nowgorod (m. 1030). También se conserva una Pastoral del segundo Obispo de dicha ciudad, Lucas Schidiata, ruso de nacimiento. *Epoca de las luces,* llama el P. Pierling al período en que imperó en la Rusia naciente el prestigioso Jaroslaw. Este príncipe «amaba mucho a los libros y por eso los leía día y noche». (Crónica de Nestor, edición de Léger)... «Reunió en torno suyo a muchos escritores e hizo traducciones del griego a la lengua y escritura eslavas... Reunió muchos libros» (Ibidem). El viejo y famoso cronista coloca este elogio en 1037, año en que Jaroslaw fundó la Sede Metropolitana de Kiew.

Aunque llevaran a Rusia muchos libros para ser traducidos al eslavo, los griegos, tenidos con razón como los evangelizadores de los territorios de la Eslavia Oriental, no supieron conquistarse las simpatías de los indígenas. El Metropolita griego Theopempt se había hecho insoportable. Los griegos trataban con desdén a los neocristianos de Ucrania. Se complacían en hacerles ver en todo momento que de Bizancio les había llegado la fe y que, en resumidas cuentas, ellos no eran más que unos simples neófitos. Por esto era ya ruso el sucesor del primer metropolita kievense. Se trata del jerarca Hilarión, uno de los grandes maestros de la Teología Greco-eslava. Había sido cura de Berestow, aldea en la que había un palacio visitado a temporadas por el Príncipe Jaroslaw. Era conocido y admirado en toda la región por sus extraordinarias penitencias, por su bondad subyugadora y por su ardiente amor a las letras humanas. Animado del ansia de una mayor perfección, abandonó la parroquia para internarse en un bosque que cubría densamente a una colina en las orillas del Dnieper. Después de haberse hecho allí una cueva muy angosta, vivió en ella como un eremita penitentísimo que cantaba en la soledad las alabanzas divinas y los rezos canónicos. El príncipe y el pueblo lo veneraban como santo.

En 1051 era elevado a la Silla Metropolitana. Después de su muerte, acaecida en 1067, el Prelado Hilarión de Kiew era agregado al número de los santos de la Iglesia rusa. Estas son sus obras teológico-morales: *Discurso sobre la Ley y la Gracia*; *Ala-*

banza del Príncipe Wladimiro; *Regla de conduta moral y La Confesión de Fe*. En el primero, que iba dirigido contra los judíos, explana el antagonismo entre la Ley y la Gracia por los tipos clásicos de Hagar y Sara, demuestra luego la significación ecuménica de la religión cristiana frente al carácter localista del judaísmo mosaico y se ocupa, al final, de la idea básica del cristianismo, constituída esencialmente por la conjunción de la Divinidad y de la Humanidad en Cristo. En la segunda enumera los excelsos merecimientos del Príncipe-Apóstol San Wladimiro el Grande. Ensalza mucho los valores de la Fe cristiana introducida en Rusia por su cristianizador y explica las causas que movieron a éste a inclinarse por la Religión griega. La tercera es una verdadera síntesis teológica. Como nadie hasta entonces, explica el gran Metropolita los dogmas de la Trinidad y de la Encarnación, del Juicio Final y de la Resurrección general.

Muéstrase hijo sumiso de la Iglesia y acepta los *siete* primeros Concilios Ecuménicos, la Divina Maternidad de María y el culto a las Imágenes y reliquias de los santos. He aquí literalmente traducida la *Confesión de la Fe de San Hilarión,* de autoridad inmensa y de veneración suma en la Iglesia rusa. «Creo en Dios Uno y Trino: Padre Infinito, Innato y Eterno; Hijo, igualmente Eterno e Infinito, nacido del Padre y Espíritu Santo, que *procede del Padre* y se revela en el Hijo y que es, asimismo, infinito, eterno e igual al Padre y al Hijo. Creo y reconozco que el Hijo, a tenor de la voluntad del Padre y del beneplácito del Santo Espíritu, bajó a la tierra para salvación del género humano con lo cual no abandonó El los Cielos ni al Padre... Creo que padeció por mí en la carne como verdadero hombre y que nada sufrió en cuanto Dios. El Inmortal murió para vivificar a los mortales. La Santa y Benditísima María es para mí la Virginal Madre de Dios y como a tal la estimo y la venero en la Fe. Al mirar los *iconos* que la representan, contemplo también en el Niño, que Ella sostiene, al Señor y Dios Nuestro, y todo ello me llena de santa alegría y de paz celestial. Lo veo Crucificado y también se llena de júbilo mi alma. Igualmente, cuando miro a las imágenes de los Santos alabo a la vez al Señor que los escogió para siervos suyos». «Esta es mi fe —dice el bienaventurado Hilarión— y nunca me arrepentiré de haberla profesado. La pregono a la faz de los pueblos y estoy dispuesto a derramar mi sangre en su defensa».

Según se ve, a mediados del siglo XI, es decir, pasados tan sólo unos ¡sesenta y tantos años!, a partir del bautismo de Wladimiro, el Cristianismo se había difundido grandemente en la Eslavia del Este. No ocurrió ello sin cierta oposición.

Para que triunfara la nueva fe en Nowgorod hubo que obrar con mano dura, pues los habitantes de aquella población se oponían a que fuera introducido en su ciudad el nuevo culto.

Durante mucho tiempo, los nowgorodenses continuaron siendo unos paganos bautizados a la fuerza. Su indiferencia por la nueva fe fue tal que hasta en el siglo XIII, según nos informa en su *Cuestionario* (Voprochanié) Quirico, Diácono y *mayordomo* del monasterio de S. Antonio, las mujeres de Nowgorod llevaban a sus hijos indistintamente a las iglesias católicas adjuntas a las misiones o a las de los popes bizantinos. Las mismas dificultades para que el pueblo aceptara la fe nueva se repitieron en Rostow. La instauración del Cristianismo en esta comarca, salvaje todavía y habitada casi exclusivamente por mestizos eslavo-fineses, fue acompañada de crueles represalias.

En el año 1070 cierto Juan Vychatich, comandante de armas y hombre enérgico, restableció el orden haciendo ahorcar o quemar vivos a cierto número de augures que predicaban la resistencia. No obstante, los vecinos de Rostow no aceptaron así como así su derrota, pues despidieron a los dos primeros obispos que les fueron enviados, Teodoro e Hilario, y asesinaron algunos años más tarde a León, el tercero. Escenas análogas se repitieron en las selvas infranqueables de Murom. Allí muchas familias ricas bajo la influencia de sus vecinos inmediatos, los búlgaros mahometanos del Kama, se hicieron musulmanes o permanecieron tozudamente fieles al paganismo.

Por consiguiente, la introducción de la Religión de Cristo por las autoridades fue acompañada de alzamientos, descontentos y represalias. Es probable —no tenemos sobre este particular documento alguno que permita comprobarlo—, que en el país de Kiew, habitado en aquella época casi exclusivamente por eslavos de carácter dúctil y acomodaticio, los nuevos sacerdotes fueran mejor acogidos. Pero resulta cierto que en el Norte y en el Este de Rusia, en donde las poblaciones de origen finés tenían fama de díscolas, su intransigencia y su falta total de comprensión hicieron que la resistencia opuesta a la introducción de un nuevo culto fuese larga y prolongada, tanto más cuanto que existían desde hacía mucho tiempo colegios de sacerdotes bien organizados y numerosos lugares de reunión para la celebración de los cultos paganos. Es natural que hubiese alguna oposición, cosa que tampoco niegan los historiadores eclesiásticos de Rusia, quienes dan relieve extraordinario a la *rápida* pacífica y total cristianización del mundo eslavo. De todos modos, es un hecho histórico incontrovertible la *ausencia de persecuciones seculares y sistemáticas.*

El mérito de la cristianización eslava, como fenómeno político-religioso de alcance extraordinario, corresponde en buena parte a Jaroslaw el Sabio. El creó el ambiente cultural adecuado y la forma política progresiva y, por ende, más apta para la evangelización total. El Principado ruso de Kiew, gobernado por Jaroslaw, había dejado de ser una aglomeración amorfa de bandoleros dedicados exclusivamente a razziar y a conquistar. El incipiente reino de Kiew de los tiempos del hijo de Wladimiro era ya un Estado cultural que había entrado en la gran comunidad civilizada de los pueblos cristianos. Pruébanlo las colecciones legislativas elaboradas entonces y, sobre todo, las traducciones y copias parciales del Nomocanon griego. Es otra demostración de lo mismo el famoso Ustav o Código de Jaroslaw, denominado *Ruskaia Pravda* (Verdad rusa).

Conviene observar que a la hora en que rompía con Roma Miguel Cerulario, el tristemente célebre Patriarca Ecuménico, actuaba en Kiew como metropolita ruso el excelso jerarca S. Hilarión, bajo cuyo pontificado hubo relaciones y contactos entre Kiew y Roma. Unas y otros subsistieron hasta últimos del siglo XI. Sabemos que Isaslaw (1054-78), hijo del gran Jaroslaw, envió a Roma a su hijo Jaropolk-Pedro. Llevaba la misión de implorar del Papa Gregorio VII la ayuda que necesitaba y de poner bajo la protección del sucesor del Príncipe de los Apóstoles al recién nacido Estado ruso.

Con tal motivo aquel gran Pontífice escribió una carta, que puede leerse en el tomo 148, pp. 425 y 26 de la P. L. de Migne. El Papa accedía a la petición del Príncipe kievense, pedía a su vez buena acogida para los legados romanos en Kiew y hacia los mejores votos por la salud y el bienestar de los rusos. Mucho debió agradar a Isaslaw la benevolencia pontifical porque a consecuencia de ésta mandó edificar para recuerdo imperecedero un templo *dedicado* a San Pedro, Jefe del Apostolado. Y lo erigió en aquel mismo sitio en que recibieran (989) el bautismo los súbditos del Gran Wladimiro I. En este templo, si no abiertamente católico, de tendencias romanistas, al menos, era inhumado Jaropolk, asesinado en 1086. En 1128 se llamaba ya de S. Demetrio. Por cierto que hubo discusión a causa de semejante cambio. Leemos en la Crónica a este respecto: «Los monjes de las Criptas se apoderaron de la iglesia de S. Demetrio y le pusieron el nombre de Pedro cometiendo así un ¡*gran pecado*!»

La verdad era que los monjes no hacían otra cosa que restablecer los fueros de la tradición. El partido adverso, al que sin duda pertenecía el cronista, protestaba, claro es. No cabe duda alguna sobre la existencia en Kiew (2.ª mitad del siglo XI) de un

templo catolizante. Con el tiempo fue dedicado a los mártires Boris y Gleb. Jaropolk-Pedro, el peregrino de Roma, es venerado como santo por los ortodoxos de Volynia. También había una iglesia latina en la fortaleza misma de Kiew. Subsistió durante toda la época premongólica. Ello prueba que fue levantada por un soberano católico.

Mucho tiempo después de Miguel Cerulario se ignoraba en Rusia que existiese un Cisma entre Roma y Bizancio. Aun en el caso de que los jerarcas eslavos más significados llegaran a conocer el hecho de la disidencia, es lo cierto que no hicieron caso alguno de ella. Fueron los prelados y monjes bizantinos instalados en Rusia los que organizaron una vigorosa campaña antilatina y los que obligaban a los fieles a no casarse con cristiano-latinas. El odio bizantino hacia los occidentales surtía efectos positivos porque, aun antes de la invasión mongólica, rusos y occidentales *rebautizaban* ya a los que pasaban a su culto respectivo.

Por lo demás, advertimos a los occidentales que no existe documento oficial alguno en el que se halle consignada la *disidencia* religiosa entre la Iglesia Romana y la Cristiandad eslava.

Capítulo III

LA IGLESIA RUSA SE ALEJA DE OCCIDENTE Y SE BIZANTINIZA POR COMPLETO.—LA CAMPAÑA ANTILATINA

La actitud político-eclesiástica del célebre Monasterio de las Catacumbas de Kiew, factor decisivo en la evolución histórica de la Rusia primitiva.—Bizantinización lenta y eficaz de la Iglesia rusa.—La prevención y reserva antioccidentales convertidas en odio irreconciliable merced a las Cruzadas.—Propaganda que realizaron los Metropolitas de Kiew: Jorge, Juan y Nikifor (Nicéforo).—Los tremendos errores romanos consignados en sus escritos respectivos. Las célebres "Respuestas a Quirico" de Nifón, arzobispo de Nowgorod.—Contenido rabiosamente antilatino de la "Respuesta Décima".—Los kormkaja kniga o compendios jurídicos de la Iglesia eslava.—La triste realidad del desacuerdo entre Rusia y Occidente.

En la primera mitad del siglo XI la Ortodoxia rusa, dentro, naturalmente, de las *singularidades específicas que la caracterizan, llevó una vida de convivencia fecunda con la Iglesia universal* y se dejó influir tanto por Bizancio como por la Roma Papal. Mas, a partir de la muerte del gran Jaroslaw el Sabio, se inició en ella una merma progresiva de la influencia latina, la cual terminó por desaparecer en absoluto ante el influjo predominante, definitivo, rotundo de la Iglesia bizantina.

ENERVAMIENTO PROGRESIVO DE LOS INFLUJOS OCCIDENTALES

A mediados del siglo XI, transcurridos apenas sesenta años, a partir de la cristianización eslava, había ya en Rusia un buen número de sacerdotes indígenas. Habían ingresado en el incipiente monacato. Existían también otros que habían llegado de Bizancio. Hacia el año 1051, surgía un Monasterio que se ha hecho famoso en los anales del mundo eslavo oriental. Queremos

aludir al de *Las Cavernas* de Kiew. Conviene advertir que, tanto los sacerdotes seculares, como los monjes presbíteros, intervenían, por entonces, en política y tomaban partido por una o por otra rama dinástica. Se disputaban el predominio en el país los descendientes de Isjaslaw, muy inclinados por cierto hacia el Occidente europeo, y los de Swiatoslaw, francamente bizantinos. El venerable Antonio, fundador e higumeno del Monasterio de *Las Cavernas* (Kiew), ruso de nacimiento y educado en el Monte Athos, cayó del lado de los segundos. Por eso se marchó a la ciudad de Tschernigow, la cual simpatizaba con la cultura constantinopolitana. En cambio, era partidario de los Isyaslaw, y por ende occidentalista, el prestigioso higumeno y extraordinario asceta Teodosio, del Monasterio Kievino de *Las Cavernas* también. Por eso no dejó de rogar por su querido Príncipe en la Misa hasta en aquellos duros momentos en que el muy desventurado moró en el Occidente junto al monarca alemán Enrique IV. Hizo otro tanto cuando el mencionado Isyaslaw se echó en brazos del Romano Pontífice Gregorio VII.

Muerto Teodosio (1074), el célebre Monasterio, factor decisivo en la evolución histórica de la Rusia primitiva, vaciló algún tanto en su actitud política. A poco se inclinaba resueltamente por los sucesores de Swiatoslaw. Aún hubo algunos contactos con el Oeste, pero a últimos del siglo XI, desaparecía totalmente la cooperación ruso-occidental, tan fomentada por los isaslavianos.

Por desgracia, Rusia se alejaba del Occidente y de la Roma pontifical: En tiempos de Wladimiro Monómaco (1113-1125) era ya un hecho histórico lamentable el alejamiento ruso respecto de la Europa Central y Occidental. Sobre el Monasterio kievense mencionado recae buena parte de culpa por esta desgracia para la civilización occidental y para el Catolicismo.

La bizantinización de la Iglesia eslava iba progresando de modo notable. En las listas que sobre metrópolis sometidas a su jurisdicción había elaborado la Curia constantinopolitana figuraba ya, a últimos de la XI Centuria, la Iglesia de Kiew. Hacía el número 62.

En lo que toca a las relaciones con la Roma Pontifical, ni en Constantinopla ni en Kiew imperaba por entonces un criterio de rabiosa oposición. Es verdad que eran furiosamente antipapales los inmediatos sucesores del Patriarca Ecuménico Miguel Cerulario, del malaventurado autor de la ruptura definitiva con Roma (m. en 1059); pero no es menos cierto que los emperadores bizantinos, que seguían imponiendo su ley hasta en los asuntos canónicos, no compartían la romanofobia de los arzobispos de

Constantinopla. La ruptura de 1054 no tenía para muchos carácter definitivo. Durante el bienio de 1071-73 todavía residía en la capital del Imperio bizantino, como mandatario oficial del Papa Alejandro II ante la Corte de Miguel VII Ducas, el Obispo Pedro de Anagni. Y en tiempos de Gregorio VII seguían su ininterrumpido curso las consabidas negociaciones en asuntos políticos.

Pero los llamados Variegos —los más valiosos e influyentes elementos en la civilización rusa— iban adoptando el rito bizantino y se acomodaban por entero a las primitivas costumbres religiosas de los eslavos, costumbres heredadas de Constantinopla. Otro tanto hacían las familias imperantes. Los wsevolodianos, antioccidentalistas furibundos, lograron al fin mantenerse de modo definitivo como soberanos de Kiew. Por otra parte, los gobernantes de la Rusia primitiva contraían matrimonio con princesas bizantinas. Naturalmente, los vínculos con Bizancio, cada vez más estrechos, tenían que influir en el terreno canónico y dejar en él huellas antilatinas.

Por eso no es extraño que el Metropolita griego Juan I, que ejercía sus funciones jerárquicas durante el gobierno de Wsevolod, redactara los primeros escritos, indiscutiblemente auténticos, contra los latinos: «Respuesta al Antipapa Clemente III», con una nota desfavorable sobre la política italiana de Gregorio VII, y «Contestación canónica al Monje Jacob», con una diatriba contra los príncipes «que casan a sus hijas con personajes latinos». De todos modos, no estará de más advertir que las invectivas contenidas en estas obras son todavía muy moderadas. El Metropolita Juan II asistía a un Sínodo constantinopolitano (1089) en el que, a propuesta del emperador Alejo I Comneno, se ordenaba que el nombre del Papa Urbano II figurase de nuevo en los Dípticos que se leían durante la Misa.

Pero la influencia griega iba creciendo de modo notable. Se encargó de intensificarla el Metropolita Nikifor (1104-21), quien desde Constantinopla, rabiosamente antirromana en aquella sazón, había llegado a Kiew. Es muy probable que figurara en el séquito de la princesa bizantina Bárbara, tercera esposa del avaro Swiatopol Ysjaslawitch.

El abismo que iba abriéndose entre ambas cristiandades se hizo más profundo con el fracaso de los diálogos teológicos que por encargo del Pontífice Pascual II iniciaba en Bizancio (1112) Pedro Grossolano. La situación, como se ve, había empeorado mucho merced, sin duda, a los estrechos contactos con Bizancio, cada vez más frecuentes. Por eso cuando el nuevo Príncipe Wladimiro Monómaco (1113-25) preguntaba al Metropolita Nikifor

cómo iban las relaciones entre Roma y Constantinopla, el Jerarca de Kiew contestaba así a su soberano: «Ahí va, señor, una lista de agravios contra la Iglesia de Dios», al tiempo que le entregaba una detallada enumeración de lo que en el mundo greco-oriental se llamó *Desviaciones de la Iglesia romana*.

Las *Cruzadas,* empresas bélico-religiosas llevadas a cabo en Levante con soldados de la Europa Central y Occidental, y acompañadas de saqueos, de profanaciones y de violencias múltiples, hicieron todo lo demás. Lo que hasta el presente fuera tan sólo prevención, reserva antilatina, quedaba convertido en *odio irreconciliable.*

Es verdad que los rusos, muy ocupados dentro de casa con la campaña antikumana, no intervinieron en las Cruzadas, para las que tampoco fueron requeridos; pero lo es también que entre ellos germinó con lozanía el odio nacido de las mismas. Se lo inocularon los clérigos constantinopolitanos que en gran número afluían a la Metrópoli de Kiew. Son buena prueba de ello dos cartas famosas, rabiosamente antilatinas, del mencionado Nikifor: a Wladimiro Monómaco, una, y a Jaroslaw, Príncipe de Volinia, la otra. Aludiremos a ellas más adelante.

La *Disputa con un latino,* atribuída al Metropolita Jorge, que procedía como tantos otros de Bizancio y ocupó la Sede de Kiew durante un año tan sólo, es un escrito polémico muy famoso. Contiene 28 agravios contra la Iglesia romana.

Es más conocida y acaso más importante la *Epístola del Metropolita Juan al Antipapa Clemente III* (1080-1100). También procedía de Constantinopla. En vez de responder al llamamiento relativo a la *Unión religiosa,* formulaba una lista de agravios. Eran estos los tremendos errores romanos: el uso del Pan Azimo para consagrar; el ayunar en sábado; el no hacerlo durante la primera semana de Cuaresma; el no tolerar el matrimonio a los sacerdotes; el no dar validez a la Confirmación administrada por un simple presbítero y el haber interpolado en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano la partícula *Filioque*. El tono, sin embargo era muy moderado. Invitaba, por su parte, a Clemente a que escribiera al Patriarca Ecuménico y discutiera con él los puntos controvertidos. Al correr de los años, cuando la Epístola del Metropolita Juan era traducida al eslavo y cuando, realizada una recensión para uso del pueblo, circuló mucho entre los ortodoxos de Rusia, ya habían desaparecido los primitivos modos de benevolencia y comprensión. En cambio, dio pruebas de una extrema intolerancia al redactar las *Respuestas canónicas al monje Jacob.* No prohibió tan sólo la comunicación *in sacris* con los latinos, sino que llegó hasta el extremo de no autorizar la simple

comida con ellos. Es particularmente severa la décimotercera respuesta: «Es indigno y a todas luces inconveniente —se lee en ella— que las hijas de los príncipes y nobles del país sean dadas en matrimonio a los que comulgan tan sólo con Pan, y *Azimo,* por añadidura. Los que tal aberración autorizan deben ser excomulgados».

Nadie ha negado al Metropolita Nicéforo (1104-1121), de quien ya hemos hecho mención, la paternidad de dos escritos furiosamente *antilatinos*: la Epístola a Wladimiro Monómaco, la cual se parece mucho a la disputa del Metropolita Jorge, y la Carta a Jaroslaw de Volynia. Ambas son casi iguales. Nicéforo enumera veinte errores latinos. Todos los críticos sin excepción alguna hacen notar la circunstancia de que este jerarca eclesiástico siguiera en su enumeración el mismísimo orden que en su famosa y bien conocida Epístola a Pedro de Antioquía empleara el tristemente célebre Patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario. La cosa no es rara porque el Metropolita Nicéforo procedía de Grecia.

Fieles a la consigna que recibieran de la Curia Patriarcal de Constantinopla, los metropolitas de Kiew no pensaban en otra cosa que en hacer campaña antirromana. Debía ser ésta su obsesión. Las autoridades rusas y hasta los fieles mismos estaban muy hartos de unos señores que, en vez de *enseñar, dirigir las conciencias y gobernar,* se ocupaban tan sólo de echar en cara a los demás determinados y supuestos abusos. El príncipe de Wladimir del Kliasma, Andrés Bogoljusky, haciéndose eco del descontento general y dando suelta a su indignación, manifestó deseos de proclamar la Autocefalía eclesiástica de Rusia. El pueblo eslavo, por su parte, que ignoraba en absoluto la existencia de la escisión religiosa entre el Oriente y el Occidente, no entendía el lenguaje de odio y de calumnia que empleaban los jerarcas y los clérigos bizantinos.

Uno de los primeros grandes jerarcas eclesiásticos de Rusia que intervino activamente en la aguda polémica antilatina fue Nifón, arzobispo de Nowgorod (1130-56). Puede ser considerado como el campeón indiscutible del partido bizantino en Rusia. Por esto le dio la categoría de Arzobispo la Curia constantinopolitana. Los nowgorodenses aseguraban que había sobornado con grandes sumas de dinero al Patriarca Ecuménico. Le acusaban también de haber sustraído con ese mismo fin las más estimadas y valiosas joyas de la venerable Catedral de Santa Sofía, de la ciudad del Wolchow, capital de su diócesis. Nifón, de quien algunos aseguran que era griego, es el autor de las *Respuestas a Quirico,* discípulo suyo, y también a Clemente de

Smolensko. Se trata de un escrito muy interesante porque suministra detalles múltiples acerca de la vida religiosa y social de aquellos tiempos tan ignorados como remotos.

Enumera los modos de administrar los Santos Sacramentos y de hacer las purificaciones rituales, las cuales no carecían, por cierto, de algún sabor hebraico; especificaba lo que se puede y no se puede comer en determinados días del año —lo que constituía la gran preocupación de los rusos de aquella época— y daba a conocer no pocos restos de supersticiones y prácticas del viejo paganismo. He aquí lo que, según la respuesta décima, se ha de observar al recibir a los latinos en el seno de la Iglesia ortodoxa: «El converso irá al templo durante siete días seguidos; se le impondrá un nombre nuevo; se le leerán las preces de los catecúmenos cuatro veces al día durante tres; el aspirante a ortodoxo guardará silencio riguroso; no comerá carne ni beberá leche; el día octavo tomará su baño y después de éste volverá al templo; es ahora cuando le serán leídas las preces del Ritual y se le impondrán los vestidos pertinentes (hábito bautismal y corona); se le ungirá con el crisma y se le dará un cirio que sostendrá en su mano derecha. Durante la Misa se le dará la Comunión». Como se ve, no rebautizaban aún los ortodoxos eslavos. Para los habitantes de Nowgorod eran incomprensibles semejantes prácticas. Y se explica bien la extrañeza de los nowgorodenses.

La influencia latina era allí muy poderosa merced precisamente a las relaciones comerciales con buen número de ciudades alemanas. Pero Nifón no era nowgorodense, ni le interesaban las preferencias ideológicas de sus fieles. El cumplía las consignas recibidas. Había sido enviado desde Kiew para hacer propaganda bizantina por el Metropolita Miguel, quien tenía la obsesión de colocar jerarcas griegos, o al menos adictos a Bizancio, en todas las diócesis rusas. Para los bizantinos era Rusia una colonia religiosa de Constantinopla o país de misión grecoortodoxa. Eran también agentes del bizantinista Miguel, metropolita de Kiew, los obispos de Smolensko y de Wladimir de Volynia, Manuel y Teodosio, respectivamente. Sabemos que uno y otro eran griegos.

Los escritos antilatinos van en aumento. Después de la invasión tártara entran a formar parte de los compendios jurídicos de que se sirve la Iglesia rusa (los Kormkaja Kniga). Llegaron por la *vía balcánica*. El primero que apareció entre los eslavos del Este fue enviado al Metropolita Cirilo (1282) por el Déspota de Bulgaria, Santiago Svatoslaw. Hoy ya no existe; en cambio, son bien conocidos los cuatro siguientes, que también son de las

postrimerías del Siglo XIII: uno servio (1262); otro de Ryazán (1284); un tercero de Nowgorod (1280), y un cuarto de Volynia (1286). A partir de estas fechas Rusia se hace cada vez más antilatina.

Desgraciadamente, este alejamiento aciago quedó convertido en una ruptura silenciosa, efectiva y al parecer eterna, si Dios no lo remedia. Dos acontecimientos importantes contribuyeron eficazmente a una situación dolorosa, a un apartamiento catastrófico, causa de tantas calamidades en la Historia de la Religión y de tantas aberraciones en la evolución cultural de los pueblos eslavos: la *conquista del Báltico por los alemanes* y la *invasión de Rusia por los tártaros*. El primero aleja más y más de Occidente a los rusos y el segundo, al par que sumerge a la Eslavia Oriental en el caos de la devastación, la encadena de modo irresistible al Levante asiático y al despotismo bizantino.



Alejandro Newsky y Demetrio Donskoy



EL PRIMITIVO ESTADO RUSO-VARIEGO
(La Rusia política de los siglos X, XI y XII)

Capítulo IV

LOS MAS IMPORTANTES CENTROS POLITICOS Y RELIGIOSOS DE LA RUSIA PRIMITIVA (Siglo xii)

Decadencia de Kiew.—Nowgorod la Grande.—Sus altas aspiraciones políticas y religiosas.—Acontecimientos de índole canónica.—El Obispo Nifont.—Su actitud antirromana.—La Silla Metropolitana de Kiew en esta centuria.—El Metropolita Clemente.—Su extraña consagración.—Las intrigas políticas de que fue objeto por parte del Clero kiewense.—Wladimir del Klyasma, capital de los Dolgoruki.—Las contiendas en torno a la pretensión de elevarla a la dignidad de Silla Metropolitana.—Nowgorod, Sede Arzobispal.

La Rusia naciente no tardó en experimentar un desplazamiento de su centro político. A ello contribuyeron poderosamente los factores militares y económicos. La familia *Dolgoruky,* la cual residía en el Norte del país, tenía mayor potencia militar y más habilidad diplomática. El comercio era también más activo. El muy intenso que se realizara a través de la gran arteria *variego-griega* y que tanto esplendor y tantas riquezas proporcionara a la ciudad y a la región de Kiew, había decrecido mucho.

Lo que habían perdido éstas lo estaba ganando Nowgorod, plaza comercial de primer orden como sitio de intercambio de mercancías con el Norte y con el Oeste. Pero con la Ciudad del Lago Ilmen estaban estrechamente ligados, en lo que toca a la vida comercial, los territorios del alto Volga. A la primera iban a parar las enormes cantidades de cereales que exportaban los segundos. La decadencia de Kiew y el progreso de Nowgorod tuvieron la virtud de intensificar la corriente emigratoria hacia regiones del Volga superior, colonizadas ya por los variegos desde el siglo IX. Así es que en la Rusia del siglo XII hubo tres centros políticos de importancia considerable: Kiew, Nowgorod y el Alto Volga con las ciudades de Rostow y Susdal. A esta última re-

gión fueron a parar nuevos colonos que procedían del Sur. Ellos fundaron ciudades bautizadas a seguida con nombres de su patria chica como Perejaslawl y Halicz. Los príncipes rusos, cortos de vista política todos ellos y molestos, sin duda, porque habían quedado *desiertas*, excluyeron de sus dominios a la Volinia y a la Galitzia, provincias tan simpáticas al Occidente europeo. Por el momento, sin embargo, conservaron ellas los vínculos con Rusia. Todas las demás regiones —casi huelga el advertirlo— vivían en lucha mutua y permanente. Sólo advenía la paz cuando, hartas de pelear, creaban en interés común una nueva situación de equilibrio de fuerzas. Dadas la íntima vinculación entre la Iglesia y el Estado rusos y la posición dinástico-cultural de Rusia, agrupación política variego-eslava solicitada simultáneamente por Bizancio y por la Europa Occidental, estas interminables contiendas dinásticas tenían que ejercer una influencia decisiva en el terreno canónico-político y en la orientación cultural del País.

* * *

El progreso de la Ciudad de Nowgorod no era sólo económico. Aspiraba también al predominio político. En los primeros decenios del siglo XII creaba ella no pocas dificultades a Kiew. Y en 1136 consiguió imponer su voluntad contra la del Príncipe que en el Kremlin nowgorodense representaba a la Familia imperante en la Capital de Ucrania. Aún logró más aquella rica Ciudad bañada por el Wolchow, porque, no tardando, arrojaba de su seno al Lugarteniente de Kiew. A partir de este momento la Municipalidad de Nowgorod intervenía, más o menos eficazmente, en la elección de Viceregente de Kiew.

De 1108 a 1130 había sido Obispo de Nowgorod Juan Popynin, de nacionalidad rusa. Fue sucesor inmediato un tal Nifont, que había sido monje en el Monasterio de las *Cavernas* y a quien había consagrado el Metropolitano Miguel, Jerarca griego que acababa de llegar de Constantinopla. El Obispo nowgorodense Nifont fue en todos los aspectos una de las personalidades eclesiásticas más salientes de su tiempo. En cuanto al problema dinástico, tomó la firme resolución de apoyar al hijo menor de Wladimiro Monómaco: Jurik (Jorge) Dolgorukij. Lo propio había hecho también el Metropolita. Con el apoyo político que, lógicamente hablando, tuvo la virtud de inclinar al Príncipe hacia Bizancio, se atrajeron aquellos Jerarcas eclesiásticos la enemistad de una buena parte de los vecinos de Nowgorod. Por eso se opusieron a que el Metropolita se dirigiese a Susdal, y para evitarlo a toda costa emplearon la violencia y lo encerraron en el

Kremlin de la Ciudad. Para mantener su influencia y autoridad tanto en Nowgorod como en Smolensko dicho Metropolita se vio obligado a separar de la diócesis nowgorodense los territorios de Smolensko y crear con ellos una diócesis nueva, a cuyo frente colocó a un obispo griego llamado Manuel. Hízolo así, porque su rabioso bizantinismo no le permitía consentir que la rama dinástica residente en Smolensko simpatizase tanto con el Oeste, hacia donde la empujaba el activo comercio que con él realizaba por el Duina y el Báltico. Por el contrario, los príncipes variego-rusos de la región de Polozk, que por otra parte no tenían vínculos de parentesco con los descendientes de Vladimiro, se orientaron por entero hacia Bizancio. Lo hicieron así, al igual que Dolgorukij, por animosidad contra Nowgorod y Smolensko. El Metropolita Miguel no fue capaz de aclarar esta caótica situación agravada en extremo por las luchas desencadenadas en torno a Kiew. Por eso tomaba la decisión de marchar a Constantinopla. Así lo anunciaba en una Asamblea episcopal reunida en la capital de la Metrópoli. Por cierto que antes de partir exigió a los obispos rusos un juramento muy raro: el de no elegir durante su ausencia a un nuevo Metropolita.

Nifont era también profundamente antilatino. Procedía, según se ha dicho, del Monasterio de las Cavernas (Kiew), institución que tomó parte muy activa en las contiendas políticas. Por si ello no fuera suficiente, lo empujaba hacia Bizancio lo que pudiéramos llamar *competencia profesional*. La situación eclesiástica de Nowgorod se había agravado para él. Con gran disgusto por su parte un tal Antonio el «Romano» se había conquistado tantas simpatías en la capital de su Diócesis que el Monasterio levantado por el extranjero con dinero y apoyo nowgorodenses llegó a ser al poco tiempo el oficial de la ciudad de Nowgorod en contraposición al de S. Jorge, que era el preferido por los Príncipes y sus familias. El rencor con el que, a causa de todo esto distinguió Nifont al eclesiástico que había venido de la Italia meridional nada menos, intensificó en el Obispo de Nowgorod su añeja posición antirromana. Los nowgorodenses eran muy aficionados a levantar templos grandiosos y bellos. No tiene, pues, nada de extraño que ya en el siglo XII floreciese entre ellos el arte pictórico. A últimos de dicha centuria y por encargo del entonces Jefe de la Vieja Nowgorod, Jaroslaw, era construida y pintada, en un estilo greco-oriental provinciano, la iglesia llamada *Spar Nereditza*. De aquel entonces proceden también otros frescos no menos notables: los del templo de S. Jorge en el Ladoga.

Gobernaba en la Capital del Principado de Kiew a mediados del siglo XII Isjaslaw II. Por muerte del Metropolita Miguel

(1145) la Silla Arzobispal de Kiew seguía vacante todavía en 1147. Bizancio, muy ocupado por entonces con la II Cruzada, no tenía tiempo de acudir en socorro de la huérfana Metrópoli rusa. Cansado de tanto y tan prolongado abandono, el Príncipe halló un procedimiento sencillo para procurarse un Metropolita. Contra el parecer de los monjes griegos y de no pocos Obispos, Isjaslaw hizo venir de Smolensko a un monje ruso llamado Clemente, —hombre, por otra parte, de gran piedad, conducta intachable y nombre inmaculado— y en 1149 lo colocaba en la Silla Arzobispal de Kiew. La indispensable consagración no le preocupaba gran cosa por lo visto. El Príncipe cayó en la cuenta de que en la consagración de los Patriarcas Ecuménicos el clero constantinopolitano solía imponer sobre la cabeza del candidato el brazo de S. Juan Bautista —reliquia muy venerada en Bizancio— ¿Por qué no hacer lo mismo en Kiew?. Aquí se tenía a mano otra insigne reliquia: la cabeza de S. Clemente, Pontífice Romano. Isjaslaw ordenaba que para la consiguiente ordenación y consagración se estableciese contacto entre esta última reliquia y la cabeza del monje de Smolensko a quien él había designado como futuro Metropolita. Así se hizo con escándalo, claro está, de buena parte del clero. El Obispo Nifont, que por otro lado estaba distanciado, políticamente hablando, del Príncipe de Kiew, protestó enérgicamente. Ello le valió el encierro en el Monasterio de las Cavernas. No tardando, lo sacaba de allí su amigo Jorge Dolgorukij con ocasión de una campaña militar contra Kiew (1150). Ahora intervenía ya Constantinopla. Nifont recibía una carta en la que el Patriarca Nicolás IV le felicitaba efusivamente por su actitud de valiente oposición. También le otorgaba en ella como recompensa canónica el título de Arzobispo honorífico. Asimismo, tomaba partido a favor de los enemigos de Isjaslaw el Emperador bizantino Manuel I que, por cierto, no consiguió grandes éxitos con su postura. En el entretanto, muerto Isjaslaw, Jurik Dolgorukij subía al trono de Kiew.

Con él entraba en la capital de la Metrópoli rusa, acompañado por dos obispos griegos huídos de ella en 1149, un Metropolita, griego también de origen y de cultura. Clemente, como es lógico, salía de Kiew, pero continuó siendo una amenaza para la jerarquía y clero bizantinos como obispo de Wladimir de Volinia. A él acudieron, en efecto, repetidas veces aquellos Príncipes que deseaban emanciparse de la soberanía del Imperio Bizantino. Pero con esto no había terminado la contienda en torno al carácter de la Metrópoli rusa. Andrés Bogoliuskij (1157-1175), hijo y sucesor de Dolgorukij en el Principado del Norte, intentó desasirse de las ataduras con que le habían aprisionado, políticamente

hablando, las ciudades de Susdal y de Rostow. Por eso trasladaba su residencia oficial a una ciudad reciente: Wladimir del Klyasma. En 1157 depositaba él en esta querida Ciudad una imagen bizantina de María: el Icono famoso de Ntra. Sra. de Wladimir. También mandó construir y embellecer allí mismo, con la ayuda de artistas extranjeros, una iglesia que dedicó a la Asunción de María. Bogoljuskij aspiraba a elevar aquel templo y aquella ciudad a la dignidad de Iglesia arzobispal y de Sede metropolitana, respectivamente. Wswolod, sucesor suyo, llamado el «Gran Nido», en atención a sus muchos hijos, levantaba otra iglesia en honor de S. Demetrio que, no tardando, era embellecida con frescos magníficos. A poco Andrés Bogoljuskij entraba en conflicto con el obispo de Rostow, Nestor, que era apoyado por la Corte de Kiew y el Metropolita ruso. Ni corto ni perezoso, el Príncipe arrojaba de su silla al Prelado y por sí y ante sí elegía a otro llamado Leoncio. Pero el inquieto Príncipe se cansó muy pronto de un Prelado que, por cierto, ocupaba una sede que no estaba vacante. Como fracasase en su intento de alejar al tal Leoncio —ya que despreciaba la ocasión de restablecer las prohibiciones canónicas— tomó la resolución de partir en dos el Obispado de Wladimir. Pero el Patriarca ecuménico Lucas Chrysoberges, ante cuyo tribunal comparecía, llevado por el Príncipe, el intruso Leoncio, negó la petición, tanto en lo que afectaba a la partición de la Diócesis Vladimiriana, como en lo tocante a la pretensión de erigir una nueva Metrópoli. Leoncio fue encerrado en un Monasterio griego. Al fin, Bogoljuskij se veía libre de un Obispo a quien él mismo había elegido y también perseguido. Bizancio había derrotado a un Príncipe ruso. No tardando, se presentaba otra ocasión de humillar a Bogoljuskij. Tratábase esta vez de la ciudad de Nowgorod. Por mucho tiempo había adquirido allí predominio un partido que le era especialmente afecto. Pues bien; para anular el prestigio de ese partido, cabalmente, el Metropolita de Kiew, respaldado en su Príncipe, elevaba a la vieja Nowgorod al rango de Silla Arzobispal (1165). Andrés volvía a la carga en 1169 con motivo de una Dieta o Sínodo regional que de ambas cosas tenía algo aquella asamblea. En vano intentó él azuzar contra el Patriarcado Ecuménico a los Príncipes de Kiew, cada vez más ansiosos de intervenir en los asuntos canónicos y, sobre todo, en el nombramiento de Metropolita. Las luchas entabladas entre el Metropolita ruso y por ende entre Bizancio, de una parte, y Bogoljuskij, de otra, terminaron con la victoria rotunda del elemento eclesiástico. A últimos del siglo XII se habla muy poco de los Metropolitas. Es probable que no fueran personalidades relevantes. No lo sabemos; pero sí esta-

mos seguros de que todos eran griegos y de que por tanto Rusia. en cuanto metrópoli, estaba ya incorporada para unos siglos al orden jerárquico bizantino. En un informe sobre organización canónica griega, redactado en 1170, se cita a Kiew como uno de tantos entre los *once* Obispados sufragáneos sometidos al Patriarca Ecuménico o Sumo jerarca de la Iglesia Greco-Oriental.

Capítulo V

VIDA CONCILIAR

Primer Concilio de Kiew (Elección del Metropolita Hilarión, de nacionalidad rusa).—Segundo Concilio Kievense (Elección de Clemente, monje de Smolensko, como Metropolita y su RARA consagración).—Tercer Concilio de Kiew.—Las perturbaciones que en la vida litúrgica quería introducir MARTIN el ARMENIO.—Los modos eslavo y armenio de SANTIGUARSE.—Repulsa del segundo y reafirmación del primero.—El Cuarto Concilio de Kiew (1168).—El Obispo de Rostow, LEON.—Su reprensible conducta y su extremado rigorismo en materia de ayunos, cosa de capital importancia en aquel entonces.—Las intrigas de León ante el Patriarca ecuménico.—La resolución de éste, adversa por completo al criterio del ex-obispo de Rostow.—Decisión del Concilio Kievense (Cuarto de la serie).—Quinto Concilio de Kiew (1171).—El severo y odioso castigo impuesto al infame Obispo de Rostow.

También la Iglesia rusa ha celebrado sinodos a fin de esclarecer los dogmas, fijar los ritos, condenar a los herejes y mantener la disciplina. Las asambleas eclesiásticas, ¡convocadas siempre por la autoridad civil!, eran provinciales o generales.

Después de la muerte del Metropolita Teopempt (1051), el Príncipe Jaroslaw el Sabio convocaba un Concilio episcopal en Kiew, capital de sus dominios A tenor de las indicaciones del soberano los obispos alli reunidos elegirían un jerarca supremo de la Iglesia eslava. La designación recaía en un sacerdote secular de gran rectitud y ascetismo: el benemérito Hilarión, ruso de nacimiento. Jaroslaw no había dado cuenta de sus propósitos al Patriarcado Ecuménico, porque, según afirma el gran historiador Karansin, «aquel *sabio gobernante* quería liberar a la Iglesia Kievense de una tutela extranjera, la cual le molestaba grandemente».

Un siglo más tarde, exactamente en 1147, se celebraba, también en Kiew, el segundo Concilio de la incipiente Iglesia eslava. Lo convocó asimismo el Principe secular, Isjaslaw. Se trataba de elegir Metropolita, pues acababa de fallecer Miguel II. Era elegido el monje Clemente, varón sabio y virtuoso. Por cierto que su consagración era realizada de manera singular. Se estableció contacto del consagrando con la cabeza de San Clemente, reliquia valiosísima de Kiew, se rezaron unas preces, se celebró la Santa Liturgia, y el monje *¡quedó convertido en Obispo!* El expediente, insólito, en verdad, no debió agradar al Episcopado ruso, el cual ofreció resistencia a este menosprecio de las leyes canónicas. En nombre del Derecho lesionado y de todos los colegas que se consideraban sus defensores, habló y actuó Nifón, arzobispo de Nowgorod. No sabemos mucho de esta campaña, pero sí lo bastante para dejar establecido que la protesta, sorda y tímida en los comienzos, cristalizó luego en una lamentable escisión religiosa, que duró muchos años y causó dolor profundo en los corazones piadosos. La orgullosa y simpática Nowgorod figuraba en cabeza de esta justificada rebelión canónica.

En el Convento de Pustin-Nicolajew, bajo el Metropolita Constantino, se celebraba en 1157 el tercer Concilio Kievense, confirmado luego por otro habido en Constantinopla. Se habian reunido los prelados rusos para anatematizar al hereje MARTIN el ARMENIO. Y para dar carácter oficial a la manera tradicional rusa de signarse y santiguarse. Hagamos un poco de historia a este respecto. Aprovechándose de las perturbaciones que en Rusia estaban produciendo las endémicas luchas politicas, la rebelión religiosa de Nowgorod y las apetencias kievenses de independencia canónica respecto de Bizancio, un monje llamado MARTIN predicaba con éxito y sin oposición seria en la región de Kiew por los años de 1149 y siguientes. Armenio de nacimiento y relativamente culto, Martín escribió un libro al que dio el titulo de LA VERDAD (Prawda). Se ocupaba en él de ciertos usos litúrgicos (modo de administrar el Bautismo y el matrimonio y manera de signarse y santiguarse....) Como era de rigor, tratándose de reformadores orientales, daba importancia capital a los detalles nimios y accidentales. Veamos. Al administrar los sacramentos del Bautismo y del Matrimonio —aseguraba Martín—se cometen ¡abusos incalificables!. ¿Por qué ha de dar vueltas el neófito en torno a la pila bautismal procediendo de Sur a Norte? Igualmente ¿por qué han de llevar esa misma dirección los contrayentes cuando giran en torno al pupitre en el que reciben la bendición nupcial? En uno y en otro caso se han de

realizar los movimientos procediendo de Norte a Sur o también de izquierda a derecha, siguiendo el curso del Sol. En verdad que no merece el nombre de hereje el necio que exigía estas insípidas y vanas rectificaciones litúrgicas. Enseñaba, además, nuestro Martín que al final de los Salmos debían cantarse ¡dos Aleluyas y no tres!. Y daba importancia extraordinaria al número y adaptación de los dedos al hacer la Señal de la Cruz. «En la Iglesia greco-rusa —decía él— la gente no se santigua en forma adecuada, sino *herética*: junta tres dedos (pulgar, índice y medio) y adosa los dos restantes a la palma de la mano. Hay que utilizar el procedimiento armenio, juntando tan sólo el índice y el medio. No interesa para nada simbolizar la Trinidad de personas, cual pretende la Iglesia oficial, porque es incomparablemente más necesario dar a entender que creemos en las DOS NATURALEZAS de Cristo. Y esto es lo que se expresa maravillosamente al signarse y santiguarse al modo armenio. Conviene advertir que una y otra postura de los dedos (con tres sólo o con dos) estaban generalizadas y tenían tradición en las regiones respectivas en que se usaban y se usan. En el mundo griego antiguo y en el actual Oriente Medio se usaba y se usa la SIGNACION preconizada por este monje armenio; pero en Rusia se practicó siempre, desde los comienzos mismos de su cristianización, y sigue practicándose todavía, el modo tan injustificadamente condenado por el inconsistente reformador Martín el Armenio. Habían implantado en Rusia el modo, que podemos llamar eslavo, los Metropolitas Miguel I y Teopempt en 911 y 1045, respectivamente. Por cierto que este último Jerarca le daba carácter semioficial en un discurso acerca de la «*Exaltación de la Santa Cruz*» (Gómez, H. en «Las Sectas rusas», cap. I). Después de maduro examen, los obispos del Concilio de 1157 (tercero de Kiew) reprobaron las innovaciones de Martín el Armenio. El sectario perturbador, que había logrado muchos adeptos entre las numerosas gentes supersticiosas e ignorantes, se retractó ante el Concilio. Pese a lo cual, era remitido al Patriarca Ecuménico. ¡Tanta era la importancia que a sus propagandas daba la Jerarquía rusa! «Por cierto que los cánones de aquella venerable Asamblea de la naciente Iglesia Eslava fueron encontrados en 1717 en el Convento de San Nicolás Puskinskoi, de Kiew. Más tarde fueron editados en Moscú y en San Petersburgo. La doctrina innovadora de Martín se mantuvo con alternativas diversas en las centurias siguientes. Y aunque no lograra en parte alguna echar raíces profundas, vémosla aparecer aquí, hundirse allí y reaparecer acullá. Hay quien asegura que los

VIEJOS CREYENTES de la Cuenca del Mar Negro fundamentaban sus teorías en ésta de Martín» (Ibidem).

El Cuarto Concilio de la Iglesia eslava, celebrado también en Kiew (1168) e integrado por 150 miembros, es una prueba concluyente de la importancia que los rusos otorgaban por entonces a las cuestiones del AYUNO. Enseña también con meridiana claridad cuán fútiles solian ser los motivos sobre los que se fundamentaba la heterodoxia o rebelión teológica en aquellos siglos de tan salvaje fanatismo y en aquellas regiones de tan supina ignorancia. Veamos. En 1158 era promovido al Episcopado de Rostow un tal León. Pronto fue expulsado de la Diócesis por su indigno proceder con los fieles, a los que esquilmaba con intolerables tributos, y por el despotismo con los sacerdotes, a los que también saqueaba sin piedad. Cuentan los ANALES de Kiew que el Gran Duque Andrés Bogoljusky lo repuso en la Sede rostoviana en virtud del arrepentimiento, al parecer sincero, de que León habia dado pruebas repetidas. A poco, el benévolo gobernante exigia al Obispo rehabilitado que dispensara del ayuno y abstinencia en todos los miércoles y viernes (por lo general, días prohibitivos), comprendidos entre la Pascua de Resurrección y la de Pentecostés. El Obispo de Rostow rechazó con indignación la demanda y declaró que «Sólo durante la Santa Octava estaba permitido comer carne los miércoles y viernes». Esto por lo que hacia a los legos. Los monjes tenían una ley más rigurosa, porque en días prohibidos, además de las carnes, les estaban vedados estos manjares: queso, manteca, huevos y leche «En todos los demás dias de esa índole, sean cualesquiera la época y la semana, es obligatoria la abstinencia. Es más: subsistirá la prohibición hasta en las festividades eclesiásticas que caigan en miércoles y viernes. En vista del rigorismo, incompatible con la tendencia laxa del mundo griego, del prelado León, el Gran Duque lo expulsaba de sus dominios. El inflexible Obispo de Rostow buscó y halló refugio en Tver. No tardando pudo llegar a Kiew. Una vez en la Capital religiosa de Rusia León se presentaba ante el Metropolita Constantino y logro convencerle de que existian buenas razones para sentirse rigorista. Tan entusiasmado estaba con el criterio de León el Supremo Jerarca de la Ortodoxia eslava que, a seguida, cursaba esta orden al Archimandrita Policarpo, del Monasterio de las Catacumbas de Kiew: «Jamás otorgará dispensas en materia de ayunos Y sus monjes no tomarán leché ni comerán carnes y huevos los miércoles y viernes, aun cuando en ellos cayesen festividades eclesiásticas. El Obispo de Tchernigov, Antón, caía del lado de

Metropolita y del terco prelado de Rostow. Era tan aguda la tensión entre los partícipes en aquella histórica contienda y tanta la perturbación originada en la conciencia de los fieles, que el inflexible Prelado de Rostow tomó el camino de Constantinopla a fin de exponer al Patriarca el estado de la cuestión y recabar de él un decreto definitivo. Otro tanto hacían los príncipes de las regiones afectadas porque tenían sumo interés en la resolución del ¡magno problema!. Regentaba el Patriarcado el Obispo de Bulgaria, Adrián, partidario de la tendencia laxa, imperante en Grecia. Ni corto ni perezoso, el Patriarca en funciones declaraba herejes a León, a sus discípulos y secuaces (monjes y clérigos seculares en su mayoría). El Emperador bizantino Manuel I Comneno, quien por entonces se encontraba en tierras búlgaras, confirmó la decisión patriarcal. Pero León, valiente y tenaz, negó el acatamiento debido. Se mostró tan irreductible y tan violento aun en presencia del propio César bizantino que los personajes que rodeaban a su Majestad imperial hicieron ademán de prender y estrangular al enérgico Obispo de Rostow. El Concilio de Kiew no se ocupaba directamente de él —ya que entendía en su asunto el Patriarca Ecuménico— pero falló en el pleito similar que mantenían el Metropolita Kievense y el Archimandrita Policarpo. El primero, vuelto de su primitivo acuerdo, se había inclinado hacia la tendencia laxa. Así tenía que ocurrir, dado el criterio patriarcal. El segundo defendía con tesón las doctrinas del ex-obispo de Rostow. He aquí el fallo del Concilio: «Obsérvese, íntegra e intacta, la antigua regla de los Studitas y rechácese por HERETICA la doctrina de Policarpo, fautor de grandes perturbaciones».

El quinto Concilio de Kiew (1171) es quizá la asamblea canónica más rara de toda la Historia eclesiástica. «Los Padres y doctores allí reunidos, crueles e implacables como los tiempos y los territorios en que les tocara vivir, condenaron a ser arrojado a las aguas del Dnieper, *con una piedra el cuello,* al infame Obispo de Rostow, al turbulento e inquieto León. El criminal prelado se había hecho acreedor a semejante castigo por las atrocidades cometidas, por la avaricia y otros muchos pecados, todos muy graves. Es verdad que cuando se trata de puntualizar sobre los crímenes achacados a este hombre tenaz y bullicioso no hay unanimidad en los cronistas. También lo es que reina gran incertidumbre acerca de la participación del Metropolita y del Sínodo en el odioso anatema, pues mientras unos excusan al primero culpando tan sólo al segundo, otros hablan de una verdadera compenetración y labor conjunta de ambos. De todos modos, los historiadores de todos los tiempos dan como hechos

incontrovertibles la desgracia del Obispo y el severo castigo del Concilio» (Gómez, en «La Iglesia rusa» Libro III, cap. VI).

Los Grandes Duques Rotislaw, de Kiew; Andrés, de Wladimir del Kliasma; Sviatoslaw de Tschernigov y el Príncipe de Perejaslaw habían tomado condigna venganza de un prelado que había originado serias perturbaciones en sus territorios respectivos. La rebelión religiosa llevaba entonces consigo consecuencias desastrosas en el campo social y político



Una abadesa rusa

Menologio (siglo XI)

Capitulo VI

EL MONACATO

Pronta aparición del Monacato en la Rusia cristiana.—Sus tres formas principales: a) El Eremitismo. El venerable Antonio, primer ermitaño eslavo. Su vida ascética y milagrera. b) Vida conventual.—Introducción de los Estatutos de los Studitas.—Características y prescripciones singulares de los mismos.—Adiciones de Teodosio.—Biografía de este insigne varón.—Nicetas, el Stilita de Parejaslaw.—Sus extraordinarias penitencias.—Capital importancia del Monasterio de Kiwo-Petchersky (Catacumbas de Kiew) en la Historia de Rusia

Con la fe llegó también a las estepas rusas la vida monacal. El venerable Antonio, el primer ermitaño ruso que se conoce, al volver del Monte Athos, visitaba ya conventos o asilos de la piedad eslava. El célebre y meritísimo Hilarión, uno de los más esclarecidos Metropolitas del mundo eslavo, afirma que «inmediatamente después del bautismo del pueblo aparecieron en las montañas monjes y claustros». Y otro varón benemérito, otro ilustre Padre del Monacato ruso, el venerable Teodosio, al pasar por Kursk, recibía noticias detalladas «de los Conventos de la cenobítica Ciudad de Kiew», que a seguida visitaba. Ocurría ello antes de 1050. Dicen los cronistas que bajo el Sabio Jaroslaw «comenzaron a multiplicarse los monjes y a florecer los conventos». Sábese que bajo la soberanía de este mismo Príncipe se construyeron en la Capital de Ucrania y cuna del cristianismo eslavo dos conventos, dedicados a S. Jorge, el uno, y a Santa Irene, el otro. La erección del famoso «Cenobio de las Cavernas», construído en madera por el Venerable Teodosio, tenía lugar en 1062. El célebre cronista Nestor, después de haber dado cuenta de la fundación del Monasterio de San Demetrio por el Gran Duque Ysaslaw, escribía: «Tanto los príncipes y boyardos como los ricos, en general, edificaron muchos conventos; pero ninguno de ellos pudo igualar a los que se fundaron con las lágrimas y

ayunos, con las penitencias y oraciones, con los dolores y vigilias de los ascetas eslavos, pues Antonio, que no poseía oro ni plata, trajo muchos a la vida y al esplendor mediante padecimientos mezclados con lágrimas». Quiso decir aquel benemérito cronista, tan excelente narrador como piadoso monje, que sin negar el mérito indiscutible que puedan tener el fervor de los grandes y el desprendimiento de los ricos, la mejor cimentación en la obra magna de organizar y fomentar eremitorios y comunidades monacales son la vida ascética y la mortificación eremítica.

Con las palabras que acabamos de citar quiso aludir también el mencionado cronista a la poca duración de ciertos claustros antiguos. Hasta los días aciagos de la Segunda Guerra Mundial se conservó el viejo Convento de las «Cavernas» (Kiew), que nació y progresó merced a las lágrimas de Antonio y Teodosio. Todavía subsiste el Monasterio de la Madre de Dios en Tschernigow (Monte Boldin), donde actuó durante algún tiempo el primero de esos dos grandes eremitas. Las tormentas de los siglos habían respetado hasta nuestros días tres claustros venerables en Nowgorod: el de Antonio, el de Waarlám y el de Jurjew, y otros tres en las regiones cercanas a la misma. Pero el terremoto más grande de la Historia General (La Revolución bolchevique) y el torbellino bélico más destructor que conoce la evolución militar (la última guerra germano-rusa) han asolado la histórica ciudad y sus conventos numerosos. Los más acreditados testigos de la Edad Media nos dicen que sólo en la Ciudad de Kiew hubo nada menos que ¡diecisiete! conventos. La Gran Nowgorod, o cuna de la Dinastía «Rurik» y primera ciudad eslava, contaba ¡veintidós! de ellos. Pero los Príncipes no se limitaban a fundar y a dotar conventos. También entraban en ellos. El primero que se consagró voluntariamente al estado monacal fue Sviatoslaw-Nicolai, quien ingresaba en el Claustro hacia 1106. Por cierto que a causa de semejante decisión, enteramente inaudita y desacostumbrada, tuvo que sufrir de parte de sus hermanos muchas e injustas vejaciones. Antes que ellos habían comenzado las princesas. Hacia 1237, en las vísperas de la invasión mongólica, algunas vistieron el hábito monacal. Tan general debió ser esta piadosa tendencia que el gran Monómaco dirigía a sus hijos una reconvención severa: «No os salvará el Monacato, escribía aquel Príncipe; sólo las buenas obras os darán la Bienaventuranza». Y otro Príncipe llamado Rostislaw (1160-1168) hablaba así al venerable Policarpo: «Padre, de buen grado me hurtaría a esta vida vana, perecedera e intranquila». El santo varón le daba este saludable consejo:

«El Señor os ha mandado permanecer así, obrad bien en este mundo, juzgad rectamente y seguid adorando a la Santa Cruz.».

La vida monacal era por entonces más sincera, más profunda, más penitente que en épocas posteriores. En los primeros tiempos del Cristianismo eslavo la Ascética monacal fue tan severa como en los días de florecimiento místico en el yermo oriental. ¡Cuántos y cuán ilustres campeones nos ofrece el Monasterio de las Cavernas de Kiew! Y ¡cuántos asilos de piedad, de penitencia y de amor a Dios y a los hombres había en Rusia iguales al de Kiew!

Durante los tres primeros siglos de su vida cristiana, la Santa Rusia ofrece al historiador eclesiástico tres distintas formas de piedad: la que practicaban los ermitaños, la que llevaban a cabo los monjes que vivían en comunidad claustral y aquélla otra admirable, sublime, que adoptaron los llamados Stilitas. Es representante excelso de la primera el venerable Antonio, primer ermitaño eslavo. La importó del Monte Athos, que la había hecho famosa. Antonio había nacido en Ljubetscha (Ucrania). «Dios lo había hecho andariego y peregrino», dice el cronista Nestor. En sus correrías llegó hasta el Monte Athos, donde visitó varios conventos notables. Prendado de la rígida y santa vida que llevaban los penitentísimos colonos de aquellas sagradas montañas, el piadoso varón eslavo se personaba ante el Archimandrita griego de aquellas colonias eremíticas y le pedía el hábito monacal. En adelante Antipo, que tal era su nombre en el siglo, se llamará Antonio. El nuevo eremita eslavo, acabada que fuera su instrucción, recibía esta orden categórica: «Marcha a Rusia y sé una bendición de esta Santa Montaña. Que por tu mediación se vea incrementado el número de monjes. Así ha de ser con toda seguridad». Antonio se detuvo en Kiew y, después de meditar mucho y rezar no poco a fin de escoger el más apropiado lugar, se inclinó por una colina en la que el piadoso Hilarión había hecho una cueva. Allí se quedó también él. Un pedazo de pan seco, cada tres días, era todo su alimento. El agua, también muy escasa, era toda su bebida. Ocupábase tan solo en orar y trabajar. Llegó a ser tan famoso en los tiempos de Jaroslaw que todo el mundo acudía a él en demanda de bendiciones. Bien pronto se le unieron para acompañarle en sus penitencias, para nutrirse de sus enseñanzas ascéticas y para seguir sus consejos Nicón y Teodosio. No tardando, se le incorporaban también dos favoritos de la Corte: Waarlam, hijo de un boyardo, y Efrén, tesorero del Príncipe Ysaslaw. Por cierto, que la cólera de que éste diera pruebas al conocer la resolución de aquellos notables cortesanos obligó

al eremita Antonio a formar el propósito de abandonar en compañía de sus discípulos la *Cueva* bendita que él había santificado con sus penitencias y mortificaciones. El Príncipe se apaciguó a seguida y rogó al santo varón que no abandonase la ciudad de Kiew. Antonio, que amaba la soledad y aborrecía el bullicio, después de haber hecho Abad de los suyos al ascético Waarlam, se encerró en una cueva, que muy pronto abandonaba para ocupar otra más lóbrega y más angosta. Aquí agotó sus fuerzas con tanto ayunar y tanto rezar. «El Señor —dice Filareto— premió su piedad acrisolada otorgándole el don de profecía y la gracia de los milagros. No pocos enfermos recobraron la salud con sólo tomar los pocos alimentos que se dejaba Antonio». Aprovechándose de la debilidad estatal que habían originado las interminables y cruentas luchas de los sucesores de Jaroslaw el Sabio, unos guerreros nómadas, los Polowzes, irrumpieron en territorio ruso (1067). Los Príncipes —los tres hermanos Isaslaw, Sviatoslaw y Wsevolod— tomaron el acuerdo de oponerse al invasor. Antes de la batalla de Alta acudieron al eremita Antonio y le pidieron una bendición, que les era más necesaria que nunca. El santo profeta les anunció con lágrimas en los ojos el resultado negativo de la lucha. «El General Schimon —decía Antonio— sería derrotado y, no contento con esto, el Destino adverso deparará a todos innumerables desdichas». Las treinta y tantas invasiones subsiguientes, acaecidas en el plazo relativamente corto de siglo y medio, daban la razón a los lamentos del ermitaño profeta. Antonio lloraba, porque en su visión profética veía las ruinas y los dolores que habrían de sufrir los habitantes de Tchernigow, Perejaslawl y Kiew, cabalmente los distritos más ricos y más fértiles de Rusia. Pero el eremita ucraniano presentía, además, nuevas vejaciones que por venir de los propios eran doblemente sensibles, por cuanto tenían sus raíces en la incomprensión y en la ignorancia maliciosa. Isaslaw, arrojado de Kiew por Wseslaw, su hermano, había logrado regresar a la Capital del Principado ucraniano. Creyendo falsamente que el ermitaño se había pronunciado por Wseslaw, el Príncipe repuesto inició la persecución contra el asceta, en absoluto inocente. Otro hermano de Ysaslaw, el piadoso Swiatoslaw, se acercó durante la noche a la *Caverna* famosa, donde Antonio practicaba sus exageradas penitencias y a fin de librarlo de injustos vejámenes y de posibles explosiones de ira por parte de Ysaslaw, se lo llevó consigo a Tchernigow. Las montañas de Boldin agradaron mucho al ermitaño de Kiew. Allí horadó él otra Caverna. No poseemos más detalles acerca de la vida eremítica de Antonio en la cueva de Boldin. Sólo sabe-

mos que murió (1073) en aquella misma Caverna de Kiew, donde pasara la mayor parte de su vida. Aseguran los cronistas (Nestor y Simón) que, antes de expirar, el venerable anciano había señalado y bendecido el lugar en el que se edificará luego la iglesia dedicada a la Virgen, a la Santa Madre de Dios. Antonio tuvo muchos discípulos en la segunda mitad del siglo XII.

El venerable Teodosio, elegido Abad de la Colonia eremítica de «Las Cavernas» (Kiew), abandonaba aquellas cuevas en 1062 y se instalaba en un Claustro en el que hacían vida monacal extremadamente rígida unos *cien* hermanos. El higumeno del primer Convento de Ucrania, y de toda la inmensa Rusia, sintió la necesidad de un Reglamento para gobernar aquella Congregación de ascetas. El había oído hablar de los Studitas constantinopolitanos, cosa, a la verdad, muy fácil por cuanto la comunicación entre los territorios ucranianos y la Capital de la Greco-Ortodoxia era ininterrumpida e intensa. Teodosio enviaba a Constantinopla un hermano, que se entrevistaba con Efrén el Eunuco, colono un día en las «Cavernas» de Kiew. El hermano Efrén —así lo esperaba Teodosio— hallaría facilidades para sacar una copia del Reglamento por el que se regía la Comunidad constantinopolitana. El Abad ucraniano no se equivocó, porque su emisario cumplía a satisfacción el encargo. No tardando, la Regla de los Studitas era leída y adoptada por los monjes de Kiew, por los hermanos que dirigía el higumeno Teodosio.

Si hemos de creer a Nicón el Armenio, el Estatuto de los Studitas constantinopolitanos se distinguía de otros similares en los pormenores siguientes: a) No tenían ellos vigilia eclesiástica nocturna. En su lugar entonaban, a hora fija durante todo el año, los tres consabidos Cánticos de la Tarde, de la Media Noche y de la Mañana. b) Tampoco estaban obligados, en ningún día del año, a entonar el Gran Cántico de la Gloria. Tan sólo era práctica obligatoria en las grandes festividades la de leer el Himno de «Alabad al Señor». c) Desde el 26 de septiembre hasta el final de la Pequeña Cuaresma, se leían tres lecciones en el Oficio Religioso de la Mañana. Desde la Semana de todos los Santos en adelante se recitaban sólo dos. Al adoptar para los suyos el Estatuto de los Studitas constantinopolitanos, que lo habían importado de Jerusalén, Teodosio no se limitó a la aplicación y exégesis literales del mismo, porque, impregnado de su espíritu, lo fue completando con disposiciones propias. Teodosio era severo e indulgente a la vez. Nunca rechazaba a nadie, cuando solicitaban de él in-

greso en la Comunidad, pero tampoco se daba prisa en imponer el hábito monacal. A los comienzos todavía llevaban los novicios el traje secular. Mas, a medida que iban éstos acostumbrándose a la vida claustral, les suministraba un traje negro —indumentaria tradicional en los monjes rusos— y los mantenía en obediencia. Más tarde los vestía completamente, es decir, les imponía la capa claustral. Sólo en el caso de haber alcanzado con prontitud inusitada la perfección que corresponde a un monje acabado, recibía de una sola vez el novicio el hábito completo de la estrecha vida conventual.

Teodosio ordenaba también a los suyos que, después de los cultos de la tarde, nadie pasase desde su celda a la de su hermano. Todos, absolutamente todos, deberían realizar, dentro de su propio aposento, los trabajos manuales que les fueran más conocidos y queridos. Después de rezar la oración oportuna al comienzo de las tareas manuales, deberán proseguir éstas recitando a la vez los Psalmos de David. Después de la cena se cerrarán las puertas del Convento. Nadie podrá ya entrar ni salir.

El «Convento de las Cavernas» de Kiew, organizado por el venerable Teodosio con arreglo a los Estatutos de las Congregaciones studitas, sirvió de pauta a todos los claustros eslavos. Pero la fama de Teodosio no se debió únicamente a este inolvidable servicio a la Ortodoxia rusa. Tuvo también otros fundamentos: la gran piedad y la acendrada devoción.

* * *

Huérfano de padre a los 14 años, Teodosio no hallaba consuelo más que en la visita de las iglesias. La peregrinación a Tierra Santa era uno de sus grandes amores. Siempre que topaba con peregrinos que iban a los Santos Lugares le entraban deseos incontenibles de incorporarse a la expedición. Hubiera realizado, cierta vez, su ilusión de manera plena, a no haberlo impedido su madre. La iracunda señora, después de apalear al piadoso muchacho, se lo trajo violentamente a casa, donde lo tuvo encadenado por algunos días. Recobrada la libertad, Teodosio volvía enseguida al templo a fin de cooperar de algún modo, al menos mediato, a las acciones sacras. Durante tres largos años se dedicó con fe y devoción eucarísticas a elaborar y cocer el pan para la Prosphora (Oblata). La viuda procuraba disuadir al devoto joven, le amenazaba y, por fin, lo castigaba tan dura y bárbaramente que para continuar sus costumbres hubo de escapar y de refugiarse en otra ciudad. Pero aquella madre impía

y desnaturalizada, después de buscar y hallar a su vástago, se lo llevó nuevamente a casa. Aquí pretendió convencerlo de la necedad de sus tendencias religiosas y del absurdo de sus prácticas litúrgicas. Los esfuerzos de la madre resultaron estériles. La cólera de aquella mujer rebasó todos los limites, cuando se hubo percatado de que los vestidos interiores del hijo se hallaban tintos en sangre, en la sangre que le hacían derramar en abundancia las cadenas metálicas que para martirizar la carne había adaptado él a su cuerpo. Ni que decir tiene, la madre de Teodosio quitó a éste los instrumentos torturadores. Pero los obstáculos intensificaban la piedad ascética de aquel joven piadoso, que de modo directo e irresistible se inclinaba a la vida monacal. Un buen dia, en ausencia de la madre, dejó la casa y se marchó a Kiew. Una vez aquí, buscó al ermitaño Antonio y vestido con el hábito que le impuso Nicón, dio comienzo a su vida monacal. Ocurria ello en 1032. Cuatro años después hacía su aparición en el Eremitorio de Kiew la madre de Teodosio. Quería llevarse al joven eremita. Pero el hijo estaba ya tan maduro en la vida espiritual que logró convencer a la madre. Los ruegos y misticas consideraciones de Teodosio llevaron a la colérica señora hacia la vida religiosa. Y aquella madre, un dia tan refractaria a las prácticas de piedad, ingresaba ahora en un eremitorio femenino. Teodosio recibe las Ordenes Sagradas y se hace presbítero. La vida de los que se habian reunido en torno al ermitaño Antonio era en extremo rigurosa. Por lo común, se alimentaban exclusivamente de pan seco, de centeno, y de legumbres. Para obtener el primero y para conseguir las segundas trabajaban en la huerta y en la casa. Teodosio, que era corpulento, ayudaba a todos: El traía agua, rajaba leña, molía el centeno y el trigo y servía la comida a sus compañeros. En las noches caniculares del estío ofrecia su cuerpo a moscas y mosquitos, que tanto abundan en Rusia, a fin de que unas y otros pudiesen alimentarse. No pocas veces brotaba sangre de su cuerpo martirizado.

Con la bendición de Antonio la Comunidad de eremitas elegía por Abad a Teodosio (1062). A las viejas virtudes y a las acostumbradas penitencias añadia él ahora la vigilancia pastoral. Mantenía el orden en el Eremitorio y vigilaba de noche todas las celdas. Cuando encontraba a dos o tres hermanos juntos daba un golpecito en la puerta. A la mañana siguiente recibían ellos un aviso con esta indicación: «¡Hermano, cuide de su alma!». A todos animó y a todos confortó el higumeno Teodosio. También ayudaba y sobrepujaba a todos en los trabajos manuales. En cierta ocasión se le hizo saber que no había

agua ni quien la trajese. El higumeno se levantó y trajo personalmente la cantidad necesaria. En otra tampoco había nadie que desmenuzase la leña. «Yo estoy libre», dijo el Abad Teodosio. A seguida ordenó que los ermitaños todos se fuesen a comer, pues ya era tiempo del yantar, y él se dedicó en el entretanto a rajar leña. En la mesa se contentaba con pan seco y col sin aceite. Nunca se le vio decaído o triste. Nadie le vio jamás acostado o dormido. Tampoco se bañó nunca. Vestía siempre trajes de lana, usados y remendados. Excusado es decir que llevaba camisa penitencial. El Gran Duque Ysaslaw, que lo amaba de corazón y lo colmaba de atenciones, le envió un día el coche para que pudiera retirarse a la Residencia, pues se le había hecho tarde. El cochero que se vio ante un eremita vestido de harapos, habló a Teodosio de esta guisa: «Tú, hermano, estás ocioso todo el día y yo siempre estoy trabajando; ponte aquí a guiar el coche y arrear el caballo, y yo me colocaré en tu sitio; así podré yo descansar». El Siervo de Dios calló y condujo al criado palatino hasta el Convento. El higumeno del Monasterio de las Cavernas pasaba las noches sin dormir. No hacía más que rezar y llorar por sí y por los suyos; tanto y tanto purificó su espíritu que el cielo le otorgaba como premio la discreción de espíritus y el carisma de curar las enfermedades incurables. Teodosio hizo muchos milagros. Su caridad no tuvo límites porque, lleno de amor hacia los pobres y pacientes, edificó para ellos una casa y para socorrerlos dio todo lo que poseía. El caritativo Abad recibió en pago el ciento por uno. Los Boyardos y los Príncipes se acercaron a él no tanto para confesar sus pecados y para escuchar sus consejos, sino también para entregar donativos para los templos y los menesterosos.

Como el número de hermanos había crecido extraordinariamente y el espacio conventual resultaba ya pequeño, el Gran Abad buscó otro sitio donde alojar a su creciente Comunidad. Después de colocar la primera piedra de una nueva iglesia, consagrada a la Madre de Dios, el venerable Teodosio entregaba su alma al Señor en el año de 1047.

Muchos y muy piadosos fueron los discípulos del organizador de la vida conventual entre los ascetas del mundo eslavo. Fortalecidos con el espíritu que supo infundirles el Gran Abad, dieron ellos ejemplo de grandes virtudes y excelsas negaciones. «Había Dios reunido tantos monjes en la Congregación de Nuestra Madre —dice el cronista Nestor— que, al igual que los luceros resplandecientes, iluminaron todas las tierras rusas». Algunos eran fuertes en el ayuno, otros en las vigilias, no pocos en los actos litúrgicos y todos, absolutamente todos, rendían venera-

ción al amor fraterno, a la santa obediencia y a la concordia conventual.

* * *

Hízose famoso en el Norte de Rusia otro campeón monacal llamado Antonio, el Romano. Fundó un convento a orillas de Wolchow, como a unos dos kilómetros de la histórica ciudad de Nowgorod. El propio Antonio trazó en su testamento sus características monacales. He aquí sus palabras: «Yo Antonio, el peor de todos los monjes, llegué a este lugar (al Norte del Lago Ilmen) sin haber recibido bienes terrenales de manos de los Príncipes ni de la generosidad episcopal. Traje tan sólo la bendición santa del Obispo Nicetas (1096-1108). Al trabajar tierras ajenas no ahorré trabajo alguno ante los otros y sufrí privaciones, dolores y penurias por el buen estado de la Comunidad, a la cual también alcanzaron las salpicaduras de mis apuros. ¡Quiera la Madre de Dios pesar en su verdadero alcance todas cuantas miserias y calamidades hube de padecer a causa de este venerable lugar!». Sábese por las Crónicas que este monje venerando llegó a Nowgorod la Grande hacia 1108. Durante cuarenta años, nada menos, dedicó sus esfuerzos a reunir y a consolar a sus hijos espirituales. En 1117 colocaba la primera piedra de una iglesia, que dedicó a la Madre de Dios. Diez años más tarde, ponía los cimientos de una edificación sólida que destinó a comedor del Convento. También levantaba una capilla para honrar a la «Presentación de Jesús en el Templo». En 1131 era nombrado higumeno del Convento que erigiera.

Cuenta Nicetas Chomat que la costumbre de practicar la mortificación permaneciendo días, meses y aun años en una columna al modo de San Simeón, que por lo mismo fue llamado *Stilita,* duró en Grecia hasta el siglo XII. Esta modalidad del ascetismo cristiano, dada su extraordinaria dificultad, no halló en Oriente muchos imitadores. «Tampoco hubo *Stilitas* en la primitiva Iglesia de Rusia. Tan sólo nos han llegado noticias de dos: San Cirilo de Turow, Obispo luego de esta Ciudad, y San Nicetas, el asceta de Perejaslaw, donde había nacido y recibido educación» (Filareto). En su edad madura había intimado con los empleados del Fisco, en compañía de los cuales dio mucho que hacer y que sentir a los Tribunales de Justicia y a los ciudadanos pacíficos y honrados. Mantenía a su mujer y sufragaba los gastos de la casa con bienes injustamente adquiridos. Pero un buen día tuvo la feliz ocurrencia de entrar en un templo a la hora precisa en que resonaban en sus bóvedas

las palabras del Profeta Isaías (I-16): «Lavaos, limpiaos; alejad de mis ojos la iniquidad de vuestras obras; dejad de hacer el mal», palabras que le cuadraban de una manera perfecta. Nicetas no pudo dormir en toda la noche. Tenía que ser así, ya que sobre su conciencia gravitaban como pesada losa las iniquidades cometidas. Al día siguiente, se dio prisa en buscar a sus amigos a quienes convidó al objeto de hallar distracción y de apagar los gritos de su torturada conciencia. Pero el convite no alejaría los tormentos del espíritu inquieto. La intranquilidad iba en aumento. A los pocos días se le oyó gritar de esta guisa: ¡Ay de mí, pecador! ¡Tengo que hacer penitencia! Y sin decir una palabra abandonaba su casa para siempre. El Abad del Convento. *Nikita,* adonde Nicetas se dirigió en busca de un lugar retirado donde hacer penitencia, le obligó a estar tres días consecutivos en la puerta esperando el ingreso. Por su parte, el arrepentido postulante se situó, enteramente desnudo, en uno de esos parajes pantanosos que tanto abundan en Rusia. Hízolo así para que los mosquitos tan abundantes como molestos acribillaran, atormentaran y ensangrentaran su cuerpo, como realmente sucedió. No tardando, cumplida a satisfacción tan repugnante penitencia, ingresaba en el Convento. Cargado de cadenas de hierro, Nicetas se situaba en una columna. Parecía la estatua del dolor colocada de pie en un monolito. De esta guisa, expuesto al frío, al calor y a todas las inclemencias atmosféricas, el nuevo stilita, rogando al Cielo al que pedía perdón de sus pecados, pasó años y más años. Purificada y llena de merecimientos, el alma de Nicetas recibía de lo Alto, en premio a sus heroicos renunciamientos, el don de curaciones. El Príncipe Miguel de Tchernigow, aún joven, había enfermado gravemente. El stilita Nicetas lo arrancó de las garras de la muerte. Después de haber levantado una Cruz conmemorativa en el sitio de la curación, el Príncipe agradecido anotaba en el monumento el año, el mes y el día de tan fausta y sobrenatural efemérides (16 de mayo de 1186). La gracia del martirio, que más tarde obtuviera dicho Príncipe, favor inmenso era también del Santo Stilita. Miguel estaba en posesión de aquellas cadenas de hierro que habían torturado al cuerpo del asceta ya fallecido. Los ladrones que sorprendieron al Príncipe vieron en ellas prendas valiosas de plata pura. El brillo que les habían comunicado el desgaste y el rozamiento con el cuerpo del penitente Nicetas deslumbró y engañó a los desalmados asaltantes. A la vez que robaban las cadenas, dieron ellos muerte alevosa al poseedor de las mismas. La Iglesia Rusa podía agregar a la lista de sus

Santos el nombre de uno nuevo: *el mártir Miguel, Príncipe de Tschernigow.*

Por aquel entonces ya llevaba floreciente vida el más antiguo de los monasterios ortodoxos: el *Kiewo-Petchersky,* obra magna de los santos varones ANTONIO y TEODOSIO. Durante el período áureo del Principado de Kiew, este centro religioso de la antigua Rusia reunió considerables riquezas territoriales, artísticas y literarias. En él se redactaron las más viejas crónicas y en él hallaron remedio muchas necesidades del cuerpo y del espíritu. En 1240 era destruído por los Tártaros. Era reconstruído en el siglo XIV, y a últimos del XVI, después de haber sido elevado a la dignidad de *Laura* (Monasterio de primer orden) y sometido directamente al Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, se convirtió en foco de lucha por la ORTODOXIA. En él se redactaron los libros litúrgicos y las obras de polémica. En 1686 quedaba sometido a la jurisdición del Patriarca de Moscú. Siempre fue el más notable de los monasterios rusos. Fue tanta la veneración que a los eslavos orientales inspiraron sus santos que anualmente acudían al venerable santuario más de 200.000 peregrinos. Tiene varias iglesias entre las que sobresalen la Catedral de la Asunción de María y el Templo de la Trinidad. En 1927 eran secularizados casi todos los edificios monacales que constituían, por decirlo así, un barrio entero de la Capital de Ucrania, el del extremo sur en las alturas de la ribera derecha del Dnieper. Los monjes desaparecieron en su mayor parte. Y la célebre Laura, el más venerado rincón religioso de Rusia, quedaba convertida en hogar para inválidos y en talleres. Debajo de ella, a gran profundidad, hay un claustro de grutas, parecidas a las Catacumbas romanas, en cuyos laberínticos corredores descansan numerosos monjes, cada uno en su nicho. Se conservan intactos dos tesoros de incalculable valor religioso, artístico e histórico: la hermosa biblioteca y dos museos. La devastación originada por la última Guerra germano-rusa alcanzó también al venerando Monasterio. Las edificaciones propiamente conventuales quedaron totalmente destruídas.

CAPITULO VII

FLORECIMIENTO CULTURAL.

Los monasterios de Kiewo-Petchersky y el de San Jorge de Nowgorod, los más importantes Centros culturales de la Rusia premongólica.—Las famosas «Respuestas de Quirico».

I

TRATADOS DOCTRINALES Y ORATORIOS.

a) — San Cirilo, Obispo de Turow, el «Crisóstomo ruso».—Características de sus sermones (simbolismo, sencillez evangélica, antisemitismo y respeto para la Iglesia occidental).—Sus hermosas plegarias a la Virgen y a los Apóstoles.
b) — El Metropolita Clemente de Smolensko.—Su «Epístola al presbítero Tomás».
c) — San Teodosio, de las Catacumbas de Kiew, como orador.
d) — La traducción y comentario de la Epístola dogmática de San León el Grande por un monje kievense, llamado también Teodosio.—Reconocimiento del Primado Romano.
e) — San Simón, Obispo de Wladimir.—Su «Tratado de Mística» y su «Historia de los Santos».

II

LOS SBORNIKI O PRONTUARIOS TEOLOGICO-LITURGICOS

Los llamados de Sviatoslaw (1073 y 1076).—El contenido de esta clase de colecciones.—Las antologías de los siglos XII y XIII (Cadena de Oro; Boca de Oro; Margarita; Esmeralda; Fuente Aurea etc.).

III

LITERATURA JURIDICA

Los Nomocánones primitivos.—Su contenido esencial (Jurisdicción de los obispos).

IV

HISTORIA ECLESIASTICA

El monje kievense NESTOR, autor de la VIEJA CRONICA.—La discusión crítico-histórica en torno a la misma.—La hagiografía—Carácter de las producciones teológicas rusas en este período. Manifestaciones artísticas.

Excepción hecha del príncipe Wladimiro II Monómaco, políglota y literato, hombre activo, inteligente y moral, que es autor de un libro muy notable: «Instrucción a mis hijos», verdadero manual del perfecto gobernante (¿1125?); del genial poeta y culto guerrero que redactara la «Campaña de Igor» y del erudito empleado civil que escribiera la «Súplica a Daniel el Recluso» (del género epistolar) , monumento literario de inestimable valor, los escritores más famosos de la Rusia premongólica pertenecieron a la Iglesia. Casi todos eran o habían sido monjes. El Monasterio de las «Cavernas» (Kievo-Pechersk), cuyo tercer prior, San Teodosio, ya había redactado en 1074 una «Pastoral» famosa, fue por entonces, y claro es que también durante muchos siglos, el más importante centro cultural de la Nación Rusa. Fueron monjes de Kievo-Pechersk los que en el bienio (1095-97) escribieron el llamado «Código de Suprasl», que contiene las Meneas (Vidas de Santos) correspondientes a los meses de Septiembre, Octubre y Noviembre. De 1092 es también el Evangelio de Arkangelsk, encontrado en el Norte del País. Se conserva también una buena serie de Manuscritos sin fecha, elaborados indiscutiblemente a últimos del siglo XI o principios del siguiente. Muchos de ellos se refieren al santo eslavo por antonomasia, San Nicolás. Por entonces se festejaba ya, bajo el influjo variego principalmente, el Traslado de las reliquias del Gran Taumaturgo a Bari, en la Apulia (1089). Pero a todos superaron en importancia los llamados Sborniki dedicados a Sviatoslaw. Son dos colecciones (Antologías las llamaríamos hoy) de fragmentos sacados de antiquísimos autores griegos. Traducidas

del griego al búlgaro en los días del Zar Simeón (893-927), pasaron luego a Rusia donde se hicieron las oportunas copias y traducciones. Que los más viejos clásicos griegos no eran cosa desconocida ni extraña para los monjes rusos lo prueban el entusiasmo con que recomendó la lectura y el tesón con que defendió a los amantes del clasicismo helénico el Metropolita Clemente de Smolensko, ruso de origen.

Otro monje, por nombre Constantino, traducía (1120-1130) al ruso la obra del ermitaño macedonio Felipe, titulada Dioptra. Este libro aduce con frecuencia y sin escrúpulo alguno citas de filósofos paganos de la antigua Grecia. Merece también citarse como interesante traducción —tarea predilecta de los rusos ilustrados de aquella época— la obra titulada «Los Profetas Comentados».

El prior Daniel publicaba las «Memorias de un viaje a Jerusalén», y el monje Quirico de Nowgorod un Tratado de «Cronología». Pero lo que mejor revela la situación espiritual de la Iglesia rusa de aquel entonces son las «Preguntas y Respuestas» de este religioso del Monasterio áulico de San Jorge, en la Ciudad del Lago Ilmen. Como su título indica, están constituídas por una polémica con el Obispo Nifont y «dan a conocer —dice Markow— las disensiones religiosas entre el Cristianismo y las supervivencias paganas de la época». Son, asimismo, muy instructivas las «Respuestas a Quirico» y el «Aviso al Clero» que redactara entre 1163 y 1180 el Arzobispo Nowgorodense Elías-Juan. Toda esta polémica entre cristianos (fieles y pastores) revela, como ninguna otra manifestación religiosa, la existencia de un pueblo infantilmente piadoso, para el que la fe es la cosa más natural del mundo. Las célebres «Preguntas y Respuestas» nos llevan al convencimiento de que el Cristianismo ruso estaba muy vinculado a los sentidos corporales y que se atenía en un todo a lo puramente superficial y externo. Las «Preguntas» de Quirico afectaban a la vida religiosa de los sacerdotes y de los fieles en toda su extensión. Estaban formuladas con toda sencillez y sin eufemismo de ninguna clase. A su vez, las «Respuestas» estaban concebidas en términos breves y concisos y rebosaban cuidado y preocupación pastorales. En unas y en otras se manifiesta una santa y alegre cooperación entre el pastor y el rebaño. Los fieles tomaban parte en la vida parroquial y pastoral. Tan importante como ésta es otra polémica de muy distinto matiz, dirigida precisamente contra los judíos, que eran entonces muy numerosos en Rusia. Los que no quisieron someterse a los Pschenegas y a los Kumanos hubieron

de abandonar su residencia habitual para refugiarse entre los variego-rusos, los hombres civilizados de la Rusia de aquel entonces. Por lo que hace a la vida cristiana propiamente dicha, conviene notar que hubo en el siglo XII muchas discusiones disciplinares. Una de ellas se refería a la forma y al tiempo del Ayuno.

I

TRATADOS DOCTRINALES Y ORATORIOS

a) San Cirilo, Obispo de Turow (1130-89).

Es el más famoso de la época premongoliana y de toda la Rusia antigua. ¡Como que ha sido llamado el CRISOSTOMO eslavo! Había nacido en Turow a principios del siglo XII. Entró muy pronto en el Monasterio de Zaruba y luego, siguiendo la inclinación de los monjes orientales tan dados a la soledad, vivió algún tiempo como Stilita, penitentísimo género de vida, sobre todo en Rusia, donde son tan largos y tan rigurosos los inviernos. En este retiro ayunó y rezó, trabajó y escribió sobre los Libros de la Sagrada Biblia. Pronto se hizo famoso en toda la región y fue consagrado Obispo de su ciudad natal. Escribió muchas obras; pero es más conocido por sus *sermones,* que han llegado a nosotros en número considerable. Son dignos de mención los que redactó para el tiempo de Cuaresma, de Semana Santa y de Pascuas. Aseguran que es suya la homilía sobre la Epifanía, que otros con mejores razones atribuyen a Juan, Exarca de Bulgaria. También dicen que es suyo el célebre discurso acerca de «La salida del alma y las doce pruebas que debe sufrir antes de llegar a la gloria».

Siguiendo a los autores bizantinos de la última época, San Cirilo de Turow es un simbolista que sintió especial complacencia en comentar detalles. Así lo hizo en el Sermón para el Domingo de Ramos. Utiliza con excesiva frecuencia alegorías un tanto lejanas. De todos modos, San Cirilo de Turow no es un orador que ama las sutilezas pletóricas de exageración e inexactitud, porque el Crisóstomo ruso tiene maravillosos arranques oratorios. Así ocurre cuando canta las magnificencias del Día de Pascua, tan grato a los cristianos del mundo eslavo. Por otra parte, se dirige a sus oyentes con una sencillez evangélica que recuerda el período áureo de los grandes oradores de Bizancio. También

reprende a su auditorio por su falta de interés y le recomienda que haga saber a los ausentes del templo todo cuanto ha oído en él. «La Reina de Saba —añade él no sin cierto dejo de melancolía— fue ver a Salomón. ¿Por qué no habéis de acudir vosotros al Templo del Señor, infinitamente más sabio que el sabio de Israel? Si se distribuyera cada día plata y oro o, aun cuando no, aguamiel tan sólo ¿no vendríais a verme? Pues bien; más valiosa que los metales preciosos y la dulce miel es la PALABRA DIVINA» (Del 5º Domingo después de Pascua). En toda la obra del Obispo de Turow puede observarse un fuerte sentimiento antijudaico. La cosa choca tanto más cuanto que no existen en ella vestigios de aversión antilatina, ni aun en aquellas ocasiones en que habla de los Azimos, tema tan propenso a desahogos antirromanos. Es interesantísimo el Sermón del 6º Domingo después de Pascua de Resurrección (Curación del enfermo de la Piscina de Siloé). Después de haber suministrado detalles acerca de una controversia entre los judíos y el enfermo, el orador afirma: «Nosotros, después de abandonar las perversas tendencias judías, debemos alabar al hombre del cual tuvo Dios compasión». En una «Colección» del siglo XIII se encuentra un sermón sobre la Encarnación. Iba dirigido a un judío.

El contenido teológico de los sermones de San Cirilo de Turow no es muy notable. Este obispo eslavo es más orador que teólogo. Pero su doctrina sobre la Encarnación y la Trinidad no difiere de la exposición tradicional. Con motivo del Sermón sobre los «Trescientos dieciocho padres nicenos» expone el Misterio de la Santísima Trinidad al modo clásico sin aludir para nada a los escritos antilatinos que por entonces circulaban acerca de la partícula *Filioque*. Es más; ni aun tratando del apasionante tema de los *Azimos*, cosa que realiza con frecuencia, se ocupa para nada de la Iglesia Latina. No podemos olvidarlo los occidentales. En cambio, refuta a cada momento a los judíos.

Se han atribuído a San Cirilo de Turow varias plegarias que debían recitarse en determinados días de la semana después del oficio cotidiano. Son singularmente bellas las dedicadas a Nuestra Señora, La Virgen María. Para el jueves, después de los maitines (*utreni*), compuso una oración a los Apóstoles, en general, y otra especial, muy elocuente por cierto, a San Pedro, «Sólida roca de la fe, base inconmovible del edificio de la Iglesia, pastor del rebaño espiritual de Cristo y portador de las llaves del Reino de los Cielos».

b) Clemente de Smolensko.

La Crónica llamada de Nicón dice de él que era un escritor fecundo. Conocemos su «Epístola al presbítero Tomás» comentada por el monje Atanasio. Tiene dos partes perfectamente distintas. En la primera, la cual es, sin disputa alguna, de Clemente, pinta muy al vivo las costumbres y la cultura de los tiempos de Isjaslaw II, príncipe de Kiew, a cuya petición el autor fue nombrado Metropolita de Smolensko. Clemente conocía a la perfección los compendios teológico-litúrgicos que por entonces circulaban en Rusia y, lo que es más, los clásicos griegos (Homero, Platón y Aristóteles). La segunda parte, de contenido vario, desordenado y confuso, guarda indudable conexión con la primera, pero no es toda de Clemente. Es tarea poco menos que imposible la de señalar qué cosa es del Metropolita y cuál pertenece al comentarista Atanasio. Son fuentes de esta segunda parte los escritos de Juan, Exarca de Bulgaria, la Teología del Damasceno, el Testamento apócrifo del Patriarca Juda y, por último, las ocho PREGUNTAS Y RESPUESTAS de Teodoreto de Ciro acerca del Pentateuco. Ni uno siquiera de los sermones que algunos le han atribuido tiene probabilidades serias de ser auténtico.

c) San Teodosio, de las Catacumbas de Kiew, como orador.

Se han atribuido a este excelso varón de virtudes muchas homilías. Las que fueron predicadas en la tercera semana de Cuaresma se ocupan de la paciencia. En otras trata de los castigos divinos. Tampoco era teólogo profundo; el contenido dogmático de sus piezas oratorias es pobre.

Hacia 1143 un monje griego de Kiewo-Petchersk, llamado también TEODOSIO, traducía para el Príncipe Sviatoslaw Davidovitch, quien al fallecer su mujer, Ana Sviatopoltkowna, ingresaba en el Monasterio Kievense con el nombre de Nicolás, la Epístola de San León el Grande al Concilio Calcedonense. Le añadió un prefacio y un epílogo. En el primero se expresaba así: «Llegó de Roma, para beneficio de nuestra fe, una Carta dogmática muy sabia como dictada que fuera por el Espíritu Santo. Con plena razón fue ella llamada Consejo y columna de la Ortodoxia por el IV Concilio Ecuménico». No hay posibilidad de saber si la Carta célebre fue remitida directamente a Rusia por la Curia Romana o si llegó a Kiew, reexpedida desde Bizancio. Este buen monje explica en su Epílogo por qué San León el Gran-

de no asistió personalmente al Concilio: «No podía abandonar el SUPREMO TRONO APOSTOLICO y por eso escribió y remitió esta Epístola. Por ella estuvo presente en aquella Asamblea». Estas palabras notables son un reconocimiento explícito del Primado Romano sobre la Iglesia Universal.

d) San Simeón, Obispo de Wladimir (m. 1226).

Procedía de Kiewo-Petchersk, donde había tomado el hábito monacal. Luego fue Archimandrita del Monasterio de la Natividad del Señor en Wladimir. Cuando Jorge II (1218-37) quiso tener un Obispo en su Capital (Wladimir del Klyasma), que hasta el presente había dependido de Rostow, se fijó en el Archimandrita Simeón, venerable anciano y observantísimo religioso. Las Crónicas lo llaman «Maestro rico en doctrinas». Fue también biógrafo piadoso y diestro. Escribió un Tratado de Mística —que tal nombre merece su Epístola a Policarpo— que se leyó mucho en el Monasterio de las Cavernas y en toda Rusia. Las muchas copias que de él se hicieron en todo el país prueban que se trata de una obra de valía y de prestigio. La impaciencia y el apetito de honores que tanto torturaban el alma del monje Policarpo dieron ocasión al santo Obispo de Susdal y de Wladimir para trazar los rasgos místico-ascéticos de los monjes más ilustres del Monasterio que Policarpo quería abandonar. Ello cristalizó en la llamada «Historia de los Santos». En ella describe todas las maravillas que acompañaron siempre a las grandes fundaciones de monasterios ilustres. A la encantadora narración adosaba él una «Carta de Policarpo», la cual es un verdadero «Tratado sobre Mística», profunda y amena a la vez. Al igual que la Biografía de San Teodosio, escrita por el famoso Cronista Nestor, era también incluída entre las «Santas Historias» de Kiewo-Petchersk la «Historia de los Santos», redactada por el que más tarde fuera santo obispo de Wladimir y Susdal. ¡Lástima grande que so pretexto de mejorarlas —cosa, en verdad muy difícil— hayan sido desfiguradas algún tanto en el siglo XVI las páginas admirables del primer obispo de Wladimir y de Susdal! Y aún sufrieron sus obras mayores variaciones cuando se trató en 1661 de dar a la imprenta su célebre «Historia de los Santos» (Filareto).

II

LOS PRONTUARIOS TEOLOGICO-LITURGICOS O SBORNIKI

Los primeros que se conocen son los llamados de Sviatoslaw. Existen dos: Es el primero el de 1073, que fue traducido del griego para el príncipe búlgaro Simeón y copiado no mucho después para el Duque ruso Ysjaslaw I, cuyo nombre fue borrado no tardando y sustituído por el de Sviatoslaw Jaroslawitch, su hermano y rival afortunado. En la Biblioteca Nacional de París hay un manuscrito del texto griego. En su mayor parte está integrado por las Respuestas de Anastasio el Sinaita, algunos extractos del Libro 5° de San Basilio contra Eunomio, ciertos pasajes del Diálogo de San Cirilo con Hermias, la versión semiarriana de una profesión de fe, un opúsculo sobre los «seis santos Concilios», en el que da un relieve extraordinario al Pontífice Romano, y algunos otros fragmentos (pseudo-Justino, Máximo, San Atanasio, San Gregorio de Nyssa y San Juan Crisóstomo). El segundo, que es de 1076, ha sido y es muy discutido. En el siglo XII se redactaron muchos y se tradujeron no pocos. El contenido teológico, aunque poco denso, es muy vario; los hay que no contienen más que fragmentos de los Santos Padres; otros están integrados exclusivamente por Sermones, y algunos, no pocos ciertamente, son escritos hagiográficos más o menos notables. Uno, que pertenece también al siglo XII, es enteramente litúrgico y contiene el más antiguo texto que conocemos acerca de la «leyenda pannoniana» de San Metodio y el oficio litúrgico de los Apóstoles del mundo eslavo.

Las antologías de los siglos XIII y XIV.

El contenido de estas colecciones es más preciso, pero su fecha es más incierta.

a) La Cadena de Oro es un Sermonario de Cuaresma en el que se han descubierto los discursos de Serapión, obispo de Wladimir del Klyasma (últimos del siglo XIII).

b) Es bastante más denso y completo el Zlatoust o Boca de Oro del que existen diversas variantes: una, la del Crisóstomo abreviado, que contiene sermones para los Domingos de Cuaresma, para los días de Pascuas y dominicas posteriores hasta la Festividad de Todos los Santos. El Compilador le dio el nombre de Crisóstomo, porque son del famoso Doctor del mismo nombre casi todos los sermones que eligió. Venía a ser como el Sermona-

rio oficial y se utilizaba mucho en los actos litúrgicos. Tenían este mismo carácter el Evangelio Comentado y ciertas antologías más pequeñas que se utilizaban en los días muy solemnes.

c) Existen otras colecciones destinadas al uso privado de los fieles. He aquí las más notables: 1ª. El Zlatostruj, que estaba constituído por trozos sacados de las obras del Crisóstomo. El más antiguo se remonta al Zar búlgaro Simeón, quien, según afirman algunos historiadores, principalmente búlgaros, no sólo escogió trozos literarios del género oratorio, sino que los tradujo, él mismo, del idioma griego. 2ª A este mismo género pertenece la Esmeralda. Tiene sermones sobre la pureza de intención, la obediencia y la humildad. A diferencia de la anterior, la cual seguía el orden litúrgico, esta antología agrupaba los sermones por materias. La Esmeralda era una colección destinada a las gentes del mundo. Su autor parece haber sido una persona laica. En el primer párrafo de este capítulo hemos insinuado ya que en la Rusia primitiva sabían también teología las personas del estado seglar. La primera traducción de esta notable antología religiosa se remonta a las postrimerías del siglo XIII. 3ª. La Fuente de Oro, al igual que la Piedra preciosa, la Profundidad y el Libro de la Paloma, eran muy parecidas a los libros que para la lectura espiritual usaban los cristianos del Medievo en la Europa Occidental.

Como fácilmente se comprende, carecían de importancia dogmática. Los rusos modernos los estudian mucho bajo el punto de vista literario, artístico y filológico.

III

LITERATURA JURIDICA.

El Derecho canónico tuvo para la Rusia primitiva una importancia muy secundaria. Los eslavos de la época premongólica no conocieron más tratados canónicos que las traducciones del *Nomocanon* bizantino. A los tiempos que constituyen la aurora de la historia rusa, pertenecen el nomocanon de San Wladimiro, de gran importancia histórica, y el Estatuto Eclesiástico del príncipe Jaroslaw Wladimirovitch, muy parecido al anterior. No ha llegado hasta nosotros el primero en su forma original. Uno y otro nos dan a conocer las influencias occidentales en la for-

mación del primitivo Derecho Canónico de la Iglesia eslava. Estos notables y venerandos documentos reservaban a la jurisdicción episcopal muchas causas y no pocas personas. Y así los prelados juzgaban en materias pertenecientes a sucesión hereditaria, regentaban por disposiciones del Derecho los establecimientos de caridad y de beneficencia, se ocupaban de los huérfanos, de las viudas y de los pobres y vigilaban los *¡pesos y medidas!*. Los obispos eslavos tenían una jurisdicción incomparablemente más amplia que los de Bizancio.

De interés muy secundario para los teólogos, los Nomocánones lo poseen muy grande para conocer la vida social y cristiana de la Rusia del siglo XII. Consta por ellos que era el *Ayuno* la gran preocupación de los rusos de aquel entonces. Hasta dio motivo para la convocatoria de algún Concilio como el que tuviera lugar en Kiew bajo el príncipe Mstislaw II (1169).

IV

HISTORIA ECLESIASTICA

El Cronista Nestor (m. 1114).

Había nacido en Kiew, en cuyo Monasterio de las Cavernas ingresaba el año 1073. Después de haberle sido impuesto por el Abad Esteban el hábito monacal, recibía la Sagrada Orden del Diaconado. Ello indica que Nestor había progresado mucho en la virtud y que tenía prestigio antes de entrar en Religión. El había leído mucho, cosa que con el beneplácito del venerable Teodosio continuaba realizando en el Monasterio. Probablemente murió en 1114. Es autor de una Crónica Rusa (852-1113), la cual le ha dado celebridad merecida. Es una magnífica compilación de narraciones amplias y de breves referencias analisticas. Nestor, que tuvo a su disposición las Crónicas griegas, las tradiciones patrias y todos los conocimientos de los contemporáneos, utilizó las fuentes con mucha precaución, habló poco de los tiempos antiguos, y, por el contrario, se ocupó con prolijidad de los tiempos que le estaban próximos. En todas las páginas de su Crónica famosa puede observarse la concienzuda atención con que siempre mira hacia la verdad histórica. Cuando un hecho no está garantizado por los testimonios indubitables, conserva su imparcialidad y se contenta con escribir: «Se dice». «Pese a la aridez del género, la Crónica de

Nestor —escribe el historiador eclesiástico ruso Filareto— rebosa sentimiento cristiano. El culto y piadoso monje de las Cavernas es un espectador devoto de los actos realizados por un Gobierno Invisible, por la Providencia Divina». Después de la narración pura y escueta pasa él a la consideración filosófica y con frecuencia repite las enseñanzas de la «Palabra Divina». ¡Como que es una obra histórica y religiosa a la vez!. La Crónica de Nestor no es bizantina ni romana, pues las alusiones antilatinas consignadas en ella se deben con toda seguridad a ciertos retoques posteriores. Antes de haber redactado la Crónica, había escrito Nestor sobre el martirio de los Príncipes Boris y Gleb «para dejar ejemplo y lecturas sobre la utilidad que reporta la obediencia de los jóvenes a los viejos». También describió la vida del venerable Teodosio. «Esta descripción es tan viva, tan clara y tan precisa que con derecho pleno puede ofrecerse como modelo a todos los biógrafos» (el mismo).

El gran mérito de la obra reside principalmente en las fuentes que utilizó su autor: leyendas populares tomadas de labios contemporáneos, leyendas religiosas, descripciones bizantinas, notas de los antiguos monjes de su convento de Kiew y las crónicas monacales de Juan Malala, Georgios Monachos y Georgios Synkelles. También usó las relaciones de Juan Wyschatilz, hijo del general Wyschata, vaivoda del rey Jaroslaw.

Se editó por primera vez la Crónica en San Petersburgo (1787) en 5 tomos, en el mismo dialecto en que se encontraba escrita. Fueron traducidos al ruso por Jazikow (S Petersburgo, 1809-1819), al alemán, por Schloezer (Gotinga, 1802-1805) y al francés, por Luis París (París, 1834).

Está todavía por resolver la tan debatida cuestión sobre la verdadera paternidad de la «Vieja Crónica», como llaman los rusos a los anales que la tradición atribuye a Nestor. «En el día de hoy se ha demostrado la existencia de anales anteriores al famoso monje de Kiew-Petchersk. Así es que no faltan autores que niegan de la manera más rotunda que Nestor escribiese el «Povest Vremenych let», «La Historia de los años transcurridos», (Priselkow en «Nestor Letopisec», San Petersburgo, 1923). Existen buenas razones, sin embargo, para creer que Nestor sea el autor de esta obra en su primera redacción, hecha entre 1114 y 1116, y no el Abad Silvestre, a quien una copia, de 1116 precisamente, llama el *Escritor*. El argumento de una tradición tan unánime, constante y firme que entre rusos basta nombrar la *Antigua Crónica* para acordarse de Nestor, tiene valor positivo en la materia. La crítica histórica no puede menospreciarlo. Es probable que contribuyera mucho a desposeer a Nestor de

un derecho inalienable esta circunstancia adversa: Parece ser que la benevolencia con que en los Anales célebres se trata al príncipe kievense Sviatopolk (m. en 1113), quien se hallaba en excelentes y amistosas relaciones con el Monasterio de Kiewo-Petscherks, no agradó al sucesor de aquél, Wladimiro II Monómaco, muy amante de la cultura bizantina. Esta acentuada grecofilia le enemistó con el hogar sagrado en aquel entonces del nacionalismo eslavo. El príncipe mandó recoger los manuscritos analísticos y los entregaba para su redacción definitiva a otro monasterio, al de Wydubick. ¿Fueron compilados y dispuestos aquí por el Abad Silvestre, «El Escritor»?

De todas formas, la intervención de éste no pudo ser esencial. Se limitó a ordenar los trabajos meritorios del analista que acababa de fallecer: *Nestor*. Es también autor —y esto nadie lo ha discutido jamás— del *Patericón* o vida de su maestro Patrici. Tampoco hay discusión sobre la «Vida de Teodosio, abad de Pechersky» y del «Martirio de los príncipes Boris y Gleb». Ellas revelan que el monje famoso era muy culto y muy amante de los estudios históricos. ¿Por qué negarle lo que la tradición más constante le atribuye? Además de Nestor hay otros cronistas más sobrios e importantes para la historia eclesiástica de Rusia. Son dignos de especial mención los hagiógrafos. Y son obras de mérito en este orden el «Elogio de Santa Olga y de San Wladimiro», escrito por el monje Jacob; la «Vida de los Santos Boris y Gleb»; la de San Teodosio de las Catacumbas Kievinas y la de Abraham de Smolensko, la cual data del siglo XIII. Es muy notable el *Paterik* del Monasterio de Kiewo-Petchersky o hagiografía de los monjes considerados allí como santos en el siglo XIII.

El fondo teológico de los escritos del período premongólico, muy floreciente en verdad, digan lo que quieran algunos escritores rusos anticlericales, está constituído por lo que los eslavos recibieron de Bizancio. El método es sencillo. Los teólogos rusos de aquel entonces se limitaron a mencionar los dogmas principales sin discutir ni sutilizar. Presentaron con toda sencillez y sin aparato científico-filosófico los Misterios de la Trinidad y de la Encarnación y los Santos Sacramentos. Por lo común, adoptaron una actitud benévola hacia la Iglesia Latina. Influyeron en ello las frecuentes relaciones comerciales y diplomáticas con el Occidente.

* * *

En los tiempos remotos de la Rusia Kiewense y nowgorodense tiene el arte religioso mucho más valor que las producciones literarias. Nos ha dejado aquella época numerosos y variados monumentos, tanto en los dominios de la Arquitectura como en los de la Pintura y Musivaria. Todas las ciudades más o menos importantes de aquel entonces —no sólo Nowgorod y Kiew, sino también Tchernigow, Pleskau, Smolensko, Rostow, Wladimir y otras— fueron y continúan siendo, merced a sus iglesias y mo-
hasta nuestros días los ejemplares conservados y las ruinas de los que desaparecieron, víctimas de la intemperie y de la incuria. «Urbs autem Kitava...in magna hac civitate, quæ istius regni caput est, plus quam quadringenti habentur eclesiæ et mercatus octo, populi autem ignota manus» (Cronicón de Dietmar, Obispo de Merseburgo (975-1018), publicado en facsímil el año 1905). Un siglo más tarde, el analista Nestor hacía mención de un incendio horroroso en el que desapareció casi por completo la Ciudad de Kiew con sus «¡seiscientas iglesias!». Entre 1054 y 1229 se construyeron en Nowgorod sesenta y nueve templos, de los que cincuenta y cuatro eran de ladrillo. El incendio de 1183 en Wladimir redujo a cenizas treinta y dos edificios religiosos. Otro tanto pasaba en Rostow (1211), donde quedaron calcinadas quince iglesias. Diez años más tarde se quemaban diecisiete en la destruída Jaroslaw.

Los primeros artistas que trabajaron en el suelo eslavo eran bizantinos; pero desde los comienzos mismos del siglo XII los templos rusos presentan ya características propias, netamente distintas de la tradición griega. Así lo demuestran los edificios sacros de San Jorge nowgorodense, construído por el arquitecto ruso Pedro entre 1119 y 1130, de la Anunciación sobre el Lago Miatchino (1179) y de San José en Ladoga la Vieja (últimos del siglo XII). Mas es en la región de Wladimir y en la propia ciudad de este nombre donde se encuentran las obras maestras de la arquitectura rusa en el siglo XII (1158-1197). Nuestra Señora del Socorro sobre el río Nerl (1165) debe colocarse entre las más puras maravillas arquitectónicas de todos los tiempos de Rusia. El interior de las iglesias mencionadas contiene frescos notables y mosaicos dignos de estudio. El Monasterio de Miroje (1156), en los alrededores de Pleskau, y San Salvador, de Nereditsa (1199), son verdaderos museos de pintura rusa antigua. El Códice *Gertrudianus de Cividale* del Friuli (colección de Salmos de estilo ruso, que perteneció a la reina Gertrudis de Hungría) nos ha conservado muy bellas miniaturas kievenses del siglo XI. En los museos y colecciones artísticas de Rusia se encuentran puertas de templo del siglo XII magníficamente cinceladas,

maderas primorosamente trabajadas y un casco principesco muy artístico, que data de los comienzos del siglo XIII.

Es muy notable por muchos conceptos el *Icono* de la Virgen de Wladimir, traído de Constantinopla en 1131 y conservado actualmente en la catedral moscovita de la Asunción (Kremlin). También lo es la corona de Wladimiro Monómaco, que fue elaborada por artistas bizantinos influenciados por el estilo árabe. Se guarda, asimismo, en el Kremlin de Moscú.

Fueron primicias de aquella remota edad —comienzo de la Historia rusa— dos templos famosos, que pueden considerarse como los primeros santuarios de la cristiandad eslava: Santa Sofía de Kiew, (1037) y Santa Sofía de Nowgorod (1045-1052). Uno y otro tienen numerosos frescos y, sobre todo, mosaicos.

Para terminar, hemos de mencionar los Evangeliarios de Ostromirov (1056), monumento precioso para el estudio del antiguo lenguaje eslavo; de Arkangelsk (1092); de Juriew (1119) y el de Galitzia, encontrado en esta región hacia el año 1144.

Rusia bajo el yugo tártaro
(1.236 – 1.480)

CAPITULO VIII

LOS TARTAROS

El príncipe ruso Alejandro Newsky.—La inexplicable actitud benévola de éste relativamente a la invasión y al dominio tártaros.—Juicio histórico sobre este caudillo al que canonizó la Iglesia eslava.—Las relaciones del mismo con el Pontificado Romano.—¿Fue, en realidad, Alejandro Newsky un paladín de la Ortodoxia?—La postura antirromana y antioccidentalista de los jerarcas eclesiásticos rusos, por lo general griegos.—La tolerancia religiosa de los Tártaros.—Consideraciones histórico-filosóficas acerca de su dominio en Rusia.—La inmensa desgracia que acarrearon a la Civilización, al Catolicismo y a la propia Iglesia eslava.

En marzo de 1238 era derrotado y muerto por los tártaros junto al río Sitsch el más poderoso de los príncipes de la Rusia de aquel entonces: *Jorge Wsevolod*. La conquista de Kiew y la campaña a través de Galitzia habían aniquilado a esas regiones y a sus príncipes. En la parte Central habían saltado hechos mil añicos los diminutos principados de las orillas del Pina, del Pripet y del Niemen. En esta situación ¿qué podía hacer Jaroslaw Wsesolodovitsch, único alto representante que en aquella sazón quedaba a la un día poderosa Familia nórdico-rusa? Cuando los Tártaros lo llamaron, según su costumbre, para que rindiese homenaje a los nuevos dominadores, el desgraciado Príncipe aceptó, resignado, la dura tarea del Destino implacable y, acompañado del arzobispo de Nowgorod, Spiridión, tomó el camino de Sarai del Volga (Astrakán). Batú lo reexpedía como testimonio vivo de la victoria tártara a Karakorum. Aquí, probablemente envenenado, moría el Príncipe Jaroslaw de Wsevolod. También era asesinado en Sarai (1245) el Príncipe Miguel de Tschernigow, que había acudido a la desembocadura del Wolga llamado igualmente por Batú. Murió como mártir de la Fe cristiana puesto

que se negó heroicamente a someterse a ciertas prescripciones del Chamanismo, tan generalizado entre las huestes tártaras. También Alejandro Newsky, el hijo del envenenado Jaroslaw y el vencedor de suecos y alemanes en tierras bálticas, hubo de personarse en Sarai y seguidamente en Mongolia. Allí encontró una situación algún tanto caótica. Las dos ramas de la familia Temudschin se disputaban el poder con empeño encarnizado. El Príncipe ruso encontraba cristianos nestorianos entre los mongoles. Por cierto que algunos de ellos ocupaban puestos destacados en política. Nadie —dice Newsky— les ponía obstáculos en el ejercicio de su culto. Hasta eran cristianos algunos miembros de la familia imperante. A cambio de esa que pudiéramos llamar libertad religiosa los mongoles exigían la más absoluta sumisión política. Es difícil formarse ideal cabal de la estupefacción que se apoderaría del espíritu de Alejandro Newsky cuando se puso a leer la carta que le enviaba el Romano Pontífice. El Papa Inocencio IV, en efecto, fiel a las decisiones del Concilio de Lyon, le invitaba en 1248 a unirse con el Occidente en contra de los tártaros y dar conocimiento de las incursiones de éstos a los Cruzados de Livonia a fin de que la Santa Sede pudiera adoptar medidas oportunas. Pero los príncipes rusos de aquel entonces no pensaban en el interés general ni en la necesidad de unirse contra el enemigo común. ¡Ni aun Alejandro Newsky, al que más tarde canonizará la Iglesia Rusa! Inmediatamente después de aquella inmensa desgracia, estando entre las hordas salvajes, el *santo ruso* ¡discutía con su hermano Andrés sobre quién de los dos había de gobernar en Kiew y quién en Wladimir del Klyasma! En aquella época no se tenía por crimen de alta traición ni se consideraba como vilipendio el acusar a un hermano ante la horda y combatirle con las tropas de ésta. ¡Así lo hizo Alejandro Newsky! El derrotado Andrés supo decirlo con toda claridad al tiempo de buscar en la huída la salvación de su vida: «Es una vergüenza y un crimen unirse con los Tártaros en contra de la patria y de la propia familia».

Es Alejandro Newsky un santo muy particular. ¿No fue él quien llevó a Nowgorod una banda de Tártaros para obligar a la culta y mercantil ciudad a pagar el tributo mongólico? Y cuando los nobles y valientes vecinos de la misma, que no habiendo conocido los horrores de la invasión, y sin duda por esto mismo, se alzaron contra lo que ellos consideraban un ultraje intolerable ¿no fue Alejandro Newsky el que los castigó horriblemente ¡¡cortando a unos la nariz o vaciando a otros los ojos!! ?

Pero las Crónicas no censuran la conducta de Newsky, aunque

ante sus ojos desfilasen camino del Asia muchísimos rusos y aunque ante su presencia desapareciesen ciudades como Perejaslaw... Aun los novísimos historiadores han llevado su parcialidad hasta el extremo de asegurar que Alejandro Newsky, uno de los primeros canonizados por la Iglesia rusa, obró de una manera genial al contribuir a la vinculación de Nowgorod a la Rusia de Wladimir del Klyasma y de Moscú. «Es bien seguro —terminan estos críticos— que la Rusia Septentrional (Nowgorod, Susdal y Moscovia) debe su evolución histórica a la influencia mongólica. En esto radica su indiscutible superioridad sobre la Rusia meridional (la de Ucrania, Bielorrusia y tierras carpáticas). La primera no conocerá jamás la unión con la Iglesia Latina». No podemos aceptar este criterio porque la barrera que los Tártaros levantaron para evitar la infiltración de la Cultura occidental en la Rusia septentrional, alejó a ésta de las influencias europeo-occidentales y de la verdadera Civilización. Por entonces florecían cabalmente en el Oeste las universidades medievales; fue entonces cuando la Filosofía y la Teología, que sintetizaban todo el humano saber, ascendían a las más altas cumbres a que jamás llegó el pensamiento científico. La verdad es que esa Rusia del Norte, humillada, desmoralizada y maltrecha en virtud de la invasión y consiguiente servidumbre, quedó totalmente excluída de aquella espléndida floración. Sólo los orgullosos asiáticos pueden ver en ello una *ventaja*.

Se ha querido hacer de Alejandro Newsky un valiente defensor, un esforzado paladín de la Ortodoxia disidente. Para los rusos contemporáneos es este su mayor timbre de gloria; pero ellos ignoran dos cartas del Pontífice Inocencio IV a este príncipe: Era la primera una invitación a la fraternidad y unión religiosa, y era la segunda un testimonio de gratitud por haber hecho acto de sumisión a la Santa Sede y por haber prometido en prenda de filial adhesión levantar una catedral latina en Pleskau. De todos modos, no es posible desconocer los merecimientos patrióticos de este héroe nacional.

«Sea defendiendo con las armas los intereses de los Tártaros y sofocando la rebelión de la población rusa contra ellos, sea actuando como diplomático astuto en medio de la Horda, cuya ira contra la obstinación rusa logró mitigar, es el caso que Alejandro Newsky supo dar muestras de una mezcla rara de egoísmo personal y de amor a la Patria« (Brückner).

Veamos ahora la actitud adoptada por la Iglesia Rusa. Kiew, cuna del cristianismo eslavo-oriental, había perdido mucha importancia desde la exaltación de Susdal en el Norte. Por eso

tenemos pocas noticias de su Metrópoli ocupada por arzobispos griegos. En cambio, sabemos algo más de los prelados de Nowgorod, porque, a partir de su mayor relieve canónico, estos jerarcas se habían distinguido mucho como paladines de la vieja Ciudad del Ylmen, la cual continuaba luchando frente a Susdal por su antigua hegemonía. Se explica muy bien, dada la condición de aquellos tiempos, que los nowgorodenses no pudiesen evitar la intervención de los príncipes de Susdal en el gobierno de su querida ciudad. Sirve de ejemplo en este orden de cosas Wsewolod, el «Gran Nido», que por sí y ante sí nombraba arzobispo de la Sede nowgorodense a un tal Mitrofán. Con ello comenzaba una contienda acalorada entre los partidos políticos de la ciudad, contienda que, en el fondo, no era más que una modalidad del sempiterno esfuerzo de la ciudad por conseguir aquella independencia republicano-democrática a que siempre aspiró. En 1211 un vecino llamado Dobrynia Jadrejkowisch, que unos años antes había hecho un viaje de peregrinación a Constantinopla, se presentaba como Arzobispo. Adoptó el nombre de Antonio y se convirtió en campeón de la lucha contra los príncipes de Susdal. El intruso era arrojado por dos veces de la Silla Arzobispal y otras tantas logró recobrar este alto sitial, que, al fin, tuvo que abandonar por haber perdido totalmente el sentido de la vista (1229). Bajo su accidentada gestión la vieja Nowgorod hizo esfuerzos vigorosos para sacudir el yugo de Wsevolod, Príncipe de Susdal. Y para mejor apoyarse en orden a su política oposicionista, procuró mantener relaciones de buena vecindad con los alemanes y latino-católicos, que estaban afianzándose en tierras bálticas. Esta es la razón que movió a Iván Dimitrowitsch, alcalde (Posadnik) de la ciudad, de acuerdo, sin duda, con el repuesto Arzobispo, a mandar delegados, que en 1225 se entrevistarían en Riga con el representante papal en los Países Bálticos: Guillermo de Módena. Tratábase de lograr la ratificación del Tratado de paz concertado después de la pérdida de Dorpat en 1224, contra la voluntad, desde luego, de los Príncipes de Susdal, entre la ciudad de Nowgorod y los alemanes victoriosos. Estas negociaciones y vínculos con los Cruzados del Norte sólo tenían alcance político. En el orden canónico no ejercieron influjo de ninguna especie. Nowgorod seguía orientada hacia Levante. También intervenía en las luchas nowgorodenses el Metropolita de Kiew. De 1224 a 1233 rigió los destinos de la Diócesis *Kievense* un Prelado notable, el Metropolita Cirilo, consagrado por el Patriarca de Nicea, Germanos II. Esta circustancia explica suficientemente su adhesión incondicional a la Iglesia bizantina. Como, por otra parte, era partidario de una Iglesia de

tipo nacional, dentro, claro está, del marco greco-oriental, puede asegurarse que Cirilo de Kiew era un antioccidental cien por cien. También era susdaliano. Por eso apoyó a los príncipes de Susdal contra las pretensiones secesionistas de la gallarda y terca Nowgorod. Después de la expulsión del intruso Antonio (1230), el dicho Metropolita de Kiew consagraba Obispo a Spiridión. El nuevo Prelado regiría la Diócesis de Nowgorod. Mucho debió molestar al Metropolita de Kiew la estancia en la Capital de su Metrópoli de unos dominicos que había mandado San Jacinto. Quizá no fuera él ajeno a la expulsión definitiva y «eterna» que contra ellos fulminara en 1233 el príncipe temporal de la Capital de Ucrania. En 1237, procedente de la muy antilatina Nicea, Sede provisional del Patriarcado ecuménico, llegaba a Kiew el Metropolita José, griego de nacimiento y de cultura. En ese mismo año Jorge Wswolowitsch, príncipe de Susdal, arrojaba de sus dominios a dos misioneros, también dominicos, procedentes de Hungría. Ya no sabemos más de ese Metropolita, cuya figura y actuación se pierden en el caos engendrado por el azote de la invasión tártara.

No es fácil tarea histórica la de fijar la personalidad de un «Arzobispo ruso, llamado Pedro», de quien asegura el cronista Mateo de París que asistió al Concilio de Lyon (1245) y tomó parte en los actos litúrgicos al lado del Papa y de los obispos latinos. El sucesor de José en la Metrópoli de Kiew se llamó Cirilo II. Había nacido en Volinia. Siendo obispo de Chelm, residencia favorita de Daniel, señor del Principado sito en la Rusia sudoccidental, conoció (1245) en los territorios de su diócesis a Juan de Piano-Carpini, quien como enviado papal los atravesaba al dirigirse al campamento general de los Tártaros. Acompañado de otros obispos, escuchó el mensaje del Papa a la Jerarquía greco-oriental. Pero el Metropolita Cirilo era antioccidental. Es posible que lo confirmaran en estas sus tendencias las no pocas dificultades creadas por los latinos, que desde la Silesia, entonces polaca, pretendían extenderse hasta Lublín y el Bug occidental. En 1247 o a lo más tarde al año siguiente (de todos modos después de su primer alejamiento del Oeste), autorizado por el Príncipe, cuya madre Ana, todavía viva, era griega, marchaba Cirilo al Oriente helénico para recibir en Nicea su consagración de Metropolita. Es muy probable que Daniel hubiera alimentado la esperanza de llegar al mando supremo de toda Rusia, en aquel entonces tan lacerada, apoyándose en la alta posición jerárquica de un Metropolita que había sido súbdito suyo. Con ello intentaría obtener por la vía legal aquello mismo que, después de la muerte del Metropolita José, en vano había pretendido alcanzar

el obispo de Wladimir de Volinia, Josafat, sin acudir al Patriarca Ecuménico. Nicea continuaba aferrada a su antilatinismo furibundo, mejor, a su antipapismo furioso. Consagrado ya por el Patriarca Manuel III, Cirilo volvía a Rusia en 1250. Pero en vez de quedarse en Volinia, como parecía lógico, tomó la dirección del Norte. Es verdad que en el Sur no tenía nada que hacer, porque la Metrópoli de Kiew se hallaba desorganizada y devastada por la Horda. El caos duraba todavía en 1267. Casi podía decirse que no existía la Diócesis de Kiew. En una estadística ortodoxa elaborada en Nicea en 1256 ni siquiera se nombraba a la Metrópoli Kiewense.

Sin embargo, ya se cita en unión de los Obispados sufragáneos de la pequeña Rusia en 1265. En el entretanto, el Príncipe Daniel, que en 1250 había hecho un viaje hacia el Oeste, se había pasado al campo bizantino. Esta circunstancia y el influjo de un Metropolita greco-bizantino, que, por otra parte, procedía de los territorios gobernados por Daniel, tenían que producir sus efectos antilatinos. Hacia 1270 reinaba en todo el país una calma relativa. El Metropolita ruso podía terciar en el conflicto que por aquel entonces había estallado entre la ciudad de Nowgorod y el Príncipe Jaroslaw Jaroslawitsch. En cambio, se mantuvo neutral en la lucha mutua que sostenían los miembros familiares de los príncipes. En 1274, acompañado por otros cinco obispos norteños, Cirilo acudió a Wladimir del Klyasma para consagrar a un nuevo Obispo, al predicador excelso Serapión. Allí celebraron ellos un Sínodo episcopal. Conviene advertir que ninguna crónica contemporánea hace la más pequeña alusión al eco que hubiera podido hallar en Rusia el Concilio de Lyon, celebrado cabalmente en aquel mismo año. Pero, desgraciadamente, el Concilio de Wladimir sí hizo manifestaciones antilatinas. No cabe duda de ningún género. A últimos del siglo XIII había adquirido ya la categoría de hecho consumado una amplia disidencia entre la Metrópoli rusa y la Roma pontifical.

* * *

«Una circunstancia —escribe el historiador Brückner— aligeró de modo esencial la intolerable dureza del yugo tártaro. Es la siguiente: los Tártaros no pusieron obstáculos a la evolución rusa en el terreno religioso y cánonico, es más, hasta contribuyeron a defender los intereses de los templos y monasterios.... Se hace difícil comprender los motivos que para obrar así tuvieron aquellos dominadores orientales. Ellos enriquecieron a las instituciones monásticas con amplios derechos y enormes

privilegios. La lesión de las franquicias otorgadas era severamente sancionada. Los invasores aseguraron a los ministros de la Iglesia su fuero canónico y les otorgaron la exención de impuestos. Personas y cosas eclesiásticas podían contar con el apoyo de los Khanes y de sus agentes. Es muy digna de consideración semejante tolerancia de las hordas asiáticas, tanto más cuanto que la practicaron antes y después de la difusión entre ellos de la religión mahometana. Es ella quizá una «mezcla rara de magnanimidad y de indiferentismo». Piano Carpini, que a mediados del siglo XIII estuvo en el Campamento de la Gran Horda, vio entre los familiares del Khan cristianos y sacerdotes ortodoxos. Rubruquis hace notar en su descripción de las costumbres tártaras que tanto los mahometanos como los cristianos y los gentiles realizaban sus prácticas religiosas en la presencia del Kahn Mangú y que este mismo Jefe llegó a organizar controversias teológicas entre los representantes de las diversas religiones. El propio Khan llegó a decir al mencionado explorador que *«Dios ha otorgado a los hombres diversos caminos para lograr la salvación de sus almas»*. «Los templos y los monasterios —escribe Iconnikow— gozaban de una protección especial entre los Tártaros. Estaba prohibido bajo pena de muerte tocar a los bienes de los institutos religiosos. Asimismo, estaban castigadas con idéntica pena las injurias a la Fe Cristiana. Entre las gentes de la «Horda de Oro» gozaron de favor especial y de ascendiente considerable algunos príncipes de la Iglesia como Teognosto y Alejo». Los Metropolitas rusos, que gozaron de una consideración excepcional ante los invasores, echaron todo el peso de su gran influencia en el platillo de los Duques moscovitas. Por esto fueron canonizados dos de aquéllos: Pedro y Alejo. No dejó de ser ello, aunque no lo parezca, una gran desventura para la Iglesia eslava.

Aun reconociendo de buen grado el favor inmediato que los Tártaros dispensaron a los jerarcas eclesiásticos de Rusia, como buenos europeos del Oeste, civilizado y cristiano, nos creemos obligados a consignar aquí que la dominación mongólica en la Gran Eslavia del Este fue una inmensa desgracia para todos: en primer término para los rusos mismos; en segundo lugar, para los europeos occidentales; en tercero, para el Catolicismo y la Civilización humana y, finalmente, para la propia Ortodoxia eslava.

Rusia quedó totalmente *asiatizada*. Al asfixiar todo el germen de libertad ciudadana, el dominio tártaro interrumpió la evolución política normal, es decir, el desarrollo de una posible forma mixta que acaso hubiera cristalizado en un reparto de la sobe-

ranía entre los gobernantes y el pueblo. No ocurrió así, sin embargo. Los Tártaros impidieron este venturoso resultado. De hecho, los Zares de Moscovia no fueron sucesores de los primitivos Duques independientes, sino de los Khanes tártaros. El poder *autocrático que ha sido durante los últimos siglos —y continúa siéndolo todavía— el factor más importante en la historia rusa es herencia de los Tártaros.*

La invasión aceleró, es muy cierto, el proceso de la Unidad nacional, la cual también pudo realizarse sin ella; pero, no es menos cierto, que engendró a la vez el más brutal despotismo. La Iglesia rusa quedará atada de pies y manos; será una pieza más en el engranaje de la máquina estatal. La historia que estamos escribiendo lo demostrará plenamente.

También fue una inmensa desgracia para la Europa Occidental y el Catolicismo. A partir del dominio de los Tártaros en Rusia, uncida por él al carro *asiático,* quedaron cerrados para una y otro todos los caminos de penetración. Ni los progresos científico-literarios de la primera, ni la verdad religiosa vinculada al segundo, pudieron ya llegar al inmenso espacio eslavo. Al mirar hacia el Asia, los rusos sellaban, quizá para siempre, su irreductible hostilidad al Occidente civilizado y culto.

CAPITULO IX

LOS TARTAROS Y LA IGLESIA RUSA

A) Actitud de los jerarcas eclesiásticos hacia los dominadores.

Aceptación del yugo tártaro por los jerarcas eclesiásticos. La respuesta tolerante y protectora del invasor.—La JASSA o colección de leyes tártaras relativas a la Religión.—¿Cómo las cumplieron los Khanes de Saraj?—El prestigio de los Metropolitas rusos ante éstos.—Texto del famoso JARLIK protector de Menke-Timur en beneficio de la Iglesia rusa (1270).—El generoso Jarlik (decreto confirmatorio) otorgado al Metropolita Pedro.—La obligada contrapartida de la sumisión de la Iglesia al Khanato del Volga.—Penosa situación de los cristianos durante el gobierno de Uzbek y de Tsenkal, mahometanos.—La dureza del Khan Tchanibek con los cristianos.—Influencia moderadora de Tajdula, esposa del Jefe tártaro Uzbek.—La más tolerante actitud de Berdibek.

B) La Iglesia y los príncipes rusos durante la ocupación extranjera.

Traslado de la Curia metropolitana desde Kiew a Perejaslaw, ciudad que heredaban los ambiciosos Duques de Moscovia.—La derrota del Principado de Twer por el Gran Ducado de Moscú.—La actitud moscófila del Metropolita Pedro, canonizado no tardando.—El Metropolita Teognosto y su entusiasmo por la Dinastía moscovita.—Sus diferencias con el Gran Duque Simeón a causa de las terceras nupcias.—La Iglesia eslava, juguete del despotismo moscovita.

El pueblo ruso debe a los tártaros una gran parte de sus características esenciales. La administración estatal; las formas externas del orden social y la escasa importancia que en Rusia se

otorgó, y se otorga, al individuo, herencia son del influjo tártaro. Las formas todas de la cultura en la Rusia Grande o región central, la cual logró imponerse a todas las periféricas, se formaron y cristalizaron en los siglos de dominación mongólica. Fue entonces cuando el pueblo eslavo encontró su unidad nacional. Los pesados tributos y las enormes exacciones en personas, dinero, y bienes, que por igual afectaron a la población originaria ugrofinesa, a los elementos germánicos, ya totalmente fundidos, y a los indígenas eslavos, contribuyeron a crear una entidad moral nueva y única. En medio de esta labor unificadora, de esta evolución política no había más que un organismo social que pudiera conservar, en conjunto al menos, la propia independencia. Era la Iglesia, instituto religioso-social, que se había desarrollado gracias a la reglamentación jurídica del gran Jaroslaw el Sabio y se había convertido merced a la religiosidad innata de las gentes eslavas en una poderosa energía de índole nacional. Pues bien; para mantener semejante independencia los Jerarcas de la Iglesia rusa estimaron que no convenía oponerse a los dominadores, ya que era más que probable una derrota rotunda. A esta actitud respondió con ayudas y protecciones el espíritu de tolerancia de los chamanistas invasores. Por lo demás, convendrá advertir que los tártaros no otorgaron a la Iglesia eslava derechos estatales, porque las familias imperantes sobrevivían y gobernaban aún; se limitaron a conferirle una posición privilegiada dentro de la organización política. La JASSA, esto es, el conjunto de leyes de Gengis-Khan (m. 1227) establecía que «los ministros de la Iglesia no estaban obligados a pagar tributos. Se les eximía de ellos a fin de que «con leal corazón rogaran a Dios por nosotros y nuestra tribu y para que nos bendigan». Con el fin de proteger la libertad religiosa contra toda ofensa y salvaguardar los objetos del culto contra toda profanación se ordenó que los contraventores de las Leyes de JASSA, cualquiera que fuese su condicición social, fueran ¡condenados a muerte!

Así se procuraron los Tártaros la lealtad de la Iglesia eslava, la cual gozaba entre las masas populares de un enorme prestigio. La benevolencia del invasor respondía a una táctica de política elemental. Los estadistas sensatos no pueden desconocer la existencia del elemento religioso. Con esto ganaba la Iglesia rusa un predominio político de volumen considerable. En justa correspondencia los Tártaros exigían de ella una sumisión de no menos relieve: Todo Metropolita debía recibir la confirmación (Jarlik) de los Khanes. Y todo Jefe supremo de los dominadores tenía que corroborar el primer Karlik de nombramiento.

Es verdad que no siempre se dio cumplimiento pleno a estas

leyes protectoras de la fe cristiana. Algunos príncipes rusos pagaron con la vida la lealtad a su Religión. Miguel de Chernigow y un tal Teodoro que le acompañaba, murieron violentamente en el Volga (1245) por no haber querido aceptar el culto chamanista de los Tártaros. La Iglesia misma en cuanto institución sufría golpes terribles. El mahometano Berke (1245-66), lugarteniente en Saray del Gran Khan Mangú, residente en Mongolia (1251-59), fue muy duro con los sacerdotes rusos. Les obligó a ponerse a disposición de los empleados tártaros, a ofrecerles carrozas y caballos y a dar alojamiento a los recaudadores.

Aún llegó a más la severidad de trato: Deportaron a Egipto a millares de rusos para que prestaran servicio militar en la lucha contra los mongoles de Persia. Berke se condujo como un verdadero musulmán, hostil siempre e intolerante para los cristianos. Aun así, no desaparecieron totalmente el influjo político y el prestigio moral de los metropolitas. Cirilo II de Kiew lograba establecer por entonces en Saray del Volga, Capital del Kahanato ruso, un Obispo greco-ortodoxo. La cosa estaba, en verdad, justificada, porque en virtud de las grandes levas realizadas había allí muchos ortodoxos.

Sucedía a Berke en el Kahanato de Saray, Menke-Timur (1266-80), de quien el metropolita ruso obtenía un Jarlik benévolo en extremo. En virtud de él se extendían también a los territorios ocupados en Rusia las disposiciones legales contenidas en la JASSA. Todo el clero, tanto secular como regular, sus servidores todos y sus tierras quedaban exentos de impuestos y tasas y de cuantas gabelas solían imponer el Estado tártaro y los príncipes rusos. Todos los bienes eclesiásticos serían protegidos contra los daños y las devastaciones. En cambio, los clérigos quedaban obligados a rogar al Señor para que se dignara proteger a los ocupantes del país y, por tanto, a reconocer a éstos como soberanos legítimos a quienes se debe obediencia y lealtad.

He aquí el texto de aquel notable documento:

EL YARLIK DEL KHAN MENKE-TIMUR A LA IGLESIA RUSA (1270)

«Palabra que por la virtud del Dios Omnipotente y por la benevolencia de la Trinidad Altísima da el MENGU-TIMUR a los Baskakos civiles, a los príncipes, a los comandantes militares, a los recaudadores de impuestos, a los funcionarios del Censo, a los embajadores en tránsito, a los halconeros, a los guías, a los montero-loberos y a todos los que hacen efectivo el impuesto de consumos.

»Sepan todos que hemos dado cartas de favor o privilegios a los Metropolitas rusos y a todas las gentes de la Iglesia. Quiere ello decir que todos cuantos empuñen el cetro en lo porvenir han de gratificar de igual modo a los sacerdotes, a los religiosos y a todas las gentes llamadas de Iglesia que trabajan para Dios a fin de que, con alma recta y corazón humillado, rueguen al Señor de buen grado por nosotros y nuestra raza y nos *bendigan.*

»No tienen necesidad de pagar el tributo ni el recargo por el puesto en mercados y ferias, ni el devengo por transporte, ni las cargas postales, ni la contribución de sangre, ni el alojamiento y manutención de las tropas.

»Y así como les gratificaron los primeros Khanes, también nosotros les gratificamos al par que rogamos a Dios por ellos y les prometemos no cambiar los privilegios otorgados.

»Nuevamente los dejamos exentos de toda contribución y les garantizamos que no tienen que *pagar* impuesto ni a monarcas, ni a príncipes, ni a subalternos, ni a embajadores.

»En cuanto a las tierras, aguas, jardines, viñas, molinos, invernaderos, sitios de veraneo, ordenamos lo siguiente: que nadie los toque para nada y, si hubieran caído en manos laicas, es obligación de éstas el reintegrarlo todo sin deterioro alguno.

»En cuanto a las personas eclesiásticas, os ordenamos, maestros artesanos, halconeros, conductores, servidores y obreros, que no molestéis para nada ni a ellas, ni a sus familias, ni a las personas que les siguen, sean cuales fueren, que no les impongáis servidumbre corporal ni servicios de guardia. No toquéis tampoco lo que concierne a su ley: *iconos, libros y cualesquiera objetos de culto.* En esto habéis de poner especial cuidado, porque ni el rasgar, ni el deteriorar queda permitido. Así conseguiremos que no *«nos maldigan, antes rueguen por nosotros en paz». El que condene e injurie a su religión no podrá justificarse y será condenado a mala muerte.*

»Y los sacerdotes gratificados por nosotros según las primeras cartas de privilegio, que rueguen a Dios de pie por nosotros y nos *bendigan.* Si alguien lo hiciere con disposiciones indebidas, cargue con ese pecado. Igualmente, incurra en gran culpa y grave responsabilidad el que hubiere retenido en su casa a gentes que deseaban ir al templo para dar culto a Dios y pedirle mercedes. Al publicar esta carta de privilegio, la hemos hecho llegar al metropolita, a los sacerdotes y a los religiosos. Uno y otros quedan exentos de toda tributación y servidumbre. Sépanlo nuestros Baskakos, empleados del censo, agentes de transporte y arrendadores de puestos de compra-venta en ferias y mercados. Y los que arrebaten bienes eclesiásticos, cualesquiera que fueren,

que tengan entendido que cometieron una falta injustificable y que por ella *morirán* sin remisión. Así está dicho y ordenado por este *Yarlik* que hemos dado en el año de la liebre, en el mes de Otoño y en el cuarto día antiguo. Lo mandamos escribir en pergamino».

De Turgueniew en «Historica Russiæ Monumenta».

Apoyado en esta ayuda, el Metropolita Cirilo pudo consagrarse con enérgica decisión a la renovación interna de su Iglesia. De esta labor meritoria surgió el Concilio de Wladimir. El sucesor de Cirilo, un tal Máximo, griego él, consagrado en Constantinopla en época de discusiones unionistas, una vez en Rusia, se dio prisa en acudir a Saraj para solicitar del Khan, Tudán Menke, hombre débil y simpatizante con los musulmanes, el oportuno Yarlik de confirmación, que, al fin, obtuvo. Residió casi siempre en el Norte y terminó por trasladar definitivamente su Sede desde Kiew, ciudad que como todas la de la cuenca del Dnieper había decaído mucho a consecuencia de la invasión, a Perejaslaw (Rusia septentrional). Es muy probable que a los Tártaros no interesase en absoluto semejante cambio. El sucesor de Máximo se llamaba Pedro. Era voliniano y había sido consagrado en 1307 por el Patriarca bizantino Atanasio I, hombre rabiosamente antilatino; obtuvo sin dificultad alguna (1308) del Khan Kochta el Yarlik consabido. Aunque este Jefe tártaro fuera más benévolo con los franciscanos existentes en Saraj, tanto que, según se asegura, abrazó el Cristianismo en unión de sus hijos, no introdujo cambios notables en la legislación religiosa. A su muerte, en 1313, le sucedía su sobrino, Uzbek, quien confirmaba en sus cargos a los príncipes rusos y al Metropolita. De todos modos, unos y otro se dieron prisa en realizar el acostumbrado viaje al Volga inferior a fin de ofrecer sus respetos y adhesión al jefe de los dominadores asiáticos. Todos necesitaban protección: los primeros, porque estando constantemente en lucha mutua, aspiraban a eliminar rivales, y el segundo, porque precisaba la confirmación oficial y solemne en su elevado cargo y deseaba, además, salvaguardar sus derechos y prerrogativas frente a las amenazas de una penetración latina. Constituía ésta una verdadera obsesión de los jerarcas eclesiásticos de Rusia. Hasta participaba de ella el Obispo ortodoxo de Saraj, Varsanofij. Desacreditaba a los franciscanos, quienes para sostenerse en la Capital del Khanato del Volga hubieron de apoyarse en el prestigio que tenían en la Corte de China, donde Fr. Juan de Monte Corvino, nombrado arzobispo de Pekín por Clemente V (1307), gozaba de influencia considerable. Conviene advertir que los príncipes de la

Capital china eran los jefes de todas las dinastías tártaras y que ni aun los mongoles del Volga inferior podían sustraerse a su influencia. Con el nuevo Jarlik, el Metropolita Pedro obtenía para Rusia la acostumbrada tolerancia religiosa y su exclusivo derecho de gobernar a la Iglesia eslava y de ejercer jurisdicción sobre todos aquellos que le pertenecieran, aun de lejos, según la legislación tradicional, independiente de los decretos tártaros relativos a materias religiosas. El Jarlik del Metropolita Pedro era bastante más amplio y generoso que el célebre de Menke-Timur, cuyo texto acabamos de transcribir. En la Rusia propiamente dicha quedaba prohibida toda religión distinta de la Ortodoxa o bizantino-eslava. El Jarlik otorgado al Metropolita Pedro coincidía con el de Menke-Timur en una limitación singular: la de prohibir al jerarca supremo de la Rusia religiosa ejercer jurisdicción sobre súbditos que no le pertenecieran. Con esto la Iglesia eslava pasaba a ser un organismo religioso-social dependiente en cierto modo de los príncipes temporales y encuadrado en el engranaje administrativo del país. En una palabra, la Cristiandad eslava, sagrada e intangible para los rusos, profundamente religiosos, era una entidad moral que disponía de poderes excepcionales, de bienes cuantiosos, de masas populares y de influjo político, pero que estaba uncida al carro de los Tártaros. Era de prever que con el tiempo y cuando las circunstancias lo permitieran, los grandes Duques rusos, un tanto molestos por este predominio de los grandes jerarcas de la Iglesia, quienes dispensaban protección desmedida a unos príncipes indígenas en contra de otros, intentarían someter a su despótico imperio a un organismo que se había independizado de ellos.

En el entretanto, Uzbek se hizo mahometano (1321) con lo que se agravó mucho la situación de los católicos. En vano intentó ayudarles mediante cartas al Jefe tártaro el Pontífice Juan XXII. En 1334 uno de los franciscanos de Saraj, P. Esteban de Grosswardein, convertido al mahometismo, pagaba con una muerte espantosa su retorno a la Fe Católica. También la Cristiandad eslava era objeto de vejaciones por parte de la intolerancia muslímica. Un sobrino de Uzbek llamado Tseukal, mahometano también, claro está, molestó mucho al Duque Alejandro Michailowitch de Twer. Y eso que le había otorgado, en Saray cabalmente, el título de Gran Duque y la consiguiente protección aneja al Karlik de otorgamiento. Aunque la Crónica de Twer no alude para nada a los motivos de la hostilidad del Khan, en el resto de la Rusia central existía la convicción de que Tseukal abrigaba el propósito de que los Twerianos se convirtiesen al Islamismo. No hay razones para rechazar la sospecha de que

realmente pretendiera tal cosa el Jefe tártaro. El Gran Duque Alejandro logró vencer a Tseukal —quemándolo en su propia casa de Twer—; pero tuvo que huir a Pleskau, en los confines mismos de Rusia con el Occidente.

Después de la muerte del metropolita Pedro (21-XII-1326) permaneció huérfana de pastor supremo durante dos años la Iglesia eslava. El sucesor inmediato, Teognosto (1328-32), se mantuvo fiel a los invasores, tanto que anatematizó en Nowgorod, como enemigo de los Tártaros y de los propios Duques eslavos, al príncipe tweriano Alejandro, al hombre patriota y ortodoxo que probablemente salvó a Rusia de caer en el Islamismo. Teognosto —casi sobra advertirlo— hizo acto de presencia en Saraj (1332), de regreso de Bizancio, a donde se había desplazado para tomar parte en un Sínodo. No poseemos el correspondiente Jarlik, pero los acontecimientos sucesivos dan a entender que no debió diferenciarse mucho de los otorgados a otros metropolitas, porque la atmósfera en que aquéllos se desarrollan parece excluir a todo temor del empleo de la violencia tártara para imponer en Rusia la religión mahometana.

El Gran Duque de Moscovia, ¡jefe de los recaudadores de tributos tártaros!, tenía que ir a la desembocadura del Volga cada dos años. Por lo común recibía buen trato. Pero en 1340 cambiaba mucho la situación en contra de los cristianos, por desgracia. A consecuencia quizá del bárbaro asesinato perpetrado en la benemérita persona del antiguo Gran Duque de Twer, Alejandro Michailowitch (29-X-1339), al que odiaban por igual los Tártaros y los príncipes moscovitas, se tramó una conspiración contra Uzbek en la que resultaron complicados no pocos cristianos de Rito latino. El Khan formuló una protesta ante el Pontífice Benedicto XII. Naturalmente, el enojo tártaro alcanzaba también a los ortodoxos, los cuales hubieron de sufrir opresión. El Khan exigía también de la Iglesia rusa un tributo en metálico. El Metropolita de Nowgorod y sus intrépidos fieles vieron en ello una violación de los decretos de tolerancia y protección y se negaron a pagar. Al fin, salvando las dificultades, que fueron muchas y de volumen considerable, el Arzobispo abonó lo que todos consideraron como una sanción derivada del complot.

Muerto Uzbek, estallan en Saraj profundas discordias a causa de la sucesión. Yambek, hijo del Khan extinto, era asesinado vilmente, sin duda porque era cristiano. Le sucedía un chamanista fanático Tchanibek (1341-57). Pese a la benevolencia tolerante del chamanismo, la situación de los cristianos y sobre todo de los católicos empeoraba en Saraj. Para solicitar ayuda el P. franciscano, Fr. Elías, partía de la capital del Khanato europeo

(Delta del Volga) con dirección a la ciudad de los papas franceses (Aviñón). Clemente VI escribía a Tchanibek, mas no consiguió absolutamente nada. También el Metropolita Teognosto, quien en 1342 se hallaba en Saraj, sufría duros tratos y numerosos desprecios. Por de pronto, se le impuso la obligación de remitir en calidad de tributo una cantidad excesiva de dinero y luego recibía un Jarlik de forma y contenido desacostumbrado. Se disminuían, a beneficio, claro es, de los Tártaros, las exenciones tributarias y los privilegios de que siempre había gozado la Iglesia eslava. De todos modos, la administración tártara en Rusia —pues las sanciones anteriores tenían carácter personal y parecían venganzas transitorias de los Khanes— negó al Gran Duque Simeón (1347) poder alguno de índole tributaria sobre la Iglesia rusa, es más, ordenó a los empleados de la máquina estatal tártara en Rusia (1351) que se atuvieran en un todo a los privilegios y exenciones de 1342-43. Quizá se debió ello a la influencia moderadora de la mujer de Uzbek, Tajdula. La situación continuó estacionaria hasta la muerte de Tchanibek (1357). A poco Tajdula llamó al Metropolita Alejo, sucesor de Teognosto, para que le curase una enfermedad grave. El alto jerarca ruso se personaba en Saraj, donde hubo de sufrir mucho. Sin embargo, el prestigioso Alejo lograba del nuevo Khan Berdibek (1357-59) un Jarlik en extremo favorable, pues desaparecían las limitaciones que había establecido Tchanibek. Como prueba de alta estima Tajdula regalaba al dignatario eslavo un anillo para sellar documentos. Las contiendas que por la sucesión al trono estallaran en Saraj a la muerte de Berdibek facilitaron grandemente la evolución pacífica y provechosa de la Iglesia eslava. Por el contrario, la Misión franciscana del bajo Volga desaparecía casi totalmente.

* * *

Sin prodigar elocuencia ni tomar decisiones espectaculares, la Iglesia eslava de comienzos del siglo XIV influyó de manera decisiva sobre la vida político-social del país.

Después del nuevo y total saqueo de Kiew, realizado en 1299 —y no por los mongoles ciertamente— el Metropolita Máximo (1283-1303) buscaba refugio, sin autorización ni conocimiento siquiera del Patriarca Ecuménico, en Perejaslaw (Rusia Septentrional). Le acompañaba toda la Curia arzobispal. Pese al traslado, aquel alto jerarca de la Iglesia eslava continuaba llamándose *Metropolita de Kiew y de toda Rusia.* En la cuenca del Dnieper no había dejado más que ruinas; pero en lo que por

entonces se llamaba *Pequeña Rusia* (Halitch y Volinia) las cosas marchaban incomparablemente mejor. El hecho de que a la muerte del Gran Duque Iwan Dmitrijewitch (1302) pasase por herencia a manos de los ambiciosos Duques de Moscovia la Ciudad de Perejaslaw, es algo que tiene una importancia capital en orden a la evolución futura de Rusia y de su Iglesia. Los gobernantes moscovitas quedaban dueños de la Metrópoli eslava. Por otra parte, la circunstancia de que el Metropolita viviese en sus dominios daba a estos pequeños soberanos una especie de preeminencia sobre los demás príncipes, preeminencia que surgió con claridad meridiana e ímpetu irresistible cuando el Gran Duque Jorge de Moscovia, huérfana de magistrado supremo a la muerte de su tío Andrés (27-VII-1304), lograba de los Tártaros un Jarlik, que le aseguraba la sucesión al Gran Ducado, que debiera pasar al Príncipe Miguel de Twer, heredero legítimo. Este, por su parte, al ocurrir el fallecimiento del Metropolita Máximo (6-XII-1305), trató de que fuera consagrado como jefe supremo de la Iglesia rusa el monje Geroncio, que le era muy afecto. No lo consiguió, porque el Patriarca Ecuménico Atanasio elevaba a la dignidad de *Arzobispo Metropolita de Kiew y de toda la Rusia* al monje Pedro de Wladimir de Volínia, candidato de los Duques de la Pequeña Rusia para la Metrópoli de Halitch. Con gran estupefacción y enojo no pequeño, tanto del Patriarca constantinopolitano como de los príncipes de Galitzia-Volinia, Pedro, después de haber recabado su confirmación por el Khan Tochta (12-IV-1308), se establecía, no en la Sede de Kiew, para la que había sido nombrado, sino en Perejaslaw, es decir, en territorio jurisdiccional de los príncipes de Moscovia, esto es, de unos soberanos que estaban en lucha por el título y la dignidad de Grandes Duques con el príncipe Miguel de Twer. Y fue entonces cuando éste comenzó a combatir con esfuerzos redoblados al metropolita Pedro. Y con razón. Por de pronto, logró reunir en Perejaslaw un Concilio al que pedía la condenación de Pedro, pero de esta asamblea, en la que estaba presente un delegado del Patriarca Ecuménico, Atanasio, no salió el anatema que Miguel anhelaba y sí la repulsa de su propio candidato, de un prelado llamado Andrés.

El duque de Twer exponía de nuevo sus quejas contra Pedro ante la Curia arzobispal de Constantinopla y lo acusaba de simonía y de abuso de poder en la concesión de dispensas matrimoniales. El Patriarca Nifón prometió intervenir eficazmente llamando a Pedro a su tribunal y sentenciar con arreglo a derecho. Pero estaba escrito sin duda que el Príncipe de Twer había de fracasar en este negocio, porque en 1315 el candidato de

Miguel, el obispo Andrés, desistía en forma definitiva e irrevocable de todas sus pretensiones anteriormente formuladas. Salía victorioso en aquella contienda, poco edificante en verdad, el metropolita afecto a la Casa de Moscovia o Familia imperante en el Kremlin moscovita. Perdían Twer y su gran Ducado. Nada tiene de extraño, por lo tanto, que el jerarca eclesiástico amigo de los duques de Moscú fijase su residencia (1326) en esta capital de la Rusia grande o central, la cual formaba parte en aquella sazón del área septentrional del país. Tampoco puede llamar la atención el hecho de que la ciudad del Moscowa venerase a Pedro como ¡¡Santo!! Pasada tan sólo una docena de años, era elevado al honor de los altares, a petición del metropolita Teognosto, por el Patriarca Ecuménico Juan XIV Calecas.

Le sucedía un jerarca griego, Teognosto (1328-53), quien con un descaro y una decisión mayores tomó partido por la que vamos a llamar Dinastía Moscovita. Efectivamente, en 1325, bajo la presión de Tártaros y del Gran Duque de Moscovia Iwan Kalita, tomaba la decisión, precipitada y dura, de lanzar su anatema contra el príncipe fugitivo Alejandro de Twer, hijo del infortunado Miguel y contra la ciudad de Pleskau, en la cual había encontrado asilo y consuelos. Con este acto solemne había eliminado pública y categóricamente a los enemigos rivales del Gran Ducado de Moscovia. Además, ayudó personalmente a Iwan (1333), después de la muerte de Alejandro de Susdal, a fin de obtener en Saraj un nuevo y favorable jarlik. Durante la hegemonía que por espacio de dos años logró mantener el Ducado de Susdal, el metropolita se retiraba a Volinia, donde le prestaron hospitalidad y socorros. El alto dignatario eclesiástico-moscovita no se atrevió a solicitar la ayuda de los Tártaros contra la prepotencia del Gran Duque Simeón, hijo de Iwán, quien se empeñaba, contra los cánones greco-eslavos y su defensor en Rusia, el metropolita de Moscú, contraer matrimonio en terceras nupcias, tan antipáticas en el mundo greco-oriental. Simeón acudió a Bizancio y con sumas considerables de dinero lograba que la Curia patriarcal accediese a sus deseos (1347). Aparecen ya aquí los primeros indicios de la desgracia que ha gravitado y gravita sobre la pobre Iglesia eslava. Ella que tanto había contribuído a dar a Moscú el predominio sobre la Nación y el Estado rusos, quedaba servilmente encadenada a los amos del Kremlin moscovita. La imparcialidad histórica obliga a consignar que reconociendo este peligro, que para la Institución religiosa entrañaba la muerte, no pocos príncipes de los muchos Ducados diminutos que por entonces existían en Rusia, se lamentaban hondamente de que el Supremo Jefe religioso del país

viviese dentro de los muros de la ciudad del Moscowa. En 1354 el Patriarca bizantino reconocía tácitamente el traslado de la Metrópoli rusa desde Kiew —sede tradicional de la misma— a Wladimir del Klyasma y por tanto a Moscú, ciudades enclavadas en el área menos culta de Rusia, en territorio que entonces llamaban septentrional.

CAPITULO X

EL METROPOLITA CIRILO II Y EL CONCILIO DE WLADIMIR (1274)

I.—*Merecimientos canónicos del Metropolita Cirilo. (El Nomocanon, el Pravilo o Reglamento eclesiástico y el Sínodo de Wladimir).—II. El Concilio de Wladimir. El preámbulo y los nueve capítulos. 1.° Sacerdocio y Simonía. 2.° Rito bautismal e* infusión. *Condenación de ésta. Sanciones contra los actos inmortales, las supersticiones y los juegos diabólicos* Jcap. A.° *y 4.°). Facultades del Diácono, del Diäk (notario) y del Bedel (cap.* 5.° *y* 6.°). *Autorización a los prelados para imponer ciertos tributos a los clérigos con destino al príncipe secular* (8.°). *Reprobación de ciertas costumbres raras y supersticiosas* (7.° *y 9.°). El Antilatinismo de este Concilio, cuya celebración coincidía con la del* unionista *de Lyón. Consolidación interna de la Iglesia eslava.*

Muy poco es lo que sabemos acerca de la vida que llevara antes de su exaltación a supremo Jerarca de la Iglesia eslava el Metropolita de Kiew y de toda Rusia, Cirilo II (1247-81). Golubunsky supone que era higumeno, o acaso monje tan sólo, en una Laura de Galitzia-Volinia. Fue el príncipe Daniel Romanovitch quien le procuró el nombramiento para Metropolita de Kiew a reserva, claro está, de la oportuna aprobación por parte de la Curia Ecuménica de Constantinopla. Para obtenerla hacía su presentación personal en la capital de la Greco-Ortodoxia.

El Patriarca no puso objección alguna a la propuesta del príncipe Daniel. El prelado Cirilo era hombre piadoso y de conciencia recta. El nuevo Metropolita kievense tomó muy en serio sus obligaciones pastorales. Visitó los pueblos y ciudades de su Metrópoli y no se mezcló —cosa rara en aquel entonces— en las contiendas políticas ni en las guerras, de las que tanto se preocuparan Alejandro Newsky y sus hijos. Fue también el primer jerarca eclesiástico de Rusia que hizo acto de presencia en Saraj

para obtener la confirmación en el cargo. Y fue él (Cirilo II), quien obtuvo de la *Horda de Oro* el primer jarlik (privilegio) que consagraba los derechos de la Iglesia ortodoxa.

El nombre del metropolita Cirilo II va unido a dos monumentos de la Rusia antigua: el *Nomocanon y el Concilio de Wladimir*. En 1270 se dirigía él al déspota de Bulgaria, Santiago Sviatislaw, en petición de un Nomocanon griego, que había sido vertido al eslavo, y de los correspondientes comentarios adosados al mismo. El preciado tesoro teológico-litúrgico se guardaba en los archivos del Patriarcado de Tirnowo. Se llamaba *Kormtchaja Kniga*, que respondía al nombre griego de *Pedolón* (Timón). El Déspota mandaba hacer una copia y la remitía no tardando al Metropolita Cirilo. Este primer Nomocanon de la Iglesia eslava ha ejercido sobre ésta y su teología una influencia considerable. Más tarde, en sucesivas reediciones le fueron añadidas numerosas acusaciones a la Iglesia Latina. El Metropolita por su parte era antirromano rabioso.

En 1274, acompañado por el archimandrita Simeón, higumeno del Monasterio de Kiewo-Petchersky, Cirilo se trasladaba a Wladimir del Klyasma, donde celebró un Sínodo, al que se considera, con razón, como uno de los más importantes en la Historia eclesiástica de Rusia. A los obispos allí reunidos presentaba él un Reglamento eclesiástico (Pravilo), que contenía una serie de medidas contra los abusos que habían tomado carta de naturaleza entre los clérigos rusos. El notable Reglamento, que gozó entre los eslavos de un prestigio inmenso, fue incluído más tarde en el Kormtchaja Kniga o Colección canónica ortodoxo-eslava. Las actas de aquel Sínodo, el Pravilo famoso y el notable discurso del metropolita Cirilo, que viene a ser el prefacio de las deliberaciones conciliares, contienen numerosos datos acerca de la teología sacramentaria y de la disciplina del Clero ruso en las postrimerías del siglo XIII. Entre sus producciones literarias, que fueron escasas, porque los tiempos no eran aptos para el desarrollo científico, se distingue una Instrucción al Clero. En ella pintaba muy al vivo las costumbres del mismo, condenaba los abusos, señalaba remedios y exhortaba a la penitencia.

* * *

Huyendo de los horrores de la invasión tártara el Metropolita Cirilo II de Kiew se había refugiado en Wladimir del Klyasma. Y para consagrar al higumeno *Serapión* como obispo de esta ciudad norteña, estaban con el supremo jerarca de la Iglesia eslava los prelados de Novgorod, Rostow, Perejaslaw y Polotzk. Los

muchos y muy graves abusos anticanónicos que a consecuencia del funesto dominio tártaro perturbaban la vida eclesiástica de los fieles, y sobre todo de los sacerdotes, movieron al metropolita a celebrar un Concilio, que es, a no dudarlo, una de las más raras e importantes asambleas sinodales de la Iglesia eslava en los tiempos mongólicos. He aquí las primeras palabras del corto preámbulo del metropolita Cirilo, alma del Concilio: «Por cuanto las múltiples metáforas del idioma griego han venido oscureciendo hasta el presente las decisiones canónicas, nos proponemos esclarecerlas ahora a fin de que la ignorancia no sirva a nadie de disculpa».

Luego anunciaba lo siguiente: «Existe una traducción de los cánones, y poseemos también unos buenos comentarios a la misma. Es preciso que nuestros hijos, los fieles que Dios nos ha encomendado, y nuestros hermanos, los sacerdotes, conozcan bien una y otros». Se trataba de la famosa Kormschaja Kniga, que procedente de Bulgaria donde había nacido (1262), acababa de penetrar en Rusia y que parece ser el origen de todos los comentarios antilatinos introducidos en las colecciones canónicas de la vieja Rusia. Vienen luego los nueve Capítulos que vamos a resumir a continuación. Trata el primero de las Ordenes sagradas y de la Simonía. «Como la moralidad de los laicos depende en gran parte de las buenas costumbres del Clero, Ordenamos que sean promovidos a las Sagradas Ordenes sólo aquéllos que se hayan distinguido por la inmaculada pureza de costumbres practicadas por ellos desde la niñez y conocidas por todos. Por eso se exige, como requisito previo, un testimonio irrecusable de vecinos, parientes y conocidos acerca de la honradez, sobriedad y buenas prendas de todo candidato al sacerdocio. Quedarán enteramente excluídos del estado eclesiástico todos los extranjeros desconocidos, los esclavos, los ciudadanos que no paguen los tributos, los hombres crueles y duros de corazón, los que maldicen y juran, los que han matado a otros, aunque fuese involuntariamente, los culpables de cohecho, los analfabetos, los ilegalmente casados y los menores de veintinueve años. El confesor deberá ser el gran fiador en esta materia». Ello prueba que no tenía aplicación estricta la ley de sigilo sacramental. En este primer capítulo se habla también de los plazos o intersticios que deben mediar entre los distintos Ordenes Sacros. Por último —y esta parece ser la parte principal del mismo— se fijan los emolumentos que han de percibirse por la administración de sacramentos, y se establece que las tarifas o aranceles han de aplicarse con uniformidad en toda la Metrópoli rusa. Se prohibe

terminantemente a los obispos tomar más de siete *grives* por conferir Ordenes Sagradas.

En el capítulo 2.° se hallan los cánones relativos al Bautismo. Se dispone que inmediatamente después de haber bautizado, se administre la Confirmación ungiendo al neófito tan sólo «en la frente, ojos, nariz y boca» y pronunciando a la vez esta fórmula: «Sello y Don del Espiritu Santo». La Comunión administrada al recién bautizado es parte esencial del rito bautismal: «No se bautice jamás —reza uno de los cánones de este capítulo— sin dar la Comunión al neófito». En adelante queda prohibido el uso de la Infusión, pues *el bautizando deberá ser zambullido por entero en un recipiente con agua.* Conviene advertir que no se hizo gran caso de semejante prohibición, porque en aquella centuria y las dos siguientes se practicaba de modo corriente el método de la infusión. En un documento casi contemporáneo (1278) el Patriarca de Constantinopla autorizaba al Obispo de Saraj (capital del Khanato ruso), Teognosto, la práctica de bautizar en determinadas ocasiones por infusión.

Por lo visto los obispos rusos habían formulado ante la Curia Constantinopolitana esta pregunta: ¿Qué haremos cuando se nos presente algún adulto procedente de las filas tártaras y no tengamos vasija suficientemente grande para realizar la inmersión? ¿cómo saldremos de este apuro? He aquí la respuesta de la Curia patriarcal: «Arrójese agua tres veces sobre el bautizando y pronúnciense a la vez estas palabras: *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Se explica bien esta más amplia actitud del Patriarcado Ecuménico teniendo en cuenta quepor entonces estaba en uso en la Cristiandad occidental la *inmersión y la infusión.* Esta última no era todavía el modo específico de bautizar en Occidente. Como tampoco era propiedad exclusiva y cerrada del Oriente la Inmersión. Se declara ilícita la interrupción de bautismos y de cultos que desde Pascua de Resurrección hasta la Semana de Todos los Santos practicaban los clérigos de Novgorod. 3.° So pena de ser declarados indignos, los sacerdotes dejarán de asistir a reuniones de recreo. «Téngase en cuenta que *un sacerdote digno vale más que mil impíos e incumplidores del deber*». 4.° Durante los domingos y días festivos serán desterradas en absoluto las bacanales, la música y otras diversiones similares. Como sanción se establece la siguiente: «Todo el que dé oídos a insinuaciones del demonio sea excluído de la Iglesia de Dios». Por lo mismo no podrá traer ofrendas al templo ni dedicar cirios a los santos iconos. Se condenan duramente las supersticiones y juegos diabólicos. 5.° Los diáconos no deben entrar en el santuario antes

que los sacerdotes ni recibir la comunión antes que ellos. 6.° Se especifican las facultades del Diácono, del Notario (Diäk) y del bedel (ponomar), y quedaba desterrado el abuso incalificable de que los legos se permitiesen la libertad de bendecir en la Iglesia los frutos y los alimentos. 7.° Se reprobaban ciertas costumbres raras que se observaban en Novgorod con ocasión de las bodas. 8.° Se autorizaba a los Metropolitas y Obispos para imponer a toda la clerecía un tributo, que luego podría quedar a beneficio del príncipe. Se abolían los obsequios a los prelados y 9.° Se condenaba la costumbre muy generalizada de trazar una cruz sobre la tierra o sobre el hielo, práctica reprobable con la que los rusos solían dar firmeza a sus juramentos y promesas.

El Sínodo de Wladimir del Klyasma, en el que no resonó el eco del Concilio unionista de Lyón, celebrado aquel mismo año, tuvo un gesto desafortunado que le resta simpatías entre los occidentales, amigos siempre de la concordia ortodoxo-romana. El Presidente de aquella asamblea conciliar leía y recomendaba con interés a sus hermanos en el Episcopado un prontuario litúrgico-dogmático rabiosamente antilatino: el *Libro del Timonel* (Kormtcaja Kniga), recientemente introducido en el país desde Bulgaria. Este Sínodo prueba con meridiana claridad que la Iglesia eslava progresaba mucho en la ardua tarea de su consolidación interna. Los obispos reunidos en él se preocuparon del magno e inaplazable problema de formar clérigos morales y dignos. Por esto reprobaron la simonía en materia de ordenación sacerdotal y por esto exigieron un certificado de buena conducta, expedido por el Confesor, nada menos, antes de proceder a ordenar a un candidato.

A la vez examinaron con detenimiento los medios de poner coto a los abusos que se habían introducido en la administración de sacramentos y de eliminar supersticiones e inmoralidades. Grandes debían ser unas y otras, cuando aquellos prelados trataron temas espinosos con una claridad que a nosotros se nos antoja poco recatada y muy peligrosa. Las deliberaciones acerca del Bautismo indican tres cosas: a) que se aspiraba a asfixiar los brotes latinizantes que a través de las regiones bálticas actuaban vigorosamente en la Rusia septentrional; b) que los obispos tomaban posiciones contra los errores tártaro-chamanistas, y c) que procuraban defender el punto de vista greco-oriental. En cambio, tuvo la debilidad de permitir una práctica en extremo peligrosa: la de otorgar a los obispos la facultad de exigir a los clérigos, al tiempo de tomar posesión de su curato, una ofrenda que más tarde quedaría a beneficio del príncipe secular. Los mismos que condenaban la simonía, dejaban abierto el camino

para ese mismo crimen canónico en la colación de beneficios. De hecho, surgieron luego acusaciones en este sentido. No se libró de ellas ni el propio Metropolita Pedro (1311). A las decisiones del Sínodo de Wladimir se unieron por aquella misma época varios escritos episcopales de algún mérito; entre ellos ocupa destacado lugar una larga exhortación del Metropolita Máximo (1283-1305), que había sucedido a Cirilo II. Es ella un fehaciente testimonio de que su autor era un jerarca piadoso que había tomado muy en serio la carga pastoral. Sobre los obispos de la Rusia septentrional gravitaba la enorme y patriótica tarea de crear y mantener el *sentimiento y la cultura nacionales*. La falta de cultura profana vino a resultar grandemente fomentada por el aflojamiento de los vínculos culturales con Bizancio. Corresponde a la diferencia de idioma una parte considerable en esta desvinculación paulatina. En los escritos de los obispos aparece ya cierta aversión a la cultura helénica.

Capitulo XI

NOVGOROD

Extraordinaria importancia de la Ciudad de Novgorod la Grande.—La mentalidad occidentalista *de sus inteligentes moradores.—Los afanes de independencia.—Nowgorod, centro principal de intercambio comercial entre Rusia y el Occidente.—Sus multiples contiendas.—La magna extensión de su esfera de influencia.—Religiosidad de los nowgorodenses.—La excelsa condición de sus prelados.—La Ciudad famosa y el no menos célebre Alejandro Newsky, héroe nacional ruso.—La presión autoritaria y despótica de éste contra aquélla.—Novgorod y el Khan de los Tártaros Menke-Timur.—La decadencia de Novgorod, obra del poder absorbente y artero de Moscú.*
Carta del Príncipe Gabriel Vsevolod a la Iglesia de San Juan Bautista en la Ciudad de Novgorod.

Hasta el momento aciago de la catastrófica disolución del llamado *Reino Russ de Kiew* había sido Novgorod la segunda ciudad de la Rusia primitiva. Lo había merecido, en verdad, por su privilegiada situación geográfica. Hallábase enclavada en la vía que para ir en socorro de los príncipes rusos y de los emperadores bizantinos utilizaban los variegos, auxiliares valiosos de la raza indígena en las artes de la guerra y en los menesteres de la paz, en general, y del comercio, en particular. Fue por esto cabalmente por lo que, al revés de Tchernigow y Smolensko, ponemos por caso, Novgorod no fue adjudicada a ningún príncipe. Fue, asimismo, la importancia de esta ciudad la causa inmediata de que los primogénitos de la dinastía que gobernaba en Kiew aspiraran siempre a dominar en ella. Era muy lógico por tanto que se diera a los novgorodenses una categoría social, política y aun religiosa que jamás tuvieron los vecinos de otras ciudades. Gracias a sus frecuentes relaciones comerciales y al intenso tráfico que mantenían con los moradores de las orillas

del Báltico, los activos e inteligentes vecinos de Novgorod la Grande se habían formado un criterio amplio y una mentalidad abierta a las ideas del más culto Occidente. Aquella ciudad, la comercial Novgorod, no se parecía en este orden de cosas a ninguna otra del interior. En la primera mitad del siglo XII, la altiva Novgorod se sintió lo bastante vigorosa para ofrecer resistencia al príncipe de Kiew, que era su señor natural y su único soberano político. La culta ciudad llevaba su rebeldía hasta el extremo de arrojar de su seno al Gobernador que le enviara el Ducado de Kiew. Las cosas tomaban un sesgo más que peligroso cuando en la segunda mitad de la duodécima centuria monopolizaron el comercio por tierras bálticas los alemanes de Westfalia y de la Baja Sajonia. Con la intensificación de la corriente comercial la Ciudad del Volchow y del Lago Ylmen quedaba convertida en el centro principal del intercambio de mercancías entre la Rusia propiamente dicha, la Alemania septentrional y el Oeste de Europa. Los novgorodenses podían adquirir toda clase de mercancías sin necesidad de pedirlas a los rusos del interior. Tan sólo en una cosa dependían de éstos: el abastecimiento de cereales. Se los proporcionaban las regiones del alto Volga. Apoyados en esta dependencia, los príncipes de los diminutos Ducados septentrionales pudieron hacer presión política sobre la republicana Novgorod.

En estas circunstancias era muy natural que esta ciudad anduviese a la greña con unos y con otros, con sus compatriotas de la Rusia septentrional y con los mercaderes de Occidente. Luchó también contra los *Caballeros Teutónicos,* que pretendían extenderse más y más por las riberas del Báltico. De todos modos, los novgorodenses, que eran *muy hábiles,* no se empeñaron en sostener luchas estériles o imposibles. Por lo mismo, perdida Dorpart, solicitaron la paz y concertaron con los alemanes un tratado, que podía traerles la hostilidad de Jaroslaw, hijo mayor del «Gran Nido». Ellos, los novgorodenses, procuraron extenderse por el Norte y por el Este. La Carelia, una buena parte de Finlandia, la región del Onega hasta Arkangel y más tarde las provincias que limitaban con los Urales, caían dentro de la zona de influencia de la poderosa Novgorod.

Pese al orgullo de que estaban poseídos, a su pasión inmoderada por las luchas políticas y las contiendas militares y no obstante los vicios que corroían sus entrañas de gentes bien acomodadas, los novgorodenses eran hombres religiosos y se sentían engreidos de pertenecer a una ciudad, que estaba dedicada a María, la Madre de Dios. Era su emblema la Catedral de Santa Sofía, edificada antes de 1050 por Wladimiro, hijo de

Jaroslaw el Sabio. Era ésta una de sus divisas favoritas: *Donde está Santa Sofía, allí está también Novgorod.*

La ciudad mercantil por excelencia en la Rusia del Noroeste tuvo la fortuna de estar regida en lo eclesiástico por excelentes prelados, que desde 1165 ostentaban la dignidad de Arzobispos. Algunos, fueron tan virtuosos que, después de ser venerados como santos por el pueblo, fueron elevados al honor de los altares por la Iglesia. Pertenecen a esta bienaventurada categoría Teodoro, Nicolás, Arcadio y Gabriel (1069-1193). Y gozaron de inmenso prestigio y autoridad Joaquín, Lucas, Nifont y Elías (1030-1186).

Pertenecen al siglo XIII (1211-1249) y son figuras excelsas del Episcopado novgorodense Antonio Jadreikovitch y Spiridion. En esta centuria tuvieron lugar las duras luchas entre la ciudad famosa y el no menos célebre caudillo Alejandro Newsky. Aquellos mismos novgorodenses que en 1240 habían contemplado impasibles la partida del joven príncipe, se vieron obligados a llamarlo al año siguiente para pedirle que tuviera la bondad de amparar a su ciudad y territorios occidentales de la misma contra las incursiones de los germanos, quienes continuaban avanzando más allá del Narovna y del Lago Peipus. Cabalmente aquí —sobre la superficie congelada de sus aguas— obtuvo aquel héroe nacional la más brillante victoria de su vida. A consecuencia de estos éxitos militares la ciudad de Novgorod quedaba sometida al afortunado caudillo. Pero como Alejandro Newsky estaba casi siempre ausente, la ciudad comercial no dejó de gozar de cierta independencia política. De todos modos, se dejó sentir en ella el espíritu autoritario y despótico del vencedor de los alemanes. Alejandro Newsky obligaba a la orgullosa ciudad a dar acogida en su seno a los recaudadores tártaros y a pagarles el exigido y exorbitante tributo. Como especial favor se otorgó a los novgorodenses el privilegio de recaudar por sí mismos las sumas pedidas y hacerlas efectivas mediante recaudadores y agentes propios. Por entonces pusieron en Novgorod los tártaros un destacamento de tropas, cosa que jamás habían conocido los habitantes de la misma. Por una ironía del destino los altivos novgorodenses no tardaban en pedir auxilio ¡a los tártaros! con ocasión de sus luchas contra Jaroslaw, hermano de Alejandro Newsky. El Khan de Saray, Menke Timur, les otorgó un jarlik muy favorable. En virtud de él podían comerciar libremente con las regiones de la cuenca del Volga aun contra la voluntad e intereses de los Grandes Duques de Moscú. Ya fuese por su activo comercio y sus frecuentes acuerdos con el Occidente latino, ya también por sus contactos, unas veces amistosos y otras hostiles, con la vecina Lituania, es el caso que los novgorodenses acer-

taron a mantenerse neutrales en todos los conflictos entre los distintos miembros de las familias ducales, miembros que no pensaban en otra cosa que en eliminarse mutuamente aunque para ello tuvieran que acudir a los enemigos de la Patria, a los tártaros. A principios del siglo XIV tenía Novgorod una gran importancia eclesiástica, cultural y política. Superaba con mucho a todos los ducados diminutos de la Rusia mongólica, incluído el de Moscovia. Por desgracia, no tardará mucho en perder categoría y prestigio. Moscú, su rival, ha de maniobrar de manera hábil y artera para eclipsar a la noble, republicana, comercial y occidentalista Novgorod, segunda capital eclesiástica de la antigua Rusia.

Carta del Príncipe Gabriel Vsevolod de Nowgorod a la iglesia de San Juan Bautista de esta ciudad (1130-1136).

«Yo gran príncipe Gabriel llamado *Vsevolod,* autócrata, hijo de Mstislav y nieto de Wladimiro, imperante sobre todas las tierras rusas y sobre toda la región de Nowgorod...

»Con el favor de Dios edifiqué cerca de la alhóndiga llamada de Petryatino la iglesia del Gran Santo Iwán y la enriquecí con muchas alhajas, con preciosos iconos, con un Evangeliario de valor y con un juego completo de libros litúrgicos. Obrando con gran largueza puse sacerdotes y diáconos en la gran Iglesia Catedral. Para entretenimiento de sus respectivas iglesias dono, a perpetuidad y por partes iguales, al gran Santo Iwán y al Santísimo Salvador la pesada de cera y el llamado *Pud* (40 libras) Torzok, también de cera. El sacerdote, el diácono, el sacristán y los guardianes participarán en dicha pesada. Los popes tomarán ocho libras cada uno; el diácono, cuatro; el sacristán, tres, y los guardianes, otras tres. Como hecha por el Gran Príncipe llamado Vsevolod, será, asimismo, perpetua esta mi donación. Y los popes quedarán perpetuamente obligados a cantar la Misa todos los días en el templo del excelso San Iwán. También lo harán, cada semana, en la iglesia de Palacio llamada de San Zacarías. El diácono que participe en este tributo cantará en San Iwán todos los sábados y todos los domingos.

»Y yo gran Príncipe Vsevolod he instituído en San Juan para las gentes ricas (zitli ljudi) tres decanos (starosty); para las *gentes negras* (pueblo bajo), un Tysjacky y para los comerciantes, otros dos decanos. Unos y otros llevarán la gestión de todos los asuntos en San Iwán. Y para mejor resolver los comerciales, habrá un tribunal de mercaderes (Sud torgovyi). Ni el posadnik Mirolaw, ni los sucesores del mismo, ni los boyardos nowgoro-

denses intervendrán para nada en los asuntos de San Juan. Y el que desee inscribirse en el gremio de mercaderes de San Iwán, que pague de su peculio a los que siempre fueron miembros cincuenta libras de plata de buen recibo en el mercado. Darán también al Tysjacky un *paño de Yprés*. Y depositarán, además, en San Iwán 25 libras de plata. Si no se inscriben en la corporación ni pagan las dichas cincuenta libras, no serán mercaderes habituales. Lo serán siempre los herederos de estos últimos y los que aporten la mencionada cantidad. Ellos confrontarán el peso en el atrio de San Iwán, que es el lugar apropiado para ello. También intervendrán en esta operación los decanos de San Iwán, dos mercaderes de oficio que sean miembros habituales, y otras gentes de calidad. Los mercaderes no habituales tampoco gozarán del beneficio del Decanato ni verificarán la *pesada* de San Iwán. Los encargados de pesar cobrarán de los aportadores lo siguiente: de los habitantes de la región de abajo (territorios ribereños del Wolga), dos *berkovesty* o sea diez puds (160 kilogramos) de cera, media libra de plata y otra media de pimienta; de los de Polotzk y Smolensko, dos libras de martres por berkovesty y de un novgorodense, seis mordky de cera (1).

»Y depositarán, sobre palabra de honor y apreciación justa, lo que hubieren pesado en la Casa del Gran Santo Iwán. Un mercader nowgorodense jamás pesará en otro lugar. Después de mi muerte, mi hermano el Gran Príncipe, el Monseñor (arzobispo) de Nowgorod, los decanos de los mercaderes y los comerciantes mismos se encargarán de guardar la Casa del Gran Santo Iwán y a los clérigos que sirven en la misma. Y el gran Príncipe tomará de la pesada de cera 25 libras de plata cada dos años. Los decanos de los mercaderes y los comerciantes mismos festejarán de modo solemne la Natividad del Gran Santo Iwán. Para la fastuosa y perpetua conmemoración anual los decanos y los mercaderes sacarán de la acostumbrada pesada de cera 25 libras de plata. Y los decanos facilitarán 70 cirios, el tomillo y el incienso. Cantará en la fiesta Monseñor (el arzobispo nowgorodense), por lo que le serán entregados en calidad de honorarios una libra de plata y un *paño de Iprés*. Al día siguiente de la gran solemnidad cantará el Archimandrita de San Jorge, por cuyo servicio será gratificado con media libra de plata; al día tercero lo hará el higumeno de la Santa Virgen (Monasterio

(1) «Una libra de plata era igual a la antigua marca alemana de 18 onzas. En el siglo XII valía 2,3 libras de *martres*. Conviene advertir que cada una de éstas se dividía en 25 martres. Y una «mordka» tenía el valor probable de 1/4 de martre. Martre, llamado también *Kuny*, significaba por entonces lo que el vocablo latino *Pecunia*, es decir, plata en sentido general». (Eck).

de San Antonio) y le darán también media libra de plata. Y yo Gran Príncipe Vsevolod, en memoria de mis padres y de todos mis ascendientes, he dado a los sacerdotes del Gran Santo Iwán, junto al mercado Petrjatino, todas las aportaciones y tributos de los mercaderes de Rusia, y en especial de los de Twer, de Nowgorod, de Bezichy, de la región Derevskaya (una de las cinco que integraban el territorio nowgorodense propiamente dicho) y de la cuenca del rio Mseta. También les he asignado el producto del camino de sirga que va desde las antiguas puertas del Gran Santo Iwán hasta la cueva y desde ésta hasta el puente de Koncanlsky. La plata que reciban por este concepto los decanos de San Juan y los de Poberezle (barrio de Nowgorod a lo largo del río Wolchow) será depositada en la Casa de Iwán. Los decanos y los habitantes todos del de Poberezle cuidarán de los popes, del diácono, del sacristán y de todos los servidores de la Casa del Gran Santo Iwán. Nadie depositará en ella otros objetos que los cirios y el tomillo (1). Y ni la ciudad, ni el Monseñor, ni los boyardos quitarán la pesada al Gran Santo Iwán. Tampoco venderán las donaciones. Y si alguno intentara llevársela, venderla o damnificar en cualquier forma a las Casas del Gran Santo Iwán y de San Zacarías, el Salvador y la Inmaculada estarán contra él. Y las tinieblas, el escándalo y el castigo de Dios caerán sobre los que tal hagan».

(1) Por entonces las criptas de los templos servían de almacén para los comerciantes de la localidad.

Capitulo XII

CONTIENDAS JURISDICCIONALES EN TORNO A NOWGOROD Y PLESKAU.—EL ARZOBISPO BASILIO

I. *La suma autoridad que sobre los nowgorodenses ejercía su prelado.—Merecimientos excelsos del Arzobispo Basilio Kalika (el peregrino).—Sus conflictos con Magno, rey de Suecia.—La proyectada discusión teológico-canónica y el vago recuerdo que de ella queda en el monasterio de Valaám (Lago Ladoga). El jerarca Basilio Kalika y el lema «Moscú, tercera Roma». El Arzobispo nowgorodense y la actitud rebelde de Pleskau. Sus causas.—La avenencia entre esta ciudad y Basilio de Nowgorod.*—II. *El Exarcado independiente de la Rusia del Noroeste (Nowgorod y Pleskau).—El exarca Dionisio.—La doble rebelión canónica y civil, de Nowgorod.—El anatema de la excomunión que sobre ella recayó.—Fracaso de los comisionados de la Curia Ecuménica.—Mejor fortuna del metropolita Cipriano.—Paz religiosa y política de Nowgorod y de Pleskau con Moscovia.—Predominio de Moscú sobre la Diócesis de Nowgorod.—Eclipse de la ciudad comercial y del arzobispo nowgorodense.—Privilegio del príncipe Basilio de Jaroslow al Monasterio de San Salvador (antes de 1345).*

Lista de los Metropolitas de Kiew

Después de Wladimir del Klyasma, donde residió temporalmente el Metropolita ruso, y de Tver, sede que rivalizaba con él, era el de Nowgorod el obispado más importante de la Rusia septentrional. Para los habitantes del industrioso, comercial y rico emporio del Volchow no era señor de la ciudad y del Obispado —paralelo al de Kiew en antigüedad y prestigio— el afortunado miembro de la familia ducal que residiendo en la fortaleza tenía la misión de proteger a la ciudad haciendo uso de las armas y de las tropas cuando fuesen incapaces de realizarlo por sí mismos sus propios vecinos. El comandante de la ciudadela y del Ejército nowgorodense era el símbolo viviente de que la ciudad del

Lago Ylmen pertenecía a la gran comunidad de las nacionalidades rusas. Nada más. Para aquellos orgullosos mercaderes el verdadero señor de su querida y republicana ciudad era el Obispo. Era éste un jefe tan supremo que estaba muy por encima del *Posadnik* (alcalde y capitán). Hasta juzgaba en última instancia sobre asuntos netamente civiles. A él entregaban las llaves de sus comercios y almacenes aquellos mercaderes extranjeros que a causa de los negocios se veían obligados a ausentarse de la ciudad. No pocas veces era también su representante cuando se trataba de estipular condiciones y de arreglar convenios con las autoridades, ya fuesen rusas, ya extranjeras. Nowgorod tuvo la suerte de poseer arzobispos de prestigio, de autoridad y de mérito. En la primera mitad del siglo XIV ocuparon la famosa Silla de Santa Sofía, santuario venerando de aquella ciudad, tres varones eminentes: Teotisto, Moisés y Basilio (1300-1359). El último fue, con mucho, el más excelso de todos los prelados de Nowgorod en todos los tiempos. Era Jorge su nombre de pila y Kalika (peregrino), su sobrenombre. Perteneció a una de las familias más acomodadas y ricas de la propia ciudad de Nowgorod. Antes de ser consagrado había hecho múltiples viajes de instrucción. Había visitado también los venerados lugares de Tierra Santa. El prelado Basilio restauró la Catedral de Santa Sofía, la adornó con pinturas y mosaicos y la dotó de nuevas y magníficas puertas de bronce. Asimismo reconstruyó en piedra el palacio arzobispal y embelleció la ciudad con muchas iglesias nuevas en las que empleó como elemento de construcción la piedra, la cual es en Rusia muy escasa. Este notable prelado no estaba en posesión de una profunda cultura. Así lo prueba un escrito singular que ha llegado hasta nosotros: *la Carta al Obispo de Twer, Teodoro*. En ella trata de localizar el Paraíso terrestre, que debía encontrarse, a juzgar por los datos que le habían proporcionado unos mercaderes de su diócesis, no lejos de las orillas meridionales del mar Caspio. Parece ser que en la ciudad y diócesis de Tver el clero ortodoxo venía discutiendo de tiempos atrás sobre este mismo tema. El hecho no debe producirnos gran extrañeza porque también en Occidente pasaba por entonces otro tanto.

En 1348, obrando, sin duda, bajo la influencia bienhechora de Santa Brígida, el rey Magno de Suecia dirigía un reto singular al arzobispo de Nowgorod. El prelado ruso debía tomar parte en una polémica religiosa, la cual sería decisiva para el futuro canónico jurisdiccional de la diócesis. A resultas de la discusión Nowgorod se inclinaría de manera inquebrantable y eterna a la Ortodoxia bizantina o a la fe de los latino-romanos. En el caso

de que el arzobispo Basilio rehuyera el encuentro y no acatara los resultados de la polémica, el propio monarca sueco se encargaría de traerle a buen entendimiento mediante la violencia. El jerarca nowgorodense maniobró con suma habilidad. No se negó a entrar en discusión teológico-canónica, pero exigió, en virtud de su fidelidad a Bizancio, a la Cristiandad griega, que había traído la fe de Cristo, que interviniera también el Patriarca de Constantinopla. Aseguran las crónicas contemporáneas que de la ciudad del Lago Ilmen salió para la capital de la Greco-Ortodoxia una embajada, la cual expondría a la Curia bizantina las exigencias del monarca sueco y el proyecto del arzobispo Basilio e invitaría al patriarca Isidoro a que se dignara acudir personalmente a la disputa de Nowgorod. Se afirma también que la misión nowgorodense fue acogida con singular benevolencia y que el bondadoso arzobispo bizantino le regaló muchos y buenos libros para la biblioteca arzobispal de Nowgorod. Ello indica que el Patriarca no juzgó prudente su desplazamiento a una ciudad lejana de la Rusia septentrional. Tampoco debió ser muy necesario, porque el monarca sueco perdió en seguida su primitivo entusiasmo catolizante y consagró todas sus energías a la guerra contra los eslavos. En Rusia ha quedado un vago recuerdo de ésto. Los monjes de Valaám, monasterio sito en una isleta de Ladoga, enseñan con cierta satisfacción patriótica la losa sepulcral que cubre los restos mortales del monarca sueco, quien, según ellos, terminó sus días como un monje sencillo en aquel venerado e histórico retiro ¡El que deseaba convertir el Catolicismo al arzobispo de Nowgorod —dicen los moradores de aquella soledad— terminó por ingresar en una Comunidad ortodoxa! ¡Poca consistencia debían tener sus ansias de cruzado! ¡La Iglesia griega venció a un temible adversario latino! Pero los monjes de Valaám se equivocaban del modo más lamentable, porque el Rey Magno de Suecia pereció ahogado en el fiord noruego de Bömmel. Pero volvamos a la embajada nowgorodense ante la Curia ecuménica. Los comisionados del arzobispo Basilio tomaron buena nota de la afabilidad y amable trato del Patriarca, a quien hallaron incomparablemente más llano y humilde de lo que esperaban. En *nuestra casa* —decían ellos— actúa nuestro Arzobispo con mayor boato, con más extraordinaria majestad. Por esto mismo —decimos nosotros— se le respetó tanto en el mundo eslavo-oriental. En éste el nombre de Basilio nowgorodense va unido inseparablemente al lema que no tardará en aparecer: *Moscú, la tercera Roma.* El Patriarca debía estar muy satisfecho de los servicios ortodoxos del arzobispo ruso, porque, según se afirmaba, le envió un regalo valioso y significativo: el *Klobuk*

blanco, birrete episcopal, símbolo de la jurisdicción espiritual sobre el mundo entero. Constantino lo había regalado un día al Pontífice Romano; luego pasó a Constantinopla y, por último, iba a parar con el arzobispo Basilio a la Santa Rusia.

No conocemos gran cosa acerca de la actividad pastoral de este famoso jerarca ruso. Tan sólo sabemos que los ortodoxos de Pleskau le proporcionaron serios disgustos. No era extraño, porque, dada su proximidad a las fronteras báltico-lituanas, aquella colonia comercial de Nowgorod tenía tendencias, ya muy añejas de separatismo e independencia respecto de Rusia. En 1328 acogía en su seno el Gran Duque de Twer, Alejandro, que huía de los tártaros y de los moscovitas. Hasta llegó a protegerlo, pese al anatema que contra él formulara el metropolita Teognosto, anatema que también recaía sobre la hospitalaria ciudad. Pleskau pagaba al príncipe en desgracia una deuda de gratitud. Alejandro había hecho gestiones —vanas, por cierto— ante el mencionado Metropolita (1331) para obtener la creación en Pleskau de una Silla episcopal independiente de Nowgorod. Además, fue la causa de que la benemérita y occidentalista ciudad adoptara una legislación distinta de la nowgorodense. En 1339, consumado ya el asesinato vil de Alejandro, el arzobispo Basilio se personaba en Pleskau. Los vecinos de esta ciudad altiva se negaron a recibirlo. Por fin, llegó la avenencia de 1348. Pleskau, que sacudía el yugo nowgorodense y aflojaba sus vínculos con el resto de Rusia, se consideraría en adelante como una hermana menor de la rica, comercial y republicana Nowgorod. Nada más. Dentro de esta nueva concepción jurídica era natural que Pleskau ayudara a su hermana mayor en su lucha con el Rey Magno y que acogiera ya, con respeto y benevolencia, al arzobispo Basilio. Al regresar a Nowgorod, la capital de su Diócesis, después de haber realizado la visita oficial a Pleskau, el majestuoso Prelado de la ciudad del Lago Ylmen fallecía a causa de la *peste negra* (1352).

Las famosas ciudades mercantiles de Nowgorod y de Pleskau juntamente con la cerealista de Suzdal constituían un exarcado de la metrópoli rusa. Lo gobernaba con jurisdicción independiente del metropolita Alejo el prelado Dionisio, que había recibido su consagración arzobispal en Constantinopla. Entonces mismo la Curia patriarcal greco-bizantina le dio el encargo de administrar el Exarcado de la Rusia septentrional. Como era natural, el arzobispo Dionisio se presentaba no tardando en Pleskau, y no en Nowgorod, porque juzgó con razón que no podría sostenerse en esta última ciudad, la cual tenía ya su arzobispo. Una vez en Pleskau, lo primero que hizo el Exarca fue confirmar los derechos que a la población había otorgado en 1336 el Gran

Duque Alejandro Michailovitch, de Twer, exilado en ella. Se trataba de un ordenamiento sobre precedencias y de un Código penal. Con este proceder había logrado evitar que la ciudad estrechase más los añejos y muy apretados vínculos que la unían con Lituania, donde se dejaba sentir con redoblado vigor la influencia occidentalista y católica. Llevaba una carta del patriarca, la cual contenía conceptos y palabras extremadamente duras para la Iglesia romana. También se había enemistado con la culta Nowgorod. Resultaba que el Patriarca Ecuménico Filoteo había concedido a los arzobispos de Nowgorod grandes distinciones honoríficas con el designio interesado de apartarlos del intruso Teodoreto. Veinte años más tarde, cuando estaba ya libre de la presión rival, retiró todos aquellos honores. La altiva ciudad, como era lógico, lo tomó muy a mal. De todos modos, aún logró Dionisio cumplir su cometido en Nowgorod y presentar allí la carta patriarcal, la cual contenía, claro está, sus propias credenciales. Mas al surgir las múltiples y complicadas intrigas para cubrir la vacante que con su fallecimiento dejaba el metropolita de Kiew y de toda Rusia Dionisio, el arzobispo de Nowgorod, llamado Alejo, el posadnik de la ciudad, todo el vecindario y el clero, tanto secular como regular, formularon de viva voz y por escrito un juramento solemne: *el de no acudir jamás al metropolita de Moscú y de gobernarse autonómicamente en el terreno religioso*. También se rebelaron en el orden civil y negaron obediencia y tributos al Gran Duque Demetrio. El propio arzobispo sería la suprema autoridad canónica, y la asamblea popular (Vietche) resolvería en última instancia todos los asuntos no religiosos. No habría más autoridades en Nowgorod.

Esta actitud, verdaderamente revolucionaria, entrañaba, claro es, una merma sensible en los ingresos de índole económica que venía obteniendo el metropolita de Moscú. Pero en el invierno de 1368-69 el Gran Duque moscovita Demetrio Donskoj lograba imponer su autoridad en la rebelde Nowgorod. A su vez, el metropolita Pimen deponía al prelado Alejo, quien ingresaba en un convento, y consagró Arzobispo nowgorodense al higumeno de San Salvador. Al obrar así, el sumo jerarca de la Iglesia eslava daba estado oficial a la designación que de modo clamoroso habían realizado las masas populares de la ciudad del Lago Ilmen. El asunto parecía totalmente liquidado. Pero cuando Pimen desaparecía del mundo de los vivos, y el jerarca Cipriano volvía a Moscovia, esta vez como metropolita reconocido también por el Gran Duque Basilio, se renovaba el enojoso problema que había planteado la rebelde Nowgorod. En febrero de 1392 se presentaba en esta ciudad para hacer en ella su visita oficial el nuevo me-

tropolita de Moscú. Fue recibido con todos los honores, pero le fue negada la jurisdicción eclesiástica. En cambio, no encontró oposición alguna en Pleskau y quizá por esto mismo entraron en discordia una y otra ciudad, tradicionalmente amigas. El metropolita lanzó sobre Nowgorod el anatema de la excomunión y, naturalmente, daba cuenta de ello a la Curia constantinopolitana. En el otoño de 1392 el Patriarca Ecuménico Antonio enviaba a Nowgorod una comisión de encuesta con la epístola y la delegación consiguientes. La simpática ciudad, ansiosa de libertad e independencia integrales, dio a conocer de viva voz y por escrito que, antes de someterse a Moscovia y a Constantinopla, prefería ingresar en la Iglesia Latina. Al año siguiente y en vista de semejante actitud, el patriarca confirmaba la excomunión antes fulminada. Al propio tiempo daba instrucciones detalladas al arzobispo de Belén, Miguel, el cual se trasladaría inmediatamente a Rusia. También se encargaba de informar el arzobispo de Suzdal, el adversario del metropolita Cipriano, por cuanto aspiraba a la jurisdicción eclesiástica sobre Nowgorod, es decir, a mermar territorios y fieles, y por ende ingresos, a la Curia moscovita. El alto jerarca, comisionado por el patriarca constantinopolitano, llegaba a Nowgorod en los comienzos del año 1394. Era portador de dos cartas del Jefe Supremo de la Greco-Ortodoxia. El arzobispo Miguel fue recibido con los honores debidos a su rango y a la representación que ostentaba, pero no logró éxito alguno en la tarea difícil que le habían encomendado. En el entretanto, el Gran Duque Basilio había realizado esfuerzos considerables para dominar a los nowgorodenses y hacer valer entre ellos su autoridad principesca. Al propio tiempo tuvo la ocurrencia de promulgar una especie de manual de procedimientos para uso de los tribunales eclesiásticos. El metropolita Cipriano y la Curia patriarcal ecuménica se alarmaron. Nowgorod, por otra parte, no se rendía.

En vista de todo esto el Gran Duque moscovita recurrió al empleo de la fuerza para obligar a la ciudad rebelde a someterse al Kremlin de Moscú. Las incursiones y razzias, los golpes de mano a convoyes y los destrozos en la agricultura, la violencia y la astucia de las huestes y partidarios de Basilio obligaron a la ciudad díscola a concluir (1396), acomodándose *a las condiciones antiguas*, una paz con Moscovia. A pesar de ella, no desaparecieron la tensión existente y la desconfianza mutua. Resultaba que Basilio insistía de modo irreductible en la anexión por parte de Moscovia de todos aquellos territorios que habían pertenecido a la ciudad vencida y humillada. En 1395 llegaba a Nowgorod el metropolita Cipriano. Le acompañaban nuevos comisionados

del Patriarca Ecuménico. No fue mal recibido. Tanto fue así que pasó allí la temporada primaveral. El Metropolita ruso abolía los privilegios que a Pleskau otorgara el Arzobispo Dionisio de Suzdal y enviaba una carta en la que fustigaba duramente a los laicos que se arrogaban el derecho de juzgar a los eclesiásticos. Cipriano tuvo más éxito que los enviados del Patriarcado constantinopolitano. Al abandonar los territorios de las ciudades comerciales y republicanas (Nowgorod y Pleskau) el Metropolita de Moscú bendecía al Obispo Juan, a los vecinos de aquéllas y a los fieles todos de aquella Archidiócesis septentrional. Exteriormente al menos, las levantiscas y antimoscovitas ciudades habían hecho la paz religiosa y política con la Rusia central. Pero los ininterrumpidos ataques del Gran Duque moscovita a la noble Nowgorod a últimos del siglo XIV y comienzos del XV obligaron a la acosada ciudad a realizar constantes y rápidas combinaciones políticas, que, como era natural, repercutieron de modo sensible en la Iglesia. En 1401, año en que el famoso emporio comercial había venido muy a menos, el Metropolita Cipriano ordenaba al Arzobispo nowgorodense Juan que se personara en Moscú para tomar parte en las sesiones de un Concilio episcopal. Sin duda se trataba de un mero pretexto para alejarlo de su Sede. El hecho es que el Jefe Supremo de la Iglesia eslava retuvo en Moscú al prelado Juan por espacio de ¡tres años! nada menos. Con ello se consolidaba el predominio de la Santa Ciudad del Moscowa sobre la Diócesis de Nowgorod.

Como no sea para reseñar el desarrollo de la herejía, ya no consagraremos capítulo o párrafo enteros a la que fue segunda Silla Arzobispal de la Rusia antigua, a Nowgorod, ciudad culta, republicana, comercial y antimoscovita. La Curia Metropolitana de Moscú se encargó de mermar atribuciones al un día ilustre Arzobispo de la Ciudad del Lago Ylmen.

Carta de privilegio del Príncipe Basilio de Jaroslaw al Monasterio de San Salvador (antes de 1345)

«Yo el Príncipe Basilio Davidowitsch hago saber que en orden a la *casa* de San Salvador y en virtud de acuerdo con el Archimandrita Pimen he realizado gratificaciones. Con ello he confirmado la Carta de mi abuelo. Helas aquí: He dispuesto que paguen dos rublos por año las gentes que San Salvador tiene en la ciudad y en los pueblos. Y nada más. No abonarán ya otra contribución. Nada darán por acarreo, por estacionamiento, por sitio en las ferias, por el Octavo, por el Castor y por el albergue.

Tampoco les afectan el impuesto para la Corte y la gratificación para los Stanovschik (consejeros inmediatos, aunque inferiores, a los Boyardos). Mis correos no tocarán a las gentes de San Salvador. No les corresponderá hacer guardia ni proporcionar subsistencias. Ninguno de mis jueces (namestniki y tiunys) mandará ujieres a los vecinos de San Salvador. Los remitirán al higumeno, quien se encargará de citarlos y llamarlos.

»Y si las gentes de San Salvador pleitearan con las mías, las juzgará mi Juez, quien, personándose en el monasterio, hará justicia según juramento. Cual conviene tratándose de los míos y de las gentes de San Salvador, las multas, promesas y costas de éstas serán tan sólo la mitad de lo acostumbrado. Y si entre los vecinos y habitantes de San Salvador hubiere riñas, robos, asesinatos o justicia arbitraria, que intervenga el higumeno. El juzgará y tomará la multa, que será destinada a la Casa de San Salvador. Nuestros jueces y oficiales, nada tienen que hacer allí. Pertenecerán también a San Salvador todos aquellos asalariados que el higumeno traiga de otro distrito. Yo no me mezclaré en los asuntos pertenecientes a los mismos. Y los que siendo míos, sean a la vez colonos de San Salvador, no pagarán tributo ni multas según los casos. Tampoco intervendrá el higumeno.

»El comercio de clérigos y de monjes, destinado a la Casa de San Salvador, no pagará ni el Octavo, ni el impuesto de feria o de mercado. Se observará la antigua costumbre en lo que respecta al peaje y a los ríos con castores. Me encargo de salvaguardar la casa de San Salvador y de no damnificarla ni permitir que otros le causen perjuicios. Para provechos y pérdidas pongo la Casa de San Salvador en manos de mi padre espiritual, el Archimandrita. Que la gracia de San Salvador se aleje de aquel que menosprecie su Casa y viole esta carta».

(De Ambroise, en «Historia de la Jerarquía rusa», Moscú 1807-1815).

METROPOLITAS DE KIEW

Teopemt	1039 - ?
Hilarión	1051 - 54
Efrén	1055 - ?
Jorge	1072 - 73
Juan I	1077 - 89
Juan II	1089 - 90
Nicolàs	1097 - 1101
Nicéforo	1104 - 21
Nikita	1122 - 26
Miguel	1130 - 45
Clemente	1147 - 54
Constantino	1156 - 58
Teodoro	1161 - 62
Juan III	1164 - 66
Constantino II	1167 - ?
Nicéforo II	1182 - 97
Gabriel	? - ?
Dionisio	? - ?
Mateo	1210 - 20
Cirilo	1224 - 33
José	1237 - ?
Cirilo II	1249 - 81
Màximo	1283 - 1305
Pedro	1308 - 26
Teognosto	1328 - 53

Capitulo XIII

LA PRODUCCION TEOLOGICA DURANTE LA OCUPACION. EL METROPOLITA DE MOSCU, CIPRIANO

Los sermones del Obispo de Wladimir del Kliasma, SERAPION, único orador de mérito en Rusia durante el dominio tártaro. La escasa importancia literaria del primer metropolita de Moscú, PEDRO.—Su criterio disciplinar acerca de los sacerdotes que enviudaron.—*Las epístolas del Metropolita ALEJO.—Escasez y raquitismo de la literatura hagiográfica.—La famosa carta del Arzobispo de Nowgorod BASILIO al prelado de Twer, encaminada a demostrar la existencia de un Paraíso terrestre.— Su extravagante argumentación.— El Metropolita CIPRIANO.—Datos biográficos.—Sus merecimientos literarios.—Sus obras teológico-canónicas.—Su* Eucologio.—*Interesantes detalles relativos a la Misa y a la administración de sacramentos.—Su respuesta acerca del Bautismo y su criterio antiinfusionista. Importancia que en la formación del pensamiento religioso de los eslavos tuvieron las múltiples traducciones del Metropolita Cipriano.*

Mandamientos que acerca de los tribunales eclesiásticos envió a las ciudades de Nowgorod y de Pleskau el metropolita Cipriano.

Se explica muy bien que fuese escasa y raquítica la producción teológica en este período turbulento y aciago. En los comienzos mismos de la invasión hubo un orador excelso, Serapión, que fue consagrado obispo en el sínodo de Wladimir para gobernar la Sede de este nombre, por entonces muy importante. Dejó siete homilías. Condena en ellas los pecados más corrientes, recuerda a todos las severidades y castigos de la Justicia divina e invita a sus lectores a realizar actos de penitencia. Los sermones de Serapión, archimandrita de prestigio en el Oriente eslavo, están bien hechos y no carecen de elegancia retórica. Por esto mismo pensaron no pocos que este orador célebre se

había educado en Galitzia con profesores latinos. «Serapión —escribe con amargura Golubinsky, historiador eclesiástico ruso— es el único obispo orador que conocemos de los tiempos de la invasión tártara. Es el más grande predicador de Rusia en un período que abarca casi tres siglos». El autor de la mejor y más extensa Historia de la Iglesia rusa sentía mucho que Serapión hubiera nacido y se hubiera formado intelectual y moralmente en territorios occidentalistas y orientados hacia el Catolicismo.

Pese a las afirmaciones en contrario, estampadas en un libro del siglo XVI, titulado *Pedro de Rusia*, carece de importancia la actividad literaria del primer metropolita de Moscú, Pedro. A este jerarca, muy dado a la política y sus intrigas, no interesaba grandemente la teología. Escribió tan sólo algunas cartas e instrucciones al Clero. Tiene algún interés canónico la que dirigió a sacerdotes y a legos para darles a conocer su criterio disciplinar acerca de los sacerdotes que enviudaron. Estos no podrían —según él— continuar en el ejercicio de las funciones sacras. He aquí sus palabras: «Si perdiera su esposa por fallecimiento, el sacerdote entrará en un monasterio, conservará su dignidad y prerrogativas y continuará en el ejercicio de las funciones sacras. Mas si prefiriese seguir en el estado de endeblez y sintiera nostalgia de los placeres mundanos, no deberá cantar (ejercer el ministerio). Si no tomare en serio estos avisos míos, tampoco recibirá mi bendición. Ni gozarán de ella los que reciban la Comunión de sus manos».

No hace muchos años vio la luz en Rusia otro sermoncito de este mismo metropolita. Lo editaba Nikolsky. Inculcaba en él mucho respeto a los clérigos y amor a las prácticas penitenciales. Comentaba también de modo sencillo las Bienaventuranzas.

El metropolita Alejo (m. 1378), el jerarca eslavo que tanto intervino en los conflictos surgidos entre los príncipes rusos y en las relaciones de los mismos con los tártaros, es autor de varias epístolas. La primera iba dirigida a todos los fieles ortodoxos con motivo de haber tomado posesión de su elevada investidura; la segunda tenía por destinatarios a los vecinos de Nischni-Nowgorod, ciudad sobre la que un día lanzara la pena canónica del entredicho por haber seguido fielmente al Príncipe de Susdal, y la tercera, a los habitantes de Cervleny-Jar. Todas se parecen mucho. El más destacado jerarca religioso de la Rusia del siglo XIV se limitó a recordar a todos los deberes de buenos cristianos. Se le atribuye también una traducción del Nuevo Testamento.

No es más abundante la literatura hagiográfica. Desde la

invasión mongólica hasta el Concilio unionista de Florencia no se escribieron más que unas ocho vidas de Santos, ¡en un país tan amante de esta clase de narraciones! La mayor parte de ellas fueron escritas en los tiempos de la gestión pastoral del notable metropolita Cipriano. No pocas fueron incorporadas a las crónicas, y otras continúan todavía en sus primitivos manuscritos.

En 1343 el arzobispo nowgorodense Basilio, escribía una extensa carta al obispo de Twer, Teodoro. Intentaba demostrar la existencia de un Paraíso Terrenal. El buen arzobispo de Nowgorod sacaba sus principales argumentos de las hagiografías apócrifas. La *razón teológica* era ésta: «Todo cuanto Dios creó subsiste; no ha sido aniquilado y así continuará hasta la creación de otro Cielo y de otra Tierra. La Historia —continuaba aquel teólogo singular —viene en confirmación de esta tesis teológica. Nos consta que San Macario vivió en un paraje muy próximo a ese paraíso terrenal. En él estuvo Santa Eufrosina, la cual tomó allí tres manzanas. Con ellas hizo luego el higumeno Basilio múltiples curaciones milagrosas. Los mercaderes de Nowgorod también han visto ese hermoso lugar de encantos y delicias». Entre esos afortunados comerciantes se cuentan Moislaw y sus hijos. Salieron ellos por vía marítima en tres navíos, que durante mucho tiempo fueron rudamente azotados por las tempestades (Mar Caspio). Por fin, lograron pisar tierra firme y llegaron a la falda de una montaña de proporciones gigantescas. Una luz extraordinaria iluminaba todo aquel vasto paisaje. También se oían en la lejanía voces angelicales. La expedición destacó a uno de sus hombres, el cual recibió esta consigna: «Suba usted a la cumbre de la montaña, observe bien todo cuanto desde ella se divise y vuelva en seguida a darnos cuenta de lo que haya visto y oído». El expedicionario subió, en efecto, a lo más alto de aquel monte, comenzó a batir palmas con estrépito inusitado y al instante huyó al otro lado. La hermosura fascinadora de cuanto vio y oyó le obligó a precipitarse por la opuesta ladera en busca de la felicidad encantadora del Paraíso que tenía enfrente. Moislaw y sus compañeros enviaron a otro, el cual repitió la hazaña del primero. El tercer explorador, al que por elemental prudencia ataron una cuerda para evitar su fuga, subió a la cumbre, batió palmas como los anteriores y murió de tristeza al verse impedido de marchar al venturoso lugar que había divisado. La expedición nowgorodense regresó al emporio de riqueza que era la ciudad del Wolchow. El bueno del arzobispo concluye «que los hijos y nietos de Moislaw y de Jacob, jefes de aquella expedición, están firmemente persuadidos de la existencia

del Paraíso Terrestre, del cual estuvieron muy cerca aquellos exploradores.» Este escrito singular es la única obra religiosa del periodo que principia en la invasión y termina en el Concilio de Florencia. Ella demuestra los estragos que en la vida intelectual del país habia producido la invasión de los tártaros.

Bajo la gestión pastoral del metropolita Cipriano, jerarca relativamente culto y muy activo en materias litúrgicas, se aprecia un renacimiento literario, debido, sin duda, a las influencias búlgaras y a la lucha contra la herejía de los Strigolnikys. Fue alma de éste renacer el mencionado arzobispo de Moscú. Veamos quién era este notable personaje de la Historia eclesiástica de Rusia. Había nacido en Tirnowo (Bulgaria). Muy joven aún, abrazó la vida monástica, estuvo en el Monte Athos y se aplicó con extraordinario afán al estudio de las Santas Escrituras. La pureza de costumbres y los grandes conocimientos bíblicos del monje búlgaro llamaron poderosamente la atención del Patriarca ecuménico Filoteo (1354-76), quien le dio empleo en la Curia constantinopolitana. Por entonces cundía la discordia en la Iglesia eslava. El príncipe lituano Olguerdo, que ardía en deseos de sustraerse a la jurisdicción eclesiástica de Kiew, solicitó de la Curia patriarcal la creación de la Metrópoli lituana. Y para llenar sus deseos con mayor facilidad amenazó a Filoteo con pasarse a la Iglesia romana si no se accedía a su demanda. La amenaza produjo efecto en el ánimo del Supremo Jerarca de la Greco-Ortodoxia. Filoteo creó la nueva Metrópoli y consagró como arzobispo de la misma al monje Cipriano. El que ya era alto oficial de la Curia ecuménica recibía el nombramiento de *Metropolita de Kiew y de Lituania*. El patriarca abrigaba este propósito: A la muerte del metropolita Alejo, que teniendo su Sede en Kiew residia en Moscú, Cipriano sería el jerarca supremo de la Rusia religiosa y concentraría en su persona los poderes jurisdiccionales de Kiew, de Moscú y de Lituania. En 1378 fallecía el metropolita Alejo, y el príncipe Dimitry Iwanowitch *Donskoy*, nombraba por sí y ante sí como sucesor del extinto metropolita a Miguel, archimandrita prestigioso. Cipriano, que ya estaba en camino hacia Moscú, hubo de regresar a Kiew. La muerte inesperada de Miguel antes de llegar a Constantinopla, donde esperaba ser consagrado, tuvo la virtud de complicar todavía más aquel intrincado negocio. Los partidarios del fallecido candidato le dieron un sucesor en la persona del archimandrita Pimen, al que consagraba como metropolita de Moscú el Patriarca ecuménico Nilo. Muy molesto por un proceder que lastimaba sus tendencias de refinado absolutismo, Dmitry Donskoi llamó a Cipriano y lo colocó en la Silla Metropolitana de

Moscovia. El nuevo arzobispo de la Rusia central aún tuvo que regresar a Kiew porque el veleidoso soberano llamaba a Pimen para desempeñar el alto cargo de Supremo Jerarca religioso de Moscú y su provincia. No tardando, sin embargo, Cipriano reocupaba la Silla arzobispal moscovita, porque el príncipe, que había entrado en discordia con Pimen, enviaba a éste a Constantinopla donde sería juzgado por sus extralimitaciones canónicas. Cipriano era acogido en Moscú con grandes demostraciones de júbilo. Los moscovitas no se equivocaban. El arzobispo Cipriano, hombre relativamente culto, muy bondadoso, buen liturgista y amante de la disciplina eclesiástica, cumpliría a satisfacción sus deberes canónicos. Por de pronto, combatió eficazmente a los Strigolnikis, herejes de Nowgorod que negaban la resurrección de la Carne, rechazaban muchos libros del Nuevo Testamento y hacían caso omiso de no pocos cánones de los Concilios ecuménicos. Aseguraban los hagiógrafos rusos que estando la patria amenazada de invasión por parte de Tamerlán, el metropolita Cipriano trasladó desde Wladimir a Moscú una imagen milagrosa de la Santísima Virgen, por cuya intercesión era conjurada la amenaza grave del titulado Emperador de Samarcanda.

Cipriano fallecía en 1406. La Iglesia rusa lo venera como Santo y celebra su fiesta el 17 de septiembre. En 1472 eran trasladados sus restos a la Catedral de la Asunción (Uspensky Sobor), acontecimiento que los rusos festejan el 27 de mayo.

El metropolita Cipriano es considerado como uno de los grandes literatos rusos del siglo XIV. Por mediación suya ejerció la literatura servia una influencia considerable sobre la Rusia medieval. Son sus principales trabajos literarios las llamadas cartas litúrgico-teológicas, el Tratado sobre la jurisdicción eclesiástica de las parroquias, los escritos hagiográficos y las numerosas traducciones. Vertió al idioma ruso los Evangelios, la Escala de San Juan Clímaco, las obras del Pseudodionisio el Aeropagita, el Misal, el Eucologio y el Nomocanon.

No dejan de tener importancia las cartas a los fieles de Pleskau y al higumeno Atanasio, porque esclarecen muchos ritos y oraciones de la Misa y no pocos problemas de la vieja teología sacramentaria de los rusos. Era este metropolita un buen canonista. Para redactar el Catálogo de libros prohibidos, se apoyó principalmente en los cánones del Concilio de Laodicea, que prohiben el uso de nuevos Psalmos, en las indicaciones de San Juan Crisóstomo sobre los Apócrifos, en el Sbornik (Código) de Sviatoslaw y en la Crónica de Nicón. Es pieza notable la llamada *Golubinaja Kniga*. Está escrita en verso y trata de la Creación. Contiene una mezcla rara de tradiciones paganas y de pensamientos

cristianos acerca del origen de los seres. Sus cánones a los que dio el nombre de *Pravila* son un documento precioso para la historia eclesiástica rusa, en general, y para la evolución de la liturgia eslava (siglo XIV), en especial. Los viejos sínodos rusos los consideran como una de las fuentes de Derecho canónico en tierras eslavas.

Pero donde más se distinguió este jerarca ruso fue en el campo litúrgico y teológico-sacramental. Veámoslo. De Constantinopla y de los Balcanes llegaban a Rusia los libros litúrgicos. El viejo Typicón studita, que luego fue sustituído en las regiones meridionales por el Jerosolimitano, tuvo allí mucho prestigio; pero coexistían con no menos predicamento otros textos litúrgicos no constantinopolitanos.

De semejante coexistencia surgieron confusiones y dificultades que no podían orillarse más que poniendo el antiguo typicon en armonía con los demás libros litúrgicos. La empresa era titánica. Por lo mismo tomó la decisión de ir resolviendo en cada caso los problemas que iban surgiendo. El metropolita Cipriano trabajó mucho, aunque no llegó a la reforma de conjunto que las circunstancias demandaban imperiosamente. De todos modos, su obra fue meritísima por muchos conceptos. Es muy interesante su Eucologio en el que iban incluídos el Misal y el Ritual. El arzobispo moscovita suministra el texto de las tres famosas liturgias: de San Juan Crisóstomo, de San Basilio y de la de Presantificados. No menciona para nada a la Epiclesis. Indica tan sólo que el sacerdote «rece en silencio y medite profundamente» y, después de esta plegaria *sin palabras concretas*, santifique los dones. El detalle no deja de tener interés teológico. Tienen, asimismo, importancia dogmática algunos datos relativos a la administración de sacramentos. El gran litúrgico describe con gran profusión de circunstancias el rito matrimonial; pero no cita palabras ni fórmula en la entrega de los anillos. Tampoco interroga el sacerdote acerca del impedimento de ligamen. Igualmente faltan las palabras: «El siervo de Dios, fulano de tal... y la sierva de Dios, zutana de cual se casan... o son coronados...» El Eucologio que nos ocupa no trata de Bautismo; pero el metropolita de Moscú nos dejó un tratadito o respuesta acerca de este sacramento. Reprueba por latina la práctica de administrarlo por infusión. El arzobispo Cipriano no era exacto e imparcial en esta materia, pues era muy cierto que también en la Iglesia griega se hacía uso de la *infusión*, sobre todo tratándose de niños enfermos o sencillamente débiles. He aquí lo que establecían los rituales: «El ministro del Bautismo sostendrá al infante con la mano izquierda; tomará con la derecha el agua tibia y la irá

vertiendo sobre la cabeza del neófito, pues si el niño está débil, deberá practicarse el método de la infusión». A este testimonio, posterior en medio siglo a la respuesta idéntica del patriarca de Constantinopla al obispo ortodoxo de Saraj, capital del Khanato ruso, podrían añadirse otros muchos

Gracias al renacimiento iniciado durante la gestión pastoral del benemérito metropolita de Moscú, Cipriano, se puso mano en la obra, bien necesaria por cierto, de revisar las antiguas traducciones bíblicas y patrísticas. A la vez se realizaban otras nuevas, que se referían, no tanto a las obras religiosas, sí que también a casi toda la literatura griega. Entre las primeras figuraban los libros ascéticos de San Basilio, de Isaac el Siriaco, de Doroteo, de Gregorio el Sinaita y de Simeón el nuevo Teólogo. También entraban en Rusia, traducidas del búlgaro, las obras de polémica antilatina de Gregorio Palamas, de Nilo Cabasilas, de Nicetas Stethatos y del Patriarca Germanos. Tiene importancia capital en la Historia eclesiástica de Rusia esta labor de versión. Ella ha contribuido a formar el pensamiento religioso de los eslavos entre los cuales han jugado siempre papel cultural decisivo las traducciones. Rusia debe también a la cultura búlgara la cantidad muy considerable de Apócrifos que en esta época tanta boga adquirieron entre sus hijos. Por esto redactó Cipriano una lista bien nutrida de Apócrifos prohibidos. ¿No sería una derivación de las sectas búlgaras la herejía de los Strigolnikys, de origen tan misterioso?

Mandamientos que acerca de los tribunales eclesiásticos envió a las ciudades de Nowgorod y de Pleskau el Metropolita,

CIPRIANO (1381-1406)

1.° «De acuerdo con la tradición apostólico-patrística y con los reglamentos dictados por los soberanos griegos y rusos, Nos Cipriano, metropolita de Kiew y de Rusia entera, hemos decidido lo que sigue:

«En los dominios jurisdiccionales del metropolita, en los obispados y en los monasterios sitos en unos y en otros, los higumenos, los monjes, los popes, los diáconos y todas las gentes de Iglesia estarán bajo la jurisdicción del Obispo, al cual obedecerán en todo y por todo. Que ningún cristiano, grande o pequeño, intente inmiscuirse en los negocios episcopales. El higumeno, el pope y el monje que con desprecio de los derechos episcopales trate de acudir a los tribunales civiles, serán alejados de la

Iglesia y destituidos. Así lo exigen las leyes divinas. Se negará la bendición a los que intervinieron en su favor.

»Los pogosts (pueblos dependientes de un mismo centro administrativo subalterno), los cantones, las tierras, las aguas, las fincas inmunes y los bienes todos de un templo, las compras y donaciones, hechas a su favor con el fin de ayudar a las almas de los ya difuntos, son dominios prohibidos a la ingerencia de los simples fieles. El que se adentre en ellos sin tener la debida jurisdicción, quedará privado de la bendición. Así lo piden las reglas sagradas. Es por esto por lo que Nos Cipriano, metropolita de Rusia entera, apoyado en los sagrados cánones, otorgamos esta carta a la Eparquía de Nowgorod la Grande, a la Catedral de Santa Sofía y a nuestro hijo Iván, arzobispo de la misma. Los higumenos y los sacerdotes de los monasterios la recibirán con sumisión y la escucharán con docilidad. Los pogosts, los cantones, las tierras y las aguas con todos sus censos que pertenecieron, donde quiera que se hallen, a los primeros arzobispos nowgorodenses y que siguen perteneciendo a la Iglesia Catedral de Santa Sofía y a su arzobispo Iván, son y serán dominios vedados a la ingerencia de los simples fieles cristianos. Los contraventores de ésta nuestra disposición incurrirán en las sanciones previstas por los sagrados cánones. El que la infrinja de modo consciente, permita Dios que se ¡¡*muera en el acto*!! Por el contrario, sea colmado de bienes por Dios y por su Madre Purísima el que observe las reglas sagradas, la tradición de los venerables concilios y estas instrucciones nuestras. Nos le otorgamos nuestra bendición. El que, rebelde a mis lecciones, atentare contra los derechos de la Iglesia de Dios, quede privado de los bienes que otorgan el Verbo Divino y su Purísima Madre, la Virgen María, y también de nuestra bendición».

Dado en Moscú, el 29 de agosto del año 6900 (1392).

2.° «Hasta Nos, Cipriano, metropolita de Kiew y de toda Rusia, ha llegado la noticia de que en Pleskau las personas laicas juzgan a los popes —y los condenan— en asuntos que pertenecen a la jurisdicción de la Iglesia. Semejante abuso es contrario a la Ley de Cristo. Los laicos no pueden juzgar a un pope, ni castigarlo, ni condenarlo, ni pronunciar una sola palabra contra él. La facultad de ejercer estos cometidos pertenece al obispo. Este, y nadie más, da instrucciones, juzga y castiga a los popes Ya lo sabéis, ¡vecinos todos de Pleskau, grandes y pequeños! No juzguéis, hijos míos, a los popes, ni los castiguéis. No carguéis sobre vuestra conciencia este pecado, ni expongáis a vuestra ciudad a los reproches.

»Hemos sabido que algunos popes jóvenes que enviudaron

han contraído matrimonio de nuevo y que vosotros estáis interviniendo en este asunto. No os ocupeis de él para nada porque los popes no pertenecen a vuestra jurisdicción. Ello es de la incumbencia del obispo, que es quien los nombra, los destituye, los castiga, los juzga y les da instrucciones. Semejantes negocios no os afectan en modo alguno, porque son de la jurisdicción de aquel a quien hayan designado como juez competente la Iglesia de Dios y el Obispo. A vosotros toca respetar esta designación por el mismo título que respetáis las fincas de la Iglesia o los cantones comprados para ella o donados a ella por un moribundo. En estos terrenos no tenéis por qué inmiscuiros. No atentéis contra la Iglesia porque ello equivale a pecar gravemente contra el mismo Dios. Es por esto por lo que, firmemente apoyados en la dignidad que Dios nos concedió y como jefe de eparquía, Os suplicamos a vosotros que sois nuestros hijos, que escuchéis nuestras palabras.

»Que sean ¡privados de la gracia de Dios! aquellos que no respeten esta nuestra carta y que sea otorgada a los que sean dóciles a la misma». Dado en Nowgorod la Grande el 12 de mayo del año 6903 de la Creación del mundo (1395, d. d. C.)

Capitulo XIV

LA IGLESIA RUSA Y LAS GESTIONES UNIONISTAS (1400-1451)

Caracteres de este período.—El triste fenómeno histórico-eclesiástico ocurrido durante el mismo.—El nuevo Metropolita ruso FOCIO y su rabioso antilatinismo.—La contienda entre Focio y Vitold a causa de la Metrópoli lituana exigida por éste.—Gregorio Zamblak, candidato del Príncipe, en el Concilio de Constanza.—Fracaso de las gestiones unionistas.—Repercusiones contraproducentes de las mismas en los territorios de la Rusia occidental.

Mandamientos del Metropolita Focio, santo de la Iglesia rusa, a la Ciudad de Pleskau.

La primera mitad del siglo XV es de una importancia extraordinaria en la Historia Eclesiástica de la Eslavia Oriental. Por vez primera, después de un largo período de separación y con motivo de tres grandes y famosos Concilios Ecuménicos (Constanza, Basilea y Florencia), entra aquel país en relaciones oficiales con la Iglesia Latina. Recordemos que Jagellón y el Exarca Cipriano habían hecho a Bizancio una propuesta de unión. Se fundamentaba en motivos meramente políticos y en sueños que alimentaba una fantasía movida por circunstancias adversas. Ahora se trataba de conatos serios. Las Iglesias Oriental y Occidental, desgarradas por el Cisma, querían volver a la primitiva armonía. Naturalmente, también jugaron su papel las miras terrenales, sobre todo en Constanza y Basilea, donde tomaron parte, empujados por los príncipes lituanos, los territorios occidentales de la Metrópoli rusa. En el tercer Gran Concilio Unionista, el de Florencia, intervino personal y oficialmente el metropolita de Moscú, Isidoro, que hizo un papel brillante y decisivo. Desgraciadamente, la Historia tiene que lamentar que las provincias centrales de la Metrópoli que representaba acogieran sus nobles propósitos con aquella suicida hostilidad con que todos

los rusos miran siempre, a partir de su asiatización por los mongoles a la civilización latina y a todo el mundo occidental. Todos estos sectores de la Eslavia central, *de la Rusia Grande*, capitaneados por el Gran Duque de Moscú, se oponían tenazmente a la actuación unionista de los emperadores y patriarcas bizantinos, o dicho de otro modo, los moscovitas no estaban preparados para la gran obra del restablecimiento de la unidad eclesiástica. Los esfuerzos unionistas que hicieran en Constanza y Basilea los territorios lituanos y occidentales de la Metrópoli rusa, tuvieron la virtud de engendrar en los eslavos orientales del centro de Rusia una desconfianza que fue fatal para la unión de las Iglesias

El fenómeno que vamos a estudiar es uno de los más tristes de la Historia eclesiástica. No quedó restablecida una unidad verdadera y estable y, por lo que a Rusia respecta, el Cisma se convertía en hecho definitivamente consumado, en un apartamiento conscientemente acariciado. Tanto fue así que la Gran Rusia estuvo a punto de romper con Bizancio, cuna de su civilización y de su cristianismo, a causa precisamente de los contactos unionistas de emperadores y patriarcas con el aborrecido Occidente. El antioccidentalismo, que antes era patrimonio de algunos sectores tan sólo de las capas sociales elevadas y cultas, se convertía ahora en criterio general de la clerecía y del pueblo rusos. Por si no fuera bastante esta gran calamidad histórico-eclesiástica, la Rusia religiosa quedaba dividida en dos partes antagónicas: La oriental, la correspondiente a la Rusia del centro (la rabiosamente antirromana, la asiatizada), y la occidental, orientada hacia la Roma eterna y papal y hacia la cultura europea.

La historia eclesiástica del mundo eslavo no se ocupa para nada del Concilio Unionista de Lyón (1274). Para Rusia no tuvo importancia ni existencia canónicas. El Concilio de Wladimir, uno de los más importantes de la Iglesia eslava, celebrado cabalmente en aquel mismo año, no menciona a la Asamblea unionista occidental. Tan sólo sabemos que los rusos mandaron a la población francesa en que la Asamblea tenía lugar una delegación política. Venía a recabar del mundo occidental medios materiales para luchar contra los tártaros.

En 1406 fallecía el célebre y prestigioso jerarca eclesiástico Cipriano, metropolita de Kiew y de toda Rusia. La desgracia vino a complicar la situación político-eclesiástica en los territorios occidentales de la metrópoli rusa. Vitold, príncipe notable, que por entonces gobernaba en Lituania, se apresuró a pedir a las autoridades constantinopolitanas (emperador Manuel y patriar-

ca Mattahaios) que nombrase sucesor del metropolita difunto a Teodosio, obispo de Polozk, muy grato, además, según aseguraba el príncipe lituano, a las minúsculas repúblicas de Pleskau y Nowgorod. Por de pronto, Vitold había exaltado por sí y ante sí a su candidato a la dignidad arzobispal. Bizancio rechazó la pretensión del lituano, porque no quería crear complicaciones a Moscú, a cuyo Gran Duque debía grandes favores y apoyos considerables en la lucha contra los turcos. Por lo mismo el patriarca consagraba como metropolita de Rusia a un griego llamado Focio, muy amigo del famoso y antilatino monje del Convento de Studium, José Bryennios. En 1409, llegaba a Kiew el nuevo metropolita ruso. Vitold lo recibía con muestras externas de benevolencia. A Focio, antirromano furibundo, cabe la responsabilidad máxima —porque preparó y afianzó el terreno para ello— en la repulsa del Concilio de Florencia por las autoridades moscovitas. Efectivamente, Focio aconsejaba e informaba siempre a su Gran Duque en sentido antilatino. Tal es el caso del frustrado proyecto matrimonial entre una hija de Wassilij y Jagellón, rey católico de Polonia. En cambio, hizo cuanto estuvo de su parte para casar a Anastasia, hija también de Wassilij, con el príncipe Olelko de Kiew, súbdito de Jagellón. Cuando se enteró de que los sacerdotes de Pleskau utilizaban para administrar la confirmación un crisma consagrado por los latinos de Livonia, Focio les llamó la atención y les exigió que empleasen el *Santo Myron,* traído de Constantinopla. El Patriarca llevó su celo ortodoxo hasta el extremo de ordenar que se rezasen los exorcismos y se bendijesen, antes de tomarlos, todos aquellos alimentos que entraban en Rusia, procedentes de las regiones del Báltico. También enviaba circulares a Nowgorod, Pleskau, Lituania y Kiew, que bien pueden calificarse de folletos de propaganda antipolaca, mejor, antivitoldiana.

Hay que reconocer que, por desgracia para la causa de la unión, que era y es la del bien, Focio tuvo éxitos en su campaña, la cual resultó, al fin, victoriosa. Le ayudaron mucho los emperadores de Bizancio y los Grandes Duques de Moscú. En el riquísimo Sakkos, que todavía se conserva, Focio hizo bordar, junto al texto del Símbolo Niceno-Constantinopolitano, los bustos de la pareja ducal imperante en Moscú, del César bizantino y su egregia esposa.

Pero cuando Focio llegaba a Kiew, tomaba posesión del cargo de Vicario General de la «Cofradía de peregrinos por Cristo» otro griego, Fr. Teodoro Chrysobernes, que vivía en el Convento dominicano de Pera-Gálata. Pertenecía al círculo fervorosamente papista que se agrupaba en torno a Demetrio Cydones. Por

razón de su cargo Chrysobernes se vio precisado a girar visita de inspección a todos los conventos que le estaban sometidos en tierras de Galitzia y de Volinia. La adhesión de todos estos círculos a la Iglesia romana contribuyó no poco a que fuese elegido Papa en Pisa (1409) con aplauso de la mayoría de los cardenales y de los príncipes cristianos el franciscano Pedro de Gandía, cretense de Rito Latino, luego arzobispo de Milán. Tomó el nombre de Alejandro V. Lo primero que hizo el nuevo Papa fue establecer contactos unionistas con los griegos. En Occidente le ayudaban los círculos que se movían en torno a la Universidad de París. Desgraciadamente, Alejandro V fallecía a los pocos meses de haber subido al trono pontificio (1410). Focio, que no debió preocuparse gran cosa por lo que pasaba en Occidente seguía intrigando en Moscú. Las autoridades moscovitas se inclinaban con afecto creciente hacia Bizancio. Wassilij Dimitrewitsch entregaba en matrimonio (1411) a su hija Ana, de diez años de edad, al que más tarde imperó con el nombre de Juan VIII. Focio nada tuvo que objetar.

Los lazos entre Constantinopla y Rusia se apretaban. Ello debió molestar no poco a los tártaros, porque en 1412 invadían el territorio moscovita. El Gran Duque y el metropolita pudieron salvar la vida huyendo a los bosques impenetrables de la región central. No tardando, y a consecuencia de estos acontecimientos, Wassilij se encaminó hacia el Volga inferior para rendir acatamiento al dueño de la Horda Dorada, al Sultán Seleni. Focio, por su parte, se presentaba en Galitzia y Kiew. No mucho después, regresaba a Moscú, cargado de objetos sacros y dinero. Esta *avaricia* del metropolita ruso, combinada con la segunda asamblea polaco-lituana de Horodlo, fue el motivo fundamental para que Vitold se decidiese a tener metropolita propio. Después de haberlo consultado con los obispos lituanos, escribía personalmente al Patriarca a principios de 1414 pidiéndolo. Le proponía para semejante dignidad al monje Gregorio Zamblak, hombre culto y escritor fecundo, búlgaro de nacimiento y pariente del metropolita Cipriano.

Los jerarcas bizantinos, claro está, rechazaban de plano la petición y la propuesta del lituano. Pero Vitold no desistía de sus planes. Esta vez organizó una conferencia de obispos de la Rusia occidental e hizo que se trasladase íntegra a Constantinopla para renovar el ruego consabido a favor de Zamblak, como futuro metropolita de Lituania. Focio se aprestó para la defensa tan pronto como se enteró de los planes de Vitold. Pero el príncipe lituano tampoco estaba dispuesto a ceder. Sin miramientos de ninguna clase metió a Focio en la cárcel, de la cual salía, al fin,

bajo palabra de honor de que no se mezclaría para nada en asuntos lituanos. Cabizbajo regresaba a Moscú el metropolita Focio.

En el entretanto, se reunía en los dominios de Vitold otra asamblea episcopal (1415) a consecuencia de la renovada negativa a las exigencias formuladas tan insistentemente por el príncipe de Lituania. El concilio episcopal destacaba una comisión para que en su nombre conminase al patriarca ecuménico en este sentido: si en el término improrrogable de *cuatro meses* no accedía la Curia patriarcal a la petición lituana, los obispos sometidos a la potestad de Vitold elegirían metropolita, que, en verdad, no sería otro que Gregorio Zamblak. Por gestiones de un embajador bizantino en Moscú el plazo señalado se alargaba en otros cuatro meses más. Los jerarcas constantinopolitanos continuaban mudos. En su virtud, los obispos lituanos procedieron a la elección. Gregorio Zamblak era metropolita de Lituania. La elección había tenido lugar en Novogrodek el 15 de noviembre de 1415. Se dió cuenta de todo a Focio. El metropolita de Moscú y el patriarca ecuménico excomulgaron a Gregorio Zamblak.

Este metropolita ruso-occidental fue el único jerarca eslavo que asistió al Concilio unionista de Constanza (1414-18). Representante de Polonia y de Lituania, Gregorio Zamblak era recibido solemnemente en aquella Asamblea Ecuménica (25-II-1418). Por cierto que no llenó las aspiraciones de los príncipes polaco-lituanos.

Es probable que se le hubiese formulado la exigencia de que aceptara llana y sencillamente el Catolicismo, como sugiere Ulrico de Richenthal y como aclaró más tarde una carta del propio Jagellón. También lo es que, al menos, se le hubiese pedido una romanización limitada a las tierras polaco-lituanas. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que Gregorio mostró empeño en que la unión de las Iglesias se llevase a cabo de una manera completa y racional, no en apariencia, como se le indicaba. No sabemos ya más sobre negociaciones ulteriores, si es que las hubo, como es de creer. Fuera de un viejo Memorandum ruso, que debió ser redactado por el propio Gregorio, no hay referencias históricas.

Es probable que el Papa suspendiera toda negociación ulterior, porque los comisionados griegos y los representantes de la Orden Teutónica hicieran ver a Su Santidad que Gregorio estaba excomulgado y que era titular de una metrópoli no reconocida por el Patriarca Ecuménico. Tampoco sabemos la fecha en que Gregorio Zamblak abandonara Constanza. Lo que consta es que

partió de la ciudad conciliar sin haberse reconciliado de un modo formal y solemne con la Iglesia romana.

Gregorio Zamblak desaparece ya del campo de la Historia. En 1420 encontramos de nuevo a Focio, al jerarca eslavo-oriental, ejerciendo jurisdicción sobre los obispos de la Rusia occidental.

Al Concilio convocado por Martín V para las ciudades de Pavía y Siena en 1423 ya no acudieron, que sepamos, representantes de la Iglesia bizantino-eslava.

EL CONCILIO DE BASILEA (1431-37)

En el Sínodo de Basilea encontramos de nuevo a la Iglesia rusa. La presencia de ésta en la Asamblea obedecía, como de costumbre, a consideraciones predominantemente políticas. Después del fallecimiento de Vitold, ocurrido el 27-X-1430, tomaba las riendas del poder en Lituania Swidrigail, unionista de corazón y, políticamente hablando, muy afecto a la Orden Teutónica. El cambio, tan rápido como completo y opuesto a la política tradicional del principado, tenía que desembocar en la lucha con Polonia. El partido lituano amigo de ésta sucumbía y en su consecuencia crecía de modo considerable en las regiones ruso-orientales de Lituania y las occidentales de la Gran Rusia el prestigio de Swidrigail. Mucho contribuyeron a ello los acontecimientos que se desarrollaron en Moscú. En julio de 1431 moría el metropolita Focio, tutor del joven príncipe que luego se llamó Vassilij II. Con tal motivo no eran pequeñas las complicaciones políticas en el gran Ducado de la Rusia central. En 14 de junio de 1432 la ciudad republicana de Nowgorod la Grande, tradicionalmente antimoscovita, se colocaba bajo la protección de Swidrigail. Según esto nada tenía de particular que el patriarca bizantino José II, al buscar sucesor del difunto, mirase, no hacia la Rusia central, sino hacia la occidental y Lituania. Por eso desechó al candidato de la primera (Jonás, obispo de Rjasan) y se inclinó por el de la segunda: Gerásimo, obispo de Smolensko, a quien Swidrigail envió a Constantinopla para recibir la oportuna consagración de ¡metropolita de todas las Rusias! Los moscovitas, como es lógico, no vieron con gusto la elección, pero tampoco se opusieron con firmeza. No se sabe si Gerásimo residió en la Rusia propiamente dicha. La Historia eclesiástica rusa refiere, en cambio, que en 1434 consagrabá él al arzobispo Eutimio de Nowgorod, ciudad protegida por Swidrigail. En el entretanto, había estallado de nuevo, y definitivamente por desgracia,

la discordia entre los dos hermanos Jagellón y Swidrigail. Ella fue la causa de que fracasaran por completo las gestiones unionistas del Concilio de Basilea.

* * *

Sobre la unión de la Iglesia bizantino-eslava con la romana habló en aquella Asamblea uno de los comisionados griegos, Isidoro, el Abad del Monasterio Demetrio, en Constantinopla. Era partidario de la unión de todas las Iglesias orientales. Pese a todo, ni el Concilio ni Eugenio IV pudieron mantener a Swidrigail en posesión de los territorios lituanos. Nadie tuvo la culpa más que él, porque puso especial interés en enajenarse las simpatías generales. Hasta llegó a enemistarse con el metropolita Gerásimo, contra el que cometió un crimen incalificable: el de quemarlo por rebelde en Vitebsk, el 28 de julio de 1435. En septiembre de este mismo año lo asesinaban sus enemigos que eran muchos: los lituanos polonófilos. Con ello quedaba dueño del poder en Lituania, nominalmente al menos, el príncipe Segismundo.

En realidad de verdad, el soberano de ambos territorios (Lituania y Polonia) era Olesnicki, obispo de Cracovia y luego cardenal de la Iglesia romana, que desde la muerte de Jagellón (1434) gobernaba en nombre del hijo menor de edad, Ladislao III. Swidrigail y su actitud unionista significaban una amenaza política seria para Lituania y Polonia. El príncipe unionista residía en Volinia. Luzk fue hasta su muerte su residencia favorita.

El segundo intento unionista, poco firme, en verdad, por exclusivamente político, tuvo un éxito lamentable: el de hacer *políticamente sospechosa a los verdaderos soberanos de Lituania* la unión de las Iglesias. No hay pruebas históricas de que el efecto negativo que nos ocupa tuviese repercusiones en la Rusia central. En cambio, las tuvo —y ello nos consta por fehacientes testimonios— en los territorios rusos vecinos a Polonia y a Lituania. Gerásimo y sus adeptos se hicieron más hostiles a la unión, la cual por las repercusiones mencionadas se hizo también sospechosa a los rusos occidentales. La circunstancia de que Isidoro nombrase en Basilea a la Iglesia rusa era un anticipo, un presagio de que, no tardando, volvería a tratarse en solemne Asamblea Conciliar de la unión de los rusos con la Iglesia romana.

Mandamientos del metropolita Focio, Santo de la Iglesia eslava, a la ciudad de Pleskau.

1.° «He sabido que hay entre vosotros, amados hijos míos, popes y diáconos viudos, los cuales continúan viviendo entre las personas laicas y ejerciendo su sagrado ministerio.

»Mientras el Señor siga otorgándoles el favor de tener a su lado a la compañera de su efímera existencia, los párrocos pueden ejercer su ministerio. Mas cuando Dios se ha servido quitarles lo que se ha llamado con razón la mitad de su carne, pasto ya de los gusanos a causa de la muerte, estos sacerdotes, por obediencia al destino que la Divinidad les ha deparado y por docilidad a sus órdenes, deben retirarse a un monasterio, vestir el hábito de monje y hacerse tonsurar por un higumeno, su verdadero jefe espiritual. Allí, en medio de continuados sollozos, pensarán en sus pecados, en el último fin y en la respuesta que han de dar al Supremo Juez; allí renovarán su espíritu por medio de un sincero arrepentimiento ante su padre espiritual. Y si se hacen dignos de ellas, podrán ejercer sus funciones ministeriales, dentro del Convento, pero no en una parroquia.

»De acuerdo con la doctrina tradicional de los Santos Padres, al tomar posesión de nuestra diócesis metropolitana, promulgamos una prohibición relativa a los sacerdotes viudos y lanzamos el anatema general. Levantamos esta pena más tarde, cuando Dios fue servido de enviarnos por algún tiempo en castigo de nuestros pecados y de nuestras miserias penas mortíferas (las pestes de 1422 y 1425). Ahora tomamos la decisión de renovar nuestros decretos primitivos. A vosotros nos dirigimos ¡oh sacerdotes que tuviéseis la desgracia de enviudar! No ejerzáis vuestro divino ministerio en las parroquias. Renováos espiritualmente, cual reclama vuestra excelsa dignidad, permaneced en el Convento y vestid el hábito de sus monjes. Haced esfuerzos para presentarlo ante el Señor tan puro e inmaculado como vuestras almas inmortales. No violéis jamás la prohibición que se os intima de ejercer vuestro ministerio en las parroquias».

Dado en Moscú el 24 de septiembre de ¿1428?.

2.° Después de una encuesta minuciosa, los obispos deberán elegir candidatos que sean capaces de cumplir las obligaciones pastorales, que conozcan a fondo las Santas Escrituras, que tengan conocimientos y habilidades suficientes para administrar una parroquia y un monasterio, que sean aptos para celebrar los oficios divinos, que puedan dirigir y corregir, con la ayuda de Dios y en la medida de lo hacedero, a las ovejas espirituales o hermanos en Cristo que el Señor les confíe, como también a todos aque-

llos que se acojan a la soledad piadosa de un monasterio, y que tengan dotes para dar buenos consejos al Zar, a los grandes señores y a todos los cristianos, en una palabra.

»He aquí como han de escoger e investir. Por de pronto, los padres espirituales interrogarán en forma muy detallada a los candidatos. Siete personas solventes darán testimonio acerca de la pureza de la vida en los mismos, de su edad y de la duración de su domicilio. Si el candidato tuviere treinta años, fuere instruído y digno de las funciones sacerdotales, ordénesele de Pope; si también se considerase digno del ejercicio diaconal, podrá ser ordenado de Diácono el candidato que haya cumplido los veinticinco años. Aunque sean tenidos por dignos y capaces, los candidatos que no hayan cumplido la edad requerida no podrán recibir la correspondiente investidura. Los diäks o lectores que aspiren al diaconado y al presbiterado y que para ser ordenados se presenten al Obispo, aunque tengan la edad, serán rechazados, si dejara bastante que desear la instrucción que posean. En este caso se les enviará a las catedrales y aquí serán confiados, para completar su instrucción, a los protopopes y a los sacerdotes; éstos les enseñarán a leer en alta voz y a entonar salmos. Machacarán mucho sobre las prácticas litúrgicas. Se les dará la investidura cuando hayan completado sus conocimientos en cosas de Iglesia. Los candidatos que estén poco instruidos y no hayan alcanzado la edad exigida o que, aun habiendo llegado a ésta, adolezcan de falta de conocimientos, serán enviados a una escuela regida por maestros competentes, los cuales se encargarán de enseñarles a leer y escribir y a realizar ceremonias litúrgicas. Cuando sean tenidos por dignos, se les otorgará la investidura. Obtenida ésta, el Obispo mandará al Pope que diga misa durante siete días en una catedral. Si durante ellos practicara a satisfacción el cometido sacro, el prelado le dará un nombramiento y le mostrará las oportunas instrucciones, se las leerá, las colocará sobre el altar y le invitará a tomarlas para edificación propia y recuerdo de las Ordenes sagradas. No omitirá el darle instrucciones verbales relativas al bien espiritual y le encargará la necesidad de vivir en la más rígida pureza, en el arrepentimiento, en el ejercicio de otras virtudes, en el temor de Dios y en la guarda de sus mandamientos. Le hará ver la ineludible obligación de enseñar a los cristianos la doctrina ortodoxa, de instruirles en todo lo que pueda serles útil, de ordenarlo todo conforme a la voluntad del Señor, de evitar el mal y el escándalo, de huir de la gula y de la embriaguez, de no mentir, de no calumniar y de no cometer acciones inconvenientes y aborrecibles. Si logras dar a tus hijos espirituales —añadirá él—

enseñanzas saludables, habrás salvado muchas almas. Así llegarás a ser lo que Cristo deseó que fuésemos: *Luz del Mundo y sal de la Tierra*. Vigila, pues, a fin de no contaminar el carácter sacerdotal, para evitar todo escándalo y para conformarte en un todo a las instrucciones escritas que acabo de entregarte.

»El Obispo hará otro tanto con los Diáconos. Les invitará a adherirse, llenos de temor de Dios, a la Iglesia santa, a someterse al sacerdote, el cual les dará órdenes en nombre de Dios, a pedirle consejos espirituales, a mostrar ternura y espíritu de paz hacia los cristianos ortodoxos, a vigilar con rigor su propia conducta y a dar buen ejemplo a los demás a fin de que, mirándose en ellos, glorifiquen al Señor y salven sus almas.

»Si acomodáis la vida entera a estas reglas —terminará el prelado— gozaréis de la felicidad y recibiréis de Dios un doble honor valedero, no tanto para este siglo, sino para todos los que han de venir. Así nos lo aseguró el divino Apóstol Pablo: «Ni sus ojos vieron, ni sus oídos escucharon, ni su corazón llegó a percibir lo que el Señor tiene preparado para los que le aman y guardan sus mandamientos».

Dado en Moscú, el 23 de Septiembre de 1416.

Capitulo XV

LA IGLESIA RUSA Y LAS GESTIONES UNIONISTAS

(Continuación)

El Concilio de Florencia (1438-45). El metropolita de Moscú, Isidoro y su odisea lamentable.

Actitud de la Ortodoxia eslava y del Gran Ducado de Moscú con respecto a la unión de las Iglesias.—La lucha en torno a la Silla Metropolitana de Moscú.—El metropolita unionista Isidoro.—Su actuación en el Concilio.—Importancia de las decisiones dogmáticas y fijación del verdadero concepto —teológico ecuménico— de la Unión.—El regreso a Rusia del Cardenal legado Isidoro.—Las enormes dificultades que encontró por doquier.—Isidoro en Moscú.—Su calvario en la Rusia central y occidental.—Su triste odisea.—Extinción total del Unionismo en la Rusia propiamente dicha.—Las actividades cismáticas del patriarca Jonás de Ryasán, sucesor de Isidoro.

Lista de los Metropolitas de Kiew y de Rusia entera.

Para los jerarcas eclesiásticos de Rusia era algo extraño e inaudito la Unión de las Iglesias. Entre ellos carecían de ambiente las ideas de concordia religiosa. El nacionalismo —mezcla incoherente de patriotismo y de Ortodoxia— tenía entre ellos muy hondas raíces. Los metropolitas de Moscú, jefes supremos de la Iglesia eslava —Focio, primera mitad del siglo XV, era uno de ellos— aborrecían de muerte a la Iglesia latina. Así es que los esfuerzos unionistas —por lo que afecta a la Moscú religiosa— parecían condenados al más rotundo fracaso. A idéntico resultado se llega por el estudio de los caminos políticos de Moscovia. No es que fueran antirromanos sus grandes Duques, era sencillamente que no les interesaba, políticamente hablando, la unión de las Iglesias. Los amos del Kremlin no pensaban más que en robustecer su posición y en afianzar su despotismo. En esta tarea

les ayudaban no poco los mismos jerarcas eclesiásticos. Estos, por su parte, tenían puestos los ojos en el medro personal y en la ganancia de predominio político y de bienestar personal. El ya mencionado Focio, tutor del hijo de Basilio Dimitrijevitch, tomó personalmente las riendas del poder para ejercerlo rematadamente mal. No obró de manera distinta Jonás, obispo de Ryasán.

A la muerte de Focio (1-VI-1431), se sintió lo suficientemente acreditado y poderoso para optar a la Jefatura suprema de la Iglesia rusa y se hizo proclamar candidato para la misma en un Concilio episcopal. Prevaleció, sin embargo el que lo era del prestigioso Swidrigail de Lituania: Gerásimo de Polozk, que fue consagrado como metropolita por el patriarca bizantino José.

Pero el nuevo metropolita fallecía en 1435. Jonás renovaba su candidatura, la cual tampoco prosperó, porque se impusieron los puntos de vista de Constantinopla. En la capital de los Estrechos no había por entonces más que un solo pensamiento: la unión de las Iglesias.

El Emperador y el Patriarca Ecuménico querían tener en la Metrópoli rusa un hombre de su confianza, un jerarca que condujese a la Iglesia rusa por las vías unionistas. Por eso enviaban a Moscú un Metropolita unionista, Isidoro, uno de los mediadores bizantinos en Basilea. Con él iba a Rusia un embajador constantinopolitano, llamado Gudela. Ambos llevarían el encargo de presentar en Moscú una exigencia, la de que los príncipes rusos tomasen parte en el futuro Concilio. En estas condiciones salía de Constantinopla Isidoro, hombre culto y por muchos conceptos excelso. El sería el alma de la unión de las gentes eslavas con la Roma Pontifical en un Concilio de renombre universal. En Florencia, en efecto, tuvo lugar uno de los más importantes contactos entre la Iglesia oriental y la Romana. Por *primera y única vez en la Historia Eclesiástica estaba oficialmente representada en un Concilio Ecuménico la Rusia Central.* Desde el apartamiento cismático del Oriente Eslavo, que había vuelto las espaldas a la Europa culta, era el de Florencia el primer contacto solemne entre ambas culturas e Iglesias.

En Octubre de 1437 salía de Moscú con dirección a Italia el Metropolita Isidoro. Le acompañaban el Obispo Abrahám de Susdal y un representante del Príncipe Boris Alexandrowitsch de Twer. En cuanto al Gran Duque de Moscú, Basilio, es de presumir, sin temor a equivocarse, que, aun habiendo autorizado el viaje, no estaba interiormente conforme con el proceder del Metropolita. Políticamente hablando, la unión no le interesaba. Probablemente tampoco la deseaba desde el punto de vista religioso. El hecho de que no enviase representante es muy sig-

nificativo. Tampoco mandaron delegados los territorios ruso-occidentales que estaban bajo el dominio lituano o polaco.

Isidoro intervino activamente en las deliberaciones, sobre todo en las habidas en torno a la legitimidad de la célebre partícula *Filioque,* añadida al Símbolo Niceno-Constantinopolitano por los latinos. El metropolita de Moscú defendió con calor esta tesis: la fórmula griega de que *el Espíritu Santo procede del Padre a través del Hijo,* es, desde el punto de vista científico-teológico, exactamente igual a la que prefieren los latinos: *Y del Hijo.* Después de la retirada del famoso antiunionista Marcos de Efeso, fueron alma del Concilio de Florencia el metropolita de Moscú, Isidoro, y el arzobispo de Nicea, Bessarión.

En el Decreto de Unión, que se publicaba solemnemente el día 6 de julio de 1439, se reconocía: a) la adición legítima de la partícula *Filioque* al Símbolo de la Fe, es decir, la doctrina de los latinos acerca del Espíritu Santo, *que procede del Padre y del Hijo como de un solo pricipio*; b) el uso del pan *ázimo* como materia remota en la confección de la Santa Eucaristía; c) la doctrina teológica de los occidentales sobre el *Purgatorio,* y d) el Primado jurisdiccional del obispo de Roma, que es el *verdadero Vicario de Cristo, Cabeza de toda la Iglesia, Padre y Maestro de todos los fieles, a quien en la persona de Pedro dio Jesu-Cristo la plenitud de la potestad para apacentar, regir y gobernar a toda la Iglesia.*

He aquí las palabras mismas del Concilio: «Definimos que la Santa Sede Apostólica y el Pontífice Romano gozan de la supremacía en todo el orbe; que el propio obispo de Roma es el sucesor del Bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, el verdadero Vicario de Cristo, la Cabeza de la Iglesia y el Padre y Doctor de todos los cristianos y que, según se afirma en los sagrados cánones establecidos por los Concilios ecuménicos, le *fue entregada por Jesu-Cristo, Señor Nuestro,* la potestad plena *de apacentar, dirigir y gobernar a la Iglesia Universal*".

Estas decisiones dogmáticas tuvieron una importancia capital para la Iglesia eslava.

A partir de Florencia, la Rusia religiosa quedó dividida en dos partes: la de los ortodoxos bizantinos, que son los más, y la de los católicos de Rito latino y de los uniatos (romanos de Rito eslavo).

Tan importante como la exégesis dogmática divulgada por este Concilio fue la precisión que mediante él adquiriera el concepto de unión, antes algo confuso. A partir del Sínodo florentino todo fiel cristiano de las regiones orientales podía dar culto a Dios con las modalidades litúrgicas acostumbradas en su terri-

torio. Sólo se le exigía una cosa: el reconocimiento de la Silla Romana como Cabeza de la Iglesia universal y como autoridad suprema en asuntos de Fe y de costumbres. La unión por ende, abrazaría a todas las Iglesias. No sería tan sólo una anexión a Roma de ciertos territorios o diócesis separadas. La unión de las Iglesias quedó convertida en negocio canónico universal. En una palabra, dejaba de ser asunto de interés politico para un país determinado o para un monarca acuciado por apremiantes imperativos estatales. Por lo que a Rusia afecta, presentaba este Concilio una faceta de interés esencial. Era ésta: El metropolita Isidoro firmó el Decreto de unión para toda la inmensidad eslava, pero no en nombre y representación de toda Rusia.

Hasta en su mismo séquito había antiunionistas. Los capitaneaba Abrahám de Susdal. Los rusos aseguran —cosa que no se ha visto confirmada por las fuentes griegas y latinas— que este Prelado firmó el Decreto, ¡*después de haber estado en dura prisión durante ocho días*!

Provisto de una carta del Romano Pontifice para el Gran Duque de Moscovia y del nombramiento de Legado *a latere* para los Países Bálticos y Rusia, Isidoro, el jefe supremo de la Iglesia eslava —en diciembre siguiente era también Cardenal de la Iglesia romana— salía de Italia en los últimos dias del mes de agosto de 1439. En marzo del año siguiente estaba en Budapest. Abrahám de Susdal se apartaba de él. Ya lo habían hecho, en Venecia, el monje Simeón y el representante de Twer, Tomás. Desde la capital de Hungria dirigía una pastoral a los eslavos orientales para anunciarles el fausto resultado del Concilio de Florencia y para exhortarlos a recibir con cariño filial la resolución adoptada en aquella memorable asamblea. Isidoro recorría las regiones occidentales y meridionales de su Metrópoli. El Clero lituano capitaneado por el gran Canciller Matías, obispo de Wilna, rechazó la Unión Florentina que el *Legado a latere* promulgaba. Tampoco pudo sacarla a flote en las tierras rusas sometidas a la Corona de Polonia porque su Rey y su Canciller se mostraron indecisos. En cambio, tuvo éxito (mayo de 1440) en Lemberg, capital de la archidiócesis de Galitzia. En agosto de ese mismo año estaba ya en la Rusia Blanca, donde comenzó a ejercer jurisdicción sobre súbditos de la Rusia Central.

Lo primero que hizo fue deponer a Gelasio de Pleskau. Con ello se ganaba, sin duda alguna, las simpatías del arzobispo de Nowgorod, Eutimio, en cuyos dominios moraba el monje Simeón. Desde la Ruthenia Blanca, Isidoro marchaba a la provincia de Kiew, donde el principe Alejandro le entregaba, por Decreto de 5 de febrero de 1441, los bienes eclesiásticos de la Metrópoli. Este

príncipe se mantuvo fiel a la unión por espacio de un decenio. En marzo encontramos a Isidoro en Smolensko, ciudad lituana desde 1395. El metropolita y legado llamó al monje Simeón y se lo llevó consigo, como prisionero, a Moscú, a donde llegaba el 19 de marzo de 1441. Hizo su entrada de manera solemne y en su calidad de legado hizo que la Cruz latina figurase en cabeza de la gran procesión organizada al efecto. A los tres días celebraba un solemne Pontifical en su Catedral del Kremlin. Asistía el Gran Duque Basilio. Terminada la Misa, el metropolita mandó leer la Bula de la Unión florentina, acto que suspendió bruscamente el déspota Basilio. Desde el Kremlin salía el metropolita para la cárcel, *el Monasterio áulico de las Maravillas*. A los cinco meses la situación de Isidoro era insostenible. Un simple gesto del Gran Duque era suficiente para que los obispos rusos que le eran afectos —todos los de la Rusia central, ciertamente— adoptasen una postura oficial. La insinuación llegó, al fin. Y los prelados rusos amenazaron al metropolita con formular una queja ante el Emperador y el Patriarca bizantinos. ¡En el interior de la Rusia hasta los obispos ignoraban la actitud unionista de las autoridades constantinopolitanas! El Cardenal de la Iglesia Romana y Delegado Pontificio para Rusia salía de la cárcel, acompañado del monje Gregorio, única persona afecta que tenía en la inmensidad del espacio eslavo. Isidoro pretendió hallar reconocimiento y refugio en el príncipe de Twer. También éste lo condujo a la cárcel, de la que no tardaba en salir, a condición, claro está, de abandonar el territorio ruso. No le fue mejor en Lituania donde Casimiro lo recibía mal.

En la primavera de 1443 estaba en Budapest. Desde aquí se dirigía a Siena donde se hallaba el Pontífice Eugenio IV. Es probable que el Papa, al conocer la muerte del Patriarca Ecuménico unido *Metrófanes* (1-VIII-1443), lo enviase a Bizancio para que ocupara la Silla arzobispal constantinopolitana. Pero la buena intención del Romano Pontífice no debía coincidir con la predominante en las altas esferas políticas y eclesiásticas de la capital de los Estrechos. Porque Isidoro se dirigía, no tardando, a la inolvidable Rusia de sus amores y de sus sacrificios. No podía olvidar, sobre todo, a las tierras rusas que estaban bajo la soberanía de Polonia. Allí tenía él prestigio e influencia. Allí había él consagrado (1440) un obispo para Chelm y probablemente otro para Przemysl, en 1445.

A principios de 1448 lo encontramos de una manera definitiva en la Curia Romana. El 8 de febrero de 1451 el Papa Nicolás V nombraba obispo de Sabina al *Cardenal Rutheno* y le asignaba

Rusia como encomienda. Prácticamente, había terminado su labor en tierras rusas.

En el entretanto, habían cambiado mucho las cosas en la Rusia central. En 1441 cinco obispos de la región arzobispal de Moscú, entre los que se encontraban, claro está, Abrahám de Susdal y Jonás de Rjasan, celebraban un Concilio antiisidoriano. Las autoridades civiles estaban también en contra del Metropolita, Cardenal y Legado Papal. Le distinguía con su odio el Gran Duque Basilio. Aunque no tanto como éste, era también adversario suyo el príncipe Boris de Twer, y eran indiferentes, por lo menos, los príncipes de Galitzia, que no tenían interés alguno por los asuntos canónicos. Es más, ni aun se preocupó de llamar al metropolita exilado el príncipe Demetrio, de la familia moscovita también, que utilizando la violencia, la astucia y la adulación servil a los tártaros, había aprisionado y vaciado los ojos a su primo Basilio (1446-57). Isidoro, por otra parte, tampoco se movía ni supo contraponer al Sínodo episcopal y a las actividades antiunionistas de la clerecía rusa otra obediencia canónica, que bien pudo ser la de los obispos unidos, abandonados, por desgracia, a su suerte. Se puede decir que Isidoro había desaparecido enteramente de la Rusia propiamente dicha. Nadie se acordaba de él.

A últimos de 1448, cual si no existiera Isidoro, contra los deseos del Emperador y del Patriarca bizantinos, unionistas por entonces, los elementos eclesiásticos de la provincia canónica de Moscú, empujados a ello por el Gran Duque, procedieron a la designación de metropolita. Resultó elegido el viejo candidato Jonás de Rjasán. El nuevo jefe de la Iglesia rusa entraba en conflicto con las autoridades bizantinas que habían reconocido a Isidoro. Jonás, de funesta memoria, rompía a la vez con Roma y con Bizancio. Claro es que a los moscovitas interesaba mucho más, incomparablemente más, el centro político de Constantinopla que la Cátedra de S. Pedro. Por eso escribía a la capital de la Greco-Ortodoxia para dar a conocer las resoluciones adoptadas y pedir confirmación. El ruego debió llegar cuando ya había huído de la ciudad amenazada el Patriarca Mammas. Entre tanto, llegaba a la agónica capital de los Estrechos el Cardenal obispo de Sabina, Isidoro. Llevaba auxilios materiales y alientos unionistas (1452). El 29 de mayo del año siguiente caía la desventurada plaza en poder de los turcos. A Constantinopla sucedía en el orden religioso oriental la *tercera Roma*: *Moscú*. Esta capital tomaría determinaciones por sí y ante sí.

No tardando, el metropolita de la Rusia central ejercía también jurisdicción canónica sobre las provincias polaco-lituanas.

Inmediatamente, el engreído Jonás, que había derrotado por completo al Cardenal Isidoro, reclamaba la jurisdicción sobre Galitzia.

Para que la desgracia fuese completa abandonaban totalmente la causa unionista hasta los mismos dignatarios eclesiásticos: Matías, de Wilna, y Olesnicki, de Cracovia. Por entonces escribía el rey Casimiro a S. Juan Capistrano. Le pedía con insistencia que se dignase pisar el suelo polaco y trabajar en pro de los *ruthenos,* «ya que es el Rito lo único que los separa de Roma». Ante tantas y tan grandes defecciones el Papa Nicolás V vaciló en sus gestiones. Debió sacar la impresión de que la unión de Florencia había fracasado totalmente en tierras eslavas.

METROPOLITAS DE KIEW Y DE RUSIA ENTERA

Alejo	1354 - 78
Miguel	1378 - 79
Cipriano	1381 - 82
Pimen	1382 - 85
Dionisio	1385 - 86
Cipriano II	1390 - 1406
Focio	1408 - 31
Geràsimo	1432 - 35
Isidoro	1436 - 58

CAPITULO XVI

INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA RUSA. EL CONCILIO MOSCOVITA DE 1459

La lucha entre Moscovia y Lituania a causa de la Metrópoli rusa. El metropolita Gregorio, secretario que fue del Cardenal-Legado Isidoro.—El Concilio Episcopal moscovita de 1459.—Autocefalía completa de la Iglesia greco-eslava.—Sumisión absoluta de la misma al poder temporal.— La hegemonía total de los Grandes Duques de Moscú.— Caída de Twer y Nowgorod bajo el poder de Moscovia.—Iwán III, nuevo Constantino, *y Moscú, la "Tercera y última Roma".* (1492).— *Génesis y evolución de la conciencia mesiánica y paneslavista de los rusos.—El criterio de un griego del siglo XII (Constantino Manasés).—Idem del autor ruso del Cronógrafo, especie de Historia Universal.— Las teorías del monje Filoteo de Pleskau, filósofo de la supremacía religiosa de Moscú.— Las leyendas posteriores en apoyo de la tesis paneslava (el* Bonete de Monómaco; *el Icono de la Virgen de Tischvin; la predicación del Apóstol San Andrés en ¡Nowgorod! y la* Mitra Blanca, bielik Klobuk, *regalo de Constantino al Papa Silvestre).*

A principios de 1451 el metropolita ruso Jonás podía sonreir satisfecho. Era el indiscutible Jerarca Sumo de toda la Metrópoli, tanto para la Rusia central y oriental como para los territorios occidentales. No duró mucho, sin embargo, su contento, porque unos años más tarde, exactamente en 1457, se hacía pasar como metropolita de las provincias occidentales y territorios lituanos el prelado Simeón, arzobispo de Polozk, quien por desgracia fallecía, no tardando. La muerte de Simeón trajo consigo nuevas dificultades para Jonás. El rey Casimiro de Polonia, en efecto, había pedido a Roma un sucesor del infortunado cardenal Isidoro. Aún hizo más aquel monarca: hizo saber al Gran Duque de Moscú por medio de la correspondiente emba-

jada que todos los territorios eslavo-orientales deberían quedar sujetos al nuevo metropolita de Lituania, Polonia y la Rusia occidental. Naturalmente, la pretensión del monarca polaco tenía que tropezar con una oposición formidable. Casimiro no cedió. Y en la primavera de 1459 se presentaba en Lituania para tomar posesión de la Silla Metropolitana el candidato oficial del soberano polaco. Era el prelado Gregorio, fiel secretario y experto consejero del Cardenal-Legado y metropolita Isidoro. El nuevo metropolita —ni que decir tiene— contaba con el apoyo incondicional de Casimiro y con el de todos los obispos, menos los de Smolensko y Brjansk. En realidad de verdad, Gregorio no encontró dificultades de importancia más que en los territorios de Kiew. La situación resultaba muy embarazosa para Moscú, máxime cuando por Twer y Nowgorod asomaban agudas tendencias separatistas. Resultaba muy probable que esas dos ciudades, de arraigadas inclinaciones republicano-secesionistas, terminaran por adherirse a Gregorio y a Lituania, y, consiguientemente, Moscú quedase reducida a una potencia de segundo rango. Los Grandes Duques de Moscú no podían olvidar este peligro y se decidieron a luchar. La batalla se daba en el terreno de la administración eclesiástica. En pleno estío de 1459 el metropolita moscovita Jonás enviaba comisionados especiales al arzobispo de Nowgorod, llamado también Jonás y consagrado por él en febrero anterior. En la ciudad del Lago Ilmen ayudaba mucho al arzobispo el monje Simeón, el mismo que acompañara al metropolita Isidoro durante sus viajes y estancia en la ciudad y Concilio de Florencia. Por cierto que el monje en cuestión acababa de publicar un *Informe* sobre las negociaciones unionistas del Concilio famoso.

Parece ser que el metropolita de Moscú tuvo éxito en sus manejos antilituanos en Nowgorod, pues el mencionado Simeón cedía. No ocurrió lo mismo en Twer, donde el príncipe Boris Alexandrowitsch, que comenzó a llamarse *Zar y autócrata*, se inclinaba decididamente hacia Lituania. Moscú tenía prisa en deslindar los campos y zanjar las diferencias. A últimos de 1459 se reunía en aquella ciudad un Concilio episcopal de importancia extraordinaria para la Iglesia rusa, y lo que es más, para las relaciones de la misma con el Occidente europeo y la Roma Papal. No tuvieron representantes en él las diócesis de Twer y de Nowgorod. Indudablemente, el problema que ante sí tenían los padres del Concilio moscovita era muy grave. El nuevo metropolita de Lituania, Gregorio, había sido consagrado y reconocido por el Patriarca Ecuménico, Gregorio Mammas, circunstancias que el jerarca lituano aducía para mantener sus pretensiones juris

diccionales. Hasta el presente los hechos en que éste se fundaba habían dado facultad inmediata para tomar posesión de la Metrópoli rusa sin inconveniente de ningún género. Pero el arzobispo de Moscú, Jonás, y el Gran Duque no podían conformarse. Es probable que pensaran en formular una reclamación ante el Patriarca de Constantinopla, como ya lo hicieron por dos veces en ocasiones no lejanas (1441 y 1451). Pero la caída de la capital del Imperio Romano de Oriente en poder de los turcos (1453) y la consiguiente humillación del Patriarca Ecuménico les indujeron a tomar una resolución muy grave en el orden canónico. *Se desligaron totalmente de la Bizancio religiosa, proclamaron a Jonás metropolita legítimo de Kiew y de todas las Rusias, mientras fuese grato al Gran Duque, y rechazaron a Gregorio de Lituania por enviado del Papa y hereje.* No cabía importancia mayor en el paso que daban los obispos rusos. El episcopado eslavo-oriental proclamaba solemnemente que no quería nada con la Roma Papal. Tampoco existía para él la Bizancio religiosa y ecuménica. *La autocefalía de la Iglesia rusa era total.*

La resolución sinodal moscovita era comunicada a los obispos y dignatarios eclesiásticos de Lituania. Sólo uno, el de Tschernigow-Briansk, se acomodó a la nueva situación. Por cierto que, no tardando, hubo de abandonar la Diócesis, porque en abril de 1460 la Dieta de Brest-Litowsky reconocía oficialmente a Gregorio de Lituania como *Metropolita de Kiew y de todas las Rusias.* Con cierta antelación había ya ejercido actos jurisdiccionales en los dos obispados de Galitzia. En el interior de Rusia se llevaba a cabo una intensa propaganda del Sínodo episcopal de Moscú y de su importante decisión, dos veces cismática. En cambio, se puso empeño en no aludir al Concilio de Florencia y acontecimientos derivados, como no fuera para afirmar «que la Iglesia Greco-Bizantina había caído allí en la herejía y que la caída de Constantinopla, *fenómeno histórico que daba a Rusia nueva orientación,* había sido exclusivamente debida a la apostasía cometida por el Patriarcado Ecuménico al aceptar el Credo Latino». La Fe ortodoxa que, procedente de Bizancio, había introducido en Rusia Wladimiro el *apostólico* permanecerá incólume bajo el patrocinio de los Grandes Duques de Moscú», decían los jerarcas de la Iglesia rusa. «La Greco-Ortodoxia eslava —aseguraban los príncipes y los políticos— jamás reconocerá el *maldito y blasfemo* VIII Concilio Ecuménico (el unionista de Florencia)».

El 31 de marzo de 1461 moría el metropolita Jonás, servidor fiel de la familia ducal moscovita. La Iglesia rusa lo ha canonizado. Al hacerlo, consagró de una vez para siempre en tierras

rusas la sumisión del poder religioso a la potestad civil. *Jonás santo ortodoxo, no sólo rompió todo vínculo con Bizancio y con Roma, sino que entrégó la vida interna de la Iglesia eslava a los poderes temporales.* A esto equivalía, realmente, someter al beneplácito de los Grandes Duques de Moscú la elección del metropolita y Jerarca Sumo de la Rusia religiosa.

Aun cuando algunos como Rafael, que nombró sucesor de Gregorio, metropolita de Lituania, de Kiew y de toda Rusia (1476), al monje Spiridión Soton, mostraran tendencias antimoscovitas, en general, los Patriarcas Ecuménicos se pusieron de parte de los Grandes Duques de Moscú en lo tocante a la Metrópoli rusa. Era natural. El odio a Roma les obligaba a tomar esta actitud. Pero la decisión conciliar de 1459 no afectaba tan sólo a la Iglesia eslava. Influía más poderosamente aún sobre el Estado moscovita, es decir, sobre el Gobierno de la Rusia central, que empezaba a perder el carácter de región provincial limítrofe del Imperio Romano de Oriente para convertirse en territorio metropolitano. Los habitantes de la Rusia central iban dándose cuenta de que sus Grandes Duques sucederían a los emperadores de Bizancio y de que Moscú sería la *tercera y última Roma*. Favorecía esta evolución la victoria plena de Moscú sobre todos sus enemigos internos.

Boris Alexandrowitsch de Twer había sido el único entre los príncipes rusos que accedió al llamamiento unionista del César bizantino y envió a Florencia un delegado llamado Tomás, que, por cierto, escribió un informe detallado sobre todos los honores de que había sido objeto en aquella ciudad y en Ferrara. Esto y el prestigio de que gozara ante los partidarios de Chachuch, sucesor de Tamerlán, quienes le pidieron su colaboración en contra del Khan y de la Horda de Oro, tuvieron la virtud de ensoberbecer a Boris. Acabó de exaltar su importancia el Tratado que concertó con su vecino Casimiro de Lituania (1449). El monje Tomás, a quien acabamos de aludir, le llamaba emperador y autócrata. Hacía otro tanto con el Gran Duque Basilio de Moscú el monje Simeón de Susdal, que también había estado en Florencia.

Pero Boris Alexandrowitsch fallecía en 1461. El metropolita de Moscú, Jonás, maniobró hábilmente para eliminar también al obispo tweriano Moisés, aquel mismo prelado que en 1459 se había negado a reconocerle como jerarca supremo de la Iglesia rusa. En su lugar colocó a Gennadio, obispo moscófilo en alto grado. Teórica y prácticamente Twer caía bajo el yugo político y canónico de Moscú. No fue tan fácil la sumisión de Nowgorod, más inclinada hacia la Europa central y occidental que Twer.

Casimiro y Gregorio de Lituania tenían allí simpatías que molestaban grandemente a los poderes moscovitas. Por algo era jefe del Estado y de la Iglesia el Gran Duque de Moscú. En su condición de tal, enviaba al arzobispo nowgorodense, Jonás, una carta en la que decía: «Después de haberlo pensado maduramente con los consejeros civiles y eclesiásticos, hemos tomado la decisión de no admitir delegados patriarcales. Rechazamos, asimismo, al metropolita Gregorio. No nos interesan las bendiciones y anatemas que unos y otros puedan enviarnos. Para nosotros son ellos extranjeros y apóstatas. Vayan con Dios el Patriarca y su Gregorio». No hacía falta más; Nowgorod reprimía las tendencias hacia Lituania y se uncía al carro de Moscú. Aumentó las ansias imperiales de orgulloso predominio el casamiento de Iwán III (1462-1505) con la princesa griega Irene, hija del último paleólogo Demetrio.

Henchido de soberbia, el Gran Duque de Moscú se sentía fuerte. En realidad, no le faltaban razones para ello. Podía haberse formado la ilusión de que con él empezaba una nueva época de esplendor para la Rusia central, para la ambiciosa y nacionalista Moscovia.

El año 1492 le ofreció la ansiada oportunidad de sentirse *Nuevo Constantino, Jefe de un Imperio nuevo, defensor de la fe y apoyo de la Iglesia*. Las cosas ocurrían del modo siguiente: Los atrasados cristianos de la Eslavia oriental estaban persuadidos de que el mundo tenía que acabar en aquel año (el del hallazgo de América), porque con él terminaba el séptimo milenio. No habría más milenios porque tampoco hay más de siete días en la semana, siete Concilios ecuménicos en la Iglesia, siete Sacramentos en la Economía de la Salvación y ¡siete columnas de la Sabiduría! en el campo del saber. Todos los cómputos eclesiásticos se basaban en esta creencia y terminaban en 1492. Nadie se había cuidado de hacer las tablas correspondientes para este año y los sucesivos. Como el mundo continuaba existiendo, se hizo necesario hacer también el calendario. El metropolita Zósimo lo publicaba al fin. Y en la circular en que lo hacía se expresaba del modo siguiente: «Después del apostólico Vladimiro, Dios nos ha dado a su elegido, al fidelísimo y ortodoxo Iwán Vasiljevitsch, Zar y autócrata de todas las Rusias, al nuevo Constantino, que tendrá su sede en la Nueva Constantinopla: Moscú».

Tres años más tarde, Zósimo, enfermo y anciano, dejaba paso al Abad de la Troiz-Sergiewskaja Laura, Simeón. Al final y como colofón de las ceremonias de su consagración como metropolita de Moscú y de todas las Rusias, Iwán, siguiendo el rito bizantino, le entregaba el báculo con estas palabras: «La omnipotente y

vivificadora Trinidad *que nos ha otorgado el señorío sobre toda la Rusia inmensa,* os entregue también a Vos el trono episcopal». En tiempos del metropolita Simeón (1495-1511) se introdujo la fórmula del juramento que debían hacer los prelados al tomar posesión de sus diócesis: «Juramos no someternos jamás a las arbitrariedades de la Bizancio religiosa y rechazar siempre la unión con la Roma *herética y orgullosa*». El autor del «Cronógrafo» (1512), escrito famoso en la Literatura rusa, que ha dado lugar a una bibliografía muy copiosa, había estampado estas frases que no olvidaron jamás los zares moscovitas y los jerarcas greco-ortodoxos: «Todos los Imperios cristianos han sucumbido. Hoy no existe otro que el del Autócrata y Soberano de Rusia: el Imperio eslavo... Las dos Romas pasaron. Pero existe la tercera: No habrá más; ¡será la última! ¡Tampoco habrá más que un solo Pastor de la Iglesia universal! :¡El emperador de Rusia!»

No deja de ser en extremo interesante conocer la evolución de esta orgullosa actitud psicológica y política, raíz última de la conciencia mesiánica y paneslavista de los rusos, conciencia que tantos disgustos está proporcionando al mundo occidental. Un griego del siglo XII, Constantino Manasés, al filosofar acerca de la caída del Imperio Romano de Occidente en 455, escribía: «Estas desventuras cayeron sobre la Roma antigua, la primitiva, la grande, la de los Césares del Lacio... Pero ésto no reza con la nuestra, con la hermosa y brillante Constantinopla, la cual crece, se agranda y se exalta con juvenil empuje y magna fortaleza. Quiera Dios ¡oh emperador de Bizancio y Soberano del mundo!, que esta ciudad de Constantinopla, sede de vuestro imperio, siga creciendo y prosperando eternamente». Después de la caída de Constantinopla un cronista ruso con pretensiones de historiador general —ya que, contrariamente a lo que realizaran los viejos cronistas, dividió su obra en capítulos, presentó resúmenes y pergeñó disertaciones— hizo notar que «a causa de nuestros pecados y por la permisión divina todos los piadosos Imperios de Servia, Bosnia, Albania y otros muchos han sido devastados y sometidos a su yugo por los turcos; mas por la misericordia divina y la intercesión de la Purísima Madre de Dios y de todos los Santos nuestra tierra rusa crece, joven y viril, y se encamina hacia su propia exaltación. Que el Cristo Misericordioso le siga otorgando el favor del crecimiento y de la grandeza para que pueda extenderse por el mundo hasta el fin de los siglos». Estas últimas palabras del autor del «Cronógrafo», ya citado anteriormente, son una paráfrasis de las que escribiera el bizantino Manasés. El clásico teorizante de la soberbia moscovita fue un monje sin las pretensiones del autor del «Cronógrafo»: Filoteo

de Pleskau. Sus frases y sus ideas andan en boca de cuantos en Rusia manejan los textos de Teología y de Historia Eclesiástica. «Soy un pueblerino —decía él—; aunque aprendí a leer y escribir, no logré penetrar en las sutilezas de la filosofía griega. Ni saludé la Retórica, ni estudié Astronomía. No nací en Atenas; tampoco conversé con los sabios, pero he meditado mucho sobre los libros de la Santa Ley...»

Al hablar de Rusia y de sus soberanos, se expresa así: «Oh Serenísimo y Eminentísimo Emperador. ¡Sois en todo el orbe el único César cristiano que domina en todas las sedes de la Santa Iglesia Ecuménica, la cual no tiene ya su centro en Roma o en Bizancio, sino en la ciudad de Moscú, en la morada que Dios mismo defiende...

»Aunque no se hallen en cautividad los muros, las columnas y los palacios de la grande y antigua Roma, el hecho es que a causa de los ¡ázimos! son sus habitantes prisioneros del demonio. Por otra parte, aun cuando los sarracenos hayan conquistado el Imperio griego, no han destruído su fe, ni han sido capaces de arrastrar a los cristianos del mismo hacia la apostasía. Tenía que ser así, porque la fe es indestructible. Lo es igualmente —¡ya que es una imagen del Señor!— el propio Império Romano».

En la carta que dirigiera al Gran Duque Basilio Ivanovitch, el monje famoso escribía: «Bien sabéis ¡oh serenísimo y eminentísimo príncipe! que la antigua Roma cayó en el Apolinarismo y que los agarenos han despedazado con sus hachas las puertas de la segunda Roma y han roto sus muros con horribles máquinas de guerra; mas la Roma de hoy, la tercera y última, brilla como el Sol y no perecerá... Todos los Imperios en que predominaba la Santa Fe ortodoxa se han fundido en uno solo, en el Vuestro. Sois vos, ¡señor!, el único Zar del mundo».

El célebre Filoteo de Pleskau es el padre de la frase que estuvo y está en la boca de muchos, muchísimos, ortodoxos del mundo eslavo-oriental: «Han caído las dos Romas; la tercera se mantiene y se mantendrá en pie; porque no habrá una cuarta Roma». Nuestro buen monje abrigaba la pretensión de confirmar su imperialismo paneslavo con textos de las Santas Escrituras nada menos. He aquí su comentario de un pasaje del Apocalipsis (XII-I-y ss.): «La mujer vestida del Sol, la que tiene por peana a la Luna y la que se halla coronada por doce estrellas es la Iglesia Cristiana. De ella afirma San Juan que, perseguida de cerca por un dragón, tuvo que refugiarse en el desierto. Quiere esto decir que a causa de los ázimos y de la herejía apolinarista, imperantes en ella, la verdadera cabeza de la Iglesia, grande-

mente apesadumbrada, abandonó la ciudad de la antigua Roma. Y la ¡mujer! sentaba sus reales en otra Roma, la nueva, la ciudad de Constantinopla; pero tampoco encontró aquí la paz, porque los griegos se unieron a los latinos en el Concilio octavo (el de Florencia) . Y fue entonces cuando la excelsa mujer buscó y halló refugio en Moscú, la tercera y última Roma. Aquí es donde resplandece ella como el Sol porque el piadoso Zar dirige y protege a la Iglesia Una, Santa y Apostólica».

Estas ideas de una santa Rusia, única depositaria de la verdad religiosa, del poder absoluto sobre el orbe entero, y de un zar, bien amado de Dios, protector único de los cristianos y jefe de la Iglesia, han sido los fundamentos del orgullo y del mesianismo rusos. Los eslavófilos del siglo XIX no hicieron otra cosa que dar forma más o menos brillante a las teorías de Filoteo de Pleskau.

En el siglo XVI fue muy abundante la literatura mesiánico-paneslava. Los panegiristas de la Moscú religiosa heredera de Bizancio se apoyaban en varias leyendas. Digamos algo acerca de las más interesantes:

1.ª La del *Bonete de Monómaco* (m. 1054) y demás insignias imperiales enviadas a Rusia. Es muy significativa la circunstancia de que uno y otras no hicieran su aparición en Rusia hasta muy entrado el siglo XVI.

2.ª La de la visita a Rusia y predicación del Apóstol San Andrés ¡en Nowgorod nada menos!. Al difundir esta fábula se pretendía suministrar fundamentos apostólicos a la Iglesia eslava. Iván IV el Terrible la utilizará como ¡argumento decisivo! contra el jesuíta Possevino en diálogo memorable encaminado a la catolización del primer Zar de todas las Rusias. He aquí las palabras mismas de aquel monstruo coronado: «En cuanto a carácter apostólico, la Santa ciudad del Moscowa nada tiene que envidiar a la Roma papal ni a la Bizancio patriarcal. Tenemos un padre de nuestra fe: ¡el Apóstol San Andrés!»

3.ª La del Icono de Nuestra Señora de Titschvin. Se trata de un cuadro que mandara pintar el Patriarca constantinopolitano Germanos I. Al estallar la nefasta y larga contienda de los iconoclastas, la imagen veneranda era transportada a Roma, lugar más seguro, donde permaneció 130 años, al cabo de los cuales volvió a Constantinopla. Unos setenta años antes de la caída de esta ciudad en poder de los Turcos, el Santo Icono *huía por sí mismo a través de la atmósfera.* Y después de haberse detenido en distintos parajes de la provincia de Nowgorod, fijaba su residencia definitiva en Titschvin. ¿ No existirá por ventura una

estrecha relación entre esta leyenda y la maravillosa realidad de Nuestra Señora de Loreto?

4.ª Pero la más característica de las múltiples leyendas del paneslavismo y de la supremacía religiosa de Moscú se refiere a la *Mitra Blanca* (bielik Klobuk). Veamos. Se trata de una adaptación eslava de la famosa *DONACION* de Constantino, a cuya historia sigue muy de cerca hasta el bautismo del Emperador. Regenerado espiritualmente por las aguas bautismales, aquel César notable quiso obsequiar al Pontífice Romano con una *Corona Real* . El eminente neoconverso tenía interés sumo en este regalo. Alegando que había hecho profesión monástica, el virtuoso Pontífice rechazó el ofrecimiento imperial con estas palabras: «No debe llevar corona de reyes el que es Vicario de Cristo, quien no llevó otra que la de *ESPINAS*» Muy entristecido por esta justificada repulsa del Obispo de Roma, el Emperador, después de haberse despedido con toda reverencia y con la máxima humildad, marchó a palacio y no tardando se echó a dormir. Durante un sueño que no era reparador, porque el César estaba muy nervioso, se le aparecieron los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y le enseñaron una *Mitra Blanca.* Hondamente impresionado por aquella visión y convencido de que se trataba de una indubitable insinuación divina, bien que indirecta, Constantino mandó hacer enseguida una mitra que se pareciese en un todo a la que había visto en el sueño misterioso. El propio César, claro está, facilitó las dimensiones, la forma y otros detalles. El Romano Pontífice no rechazó esta vez el obsequio imperial. Y se ponía la *Mitra Blanca* en las más solemnes fiestas consagradas al Señor. En los días no festivos ni especialmente solemnes, colocada sobre una bandeja de oro con muy valiosos adornos (piedras y diamantes), la *Mitra* excelsa era guardada en el templo principal o *Gran Basílica.* Aun después de la marcha del Emperador a la Ciudad de Bizancio, nueva Capital del Imperio Romano, continuó en la vieja Roma el preciado ornamento pontifical. Y los Obispos todos del Orbe, aun ortodoxos, distinguieron con sus respetos y honores al famoso *Klobuk.* Pero dejaron de hacerlo cuando Carlomagno y el Papa Formoso cayeron en la herejía apolinarista y adoptaron el *Pan Azimo* para consagrar. Fue este el momento en que la *Mitra Blanca* cayó en el olvido más absoluto. Pero a través de una serie de extraordinarias peripecias acompañadas de milagros y de apariciones ultraterrenas, la Mitra famosa, la cual no debía estar, por lo visto, entre unos fieles indignos de poseerla (los romanos), fue a parar sin que nadie sepa con exactitud el cómo y el cuando, a la ínclita Ciudad de los Estrechos: al Patriarca Filoteo (1355).

Con el preciado ornamento recibía también la orden de hacerla trasladar a ¡Nowgorod! Una aparición le dio a conocer que el *Bieliy Klobuk* había dejado de estar en Roma a causa de la herejía apolinarista imperante en la Vieja Ciudad y que tampoco permanecería en Constantinopla porque con el tiempo la nueva Roma caería en poder de los infieles. «En la Tercera Roma, que está en Rusia, son palabras oídas en la visión sobrenatural por el Patriarca constantinopolitano, brilla la Gracia del Espíritu Santo. Ten entendido, ¡oh Filoteo!, que todos los Imperios cristianos llegan a su término y terminarán por fundirse en el Gran Imperio moscovita, en el único grande que hay en el Mundo. A la vieja Roma herética y corruptora le fueron arrebatados el honor, la gracia y el glorioso esplendor. Lo propio ocurrirá en Bizancio cuando desfallezca en la Fe Ortodoxa y caiga en manos no cristianas. Todas las cosas santas serán entregadas por Dios a la tierra rusa en momento oportuno. Hasta la propia dignidad patriarcal pasará algún día al más alto dignatario eclesiástico de Moscovia, el cual estará bajo la *dominación* protectora del Soberano o Emperador. A la vez Dios elevará a éste por encima de todos los reyes y césares de otros países...

Y esta nación privilegiada y escogida por Dios será llamada la *Santa Rusia*».

La coronación imperial de Iván IV el Terrible por el Metropolita Macario fue el desenlace lógico y final de una evolución que debe su nacimiento al Concilio de Florencia (el maldito y blasfemo VIII Concilio Ecuménico, como dicen los rusos) y a la caída de Constantinopla en poder de los Turcos.



S. Sergio de Radonesch

КНИГЪІ ѠКРО-
ВЕНИІА АВРААМѢ СН҃А
ФЕРИНА. СН҃А НАОРѢ.
СН҃А СЕРУХОВА. СН҃А
РООГОВА. СН҃А АРФА-
ЗДОВА. СН҃А СИМО-
ВА. СН҃А НОЕВА. СН҃А
ЛАМЕХОВА. СН҃А
МЕФУСАЛАМА.
СН҃А ЕНОХОВА. СН҃А
АРЕДОВА:~
ЪДНЬ НАСТРОЬЗА-
ЮЩИМЪ ИНЬІ ОЦА
ФЕРАНА. И БЬІ-
НА ОЦА БРАТСВО
ѤГО. ѤГДА СПИ-
ТОВАХЪ КЪ ІНѤ-
СТВОВ ѤСТИНУ БѢ-
СИЛѤНЪ. АЗЪ АВРА-
АМЪ ВЪ ВРЕМА ПРИ-
ЛУЧЕНИЯ ТРЕБИ-
ЩА МОЕГО. ѤГДА
СКОНЦЕВАХЪ СЛУ-
ЖЬБЫ ТРЕБЬ ОЦА

МОЕГО ФАРЫ БОГЪ
ѤГО ДРЕВАНЫ И КАМ-
КАМЕНЫІ И ЗЛА-
ТЫИ И СЕРЕБРЕНЫ-
И И МѢДАНЫ
И ЖЕЛѢЗНЫИ
ВЪШЕДЪ ВЪ ЦРКВЬ
ИХ НА СЛУЖБУ. О-
БРѢТОХЪ БАМАРУ-
МАФАНА ЖЕНЕМЬ
Ѡ КАМЕНЬ ИЗОВА-
ЄМ НАПАДЪША НИ-
ЦА О У НОГУ БА. НАРИ-
ЦЕМА ЖЕЛѢЗНАГО
НЕБЫ ЕГДА ВИДѢХЪ
СЕ МАТЕСАМ И СРДЦЕ
ПОМЪІШЛЯХЪ ВЪ У-
МѢ СВОЕМЬ ЯКО НЕ
ВЪЗМОГОХЪ ЕГО О-
БРАТИТИ НА МѢ-
СТО СВОЕ. ЕДИНЪ
АЗЪ И СЕ АВРААМЪ
ЗАНЕ БАШЕ ѠКА-
МЕНИ ВЕЛИКА
ТАЖОКЪ. ИШЕДЪ

Menologio (siglo XIV)

Capitulo XVII

I. El Monacato bajo el yugo tártaro.—Suerte de los monasterios en la región de Nowgorod y en las provincias meridionales. El de San Cipriano de Ustjug. San Sergio de Radonesch, el más excelso padre de los monjes en Rusia. Demetrio de Trilutzky, el Taumaturgo.

II. El Monacato femenino.—Las dos Eufrosinas. La Princesa de Susdal, ANASTASIA, fundadora del Monasterio femenino de La Encarnación (1238-1409).

III. La imbecilidad o idiotez por amor a Dios.—Los más notables secuaces de esta modalidad ascética.

IV. El Monacato en el siglo XV.—Monjes amantes de la soledad como fuente de ascetismo. Los grandes solitarios Sabas, Germán y Sosima, fundadores del Monasterio de Solovezky (Mar Blanco).

- I -

Con la invasión de Rusia por los Mongoles desaparecía la mayor parte de los monasterios meridionales (Región de Kiew) y de los septentrionales (Región de Nowgorod). Pese a sus aseveraciones sobre la inviolabilidad de la Iglesia, los selváticos mongoles saquearon e incendiaron los Claustros y eliminaron a los monjes. Hasta llegaron a desaparecer en buena parte los conventos de la Ciudad y región del Lago Ilmen, adonde no había llegado más que de modo indirecto la hoguera mongólica. Veamos. No lejos de Nowgorod la Grande, los discípulos del venerable Waarlam habían fundado algunos conventos. El Abad Antonio (m. 1241), sucesor de este benemérito padre de monjes, había erigido junto al Lago Dym, a unos 16 kilómetros de Tischwin, un Monasterio que recibió el nombre de aquel Lago. Jenofonte, que había sucedido al Abad Antonio en la gestión y gobierno del claustro de Chatyn, se retiraba a la soledad en los alrededores de Nowgorod y erigía en honor de la Trinidad el Convento de Roben. Constantino, discípulo también de Waarlám, en unión de

un compañero llamado Cosme, fundaba no lejos de Staraja Russa (Sur del Lago Ilmen) otro convento dedicado a San Nicolás. Pues bien; todos estos claustros, que llevaban una vida lánguida desde sus mismos comienzos, desaparecieron a la hora de la invasión. Sólo el extremo Norte del país pudo librarse de tanta ruina, subsiguiente a la devastación mongólica. Allí quedaba intacto y aún floreciente un claustro famoso, el de San Cipriano de Ustjug, fundado antes de la irrupción de los tártaros. Ese venerable asceta había sido en el siglo un hombre rico, un terrateniente poderoso, que era pobre de espíritu, por cuanto amaba las privaciones. Despreciando las riquezas, se consagró a Dios en el estrecho espacio de una celda. Cipriano, al que fueron uniéndose otros muchos hermanos, tan devotos como él, erigía cerca de su mansión eremítica un monasterio, al que cedía todas sus tierras. Como jefe de todos, sirvió también de acabado modelo en todas las virtudes. «Una piedra tosca, del tamaño de una cabeza humana, le servía de medio para mantenerse vigilante. Mientras duraba la oración, la tenía en la mano para no dormirse. Este mismo pedrusco hállase hoy a la cabecera de la tumba de este campeón de la piedad monacal. Murió en edad avanzada (1247)» (Filareto). En la región del Sur el aniquilamiento llegó a ser absoluto. Así tenía que ser, por cuanto en ella, más que en ninguna otra, dominaron los invasores. Constituyeron unas excepciones felices los territorios de Volinia y de Halitsch, gobernados por príncipes enérgicos y poderosos, y por ello temidos por los mongoles. Allí se mantuvieron los conventos existentes y aun se levantaron algunos nuevos.

SERGIO DE RADONESCH (1314-1392).—Lo que habían sido para el Monacato meridional Antonio y Teodosio, beneméritos moradores de las célebres «Cavernas» de Kiew, eso mismo fue para la vida conventual en el Norte el venerable siervo de Dios, *Sergio de Radonesch*. El santo varón hizo su aparición en el siglo XIV. Hijo de Cirilo, boyardo de Rostow, quien a causa de las perturbaciones de los tiempos se trasladaba a Radonesch, Bartolomé —que tal era el nombre de pila del Patriarca del Monacato septentrional y central— se internaba en los bosques que rodean aquella ciudad. Le acompañaba su hermano Esteban. Antes habían hecho entrega de todos los bienes que les habían dejado sus padres, recientemente fallecidos, al más joven de todos los hermanos, llamado Pedro. En aquella selvática espesura, como a unos diez kilómetros de la ciudad, Bartolomé edificaba personalmente una celda y un templo que consagró a la Santísima Trinidad. Esteban abandonó bien pronto al piadoso hermano. Allí, en la más espantosa soledad y dentro de las más terribles

Vista Gral. del Kremlin



Iglesia de la Troitzsergieskaya Laura

privaciones, dedicábase a la oración y a la penitencia el nuevo anacoreta. No tenía más compañía que las fieras de aquellos bosques impenetrables, con las que partía los escasos alimentos. No tardando, tomaba el hábito monacal que le impuso el Abad Utrophan. Adoptó el nombre de Sergio. La fama de su santidad le proporcionó discipulos que le obligaron a marchar a Perejaslaw-Salessky para recibir las órdenes sagradas de manos del Obispo de Volinia, Atanasio. El número de adeptos que a los comienzos no pasaba de *doce*, fue creciendo. En esa misma proporción aumentó también el celo paternal del higumeno Sergio. El prelado Alejo quería hacerle sucesor suyo, pero aquel insigne varón prefirió ser monje y padre de monjes.

El año 1354 trajo un gran cambio en la vida eremítica del más renombrado fundador de conventos de Rusia. En esa misma fecha había recibido mediante un enviado, que en nombre del Patriarca Ecuménico visitaba las instituciones y centros eclesiásticos de Rusia, esta insinuación: «Tenga la bondad de introducir en su claustro la vida común». Es probable que el bienaventurado Sergio hubiera ya comunicado al Patriarca sus propósitos conventuales. Tuvo ocasión para ello cuando su gran amigo Alejo, el candidato de la familia imperante en Moscú para la Silla Metropolitana de Kiew, se dirigió a la capital de Ucrania. También pudo ocurrir que la orden emanara directa e inmediatamente de Constantinopla. Sea como quiera, Sergio obedeció, como no podía menos. Y lo primero que hizo fue tomar la dirección de la nueva Congregación conventual. Del cambio introducido venía a la existencia la que más tarde se llamará *Troiz-Sergjewkaya Lawra,* situada a unos 60 kilómetros al nordeste de Moscú. La mutación que Sergio implantaba tropezó con grandes resistencias, con enormes obstáculos, y no era el menor de éstos la multitud de preocupaciones extrínsecas, que en el transcurso del tiempo llegaron a ser casi insuperables. En virtud de la tensión, al parecer incurable, de Sergio, que luchaba a brazo partido con su mismo hermano Esteban, abandonaba la dirección de sus monjes y aun el propio convento en que se alojaban (1362). Hasta en la misma capital de la Greco-Ortodoxia había presentado querellas contra él un diácono llamado Jorge; mas el Patriarca Calixto se inclinó al partido del Higumeno ruso, cosa que también realizaba el Metropolita Alejo. Este Príncipe de la Iglesia Eslava obligaba a S. Sergio, su amigo, a restituirse al convento y a colocarse al frente de sus monjes, Sergio tomaba de nuevo la dirección de su Claustro. El Abad, dispuesto a establecer entre los suyos una vida claustral severa, se mostró cada vez más rígido en las prácticas ascéticas, par-

ticularmente en el ayuno y en las vigilias nocturnas. Por otro lado, sin embargo, se acomodaba en un todo a las exigencias de los tiempos, pues en el campo vasto de las luchas políticas cayó, al igual que Alejo, del lado de los Príncipes imperantes en Moscú. Hizo de mediador, a beneficio de Dimitri Iwanowitsch Donskoi, entre Rostow, Twer, Rjasan y Moscú. Por cierto que, según la leyenda, antes de salir él para la campaña del Don contra los tártaros, a los que aniquiló completamente, recibía la bendición del Fundador de la Troiz-Sergieskaja Laura, el más importante monasterio de la Rusia Central. En cambio, desde los comienzos mismos se mantuvo alejado en las contiendas que se desarrollaron en torno a la sucesión del Metropolita Alejo. Aún fundó otros varios Conventos: el de Simonow (Moscú); el de la Epifanía, en Staro-Golutwino; el de Wysocki, en Serpuchow, y el de Andronikow (Moscú), que erigió (1360) en colaboración con el Metropolita Alejo.

Cuando Demetrio Donskoi se hallaba en los umbrales de la muerte, Sergio estaba en la cabecera de la cama del moribundo para asistirle. En 25 de septiembre (1392) moría también el Santo Fundador. Para los escritores rusos *Sergio de Radonesch* es uno de los monjes más excelsos que ha producido Rusia. Supo juntar en amigable consorcio, como nadie antes de él y como pocos después de él, la tendencia hacia la perfección individual, meta a la que conduce como el medio más adecuado el eremitismo, con una vida consagrada al bienestar general. El doble concepto occidental «Salvación propia» y «apostolado» no es aplicable en este caso, por cuanto no se puede hablar, al enjuiciar las actividades de Sergio, de una labor apostólica en el sentido de la extensión del Reino de Dios sobre la Tierra, aun incluyendo en ellas las predicaciones que entre los Sürjanos realizara por entonces Esteban el Iluminador. Probablemente el Estado de Moscú otorgó a San Sergio de Radonesch una importancia bastante mayor de la que en realidad le correspondía. Unido al Metropolita Alejo fue él, a buen seguro, uno de los más sólidos pilares de la Familia imperante en el Principado de Moscú.

* * *

Aprovechado discípulo y gran amigo del excelso Fundador de monasterios en Rusia fue DEMETRIO DE PRILUTZKY llamado el Taumaturgo. Había nacido en Perejaslaw, junto a cuyo lago fundó el Monasterio de *Nicol.* Desde aquí se trasdaba con mucha frecuencia, —a pie siempre— a la morada de Sergio para recibir del maestro y amigo consuelos y direc-

trices. Observante riguroso de la castidad más completa, Demetrio llevaba siempre tapado el rostro, que, según cuentan, era de una hermosura extremada. Por lo mismo, esquivaba en todo momento el encuentro con mujeres. «En cierta ocasión pretendió una ejercer sobre Demetrio sus artes atractivas y lujuriosas, pero la descocada señora quedaba repentinamente paralítica. El virtuoso amigo de Sergio curó a la enferma, después que hubo confesado sus pecados y, sobre todo, el diabólico y tentador atrevimiento. En 1371 se alejaba él —para evitar las distinciones y honores mundanos con que los hombres, y en especial Dimitrij Donskoi, querían distinguirle— a las espesas selvas de Vologda, donde eligió para residencia la orilla pantanosa de un río. Más tarde se aproximó algo a la ciudad y edificó el Monasterio de Prilutzky. Tanto en verano como en invierno vestía una burda piel de oveja, con lo que, en aquella estación se asaba de calor y en ésta se moría de frío. Desaparecía de este mundo el mismísimo año que su amigo Sergio (1392)» (Filareto).

- II -

Teodulia, Princesa de Susdal, hija espiritual de Miguel, Príncipe de Tschernigov, había sido prometida en matrimonio por sus padres a un joven noble e ilustre de aquella renombrada ciudad. Pero la Divina Providencia disponía las cosas de otra manera. El novio moría antes de haber conocido a la esposa que con tanta antelación le habían señalado los hombres. El contratiempo y el desengaño consiguiente empujaban a Teodulia —que tal era el nombre secular de la princesa— hacia la vida monacal, que iniciaba en 1227. El Claustro femenino de Susdal, donde confeccionó vestidos y ornamentos para los iconos que representaban a la Madre de Dios, fue el lugar escogido para sus rigurosas penitencias y acrisolados actos de piedad. Por ello adquirió ella entre sus hermanas de religión un prestigio inmenso. En 1238 devastaban a Susdal los mongoles. La monja Eufrosina, postrada ante los iconos de María, pedía a la Celestial Señora que aquellos salvajes respetaran el Convento femenino y las monjas que lo poblaban. Las oraciones de aquella mujer angelical fueron escuchadas. El Convento de Susdal se salvaba de la profanación que los invasores solían practicar en semejantes casos.

Más digna de mención es la otra Eufrosina, la piadosa Eudoxia, mujer devota y caritativa, esposa que fue del príncipe Demetrio Donskoi. Cuando, en 1380, marchaba éste a la guerra «distribuyó muchas limosnas e iba a la iglesia día y no-

che» (Filareto). En 1392, siendo todavía joven, quedaba viuda. La tristeza y la soledad invadieron su alma y la acercaron más a Dios. Eufrosina comenzó a mortificarse intensamente. Ayunaba con rigor y llevaba pesadas cadenas. En 1393 edificaba un templo que dedicó a la Natividad de María. Lo enriqueció con vasos sagrados de oro y plata. Pero la calumnia, que no descansa, alcanzaba también a esta devotísima y penitente señora. Debajo de sus trajes elegantes y vistosos llevaba ella torturadores cilicios, cosa que ignoraban sus enemigos, hipócritas y farisaicos. Estos malvados, aprovechando la circunstancia arriba mencionada, difundieron entre las multitudes el falso rumor de que la ilustre viuda era una mujer impura, mundana y hasta lujuriosa. Los rumores llegaron a oídos de los hijos de la Princesa que, como es natural, se apenaron profundamente. Uno de ellos, Jorge, no pudo menos de acercarse a la madre, exponerle sus quejas y exigir le cesación del escándalo producido. Eudoxia convocó a sus hijos y se quitó delante de ellos todos los vestidos, aquellos mismos que tanto escandalizaban. El espectáculo que se ofrecía a los ojos atónitos de sus hijos, a quienes había extraviado la maledicencia, no podía ser más horrible, ni más contundente. La rugosidad de la piel, la esquelética delgadez de aquella mujer penitentísima y las negras y gruesas cadenas que para tormento de su cuerpo llevaba ella adosadas a la sangrante epidermis, eran para los hijos pruebas irrefutables de la inocencia de la madre. Dispuesta a soportar también la tortura moral de la calumnia, la virtuosa señora prohibió a sus hijos hablar de cuanto habían visto, antes de su muerte. Sucedía todo esto en 1396. Por fin, la Princesa Eudoxia abandonaba el Palacio Ducal y se retiraba contenta a una celda silenciosa en el convento que había ella fundado. Al propio tiempo iba preparando todo lo necesario para edificar un templo en honor de la Ascensión de Jesús a los Cielos. En 1407, fecha en que comenzaban las obras, moría en la paz del Señor la Princesa Eudoxia o monja Eufrosina. Las crónicas de aquel entonces atribuyen a esta dama un portentoso milagro. Se trasladaba ella desde la Catedral al paraje en que había de edificarse la proyectada iglesia de la Ascensión,—sueño dorado de los últimos años de su vida— cuando, a mitad de camino, le salía al encuentro un ciego, que gritaba de esta guisa: «¡Princesa reverente y madre cariñosa de todos nosotros, los pobres, los desvalidos y los abandonados! Me habéis prometido en los sueños de la pasada noche que en la mañana de hoy me devolveríais la vista. Cumplid, Señora, vuestra palabra». Y la Princesa, sin mirar al ciego, hizo ademán indife-

rente de extender hacia él las mangas de su hábito. En el acto recobraba la vista aquel desgraciado.

ANASTASIA, PRINCESA DE SUSDAL.— Hija de un boyardo de Twer, la Princesa Anastasia de Susdal se consagraba a Dios desde la más tierna edad. La lectura de la Biblia era su ocupación favorita. No tenía más que doce años cuando el Príncipe Andrés Constantinowitsch pidió su mano. Al poco tiempo se casaba con él. Pero ni las riquezas ni los honores satisficieron al alma de aquella mujer profundamente religiosa y penitente. Aun dentro de la vida palaciega, Anastasia ayunaba mucho, oraba no poco y castigaba su cuerpo sin piedad. Al cabo de 13 años de matrimonio desaparecía de este mundo su marido, que también «era espiritual y virtuoso». Anastasia pasaba aún otros cuatro años como viuda en medio del bullicio mundano y palaciego. Pero después de haber otorgado la libertad a todos sus criados y de haber donado a los templos y a los pobres todos sus bienes, se retiró al convento de la Encarnación, que ella había fundado en vida de su marido. El venerable *Dionisio,* luego Obispo de Susdal, le impuso el hábito bajo el nombre de Teodora. En el nuevo estado la Princesa de Susdal era todavía más rigurosa consigo misma. Ayunaba rigurosamente cinco días seguidos y pasaba las noches en oración y en un mar de lágrimas. Llevaba una camisa tosca y áspera, plagada de duros e implacables cilicios. Nunca salió del convento y jamás rompió el sepulcral silencio que ella iniciara al ingresar en la vida monacal. Noventa mujeres entre viudas y vírgenes, muchas ellas hijas de Boyardos y de Príncipes, poblaron bien pronto el Cenobio de la Encarnación, arrastradas indudablemente por las virtudes de la penitente y virtuosa Teodora. En 1377, a los 46 años de edad, fallecía esta monja, la que en el siglo se llamara *Anastasia, Princesa de Susdal.*

- III -

A fines del siglo XIII y comienzos del XIV hacía su aparición en Rusia una forma de piedad singularísima venida de Oriente: la *«idiotez o imbecilidad por Cristo».* Es modelo de este excepcional ascetismo *San Procopio de Ustjug.* Antes de iniciar este género de vida, Procopio había ejercido el comercio en la ciudad de Nowgorod. Un buen día, gratamente impresionado por los rasgos característicos, en extremo penitenciales, de la Ortodoxia Eslava, abandonaba él sus ocupaciones habituales y se incorporaba en compañía de otros varones piadosos al Convento del venerable Waarlám. Pero al comerciante de

Nowgorod no le satisfacían las formas vulgares de la piedad acostumbrada; por lo mismo, se decidió por una nueva modalidad: *«La imbecilidad por amor a Dios»*. El penitente Procopio se alejaba del Monasterio y marchaba a Ustjug. Aquí vagaba durante el día por las calles como si fuera tonto. A toda hora recibía pedradas, golpes, puntapiés e insultos. En todo momento era blanco de ironías, risas y chacotas generales. Pasaba la noche en oración a la puerta de las iglesias. Nunca tuvo domicilio fijo, ni en verano ni en invierno. Jamás se acercó a los ricos, sobre todo cuando sospechaba que debían sus riquezas a métodos ilícitos. Solamente de los pobres recibía él sus escasos alimentos. Con frecuencia se acercaba a las orillas del río Suchona y allí rogaba intensamente por todos los navegantes en peligro. Debido a sus encendidas plegarias la ciudad de Ustjug quedaba libre de un pedrisco asolador. Las nubes que por él fueron contenidas lanzaron su carga mortífera sobre los campos circundantes. El piadoso Imbécil moría en olor de santidad el año 1303.

Mas la nueva modalidad ascética, introducida por Procopio en tierras eslavas, no moría; antes, al contrario, continuó floreciente en el siglo XV. Merecen citarse los siguientes «Idiotas por amor a Cristo»:

1.° *Miguel de Nowgorod.* Un buen día, a muy temprana hora, se presentaba en el monasterio nowgorodense de Klop un hombre cubierto de harapos. A poco solicitaba audiencia a un anciano venerable. A la vez pidió el Libro de los «Hechos Apostólicos». El anciano quedó estupefacto. No menos sorprendido resultó el Abad, porque aquel viajero misterioso cantaba magníficamente en la Misa y leía correctísimamente las Cartas Apostólicas (Epístola) y luego, durante la comida, las vidas de los Santos. El Prior le señaló una celda. Nadie sabía quién era ni de donde venía aquel extranjero, aunque todos se dieron cuenta de que era un penitente extraordinario. Todos veían que dormía en l santo suelo, sin estera alguna, y que comía una sola vez en la semana. Aquel asceta extraordinario era Miguel de Nowgorod. Hízose el *idiota,* pero logró traer al camino de la sensatez a muchos malvados ya por medio del amor, ya por castigos de índole maravillosa. A la hora del nacimiento de *Iwán el Terrible,* predijo él la caída y las sangrientas atrocidades de la desgraciada Nowgorod. Miguel moría en el Monasterio de Klop (1452), en el que había pasado los *cuarenta y cuatro* últimos años de su vida penitente y ejemplar.

2.° Doce años más tarde moría en una choza miserable, sita en terrenos pantanosos, otro «Idiota por amor a Dios»: *Isidoro de Rostow.* Hijo de padres alemanes muy principales y

ricos y educado en el catolicismo, Isidoro pasaba en la plenitud de su edad a la Religión ortodoxa y elegía como práctica ascética la «Necedad por Cristo». A ello le movieron, sin duda alguna, las humillantes y pesadas consecuencias de este modo de penitencia. Fijó sus reales en Rostow, después de haber recorrido, *como tonto,* el Oriente a fin de mejor conocer la Greco-Ortodoxia. El Señor le honró con el don de hacer milagros.

3.° *Juan de Ustjug,* así llamado por el lugar de su nacimiento y teatro de sus hazañas ascéticas. Contribuyeron no poco a tomar la determinación de aparecer como *imbécil* la temprana muerte de su padre y el ejemplo de su piadosa madre, que vistió el hábito monacal y llegó a ser abadesa. En 1494 entregaba su alma al Señor el *Idiota* de Rostow.

* * *

Es verdad que en el siglo XV no desapareció la vida en común, pero lo es también que continuó en tensión creciente la piedad eremítica. Los hombres piadosos se alejaban de las ciudades y de los núcleos urbanos. Y conscientes del valor de la soledad como fuente de ascetismo preferían instalarse en las selvas o en los desiertos. Es buena prueba de ello el monasterio que a unos dos kilómetros de Borowsk fundara en 1444 el venerable *Pafnucio.* Otro tanto hacía el monjeDionisio, creador de una Laura y autor de una *regla monacal.* Después de edificar algunas iglesias y reedificar otra, se retiraba a un desierto. Era natural que no prosperase grandemente la vida en común. No la fomentaban los Padres de los monjes, quienes, ante todo y sobre todo, amaban la soledad de los desiertos y de las selvas.

Son otros grandes solitarios Sabas, Germán y Sosima, fundadores del Monasterio de la Isla de Solovezky, en el Mar Blanco. Dotados de una extraordinaria fuerza de voluntad y de un amor sobrehumano al aislamiento, los dos primeros eremitas sentaron sus reales hacia 1429 en aquellos parajes inhospitalarios. Empezaron viviendo seis años en una triste, mísera y helada caverna. Muerto Sabas, llegaba a la desértica Isla el venerable Sosima. La lucha con aquella Naturaleza ruda, salvaje y enemiga era terrible. Hay que reconocer que los ascetas célebres del Oriente jamás llevaron vida tan dura como los moradores de la Tebaida polar del Mar Blanco. Uno tras otro fueron llegando a los hielos del Norte varios Abades procedentes de Nowgorod. Habían de organizar la vida monacal de Solovezky. Pero espantados por la inclemente naturaleza de la Isla, abandonaban bien pronto aquellas apartadas regiones. Los admirables

ermitaños del Mar Blanco quedaban solos, semiabandonados. Pronto edificaron ellos unas celdas y una iglesia que rodearon de una valla de madera. Los salvajes lapones, creyendo que la venida de los monjes traería consigo la disminución de la pesca y de la caza, molestaron no poco a los habitantes del paciente Monasterio. En 1452 venía a Nowgorod el Abad Jonás para solicitar en nombre del Claustro la cesión de toda la Isla a los monjes. El Prelado y autoridades de la Ciudad del Lago Ilmen confirmaban por escritura la cesión solicitada.

Capitulo XVIII

LOS STRIGOLNIKY, HEREJES DE NOWGOROD

La acostumbrada ofrenda en metálico al Obispo ordenante, pretexto para la rebeldía de los Strigolniky.—La justificada base real de la protesta.—Repercusión heterodoxa del conflicto.—La dogmática antisacramentaria de estos herejes.—La perturbación político-social y religiosa originada por ellos en Nowgorod.—La brutal ejecución de los corifeos de la secta.—Recrudecimiento de la protesta y de la negación dogmática.—La eficaz intervención del Obispo de Susdal, Dionisio.—Contenido de sus sermones y diálogos.—Subsistencia de la herejía, pese a la abolición definitiva (1503) del obsequio al Obispo ordenante.—La refutación de esta herejía por el Obispo de Perm, San Esteban el Iluminador, claro exponente del nivel científico de la teología rusa en el siglo XIV.—Raquitismo de los argumentos empleados por el Santo misionero.—Graciosa historieta para demostrar la necesidad de rogar por los difuntos.—¿Tenían los herejes de Nowgorod y de Pleskau alguna conexión con los Valdenses de Occidente?

En la Iglesia rusa era costumbre inveterada la de hacer un obsequio en metálico al Obispo que había conferido Ordenes Sagradas. Que en este orden de cosas debieron surgir anomalías de algún volumen, consta por la decisión del Concilio de Wladimir del Klyasma (1274), el cual reducía a una cantidad mínima la ofrenda de los ordenandos. No debió resultar muy eficaz en la práctica el canon que redactaron el Metropolita Cirilo II y los Obispos que le acompañaban, porque el abuso subsiguiente despertó mucho recelo y gran descontento en aquellos sectores de opinión que eran muy dados a la crítica y a la protesta. La inquieta y rebelde Nowgorod, ciudad apasionada, liberal y occidentalista, formuló objeciones contra un proceder que entra-

ñaba esencia simoníaca. De su seno surgieron los Strigolniky (barberos). Se dio este nombre a los herejes de Nowgorod en el siglo XIV, sin duda porque tenían ese oficio algunos de los más significados o más vehementes corifeos. En 1375 comenzaron a despotricar pública y enérgicamente contra lo que ellos llamaban *inicua compraventa en la sagrada ordenación* el diácono Nikita, el clérigo Karp, probablemente diácono también, y un tercer propagandista cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Por el momento, se limitaron a protestar sin exponer sistema teológico alguno, ni combatir doctrinas ortodoxas. La actitud de protesta no podía estar más justificada, porque quien no abonase considerables sumas de dinero no podía aspirar al sacerdocio, al diaconado, a la tonsura monacal y mucho menos aún a la dirección de uno o de varios monasterios. La Literatura de la época y los concilios episcopales celebrados durante la misma prueban suficientemente que los lamentos y acusaciones de los Strigolniky tenían, por desgracia, una base real. Los clérigos, tanto seculares como regulares, y no digamos los altos jerarcas, habían acumulado riquezas enormes y poseían grandes latifundios. El benemérito Metropolita Cipriano quiso cortar estos intolerables abusos, pero su buena intención se estrellaba contra la implacable resistencia de los que se consideraban lastimados en sus intereses. El Vietche o asamblea popular de Nowgorod indicó a sus vecinos la conveniencia de pasarse a las filas del Latinismo, cosa que alarmó a la Curia ecuménica de Bizancio.

No faltó en aquel concejo quien recordara a todos que no mucho hacía se habían recolectado en Rusia entera sumas importantes para apoyar en Constantinopla la candidatura de varios jerarcas a la Silla Metropolitana del País. Otros descontentos, incomparablemente más radicales, tomaron el camino de la heterodoxia y negaron en redondo la legitimidad de poderes y de consagración en el Patriarca, los Metropolitas, los Obispos y los Sacerdotes. Todos —decían los herejes de Nowgorod— están fuera de la ley, y los fieles deben huír de ellos, porque, lejos de ser pastores, son unos lobos carniceros que devoran a sus ovejas y les chupan la sangre. A juzgar por las cartas que contra estos herejes escribieron el Patriarca ecuménico Nilo (1382), el Metropolita ruso Focio (1420) y sobre todo el famoso Obispo de Perm, Esteban el Iluminador de la Rusia septentrional, la dogmática de los Strigolniky era muy sencilla. «No existe el poder sacerdotal; para nada sirve la ordenación sagrada. Tampoco es necesario el Sacramento de la Penitencia. Para obtener el perdón de los pecados se requiere y basta que

los fieles se arrepientan muy de veras. A lo sumo deberán humillarse hasta caer de bruces en el suelo y entonces ¡acusar sus faltas a la Madre Tierra! Con solo este requisito el Cielo perdona directa e inmediatamente todos los pecados, por muchos y enormes que sean. No son necesarios los sufragios por los difuntos. Los funerales no sirven más que para engordar y enriquecer a las popes».

La Ciudad de Nowgorod, que, además, aspiraba a independizarse, canónicamente hablando, de Moscú, y hasta de Constantinoplo, era un hervidero de pasiones y de enconos. Se dividió, como era lógico, en dos bandos. Unos, acaso los menos, se atenían a las antiguas tradiciones y respetaban, cual se debe, a los sacerdotes. Otros, más numerosos y atrevidos, discutían acaloradamente y hacían propaganda antirreligiosa para retraer a la gente sencilla de la asistencia a los templos. En plena calle pronunciaban rabiosos discursos antisacerdotales. El odio con que aquellos fanáticos distinguían a los ministros del culto era feroz. Por fin, llegaron a las manos ortodoxos y sectarios. Los primeros formaron el propósito de eliminar por la violencia a los segundos, y un buen día «cogieron a Karp, a Nikita y algunos más y los arrojaron al río Volchow, que divide a la Ciudad en dos partes». (Crónica de Rostow). La brutal ejecución de los fundadores de la secta no puso fin al descontento anticlerical ni a la herejía derivada de él. Aquel inaudito castigo pareció la señal para el recrudecimiento de la protesta y de las negaciones dogmáticas. Los ahogados —clamaban por doquier sus discípulos— son unos *martires* que han confirmado su doctrina con una muerte injusta, cruel y alevosa. El populacho, siempre inconstante, crédulo y amigo de lo peor, se puso de parte de los sectarios y prorrumpió en actos de la violencia más brutal. El conflicto era serio, por que los Strigolniky se habían difundido mucho en la Ciudad del Lago Ilmen y en todos sus contornos. Como era natural, el arzobispo novgorodense, *Alejo,* informaba al Patriarca Ecuménico *Nilo* de cuanto estaba ocurriendo en la capital de su diócesis y en la Ciudad de Pleskau en la cual había prendido también la herejía porque desde tiempos atrás venía suspirando por un obispo propio. Por entonces era obispo de Susdal un varón muy piadoso y muy culto llamado Dionisio. De él se acordó el Patriarca para darle la comisión de personarse en Novgorod y en Pleskau con el fin de adoctrinar a los extraviados y convencer a los seducidos. Esta era la consigna que recibía el erudito prelado, hombre por cierto muy conciliador y prudente: «Cárguese de paciencia, emplee la mayor moderación y huya de los procedimientos de la vio-

lencia. Inclínese a los métodos suaves del convencimiento». Hizolo así aquel prestigioso pastor. Y es justo reconocer que obtuvo buenos resultados. Era éste el núcleo de sus sermones y diálogos: «El obsequio a los prelados ordenantes, consagrado por la costumbre y estipulado por la ley, no es simonía, ni avaricia, ni arbitrariedad de ninguna especie. La inmoralidad de los clérigos será castigada por los Obispos, a quienes corresponde, en verdad, la vigilancia sobre ovejas y corderos». Insistió mucho en que era absurdo el procedimiento preconizado por los herejes para obtener el perdón de los pecados y defendió la necesidad de los sacramentos y de los ritos funerarios.

Era muy cierto que el benemérito Obispo de Susdal atrajo hacia el buen camino a muchos sectarios; pero no lo era menos que la secta subsistía. Así lo demuestran la carta pastoral que el Patriarca Antón dirigiera en 1396 a los disidentes de Nowgorod y de Pleskau invitándoles a la abjuración y amenazándoles con el anatema de la excomunión en el caso de no rectificar, y la circular del Metropolita ruso Focio, quien en el año 1416 manifestaba a los fieles de Pleskau el hondo pesar que embargaba su ánimo porque, «según había podido comprobar, la impía doctrina de los Strigolniky continuaba haciendo progresos entre ellos». Todavía se hablaba de ellos en 1472. En este año se organizaba una batida contra estos sectarios. Y el Metropolita ruso Focio felicitaba con gran efusión a los vecinos de Pleskau porque habían dado pruebas de un celo intenso en castigar a los culpables. Los exhortaba empero a no quitarles la vida. Cuando el Zar Terrible casi borraba del mapa la famosa ciudad de Nowgorod, los muchos Strigolniky que en ella vivían huyeron a las provincias bálticas, entonces en poder de Suecia, y a Polonia. Pese a todo, la secta subsistió en Rusia. En 1503 un Sínodo moscovita abolía para siempre la donación en metálico al Obispo ordenante, donación que había servido de pretexto para el estallido strigolnikiano de Nowgorod y de Pleskau. El pretexto desaparecía ciertamente; pero no la herejía. Aún en nuestros propios días quedan residuos de ella. La rama rascolnikiana de los *bespopovzes* o *asacerdotales* no hace otra cosa que repetir los dislates antisacramentarios de los Strigolniky de Nowgorod y de Pleskau. Por desgracia, no tenemos más fuentes de información acerca del contenido teológico de esta herejía que los escritos de sus adversarios, y en especial la *Epístola* de San Esteban de Perm. Es éste un documento dogmático en extremo interesante porque, no contento con excluir del terreno ortodoxo a las enseñanzas de los Strigolnikys, el Obispo misionero daba a conocer los principales argumentos que contra ellos aducía la

teología rusa. He aquí como se expresaba en relación con el sacramento del Orden: «Los Strigolniky —afirmaba el *Iluminador* de la Rusia septentrional— no tienen la debida consagración y carecen del mandato jurisdiccional de la misión, para decirlo en términos canónico-occidentales. Por lo tanto —concluía el santo ruso— no tienen derecho a enseñar ni a predicar. Cristo Nuestro Señor y Nuestro Salvador escogió doce discípulos a los que llamó *Apóstoles*. Después de haber realizado una plegaria a su Eterno Padre, el Maestro les impuso las manos y les ordenó que se dispersaran por el mundo a fin de enseñar la doctrina cristiana a todas las gentes. Percatados de que el Cristianismo iba propagándose rápidamente, los apóstoles, a su vez, escogieron también sus discípulos. Entre éstos hicieron luego una selección especial. Y a unos los nombraron sacerdotes, a otros diáconos y a los más virtuosos entre unos y otros los hicieron Obispos y Patriarcas. Luego redactaron el *Canon*. Más tarde, y para crear otro prelado, se reunieron los Obispos, quienes también ordenaban sacerdotes. Así es que éstos —es cosa obligada la de considerarlos como tales— son apóstoles de Cristo. Cuando celebran la Santa Misa representan al mismo Verbo Encarnado, al Cristo oferente que sobre la Montaña de Sión está celebrando la *Cena* con sus Apóstoles. Es preciso creer que, al recibir de sus manos la *Comunión*, la recibimos del mismo Cristo». Y después de haber acusado de fariseos a los herejes a quienes combate, continúa: «Vosotros censuráis a los obispos y a los sacerdotes porque comen y beben como los demás hombres. Eso mismo hicieron con Jesús los judíos. Fueron éstas las palabras que emplearon: Este hombre come y bebe y es amigo de publicanos y de pecadores. También vosotros decís: Estos doctores nuestros son unos borrachos; comen y beben como tales; aceptan oro, plata y vestidos caros; saquean a vivos y a muertos y con palabras insidiosas embaucan a las masas populares». A continuación el Obispo Esteban lanza contra estos herejes de Nowgorod los mismos reproches que el Evangelio fulmina contra los judíos en general y contra los fariseos en particular: el orgullo, la hipocresía, el ayuno en público y la aparatosa piedad externa.

Para autorizar a los laicos la predicación, los Strigolniky se apoyaban en San Pablo, quien, según ellos, fue *Apóstol* antes de ordenarse y antes de recibir mandato alguno de misionar. San Esteban de Perm replicaba así: «Una disciplina tolerada cuando todos eran infieles, no puede tener valor al presente».

Al tratar de la *Confesión*, especialmente de su necesidad, el debelador de los herejes nowgorodenses se expresaba así: «Al igual que un enfermo enseña sus llagas al médico y éste le

señala un remedio acomodado a la calidad de la dolencia, la cual se cura al fin, debe también el hombre acusar sus pecados, enseñar las llagas de su alma al confesor, que es su padre espiritual, su médico que le señala el remedio de la saludable penitencia, en cuya virtud Dios Nuestro Señor perdona las faltas». Para demostrar la necesidad de rogar por los difuntos el Obispo de Perm aducía una serie de historietas graciosas, indignas, claro está, de un mediano teólogo. Sirva de ejemplo la siguiente: «En la Laura de San Antonio de Kiew murió en pecado uno de sus monjes, que fue inhumado en la Cripta veneranda. El cadáver exhalaba un olor insoportable. A poco hubo una aparición a este respecto. En consonancia con ella el higumeno mandó retirar aquellos restos hediondos y echarlos a los perros hambrientos. En el entretanto, intercedían los Santos Fundadores Antonio y Teodosio, otros muchos excelsos varones, cuyos restos mortales yacían también en aquellas sacras catacumbas y los monjes todos del monasterio famoso, quienes no sólo rezaban sino que con vistas al perdón realizaban severas penitencias y mortificaciones muy duras. Por el favor de los Santos que ya estaban en el Cielo y por las oraciones de los monjes virtuosos que vivían en el Claustro Kievense, *el religioso pecador recibía la gracia del Señor y ¡la pestilencia de su cadáver quedaba convertida en celestial perfume!*». La historieta, que fue incluída en el *Paterik* de las Catacumbas Kievinas (Vida de los santos varones del Monasterio célebre), surtía entonces provechosos efectos. Era preciso recordarla a cuantos negaban que después de la muerte no puede ser perdonada falta alguna, aun venial. Como más tarde los secuaces de Nilo de Sora, eran también los Strigolniky enemigos rabiosos de los grandes latifundios eclesiásticos; se parecían, además, en otra cosa a los monjes sorkianos del otro lado del Volga. Como ellos, eran bastante más cultos, hablando en términos generales, que sus compatriotas. Estudiaban y discurrían sobre cuanto leían. Es por esto por lo que no pocos autores los tienen por verdaderos *Racionalistas* que, independientemente de abusos y de la necesidad de su eliminación, dieron en negar rotundamente el *sacerdocio* y la vida de ultratumba. No falta quien los entronque con Gregorio Palamas, pero es muy difícil probarlo. Más bien pudieran tener conexiones con los secuaces de Pedro Valdo, en Occidente, y con otros sectarios que se caracterizaron por su anticlericalismo radical. Resultaría, en verdad, muy interesante el estudio minucioso de las interdependencias de todos estos sectarios: los de Nowgorod y los de Occidente, tan parecidos en su ideario extremista y en su violencia antisacerdotal. De todos modos,

cuanto sabemos acerca de los Strigolniky se explica muy bien por la justa y profunda indignación contra la codicia del Clero y sus malas costumbres. Como los Valdenses del Occidente, cuyo eco resonó —asi lo creemos firmemente— en Nowgorod, ciudad culta y occidentalista, los Strigolniky fueron unos anticlericales muy raros. Con el Evangelio en la mano fulminaban anatemas contra unos abusos innegables que pedían a grito vivo reforma radical; pero, a la vez y pese a una conducta privada ferozmente rigida y aparentemente moral y aun ascética, introducian otra perturbación mayor: *el más brutal radicalismo religioso.*

Capitulo XIX

I - El Arzobispo de Nowgorod, Gennadio.—Su nombramiento por el Gran Duque de Moscú sin intervención del Metropolita. Datos biográficos. Labor moscoviófila de este Prelado. Su actuación en el problema, político y religioso a la vez, de los conflictos con sus superiores jerárquicos.

II - Los judaizantes.—Errores dogmáticos de esta secta. Evolución histórica de la misma. Los crímenes de que resultaron culpables según la encuesta ordenada por el Arzobispo. Incremento de la Secta en Nowgorod y en Moscú. Cargos resultantes del proceso incoado en Nowgorod. El Sínodo moscovita de 1490. Texto de la sentencia condenatoria de estos herejes. Diversidad de criterios para la aplicación del Decreto sinodal. El Concilio antijudaico de 1503 en Moscú y consiguiente Auto de Fe en Nowgorod. ¿Fue hereje judaizante el Metropolita Zósimo? Origen de la Secta. Literatura que manejaba. EL Prosvietitel (Faro) del P. José de Volokalamsk, magnífico exponente del bajo nivel científico en que se hallaba la teología rusa en el siglo XV.

Cuando en 1479 se llegó a Nowgorod Iwán III para dar buena cuenta de los últimos residuos de libertad republicana en la vieja Ciudad, realizó una confiscación tan gigantesca de los bienes eclesiásticos que la Mitra nowgorodense perdía el 87 por ciento de sus fincas. El Gran Duque se llevaba también consigo a Moscú al Arzobispo Teófilo, quien al cabo de dos años de prisión en el Monasterio moscovita de los Milagros firmaba su abdicación como arzobispo de Nowgorod. Con arreglo a la costumbre y al ritual novgorodenses se le dió un sucesor en la persona de Sergio, monje procedente de la Troitz-Sergieskaja Laura. En efecto, se hizo una terna de candidatos y luego se encomendó a la suerte la designación de uno de ellos. La ceremonia de la consagración, sin embargo, tenía lugar en la Unspenski Sobor (catedral Kremliniana de la Asunción). En realidad de verdad, Sergio era el primer arzobispo *Moscovita* de Nowgorod. El Clero

novgorodense lo recibió muy mal por lo que el infortunado jerarca presentó su dimisión a los pocos meses. En la nueva elección se prescindía en absoluto de toda formalidad canónica y consuetudinaria. El Metropolita Gerontias no intervenía para nada. Por sí y ante sí el Gran Duque de Moscovia Iwán III daba a Gennadio, Archimandrita del Convento de los Milagros en el Kremlin moscovita, el nombramiento correspondiente. Había sido el carcelero del Arzobispo Teófilo. La arbitraria designación quería decir que el nuevo prelado de Nowgorod tendría la misión de ayudar al brazo secular de Moscovia en la despótica labor de incorporar la republicana, culta y autonómica Ciudad al sistema administrativo del Kremlin moscovita. Gennadio, en efecto, comenzaba su labor moscoviófila introduciendo en su Archidiócesis el culto de los santos moscovitas Pedro y Alejo, Jerarcas Supremos que fueron de la Iglesia rusa. Gennadio, aun antes de tomar posesión de su Silla Arzobispal, era ya una personalidad influyente en la política eclesiástica del Gran Ducado de Moscovia.

Gennadio, que había nacido en 1410, fue discípulo de San Sabas, uno de los dos célebres fundadores del Monasterio de Solovezky, del establecimiento religioso más septentrional de la Tierra. En 1479, año de la áspera disputa entre Iván III y el Metropolita Gerontias acerca de si debían celebrarse las procesiones siguiendo o no el curso del sol, Gennadio, secundado en su actitud por otro eclesiástico, se opuso abiertamente al criterio del Metropolita. Ese problema tan baladí puso en gran conmoción a los moscovitas del siglo XV. Tan disgustado se hallaba el Metropolita Gerontias que un buen día presentaba su dimisión y se retiraba a un Monasterio. Iwán III se humilló ante el Supremo Jerarca de la Iglesia, le rogó que volviera a su Sede y le dejó en libertad para que organizara las procesiones como mejor le pareciera. El Metropolita accedió a los deseos del Gran Duque, pero jamás perdonó al Archimandrita de los Milagros. Por fútiles motivos metió en la cárcel a Gennadio (1482). A poco ordenó que fuera ¡encadenado!. Iwán, no menos enérgico que su metropolita, recordó al rencoroso Gerontias la *necesidad y el precepto divino de perdonar las injurias*. Al año siguiente, Gennadio partía para la ciudad de Nowgorod. No había hecho más que llegar a la capital de su Archidiócesis cuando el Príncipe Boris Basilievitch de Vologda se permitió decir públicamente, para que ello se divulgase, que «Gennadio había sido consagrado gracias al apoyo que le habían prestado las potestades temporales». El nuevo Arzobispo le replicó diciendo: «Más le valiera, Príncipe Boris, someterse a los poderes eclesiásticos. Este es su deber.

No tiene derecho a reprocharles ni dar mal ejemplo a sus súbditos». En el entretanto, se habían agravado mucho las cosas en Nowgorod. Iwán III había enviado a ella a un tal Jacobo Zakharitch, hombre duro, inflexible, arbitrario y despótico. Los nowgorodenses, que no podían tolerar su brutal comportamiento, desesperados ya, quisieron asesinarle. Pero el lugarteniente del Gran Duque moscovita supo maniobrar hábilmente y sortear todos los peligros. Sus represalias fueron terribles. Cansado de tantas resistencias y de tantas luchas, Iwán III acudió al expediente brutal de trasladar a territorios moscovitas (ciudades de Moscú, Wladimir, Murom, Nischni-Novgorod, Perejaslaw, Juriew, Rostow, Kostroma etc.) a una parte muy considerable de vecinos novgorodenses. Quedaban dispersas la vieja aristocracia de la ciudad rebelde y la altiva burguesía de la famosa República mercantil. Al propio tiempo desde Moscovia el Gobierno del Kremlin enviaba soldados, a quienes no se había pagado desde tiempo atrás, para que ocupasen como propietarios las fincas de los exilados. Jacobo Zakharitch, el Cromwell moscovita, había tomado su venganza. El fue el íntimo colaborador de Gennadio, del Inquisidor Torquemada de Novgorod, en el herético negocio de los judaizantes. Para enjuiciar debidamente este fenómeno de subversión dogmática habrá que tener en cuenta esa superexcitación de los ánimos. Todos los datos relativos a esta secta proceden de Moscú. Nada sabemos de lo que pensara Novgorod acerca de ella. Creemos que no hay posibilidad de considerarla como una evolución religiosa de carácter homogéneo. Más nos acercaríamos a la realidad, si dijéramos que bajo el título general de *Secta judaizante* se han agrupado varios fenómenos de condición política. La pasión y el fanatismo religioso se mezclaron con ellos e hicieron de todo ello un problema dogmático.

Por lo demás, era Gennadio un prelado muy culto. En colaboración con el dominico croata *Benjamín,* cuya presencia en el Palacio Arzobispal de Novgorod no han explicado todavía los historiadores, preparó una nueva traducción de la Biblia, siguiendo muy de cerca a la Vulgata Latina. El trabajo formó época, según aseguran los sabios modernos del mundo eslavo oriental. Gennadio gustaba mucho de ponerse en contactos con extranjeros ilustrados. También envió una embajada a Roma. Durante su pontificado se difundió en Novgorod la leyenda de la *Mitra Blanca* En 1486 conversó largamente con el Embajador de Alemania en Moscú, Herr. Poppel, de quien aprendió —según se afirma con insistencia— que «el Rey de España había limpiado de herejes al país mediante la Inquisición». Hasta elevó un informe a su

Metropolita recomendándole que hiciese poner en práctica en toda la Metrópoli eslava los métodos inquisitoriales de España, «donde el Rey protege y defiende a la Religión». De hecho, el Arzobispo Gennadio organizó en la capital de su Diócesis verdaderos *autos de fe*. Este Arzobispo anduvo siempre a la greña con todos sus superiores jerárquicos. Quedan ya mencionados sus conflictos con Gerontias. Cuando Zósimo tomaba posesión de su elevado puesto, Gennadio se negó a firmar una nueva profesión de fe. Se fundaba en que no existía tal costumbre, cosa que, en realidad, no era cierta. Simeón, sucesor de Zósimo, depuso y arrestó al inquieto Gennadio. Dos Metropolitas y varios Obispos fueron elegidos sin el sufragio del Arzobispo de Novgorod. Tampoco asistió a las sesiones de los Concilios moscovitas. ¿Por qué se prescindía sistemáticamente del titular de una Sede episcopal tan antigua y venerable como la de Novgorod? Gennadio se creyó grandemente humillado —cosa que revelan sus cartas— tanto más, cuanto que sentía especial vocación a paladín de la Ortodoxia en todos los negocios importantes de la Iglesia eslava.

* * *

La Secta judaizante, que comenzó en Novgorod y ganó luego muchos adeptos en Moscovia y su capital, negaba en redondo el Misterio de la Santísima Trinidad. Abraháin —sostenían estos herejes, que representaban una reacción racionalista y en parte místico-cabalística contra el viejo Cristianismo eslavo, demasiado estrecho y misantrópico, y contra la incultura del Clero ruso— no ¡vio más que a *un solo Dios* acompañado de ángeles! El Mesías, personalidad humilde y salvadora de la Humanidad por el sacrificio de sí misma en una Cruz y por la predicación de una doctrina que consagró el dolor y la virtud callada y oscura, ni ha llegado ni llegará jamás. No puede sostenerse la doctrina cristiana acerca de la Economía divina de la Redención. Son falsas en este respecto todas las aseveraciones bíblicas. El Dios *Unico,* omnipotente, Eterno y Dueño absoluto del Universo, no pudo pensar en la realización de sus planes en orden a la Humanidad prevaricadora por medio de la humildad, del dolor y de la Cruz, porque todo ello es indigno de su excelsa Majestad. Y si las Escrituras son falsas en esta parte, no pueden ser menos erróneas las exégesis teológicas que en ellas fundamentaron los llamados Santos Padres. Los iconos son unos artefactos despreciables, que no merecen el culto que se les rinde. Sin desdoro de la propia dignidad ningún hombre deberá in-

clinarse en señal de adoración ante obras que haya realizado un semejante suyo, por muy artísticas que ellas sean. La vida monacal —aseguran los judaizantes rusos— no puede agradar a Dios. El Cristianismo, pues es aborrecible y no hay ni puede haber más Religión que la *judaica*. Es por esto por lo que todos los hombres tienen obligación de circuncidarse y de ofrecer sacrificios a la Divinidad. No es humano —concluían— y por tanto tampoco será divino, perseguir a los herejes y cismáticos. Es más: no deberá ponerse empeño en descubrir sus enseñanzas, ni en desenmascarar sus procedimientos. Unos y otros deberán gozar de libertad plena para exponer y difundir sus doctrinas. Tan pronto como se conviertan —cosa que debe ser totalmente voluntaria— deberán ser admitidos sin obstáculo alguno en el seno de la Iglesia y agraciados con los sacramentos y demás ventajas de la misma. Tal fue el sistema religioso de los Judaizantes de Novgorod Así resulta por lo menos de las descripciones que acerca de él nos dejara el más furibundo de sus enemigos: el cronista P. *José de Volokalamsk,* batallador incansable y personalidad de relieve en la Iglesia y en la Nación rusas.

* * *

Estudiemos brevemente la evolución de esta herejía. Un sacerdote llamado Naum presentó a su Arzobispo, el prelado Gennadio de Novgorod, un ejemplar del Salterio que para celebrar sus oficios empleaban ciertos sacerdotes, reos de una combinación religiosa basada en el Judaísmo y en la herejía mesaliana. Al propio tiempo otros fieles formulaban contra ellos acusaciones muy graves, la de haber comido y bebido antes de celebrar la Santa Misa y la de haber cometido actos indignos con los Santos iconos y los venerandos crucifijos. El Arzobispo Gennadio abría una encuesta. De las averiguaciones consiguientes resultaron culpables el Arcipreste Alejo y el pope Dionisio, entre otros. El Prelado novgorodense no fue muy severo en los comienzos; se limitó a interrogar a los encartados, a detener a cuatro de ellos tan sólo y a ponerlos no tardando en libertad provisional. Los acusados juraban y perjuraban que eran *ortodoxos de corazón.* Gennadio enviaba a Moscú todas las actuaciones. Al mismo tiempo daba cuenta de lo ocurrido al Obispo de Suzdal, *Nifón,* a fin de que tomara las debidas precauciones en un asunto tan peligroso. He aquí el principal capítulo de acusación: «Resulta —escribía Gennadio— que estos malvados, después de haber cazado vivos a algunos cuervos, les atan unas cruces de madera y unos crucifijos metálicos con el propósito

diabólico de que, echados nuevamente a volar, esas aves de rapiña arrojen su carga sobre la carroña de que preferentemente se nutren. Hallan su mayor gozo estos perversos en que el signo de la Cruz y la imagen del Redentor toquen con la inmundicia y la corrupción. ¡Tan diabólica es la maldad de estos desalmados herejes!». El hecho de que el dignatario eclesiástico Gennadio comunicase tanto detalle a Nifón, hermano suyo en el Episcopado, y no al Metropolita de Moscú, parece indicar que el Arzobispo de Novgorod no debía tener mucha confianza en el Jefe supremo de la Iglesia eslava. Tampoco creyó en la ayuda antiherética de Iwán III. No hay noticia de que pusiese en antecedentes de lo que venía ocurriendo en la Capital de su Diócesis al soberano moscovita. Sospechaba, sin duda, del Gran Duque, cuyo proceder en negocio tan grave siempre resultó enigmático. En la Curia Metropolitana de Moscú no hicieron gran caso de las noticias alarmistas del Arzobispo Gennadio. «¡Bah! cosas de ciertos popes novgorodenses, quienes en estado de embriaguez han profanado unos iconos! Total, nada. ¡Bagatelas!», decían los curiales en el Palacio del Metropolita. En realidad, se trataba de algo más que de borracheras clericales. Los judíos y simpatizantes iban afluyendo en gran número a Novgorod. Y, como era natural, iban también en aumento el fanatismo y la hipocresía de los corifeos, Dionisio y Alejo. Parecían unos santos. Ayunaban rigurosamente y cumplían con escrupulosidad todos los mandatos eclesiásticos. Tanto fue así que el Gran Duque Iwán Basilievitch, quien estuvo en la Ciudad del Lago Ilmen en 1480, ascendió a Dionisio y Alejo. El primero ocuparía en adelante una rica prebenda en la Iglesia moscovita del Arcángel San Miguel, y el segundo sería Arcipreste de la Catedral Kremliniana de la Ascensión. El Autócrata de la Rusia Central quería premiar así el probado *temor de Dios* de que venían dando pruebas irrefutables aquellos ¡*venerables ministros del Señor*! Naturalmente, los nuevos dignatarios eclesiásticos de Moscú trabajaron mucho en esta ciudad. Es justo reconocer que el éxito más lisonjero coronaba sus esfuerzos. Conquistaron muchos adeptos entre las clases cultas y elevadas. El monje Zacarías, del Monasterio *Simón*, el Archimandrita de este mismo establecimiento religioso y, lo que era más grave, *Teodoro Kuritzin*, secretario nada menos del *Kniaz* o Gran Duque moscovita, ingresaban en la Secta judaica. En el entretanto, seguía investigando en Novgorod el Arzobispo Gennadio, «luz de Dios, león vigoroso y prelado amante de los cánones y de la pureza dogmática» (P. José Volokalansk). Las pruebas que pudo reunir eran contundentes: Era muy cierto que los judaizantes llamaban mamarrachos a los iconos;

escupían a la Santa Cruz; blasfemaban de Cristo y de su Madre Santísima; colocaban a las imágenes sacras en lugares inmundos; las mordían; rechazaban el Reino Celestial; negaban la resurrección de la carne y aborrecían al Cristianismo. No pocos se habían circuncidado y adoptado nombres hebreos. El prelado novgorodense encarceló y *torturó* a los más fanáticos judaizantes.Le ayudaba en esta labor dura y cruel el sanguinario Jacobo Zakharitch, representante en Novgorod del Gobierno moscovita. Mientras tanto había fallecido Gerontias y, *sin la intervención del Arzobispo Gennadio,* ¡titular de la segunda Silla eclesiástica de Rusia!, era elegido Metropolita de Moscú el dignatario *Zósimo.* Gennadio escribía al nuevo Jerarca Supremo de la Iglesia eslava para darle cuenta del desarrollo de los sucesos perturbadores y para instarle a que tanto él como el Concilio futuro tomasen medidas de extremo rigor contra los judaizantes. El sábado, 16 de octubre de 1490, se reunían en la Capital de Moscovia muchos sacerdotes seculares, bastantes Archimandritas y algunos Obispos. Presidía las sesiones el Metropolita *Zósimo.* En el banquillo de los reos se habían sentado Alejo, Dionisio, el monje Zacarías, el protopresbítero Gabriel y otros. Llenos de espanto y extrañeza, oyeron aquellos Padres la narración de la caída y criminalidad de los infames acusados. Quedó demostrada su culpabilidad. He aquí el texto de la condenación fulminada por aquella asamblea memorable: «Muchos de vosotros ¡oh herejes! habéis profanado los iconos de Cristo y de su Madre Purísima. No pocos de vuestros secuaces han cometido este mismo crimen con la Santa Cruz del Señor. También han vomitado blasfemias contra otras muchas imágenes santas y han llevado su perversidad hasta el extremo de escupir sobre ellas y de quemarlas. No han faltado quienes han triturado con sus dientes algunas cruces de madera. No han dejado otros de arrojarlas al suelo, de pisotearlas y de cubrirlas de inmundicias. Sabemos también que compañeros vuestros han dirigido insultos de gran contenido herético contra Nuestro Señor Jesu-Cristo y contra su Purísima Madre. Al buen Jesús le han negado su condición de Hijo de Dios y han dirigido palabras insultantes a los grandes taumaturgos, a los Santos Padres y a los venerandos Concilios Ecuménicos. Hay entre vosotros quien ha comido carne, queso y huevos y ha bebido leche durante toda la Cuaresma y en este mismo tiempo penitencial ha venido comiendo esos manjares los Miércoles y Viernes. Asimismo, han preferido como *Día del Señor* al Sábado judaico en vez del Domingo cristiano. Hasta hubo negadores de la Resurrección y de la Ascensión de Jesús. Y habéis realizado todo esto aceptando las costumbres judaicas, pisotean-

do las leyes divinas y menospreciando la fe cristiana. ¡Seáis todos malditos! El Concilio os condena a perpetua *degradación*». Estaban presentes los prestigiosos monjes Paisio de Jaroslawl y Nilo de Sora. También asistió a la más solemne de las sesiones el Gran Duque Iwán III.

Conviene recordar (y ello puede explicar la conducta benévola del Gran Duque y del Metropolita) que los miembros del Concilio se dividieron al estudiar los procedimientos que habían de emplearse para ejecución del *Decreto*. El Gran Duque y el Metropolita, a quienes siguieron muchos Padres, todos los sorskianos, expusieron el criterio de que eran sanción suficiente el anatema fulminado y la degradación aneja. Otros, en cambio, los Josefistas, se mostraron partidarios de aplicar las penas corporales más severas, entre las que figuraba el *tormento* ¡durante la celebración del juicio y antes de la sentencia!. Prevaleció el primero de esos criterios y en su consecuencia se avisó al Arzobispo Gennadio dándole a conocer lo siguiente: «Vuestra Excelencia está autorizado para obrar con arreglo a su leal saber y entender; podrá imponer castigos severos y penas muy duras; pero no tendrá poder para infligir la pena capital». El Arzobispo, a cuyo tribunal iban a parar todos los culpables, cumplía a satisfacción, al menos en lo relativo a la severidad, el encargo recibido. Hizo, en verdad, cuanto estuvo de su parte para ponerlos en el más espantoso ridículo, para ofrecerlos a la befa popular y para torturarlos en la prisión. Pero el Gran Duque y el Metropolita, si hemos de creer al único cronista de aquellos lamentables sucesos, P. José de Volokalamsk, seguían creyendo que debían emplearse en este caso la benevolencia y la moderación. El famoso Higumeno atribuye esta lenidad, incompatible, en verdad, con aquellos tiempos de ignorancia y fanatismo, al hecho inaudito de que el *diabólico y redomado hipócrita Zósimo,* Jerarca Supremo de la Iglesia rusa, fuese también ¡¡hereje judaizante!! «En torno al Metropolita se agrupaban todos los heterodoxos que preferían la Astrología a la Biblia... Y los defensores de la fe cristiana no obtuvieron otro premio que las cadenas, la prisión, el decomiso y la pérdida de los bienes temporales... La situación de la Iglesia eslava no podía ser más lamentable, pues cuantos intentaban defender la Verdad religiosa estaban expuestos a grandes persecuciones por parte de Zósimo...

El Metropolita depuso a muchos sacerdotes y diáconos y lanzó el rayo de la excomunión contra muchos legos»... (El P. José) ...«Encontrábase entre los seducidos por los malditos judaizantes un monje, a quien no quiero dar el título de archi-

mandrita, porque será bastante llamarlo *Clérigo inmundo* que se ha revolcado en el fango de la abyección...

Su nombre era Zósimo, quien llegó a ser Metropolita de nuestra Iglesia» (El mismo).

Pero Zósimo no tardó en caer en desgracia ante el Autócrata de Moscovia por motivos políticos, ya que era partidario de la primera mujer del Gran Duque y había intentado librar del encarcelamiento a ciertos factores dinásticos. Antes había entrado en conflicto (1492) con el Arzobispo Gennadio, por haber adjudicado al Obispado de Perm, los bienes confiscados a los herejes en Novgorod. ¿No serían éstas las razones de la hostilidad del célebre higumeno y cronista P. José hacia el Metropolita? El hecho es que Zósimo era depuesto y remplazado por el Metropolita Simeón (1494). En el entretanto, el Clero ruso, alto y bajo, ejercía enorme presión antijudaica sobre las autoridades eclesiásticas y civiles de Moscovia para que utilizasen los métodos de violencia preconizados por José de Volokalamsk. Y otra vez salía victorioso este violento y pasional higumeno. «En el invierno de 1503 —refieren las crónicas— se reunían en Concilio el Gran Duque Iwán III, su hijo el Príncipe Basilio, el Metropolita Simeón, los Obispos y demás padres y teólogos para tratar en Moscú del asunto de los Judaizantes». Se ordenó que se les aplicase la pena de muerte. El 27 de diciembre de aquel año eran *quemados ¡vivos!* Kuritzin, Miguel Konoplev e Iván Maxinov. Antes de ser quemados, en Novgorod, naturalmente, *arrancaron la lengua* a Nekrás Rukanov. También perecían en las llamas Casiano, Archimandrita de Juriew, y su hermano Juan el Negro. Otros monjes tomaban el camino del destierro. Afirma el P. José de Volokalamsk que en castigo de su perversidad «habían perdido ¡la *lengua! antes que la libertad*».

¿Fue hereje judaizante el Metropolita Zósimo?

Ya hemos visto que entre 1490, año de la condenación de los Judaizantes por el Sínodo de Moscú, y el Auto de Fe de 1503, habían ocurrido muy graves sucesos. El Metropolita tuvo que renunciar a su alta magistratura (1494). A partir de este acontecimiento no aclarado históricamente, llueven sobre el desventurado Jerarca Supremo de la Iglesia eslava tremendas acusaciones. Zósimo era *hereje* y reo, además, de crímenes contra naturam. Tan graves imputaciones, que tomaron carta de naturaleza en la historiografía oficial de Rusia, se basan única y exclusivamente en el testimonio de José de Volokalamsk, cronista muy apasionado y enemigo del Metropolita. Tan sólo otra crónica —llamada de Nicón— afirma que Zósimo fue depuesto por embriaguez y por otros actos indignos. Pero esta crónica

no hace más que reproducir las acusaciones lanzadas por el famoso Higumeno de Volokalamsk en su no menos célebre *Prosvietitel* (El Faro), al que tenemos por fuente única en la que se han inspirado los enemigos de Zósimo y los historiadores todos. Se cita también una carta del P. José al Obispo de Suzdal, *Nifón* en la que se ocupaba de la caída del Metropolita en la herejía, carta que debió ver la luz pública en 1493, ya que se supone en ella que Zósimo ocupaba todavía su elevado puesto en la Catedral Metropolitana de la Asunción. Pero nos parece inverosímil que se lanzaran públicamente estas acusaciones en 1493, pues no cabe creer que Zósimo fuera objeto de tan graves reproches por parte de un hombre tan prestigioso y relevante como el P. José, sin que lo supiese el Arzobispo de Novgorod, Comisario eclesiástico y civil para todo lo relacionado con la herejía. Y el Prelado Gennadio nada sabía en 1494 de todo esto. Repetimos que el escándalo monumental originado tuvo que haber llegado a sus oídos. Para el Arzobispo de Novgorod, personaje de gran relieve en la Rusia de aquel entonces, la dimisión del Metropolita era enteramente *voluntaria*. Es fácil suponer que nos hallamos frente a una imputación falsa por completo. Por otra parte, en la primera edición del célebre *Prosvietitel* no se alude para nada a la participación de Zósimo en el movimiento heterodoxo. La redacción posterior hecha en momentos de gran excitación parece ser el producto de un fanatismo cerrado del autor. Hay que mirar con mucha reserva las afirmaciones del Higumeno porque llegó a odiar con toda su alma al Metropolita, a quien negó obediencia repetidas veces. No cayó, pues, en la herejía el jerarca Zósimo sino en la rebeldía y en la venganza del P. José de Volokalamsk, hombre soberbio y apasionado. Conviene advertir que el célebre *Prosvietitel,* en cuya introducción se hace la historia de la herejía judaizante, no fue bien acogido por todos. Lo despreciaron todos los monjes de más allá del Volga, sorskianos ellos, y también algunos de los josefistas, entre los que se encontraba el prestigioso Metropolita Macario. Diremos, por último, que el P. José de Volokalamsk clasificaba sin misericordia como *herejes* a todos los que no opinaban como él ¡¡*Hereje*!! llamó nada menos que a Nilo de Sora, varón eminente en virtudes, hombre dignísimo, limpio de conducta y sano de criterio, por el mero hecho de no comulgar en sus ideas políticas y no practicar sus métodos ascéticos. ¿No interpretaría como *herejía* la simple inhibición de Zósimo o su tendencia a los modos de benevolencia y suavidad?

Es innegable la influencia judaica porque consta que tomaron parte muy activa los hebreos *conversos*; pero no es menos cierta

la aportación de los Bogomilas. Se afirma con insistencia que había muchos de estos heterodoxos en el séquito de Elena de Moldavia, prometida del hijo de Iwán III. De hecho, los libros que manejaban los judaizantes estaban impregnados de savia bogomilista. El pricipal apoyo de la Secta en las altas esferas de la política, el Príncipe *Teodoro Kuritzin*, que había viajado mucho por el Extranjero, (pues había sido embajador en Hungría y había regresado a Moscú por Crimea y Moldavia), manejaba libros de cábala y de ocultismo: el *Sestocril* (Las seis alas), el Misterio de los Misterios, atribuído a Aristóteles, y otros. El martillo de esta herejía, Gennadio, al escribir sobre ella al Arzobispo de Rostow, le encargaba que buscara en la biblioteca del Monasterio de San Cirilo de Bielozer estos libros: *Silvestre Papa romano* (Donación de Constantino); el Discurso del Sacerdote Côme contra los Bogomilas; la Epístola de Focio al Príncipe Boris de Bulgaria; las Profecías; el Génesis; los Reyes; los Proverbios; Menandro; Jesús de Sirac; la Lógica (del rabino Maimónides) y Dionisio el Areopagita. Porque todas estas obras —terminaba el Arzobispo de Novgorod— *andan en manos de los judaizantes*. Se ha escrito mucho sobre un Salterio judaizante, del cual también habla Gennadio en otra carta, la dirigida al prelado Josafat. Se trata de un conjunto de preces que recitaban los judíos. Aunque inspirados en la obra famosa atribuída a David, estos titulados Salmos judaizantes carecen por completo de las alusiones *Mesiánicas*. Contenían, en cambio, muchos cánticos. Conviene advertir que de todas las obras que manejaban los judaizantes de Novgorod no hay ni una sola siquiera que defienda con calor las doctrinas judaicas.

La obra antijudaica por excelencia, el *Prosvietitel* (Faro), redactada por el P. José de Volokalamsk, debelador científico de los judaizantes de Novgorod, gozó por mucho tiempo de extraordinario prestigio en Rusia. Y aún conserva el más venerado respeto entre los historiadores de la literatura religiosa en el mundo eslavo-oriental.

¿Merece en verdad tan gran consideración? Hay que convenir en que los rusos de los siglos XVI, XVII y XVIII, no tuvieron a su disposición cosa mejor. Mas, aun teniendo para él la máxima benevolencia, diremos que el *Prosvietitel* no admite comparación, ni de lejos, con las obras de aquellos teólogos que en Occidente representaban por entonces la Ciencia bíblica y la exposición dogmática. Veamos. Es esta la tesis fundamental: «Cristo ha *venido* y es *Dios*». Después de haber citado los textos proféticos de Jacob y Daniel acerca del Mesías y tras de insistir mucho en las *Dinastías* y en el *Cómputo* de los años, el autor

establece la fecha del Nacimiento y del Bautismo de Nuestro Señor Jesucristo. Aduce luego textos proféticos de Isaías y de otros autores del Antiguo Testamento para demostrar los hechos venturosos de la Crucifixión y de la Ascensión gloriosa a los Cielos.

La Ley de Moisés ya pasó —continúa el P. José—. Ya no es necesario ofrecer sacrificios, ni es obligatoria la circuncisión. Han caducado ya las diversas etapas de la Vieja Ley (de Noé a Abraham y de Abraham a Moisés).

Usando un ¡*subterfugio*! con el Demonio, Cristo salvó y continúa salvando a la Humanidad. No es indigno de Dios rebajarse, consagrar el dolor y *engañar* al Demonio. José de Volokalamsk insistía mucho en este último extremo porque a los herejes no les cabía en la cabeza que *todo un Dios pudiera engañar a nadie*. Dios puede —replicaba el de Volokalamsk— utilizar determinados ¡*subterfugios*!. Y así *El mismo* ordenó a Moisés que *engañara* a los Egipcios; a Samuel, que engañara a Saúl para coronar a David; a Judith, que hiciera otro tanto con Holofernes etc. No hay porqué escandalizarse —concluye el autor— de semejantes estratagemas de la Divinidad. Por lo demás, bien poco respeto merece el Príncipe de las Tinieblas porque un día negó él a Dios la debida obediencia, cayó y quedó convertido en *Demonio*.

Dios creó al hombre a quien colocó en el Paraíso de los Deleites. Era enteramente libre. «Ni el fuego podía quemarlo, ni el agua asfixiarlo, ni las fieras destrozarlo. Estaba adornado de todas las virtudes y de un gran resplandor. El Señor lo hizo rey de todas las cosas visibles. Enseguida le dio una compañera y un precepto, cuya transgresión trajo la caída y la desgracia del Género Humano. Para atajar el mal, Dios envió el Diluvio, pero no tardando era la corrupción mayor que antes. Por lo mismo se hizo necesario que el Señor diese la Ley y comisionara a sus Profetas, quienes predicaron y amenazaron en nombre del Cielo. ¡Todo resultó inutil! Dios hubiera podido aplastar definitiva y eternamente al Demonio; pero no quiso realizarlo porque entonces el Angel malo habría podido decir: «La Divinidad será más justa que yo, pero hace las cosas exactamente igual que yo, es decir, utilizando la violencia. Por la fuerza vencí yo al hombre». Fue entonces cuando la Divinidad tomó la resolución de *encarnar* a fin de purificar a nuestra carne con su carne y a nuestra alma con su alma. De aquí el Nacimiento del Redentor, los Milagros, el Evangelio y la Iglesia. El Demonio quedó asombrado ante las excelsas maravillas de Dios. Y también colérico. Por eso excitó contra el Justo a sacerdotes, escribas y fa-

riseos, quienes lo condenaron a muerte afrentosa. El alma de Cristo ¡*fue conducida por la Muerte y el Demonio a los Infiernos*! Fue entonces cuando Cristo demostró a una y a otro su *Divinidad*. Hablando con voz de trueno hasta el extremo de producirles *espanto*, dijo: «Soy Dios eterno de Dios *Eterno*. He venido del Cielo y me hice hombre. Mostradme el pecado por el cual me condenasteis a muerte y me trajisteis a este lugar». Ni la muerte ni el Demonio pudieron contestar. El Señor los condenó al fuego, les aherrojó las manos, libertó a los prisioneros, subió a los Cielos y envió al Espíritu Santo, que iluminó a los Apóstoles o predicadores de su Evangelio. El hombre estaba salvado. «Como el pescador captura los peces con un anzuelo al que recubre con un gusano, así la Divinidad recubrió su excelsa condición divina con la gusanera de nuestra carne. Así logró capturar al enemigo».

A los que afirmáis ¡Oh herejes perversos y judaizantes malditos! que no hay ni puede haber milagros, tengo que replicar que ¡*tampoco son necesarios*! para la salvación. Lo que sí es absolutamente preciso es hacer penitencia. Antes de la Encarnación hubo pocos Santos. Ahora es más fácil contar las arenas del mar y las estrellas del firmamento que los santos a quienes la Encarnación dio la felicidad. No existe en el día de hoy isla alguna, ni ciudad, ni rincón de la Tierra, donde no se haya anunciado el Santo Evangelio. Así lo atestiguan cuantos lo han visto: Helenos, romanos, etíopes, indios, babilonios, medos, persas y rusos.

Los historiadores del famoso Higumeno de Volokalamsk quedaron admirados ¡*ante tanta sabiduría teológica*!.

Es conveniente pintar la Santísima Trinidad y dar a sus iconos la oportuna adoración. Para confeccionarlos debidamente, los artistas acudirán a los tronos y, sobre todo, a las aureolas porque el círculo representa la infinitud. Las alas y los cetros son muy adecuados. También son dignos de culto los iconos de la Santa Cruz, el libro de los Santos Evangelios, la Santa Eucaristía, los vasos sagrados, las reliquias y los templos. La prohibición del Antiguo Testamento no puede aplicarse a los iconos. Se hace, pues, necesario que rindamos adoración a la imagen de Cristo, ¡*impresa sobre el velo enviado a Abgar*!, y al Icono de nuestra Señora, «proclamada por los Apóstoles, los profetas y los justos como verdadera Madre de Dios, la cual, pura de corazón y limpia de mácula corporal, engendró a Enmanuel sin mancharse». Sabed ¡oh judaizantes! que, si Dios no hubiera encontrado este asilo limpio e inmaculado, tampoco hubiera podido la carne encontrar su salvación. No olvidéis que a esa criatura excelsa fueron dadas por los profetas, apóstoles, már-

tires, justos y bienaventurados —y así será hasta el fin de los tiempos— toda gloria, toda honra y toda santidad. Lucas hizo de ella la primera imagen. La Santa Cruz debe merecer nuestro culto, porque fue santificada por la Sangre del Verbo de Dios, muerto en ella. Y lo mismo digo de los Santos Evangelios. De igual manera que al honrar al icono santo, no honramos la tabla sobre la cual está pintado, así también, al venerar al libro de los Evangelios, no dirigimos nuestra veneración al papel o a la tinta que sirvieron para escribirlo, sino al relato de la Vida de Nuestro Señor Jesu-Cristo. Hemos de dar culto, asimismo, a la Santa Eucaristía. En ella está *realmente presente* Jesús, nuestro Dios. El prodigio de la Transubstanciación —cuya palabra no emplea el Higumeno pero cuya doctrina o contenido dogmático admite— se opera mediante la virtud del Espíritu Santo. Como el fuego cambia la cera en luz, así también la acción del Santo Espíritu sobre el pan, el vino y el agua transforma estos elementos en *carne y sangre* de Cristo. El magno prodigio se debe a la *Epiclesis,* porque, antes de la santificación mediante las palabras institucionales y la actuación del Espíritu Santo invocado por el celebrante, no había más que *pan y vino* y luego, realizada esa *santificación* por las palabras y preces del Sacerdote y por la *venida* del Espíritu Santo, los *dones* quedan santificados, cambiados, transformados (transubstanciados) en la *Carne* y la *Sangre* de Cristo. Son, por último, muy dignos de nuestra veneración las reliquias y los templos. Los que desearan ver suprimidas las iglesias no han leído a San Juan Crisóstomo, para quien el templo no es tan sólo el edificio, sino la congregación de los fieles que en él se reunen.

Habrá *segunda venida* de Cristo (Parousia). Conviene advertir que siendo Rusia el país apocalíptico por antonomasia, tenía que cundir siempre en ella la crencia de que el mundo no tardaría en acabarse. La generación que vivía a últimos del siglo XV, temía que el cataclismo tuviera lugar en ¡1491! o, a lo sumo, al año siguiente. Esta sería la fecha límite de aquellos 7000 años de existencia que se daban al mundo. Pues bien; llegó y pasó esa fecha fatal sin que el Mundo sublunar se hubiese conmovido. Los judaizantes se aprovecharon de este incumplimiento de las predicciones todas para apoyar su tesis de que ni habría fin del Mundo, ni mucho menos *segunda venida*. Nuestro teólogo les contestaba así: «Ignoramos nosotros —y lo desconocerán también las futuras generaciones— el momento de la *segunda venida* del Señor; pero del hecho irremediable de que los hombres desconozcan la fecha no se deduce la no existencia. Un buen día por todos ignorado se presentará Cristo con toda pompa y ma-

jestad». No aduce nuestro escriturario texto bíblico alguno y se contenta con asegurar que «los Santos Padres què, refiriéndose al fin del Mundo, hablaron de milenios o de siglos, han de ser interpretados en sentido místico».

Para demostrar que la vida monástica no ha sido inventada por los monjes mismos, el P. José de Volokalamsk aduce muchos ejemplos de vida monacal en el Viejo Testamento. Monjes fueron —así lo asegura él— Melquisedec; Elías; Eliseo; los tres Niños del Horno de Babilonia; Jeremías; Daniel y, sobre todos, Juan el Bautista. Se ocupa luego de la doctrina de Cristo acerca de la pobreza y del abandono de los parientes, y continuaba así: Muchos apóstoles fueron vírgenes. Tales fueron San Juan y Santiago, su hermano; San Pablo y San Andrés; santos Felipe y Tomás. Los demás apóstoles no poseyeron la inmarcesible corona de la virginidad, pero lo dejaron todo por seguir a Cristo. La vida monástica —afirma el P. José siguiendo en su argumentación a los apócrifos— fue instituída por los apóstoles. A Cristo —dice él— nos lo pintan con hábitos de lego, porque *no fue monje y no tuvo pecados que llorar, ni por tanto necesidad de arrepentirse.* El hábito monacal es la imagen de la penitencia y de las lágrimas. Cristo, por otra parte, realizó ciertas prácticas que nosotros no podemos ni debemos hacer. Y así no nos es lícito seguirle en los ritos de la Circuncisión y de la Pascua. En cambio, practicamos nosotros otras cosas que Jesús no realizó en modo alguno. Tales son la recitación del Símbolo de la FE y el renunciamiento a Satanás, sus pompas y sus obras al tiempo de recibir el Santo Bautismo. Los Apóstoles, que son la luz del mundo, están por encima de los monjes.

Se ha de tratar a los herejes con dulzura cuando son inofensivos; pero desde el momento que resultan peligrosos para la Iglesia, el Estado y la Sociedad, hay que emplear con ellos la máxima dureza. Y no se arreglarán las cosas con aplicar sanciones a los herejes públicos; será preciso desenmascarar a los ocultos y buscarlos. Al tratar de readmitir a los conversos, se procederá con suma cautela porque no se puede creer en la sinceridad y verdadero arrepentimiento de estos descarriados. Quien se desvió de los caminos de la Fe, difícilmente los encuentra. Los condenados a muerte deben ser ejecutados sin piedad. Hay una gran diferencia entre estos pecadores especiales y los corrientes. Por lo común, éstos se arrepienten de veras, permanecen fieles a su propósito penitencial y perseveran en su fervor hasta la muerte.

Hemos seguido paso a paso al P. José de Volokalamsk en su argumentación contra los judaizantes, porque teníamos interés en mostrar a nuestros lectores el *raquitismo* de las Ciencias teológicas en la Moscovia del siglo XV. Hemos querido repetir ahora lo que hicimos al historiar la decimocuarta centuria, esto es, presentar citas textuales y amplios extractos de las que pudiéramos llamar obras clásicas en la literatura teológica del mundo eslavo-oriental. El lector —estamos seguros de ello— habrá podido convencerse de que el *Prosvietitel,* exponente magnífico del bajo nivel científico de los teólogos rusos del siglo XV, no merece en modo alguno la gran estima en que lo tienen los dogmáticos rusos ni las alabanzas que le han prodigado. Los occidentales encontramos en nuestros autores de esa misma centuria mayor profundidad dogmática, mejores exégesis bíblicas, más precisión histórica y mejor método didáctico.

Siglo XVI

Capítulo XX

I

RUSIA Y EL HUMANISMO

Penetración en Moscovia de la superior cultura de Occidente.—Principales figuras renacentistas trasladadas a Moscú.—La reacción antihumanista.—Ineficacia de las métodos josefistas *del HIERRO y del FUEGO contra el Humanismo y contra los monjes puritanos, secuaces de Nilo de Sora, paladín de la pobreza monacal.—La campaña del boyardo-monje Vasian Patrikejew.—Caída en desgracia del metropolita Barlaám, antijosefista, a causa del DIVORCIO de Iván III.—Punible condescendencia del Metropolita Daniel.—Significado funesto de la victoria final de José de Volokalamsk, antihumanista rabioso.—Consecuencias (Despotismo gubernamental y alargamiento de la Edad Media en Rusia).*

II

CULTURA ECLESIASTICA

Atraso cultural y sus causas.—La deficiente formación del Clero.—Escasas posibilidades para aprender y para enseñar.—Actuación de personalidades científicas extranjeras: a) Pacomio Logoteta, servio.—Sus vidas de Santos.— b) El dominico de Croacia, BENJAMIN, colaborador del Arzobispo novgorodense Gennadio.—La primera Biblia eslava, merecimiento excelso del dominico Benjamín, y c) Máximo el Griego—Datos biográficos y primeras versiones.—Sus múltiples conflictos, su condenación como hereje *y su larga prisión.—La robusta personalidad ortodoxa de este griego incomprendido en Moscovia.*

I

La perturbadora actuación de los judaizantes novgorodenses no constituyó en modo alguno un fenómeno puramente religioso con base única en el campo de la Teología especulativa. Era, además, una corriente de índole cultural, porque junto a los errores dogmáticos había criterios enteramente profanos y de origen extranjero. Con el sistema judaizante pretendían entrar en Rusia la cultura humanística del Occidente y las Ciencias menos excelsas como la Alquimia y la Astrología. El Gran Duque de Moscovia, por su parte, no ofreció resistencias a esta corriente invasora.

Por lo demás, no era cosa desconocida en Rusia la superior cultura de los occidentales. Hacia 1470 habían ya arribado a Moscú no pocos italianos. Era uno de ellos el aventurero De la Volpe, bien conocido por su labor mediadora en el matrimonio de la Princesa griega Zoe con el Gran Duque moscovita Iwán III. Es figura destacada entre los italianos renacentistas trasladados a Moscú en el siglo XV el arquitecto Aristóteles Fioravanti degli Alberti, de Bolonia, que residió en aquella ciudad desde 1472 hasta 1486, año de su muerte. A él se deben muchas iglesias, palacios y fortificaciones en el Kremlin. Entre las primeras figura como monumento de valor perdurable la Catedral de la Asunción (Unspensky Sobor). Trabajaron también en las murallas famosas de la Fortaleza de Moscú Marco Ruffo y Aloisio, de Milán, y en Granovitaia Palata, Sala del Consejo en el no menos célebre Palacio gubernamental Kremliniano, Marco Friazine y Pedro Antonio Solari, de Venecia. El Gran Duque, por su parte, no tardaba en mandar hacia la Europa central y meridional a ciertos emisarios moscovitas con el encargo explícito de reclutar para la Rusia Grande numerosos especialistas (tipógrafos, arquitectos, artilleros, alquimistas, médicos, ingenieros, ...etc.). En Moscú no les faltarían honores ni estipendios. Para obrar así tenía el Soberano moscovita buenas razones políticas. Como andaba a la greña con su yerno el Príncipe Alejandro de Lituania, Iwán III buscó apoyo en los novadores y aún herejes, quienes por esta misma condición eran antilituanos. Ellos le sirvieron de enlace en los asuntos políticos de Moldavia. Con su auxilio, cabalmente, lograba él que fuera coronado (4-II-1498) como Zar de todas las Rusias el hijo de la princesa moldava, Dimitry, nieto suyo. Los rabiosos esfuerzos antiheréticos del fanático monje José de Volokalamsk quedaban neutralizados por el momento. Pero la caída de la dinastía moldava

en 1502 y la consiguiente supremacía de la Gran Duquesa-viuda, Sofía Paleólogo, y de su hijo Basilio tuvieron la vìrtud de poner un dique en Moscovia a la impetuosa corriente de los judaizantes y novadores o humanistas. En 1503 y presidido por el Metropolita Simeón, se celebraba en la Capital de la Rusia Grande un Concilio episcopal. En él jugó papel decisivo el impetuoso P. José de Volokalamsk. Las exhortaciones a la benevolencia y a los métodos de suavidad preconizados por el muy moderado Nilo el Sorskiano, rival de aquel famoso Higumeno, fueron asfixiadas por las intemperancias temperamentales del Padre José, hombre duro, inflexible y partidario de aplicar a los culpables de herejía y novedades de tipo humanista la bárbara sanción «del FUEGO y de la ESPADA». Pero la victoria del tradicionalista Volokalamsk no fue completa, porque la política severa del *hierro y del fuego*, eficaz contra la secta judaica, aplicada al Humanismo, resultó inútil. Tampoco llegó a resolver la crisis interna del Monacato, hondamente perturbado por el grave problema de los latifundios y de las riquezas. Es verdad que en este orden de cosas había sido derrotado, formalmente al menos, Nilo de Sora. El correspondiente Sínodo moscovita había resuelto, de acuerdo, claro está, con el Gran Duque, que era *legítima* la posesión de bienes por los monjes; es más que era *conveniente*, porque, de lo contrario, ni los boyardos abrazarían la vida religiosa, ni la Nobleza daría ya candidatos para las Sillas episcopales. Pero no era menos cierto que con la resolución de este Sínodo no desaparecía la tendencia de los puritanos, secuaces del rival de Volokalamsk: Nilo de Sora. Los eremitas de la Cuenca del Volga, hombres de suyo sencillos, tranquilos y pacíficos, y los más inquietos monjes que habían sido *boyardos* (Vasián Patrikejew p. ej.) opusieron firme resistencia a la decisión sinodal. Así continuaron las cosas hasta la muerte de Iwán III en 1505.

La oposición, que llegó a convertirse en predominio temporal, subsistió bajo el gobierno del sucesor inmediato, Gran Duque Basilio III.

En 1511, a la muerte del Metropolita Simeón, era exaltado a la suprema jerarquía de la Iglesia rusa el Archimandrita Varlaám, del Monasterio *Simonow* (Moscú), cuyos religiosos eran partidarios de Nilo de Sora. Además, del Claustro Simonow dependía el Eremitorio en que vivía aquel boyardo que por motivos políticos se había hecho monje: el ya mencionado *Vasian Patrikejev*. Por entonces publicaba éste una nueva redacción del *Nomocanon*. Apoyado en ciertos pasajes de los libros eclesiásticos que siempre fueron y son clásicos en el mundo griego

y pasando por alto otros que no convenían a su campaña, Patrikejew arremetió con furia contra los latifundios y las riquezas monacales. Por el momento, callaron los secuaces del Padre José de Volokalamsk. Pero Varlaàm no tardó en caer en desgracia ante el Gran Duque. La cosa era bien sencilla. Basilio III no tenia hijos y habia formulado ante el Metropolita la petición de divorcio. Su esposa, la Gran Duquesa Salomonia Subirov, era estéril. Como buen ortodoxo, el Soberano moscovita habia ordenado que se elevaran plegarias para que el Todopoderoso se dignara otorgarle un heredero. Hasta los piadosos moradores de la Sagrada República monacal del Monte Athos, en Grecia, recibieron el encargo de rogar al Cielo por el nacimiento de un hijo a Basilio III de Moscovia. Pese a ello, la Soberana rusa continuaba tan estéril como antes. Y era el caso que Basilio III no quería dejar su trono más que a un hijo; por esto mismo se mostró extremadamente duro con aquellos familiares suyos que pudieran alegar algún derecho a su corona. No cabía más solución que el *divorcio* —le aconsejaron los boyardos— . Como era natural, el Metropolita no podia autorizar semejante enormidad. Y el soberano dedicó entonces sus afanes a buscar un jerarca supremo más complaciente. Lo encontró en el Archimandrita Daniel, sucesor en el Monasterio de Volokalamsk del célebre P. José. En Diciembre de 1521, Varlaàm era arrojado por la fuerza de su palacio metropolitano. Lo ocupaba en febrero inmediato un nuevo Metropolita: Daniel de Volokalamsk. El nuevo Jerarca Supremo de la Iglesia rusa bendecía (1527) la unión anticanónica de Basilio con Elena Glinsky, lituana joven y hermosa. Salomonia Subirov era encerrada en un monasterio.

Con esto empezaba una nueva etapa en la vida religiosa de Rusia. Ahora resultaba total la victoria del P. José de Volokalamsk. Ganaban predominio completo las ideas y los procedimientos defendidos por el famoso Higúmeno. La violencia en la Iglesia y en el Estado se impondrá como medio de restablecer la disciplina espiritual y la obediencia política. Los herejes hebraizantes y los novadores humanistas desaparecerán totalmente de la vida pública rusa porque el País y el Estado tenían conciencia plena de su exuberante vitalidad. Los soberanos moscovitas —pensaban los boyardos, los nobles y los eclesiásticos— no necesitaban ya de la ayuda de técnicos extranjeros y de heterodoxos para reforzar su situación política, bien precaria por cierto en días no muy lejanos aún. No era ya tolerable la propaganda de índole política y eclesiástica a base de textos clásicos en la religión greco-ortodoxa. Por haberlos citado con cierta desenvoltura se cursará en 1531 una severa amonestación al bo-

yardo-monje Vasián Patrikejew. Una vez más la nación rusa volvía las espaldas a la Europa culta y al desarrollo y ventajas de su Civilización superior.

También se salían con la suya los *Josefistas* en el asunto de los latifundios monacales. Desaparecía hasta la limitación que estableciera Iwán III para aquellas donaciones que abarcaran amplias zonas del agro. Los institutos y organismos religiosos consideraban al decreto ducal como letra muerta. En la práctica, quedaban restablecidas las donaciones por amplias que fuesen. Tampoco molestaron a los eclesiásticos los elementos estatales. Era el premio que recibían por la condescendencia del Metropolita Daniel. Naturalmente, tal actitud tenía que producirle serios disgustos. Capitaneaban el partido de la oposición contra Daniel los monjes Máximo el Griego y Vasián. Argumentaban con vigor inusitado y apoyaban sus contundentes razonamientos en las respuestas ¡negativas! de los cuatro grandes Patriarcas del Oriente y de los monjes del Monte Athos, a quienes el Gran Duque había expuesto el caso de su proyectado *divorcio*. La que comenzó siendo teológico-moral exclusivamente se convertía pronto en pavorosa oposición política. Vasián era, en efecto, algo pariente, aunque lejano, de Basilio III y, además, recibía alientos de no pocos boyardos. Pero el Metropolita y el Gran Duque asfixiaron no tardando el movimiento de protesta. Los propagandistas de ésta habían olvidado que estaban en ¡Moscovia! En 1531, condenados como ¡herejes! por un Sínodo moscovita, los beneméritos paladines de la indisolubilidad del vínculo matrimonial, los monjes Máximo el Griego y Vasián Patrikejev, ingresaban en una cárcel, que tal era para ellos un monasterio *josefista*. En él fueron sometidos a estrecha vigilancia, condenados a triste soledad y privados, para colmo de infortunio, del consuelo de los Santos Sacramentos.

Los josefistas llegaron a ser los dueños de la Rusia Central; a ellos pasaba la influencia decisiva de que habían venido disfrutando los altos jerarcas de la Iglesia eslava. En adelante, serán norma estatal en Moscovia los criterios y procedimientos de los josefistas; hasta la Jerarquía eclesiástica les estará sometida; ellos impondrán su ley en la Iglesia y en el Estado. Ellos fueron la causa de que durante un siglo bien largo se estrechasen todavía más los vínculos eclesiástico-estatales, de que continuase por mucho tiempo aún la uniformidad, mejor diríamos, la fusión entre la vida eclesiástica privada y la pública y de que en la Rusia moscovita, y por ende en toda la Eslavia Oriental, perdurase la Edad Media bastante más tiempo que en la Europa Central y Occidental. Hasta bien entrado el siglo XVII, no apa-

recen en Rusia los primeros síntomas de los tiempos nuevos. La victoria en Rusia de lo que en Occidente se llamó «Edad Moderna» no hará su aparición hasta la revolución cultural y religiosa que iniciará Pedro I el Grande al comenzar el siglo XVIII y que consumará luego, en el último tercio de dicha centuria, Catalina II la Grande. Durante todo el siglo XIX, desde Nicolás I (1825-55) hasta el último Romanov (1894-1917), tanto la Iglesia eslava como el Estado Zarista enderezaron sus esfuerzos, bien que inútilmente, a obtener un *Renacimiento de la época* Josefista, que a los jerarcas eclesiásticos, a los estadistas, casi todos de raigambre tradicional, y no digamos a los fanáticos eslavófilos, parecía el ideal del *verdadero espíritu RUSO*. ¡Tal era la importancia del movimiento josefista, al que dio nombre y contenido el célebre higumeno y archimandrita de Volokalamsk, Padre JOSE! En el capítulo que hemos de consagrar a la evolución del Monacato en el siglo XVI nos ocuparemos nuevamente de esta robusta personalidad, a la que con merecida razón da relieve extraordinario la Historia eclesiástica y profana de Rusia.

II

La escasa cultura eclesiástica y aún profana se había desarrollado exclusivamente en los monasterios. De estos centros religiosos salían —y salen todavía— los obispos, quienes regían sus diócesis a tenor de las directrices josefistas. Nada suponían en orden a la función gobernante, eclesiástica o civil, las personas laicas y los clérigos inferiores. Unas y otros carecían de la instrucción más elemental. No se conocían los catecismos, que hubieran podido suplir en el hogar y en las escuelas privadas —caso de existir algunas, muy pocas— a la deficiente predicación en público. En los templos nadie se preocupaba de enseñar, porque los clérigos eran incapaces de hacer un sermón y menos aún de predicarlo. Los escasos conocimientos teológicos del clero bajo y de las masas populares se debían de modo exclusivo a las preces y prácticas litúrgicas. Semejante atraso cultural era debido en su máxima parte a la carencia total de escuelas. Mientras que en Occidente recibían instrucción media y superior todos los clérigos y todos los laicos que aspiraban a progresar en la investigación y en los estudios universitarios, en Rusia no se conocían los centros docentes (escuelas catedralicias, Universidades, gimnasios, centros docentes monacales...). Ni los candidatos al sacerdocio, ni las personas laicas tenían ocasión de incrementar sus conocimientos o de iniciarse en el campo cien-

tífico. Nadie sentía estímulos de índole cultural. Para los que aspiraban al Sacerdocio era muy bastante un pequeño entrenamiento en materias litúrgicas. Para completarlo, poco antes de la ordenación, acudían al Palacio episcopal, donde recibían, por muy breve tiempo ciertamente, unas raquíticas enseñanzas teológico-morales y especialmente sacramentarias. En los monasterios se hacían las cosas algo mejor, o para ser más precisos, no tan deficientemente. Los novicios y candidatos a la Sagrada Ordenación estudiaban primeras Letras y rudimentos filosófico-teológicos. La mayor o menor intensidad dependía del mayor o menor número de volúmenes existentes en la biblioteca monacal, por lo general, no muy nutrida. De todos modos, la mayoría de los monjes se contentaba con saber *leer y escribir*. Nada más. Conviene no olvidar que en Rusia no había penetrado aún el gran factor cultural de la Imprenta, descubierto por entonces en Alemania. Fue algo más tarde (1492) cuando Jorge Trachaniotes, un griego al servicio de la Corte moscovita, quien al regresar a Moscú desde Occidente, donde había desempeñado misión diplomática, tomó consigo en Lübeck a un tipógrafo germano, Bartolomé Gothan. Pero esto no significó gran cosa en orden a la introducción de la Imprenta en el Oriente eslavo, porque el alemán no tuvo tiempo de trabajar. Moría en 1495, a consecuencia quizá de la persecución desencadenada contra los comerciantes germanos en Moscú.

Los *Estudiosos* del mundo eslavo-oriental, muy pocos en número ciertamente, tenían por entonces escasas posibilidades de progresar en el campo científico-literario y por tanto de suministrar a los suyos obras intelectuales de valor relevante. A lo sumo podrían traducir al idioma ruso los libros escritos por bizantinos. No mucho más. No cabía esperar de ellos libros originales de mérito o de interés. Algo debieron realizar en el campo relativamente fácil de las versiones aquellas personas algo cultas que, influídas por la filosofía arábigo-judaica, dieron ánimo, empuje y armas literarias a la Secta de los Judaizantes; pero no han llegado hasta nosotros ni los nombres de las mismas, ni sus producciones. Conocemos, en cambio, la personalidad científico-literaria de otros autores, que no eran rusos precisamente. Tales son Pacomio Logoteta, servio, anacoreta del Monte Athos, el dominico Benjamín, croata, y el monje Máximo el Griego. Bastante menos importancia tuvieron los dos únicos rusos que pueden citarse: el Metropolita Daniel y el boyardo-monje Vasián Patrikejev. Pacomio Logoteta era tradicionalista empedernido. Durante treinta y cinco años (desde 1438 a 1473) residió en Novgorod y en Moscú desarrollando alternativamente en ambas

capitales (más en la primera que en la segunda) sus actividades literarias. Escribió muchas vidas de santos, a las que dio un tinte de panegírico. Encabezaba cada biografía con determinados textos litúrgicos que también prodigaba en el desarrollo de la misma. Para nada alude en sus escritos al candente problema *Unionista*, puesto tan al rojo en Moscovia a causa de la actuación del Metropolita Isidoro en Florencia y de las derivaciones lamentables de su digna y meritoria actitud catolizante. Tampoco menciona los graves sucesos relacionados con las desventuras que a Novgorod originaron sus ansias sempiternas de independencia. Pacomio debió creer que sería pasajera la incorporación de la vieja y famosa ciudad comercial a Moscovia (1478). El monje athonita no podía aceptar como definitiva e irremediable la derrota de Novgorod la Grande. Así parece deducirse de la biografía que escribiera acerca de uno de sus arzobispos llamado Moisés (m. 1359). En los últimos tiempos de la estancia de Pacomio en Novgorod (1460-70) era arzobispo un tal Sergio, quien hubo de renunciar a su querida silla novgorodense en virtud de las enormes presiones del Metropolita de Moscú y de los Grandes Duques de la Rusia Central. Le sucedía *Gennadio*, jerarca por muchos conceptos ilustre, quien, como era lógico, puso especial empeño en mantener las viejas características de su famosa Archidiócesis y de su industriosa y culta Capital. Naturalmente, el Arzobispo entraba en conflicto agudo con el Gran Duque de Moscovia. El notable prelado no se interesó tan sólo por las cuestiones relativas a la Religión y a la Economia, sino que también dedicó atención preferente a las materias estrictamente culturales. Tanto fue asi que, consciente de los méritos cientificos y afanes literarios del Arzobispo novgorodense, el Metropolita de Moscú y Jefe de la Iglesia eslava le confiaba en 1.492, después de haberse disipado los temores rusos acerca del cercano acabamiento del mundo, la elaboración de unas nuevas tablas pascuales. Siempre habia mostrado Gennadio especial inclinación a los problemas del cómputo del tiempo. Por eso influyó mucho para que fuera traducido al ruso (1.495) el libro 8.° —relativo al calendario— del «Rationale divinorum officiorum» de Guillermo Durando, obra que había visto la luz pública en Estrasburgo el año 1.486.

Entre los que pudiéramos llamar colaboradores principales de aquel ilustre arzobispo se contaba un dominico de Croacia, Benjamin. Se trataba de un hombre de mucho valer. Empujado quizá por las versiones biblicas que con vistas a la propaganda de sus errores habian realizado los Judaizantes, el gran Mecenas, que era el Arzobispo Gennadio,

indujo al dominico a que tradujese al ruso litúrgico *todos los Libros* de la Sagrada Escritura. Así lo hizo el buen fraile de Croacia. Por cierto que para no pocos libros utilizó él la *Vulgata,* texto bíblico oficial en la Iglesia Latina. El Prelado y el monje hicieron un magno servicio a la Iglesia rusa. Todavía se utiliza en ella la versión de *Benjamín.* Antes de él no existía una versión *íntegra* de toda la Santa Biblia. Por el momento, quedó inédito este meritorio trabajo; pero en el siglo XVI constituyó la base indispensable para llevar a cabo la Primera edición de la Biblia eslava. Idéntico prestigio sigue teniendo en los tiempos novísimos. El excelso dominico ayudó también a Gennadio en otro terreno, el de la protección a los bienes eclesiásticos. A este fin redactó un opúsculo al que llamó «*La Palabra*». Iba dirigido a los Grandes Duques de Moscovia, conculcadores sistemáticos de los cánones en esta materia. Pero la actitud serena, el método suave y razonamiento eficaz no hicieron mella en el ánimo absorbente de aquellos soberanos despóticos que habían decidido la ruina de Novgorod. La violencia brutal pisoteaba otra vez los sagrados derechos de la venerable Archidiócesis y de su digno Arzobispo.

MAXIMO EL GRIEGO

> «*El célebre teólogo Máximo el* Hagiorita, *formado en Occidente, fue, a no dudarlo, el INTELECTUAL mejor dotado que Moscú conoció en la primera mitad del siglo XVI*» *(P. Ledit).*

Había nacido en Arta (El Epiro) hacia el año 1.480. Como tantos otros griegos de aquella época, Máximo estudió en Occidente. Y así estuvo en Venecia, donde tuvo por maestro a Juan Lascaris, y en Florencia, donde conoció al famoso Savonarola. Por cierto que, a juzgar por los elogios que más tarde le prodigara, el impetuoso dominico debió producir en el epirota una impresión honda. Máximo estuvo también en París. En 1507 ingresaba como monje en el Convento de Vatopedi, uno de los más estimados en el Monte Athos por su rica biblioteca. Como en 1515 el Gran Duque moscovita Basilio Yvanovitch pidiera a los Vatopedistas el envío del monje Sabas a fin de realizar traducciones de obras griegas al eslavo litúrgico y al ruso común, los monjes athonitas le enviaron, no a ése, que ya era viejo y estaba enfermo, además, sino a Máximo, joven y culto, animoso y simpático. No sabía eslavo. Recibido en Moscú con grandes ho-

nores, Máximo comenzaba en seguida a trabajar. Aprendió el ruso sin llegar a poseerlo plenamente, cosa que le acarreó luego no pocos sinsabores. Se le dieron auxiliares que vertían al ruso lo que él traducía al latín, idioma que poseía a la perfección. El *Comentario a los Psalmos* fue la primera traducción de Máximo. Por cierto que era bien recibida por el Gran Duque y por el Metropolita Varlaám. Conviene advertir que ya se había permitido la libertad de corregir algunos pasajes y que había cometido algunas inexactitudes. Vertió también los Hechos Apostólicos. Luego hizo algunas traducciones para la biblioteca particular del Soberano. Habiéndose apercibido de que estaban plagadas de errores las traducciones eslavas de los libros litúrgicos, Máximo emprendió su reforma y corrigió sucesivamente el Triodión, el Horologium, las Meneas de ciertas festividades y el Epistolario. Además de esta labor científico-filológica, el sabio epirota emprendió otra incomparablemente más difícil y peligrosa, la de reformar las costumbres de la sociedad moscovita en plena decadencia moral por entonces. La tomó contra los vicios de la Corte, la ignorancia y corrupción de los clérigos y de los monjes y las supersticiones del pueblo. Máximo se situó en las filas de los puritanos o partidarios de Nilo de Sora, enemigos declarados de los latifundios y de las riquezas monacales. El menosprecio que hizo del Metropolita Daniel, sucesor de Varlaám (1521), al negarse a traducir la Historia Eclesiástica de Teodoreto, le enajenó las simpatías de la Curia metropolitana. En 1524 caía también en desgracia ante el Gran Duque porque se declaró en favor del matrimonio del mismo con Salomonia Subirov y condenó abiertamente los propósitos de divorcio para casarse con la lituana, Ana Glinsky. Para acabar de perderle, sus enemigos, que eran muchos y de calidad, le acusaron de mantener contactos secretos con los Turcos y especialmente con el embajador de los mismos en Moscú, Skinder. En los primeros meses de 1525 y a resultas del proceso consiguiente, era condenado como *hereje*. Estos habían sido los extremos de la acusación: haber tachado de erróneos a los viejos libros litúrgicos de la Iglesia eslava, lo cual equivalía entre rusos a una blasfemia, y haber realizado en ellos grandes correcciones, lo que incluía un desacato sacrílego. En algún caso no faltaba razón a los enemigos de Máximo. En aquella frase: *«el Hijo está sentado a la diestra del Padre»*,Máximo, no muy impuesto en el viejo eslavo —cosa no extraña— empleó un verbo no apropiado y daba a entender que «el Hijo no se había sentado a la diestra de su Padre desde toda la Eternidad, sino tan sólo en el tiempo, es decir, después de su gloriosa Ascensión a los Cielos». «Para su conversión, su enmienda y pe-

nitencia», Máximo era encerrado en el Monasterio *josefista* de Volokalamsk, verdadera cárcel para un monje puritano o sorskiano. Le fue prohibida toda labor literaria. En 1531 comparecía ante un Sínodo como reo de toda clase de delitos religiosos, políticos y literarios. Por más que se humilló y reconoció que había incurrido en ciertas inexactitudes al realizar sus trabajos de versión y corrección, no logró desarmar al Metropolita Daniel que le odiaba con toda su alma. A poco ingresaba en otra cárcel más dura: el Monasterio de Ostrocht, en la Diócesis de Tver. En vano intercedieron por el ilustre recluso los patriarcas orientales y los monjes del Monte Athos. Máximo, por su parte, pidió en un memorial respetuoso dirigido a Iván IV que se le permitiera regresar a su patria. Al final de sus días se le trató algo mejor y le fueron permitidas la Comunión y la asistencia a los divinos oficios. En 1.553 era trasladado a la Troitz-Serjieskaja Laura, donde le visitaba en cierta ocasión el primer Zar de todas las Rusias, Iwán el Terrible. Llamado al Concilio moscovita de 1554 para que esclareciera ciertos temas dogmáticos relacionados con la herejía de Baschkin, el culto monje athonita, temiendo una celada y obedeciendo al despecho, se negó a tomar parte en las sesiones. Perseguido en vida, Máximo el Griego fue muy honrado después de muerto. Los historiadores eclesiásticos y profanos ven en él a un Santo, a un gran hombre, a un precursor de las reformas de Nicón, a un mártir de la Cultura y a uno de los magnos educadores del pueblo ruso. El que por hereje pasó gran parte de su vida en las prisiones monásticas o conventos josefistas es considerado hoy como el gran defensor de la Ortodoxia.

Máximo el Griego escribió contra los hebreos, los mahometanos y los armenios. También compuso varios opúsculos contra los Latinos, que en Moscú habían tomado mucho incremento gracias a las numerosas embajadas de la Europa occidental y a la influencia del médico de la Corte moscovita Nicolás Niemtchin (a) Bulev, que era católico. Los escritos de Máximo comprenden tres tomos. Tienen carácter ocasional. En ninguno se ocupa de modo sistemático de temas dogmáticos. Aunque tenía capacidad para ello, no fundó escuela porque estuvo 25 años en la cárcel y porque, de no haber estado impedido física y moralmente, no hubiera encontrado discípulos. Los rusos no supieron apreciar el valor intelectual del monje athonita. Eran incapaces de comprenderlo. «Es muy de lamentar que este griego que tan a maravilla conocía al Occidente católico, del que había recibido lo más excelso que poseía, hubiera mantenido entre los moscovitas el espíritu de violenta y rencorosa hostili-

dad hacia la Iglesia Latina, espíritu que le habían inoculado los bizantinos en su época de monje en el Monte Athos» (Jugie en Dict. de Th. Cath. Tomo X, parte 1ª). El Metropolita Daniel era también escritor. Se conocen tan sólo 16 sermones de gran contenido ascético.



Iwán IV el Terrible



La Plaza Roja de Moscú. Al fondo la Catedral de S. Basilio el Bienaventurado

CAPITULO XXI

I. PREDOMINIO DE LA ESCUELA DEL P. JOSE DE VOLOKALAMSK

El Metropolita DANIEL, modelo de servilismo indigno al poder civil arbitrario.—Su meritoria labor teológica.—Breve pontificado de Josafat.—Los excelsos merecimientos hagiográfico-patrísticos del célebre Metropolita MACARIO.—Faceta religiosa moral y política de Iwán IV el TERRIBLE.—El raquitismo científico-pedagógico de la Rusia del siglo XVI.—Preocupación del primer Zar de todas las Rusias por los temas teológicos.—Sus tempranas inclinaciones al absolutismo y sus complacencias en las teorías del P. José de Volokalamsk acerca de la AUTOCRACIA ILIMITADA.—Formación deficiente de Iván IV.

II. LA CORONACION DE ESTE ZAR

Importancia suma del Metropolita de Moscú en todos los órdenes.—El rito solemne y la fastuosa ostentación.—Sentido absolutista y nacional que a la exaltación atribuía el Gran Duque y primer Zar de Rusia.—El orgullo del mismo en el campo racial y dinástico.

I

Durante el muy agitado período que siguió inmediatamente al fallecimiento del Gran Duque Basilio III (1.533), se sucedieron con rapidez los titulares de la Silla Metropolitana de Moscú. Figura entre ellos como jerarca célebre el Arzobispo DANIEL (1.522-39), a quien los historiadores rusos tratan con bastante dureza. Procedía del Monasterio de Volokalamsk, del que fuera higumeno, y sucedía en la Suprema Jefatura de la Iglesia eslava

al Metropolita Barlaám. Odiaba de muerte a los monjes puritanos o partidarios de Nilo de Sora. Por lo mismo tuvo para Máximo el Griego y para Vasián de Cosoi una saña indigna de su elevada magistratura. Y todo porque defendían con calor la necesidad absoluta de que los monjes renunciaran a las riquezas.

Este Metropolita es modelo acabado del más extraño y completo servilismo de la autoridad canónica al capricho arbitrario del poder civil. Fue él quien dio pruebas de una condescendencia punible al autorizar el segundo matrimonio del Gran Duque con Elena Glinsky viviendo todavía la esposa legítima Salomonia Subirow (21-I-1.526). Pero el 23 de febrero de 1.539 era violentamente arrojado de su Silla Metropolitana por el Príncipe Iván Fedorovitch Bielsky y a seguida encerrado en el Monasterio de Volokalamsk del que había salido. En él murió el 22 de mayo de 1.547. En cambio, fue altamente meritoria su labor teológica. El Metropolita Macario, hombre muy culto, dijo de él que «poseía toda la cultura teológica de su tiempo», y Máximo el Griego, que fue víctima de su odio, llamó a este Supremo Jerarca de la Iglesia eslava «Doctor de la Ley de Dios». Sus escritos son de tres clases: dogmáticos, morales e históricos: a) Pertenece al primer grupo un conjunto de 16 sermones acerca de la Escritura Santa; de la Encarnación; de la obediencia a las autoridades constituídas por Dios; del divorcio; de la Providencia etc. etc. Es con mucho el más importante de todos el de la Encarnación del Verbo. Iba dirigido contra Vasián Cosol, a quien se censuraba con razón por haber defendido que el «Cuerpo de Cristo difería del de los demás hombres y que había sido incorruptible antes de la Resurrección». Las obras morales del Metropolita Daniel están constituídas por 14 epístolas, que fueron dirigidas a ciertos personajes y a determinados monjes. Estudió en ellas la vida común de los monasterios, el Juicio Universal, la brevedad de la vida etc. etc. Dirigió, por último, la publicación de un conjunto de documentos y cartas en relación con la vida de la Metrópoli moscovita. Unos y otras tienen indudable interés para la historia eclesiástica de Rusia, porque el compilador da informes de gran valor acerca de la vida intelectual y moral del siglo XVI. Los Rascolniky tienen en gran estima a los escritos del jerarca Daniel, porque en ellos creen encontrar argumentos convincentes para apoyar sus afirmaciones. Le sucedía Josafat, higumeno que fuera en la Troitz-Sergieskaja Laura. No sabemos gran cosa de su vida y de su corta gestión pontifical. Es muy verosímil que fuera él quien ordenó el traslado de Máximo el Griego desde la cárcel mona-

cal en Tver al Monasterio de la Sma. Trinidad, donde se le guardaron más atenciones. La caída del partido de los Boyardos, que lo habían encumbrado, entrañó también la del Metropolita Josafat. En enero de 1.542 era trasladado, contra su voluntad claro está, desde Moscú al Monasterio de S. Cirilo de Bielozersk. Y en 1.547 volvía al Convento del que saliera en días más afortunados para gobernar la Iglesia eslava. En él terminó oscura y pacíficamente sus días (1.556). Conviene observar que esta remoción tan frecuente de Metropolitas no respondía a cambios de criterio y de actitudes políticas estatales y eclesiásticas. El Josefismo seguía su marcha ascensional. Con el Metropolita Daniel había conseguido el predominio y llegaba a su cenit durante el pontificado del sucesor inmediato de Josafat, del Metropolita Macario (1543-64), antiguo Arzobispo de Novgorod. Contribuyeron grandemente a la exaltación de este sistema político-eclesiástico dos personalidades de relieve extraordinario: la de este prelado, hombre de valor positivo, que, además, acertó a rodearse de colaboradores insignes de mentalidad afín a la suya, y la del joven soberano de Moscovia Iván IV, discípulo suyo, sobre el cual ejercieron durante algún tiempo influencia considerable las exhortaciones de ese Jefe prestigioso de la Iglesia eslava. Macario (1542-63) ha sido muy alabado por los historiadores de la Iglesia rusa. Cuando era Arzobispo de Novgorod tuvo la idea genial de reunir en una compilación gigantesca todas las obras religiosas que hasta entonces habían visto la luz en Rusia. Pretendía dotar a su país de una verdadera literatura teológica de signo ortodoxo. En la magna tarea trabajó durante doce años al cabo de los cuales publicó las *Grandes Meneas* que llevan su nombre. Eran doce enormes tomos en folio (uno para cada mes del año). Contiene vidas de santos, clasificadas con arreglo al calendario litúrgico y escritos de los mismos, principalmente Homilías. Figuran allí santos rusos, griegos y aun latinos. Para la hagiografía griega se sirvió de Metafraste. Se presiente que hay allí riquezas inexploradas en relación con las antiguas traducciones eslavas de las obras patrísticas. Al final de cada mes, añadió las obras teológicas de otros eclesiásticos no canonizados. El Metropolita Macario dió nuevo impulso a la creencia popular de que Moscú se había convertido en la heredera de Roma y de Bizancio. En su largo pontificado de 20 años (1.ª mitad del reinado del Soberano *Terrible*) llegaba a su cenit la idea altanera de la *TERCERA Y ULTIMA ROMA*. Nos ocuparemos nuevamente de este célebre Metropolita cuando estudiemos las canonizaciones en *MASA* realizadas durante su gestión pontifical.

El Metropolita Macario se hizo cargo hacia 1545 de la formación literaria de Iván, muchacho no muy desarrollado todavía en el orden físico. El Sumo Jerarca de la Iglesia Eslava le proporcionó libros. Fue el primero de todos la *"Crónica"* famosa del monje Nestor, escrita en el Monasterio Kievense de las Cavernas al comenzar la XII Centuria. También estudió otros en que se consignaban las antiguas tradiciones y leyendas eslavas. El adolescente progresó tanto en estas materias, adquirió tantos y tan detallados conocimientos sobre las mismas que a los 21 años llamaba poderosamente la atención de los magnates y eclesiásticos de Moscovia en el Concilio de 1551, donde se redactaron los *célebres Stoglavy* (cien capítulos). Las historias que leía y las tradiciones que rumiaba suministraron a la imaginación calenturienta del joven Iván cuadros notables de un pasado ya remoto. Ante sus facultades psicológicas desfilaron resplandecientes figuras del más rígido ascetismo. Aunque cimentadas en las bases inconsistentes de una gran deficiencia histórica, Iván recibía lecciones sobre Dogmática, Sofística, Moral Natural, Gramática elemental, Anécdotas, Patrística... y Vidas de los Santos eslavos. La instrucción que recibía el hijo de Basilio III no podía ser más elemental. ¡Como que se basaba exclusivamente en narraciones anecdóticas! De todos modos, si no para infundir conocimientos científicos dignos de tal nombre, las enseñanzas que bajo la inspección del Metropolita Macario se daba al joven Iván sirvieron, al menos, para despertar en su alma, virgen todavía, ansias efímeras de misticismo y de ascesis.

La Moscú de los tiempos iwanianos desconoció por completo el lenguaje claro y fascinador de los Humanistas. No llegó a tener ni la más remota idea de la luz esplendorosa que irradiaran los cerebros de Platón y Aristóteles, ni de las grandes lumbreras de la «*Philosophia Perennis*». Los moscovitas carecían de sistemas filosóficos. «El tesoro cultural que poseían procedía de Bizancio... de una Bizancio en que había desaparecido el viejo Helenismo, de Constantinopla, en una palabra, que había desplazado la energía configurativa de la Plástica griega, enamorada de la forma con las tres dimensiones, y la había sustituído con la superficie plana de sus abundantes mosaicos». (Hans von Eckardt).

Por aquel entonces los rusos tenían que contentarse con aprender de memoria ciertos principios, unas cuantas máximas que, transmitidas con la *Religión Nacional,* procedente, asimismo, de Bizancio, había que mantener *incontaminadas,*

evitando el contacto con la cultura occidental germano-romana y católica. No se enseñaba Filosofía en Moscovia. No soplaban allí los aires platónicos, ni los hombres llamados a caminar por las sendas del saber querían acercarse a la *vida* para sorprender sus grandes misterios, ni los pedagogos tenían ideas geniales ni pensamientos elevados. La apoteosis de los mártires, tan venerados en el mundo eslavo, y el abismo fijo, amplio, permanente e infranqueable entre la Divina Infinitud con todo su cortejo de ángeles y de santos —dogma fundamental del Monoteísmo ruso— y el hombre, que arrastra las cadenas de sus pecados por esta Tierra miserable, mansión de las tinieblas y de la mentira, contribuyeron a elaborar una *ideología raquítica* que no toleró nunca las investigaciones científico-históricas, ni la asimilación de las enseñanzas modernas. La vieja *crónica* de Nestor empezaba su relato con la Creación del Cosmos, tal como la describe el Génesis del Gran Legislador del Pueblo Hebreo, *Moisés*. Y daba a conocer luego los principales acontecimientos de la Historia humana presentando cuadros que no se diferenciaban grandemente de las fábulas y de los cuentos de viejas.

La mayor parte había sido tomada del tesoro tradicional del Oriente y de la Historia de los Patriarcas Griegos hasta el advenimiento de las revoluciones palatinas en el Imperio Bizantino. Aunque sin conexión sistemática alguna, existían también otros estímulos de índole muy diversa. Eran fragmentos dispersos pertenecientes a la Cultura de la época. Procedentes de la Europa Central, acudían a Moscú viajeros, comerciantes, diplomáticos, peregrinos, arquitectos, alquimistas y aventureros que contaban cosas sobre la Europa culta. Y, «aunque para nada hablasen de Savonarola, de Juan Hus, de los Médicis... ni de aquel gran movimiento cultural artístico del siglo XV, del Renacimiento, que Rusia desconoció en absoluto» (Markow), no dejarían de aludir a los progresos de Occidente y a la superior Cultura germano-latina. De todos modos, la sola presencia, el solo contacto con europeo-occidentales enseña mucho a los moscovitas. Por otra parte, algún eco hallaron en la Capital de Moscovia los movimientos religiosos de aquel entonces: el Luteranismo y su refutación plena por la Iglesia Romana. Bastantes más raíces habían logrado echar en las regiones menos incultas de Rusia la Secta Judaizante y con ella el ansia de buscar y hallar al Señor en los *Secretos* de la *Alquimia*.

Todo esto, unido a las *ideologías orientales* que se habían filtrado por la vía arábigo-levantina y por la que conducía al

Asia Menor y a la Palestina, al contacto con el Islam en el Sur y en el Este del País y a la convivencia íntima con musulmanes prisioneros, cristalizaba en un *racionalismo,* más o menos intenso, que prendió bien entre los novgorodenses y moscovitas. Lo aplicaban, claro está, a los dogmas fundamentales de la Religión, al culto, siempre tan profundo, de los *Iconos* y al respeto a los tan reverenciados *Taumaturgos* y consultados *Staretzs.*

El joven Iwán se mostraba incansable en la noble tarea de acumular conocimientos más o menos científicos. Le gustaba la Historia, la Historia imperfecta y anecdótica que por entonces se cultivaba. Y amaba la tertulia con hombres instruídos y sensatos (clérigos y *Diäks,* es decir, empleados de la Cancillería Ducal) para disipar las dudas y recibir lecciones relacionadas con las inminentes funciones de gobierno. Iwán tenía una memoria prodigiosa, un agudo espíritu de observación y un interés extraordinario por todas aquellas enseñanzas que pudiera necesitar algún día.

Con semejantes cualidades es lógica la pronta madurez intelectual. Le interesaban bien poco las cosas de orden práctico. No tenía afición al *arte* militar, ni a la arquitectura, ni a la ingeniería, ni a los trabajos manuales. «Los extranjeros —italianos sobre todo— que trabajaban en las catedrales del Kremlin y de sus cercanías y en otros edificios profanos le interesaban tan sólo en cuanto *informadores* sobre todas aquellas materias de las que nada absolutamente sabían ni querían saber las personas que le rodeaban» (Ibidem). Muy pronto apareció en él la predilección por diálogos profundos con extranjeros, a quienes jamás dio motivo para sospechar en el Soberano ruso la existencia de prejuicios de xenofobia y de clase social. Iwán, que reconocía de buen grado la arrogante ignorancia y el necio orgullo de sus compatriotas, no tuvo inconveniente en desviarse de las rutas seguidas por los suyos, en censurar acremente sus prejuicios y en manifestar con toda claridad cuán insignificantes eran su propio temor y su preocupación ante las ideologías nuevas traídas de otros países.

Los problemas teológicos le preocupaban grandemente. Iván quería profundizar en estas cuestiones: diferencias entre las distintas Confesiones; nacimiento y evolución del Protestantismo; asuntos dogmáticos del Catolicismo y unión de las Iglesias Cristianas. Pero en él era irresistible la ya indicada propensión a las materias históricas. Más pronto de lo que pudieran sospechar cuantos le rodeaban, surgió en Iwán el deseo, muy explicable, por cierto, dados los tristes acontecimientos de que fuera

testigo silencioso durante su niñez y su juventud, de acumular materias para fundamentar su ¡*justificada*! pretensión al más brutal absolutismo. Eran sus textos favoritos los «*Libros de los Reyes*». Y en su mesa de estudio, junto a esta historia bíblica, se hallaban las apologías y los panegíricos que los escritores bizantinos de la decadencia redactaron con empeño a fin de proclamar la "*Omnipotencia y semidivinidad*" de los emperadores de Constantinopla, débiles ya.

No estudió a Platón y casi desconoció su existencia o poco menos. En cambio, tuvo ideas, muy superficiales, por cierto, sobre el Estagirita. Iwán partía de la para él bendita aversión del Cristianismo a la Filosofía pagana. Para el Gran Duque de Moscovia eran muy sencillos los ciclos evolutivos de la Historia. Empieza ésta en los "*Días Genesíacos*", pasa luego por la etapa del Profetismo y termina en la Religión del Crucificado. La evolución histórica tiene y tendrá siempre lugar —opinaba Iwán— dentro del amplio marco de la Divina Revelación. No existe, ni debe existir tampoco —porque no es necesario— el pensamiento autónomo, la *razón independiente*. Al igual que todos los rusos de su tiempo, el Gran Duque de Moscovia no llegó a tener ni la más pequeña noción de los grandes valores pedagógico-culturales que contiene la Civilización Antigua. Según ellos, ni Bizancio se había edificado sobre los cimientos de la Vieja Grecia, ni el grandioso idioma helénico tuvo su verbo inolvidable en Homero. Para Iwán los grandes padres de la Iglesia eran los verdaderos autores y los excelsos maestros de la lengua y literatura griegas.

No interesaban en Moscú los orígenes de la Religión y de la Cultura. Tampoco se preocupaban de las bases filosóficas de la Evolución. Basta —pensaban— la Fe, el sacro contenido de las *Divinas Escrituras* y de los libros patrísticos. Importaba difundir unas y otros y mantener incontaminado el viejo y santo espíritu que informa a tan venerandas producciones. Los monjes, al copiarlas, y los eclesiásticos seculares, al explicarlas y difundirlas, cumplen el magno deber de refrescar ese mismo espíritu.

Naturalmente, Iwán estudió ¿cómo no? las escasas fuentes del saber ruso. Y también, como es lógico, la literatura de su tiempo. Por entonces conmovían los ánimos los escritos del *Padre José,* Higumeno de Wolokalamsk, cuyo prestigio en toda la Eslavia Oriental era indiscutible. Aquel influyente y celoso polemista, que acertó a dar extraordinario relieve a la Clerecía y al Monacato, que supo adular por altas razones, sin duda, al

Gran Duque Basilio, padre de Iwán, anunció solemnemente y defendió con calor la teoría de la *Autocracia ilimitada*. En abierta oposición con el criterio que predominaba entre los ascéticos eremitas y los devotos predicadores ambulantes, el Abad de Wolokolamsk enseñaba que «nadie tiene derecho a oponerse a la voluntad del Gran Duque, porque es, ciertamente, hombre según su naturaleza, pero se asemeja a la Divinidad por razón del poder. *Dios, y sólo Dios, le ha comunicado de forma inmediata la dignidad y la soberanía.*

Con semejantes enseñanzas políticas caían por tierra las bases históricas del Gran Ducado moscovita, bases que nunca olvidaron ni quisieron olvidar los Boyardos, guardadores celosos de las viejas tradiciones en que fundamentaban ellos sus enormes privilegios. Los atrevidos raciocinios del Abad famoso desligaban el *poder* de los vínculos feudales que bajo otros príncipes había tenido, y habían convertido al nuevo titular, al verdadero *autócrata*, en «*Vaso de Dios*», como el Padre José pretendía llamarle, en algo sustancialmente nuevo y enteramente *suprahumano*. La Iglesia Ortodoxa, que había cometido el grave pecado de enseñar y difundir tan peligrosa doctrina purgó , no tardando, su falta con una sanción terrible: la *pérdida total* de su *independencia* política y de su libertad evangélica.

Naturalmente, gustó mucho al joven soberano la teoría del Higumeno de Wolokalamsk. Le pareció el remate más acabado para todas las hermosas descripciones del poder y de la majestad imperiales, la plenitud del Gran Ceremonial moscovita, a tenor del cual y a imitación de los protocolos de Oriente y de Bizancio, tenían que inclinarse hasta tocar el suelo con su cabeza ante el *Gossudar* todos los súbditos rusos, aun los más recalcitrantes y soberbios. Sin el menor escrúpulo, sin reserva de ningún género grabó Iván en su cerebro y en su corazón una doctrina y un propósito que tan admirablemente concordaban con sus ideas y sus tendencias.

En adelante ya sabía él a qué atenerse. El *autócrata* se había aprendido bien las lecciones que tan inconsiderada e imprudentemente le había dado *José de Wolokalamsk*. No conoció ni quiso conocer otras teorías político-constitucionales. Asimismo, había acumulado otros conocimientos, no tan útiles, en verdad, para el desarrollo de su naturaleza impetuosa y semisalvaje. Así lo probaban sus discursos y sus escritos. En unos y en otros citaba de memoria párrafos enteros de la Biblia, de la Patrística Griega y de las crónicas antiguas. A estas tres ramas del humano saber debía sus conocimientos, pocos

o muchos, el joven Iwán. Su haber científico-literario tenía que ser mezquino. A la pobreza de materias se añadió la falta de método. El agudo entendimiento de Iwán no halló posibilidad de mayor cultivo, porque no se practicaba, por entonces, en Moscú la gimnasia mental que llamamos Lógica. Tampoco se estudiaban las Matemáticas. Iwán, pues, no había oído hablar de concatenación de conceptos, de contextura filosófica, de reglas del raciocinio, de tesis, de pruebas, de objeciones, de consecuencias y de silogismos.

«Es por esto por lo que durante toda su vida política no supo este Príncipe distinguir entre las ideas puras y los deseos prácticos, entre la afirmación del intelecto y la postura adoptada o adoptable por la voluntad. Las sentencias y juicios de Iwán fueron siempre enteramente *subjetivos*. Nadie le había adoctrinado jamás lo suficiente sobre la necesidad de acomodar los conceptos a las realidades objetivas. En su virtud no hay que concretar en la sola persona de Iwán, originariamente viciada, las tremendas responsabilidades y las tragedias espantosas que van unidas a su apelativo de «*TERRIBLE*» porque corresponde también una buena parte en ellas a la época y al *ambiente*», (H. von Eckardt).

Trátase, ciertamente, de algo que la fatalidad había preparado al futuro primer Zar de todas las Rusias, a Iwán el *Terrible*. Porque es el caso que en Moscovia había por entonces algún teólogo culto, como *Máximo el Griego*, a quien sobraban talento y erudición para haber iniciado al inteligente Iwán en la Filosofía Griega y para haberle suministrado una prudente dosis de ciencia centro-europea. Pero, desgraciadamente, no ocurrió así. Iván se quedaba huérfano de ciencia verdadera. Constituían todo su bagage en este orden las biografías de santos, plagadas de inexactitudes y exageraciones, y los relatos místico-legendarios elaborados por hombres que no poseyeron talento, carecieron de perspectiva y no estuvieron dotados de espíritu crítico, ni de poder para caracterizar. Con esta deficiente formación entraba en la vida pública el soberano moscovita.

II

Desde los tiempos mogólicos en que los invasores asiáticos le dieron pruebas inequívocas de respeto venía siendo el Metropolita de Moscú la más alta e indiscutida autoridad de Rusia después del Gran Duque. El tenía en sus manos el régimen

de la clerecía ortodoxa, única en el País, poseía un influjo considerable, casi decisivo, sobre muchos sectores de la población, fundamentalmente religiosa y casi fanática, y ejercía jurisdicción sobre determinados territorios e incontables centros económicos, pertenecientes a los templos y a los monasterios. De él dependían, claro está, todos aquéllos que en su existencia espiritual estaban vinculados a la Ortodoxia o a ideologías con ella relacionadas, y dejaban oír sus peticiones de ayuda ante él todos aquellos que, ubicados fuera de los límites del Estado moscovita, tenían que defenderse de los Uniatos, de los Mongoles, de los Turcos y de los Católicos. El Metropolita de Moscú era un factor de importancia suma en el terreno diplomático. Desde que cayera Constantinopla en poder de los Turcos y desde que el Patriarca Ecuménico y el Metropolita de Kiev dieran su consentimiento para la concordia con la Iglesia Romano-Católica, todo el mundo eslavo, fundamentalmente antiunionista, mantuvo estrecho contacto con la Cancillería del Arzobispo de Moscú, del Jerarca políticamente más vigoroso de la inmutable Greco-Ortodoxia, siempre fiel a las veneradas tradiciones. El mundo ortodoxo no daba la importancia que se merecía a los titulares de los históricos y venerandos Patriarcados orientales (de Alejandría, Antioquía y Jerusalén). Los creía sometidos a la tiranía de los Turcos opresores. Ello contribuía ¿cómo no? a dar prestigio y renombre en el Oriente Ortodoxo al Metropolita de Moscú. Los tiempos favorecían esta evolución, porque el Gran Ducado iba abriéndose camino en la Historia, y todo el mundo le atribuía capacidad política suficiente para imponerse en el Oeste, en el Sur y en el Norte y aun para amparar a los ciudadanos *ortodoxos* de los países limítrofes. El Metropolita y el Gran Duque se complementaban mutuamente. Del poder de uno dependía el del otro. Iwán IV, además, necesitaba la ayuda del Metropolita para *robustecer* su autoridad harto combatida por los influyentes, inquietos y rebeldes Boyardos.

El rito sagrado y la pompa mayestática de la *Coronación,* de efectos mágicos entre las gentes ignaras y fanáticas de Moscovia, le parecieron medios bien adecuados para iniciar la *autodefensa,* para ir orillando el ineludible peligro que corría su vida. Dios toma bajo su especial protección —pensaba Iván— al Monarca a quen el Metropolita ha coronado solemnemente y ha ungido, además, con el Oleo Sacro. Y el que osare tocar a un soberano, así consagrado por el Supremo Jerarca de la Santa Iglesia Ortodoxa en Moscovia y en toda la Santa Rusia, cometería un crimen abominable y un gran Sacrilegio. Sin consultar

con nadie el Gran Duque tomaba la resolución de hacerse coronar y ungir. «¡Padre mío espiritual y Metropolita de Moscovia y de toda Rusia! —escribía él al Arzobispo Macario— con vuestra bendición y consentimiento quiero obtener el rango que por la categoría ancestral me corresponde. Quiero ser investido de la alta soberanía con el mismo ceremonial con que recibieron el poder mis antecesores los Grandes Duques, y, sobre todo, nuestro pariente el gran Wladimiro Wsevolodovitsch Monómaco. Deseo que me coronéis con la mayor solemnidad y me apliqueis el Oleo Sacro. Hacedlo así —os lo suplico— ¡Padre venerando! Con ello serviréis ¡oh Metropolita, a la Religión Ortodoxa, al País y a su actual Soberano!» —Iwán—. Inmediatamente después de haber recibido la respuesta —afirmativa ¿cómo no?— del Jerarca Macario, el Gran Duque mandaba llamar a varios sacerdotes de las Catedrales del Kremlin para que le informasen en detalle sobre los requisitos y ceremonias de la *coronación,* que tendría lugar el 16 de enero de 1.547. Iwán tenía prisa, pero no quería omitir ningún detalle. El solo anuncio de aquella memorable fecha había exigido ya un examen minucioso del tesoro catedralicio y de la Cámara Ducal, largas letanías y cánticos solemnes. La Historia no ha conocido otro Príncipe que como Iwán haya tenido tanta fe en la infalible conexión entre los favores divinos y los ritos consacratorios. El soberano moscovita tenía empeño en ser el Ungido del Señor y el vaso elegido para recibir, en consecuencia, las gracias divinas y especialmente la de orillar los peligros que le acechaban. Por eso se dio a la Coronación una grandiosa solemnidad.

En una mañana cruda de mediados de enero se reunían en el Palacio Ducal los príncipes y nobles de Moscovia. No cabían en la Cámara del soberano ni en los pasillos de acceso. Todos llevaban riquísimos trajes bordados en oro. Ayudado en la operación por altos dignatarios eclesiásticos y civiles, Iwán IV entregaba al Arcipreste de la Catedral de la Asunción, confesor suyo, una ancha y valiosa bandeja, que contenía una *Cruz* de regulares proporciones, joya la más respetable y rica del Tesoro Ducal, una Corona y un manto. El Arcipreste, es decir, el eclesiástico que seguía inmediatamente al Obispo en dignidad, tomó en sus manos la Santa Cruz, la que recibiera de las de Iwán precisamente, la elevó sobre su cabeza y comenzó a caminar con paso solemne, seguido del Gran Duque, de la Nobleza, de la alta servidumbre palatina y de los Diäks de la Cancillería, con dirección a la Catedral. Esperaban en las puertas de ésta el Metropolita Macario y los más distinguidos jerarcas eclesiásticos

de la capital. La procesión penetró en el templo y se estacionó en su parte central. En una elevada plataforma, a la que se subía mediante una docena de escalones, se habían erigido dos *Tronos,* para Iwán, el uno, y para el Jerarca Supremo de la Ortodoxia Eslava, el Metropolita, el otro. El Soberano,, antes de llegar a su sitial, iba postrándose del modo más reverente y humilde ante cada uno de los iconos que encontraba. La doble masa coral invocaba para el futuro Zar la protección del Cielo, y el Arzobispo le bendecía una y otra vez. El Metropolita y el Gran Duque ocuparon sus respectivos sitiales. Y después de una pequeña pausa, el Arcipreste entregaba a *Macario* el manto y la corona. El Supremo Jerarca de la Ortodoxia Eslava, mientras pronunciaba en alta voz las oportunas fórmulas rituales colocaba uno y otra sobre los hombros y la cabeza, respectivamente, del Soberano de Moscovia. Los coros imploraban del Señor de los.Ejércitos y del Eterno Monarca que impera sobre todos los gobernantes las gracias celestiales para el nuevo y cristiano David. ¡Enviadle, oh Dios nuestro —exclamaban todos, clérigos y fieles— el Espíritu Santo que fortifica y consuela! De nuevo se hizo un silencio reverente, una pausa solemne. Y el Metropolita de Moscú abandonando su trono y dirigiéndose al Monarca, que también se levantaba, lo *unge* en la frente con el Oleo Santo. Los coros prorrumpen en cánticos de alabanza a Dios, de gratitud a la Santa Iglesia Ortodoxa y de felicitación al nuevo Ungido del Señor. Celébrase luego la Santa Misa. Terminadas las ceremonias, que han durado «cuatro horas», todos los asistentes, nobles, clérigos y fieles, desean al *vaso de elección* salud y largos años de vida y de gracias celestiales. «El Soberano desciende entonces de su trono y abandona la Catedral, a paso lento, pisando con majestad los magníficos terciopelos y damascos tendidos a su paso, mientras los nobles le arrojaban una verdadera lluvia de monedas de oro. Acompañado de toda su Corte, el Soberano moscovita regresaba a su Palacio...» (Graham).

Desde el momento en que Iwán se percató de que sobre sus sienes ungidas gravitaba aquella misma corona que el Emperador bizantino Constantino Monómaco había enviado como regalo especial al Gran Duque Wladimiro, su ilustre ascendiente, el Soberano de Moscovia empezó a llamarse a sí mismo «Iwán por la gracia de Dios, Zar y Autócrata de toda Rusia».Para Iwán el Terrible este pomposo título, que usara por vez primera Iwán III para subrayar la independencia estatal respecto a los Tártaros —pues no son, en verdad, conciliables la condición de César y la

de tributario de los Khanes de la Horda de Oro— era atributo esencial de la Corona rusa. Hasta el presente habían empleado exclusivamente este honroso calificativo el Emperador de Constantinopla y algún que otro Khan entre los Tártaros (el de Kazán p. ej.). Parecía lógico que fueran los rusos los que, apoyados en el clásico absolutismo, se apropiasen de tan excelsa dignidad y anunciasen al mundo que por iniciativa propia se llamaría Zar (César) el Monarca de Moscú. Los príncipes rusos, en efecto, habían rechazado siempre con cierto desdén las ofertas de los Papas, que repetidamente brindaron a los autócratas del Kremlin el otorgamiento de la dignidad imperial y del título de César. «El Pontífice León X, por mediación del ministro alemán Albrecht, prometió para el caso de que Rusia se convirtiera al Catolicismo, otorgar la *Realeza* y elevar al rango de Patriarca al Metropolita de Moscú... En 1519 ese mismo Pontífice confirmaba por escrito las promesas halagadoras. A su muerte Clemente VII enviaba a Rusia, con ese mismo objeto, a un prelado genovés llamado Pablo...» (A. Markow en «*El alma del Pueblo Ruso*»). Por orgullo nacional mal entendido, los príncipes y gobernantes moscovitas no querían seguir el ejemplo de los soberanos de Polonia o de Hungría. En Moscú —pensaban los rusos— no podían ocurrir semejantes humillaciones. El César de Moscovia y de todas las Rusias tenía que *elegirse y exaltarse a sí mismo*. La fórmula que encarnaba este absolutismo: «*Autócrata de todas las Rusias*» no era otra cosa, dentro y fuera de Moscovia, que «*una consciente EXIGENCIA de índole nacional*». Conviene no olvidar que por entonces pertenecían a Polonia y a Lituania vastos territorios que fueron un día indiscutido patrimonio de los viejos Principados de la Dinastía Rurik. El anuncio de la exaltación que nos ocupa significaba también —no cabe negarlo— que los moscovitas levantaban un estandarte de guerra y elaboraban magnos proyectos de engrandecimiento nacional, aunque, por el momento, no existiera todavía el indispensable y apropiado instrumento bélico. De todos modos, no parece haber sido éste el móvil inmediato de Iwán IV. El autócrata ruso y la nobleza moscovita no pretendían directamente más que «*restablecer, en el campo diplomático e internacional al menos, la autoridad del Gran Duque y renovar el RESPLANDOR*» que le rodeara en los últimos tiempos. Por eso mismo se buscaron otras bases para incrementar el prestigio y la importancia de la Ciudad del Moscowa y de los supremos gobernantes de su histórico Kremlin: la *herencia* de la *Segunda Roma,* que había fenecido a manos de los Turcos a mediados del siglo anterior, y la *necesidad* de susti-

tuirla con otra que sería la *Tercera y última* (*Moscú*). En adelante los diplomáticos rusos que actuaban como tales ante la Orden Teutónica y en las Cortes de Suecia y de Polonia, tenían la obligación de dar a conocer a la Europa culta que el *Zar de Moscovia era el encargado de mantener las viejas prerrogativas de la majestad y del prestigio imperiales*. Iwán—aseguraban ellos— ha dado comienzo a esta tarea adoptando el escudo de armas de la vieja Bizancio. Y tiene interés especial —continuaban — en recordar a todos, nacionales y extranjeros, que está unido por vínculos de parentesco con el gran tronco de la Dinastía Rurik. Para terminar, los embajadores rusos afirmaban —y al hacerlo empleaban las mismas palabras del primer Zar— que Rurik descendía del Emperador romano Augusto, quien dio la parte septentrional del mundo a su sobrino Prus de donde viene, como indica la palabra, el nombre de Prusia, es decir, la Antesala de Rusia. Sépase —advertían— que si Prus desciende de Augusto, este Emperador excelso de la Roma Antigua tenía su origen en el mismo *DIOS*. Nadie más que la Divinidad, Señora del Mundo —aseguraban presuntuosa y locamente contra los Teutónicos los más exaltados defensores de Iwán— entregó en los tiempos primitivos al descendiente de Augusto las tierras comprendidas entre la Vístula y el Niemen.

CAPITULO XXII

IWAN IV Y LA IGLESIA ESLAVA

(*Cimentación filosófico-teológica de la AUTOCRACIA*)

La religiosidad de Iwán Grozny.—La contrapartida de la piedad iwaniana. Cimentación teológica de la Autocracia zarista por parte de la Iglesia eslava.—El racionalista Baschkín.—Triunfo del Josefismo moscovita en el Concilio de 1553.—La apoteosis del Zarismo y la exaltación de la AUTOCRACIA—.La exégesis histórico-teológica de los jerarcas eclesiásticos del mundo eslavo—. La exorbitante amplitud del absolutismo moscovita, según el Barón de Herberstein—. El singular consejo del Staretz Wassyán al primer Zar de Rusia.— La proclamación del Cesaropapismo más absoluto por el Metropolita Afanasio (1546-66) en Alexandrow—.Indigna conducta del Episcopado ruso—. Atentado del Zar contra los bienes de la Iglesia—. Los severos reproches de Iwán a los monjes —.El crimen horrible contra los que no se conformaron con el despojo—. El cariño de Iwán IV el Terrible a la Religión nacional—.

Decreto del Soberano Terrible limitando la propiedad territorial de la Iglesia.

Iwán era un hombre muy piadoso. A todas horas estaba arrodillándose ante los iconos y no se cansaba de estar en el templo, aun cuando los servicios religiosos duraran ¡*cinco horas*! Pero la fe de aquel hombre singular era más bien una verdadera superstición. Lo que él y sus amigotes llamaban Fe no era más que un sentimiento ciego lleno de angustiosas preocupaciones por lo sobrenatural. Le abrumaban la victoria fatal de la muerte sobre el amor y la implacabilidad de la ira de Dios. Constituía para él un misterio profundo e indescifrable y una tortura moral insu-

frible la intervención del elemento divino en la evolución de las cosas humanas. Se explica muy bien, por consiguiente, que la Iglesia fuese para Iwán algo sagrado e intangible. Los sacerdotes y los ministros del culto eran en Moscú gentes privilegiadas. No había para ellas como para las demás clases sociales horrendas torturas y muertes ignominiosas. Constituía la mayor felicidad del Soberano Terrible el sostener conversación con monjes y eclesiásticos acerca de cuestiones teológicas. Y era en él una obsesión casi enfermiza el realizar frecuentes viajes de peregrinación a los más famosos monasterios y santuarios de la Santa Rusia. El Metropolita Macario, «que era un buen hombre de pies a cabeza, valiente y digno, un buen ministro de Dios, en suma» (Graham) y que rigió los destinos de la Iglesia eslava por espacio de 20 años (1543-1564), ejerció una influencia benéfica sobre Iwán, quien lo tenía como un verdadero padre espiritual y un varón santo y prestigioso.

Después de la conquista del baluarte de Kazán —de regreso para Moscú— se detuvo para dar gracias a Dios por el triunfo militar y por el nacimiento del Zarewitsch Dimitri en Vladimir, en Susdal y en la Troitz-Sergieskaya Laura, lugares muy venerados los tres en la Santa Rusia. En las puertas mismas de la Ciudad del Moscowa (entrada de Sretenka) bajaba de su caballo y en presencia del Metropolita, del Obispo y del clero todo de la ciudad besó con singular reverencia al Icono adorado de la Santa Theotocos bajo la advocación de Nuestra Señora de Wladimir. El ordenó, en memoria del triunfo de Kazán, la construcción de la hermosa catedral de Basilio el Bienaventurado (Blayenney), que se alza bella y esbelta en lo que hoy es *Plaza Roja*.

Una leyenda moscovita asegura que Iwán vació los ojos al autor para que no pudiera levantar otra igual. «Pero la Historia contemporánea ha podido averiguar que fueron sus autores los arquitectos rusos Barma y Postnik, de Pleskau» (Alpatov y Brunov en *El arte de la Vieja Rusia*, Moscú, 1932). La construcción de aquella maravilla arquitectónica, que no tiene par ni en Constantinopla, ni en parte alguna de la Vieja Rusia, y que revela en forma adecuada la exhuberante fantasía del Zar y de sus arquitectos, duró ¡*seis años*! nada más. Era en Iwán contrapartida de una piedad innegable un apetito sexual fuerte e incoercible. No había nacido para recluirse en la soledad ni para guardar la castidad monacal. «Es faceta característica del primer Zar de todas las Rusias la lucha perenne entre su intensa concupiscencia carnal y sus deseos de renunciar a las vanidades del mundo y hacerse monje. Por tres veces formó serios propósi-

tos de resignar los poderes y de entrar en religión... Al fin, venció su inclinación a la perversidad...» (Kostomarof)

En la parroquia de Alexandrowska Slodoba, que embelleció notablemente, erigió un altar suntuoso en el que abundaban el oro y los rubíes. Consta, además, que gastó sumas enormes en fundaciones de misas y en limosnas a los más renombrados santuarios.

La Iglesia eslava, por su parte, supo corresponder a la liberalidad del Soberano Terrible cimentando teológicamente la *autocracia zarista*. Veámoslo.

A últimos de 1553 se celebraba en Moscú un nuevo Concilio a fin de condenar los errores del racionalista Baschkin. El hereje sembraba sus doctrinas en el mismo campo en que predicara en días no lejanos el famoso *NILO de SORA*. Baschkín reproducía las enseñanzas de los *JUDAIZANTES*. (V. nuestra obra «Las Sectas rusas»). Se ocupó principalmente de las causas de la santificación y combatió en forma despiadada a la Jerarquía eclesiástica, al sacerdocio y al orden político-social. Por lo que toca a este último extremo, hacía gran hincapié en esta tesis: en la Nación todos somos iguales. No es precisa autoridad de ningún género. Y el Estado que organiza las instituciones que encarnan el poder, que autoriza y que consolida la diversidad de las clases sociales, tan injustamente escalonadas, de mandos jerárquicos tan arbitrarios, es malo, pecaminoso y abominable.

Iwán el Terrible se alarmó profundamente. Baschkín, no sólo atacaba de modo criminal y blasfemo a la existencia misma de la Iglesia, sino que, además —y esto era ya demasiado— se lanzaba a fondo contra su propia misión divina y contra el sentido, altamente simbólico, de su coronación y unción como *GRAN GOSSUDAR y PLENIPOTENCIARIO* del Altísimo. El Kremlin no podía tolerar semejantes propagandas. Por si no tuviéramos bastante con la grave amenaza de los boyardos desleales —se decía Iwán— viene a perturbar todavía más la situación la insolencia de los sectarios que escuchan al incrédulo Baschkín.

El Déspota pidió las actas del Concilio y después de haberlas estudiado con detenimiento, hizo saber al país que la acusación y la condena del mencionado heresiarca —como fundadas en el escrito del P. José de Wolokalamsk: el *RACIONALISTA*— respondían plenamente a sus puntos de vista en la materia.

La victoria del Josefismo no podía ser más completa. Los discípulos del célebre Abad de Wolokalamsk se consagraron a redondear su sistema político-eclesiástico, que puede condensarse en estas afirmaciones: El orden social culmina en la Iglesia

Ortodoxa, la cual reconoce de buen grado el origen divino del poder zarista; no existen limitaciones en el ejercicio del mismo, y el *piadoso, caritativo y noble Zar, coronado precisamente por Dios mismo, es el Jefe Supremo de la Ortodoxia.* Tal es la obra divina —terminaban los josefistas—; no queda a los hombres otro recurso que aceptarla de lleno, rezar, creer, amar y hacer el bien, porque los decretos divinos son irreformables. Mas los Josefistas no pensaron jamás en la eventualidad de una apostasía por parte del Gran Gossudar. ¿No podía darse el caso de que el Soberano necesitase para la salvación de su alma y el bienestar del país un gran profeta que en el momento oportuno le reprendiese y tratara de llevarle al buen camino de los mandamientos del Señor? Lejos de semejante actitud, que era la evangélica, los jerarcas de la Iglesia rusa —muy josefistas todos ellos— adoptaron otra completamente mundana: la de atraerse a fuerza de adulaciones el favor del Gossudar, de legitimar la alta magistratura de éste y de recomendar a los fieles como el acto más profundamente religioso la sumisión incondicional a la Autocracia Zarista.

Los viejos publicistas eslavos se fijaban con mucha frecuencia en la excelsa figura de Constantino el SANTO, según los orientales, y el GRANDE, según los europeos del Centro y del Oeste, y sabían muy bien lo que sobre la materia habían escrito los más antiguos Padres de la Iglesia. Pero, como es sabido, el Emperador Constantino había reclamado para sí funciones específicamente canónicas llegando a ser, por fín, un astro de primera magnitud en la Iglesia de Dios. Esta última circunstancia era especialmente grata a los historiadores eclesiásticos moscovitas, que, en lo tocante a materias teológico-litúrgicas e histórico-canónicas, no tenían otras fuentes de información que las bizantinas. Pese al raquitismo en su Teología y a la mezquindad de su Historia, los doctores eclesiásticos de Moscovia hicieron notables esfuerzos para establecer las concatenaciones oportunas y construir los puentes que unieran a Saul con David y Salomón; a Nabuconodosor, con los postreros reyes de Babilonia; a César Augusto, con el Gran Constantino y a los más prestigiosos emperadores de Bizancio, con los Grandes Duques de Moscú. Desde sus mismos comienzos la Iglesia de Cristo —concluían ellos— ha reconocido y venerado, independientemente de los respectivos sujetos, al poder supremo de gobernar a los seres humanos. Es más: ha sobrepujado al Gentilismo, en lo que toca a manifestaciones externas de sumisión, de lealtad y de respeto. Por algo recibió el Emperador el título de Augusto: para que le

fueran rendidos, como a personificación de Dios, fidelidad, obediencia y servicio incondicionales. No deja de ser un servicio hecho a la Divinidad el adherirse con firmeza al hombre que gobierna por disposición del Altísimo. En realidad de verdad, —enseñaban los jerarcas eclesiásticos del mundo eslavo— ¿quiénes pueden gobernar sino Dios y sus delegados? Conviene observar, además, que los doctores de la Iglesia rusa han dado a la sumisión y acatamiento a los altos poderes una exégesis extraña y muy sutil. Es la siguiente: Dios al otorgar el poder no intenta directamente el bien del sujeto que lo encarna. Lo que le interesa, ante todo y sobre todo, es la humildad, mejor, *la humillación* de los súbditos, de los fieles, por cuya causa El hace y tolera a los reyes y a los emperadores. Así es que el soberano es un instrumento no más dentro de los planes divinos. El Supremo Imperante es un ser digno de compasión, porque cuando el Señor quiere a sus criaturas, les da muchas cosas, todas las que se quieran, ¡MENOS EL PODER!

Tanto era así que los jerarcas ortodoxos aconsejaban a los fieles que orasen por el Zar, por el Siervo de Dios e instrumento de su Justicia: Iwán Wassiljewitsch, ¡el Gossudar! Nadie necesita tanto como él —decían— la gracia de Dios y la ayuda de lo Alto. Tal es lo que pudiéramos llamar cimentación filosófico-eclesiástica del absolutismo de los Zares moscovitas. El Barón de Herberstein, observador agudo y escritor imparcial, que vivió en Moscovia, acertó a resumir del modo siguiente la amplitud exorbitante de la *autocracia rusa*:

«El Gran Duque ejerce su poder tanto sobre los clérigos como sobre las personas laicas y dispone a su capricho de vidas y haciendas. Ninguno de sus consejeros tiene prestigio suficiente para oponerse al criterio del Señor. Todos reconocen paladinamente que el deseo del Príncipe es la *voluntad* de Dios. Por eso mismo llaman a su Soberano Klutchnick, es decir: *llavero, tesorero, administrador*. Dicen de él que es el ejecutor exclusivo de la Voluntad divina. Es, cabalmente, por esto mismo por lo que el Príncipe suele contestar de este modo a los que se le acercan para pedir la gracia de indulto a favor de algún recluso. *Lo que Dios N. Señor ordena ha de cumplirse de modo ineludible. La intercesión es inútil por completo*. Cuando se pregunta a los moscovitas y no saben que contestar, acostumbran a salir del paso de la manera siguiente: *Eso lo saben tan sólo Dios y el Gran Duque*. Verdaderamente, no sabe uno que pensar: ¿Es por ventura que un pueblo tan inepto y tan rudo merece la soberanía brutal, despótica y cruel o es, por el contrario, ésta la que en-

gendra a un pueblo de esa indole?» («Rerum moscoviticarum commentaria»).

Se cuenta que con ocasión del famoso viaje de peregrinación a Kirilow, resultado de un voto hecho durante su gravisima enfermedad, Iwán se encontró con un Staretz llamado Wassyán, obispo un dia de Kolomna (la Alcalá de la provincia de Moscú) y director espiritual del Gran Duque Basilio III. El Déspota preguntó al anacoreta: ¿Cómo debo gobernar para *tener a raya* a la Nobleza?. «*No tengáis* más consejero que Vos mismo», respondió el monje-profeta. «Vos debéis ser el maestro y no el discipulo. Vos no tenéis que hacer otra cosa que *mandar* y todos los demás, *obedecer*. Solo así estaréis seguro en el *Trono* y tendréis a la temida Nobleza en vuestras manos».

A principios de agosto de 1565, poco después del teatral, absurdo e incomprensible Golpe de Estado de Alexandrow, se presentaba en este villorrio, convertido en residencia del Zar dimisionario, una delegación de Moscú presidida por el Metropolita Afanasio e integrada por obispos y nobles. Aquellos altos dignatarios eclesiásticos se expresaron así ante el Soberano: «Podéis, si así os place ¡oh Gran Gossudar!, podéis abandonar la capital; pero estáis obligado a no dejar sin el apoyo de vuestra presencia los templos y las reliquias que atesora la Ciudad Santa del Moscova. Sois Vos el guardián del Estado, y lo que es más, de la Iglesia misma. Durante vuestra ausencia ¿Quien salvará a tantos millones de almas?. Todos se arrodillaron ante Iwán cual si fuese ¡un nuevo Cristo!. Solo estaba de pie el Gran Gossudar. Una y otra actitud estaban proclamando el absolutismo más extremo, la Autocracia más acabada. Los Obispos pedían a Iván el Terrible que regresara a la Ciudad Santa para gobernar al Estado y también a la Iglesia (¡Salvar las almas!).

Por eso se titulaba a si mismo el Gran Gossudar «Autoridad suprema, incuestionable, magnífica, sólo inferior a la Divina sustancia, Trina y Una e Indivisible, Padre, Hijo y Espíritu Santo».

La Iglesia eslava se mostró siempre muy complaciente con los abusos autocráticos de Iwán el Terrible. El Metropolita Afanasio —el más débil, sin duda, de los nueve que actuaron durante el largo reinado del primer Zar de Rusia— tuvo que arrepentirse amargamente de la flojedad con que procedieron sus obispos al transigir una y otra vez con el césaro-papismo iwaniano. Nunca se había conducido tan indignamente el Episcopado ruso. Pese a la tendencia benévola hacia el Supremo Imperante, siempre había sido la Iglesia un poder moderador y un lazo de concordia entre el pueblo y sus príncipes. Mas ahora había in-

currido en el pecado grave de atribuir al Gossudar honores divinos. Es honrosa y única excepción en la serie de jerarcas eclesiásticos claudicantes el santo Metropolita Felipe, que, al fin, murió asesinado por un compañero de Iwán en orgías y bárbaros desafueros. La Iglesia eslava, como es lógico, pagaría su falta de energía cayendo en la esclavitud respecto del poder estatal.

Por de pronto, era una obsesión en el Soberano Terrible el intento de reducir el poderío temporal de la Iglesia y de su columna vertebral, los Monasterios. Era ésta su aspiración suprema: que los monjes se dedicaran exclusivamente a orar y no a enriquecerse porque esto último provocaba la degeneración de costumbres. En el famoso Concilio moscovita de 23-II-1551 se estudió ya, a propuestas del Zar, una ponencia de alcance notable. Era ésta: «Pertenecerán a la Corona los bienes de los monasterios, y los monjes serán tan sólo usufructuarios. Fue tan enorme la oposición que hicieron los jerarcas eclesiásticos y los monjes que el proyecto no pasó de tal. De todos modos, aquella notable Asamblea establecía, por indicaciones del autócrata, que «en adelante ni los obispos ni los monasterios podrían adquirir fincas sin el permiso del Zar». Era éste el fundamento jurídico: las familias rusas de rancio abolengo no podían quedar en la miseria por culpa de una devoción indiscreta, que para nada se acordó de los que podrían venir a menos. Las iglesias y monasterios que estuviesen en posesión de fincas y bienes de esa índole quedaban obligados a reintegrarlos a los herederos de los donantes.

«A últimos de 1575—escribe el inglés Fletcher—el Kremlin ordenaba a los monasterios y a las jerarquías que pidiesen la renovación de los privilegios seculares que venían disfrutando. Iwán no pretendía otra cosa que poseer un inventario de las riquezas monacales y de los bienes eclesiásticos. Todo con el propósito siniestro de robar aquéllas y de apoderarse de éstos con el mayor descaro».

Cinco años más tarde, el Zar reunía en su palacio a los supremos jerarcas de la Iglesia Ortodoxa, que, como sabemos, salen del clero monacal o negro. Tenía puesta su codicia en los bienes eclesiásticos. Y la campaña contra los ejércitos del Oeste (léase huestes de Esteban Bathory) le suministró un bonito pretexto para lanzarse a fondo contra las riquezas monacales. Los que han abandonado al mundo —pensaba él— no tienen por qué ocuparse en asuntos comerciales y ventajas económicas. Que paguen ellos —concluía— los gastos enormes del ejército

movilizado contra Polonia. He aquí el discurso del Zar, tal como nos lo ha transmitido el inglés Horsey: «La nobleza y el pueblo se lamentan de que, comerciando con toda clase de mercancías y beneficiándoos del trabajo de todos los demás ciudadanos, os apoderaís de los tesoros de todas las comarcas sobre las que ejercéis jurisdicción. Ello es tanto más injusto cuanto que disfrutáis del privilegio de no pagar impuestos, ni aun el de guerra, y aterrorizáis a los moribundos con las penas y castigos de ultratumba a fin de que os instituyan herederos de toda su fortuna. Por estos procedimientos poco nobles habéis llegado a poseer la tercera parte de los pueblos y villas de nuestro reino. Estas son las ganancias de vuestros exorcismos, encantamientos y maleficios ¡Compráis y vendéis las almas de nuestro amado pueblo!. Además, lleváis una vida disipada, llena de placeres y de refinamientos y cometéis los pecados más execrables (extorsión, soborno y usura). Caéis en todas las inmundicias de la carne, de la gula y de la molicie. Es bien seguro, siendo esto así, que vuestras oraciones de nada nos sirven porque no pueden ser gratas a la Divinidad, que ha de estar cansada de vuestras hipocresías. Y pido a Dios perdón por la culpabilidad que yo haya tenido en no haber puesto límite a todo esto... Muchas veces quise disolveros para tener ocasión de reintegrar los bienes que detentáis a los miles de familias de mi Nobleza, a la cual pertenece, en realidad, vuestra fortuna... Y mi querido pueblo moscovita se empobrece merced a vuestras ambiciones diabólicas.

»Es bien cierto que lograríamos el bienestar de nuestros súbditos si empleáramos vuestros tesoros para cosas más importantes que vuestra vida holgazana y lujuriosa...»

Después de esto amenazó personalmente a los dos personajes más representativos de aquella reunión: el Metropolita nowgorodense Alejandro, y el Archimandrita de la Laura de Troizka Sergio. Bajando luego de tono se mostró dispuesto a discutir, basado en testimonios de las Santas Escrituras, el asunto de los bienes eclesiásticos. Por lo visto no se dejaron convencer ciertos higumenos que tuvieron el suficiente valor para rebatir la argumentación poco sólida del autócrata. Oigamos de nuevo a Sir Jerónimo Horsey: «Tomó a veinte de ellos y les acusó de los más odiosos crímenes. Adujo el Zar ante el pueblo pruebas al parecer contundentes y los castigó y torturó públicamente. Luego ordenó que trajeran osos feroces y hambrientos para que los devorasen. Era el día de San Isaac. Y el lugar del bárbaro espectáculo, la plaza de Alexandrow. Uno tras otro iban

saliendo a ella, con la cruz y los rosarios de penitencias y jaculatorias en la mano, aquellos desventurados higumenos. Por especial favor del déspota llevaba cada uno de aquellos infelices una lanza para defenderse de las fieras. Por cada uno soltaban un oso. Rabioso, hambriento y lanzando espantosos rugidos, el animal, azuzado por los gritos de la plebe, se arrojaba sobre el pobre monje, lo despedazaba y, al fin, lo devoraba... Sólo un abad más diestro, sin duda, que los demás compañeros de infortunio, supo hacer buen uso de la lanza y tuvo la suerte de clavarla en el corazón de la bestia. El animal, herido de muerte, cobró ímpetus y furia y se arrojó en los estertores de la agonía sobre el desventurado monje y lo mató, al propio tiempo que entre rugidos espantosos expiraba él también. La comunidad de Troitz-Sergieskaya Laura rindió más tarde honores de mártir a este valeroso y santo abad. El pasatiempo no fue del agrado del Zar, según cuentan. Los osos habían devorado a siete abades... Los demás morirían en la hoguera...»

Naturalmente, el Soberano moscovita logró ¡no faltaba más! lo que tanto deseaba. El metropolita Antonio no se atrevió a lanzar el anatema de la excomunión. Y el Zar adquiría una buena contribución de guerra y un excelente ¡donativo! para su tesoro personal. Además, obligó a la Iglesia a renunciar, en adelante, a toda adquisición de fincas rústicas y urbanas. Todas sus compras serían nulas y todos los legados hechos a su favor, injustos. Pese a las ofensas a las personalidades eclesiásticas. (Véase el capítulo dedicado al metropolita Felipe), pese a los ataques a los bienes de la Iglesia y pese a las injurias y las calumnias lanzadas contra los monjes, es lo cierto que Iwán IV el Terrible profesaba verdadero cariño a la Religión nacional. Puede decirse que era fanáticamente ortodoxo. No se le podía hablar de otras confesiones religiosas. «Jamás podremos entendernos —dijo el Zar al jesuíta Possevino— porque nuestra fe, que es algo más que la griega, es la verdaderamente cristiana y de antiguo fue distinta de la vuestra. Quedaos con vuestro Papa y nosotros seguiremos nuestro camino, que es el recto y único bueno para salvarse». La conversación derivó hacia temas accidentales. En adelante, el Zar procuró rehuir deliberada y sistemáticamente, pese a las insinuaciones del delegado Papal, todo diálogo sobre cuestiones relativas a la Unión de las Iglesias.

«¡Al diablo vos y vuestro Lutero!», dijo Iwán al pastor luterano Rokita.

LIMITACION A LA PROPIEDAD TERRITORIAL DE LA IGLESIA

Asistido por su Padre espiritual Macario, Metropolita de todas las Rusias, por los arzobispos, obispos y miembros del Concilio (1551), Iwán Basilievitch, Gran Duque de Moscovia y Zar de Rusia entera, ha decretado lo que sigue:

«En adelante, los arzobispos, los obispos y los archimandritas e higumenos de los monasterios no podrán comprar tierras y pueblos (votchinas) sin que el Gran Duque y Zar tenga conocimiento de ello por informe detallado. Tampoco podrán vender unas y otros a los príncipes, a los hijos de boyardos o a cualquiera otra persona sin haber elevado al soberano el conveniente informe. Si alguien comprare o vendiere esas tierras sin el requisito previo de informar al Zar, el comprador perderá su dinero, y el vendedor, la propiedad. Confiscada ésta sin compensación alguna, quedará a beneficio del gran Duque y soberano autócrata.

»En ningún caso podrán ser redimidas aquellas votchinas que en tiempos anteriores hubieran sido donadas a los monasterios con el fin de asegurar para siempre la conmemoración de las almas de los donantes y de sus deudos. En cambio, puede realizarse el dicho rescate cuando en las estipulaciones testamentarias o en actas de donación futuras se haga constar el derecho de redención. Hará el rescate el padre del donante en las condiciones fijadas por los documentos consiguientes, la costumbre y la legislación en vigor.

»Cuando se trate de tierras estatales poseídas en usufructo o sometidas al impuesto negro (el pagadero por colonos en servidumbre), las cuales hubieran sido hipotecadas por hijos de boyardos y hasta por gentes del agro, tierras que luego fueron violentamente arrebatadas a sus detentadores por los obispados y los monasterios y, además, inscritas a nombre de estas entidades por escribanos ansiosos de complacer a obispos y a monjes, circunstancia que éstos aprovecharon para dárselas de propietarios —no pocos han llegado a crear por este medio pueblos enteros, incluso, talando bosques— se procederá así: Búsquense afanosamente los primitivos dueños de semejantes terrenos. Y la encuesta detallada dirá a quienes deben ser entregados.

»Si se diera el caso de que, después de la muerte del gran Duque Basilio Ivanovitch (padre del Zar Terrible), Volost (pueblos sometidos a idéntico centro administrativo rural), canto-

nes, pesquerías, aldeas sobre las que pesa el impuesto general del Obrok y otros dominios hubieran sido donados por los boyardos a los arzobispos, eparquías y monasterios, deberá también realizarse la consabida encuesta y a consecuencia de ella se restablecerán las cosas en el estado en que se hallaban en vida de dicho gran Duque.

»Si después del fallecimiento del gran Duque Basilio Iyanovitch, los monasterios, las iglesias y los pobres hubieren recibido nuevas donaciones, ya en forma de Ruga (subvención estatal en especie y en dinero al bajo Clero), ya de limosnas, realizada la encuesta, quedarán suprimidas. Y se restablecerán en todo su vigor las disposiciones de nuestros dos inmediatos antecesores relativas a este punto.

»Los monasterios y las iglesias que recibían subvenciones a título temporal por dos, tres o más años y que después de la muerte del gran Duque Basilio hubieran logrado transformarlas mediante público documento en algo permanente, quedarán también suprimidas después de la encuesta y retrotraídas a su condición temporal por el número de años que el Zar sea servido disponer.

»En otro tiempo y en virtud de un Ukase del gran Duque Basilio Ivanovitch, estaba prohibido en las ciudades de Tver, de Mikulin, de Torjok, de Obolensko, de Bielozersk y de Riazán el vender votchinas a vecinos de otras ciudades sin el consentimiento de sus habitantes y luego donarlas, sin haber informado al Soberano, a los monasterios para conmemoración de las almas.

»Sin haber informado antes al gran Duque y sin el consentimiento de los poseedores, los príncipes de Suzdal, de Jaroslawl y de Starodub jamás vendían votchinas, ni las donaban a los monasterios para conmemoración de las almas. En la actualidad, empero, los príncipes, los boyardos y los hijos de boyardo de esas ciudades lo hacen.

»En adelante, estará prohibido en Tver, Mikulín, Bielozersk, Riazán y Obolensko vender a los vecinos de otras ciudades votchinas y bienes comprados. Los príncipes de Suzdal, de Jaroslawl y de Starodub no venderán a nadie ni donarán para conmemoración de sus almas votchina alguna sin que haya sido notificado previamente el gran Duque. En el caso de no respetar este Ukase del Zar, el comprador perderá su dinero y el vendedor, su propiedad.

»Las votchinas que para conmemoración del alma fueran donadas a un monasterio sin haber precedido el informe al

Soberano, serán arrebatadas y confiscadas, sin compensación pecuniaria, a beneficio del Zar. Las donaciones de esta índole hechas antes de este Ukase serán mantenidas.

»Esta disposición es también aplicable a las ciudades de Tver, Mikulín, Torjok, Obolensko, Bielozersk, Suzdal, Jaroslawl y Starodub. Pero las votchinas donadas con anterioridad a este Ukase a monasterios para conmemoración de almas sin informar debidamente al Soberano moscovita y que por esto mismo pasarán a poder del Estado darán lugar a una justa indemnización. Estas nuevas votchinas adjudicadas al Soberano serán cedidas en usufructo». Amén.

Dado en Moscú, el 1 de mayo de 7059 de la Creación (1551).

Capitulo XXIII

EL POPE SILVESTRE

Victoria completa de la Iglesia ortodoxa sobre el primer Zar de Rusia merced a la furibunda catilinaria del fogoso y profético Pope de Novgorod.—Silvestre, confesor del Soberano y Canciller de Moscovia. Sus dotes excelsas de gobernante. Su admirable conducta como hombre, como esposo y como ciudadano.—El Domostroi (administrador del hogar), libro precioso de Silvestre.—Contenido y tesis fundamental de esta obra moralizadora.—La pedagogía terrorífico-profética de este Canciller, el mejor que Moscovia conoció, y el fracaso de la misma.

El gran incendio de Moscú (21-VI-1547) dio ocasión a la Iglesia ortodoxa para intimidar al joven Soberano de Moscovia. Apenas se hubo retirado la multitud, la cual, presa de pánico y ávida de socorro, se había agolpado en torno a la residencia accidental de Iwán IV el Terrible (Colonia de los Gorriones), cuando penetraba en la cámara zarista un sacerdote, procedente de Novgorod, el cual tenía fama de santo. Era Silvestre. «La ira de Dios ha caído sobre Vos, oh gran Gossudar —decía él en tono apocalíptico—; el rayo de las venganzas celestiales ha herido de muerte, mejor, ha exterminado la capital de vuestro Imperio. El fuego del Cielo ha descendido sobre la Santa Ciudad del Moscowa, y la sanción divina acaba de azotar a vuestro pueblo. En éste ha castigado el Señor las iniquidades que Vos habéis cometido, las pasiones a que os entregáis y las frivolidades de que hacéis ostentación. Como en los lejanos tiempos bíblicos de Sodoma, Gomorra y las otras tres ciudades de la nefanda Pentápolis, la Divinidad enojada se ha servido del fuego, del elemento voraz, para aniquilar a la ciudad más excelsa de vuestros dominios a causa, sin duda, de vuestros muchos pecados. Os hablo así ¡oh gran Gossudar! porque Dios me lo ha revelado. Las visiones que he tenido, los signos que he podido notar

me han llevado a la convicción plena de que se trata, indudablemente ¡oh Iván Vassiljewitch!, de un terrible juicio de Dios. Estudiad las Santas Escrituras y leed, sobre todo, la Historia de los Reyes de Israel y os convenceréis, señor, de la suerte fatídica, de la maldición terrible que pesa sobre vuestro pueblo. Y todo por Vos, que sois gran Gossudar, pero también el mayor prevaricador. Enmendaos, haced penitencia a fin de que podáis detener el brazo potente y exterminador de la ira divina...»

Ante el tono apocalíptico del iracundo profeta de Moscovia Iván sintió miedo y, muy arrepentido de sus faltas pretéritas, hizo promesas ante Dios y ante los venerados iconos de gobernar con dulzura, moderación y espíritu paternal. La victoria de Silvestre y, por tanto, de la Iglesia ortodoxa no pudo ser más completa. A partir de la catilinaria furibunda del pope famoso, caía Iván dentro de la esfera de influencia decisiva de la potestad eclesiástica. «Iván quedó maravillado de la profunda espiritualidad del sacerdote recién llegado de Novgorod la Grande y reconoció sin vacilar que el Pope Silvestre tenía una concepción exacta de los negocios públicos y de los intereses de la Nación y del Estado. Tenía razón el profético consejero —pensaba Iván—. La prudencia, la reflexión y los medios espirituales son las mejores armas políticas. La sangre, la inmoralidad, las miserias de la avaricia y la bajeza de ciertos instintos primitivos llevan consigo la ruina de los individuos y de los pueblos. El Zar tomó la decisión de seguir al pie de la letra las directrices de Silvestre y le nombró su confesor. El pope novgorodense tenía toda la razón. ¡Era verdad que el Todopoderoso había enviado sobre Moscú y sobre la Nación entera la gran calamidad del incendio a causa de la perversidad moral de su soberano y para lograr su arrepentimiento! Iván, hondamente impresionado por los discursos y amonestaciones de Silvestre, quien, por otra parte, era hombre ascético, inteligente, prestigioso y muy querido por todos, le rogó que permaneciera junto a él para asistirle con su sabiduría y su virtud...». (Von Eckardt).

Silvestre, ya confesor del Zar, era elevado a la alta dignidad de Canciller de Moscovia. Casi podía considerarse como un verdadero jefe de Gobierno nacional. Silvestre no era un guerrero, ni un soñador henchido de proyectos deslumbrantes e irrealizables. Era un estadista de cuerpo entero, un político enérgico que estudiaba detenida, concienzuda y apasionadamente hasta los detalles más nimios de los grandiosos proyectos y de las atrevidas reformas que acariciaba. «Carecía para bien suyo de una cualidad muy rusa, la de empezar a la vez muchas cosas,

no bien meditadas, para no acabar ninguna» (El mismo). Imperaban en todas sus empresas la visión creadora, la madurez completa y la capacidad plena. Un hombre así tenía que encontrar dificultades de importancia en un país, que, como Moscovia, estaba impregnado de orientalismo, es decir, de indiferencia fatalista, de apatía y de abulia; los moscovitas no querían modificaciones. Silvestre conocía y elaboraba los planes y señalaba luego, sin ayudas extrañas, los detalles de la ejecución. El Canciller hacía buenos discursos para convencer a sus conciudadanos; pero jamás se valió de la fuerza para empujarlos hacia el trabajo y la puesta en marcha de sus proyectos. Este sacerdote ejemplar era un puritano en toda regla. Sus actos dieron a entender a todos que era un hombre sencillo, piadoso, moral y un padre de familias que tomó muy en serio la vida doméstica y las prohibiciones de la Etica cristiana. Fue un modelo acabado en cuanto hombre, en cuanto padre y esposo y en cuanto ciudadano.

Para él era aspiración suprema y ley de vida el mejoramiento espiritual. La Humanidad —decía él— está obligada a realizar continuos progresos en la virtud y en el bien. He aquí lo que escribía en el *Domostroi* (el administrador del hogar), libro que dedicó a su hijo: «Como estamos obligados a salvar nuestras propias almas, se hace también preciso que demos de comer a nuestros criados y a los pobres». Silvestre conocía muy bien el lastre moral, la herencia infausta que en tierras rusas había dejado la dominación mogólica: apatía, indecisión, melancolía, falta de carácter, espíritu de humillación, dureza y brutalidad políticas. El eclesiástico novgorodense, el piadoso y enérgico Canciller formó el propósito noble de orillar este peso muerto. Se sintió llamado a ser el educador del Zar y de Moscovia entera y consagró sus mejores esfuerzos a predicar el ejercicio de las virtudes cristianas del honor, de la moderación, del orden, de la dignidad y de la vergüenza. *Catón* cristianizado, Silvestre se dio también cuenta cabal de hallarse en un verdadero desierto moral y, en consecuencia, actuó, al igual que su modelo romano, como censor y como cónsul a la vez. Por de pronto, dio la pauta para la moralidad que los rusos deberían practicar y, luego, utilizó el poder ilimitado de que gozara para aplicar a todos los organismos estatales aquellos mismos principios que podían hacer la felicidad del hogar doméstico.

Nadie se atrevió jamás a zaherirle. Durante los trece años en que estuvo al frente de los destinos nacionales, no hubo co-

natos para derribarlo o desplazarlo. No conoce la historia del siglo XVI otro hombre que haya tenido en Moscovia estima y prestigio mayores. Silvestre partía del supuesto de que no podía haber separación entre la vida pública y la privada, porque no existía más que una sola moral, que se encargaba de regular todos los actos humanos. Clérigo secular y, por ende casado, Silvestre quería ver implantadas en la vida pública aquella moralidad y aquella administración que en el hogar doméstico suele poner en práctica el buen padre de familias. En el *Domostroi* hay un pasaje que prueba elocuentemente la concepción justa, sencilla, ingenua y optimista que de la vida social tenía aquel hombre extraordinario. Se refiere a la necesidad de abolir la esclavitud. He aquí sus palabras: «No sólo he otorgado libertad y tierra a todos mis esclavos, sino que he rescatado, además, a otros muchos, libres ya merced a mis gestiones. Libres son también todos nuestros criados y todos nuestros viejos esclavos. He concedido el precioso don de la libertad a todos los que estaban bajo mi jurisdicción. He dado alimentos, bebidas y ropa de vestir, hasta que llegaron a la edad adulta, a muchos huérfanos abandonados, a no pocos menesterosos de uno y otro sexo, procedentes de Nowgorod. Hice otro tanto con los pobres de Moscú. Es más: en la medida de mis posibilidades proporcioné a todos enseñanza y educación.

«A unos enseñé a leer, escribir y cantar; a otros, a pintar iconos; bajo mi dirección aprendieron no pocos a coser y a encuadernar libros, y algunos fueron iniciados en materias comerciales...

»Tu madre dio alojamiento a vírgenes y viudas pobres y abandonadas y les enseñó a realizar trabajos manuales y a gobernar bien la casa. Aún llegó a más su caridad, porque a no pocas procuró ajuar y casamiento. Por intercesión de tu misma madre muchos varones recibieron compañeras laboriosas, honradas y cristianas. Ante todo, proporcionó a unos y a otras con la ayuda de Dios la hermosa condición de personas libres. Algunos, según su capacidad, aptitud, dotes naturales o beneplácito divino, llegaron al Sacerdocio, al Diaconado, a las oficinas públicas y a las secretarías del Gobierno. Otros se quedaron en obreros manuales, en comerciantes o en comisionistas. Dios se dignó pagarnos el bien que hicimos, porque ni hemos tenido pleitos enojosos con nadie, ni nos causaron pérdidas en la fortuna o en la honra los criados que nos sirvieron y los infelices a quienes favorecimos. Mas si la Divina Providencia nos hubiera reservado disgustos, sinsabores y perjuicios de parte

de quienes debieron mostrarse agradecidos, es bien seguro que lo hubiéramos tolerado en silencio. Nadie nos habría oído la más pequeña lamentación. Obra tú también así, hijo mío, aguanta todos los insultos. Dios sabrá recompensarte».

En otro lugar se lee:

«Jamás tuve comercio carnal con otra mujer que no fuera tu madre. Fiel a mis promesas, supe mantenerme en ellas con firmeza. Has de hacer tú otro tanto, hijo mío, es decir: Honra la santidad del matrimonio y evita contactos con otras mujeres distintas de aquéllas que te hubieran asignado el amor de tu corazón y el beneplácito de la Providencia. Huye de la embriaguez, que es el origen de muchos y muy graves inconvenientes».

Pues este hombre de tanta bondad y de tan extraordinaria firmeza de carácter logró tener a raya durante ¡diez años! a la indómita naturaleza y a la tendencia autocrática de Iwán IV el Terrible. Es verdad que en ese decenio no dió el Zar de todas las Rusias pruebas inequívocas de gran bondad y de virtud más o menos heroica; pero también lo es que se condujo de una manera correcta, moderada y prudente. Silvestre creyó haber dado con el remedio eficaz para hacer de Iwán un soberano tolerable. Y siguió manejando con el mismo tono apocalíptico y amenazador el látigo de la ira divina. Por eso atacó con energía el buen humor, los desahogos humanos, muy lógicos en la juventud, y la actitud del joven soberano. Para el severo Canciller, Iwán cazaba demasiado, y la Zarina Anastasia reía con exceso. El pope novgorodense predicaba una y otra vez sobre la necesidad de llevar vida ascética y sobre la paz venturosa de los cielos, ponía como ejemplos dignos de imitación a sus propios actos de virtud, se vanagloriaba constantemente de haber liberado tantos y tantos esclavos y pregonaba a los cuatro vientos la caridad que por amor a Dios y a los semejantes se hacía desde su hogar, verdadera escuela de religión, de honor, de bienestar y de felicidad temporales. En el vocabulario del pope novgorodense no faltaban las duras palabras que para atemorizar a los israelitas prevaricadores habían empleado los profetas del A. Testamento. A todas horas aludía al «llanto y crujir de dientes», y a las severas penitencias que debe realizar todo hombre, máxime si está constituído en autoridad, a fin de aplacar el enojo de los Cielos y detener el brazo de la ira de la Divinidad ofendida.

Conviene advertir que los rusos no entendieron bien la enérgica actitud apocalíptica del Canciller-Profeta. Ellos no se explicaban aquel rigor. En materia religiosa—pensaban todos

los moscovitas del siglo XVI—no hay más que iconos. Todo está en las venerandas imágenes de la Santa Rusia. Pues bien; nuestros sagrados iconos—continuaban ellos—no despiertan en nosotros penitencias y torturas, no contienen escenas del Juicio final, de la tremenda manifestación de la Divina Justicia. Nuestros iconos, en otros tiempos tan ascéticos y tan severos, son ahora lo que debieron ser siempre: dulces y suaves, tiernos e indulgentes. Con melancólica dulzura, en efecto, miraban a los fieles ortodoxos los ojos delicados de las Theotokos orientales. Placidez y sosiego infundían también las gratas figuras de los santos eslavos:patriarcas venerables, bondadosos archimandritas, ascetas taciturnos y taumaturgos de tez morena y luenga barba. En Moscovia no se conoció el realismo impresionante y aterrador que a sus obras de arte supieron dar en la Europa Occidental los imagineros. Los pintores del Oriente cristiano no querían fundamentar sus iconos en motivos humanos (Von Eckardt), porque era más alto su designio: trasladar al lienzo o a la tabla las excelsas cualidades divinas y, ante todo, la bondad y la misericordia. Por esto mismo se acudía a las palabras terribles, apocalípticas e inexorablemente justicieras, cuando se pretendía excitar el dolor por las faltas cometidas y amedrentar al prevaricador. No usaban otro procedimiento los clérigos moscovitas. Elevaban a la máxima tensión las angustias del pecador desventurado, procuraban no dejar a las conciencias perversas reposo alguno y se complacían en pintar con los más negros colores las sanciones espantosas que para los recalcitrantes tiene reservadas la Justicia Divina enojada.

Tal era la pedagogía ortodoxo-eslava. El pope Silvestre supo utilizarla a maravilla con Iwán y la Zarina Anastasia. No les hablaba más que del infierno y de sus tormentos horrorosos. La piedad silvestrina estaba condicionada por la fe en las penas eternas y por la ira del Juez supremo. Es verdad que algunas veces se ocupaba de la gracia divina. ¡No faltaba más!; pero siempre lo hacía dentro del marco del más espantoso terror y de las sanciones más duras, porque «el enojo divino—son sus mismas palabras—persigue de modo inexorable a los pecadores en todas las horas del día y en todos los momentos de la noche, en la vigilia y en el sueño». Siendo esto así, no es extraño que los cristianos de Moscovia viesen en la Divinidad la personificación del tormento, en todo infortunio de la vida; una sanción merecida, en toda desventura, el obligado acompañamiento del individuo y de la colectividad.

«Pero Silvestre no se dio cuenta, pese a su indiscutible ta-

lento, de que este método pedagógico no podía dar resultados satisfactorios tratándose de Iwán, hombre indómito e inclinado a la violencia, a la autocracia y a la brutalidad mogólica. El Canciller moscovita no conoció bien al Soberano. El prudente y hábil estadista se equivocó lamentablemente al tomar tan en serio su papel de profeta que anuncia las maldiciones del cielo y de maestro inflexible que enseña para que sean puestos en práctica los severos preceptos de la moral cristiana. El sacerdote novgorodense perdió el sentido de la medida y la agudeza de visión. Ingenuamente creyó que podía manejar a su antojo al egregio discípulo» (Von Eckardt). Las consecuencias de la pedagogía religiosa y del criterio político-social del famoso Canciller, el más grande acaso en la historia política de Moscovia, no pudieron ser más funestas.

Capitulo XXIV

CAIDA DE SILVESTRE (1560)

Antagonismo creciente e irreconciliable entre Iwán y los consejeros Ardatschew y Silvestre, enemigos de las "Peregrinaciones" de un Soberano que por doquier buscaba la cimentación de la autocracia.—Fracaso de la entrevista con Máximo el Griego.—La consulta de Iwán a un anacoreta y la maquiavélica contestación de éste.—Las funestas consecuencias políticas de los viajes de peregrinación.—La muerte del Zarewitch.—La enfermedad de Anastasia.—La nueva catilinaria de Silvestre con motivo de tan lamentables acaecimientos.— Las bellas prendas morales de la Zarina.— Funestas consecuencias de su muerte (7-VIII-1560).*—La caída de Silvestre.—La muerte del mismo.*

La diversa tesitura espiritual, que, dentro de la Dieta de personalidades selectas, había cristalizado últimamente en el irreconciliable antagonismo doctrinal y práctico entre el Soberano moscovita y no pocos miembros de aquel cuerpo consultivo, obligó a Iwán IV a buscar apoyo en otros sectores de la vida nacional. El Zar se asfixiaba en Moscú. Estaba ya harto de boyardos. Sistemáticamente rechazaban ellos, con un orgullo y una petulancia insoportables, todos sus planes. Del modo más irracional y absurdo le negaban comprensión y ayuda. El Déspota Terrible necesitaba hombres nuevos que le dieran consejos acomodados a sus caprichos, le hiciesen demostraciones de inquebrantable lealtad y de reverencia semireligiosa y le comunicaran impulsos para resolver en forma decisiva los grandes problemas nacionales. Me abruman —decía para sí el Zar— me abruman las oficinas gubernamentales. Esta Cancillería y esta Duma de boyardos ¡me ponen nervioso! Este Kremlin, el de las robustas murallas que lo aislan de la ciudad y del mundo exterior, es demasiado estrecho. Acompañado, pues, de mi querido hijo, de mi idolatrada Anastasia y del séquito indispensable, saldré de aquí para recorrer esta Rusia tan inmensa como desconocida, para visitar los monasterios más famosos y para realizar peregrinaciones a las tumbas de los mártires y de los tau-

maturgos más milagreros. No opinaba así, claro está, la Dieta de personalidades. Distinguíanse entre éstas las figuras excelsas de Ardatschew y de Silvestre. Y era este último el que con mayor entusiasmo defendía el criterio opuesto al capricho de un Zar ¡a quien tanto molestaba el cumplimiento del deber! El Canciller sabía muy bien lo que iba a salir de los diálogos entre el Zar y unos venerables archimandritas, ermitaños y starezs, que en su mayor parte eran josefistas rabiosos. No pocos de ellos habían sido Obispos que, depuestos por los boyardos o por la Dieta de personalidades selectas, fueron relegados a un monasterio lejano. Seguramente abogarían—afirmaba el pope Silvestre—por sus especiales puntos de vista. Procurarán conseguir sus más vehementes deseos y es indudable que sabrán adular al soberano, manejarán en su honor el incensario de las injustificadas alabanzas y harán discursos impresionantes para fomentar el ejercicio de la autocracia. ¡Como que, según ellos, el mejor apoyo de la ortodoxia era el absolutismo! En aquellos apartados conventos devoraban su propio despecho los destituídos de los últimos tiempos, los descontentos, que precisamente por serlo, harían los posibles y hasta los imposibles por incrementar en Iwán el desafecto hacia los consejeros reformistas. Los miembros de la Dieta de personalidades selectas tenían mucho miedo a una evolución de esta índole. (El Príncipe de Kurbsk en su historia de Iwán IV).

Silvestre, el activo y ejemplar estadista, luchaba, como es lógico, por la suerte de su persona y de las bien meditadas reformas que había ya implantado. Combatía también —y ello no es menos comprensible— por aquellas otras medidas, muy acertadas, asimismo, que tenía en cartera. El hábil e inteligente político conocía a la perfección los considerables defectos que entrañaba una organización política de tipo feudal. Por el contrario, el Zar, habituado a mandar *modo militari,* no estaba en condiciones de apreciar la imposibilidad de poner en práctica los caprichos de su ímpetu juvenil impaciente e inexperto, y sus humoradas insensatas. Iván IV —cosa muy lógica desde su punto de vista— veía en los pundonorosos y cumplidores ministos Ardatschew y Silvestre unos estorbos de considerable volumen. Le molestaban extraordinariamente la ciencia, la sensatez y el amor al deber de aquellos gobernantes ejemplares. Se ponía furioso cuando llegaba a sus manos un informe nuevo más o menos grato sobre la situación del país. Silvestre y Ardatschew, siempre muy amigos, informaban de acuerdo con la realidad, por amarga que fuese. Nunca su-

pieron mentir. Tampoco entendieron de halagos, de adulaciones y de bajezas. Jamás buscaron el favor del Soberano. El norte de su actuación fue en todo momento el verdadero interés nacional, que, por desgracia, no importaba gran cosa al Zar Terrible.

Mientras que el Canciller y el Tesorero se comportaban como verdaderos administradores de un hogar grande, Iwán, forjador de planes tan grandiosos como irrealizables, no pensaba más que en el renombre que le darían las hazañas y los procedimientos de autocracia oriental, de Soberano asiático. Ardatschew y Silvestre, verdaderos moscovitas, rusos de pura cepa, no querían parecerse en nada—y menos, claro está, en métodos políticos—a los invasores mongólicos, a los asiáticos que tanto habían perjudicado al país. También evitaban todo contacto con aquellos aborrecidos corruptores de Rusia. El Zar, por el contrario, sentía complacencia suma en traer a la patria, procedentes de los Khanatos tártaros, huestes considerables, a fin de que, incorporadas al Ejército moscovita, exterminasen luego mediante *razzias* salvajes a los cristianos de Livonia. El noble Canciller veía con horror e indignación la crueldad y los excesos asiáticos que tanto agradaban al Soberano. Consideraba a una y otros como un baldón de ignominia para Moscovia y la humanidad entera. Por eso se decidió a eliminar esta vergüenza, a orillar este factor de descrédito. Naturalmente, el propósito de Silvestre llevaba consigo la ruptura o, por lo menos, el antagonismo irreductible con el déspota. El Canciller, que era muy agudo, se dio cuenta de que iba perdiendo influencia y optó por una medida extrema: la de utilizar en su favor el inmenso prestigio de un amigo suyo, Máximo el Griego, universalmente considerado como un hombre sabio y como un varón santo. Conviene advertir que Silvestre y su partido, sorskianos decididos, fueron siempre enemigos irreconciliables de la jerarquía ortodoxa, altamente oportunista, entregada más de lo conveniente a los cuidados temporales y defensa fanática de su privilegiada situación. El antijosefismo de Silvestre convertía en foso infranqueable la distancia que lo separaba de Iván IV. El Zar, que no ignoraba la compensación que el alto clero le exigía, se inclinó hacia el criterio latifundista y acaparador del Padre José de Wolokolamsk, bien convencido de que nadie mejor que los partidarios de éste, en justa reciprocidad, apoyarían a la autocracia del Kremlin y al despotismo de su dueño. Tampoco desconocía el Zar, muy amigo, por otra parte, de dialogar sobre materias teológico-escriturarias, la supina ignorancia de los josefistas. Así es que el Canciller no perdió esperanzas y cre-

yó empresa fácil la de ganar para su sistema político la persona del Zar. ¿No convencería a Iwán—se preguntaba Silvestre—el anciano monje bizantino, el Starez Máximo, el santo varón de Dios que tanto consuelo y tanta luz estaba prodigando en la Laura de San Sergio?

El iluso ministro daba por descontado su éxito. No me cabe duda—aseguraba él—de que Máximo el Griego, el hombre de más prestigio en tierras moscovitas, apartará al Zar del criterio que vienen sustentando los ¡serviles, los aduladores y los egoístas partidarios del P. José! Todo saldrá a las mil maravillas. Tan sólo es menester que la entrevista se realice.

Pero la conferencia con el célebre monje albanés, con el amigo de Silvestre, fracasó del modo más rotundo. El Starez no pudo convencer al Soberano. Es más: tenemos por seguro que Iwán IV salió de la Troitz-Sergjeskaja Laura con mayor dosis de menosprecio para el criterio y la persona del Canciller que había sugerido la visita. La profecía del Starez sobre la posible desgracia del Zarewitch había exasperado a Iwán Grozny. ¡Este Starez y este pope—dijo el Zar—me molestan extraordinariamente! ¿Cómo saben ellos tantas cosas acerca de la ira de Dios? El Soberano se aferraba al conocido propósito de peregrinación al monasterio de Mozhaisk. Y porque no quería dejar a la Zarina y a su hijito dentro del campo de las intrigas palaciegas, y, sobre todo, del influjo eventual del Canciller, tomó consigo a una y a otro. Emprendía la marcha en un día gris del mes de noviembre de 1559.

En el camino se encontró con un ermitaño que en tiempos había visitado con frecuencia la Corte de su egregio padre, Basilio III, y que, caído luego en desgracia, vivía ahora en la más espantosa soledad y en el más absoluto silencio. Iwán hizo al viejo anacoreta esta pregunta: «¿Cómo he de arreglármelas para gobernar bien y mantener en la obediencia leal a los grandes y a los poderosos de Moscovia?» Aquel asceta, que, por una parte, conocía a la perfección los modos adulatorios tan corrientes en el Kremlin y en todos los palacios, y que, por otra, había pertenecido durante mucho tiempo a una comunidad de monjes josefistas, respondió—con gran asombro del Príncipe de Kurbsk que se hallaba presente—con este «diabólico razonamiento»: Si deseas ser autócrata, no tengas consejeros que sepan más que tú, pues si te empeñas en rodearte de hombres más sabios que tú, ¡ah!, entonces te verás necesariamente obligado a obedecerles. No olvides que tú vales más y eres mucho mejor que todos ellos juntos. Sólo obrando comc autócrata que

desoye consejos y aparta de sí a los sabios, permanecerás inconmovible en el poder. Sólo así, tendrás en tus manos todos los resortes. El Zar besó la mano del anacoreta, le dio las gracias y le dijo a renglón seguido:

«Mi padre mismo, si viviera, no hubiera podido darme consejo más juicioso ni más útil».

No creemos que el anacoreta ruso hubiera leído el «Príncipe» del famoso Secretario Florentino; pero el diabólico consejo político de aquél coincidía plenamente con la seductora y criminal sugerencia de éste: «Independízate, ¡oh Príncipe!—había escrito Maquiavelo—porque, de lo contrario, te habrás convertido, sin saberlo, en esclavo de los demás».

«Previamente resuelto a ejercer la tiranía del modo más brutal, el Zar no precisaba, en verdad, las sugerencias del anacoreta, no necesitaba maquiavelos. Sobraba ya la filosofía política. El déspota ruso estaba ya convencido, pero no le estorbaban los razonamientos del Starez. En adelante—se decía Iwán—no me faltarán ocasiones para citar en apoyo de mis procedimientos la inatacable autoridad de personas tan desinteresadas, sabias y virtuosas como los starezs y los anacoretas de la Santa Rusia. Empujado por el instinto político, el Zar buscaba el apoyo del pueblo y del clero» (El Príncipe de Kurbsk).

Efectivamente, la peregrinación, la visita a los monasterios, los consejos de higumenos prestigiosos, los diálogos con starezs, es decir, con santos profetas y varones excelsos—factores de índole propagandística todos ellos—demostraban a Iwán de modo indubitable que podía contar con las masas populares provincianas y con la clerecía negra o monacal. ¡Era muy otro el ambiente de provincias! Aquí no se conocían los inconvenientes, los obstáculos y los reparos que le oponían en Moscú los antipáticos consejeros kremlinianos. En los conventos y en las iglesias, en las calles y en las plazas..., en todas partes encontraba él adhesión, respeto y lealtad. «Ni Ardatschew ni Silvestre, pese al talento de que se hallaban dotados, se dieron cuenta de las cualidades psicológicas del Soberano, a quien servían... Pasaron por alto la nerviosidad y hasta la agudeza intelectual del Zar. Tenía éste por entonces unos treinta años... No era empresa fácil la de penetrar en sus intenciones..., porque Iwán era reservado, casi enigmático, versátil... y alevoso» (Von Eckardt).

La intensa piedad de que iban dando pruebas inequívocas el Zar y su cristiana y bella esposa, el modo escrupuloso de que uno y otra hacían gala al cumplir sus deberes religiosos, las fundaciones pías que por doquier restablecían, los grandes rega-

los con que obsequiaban a los monasterios y las firmes promesas de constituir nuevos templos y adornarlos con espléndidos iconos y con veneradas reliquias entusiasmaron a las gentes sencillas y creyentes que la comitiva zarista encontraba en su camino hacia el monasterio de Mozhaisk. No se hablaba ya del tan grave problema de la limitación de la propiedad monacal. Nadie se acordaba ya de las enseñanzas puritanas de Nilo de Sora. Antes al contrario, el Zar acentuaba su adhesión a la Greco-ortodoxia oficial y se mostraba cada vez más conservador de las viejas tradiciones. Por doquiera que pasaba se pronunciaban discursos cuya tesis fundamental era ésta: «El pueblo que acepta modificación esencial en su modo de ser y en las costumbres heredadas de los antepasados camina derechamente hacia su ruina definitiva». Conservar la fe ortodoxa y practicar la religión del Estado equivale a mantener con firmeza inquebrantable todas las fórmulas tradicionales. Iwán, por su parte, no hablaba más que de temas religiosos, lo cual llenaba de júbilo, claro está, a los jerarcas eclesiásticos. En todo se mostraban éstos complacientes y con el acostumbrado servilismo asentían—para indicar que le daban toda la razón—cuando el Zar se quejaba amargamente de la conducta ¡incalificable! de los consejeros, de los nobles y de los boyardos. En materias relativas al agro los boyardos y los monjes se hacían intensa competencia. Unos y otros se disputaban los aldeanos y no pensaban más que en incrementar el número de esclavos. El Zar sabía todo esto y procuraba sacar de ello el mayor partido posible. Por eso decía con harta fecuencia a los popes y a los monjes: «Yo os ruego que habléis a los boyardos, mis enemigos, y les aconsejéis moderación. Se hace preciso que esos traidores dejen de injuriar al pueblo y de humillar al Soberano. Es ya hora ¡oh ministros del Señor!, de que terminen los crímenes que están cometiendo contra la naturaleza humana, a la cual ofenden, y contra el «Vaso de Dios, el ungido del Señor», a quien niegan la fidelidad y la obediencia debidas» (Ibidem). El primer Zar de todas las Rusias hacía propaganda a favor de su persona y de su bárbara *autocracia* y en la contra de los aborrecidos boyardos.

Pero en otro orden de cosas la *Peregrinación* resultó catastrófica. La profecía de Máximo el Griego se cumplió al pie de la letra. Antes de salir del monasterio, meta de una larga peregrinación, dejaba de existir el tan amado Zarewitch. «Todo lo que sabemos de aquella desgracia es esto: que fue llevado al Kremlin moscovita el cuerpo yerto y frío de un niño de corta edad,

que era heredero del trono ocupado por la Dinastía Rurik; pero se desconocen en absoluto las causas de la muerte. La Historia no puede decirnos si la desventura fue debida a una enfermedad o a un simple accidente»... El dolor y la desesperación hicieron presa en la ínclita pareja... Y fue lo más desconcertante para los Soberanos de Moscovia la circunstancia, según ellos *aciaga*, de que Dios les hubiera probado en el momento preciso en que ¡estaban cumpliendo una promesa de índole espiritual! ¿Por qué les arrancaba la Divinidad lo que más amaban? ¿Tan grandes eran los pecados de Iván, de Anastasia y de Rusia entera, no menos sancionada que unos padres amantes y desconsolados? ¿Qué habían hecho para merecer los golpes de la *ira divina*?» (Graham).

Pero con la desaparición del Zarewitch no habían terminado los infortunios. Cuando se hallaban a punto de abandonar el Monasterio y regresar a Moscú, cayó enferma la Zarina Anastasia. Silvestre aconsejaba la permanencia en el Monasterio. Había que rezar y rezar, porque aquella enfermedad —así lo pregonaba el Pope-Canciller— era exclusivamente debida al *enojo Divino*. Pero en aquella santa morada ni había médicos, ni eran conocidas las medicinas. Además, se congelaban allí hasta los pensamientos. El Zar, más que angustiado, furioso, ordenaba el regreso inmediato a la Capital. Una vez aquí, Silvestre, el confesor y el consejero, volvía a la carga para repetir la consabida catilinaria. La muerte del Zarewitch —predicaba el profeta ruso y primer Ministro de Moscovia—, fue ya una señal evidente de la cólera de los Cielos enojados por las culpas del Zar.

Y la Divinidad ¡oh fieles cristianos de Moscovia! continúa irritada. Bien lo prueba la enfermedad de la Zarina, de la esposa del Soberano. ¡Es otra sanción por los pecados y los crímenes de Iwán! ¡Oh monarca tan poderoso como terrible! ¡Haced penitencia! ¡Sólo con arrepentimiento sincero lograréis aplacar el enojo de las potestades del cielo! Y vosotros ¡oh moscovitas! rezad para que Dios perdone al Déspota que es Azote de Rusia.

Esto era ya demasiado para que pudiera tolerarlo el primer Zar de todas las Rusias. Iwán estaba frenético, porque su Anastasia —el único amor de su vida— no mejoraba. A los ocho meses justos, a partir del primer ataque (Nov. de 1559), sufría otro, todavía más fuerte, *mortal* (julio del año siguiente). Pronto se agravó el estado de la enferma, merced precisamente al incendio que se declaró en el barrio del Arbat, incendio que amenazaba exterminar a la capital entera. El humo penetraba en las habitaciones de la egregia enferma y el crepitar originado por

las llamas cercanas produjo en Anastasia una crisis nerviosa... El Zar logró llevarla al pueblo de Kolemonskoe, no lejos de Moscú... No fue posible devolver a la enferma la calma necesaria... La delirante Anastasia creía hallarse en medio del fuego ...A las cinco de la mañana del siete de agosto de 1560, *Anastasia,* la primera esposa de Iwán el Terrible, cerraba para siempre sus ojos dulces, tiernos y amantes. Todo Moscú lloró la muerte de aquella hermosa, buena y caritativa mujer, y el Zar, desconsolado, deshecho, *a pie y sin corona,* asistió a la procesión funeral y al entierro. Para memoria perpetua de la excelsa señora —probablemente la más bella, bondadosa, sentimental y agradable de la historia de Moscovia— su afligido esposo Iwán IV erigió numerosas fundaciones pías espléndidamente dotadas, hizo legados especiales a monasterios e iglesias y envió sumas extraordinariamente grandes al templo del *Santo Sepulcro,* en Jerusalén. Era preciso —se decía Iwán— que se celebrasen muchas misas en sufragio de su inolvidable Anastasia y que se elevaran al Cielo para salvación de su alma innumerables plegarias.

Para el primer Zar de Moscovia había terminado una etapa venturosa de su vida. Los trece años de matrimonio con Anastasia lo habían sido de felicidad y de amor. ¡No podía olvidarla! No había consuelo para un viudo que se negaba a recibir con cristiana resignación los decretos de la Providencia. Consta que fue terrible la desesperación de aquel hombre. El Metropolita, cansado ya de exponerle las piadosas consideraciones del caso, terminó sus visitas de condolencia con estas palabras: «¡Oh gran Gossudar! La desesperación, que es impropia de cristianos y príncipes piadosos, es una de las más grandes injurias a Dios N. Señor». «Ni las más grandiosas concepciones políticas, ni las negociaciones diplomáticas más complicadas, ni las más resonantes victorias, ni las campañas más trascendentales, ni las bacanales más nauseabundas, ni las ejecuciones más atroces, ni las escenas de tortura más horripilantes, ni las polémicas más agudas sobre los más apasionantes temas religiosos, ni los más prolongados y rigurosos ayunos, ni las plegarias más encendidas, ni las burlas más sarcásticas, ni los más brutales desafueros fueron capaces de borrar de la conciencia de Iwán el recuerdo torturador de su idolatrada *Anastasia*» (Von Eckardt).

La última reconvención de Silvestre (la ya mencionada catilinaria con motivo de la muerte del Zarewitch y de la enfermedad de la egregia madre de éste) tuvo para el Canciller un resul-

tado catastrófico. ¡Era natural! Realmente, «la pretensión de saber mucho sobre la *Ira* de los Cielos contra un Zar prevaricador» (Graham), mejor, la valentía de un buen sacerdote —diríamos nosotros— que tomó la resolución de cumplir el sagrado y penoso deber de amenazar con sanciones divinas a un Déspota que menospreciaba sistemáticamente los sabios consejos humanos, le había puesto en un compromiso muy serio. Se puede asegurar que el Zar rompió con su amigo y consejero, el *Pope-Canciller,* tan pronto como se inició la enfermedad de la Zarina. Así debió comprenderlo el propio Silvestre, porque, en aquella coyuntura, precisamente, se retiraba a un monasterio no muy distante de Moscú. Como era natural, el confesor daba al penitente su bendición. Silvestre no quiso alejarse demasiado porque, convencido de la necesidad que el Zar tenía de sus servicios, alimentaba la grata esperanza de que, no tardando, se le ordenaría la reincorporación al Kremlin donde —según creía él— era insustituible. El Canciller se equivocó del modo más lamentable. Ante todo, porque el Zar estaba decidido a prescindir de él en absoluto —ya que había cometido el ¡crimen! de predecir la muerte de Anastasia— y luego, porque la Zarina, lejos de reponerse, fallecía a causa de un fuerte acceso de la primitiva enfermedad. Fue entonces, en medio de la tristeza general y de la celebración de los funerales, cuando Silvestre huyó al lejano y desolado Monasterio de S. Cirilo de Bielozersk, «donde permaneció, según se cree, hasta su muerte. A partir del momento de su marcha en dirección Norte, ya no sabemos más de él. El Canciller famoso desapareció completamente para el mundo. La Historia de Rusia no sabe decirnos ya nada de su vida y ocupaciones» (Kostomarow) ¿Murió violentamente a manos de esbirros del vengativo Soberano de Moscovia? No lo sabemos. Creemos sencillamente que no. La edad ya avanzada, la caída en desgracia ante Iwán IV nada menos, las penalidades de un viaje largo y las sombrías perspectivas de una vida llena de peligros y de un horrible sufrimiento moral son causas que explican suficientemente la muerte natural del Pope-Canciller. Por disposición de la Providencia Divina el «Hipócrita» Silvestre había escapado a la venganza de un Zar frenético y lastimado en la fibra más sensible. Así lo deducimos del fragmento de una carta del Soberano. Indica en ella que «no tiene interés en juzgar a Silvestre *aquí,* en los tribunales de la Tierra, porque *allá arriba* le será impuesta la sanción que merece. Uno y otro (súbdito y Zar) compareceremos ante la Justicia Divina» (Correspondencia con el Príncipe de Kursk).



Ciborio (tiempos del Gran Duque Iwán Wasiliewitch



Situación del archipiélago de Solowezky

Capitulo XXV

EL TERROR EN LA IGLESIA ESLAVA

El Metropolita Felipe (1568-69)

El Wladiyka (Gran Señor de la Iglesia) y el Gossudar (Gran Señor del Estado), según la conciencia popular moscovita. Su relación jurídica, a juicio de los teólogos greco-eslavos.—Incapacidad de éstos para resolver el problema del equilibrio de poderes.—La solución cesaro-papista de los Zares.—La arbitraria deposición por el Zar Terrible del Metropolita Afanasio.—Caída en desgracia y muerte violenta del candidato a la vacante: Germán, Arzobispo de Kazán.—El nuevo Metropolita, el prestigioso Abad de Solowezki, Felipe.—Semblanza religiosa y política del célebre Higumeno.—El viaje a Moscú.—La entrevista con Iwán.—El grandioso éxito inicial de los trabajos evangélicos del santo Arzobispo.—La ruptura inevitable e inminente.—La conspiración de Segismundo II y de la Zemschina contra Iwán el Terrible.—El terror consiguiente.—Víctimas del mismo.—La valiente reconvención apostólica del Metropolita.—El proceso contra este digno prelado.—La persecución y el vil asesinato.—Los efectos contraproducentes de este inaudito atropello.

Según vieja costumbre moscovita eran deberes sagrados del Metropolita los de pedir gracias al Gran Duque y supremo gobernante, de ablandar su corazón y de excitar en éste los sentimientos de virtud, de compasión y de honradez. Para las gentes sencillas y hondamente cristianas del mundo eslavo-oriental tan soberano era el Gran Duque de Moscovia como el Arzobispo de su Capital, el Gran Metropolita de Rusia. Para el alma popular de la Rusia Central estaban equiparados en dignidad, en excelsitud y en jerarquía el Wladiyka (Gran Señor de la Iglesia) y el Gossudar (Gran Señor del Estado). Para los moscovitas estaban indisolublemente unidas la gracia de Cristo, representada por el Metropolita, y la espada de Cristo, que encarnaba el Su-

premo Jerarca civil, el Gran Duque de Moscovia. El primero ungía y coronaba al segundo. Ahora bien; esa unción y esa coronación que tan estrechamente unían a uno y a otro soberano, al espiritual y al temporal, venían a ser exigencias fundamentales de mutuos derechos y deberes. El consagrante se obligaba a mitigar los impulsos pasionales, a evitar los extravíos del Ungido y a darle su bendición, prenda de la celeste, para hacer buenas obras y para llegar a ser terror de los enemigos de la Patria; el soberano, por su parte, tendría que respetar al Padre espiritual de la Santa Rusia, ayudarle en sus divinas tareas y protegerle contra los ataques de los infieles y de los malos cristianos. Esa doble y equiparada soberanía respondía, como es lógico, a la existencia de los dos grandes poderes del Cielo y de la Tierra. A juicio de los moscovitas, no podían existir entre ellos competencias antagónicas ni intereses contrapuestos. Tampoco concebían la mutua dependencia entre uno y otro. La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, al cual pertenecián ambos (Wladyka y Gossudar) no tenia por qué ocuparse —pensaban las masas cristianas de la Rusia Central— del apasionante problema de la preponderancia de las potestades, es decir, de averiguar, cuál de los dos soberanos era más excelso, más grande, más fuerte y más digno de acatamiento. La Iglesia eslava —repetían con sus teólogos y catequistas— es ante todo y sobre todo, la Cristiandad yoánnica del *perdón divino*. Ella se ocupa tan sólo de rogar al Señor de las Misericordias. Así es que, pese a la magnificencia de sus icononostasios, a la excelsitud de sus lugares sacros y a la alta jerarquía de su Gran Sacerdote, la *Sobornost* rusa (Comunidad cristiana) se halla siempre dispuesta a obedecer humilde, leal y devotamente a la suprema magistratura civil, establecida por Dios y corroborada precisamente por ella misma mediante el rito sacro de la unción y de la coronación. La sumisión ventajosa, la armonía perfecta y el cántico en común de la jaculatoria, tantas y tantas veces repetida en la Liturgia Eslava: «¡Señor! Tened compasión de nosotros», indicaban claramente que el *Wladyka* y el *Gossudar* participaban de la misma fe y vivían de la misma gracia. Al fin y al cabo, estaban al servicio de la misma Causa: *La Religión verdadera, la Santa Rusia*. No había aquí lugar para la contienda de las Investiduras. No podían darse aquí ni el anatema de la excomunión, ní el rayo del entredicho. No existía aquí posibilidad alguna para el conflicto entre las dos supremas potestades porque la ideología de los rusos estaba completamente dominada por la fe. Y en el Depósito de ésta, en las Santas Escrituras, no encontraban ellos

argumentos vigorosos en pro de la supremacía de una sobre la otra. Hacían caso omiso de la separación real de los reinos, establecida por Cristo de modo indubitable en el Evangelio, y se fijaban tan sólo en las concepciones bíblicas de los viejos Profetas de Israel y también con mayor predilección, si cabe, en aquellas virtudes (humildad, sumisión, anonadamiento...), que cinco siglos antes había ensalzado y recomendado tanto el venerable *Teodoro de Petschersk*, célebre personalidad religiosa del Monasterio de las Cavernas, en Kiew.

El respeto para las miserias, las lágrimas, la pobreza y las desventuras del prójimo vino a quedar convertido en impulso propio hacia la aflicción y el dolor y en exaltación de la humildad y de la vida del espíritu. Cuando el Gran Gossudar Basilio III, padre del Zar Terrible, hallándose en el apurado trance de la última hora, quiso vestir el hábito monacal y profesar, por decirlo así, daba a entender, sin duda, la excelsitud de aquella vida y de aquella humildad. Las jerarquías humanas —debió de pensar el Gran Duque de Moscovia agonizante— se esfuman ante la felicidad y la paz psicológicas del hombre piadoso abismado en la meditación de las verdades eternas. Ello equivalía, claro está, al reconocimiento *más que implícito* de la superioridad del poder espiritual, incomparablemente más excelso que la potestad del Gossudar. Pese a la igualdad de rango que las masas moscovitas atribuían al *Wladyka* y al *Gossudar*, nivelados, según ellas, en potestad, hacía también su aparición en las esferas políticas de Moscovia, concretamente en el Kremlin, el magno problema de la relación jurídica entre ambas supremas potestades. La lucha, sin embargo, no se pareció en nada a la contienda europeo-occidental de las Investiduras. En Rusia tomó el aspecto de «tortura psicológica, de enigma indescifrado perteneciente a una Revelación oscura, de penumbra en la *buena nueva* de Juan—el apóstol y el evangelista—, enigma y penumbra que podían concretarse en éstas preguntas: ¿Cómo equilibrar estos dos contrastes que llamamos poder espiritual del *Wladyka* y autoridad suma del *Gossudar?* ¿Quién sería el encargado de amonestar al soberano temporal, de mostrarle la realidad de la vida y los modos de bien gobernar, de enseñarle a hermanar la severidad, la justicia y la misericordia? ¿Quién habría de hacerle los debidos reproches en el caso de que hiciera tabla rasa de las enseñanzas teológicas y de los preceptos morales? La Teología Ortodoxa no tenía criterio fijo y doctrina cerrada en la materia, mejor diríamos, se hallaba prendida en sus propias redes dogmáticas. El *ungido* del Señor,

el Gran Gosudar, —se enseñaba en las cátedras— no tenía que rendir cuentas de su conducta más que a Dios, de quien le venía directamente el poder.

Así, pues, no había medio de justificar el reproche, de fundamentar teológicamente la condena del Gobernante prevaricador y cruel, del soberano inmoral. ¡Triste sino el de la Iglesia Ortodoxa! ¿Cómo se las arreglaría para influir en la conciencia del *Gossudar* y para llevarlo al recto camino de la Ley de Dios? ¡Y era muy cierto, por otro lado, que ése era el deber del *Wladyka,* del Sumo Jerarca de la Iglesia Eslava! Para los teólogos rusos y, por tanto, para los altos representantes del poder religioso en la Gran Eslavia Oriental el problema no tenía solución. Ellos habían contribuído a la exaltación de la autocracia y del absolutismo y carecían del indispensable prestigio para reprender, para amonestar y para conducir a los déspotas del Kremlin. ¡Si hasta el viejo Metropolita Macario había ayudado a Iwán el Terrible! Este, por su parte, había resuelto el problema en sentido cesarista. Para el primer Zar de todas las Rusias la Iglesia Nacional era una parte, más o menos trascendental, del Estado. Nada más. Así lo fue en adelante para todos los soberanos rusos. El eslavófilo y literato Iwán Sergiejewitch Aksakow hizo a últimos de la pasada centuria una descripción acabada de lo que fue la Iglesia oficial bajo el gobierno de los Zares. He aquí sus palabras perfectamente aplicables a los tiempos de Iwán IV el Terrible.

«Nuestra Iglesia se parece a una inmensa oficina o cancillería en la que el ministerio de apacentar la grey de Cristo se une con todos los usos y costumbres del burocratismo alemán y al mismo tiempo con toda la mentira oficial que le es propia. Ya que el gobierno eclesiástico está organizado como una parte de la administración civil, y los miembros de la Iglesia se cuentan entre los servidores del Estado, se transforma la misma Iglesia en una dependencia oficial del poder secular. O con otras palabras: se hace servidor del Estado. Al parecer, no se hizo más que introducir el orden necesario en la Iglesia; pero, en realidad, le han arrancado el alma. La Ortodoxia se encuentra menos bajo la asistencia del Espíritu Santo que bajo la del código estatal del Imperio... Una Iglesia, que no es sino una parte de un Estado, de un Reino de este mundo, se hace infiel a su misión y participará en el destino de todos los reinos de la tierra. Se condena a sí misma a la debilidad y a la muerte» («Ausgewählte Werke»).

Iwán IV el Terrible trató con excesiva rudeza a la Iglesia

Nacional. Para el primer Zar de todas las Rusias, extremadamente arbitrario y despótico, el más excelso jerarca de la Religión oficial, el Metropolita de Moscú, no era más que un juguete, un funcionario modesto al que se releva caprichosamente cuando no gusta su gestión administrativa. Como trasto que estorba depuso al digno Arzobispo Afanasio, sucesor inmediato del prestigioso Metropolita Macario. Estos fueron los motivos de la arbitrariedad: el haber pertenecido al estrecho círculo de los consejeros políticos —circunstancia muy agravante para un Zar suspicaz y enemigo del Consejo— y el haber cumplido el deber de echar en cara al Soberano sus indignidades y sus crímenes. El Jerarca Afanasio no intentó defenderse y con la humildad del esclavo maltratado se retiraba a un monasterio. «La Iglesia Eslava comenzaba a recibir el castigo que merecía por su *prevaricación* ante el Poder Público. Fueron sus propios sacerdotes y sus teólogos los que contra el orden natural de las cosas y los principios más elementales del Derecho habían encumbrado tanto al *autócrata* que bien podía éste considerarse a sí mismo como Jefe supremo y único de la Iglesia misma. Así parecía demandarlo aquella potestad excelsa que ellos hacían descender inmediata y directamente del cielo, del solio de la Divinidad misma». (Von Eckardt). La Iglesia reaccionó, al parecer, y, decidida a obrar con arreglo a las disposiciones canónicas, designó para la Suprema Jefatura a Germán, arzobispo de Kazán. El candidato, antes de aceptar, pidió una entrevista con el Soberano. Iwán accedía al diálogo, del cual salieron la caída en desgracia y la sentencia de muerte del infeliz prelado. A este propósito nos habla el Príncipe Kurbsk de la entereza santamente viril del arzobispo de Kazán, que llamó al Zar al arrepentimiento y le amenazó con el fallo adverso del Juez de vivos y muertos en el Juicio Universal, si persistía locamente en la política inhumana y en el desenfreno de costumbres. No faltan historiadores que rechazan los asertos del enemigo personal de Iwán IV y dan otra explicación al resultado negativo de la entrevista entre el futuro Wladyka y el terrible Gossudar. Germán —aseguraban ellos— era, es verdad, un hombre virtuoso y estaba endurecido somática y espiritualmente por los cilicios y la oración; pero lo es también que vivía tranquilo y contento en su querida Ciudad de Kazán. «Sea de ello lo que quiera, es muy cierto que Germán cayó en desgracia y que después fue asesinado. No lo es que la muerte — como escribió el de Kurbsk— se realizara pasados tan sólo dos días a partir de una entrevista en la que no pudo haber coincidencia. El

arzobispo de Kazán, en efecto, asistió al Sínodo posterior que confirmó la deposición de Felipe; pero no cabe duda de ningún género —vistas las cosas a la luz de la Historia— de que el Arzobispo, hombre entero, virtuoso y digno, moría vilmente asesinado un año después» (Von Eckardt). Así pagaba el prelado Germán el ¡crimen enorme! de haber cumplido con su deber, el ingrato deber pastoral de anunciar la verdad, y ¡el gesto heroico! de hacer al Gossudar las oportunas reconvenciones.

Los obispos ortodoxos, débiles instrumentos de la voluntad absoluta de Iwán, fueron a buscar Metropolita al célebre Monasterio de Solowezky, en el Mar Blanco. Era Abad del mismo uno de los ascetas más famosos de Rusia: el santo varón que respondía al nombre de Felipe. Allí tenía éste como súbdito de calidad al confinado presbítero Silvestre, antiguo favorito y notable consejero del Zar Terrible. Allí lo recibió aquella respetable Comunidad —integrada por unos doscientos monjes— más que como un político caído en desgracia, como un eminente varón de virtudes. Por cierto que el solo hecho de ir en busca de metropolita al monasterio mismo donde residía el proscrito Silvestre, se interpretó por muchos como una rectificación política de Iwán. ¿No buscaría éste —pesaroso de haberse privado sin motivo real de las sabias directrices del prestigioso consejero— un sucesor espiritual del meritísimo sacerdote tan injustamente sancionado? Es muy posible que el Zar no pensase en Silvestre para nada. Es que había llegado a todos los rincones de Moscovia la fama imperecedera de que gozaban en las tierras hiperbóreas las virtudes acrisoladas del alma excelsa del santo abad de Solowezky.

El Zar tampoco ignoraba la piadosa vida de aquel monje ilustre. Lo prueba el hecho de que el Kremlin le enviara en su nombre alguna vez numerosos e importantes donativos. En el Kremlin sabían muy bien lo que valía el virtuoso higumeno, porque, sobre ser penitente ejemplar y místico acendrado, Felipe era un administrador celoso, honrado e inteligente de los cuantiosos intereses que la Comunidad monacal y con ella Rusia entera poseía en aquellos parajes norteños. «Había abierto caminos, fundado una factoría de sal, establecido una industria de salazón, creado una flotilla de veleros... y fomentado los cultivos» (del Informe de los marinos ingleses Sparke y Sputhman, que visitaron por entonces las colonias solowezkianas). Además, con su celo apostólico y su vida de eximia santidad—y de ello se mostraba orgulloso el episcopado ruso, que no cesaba de pregonar las ventajas eclesiásticas de uno y de otra—el Abad Felipe ha-

bía mantenido viva en el lejano e inhospitalario Norte la llama de la fe cristiana. Por otro lado, Felipe procedía de una rancia familia de boyardos y, por lo mismo, estaba emparentado con muchas de las víctimas de Iwán el Terrible. El Soberano moscovita había torturado y asesinado a muchas personas con quienes Felipe, hombre educado, sentimental y bueno, estaba íntimamente unido por vínculos de sangre, de estado social y de cultura. «Tanto como el bien cimentado sentimiento del deber y la profunda caridad cristiana de que se hallaba inflamado su corazón, fueron elementos decisivos en la actitud religioso-política y en el fatal y último desenlace del Metropolita Felipe ciertos motivos meramente humanos» (Von Eckardt).

Al comenzar el verano en 1567, el Higumeno de Solowezky abandonaba su querida vivienda monacal y se despedía de sus hijos (en especial, del eminente político y varón de virtudes, Silvestre) para dirigirse a Moscú, la lejana Capital de Rusia, a fin de discutir allí su caso con el propio Zar. El virtuoso Felipe no quería ser metropolita de la Iglesia Eslava. Prefería vivir entre sus monjes en las soledades del Mar Blanco. Estaba llegando el virtuoso Abad a la vieja ciudad de Novgorod la Grande, de cuyo gobernador dependía la Colonia de Solowezky, cuando salió a recibirle una muy nutrida comisión de vecinos. «¡Santo higumeno de Solowezky!—exclamaron todos—, ¡Interceded por nosotros y apartad de nuestra amada Novgorod —os lo suplicamos de veras— la ira del Zar. Se cierne sobre todos nosotros el terrible espectro de la destrucción! ¡Ayudadnos, oh futuro Jerarca Supremo de Nuestra Madre Iglesia!. Que el Cielo —terminaban los afligidos novgorodenses— os bendiga ¡oh santo Abad!. Y que la gran Theotokos os dé su ayuda para iluminar al Soberano moscovita y para enderezar sus caminos». Unos días más tarde —esta vez en la parte Sur de la ciudad del lago Ilmen—los entristecidos habitantes que, a lo visto, presentían la hecatombe, el exterminio, despedían a Felipe con esta súplica fervorosa: «¡Marchad en paz y rogad, rogad, rogad por los desventurados hijos de Novgorod la Grande!». En el trayecto que media entre la Región del Lago Ilmen y la Ciudad del Moscova el futuro Metropolita de todas las Rusias tuvo ocasión de escuchar las quejas amargas de millares y millares de rusos que estaban sufriendo las terribles consecuencias de la tiranía salvaje que practicaba sin miramiento alguno el despótico Iwán. Todos le hablaron (sobre todo en Twer) de la conducta arbitraria, feroz e intolerable de la Guardia Imperial, de aquel Cuerpo policíaco de fascinerosos que se llamó

Opritchnina. Desde aquel momento el virtuoso Abad, indignado por el trato inhumano que se daba a los pacientes eslavos, concibió el firme propósito de no bendecir jamás—caso de aceptar la dignidad ofrecida— a esa institución nefanda que él llamaba con harta frecuencia el Azote de Rusia. En un día caluroso de los comienzos de agosto del mencionado año de 1567, el P. Felipe penetraba en el Kremlin moscovita y se acercaba al Palacio Imperial. Iwán IV, que deseaba conocer personalmente al asceta de mayor renombre en toda la inmensa Rusia —tierra fecunda en eremitas, en peregrinos y en starezs— lo recibía no tardando. La Historia no conoce bien lo ocurrido en aquella memorable entrevista. Tampoco puede especificar los razonamientos empleados por los egregios interlocutores. Pero sí se sabe que el higumeno rehusó, con insistencia, la responsabilidad tremenda de regir, en aquellas circunstancias, la Iglesia grecoeslava y que el Zar hizo esfuerzos considerables para que aceptara el alto puesto jerárquico que se le ofrecía. Aparte de los muy espinosos problemas sobre la restitución de los bienes confiscados—puntos graves, difíciles y acaso insolubles—el caballo de batalla debió ser la siniestra Opritchnina, cuya disolución exigía el santo varón de Dios. Iwán callaba; no quería comprometerse. Felipe—pensaba él—exigía demasiado y nada ofrecía en compensación. El Soberano continuaba sin soltar prenda. Al fin, «no sin haber prometido no abandonar el alto puesto de Jefe de la Iglesia Rusa como protesta por los métodos políticos del Zar (Graham), Felipe accedía, aceptaba la suprema jefatura de la Iglesia Nacional. ¿Hubo amenazas por parte de Iwán? Es muy probable la existencia de las mismas. Los dramáticos sucesos posteriores y de modo especial la conducta rectilínea e inflexible del nuevo Metropolita lo prueban suficientemente. El ascético higumeno no se comprometió en firme; ¿por qué aceptó un cargo, cuya responsabilidad le aterraba? El misterio radica en esa amenaza que nosotros no descartamos. De todos modos, el día 11 de agosto (1567) se realizaba la solemne ceremonia de la consagración arzobispal del que fuera prestigioso y humilde Abad del Monasterio más célebre de Rusia. Asistían el Zar con sus dos hijos, el Príncipe Wladimiro Andrejewitch, víctima no tardando, de las iras de Iván, los Obispos, los Arzobispos, los demás Metropolitas (de Kiev, de Kazán y de Novgorod) y numerosos fieles de la capital y de los villorrios más cercanos.

El nuevo Jefe de la Ortodoxia Eslava —el adversario mayor que tuvo la Opritchnina— comenzaba su actuación por el

cumplimiento de un deber sagrado, elemental y duro, que, al fin, había de llevarlo a la tumba. Era su obsesión la Opritchnina funesta y por eso el buen Metropolita no hacía otra cosa que recomendar al Soberano que emplease en todos sus actos los modos suaves que tan admirablemente sientan a todo gobernante, quien precisamente por serlo, ha de conducirse como Padre de los súbditos. Felipe aludía con frecuencia en sus admoniciones pastorales a los aborrecidos Opritchnikis y especialmente al duro y criminal Jefe de los mismos: Skuratow. «Volved los ojos ¡oh Zar! —exclamaba Felipe— hacia los humildes hijos de la madrecita Rusia que, anhelantes, están esperando de Vos la justicia, la compasión y el amor. Considerad, ¡Señor! que las victorias de la misericordia son más gloriosas, relumbrantes y fecundas que las de la ira y de la violencia. Sed padre de los moscovitas y de todos los rusos».

Como si deseara arrepentirse y comenzar una vida nueva, Iwán escuchaba con manifiesta reverencia al Metropolita. Alguna vez lo miró con sorpresa, cual si quisiera indicar que se había equivocado lamentablemente al suponer que manejaría a capricho, cual solía, al Jefe de la Iglesia Nacional. De todos modos, las virtudes de aquel hombre austero hicieron mella en el Autócrata. Durante algunos meses, Iwán IV fué menos arbitrario, menos díscolo y menos tirano. Las continuadas advertencias del Metropolita habían hecho el prodigio de convertir a una fiera rabiosa en un hombre moderado. Felipe —obsequio bendito de la Divinidad al pueblo ruso como se decía públicamente en Moscú— vino a ser muy pronto el ídolo de las gentes sensatas y cristianas de Moscovia. El santo Arzobispo que construía iglesias, repartía limosnas y eliminaba disidencias, estaba inaugurando —así creían los rusos— una era nueva de paz y de venturas nacionales. «Las masas populares que llenaban los tempos y veneraban a su celoso prelado, se agrupaban en torno al Metropolita Felipe y le rogaban con lágrimas en los ojos que actuase incesantemente en el Kremlin para que terminaran de una vez para siempre las represalias brutales, las confiscaciones arbitrarias y el inútil derramamiento de sangre. El valiente, el imperturbable Arzobispo se presentaba ante el Soberano moscovita y le hacía saber los anhelos justificados de los fieles. El primer Zar de todas las Rusias callaba, meditaba y ¡sospechaba!. ¿No se esconderían —se decía él— detrás de las piadosas actividades intercesoras del Metropolita segundas intenciones políticas? ¿No estaba alzándose frente a sí —el verdadero Gossudar— un poder formidable, el de Wladyka (Señor de la Iglesia)?

Gran esfuerzo costó al Autócrata el dominarse. Por el momento, moderó sus ímpetus y contuvo la ira próxima a estallar, pero el conflicto, mejor dicho, la ruptura era inevitable. El Déspota daba comienzo a la persecución de un prelado digno y celoso que le estorbaba, autorizando a las huestes Negras (los Opritchnikis) toda clase de excesos, de blasfemias y de insultos a los clérigos, colaboradores inmediatos ¡del que siendo tan solo Señor de la Iglesia, quería convertirse también en Dueño del Estado!

«Mientras tanto iban complicándose mucho los asuntos políticos en el campo internacional. Asediado por numerosos fugitivos procedentes de Rusia y muy mal informados por el Príncipe de Kurbsk, el Rey de Polonia, Segismundo Augusto, convencido de que Moscovia era un Estado minado por las discordias intestinas, destrozado por el odio a muerte que se profesaban los dos partidos contrapuestos y aproximadamente iguales en vigor (la Zemstchina y la Opritchina), se tomó la libertad de escribir una carta a los boyardos y a los nobles (los Zemtchinikis). En ella los incitaba a comenzar la guerra civil, a destruir a los Opritchinikis y a destronar a Iwán, que protegía a semejantes foragidos. Polonia les ofrecía asilo eventual, ayuda efectiva, armamento y hasta intervención directa en el suelo ruso... El Soberano polaco cometía la falta garrafal e imperdonable de suministrar al terror de Iwán una excelente justificación de índole patriótica. Lo que hasta el presente no había pasado de crisis política interna, de pleito nacional entre el Zar y una clase social prepotente, quedaba ahora convertido en problema internacional: *la unidad y la cohesión de Rusia independiente*». (Von Eckardt).

El Zar montó en cólera.¡Habían llegado a sus manos los mensajes que se habían cruzado entre Korlov, agente ruso establecido en Lituania y vendido a Polonia, y los personajes moscovitas Mstislawsky, Bielsky, Miguel Borotinsky y otros que podían considerarse como el Estado Mayor de la Zemstchina. Iván IV el Terrible, siempre suspicaz, se preguntaba a sí mismo: ¿No estaría también entre los conjurados el Metropolita, el Wladyka, el Señor de la Iglesia eslava? El terror comenzaba. Fue la primera víctima el viejo Príncipe Fedorov, caballerizo del Zar e inocente por completo. «En presencia de toda la Corte hizo Iwán que aquel viejo príncipe se cubriera con el manto y la corona imperiales y se situara luego, majestuosamente sentado, en el trono de los grandes Duques de Moscovia. Os saludo, ¡oh Majestad Imperial!, como Soberano de todas las Rusias y os

deseo largos años de vida en esta elevada dignidad. Y vosotros, ¡oh boyardos y nobles de la Gran Eslavia Oriental!, doblad vuestras rodillas ante vuestro Zar. Luego habló así a éste: Mi omnímodo poder te ha elevado a la excelsa dignidad imperial y ese mismo poder te destrona y te derriba. Acto seguido, aquel bárbaro monarca—sin más fundamento que la mera sospecha—cogió un puñal y atravesó con él el corazón de aquel desventurado. A poco, era descuartizado el cadáver en el patio de Palacio». (Graham).

La Opritchina —el gran azote de Rusia en tiempos del Zar Terrible—entraba de nuevo en acción. Tenía órdenes de eliminar a todos los sospechosos de colaboración con el Rey Segismundo II Augusto. Para los Opritchikis lo eran los príncipes de Rostov, porque, en tiempos atrás, tuvieron intenciones de huir de Lituania. Ello indicaba, a su juicio, que bien pudieran ahora estar en relaciones amistosas y conspiradoras con el Gran Duque de aquel país. Un día escogió Iwán a una treintena de forajidos y les dio esta orden tajante: Marchad a Nischny-Novgorod y traedme la cabeza del general en jefe del Ejército que opera en aquellas tierras, Príncipe de Rostov, del miembro más destacado acaso de la numerosa familia que llevaba ese apellido. A poco, ejecutado que fuera el criminal mandato, aquellos bandidos depositaban a los pies del Gran vampiro de Moscovia el macabro despojo. Iwán IV lo apartaba de sí a puntapiés. Cuenta el Príncipe de Kurbsk—el enemigo mortal del Zar Terrible—que Pedro Sechenatow fue quemado a fuego lento en un horno y que Iwán Pronsky murió en la horca. El tesorero del Estado Tiutin fue despedazado por el hermano de la Zarina, al que ayudaba una banda de rufianes... También eran asesinadas su mujer y toda su familia... Los Opritchnikis que asolaban las ciudades y los pueblos, destruían los ganados y mataban por el gusto de matar a los animales domésticos..., no perdonaban ni siquiera a los niños. Se cuenta que yendo dos hombres a exterminar una familia toparon sus ojos de fiera con la carita sonriente de un niño que miraba cariñoso desde la cuna. Los Opritchinikis, por una vez, se sintieron hombres, dejaron de ser fieras. Compadecidos, cogieron al nene y lo llevaron ante Iwán. El Soberano sin entrañas, el Zar que mató de un bastonazo a su propio hijo, tomó en sus brazos a la criatura, la besó y luego... la tiró por la ventana a la calle. ¡Así era de cruel aquella hiena! Y el verdugo que se mostraba compasivo era condenado a morir acuchillado.

De nuevo imperaba en toda Rusia el más espantoso terror.

Los Opritchinikis, que recorrían ciudades y pueblos, sembraban por doquier la desolación y la muerte. Aquellos criminales robaban, violaban y asesinaban sin piedad y sin descanso. Los cadáveres de las víctimas se amontonaban en calles y plazas. Nadie se atrevía ni siquiera a enterrarlos, porque ¡la más insignificante señal de misericordia acarreaba indefectiblemente la tortura y el asesinato! Así pasó casi todo el año funesto de 1568. El santo y afligido Metropolita rezaba y lloraba en silencio. Pedía al Cielo piedad para los fieles y sensatez para el Zar. Alguna vez el intrépido Jerarca Supremo de la Iglesia Eslava se acercó al Trono Imperial para echar en cara a Iwán los intolerables excesos de una conducta tan feroz. ¡ Todo inútil! El Nerón de Moscovia rehuía sistemáticamente el encuentro con el virtuoso, severo y paternal Arzobispo. Pero un buen día, seguido de sus guardias de Corps, los salvajes oprichnikis, completamente borrachos, Iwán, que se las daba de higumeno de aquellos forajidos—monjes sacrílegos de la Orden del Crimen—se presentaba en la Catedral Kremliniana a la hora en que Felipe estaba celebrando la Santa Misa. El supuesto e irónico Abad, también en estado de embriaguez, se acercó ¡por tres veces nada menos! al egregio celebrante y le pidió su bendición. Otras tantas se hizo el sordo el excelso, noble y severo Metropolita. ¿Cómo es posible?, ¡Señor Arzobispo!, decían los Opritchinikis—¿Es que negáis vuestra bendición al omnipotente Zar de todas las Rusias? ¡Mirad lo que hacéis! ¡Pensadlo bien! Es Iwán Vassiliewitch nada menos, el Gossudar, el que desea arrodillarse ante Vos, el Wladyka (Gran Señor de la Iglesia Nacional). El inflexible Metropolita no pudo ya contener su santa indignación y dirigiéndose al Zar le habló así, sabiendo, claro está, lo que ponía en juego: ¡«Haced el favor de no importunarme, de no interrumpir las plegarias que por vuestra conversión y la mayor ventura de vuestros súbditos estoy elevando al cielo! ¿Cómo tenéis el atrevimiento sacrílego de ocultar vuestra criminal e insensata persona bajo el hábito venerable del monje y del peregrino eslavos? Sois el más abominable asesino de la Santa Rusia. Desde que hay hombres en la tierra, ninguno ha ofendido tanto a Dios como Vos. Y desde que el sol luce en el firmamento, ningún Soberano trató tan sin piedad a los súbditos como Vos. ¡Retiraos! No podéis estar en este santo lugar, ¡oh Zar! Mientras nosotros rezamos, vosotros derramáis, ¡oh criminales opritchnikis!, la sangre inocente de ancianos, mujeres y niños. Y antes de asesinar a las madres, cometéis con ellas las más repugnantes violencias. ¡Retiraos todos! Mientras es-

téis aquí, no podremos continuar la Santa Liturgia y ofrecer al Señor el Santo Sacrificio. Los que derraman en las Iglesias de Dios la sangre inocente de los cristianos y de los religiosos consagrados a su culto y a sus alabanzas, no pueden ni deben pisar el pavimento de esta grandiosa Catedral. Hasta los paganos tienen ley, justicia y piedad. Pero en la Santa Rusia imperan el robo, la violación, el asesinato, la injusticia y el crimen. En vuestro nombre, ¡oh Zar!, se cometen todas las atrocidades imaginables. Pensad, ¡oh Gossudar!, que tendréis que comparecer ante el Tribunal de Dios. ¿Habéis meditado alguna vez sobre ello? ¿Qué diréis, qué haréis entonces cuando ante el Supremo Juez se levanten para acusaros tantos inocentes torturados, tantas víctimas sacrificadas por vuestro furoı vesánico, por vuestra sed de sangre, por vuestra inmoralidad y por vuestra insensatez? Como pastor de las almas que se me han encomendado, os hago un último llamamiento, ¡oh Zar de todas las Rusias!, para que no provoquéis la ira de Dios, para que temáis los fallos de su infinita Justicia.

Tampoco el Zar pudo contenerse ante la apostólica osadía del Metropolita Felipe y por toda respuesta clavó con rabia satánica en el pavimento de la Catedral el puntiagudo bastón que siempre llevaba consigo. Luego añadió en son de amenaza: «Os aseguro, ¡oh monje insolente!, que de hoy en adelante seré en verdad lo que Vos me atribuís. Alguna vez perdoné, ¡Padre! Pero os digo de nuevo que jamás tendré ya misericordia para los rebeldes. Decís que soy el Soberano más feroz del universo. Bien; procuraré que sean verdad vuestras palabras». Al día sigiente se reanudaban las acostumbradas violencias. Los boyardos y los nobles de la Zemschina pagaban el mal humor de los Opritchnikis y de su jefe nato, el Zar de todas las Rusias. Pronto tocaría la vez al santo Metropolita. Era el 28 de julio del mencionado año de 1568. Otra vez se presentaban en la catedral Iwán el Terrible y sus esbirros, los brutales Opritchnikis. Iban decididos no a pedir bendiciones, sino a prodigar insultos al Prelado valiente que en virtud del apostólico deber les había dicho la verdad, la amarga verdad de su conducta abominable. Aunque no con la pompa y gravedad de antes, se producía ahora la consabida escena recriminatoria a causa, cabalmente, de la irreverencia cometida por un opritchniki. Con tal motivo intervenía el iracundo Zar, que llamó al Arzobispo *"hipócrita y lobo rapaz que espanta a las ovejas. Terminaré con Vos, oh Pastor atrevido e insensato"*. Pero era empresa arriesgada la de eliminar al varón de virtudes, al prestigioso Arzobispo, a Felipe

el Santo, como llamaban al Metropolita las masas populares. El pueblo reverenciaba y casi adoraba como taumaturgo al venerable Jerarca Sumo de la ortodoxia eslava. La arbitrariedad del déspota que torturaba a Moscovia, se detenía ante la santidad excelsa del antiguo higumeno, no menos que ante el respeto filial, hondamente sentido, que le profesaban los moscovitas. Iwán quería dar apariencias de legalidad jurídica al crimen sacrílego que se disponía a cometer. Y comenzaba la causa contra el Metropolita Felipe. Se le achacaba el crimen nefando de brujería, uno de los más atroces en aquellos tiempos. Felipe utilizaba, a juicio de sus enemigos, poderes demoníacos para curar dolencias y para embaucar a las incautas multitudes. El crimen era confirmado por un testigo de calidad: Paisio, higumeno de Solowezky, sucesor del Arzobispo en aquel famoso Monasterio.

El Zar mismo asistió a la vista de la causa. Por cierto que al escuchar la admirable autodefensa del reo—la cual parecía más bien una acusación tremenda contra sus inicuos perseguidores—Iwán el Terrible le apostrofaba así: «¿Acaso sois Vos el Fiscal? ¿No sois aquí el reo?» Ni aun así logró abatir la gallarda actitud de aquel apóstol y mártir. Felipe estaba convencido de su inevitable condena. Por eso hablaba con evangélica intrepidez. El esperaba con resignación cristiana la suerte fatal, reservada por jueces injustos a los que dicen la verdad a los poderosos. Todavía se encontraba en libertad condicionada. Pero en un día brumoso de noviembre (el 8), festividad de San Miguel Arcángel, un destacamento de la Opritchnina hacía irrupción en la Catedral Kremliniana en la que el Metropolita estaba celebrando. Aquellos bandidos, que obedecían a las voces de mando de un tal Basmanow, se arrojaron sobre el celebrante, le quitaron violentamente las sagradas vestiduras, le pusieron un hábito blanco y lo llevaron al Monasterio de la Asunción, donde quedaría recluído. «Las masas populares que llenaban aquel día la Catedral siguieron con lloros y gemidos al trineo en que iba su idolatrado Arzobispo. Y alrededor del Monasterio permanecieron ellos mucho tiempo esperando el milagro de la liberación del Metropolita. Pero el milagro no se produjo». (Graham).

A los pocos días notificaban oficialmente al reo excelso la sentencia recaída sobre él en cuanto culpable del crimen de brujería: reclusión carcelaria a perpetuidad. Después de haber escuchado con imperturbable sosiego el fallo recaído y la pena impuesta, el Arzobispo habló así: «Soy inocente, pero no guardo

rencor para mis enemigos. Los perdono de corazón. Y ojalá que hallen también misericordia ante Dios, Juez de todos. Decid al Zar que se arrepienta y que no manche la gloria de sus antepasados ilustres». El Metropolita, cargado de cadenas pesadas, ingresaba en una hedionda mazmorra. «En torno al edificio-prisión de Twer seguían reuniéndose las masas que lo tenían por santo, por mártir de la religión divina, por héroe que ofrecía su vida por la fe» (Kostomarow). En el fondo de su alma, Iván pensaba exactamente lo mismo. El prelado Felipe—se decía para sus adentros—es un gran hombre, es un santo varón. Y algún tanto arrepentido del crimen que estaba cometiendo, mandó llevarlo nuevamente a la capital de Moscovia para que rigiese los destinos de la Iglesia eslava. El infame Skuratow, comandante en Jefe de la Opritchnina, fue el encargado de cumplir el difícil cometido. Para mejor llegar hasta el eximio prisionero, el representante del Zar—que por cierto se hallaba a la sazón en Novgorod la Grande y ocupado en su exterminio—se anunció como un alto empleado moscovita que solicitaba bendición y gracia. «Vengo, ¡oh varón eminente!—dijo Skuratow—, a pediros bendición para Iwán Vassiliewitch, Gossudar de todas las Rusias. Si lo realizáis, como espero, volveréis conmigo a Moscú y recobraréis vuestra antigua dignidad». «Decid al Zar, ¡oh Jefe del azote de Rusia!—repuso el mártir—, que no puedo bendecirle. Yo bendigo siempre a los que obran bien; os lo repito: no puedo otorgar esta gracia a los perversos e impenitentes, a los endurecidos en el crimen». Enteramente frenético, Skuratow se arrojó como una fiera sobre el anciano Prelado y lo cosió a puñaladas. Así terminó su vida uno de los más famosos ascetas de la Iglesia rusa y uno de sus más grandes pastores.

La Iglesia greco-eslava incluyó a este virtuoso Metropolita, cuyos restos enterró más tarde detrás del Altar mayor de una de las catedrales más suntuosas del Kremlin, en el catálogo de sus santos. Jamás olvidaron los rusos al santo varón que se sintió con fuerzas bastantes para resistir, para cantar las verdades al César más brutal, enérgico y sanguinario de la Historia. «Al aplicar la tortura y la muerte a un varón de virtudes—que esto era el Metropolita Felipe—Moscovia cometió una falta muy grave. A partir de entonces los cristianos del mundo eslavo-oriental miraron con mayor reverencia a una Iglesia que tenía vitalidad para engendrar hombres tan excelsos, ascetas tan eminentes. Todos se dieron cuenta de lo necesaria que resulta para luchar con éxito en la vida, la ayuda de los altos jerarcas eclesiásticos, que con sus virtudes, ejemplos y consejos, inyec-

tan vigor, consuelo y esperanza. La sombra del crimen nefando que contra el gran Abad de Solowezky y Santo Metropolita de Moscovia cometiera el primer Zar de todas las Rusias, siguió proyectando su benéfico y consolador influjo sobre el pensar y el sentir de las generaciones subsiguientes, mientras que las persecuciones ivanianas no hicieron más que debilitar las energías políticas de Rusia y provocar el derrumbamiento del viejo Moscú» (Von Eckardt).

Capitulo XXVI

EL SINODO MOSCOVITA DE 1551, LLAMADO EL STOGLAV O DE LOS CIEN CAPITULOS

I. Su alta importancia histórica.— Miembros que lo integraron y materias sobre las que deliberó.— El discurso preliminar y alocución del Zar.— El increíble predominio del poder civil en asuntos específicamente canónicos.—Los Concilios moscovitas, órganos de la legislación estatal en materias eclesiásticas.—El singular método ruso en las deliberaciones conciliares y en la redacción de cánones y anatemas.

II

PRINCIPALES DISPOSICIONES

a) Litúrgicas.—(Signación con dos dedos tan sólo; doble alleluya; penas contra los que faltan deliberadamente al templo y a la Misa dominical durante tres semanas consecutivas y contra los que interrumpen los divinos oficios; piedad intensiva en la semana de Resurrección), y b) Sacramentarias.—Bautismo por triple inmersión.—Penas contra los que contraen matrimonio en segundas y terceras nupcias.—Repulsa categórica de las cuartas nupcias y mayor sanción contra quienes las contraen.—Los empleados subalternos del templo en relación con el matrimonio.—Los impedimentos. Gratificación al ministro de los Sacramentos.

«El Tridentino ruso, llamó Golubinsky, el mejor historiador de la Iglesia eslava, al *Stoglav* o Concilio moscovita de 1551. Nadie podrá negar su alta importancia histórica. La amplitud de las cuestiones sobre las que tuvo que deliberar y lo grandioso de la tarea que a sí mismo se impusieron los miembros de aquella asamblea memorable, la distinguen de todas las demás. El historiador de la Iglesia rusa no puede prescindir de ella. También

han de fijarse en el Stoglav los narradores profanos porque suministran datos interesantes acerca de los tribunales eclesiásticos, de los conflictos jurisdiccionales, de la vida de la Iglesia, de sus relaciones con el poder civil, de los monasterios y de la Instrucción pública rusa en el siglo XVI. Presentan un cuadro acabado de la vida rusa en esta centuria. De modo particular se ocupa de las supersticiones paganas y hasta de las ingenuas diversiones del pueblo».

(Duchesne, de la Universidad de París, en «Le Stoglav», París, 1910).

A últimos del año 7058 (1) de la Creación del Mundo se reunían en el Palacio ducal (Kremlin) de la Santa Ciudad de Moscú, convocados por el Metropolita Macario, que obraba a impulsos del «Zar Ortodoxo, coronado por Dios, Soberano y gran Príncipe Autócrata de todas las Rusias», el cual había presentado varias cuestiones canónico-litúrgicas, los siguientes arzobispos y obispos asistidos por muchos y venerables archimandritas e higumenos: Teodosio, Arzobispo de Nowgorod y de Pleskau, monje un día del Monasterio de Volokalamsk; Nicandro, Arzobispo de Rostow y de Jaroslavl, viejo higumeno de la Troit-Sergiskaja Laura; Trifón, ob. de Suzdal y de Tarusa, antiguo Archimandrita del Monasterio moscovita de Simonov; Gurik, ob. de Smolensko y de Briansk, Archimandrita en otro tiempo de Simonov; Casiano, ob. de Riazán y de Murón, monje que fuera del partido de los zovoljskie Startsy (puritanos de Nilo Sorsky) en el Monasterio de Cirilo de Bielozersk; Acacio, obispo de Tver y de Kachin, Savva, obispo de Saray (Astrakán) y de las regiones del Dom, residente en Moscú, agregado a la curia Metropolitana y salido del Monasterio de Simonov, y Cipriano, ob. de Perm y de Vologda, antiguo higumeno del Convento moscovita de la Epifanía. Tuvieron también voz y voto en la asamblea conciliar los prestigiosos monjes Nilo de Sora, del Monasterio de Bielozersk, Paisio, de Jaroslavov, y Vasián Patrikeyev. Tenían que deliberar acerca de muy variadas materias que el Zar les había propuesto en un Célebre Cuestionario. He aquí las principales: Doble o triple alleluja; modo de Signarse (con dos o tres dedos); disciplina monástica (vida común y eremítica, latifundios y riquezas monacales); estatuto sacerdotal (abusos del Clero secular en asuntos económicos; popes y diáconos que enviudaron); tribunales eclesiásticos; vicios de los legos; supersticiones y re-

---

(1) En la antigua Rusia se creía que desde la Creación hasta Cristo habían pasado 5508 años.

siduos de paganismo en las masas populares y materias litúrgicas. Mereció atención especial el problema de las riquezas y grandes fincas monacales. El Zar pedía una enajenación general. Los latifundios monacales tenían en la Asamblea muchos enemigos, todos los partidarios de Nilo de Sora, llamados Nestiajateli. Y es de creer que hubiese movida polémica acerca de tan apasionante tema.

El discurso preliminar, que debió pronunciar o leer uno de los curiales más entendidos y prestigiosos, era del siguiente tenor:

«El Dios misericordioso y compasivo, que sacó de la nada todas las cosas visibles e invisibles, que vigila al hombre y desea su salvación, ejerce también su Providencia sobre todo lo que hay en el Firmamento (Sol, Luna y Estrellas). Ha señalado una Ley Natural a los pájaros, a las fieras, a los animales domésticos, a los peces y a las serpientes a fin de que cumpliéndola llenasen su tarea en el Universo, la cual no es otra que la de alabar y servir a su Creador. Al hombre dio el entendimiento para que haciendo uso de él sepa qué costumbres ha de seguir por buenas y qué prácticas ha de evitar por vergonzosas y depravadas. Dejando a un lado las principales criaturas del Universo, queremos ocuparnos al presente del Sol.

«A propósito de este astro refulgente dijo cierto sabio lo que sigue: Como mensajero de resplandores que es, aparece muy de mañana para disipar las tinieblas, ahuyentar la noche y hacer que palidezca la Luna. Al Sol se debe el esplendoroso surgir del nuevo día. El ilumina la atmósfera, muestra a todos las bellezas del Cielo, da vida a la Tierra y hace que el mar nos envíe sus destellos. Muchos astros no son visibles en la vasta e inconmensurable extensión de los Cielos. Sólo él, el Sol, ilumina con sus rayos al Universo entero. Pues si tan potente foco lumínico es el sol material ¿qué diremos del sol inmaterial incomparablemente más espléndido? Al proyectar sus rayos sobre los objetos materiales, lo primero que hace el Astro del día es eliminar la humedad de la Tierra. Y al iluminar al alma humana, el sol intelectual produce dos efectos: seca la humedad de las pasiones quitando a la vez las manchas producidas por ellas y fecundiza al sol inmaterial que el hombre lleva dentro de sí. Vivificadas por su rocío, pronto se abren las flores de la virtud. El sol material es visible; pero el espiritual no es percibido más que por aquéllos que son dignos de mirarlo. El sol material no habla ni otorga el don de la palabra. El de la inteligencia, en cambio, habla a los que le dan testimonio de amor y a todos concede los dones de la palabra y de la vista. ¡Como que, en

realidad de verdad, es Dios mismo! Así está escrito en la Santa Biblia. Al extender sobre todos sin discriminación alguna los rayos de su gracia, la Divinidad ilumina mediante la Razón a los corazones de los fieles y otorga luz a los ojos corporales. Es por esto por lo que El dijo: *Soy la luz del mundo y he venido a traerle iluminación... Sin mí nada podéis.* En virtud de la gracia inherente a esta luz el alma del hombre que ama a Dios se ablanda como la cera y se convierte en morada de los ángeles».

«Fue este Sol de justicia, el Cristo Señor Nuestro Misericordioso, quien a tenor de sus inefables designios ha enviado sus rayos refulgentes sobre el corazón de nuestro piadoso Zar y gran Principe autócrata de todas las Rusias, Iván Basilievitch (¡el Terrible!) a fin de que creciera en sabiduría e ¡hiciese el bien! Es que los dones todos «vienen de lo alto y tienen su origen en Dios, padre de las luces». Inquebrantable en sus intenciones pacíficas, nuestro poderoso soberano, el Zar Iván IV (el Terrible), inteligente y sabio, religioso y dulce, ha sabido mantener el reino dentro de una piedad inalterable. Iluminado por la gracia del Espiritu Santo, su corazón arde en amor divino; su ardiente celo lo ha empujado a poner orden en la administración del país y a emprender la reforma de la Iglesia. Un gobernante tan lleno de Dios no pudo menos de comunicar sus grandiosos planes a su Padre, el Reverendisimo Macario, Metropolita de todas las Rusias, *y le dio la orden de que convocara inmediatamente a Concilio* en el que actuarian los servidores de Dios. Estos acudieron al llamamiento y respondieron con actos y palabras. Todo se hizo, cual el Zar había mandado, siguiendo las normas tradicionales. Cuando se les dio a conocer la voluntad del Soberano, los prelados de las tierras rusas experimentaron un gozo indecible. Prepararon sus corazones para toda clase de esfuerzos, y un entusiasmo sin límites llenó sus almas. No salian de su asombro al ver la religiosidad del Zar, su inteligencia penetrante y sus propósitos laudables. Cuando por fin se reunieron todos en Moscú, la santa y soberana ciudad los recibió con piedad y alegria; cada uno de ellos, por su parte, pronunció palabras de paz y dio su bendición al Zar ortodoxo, al devoto de Cristo. Era, en verdad, maravilloso el espectáculo que ofrecia la ciudad del Moscowa, la protegida del Todopoderoso, la cual quedaba doblemente embellecida con la presencia de unos Padres a quienes Dios habia llamado para reformar la Iglesia y afirmar la Fe ortodoxa». Cuando el Zar tomó asiento en su trono, hizose un profundo silencio y todas las miradas convergieron hacia él. Por su parte, el primer Zar de todas las

Rusias dirigió sus ojos respetuosos a los Padres. Inmediatamente pronunció, sonriente y amable, esta

ALOCUCION

«Si es que hemos llegado, cual creemos, a conquistar vuestra benevolencia, oh Padres venerandos, os pedimos que intensifiquéis vuestra tierna adhesión hacia nuestra persona, la cual, en realidad de verdad, es sincera hija vuestra. Apresuraos a manifestar vuestro unánime criterio, en interés de la piedad, acerca de nuestra fe cristiana y ortodoxa, acerca de la buena administración de los santos templos del Señor, acerca de nuestro piadoso Reino y acerca de la organización de toda la cristiandad ortodoxa. Es nuestro más claro designio —y mi alma lo expresa ahora con el mayor júbilo —defender, de acuerdo con vosotros, nuestra Santa Fe a fin de que triunfe la Santa, vivificante e indivisible Trinidad, (Padre, Hijo y Espíritu Santo), y sean honrados y glorificados los cánones de la Iglesia. ¡Que desde ahora en adelante —es éste nuestro ferviente deseo— desaparezcan todas las divergencias y reinen entre nosotros la concordia y la unanimidad».

Las cosas están muy claras. Iván IV el Terrible convocaba a las más altas jerarquías eclesiásticas de Rusia a reunión solemne —que tendría lugar en el Kremlin mismo (palacio imperial)— para estudiar asuntos canónicos, la reforma de la Iglesia nada menos. El propio soberano presentó el ¡cuestionario! No cabe despotismo mayor. Conviene advertir que el sistema no era ciertamente invención del Zar Terrible. Lo habían implantado y practicado los soberanos moscovitas anteriores a él. Los grandes Duques de la Rusia Central decidían por sí y ante sí acerca de los más graves negocios eclesiásticos. De ellos dependía la elección de los metropolitas. Iván III había introducido la costumbre de remitir al nuevo jerarca supremo del país la Cruz Pastoral, cosa que equivalía a una perfecta investidura. Fueron ellos, los soberanos moscovitas, los que más tarde tomaron la iniciativa de crear el patriarcado de Moscú. Por orden suya se convocaban los concilios para estudiar y legislar en el terreno específicamente canónico. Y hasta señalaban temas y cuestiones constitucionales, litúrgicas, dogmáticas y sacramentarias. Ellos publicaban luego ¡en su propio nombre! los cánones elaborados y los anatemas fulminados. «En realidad, los Concilios moscovitas fueron órganos de la legislación estatal en asuntos canónicos. En 1547 era convocado un Sínodo

para reunir en una sola obra las «Vidas de los Santos». Y dos años más tarde, emprendía otro esta misma tarea» (Duchesne, l. c.).

No deja de ser interesante, por extraño a la mentalidad y costumbre occidentales, el método singular que los rusos utilizaban —y utilizan— en las deliberaciones conciliares y en la redacción de los respectivos cánones y anatemas. Tan pronto como los miembros del Sínodo llegaban a conocer las cuestiones acerca de las cuales tenían que deliberar —pues, como acabamos de indicar, el poder civil redactaba los temas que iban a ser estudiados por la Asamblea conciliar—, los Padres (o sea los Prelados, los Archimandritas o provinciales y los higumenos o abades) se ponían de acuerdo para elegir un diäk experimentado (clérigo culto y prestigioso de la Curia metropolitana) y le daban este encargo: Reúna usted los textos de Escritura pertinentes, las decisiones oportunas de los Santos Concilios Ecuménicos; los extractos de las leyes bizantinas y los trozos de circulares publicadas por el Episcopado eslavo que hagan al caso, y formule las reglas consiguientes. «Dócil a las indicaciones de la superioridad, el Diäk presentaba a la Asamblea su resumen e informe. Examinada y confirmada por el Concilio, la obra del ponente se convertía en decisión sinodal. A seguida era sometida ésta a la aprobación del Soberano. En apariencia había varios ponentes; mas, en realidad, siempre existía uno que llevaba el peso de la redacción del acta final». (El mismo).

DISPOSICIONES LITURGICAS

«Para hacer la *señal de la Cruz* se colocará la mano derecha sobre la frente; se la llevará luego al pecho; más tarde al hombro derecho y, finalmente, al izquierdo. Póngase especial atención porque los que no se santiguan adecuadamente deberán temer los ataques del demonio y de los perversos enemigos».

«La señal de la Cruz se hará con *dos dedos nada más* en esta forma: el índice y el medio, reunidos y algo encorvados, se desplegarán ligeramente. Sin juntarlo con los anteriores, el *pulgar* algo elevado, se inclinará un poco hacia éstos. Quien no se persigne así, es decir, *con sólo dos dedos*, sea anatema.

»La signación en esta forma representa bien las dos naturalezas en Cristo. El dedo índice significa la Divinidad y el medio, que está debajo de él, la Humanidad. El pulgar que se encorva hacia los dedos anteriores, hace alusión al Verbo Divino, que descendió de los Cielos y tomó carne en el seno de la

Virgen para realizar la Redención humana» (de los cap. 31 y 32).

«Durante los primeros siglos del Cristianismo, los fieles hacían la señal de la Cruz con un dedo tan sólo, el índice. Como no sea San Cirilo de Jerusalén, nadie habla de varios dedos para signarse y santiguarse. Mas, a últimos del siglo IX, se utilizaban ya dos. Son muchos los testigos que nos dan cuenta de esta última práctica. A últimos del siglo XII, los griegos introdujeron otra modalidad, la de signarse con tres dedos. Esta práctica no tardó en generalizarse. Según se cree comúnmente, la fundamentaron en la necesidad, para ellos urgente e ineludible, de aludir a las *Tres Personas Divinas*. Aun habiendo recibido de los bizantinos su fe religiosa, los cristianos del mundo eslavo no se signaban como ellos. En vez de tres, los rusos utilizaron, en los comienzos de su cristianización, dos dedos tan sólo. Mas al correr de los años, cuando en Rusia se introdujo la práctica griega, se suscitó en estas tierras eslavas —al igual que antes en la propia Grecia— apasionada polémica. Los contendientes llegaron hasta el extremo de desnaturalizar determinados y muy respetables testimonios como la «Leyenda de Melecio de Antioquía» (m. 381) y el de Teodoreto (m. 457) en su «Historia de la Iglesia». Y los redactores del Stoglav tomaron la decisión de condenar a la *Signación con tres dedos,* por tratarse de una práctica herética que los griegos habían copiado de los latinos. El rabioso antilatinismo de los redactores del Stoglav los condujo a esta aberración. Por lo menos el Concilio moscovita de 1551 obró con una precipitación manifiesta y una ligereza imperdonable. El propio Sínodo de 1666-67, celebrado también en Moscú, calificó de herética la actitud adoptada por los autores del Stoglav. En realidad, durante el lapso de tiempo entre uno y otro Concilio los jerarcas eslavos lanzaron anatemas contra los que se signaban con tres dedos. Ello indica que los que así procedían eran muy numerosos. Y el Stoglav no contribuyó, ciertamente, a disminuirlos» (Golubinsky).

* * *

«En adelante, todos los cristianos ortodoxos deberán decir Alleluja dos veces nada más. Después añadirán esta invocación: ¡Gloria a Vos, Señor! Procurarán no hacer lo que vienen practicando los fieles de Pleskau, quienes imitando a los heréticos latinos, emplean en ciertas preces el triple Alleluja. Pese a que la nombran ¡cuatro veces! en sus plegarias, los latinos no glorifican cual se debe a la Santísima Trinidad. Pues aseguran que

el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Con ello ¡humillan! a la Tercera Persona. Hay que repudiar, por lo tanto, la práctica del Alleluja triple. Al segundo Alleluja seguirá esta invocación: Gloria a Vos, Señor» (Del cap. 42).

«No se mostraron menos ignorantes en esta cuestión los miembros del Stoglav. Uno y otro Alleluja (el doble o el triple) son igualmente antiguos y ortodoxos. Se utiliza el segundo para honrar a la Santísima Trinidad, y se dice el primero para recordar las dos Naturalezas en Cristo. Por mucho tiempo, los practicaron indistintamente los griegos. A consecuencia de la unificación posterior en el modo litúrgico de exclamar y de cantar adoptaron de manera definitiva el triple Alleluja». (El mismo). Para el Stoglav esta triple exclamación era una ¡herejía latina! Bien se ve que sus autores no sabían Historia. Tampoco eran competentes en materias dogmáticas.

* * *

«El obispo, el sacerdote, el diácono, el clérigo inferior y la persona laica que, morando en la ciudad y sin necesidad apremiante o incomodidad suma que los retengan por largo tiempo en su domicilio, no asistieran durante tres semanas al templo y faltaren por tanto a la Santa Misa de los tres domingos serán castigados. Los clérigos quedarán destituídos y los laicos, excluídos de la Comunión». (Del cap. 96).

«Ordenamos que si durante la celebración de la Misa y otros oficios religiosos penetrase alguien en el templo y lanzare insultos contra los obispos, los clérigos y los auxiliares del culto, sea sometido a tortura y desterrado. Al que interrumpa el culto divino o impida su celebración *se le cortará la cabeza.* Esta decisión será ejecutada por el poder civil o también por las autoridades militares». (Del cap. 47).

«Durante toda la semana de Resurrección los fieles ortodoxos irán a las iglesias y se dedicarán sin descanso a recitar Salmos y entonar canciones religiosas a fin de alegrarse en Cristo. Para celebrar dignamente su fiesta escuchen la lectura de las Santas Escrituras y deléitense en los Santos Misterios Haciéndolo así, resucitaremos con Cristo y seremos exaltados con El. En esos días ni habrá carreras de caballos, ni espectáculos públicos. (Del cap. 95).

DISPOSICIONES SACRAMENTARIAS

«Para bautizar a los niños, celebrar casamientos, bendecir las aguas y conmemorar la Invención de la Santa y verdadera Cruz (día 31 de julio) se hace preciso que los popes lleven sobre sí todos los ornamentos sacerdotales». (Cap. 14).

«Los niños han de ser bautizados en los templos a tenor de las prescripciones del Ritual. *No ha de verterse sobre ellos el agua, sino que serán zambullidos en ella tres veces.* En cada inmersión se pronunciará el nombre de una Persona Divina». (Del cap. 17).

«El matrimonio nunca se celebrará de noche; siempre tendrá lugar después de la Misa». (Cap. 18).

«El que se casa de segundas no tiene derecho a la *Corona* que se usa en la ceremonia nupcial. Además, quedará privado de la Comunión y de la participación en actos de culto por espacio de dos años. Para el que contraiga matrimonio en terceras nupcias esa pena durará cinco años». (Del cap. 21).

«No se hable entre ortodoxos de las cuartas nupcias. El que contrae en estas condiciones injuria a las Leyes Divinas y a los cánones sagrados. Y por eso se ha excluído a sí mismo del número de los que han de ver la gloria de Dios. El primer matrimonio —dijo el gran S. Gregorio de Nacianzo, personificación de la Teología— es la Ley; el segundo, la tolerancia; el tercero, una violación de la ley, y el cuarto, una impiedad, un estado semejante al de las bestias». (Cap. 23).

«Los que contraigan por cuarta vez quedaran excluídos del templo por espacio de cuatro años. Pasados éstos, podrán entrar en la iglesia; pero hasta que no hayan transcurrido otros ocho, no podrán ser admitidos a la Comunión y a la participación del Antidor (pan bendito que se reparte después de la Misa), y del pan de la Virgen, cierta parte separada del Antidor». (Del cap. 24).

«Como el Sacristán (ponamar), que es, en realidad, el guardián del templo, ha de acercarse, además, al altar, encender los cirios y realizar otras funciones relacionadas con el culto, no debe contraer matrimonio por segunda vez. Así lo ordenó con gran sabiduría el Concilio de Vladimir. Otro tanto habrá que decir del diäk (lector) y del Chantre. Porque el canon 17 de los Santos Apóstoles excluye de estas funciones a los que han contraído matrimonio en segundas nupcias». (Golubinsky).

«Los diäks, empleados subalternos del templo y mujeres encargadas de preparar la Oblata no deben estar casados más

que una sola vez. A unos y a otras se exigirán una vida irreprochable y unas costumbres puras. Deberán contar con el beneplácito de su prelado o al menos de un sacerdote». (Cap. 12).

«Los sacramentos ni se compran ni se venden. La gracia del Espíritu Santo no puede ser objeto de compra-venta. El sacerdote que aplique la medida del comercio a la gracia que se otorga mediante los sacramentos, será amonestado para que desista de esta práctica simoníaca. Y si no respetara esta prohibición nuestra, sea excluído de la Iglesia... pero los fieles podrán gratificar o hacer obsequios, en la medida de sus fuerzas, mejor aún de su fe y de su amor a Jesús, al clérigo que les hace un servicio espiritual porque éste tiene que vivir de su ministerio...» (Cap. 44).

IMPEDIMENTOS

«Los obispos y sacerdotes harán indagaciones minuciosas a fin de impedir que contraigan matrimonio los consanguíneos, los parientes entre sí o los que se encuentran ligados por padrinazgo. Si pese a estos impedimentos, se hubiera realizado el enlace, los obispos declararán el divorcio, infligirán un castigo y alejarán a los culpables de la recepción de sacramentos por espacio de cierto número de años. Y el clérigo que haya autorizado a sabiendas semejantes matrimonios sufrirá el castigo de la destitución». (Del cap. 46).

Capitulo XXVII

EL STOGLAV O CONCILIO DE LOS CIEN CAPITULOS

(Conclusión)

1.º Cualidades exigidas al pintor de iconos.—El templo, morada única de las santas imágenes.

2.º Reclutamiento y formación intelectual y moral de los candidatos al Sacerdocio.—Elección y nombramiento de párrocos y demás sacerdotes.—Obligaciones de los clérigos seculares.—Especial prohibición de la embriaguez y de la gula. Insistente recomendación del ayuno.—Negación del ministerio parroquial a los popes viudos.—La triste condición canónica de estos desgraciados.

3.º El Monacato.—Prohibición de la embriaguez y del trato con jóvenes imberbes y mujeres.—Otras disposiciones singulares.—Las riquezas monacales.—Repulsa de los propósitos secularizadores de Iván IV el Terrible.—Intangibilidad de los latifundios y riquezas monacales.—Negativa a suministrar fondos eclesiásticos para rescate de prisioneros y establecimiento de un tributo anual para ese fin.—Limitaciones impuestas autocráticamente por el Zar a la propiedad eclesiástica (capítulo 101 incorporado al Stoglav).—Prohibición del préstamo eclesiástico con interés.—Contrapartida de las donaciones de los fieles.—4.º Tribunales eclesiásticos.—Reconocimiento del más completo fuero canónico.—Días feriados e indulto pascual.—5.º Supersticiones.—6.º Sodomía.—7.º Prohibición de cortarse la barba.—Consideraciones finales (carácter enteramente disciplinar).

«El pintor de iconos ha de ser hombre muy humilde, dulce, piadoso, pacífico, caritativo y limpio de cuerpo y de espíritu. Será un artista que huya de los propósitos fútiles y de las chanzas vanas. No será bebedor ni amigo de lo ajeno. Hará frecuentes visitas a sus padres espirituales, les dará cuenta de su pro-

ceder religioso y artístico, ayunará, rogará a tenor de los consejos y lecciones recibidas y vivirá dentro del mayor orden y de la vergüenza más extremada. Al pintar las santas imágenes fijará su atención en las obras de los buenos artistas que le precedieron y tomará por modelos a los más excelsos iconos. Los prelados vigilarán a estos artistas y les darán muestras de afecto especial. Estos pintores aceptarán discípulos en sus talleres y les enseñarán con el arte la religiosidad y la pureza. Los llevarán con relativa frecuencia a casa de los directores espirituales. Los discípulos seguirán con la atención máxima las enseñanzas de sus maestros. Si por la gracia del Señor alguno de ellos diera a conocer excelentes cualidades artísticas, el maestro lo llevará al palacio episcopal, y el prelado examinará el icono pintado por el discípulo. Al hacerlo ha de fijarse de modo preferente en si la obra artística reproduce con exactitud y perfecta semejanza al original. Al mismo tiempo recabará informes minuciosos acerca de la vida que lleva ese artista novel, el cual ha de ser, claro está, piadoso y casto. En caso favorable, el prelado lo colmará de atenciones y le encargará con interés que practique su arte con infatigable celo y que no abrigue propósitos de favorecer a los suyos. Si el alumno no diese muestras de especiales aptitudes artísticas o no viviera con arreglo a las normas exigidas, le será prohibida la profesión pictórica. Y al maestro que para favorecerle presente la obra de otro, cual si fuera de este alumno poco apto, se aplicarán las penas canónicas a fin de que escarmienten en cabeza ajena los otros maestros. Igualmente, el obispo aplicará sanciones al maestro que por envidia desacredite al discípulo aprovechado, a quien por lo mismo se otorgarán mayores deferencias. El artista hábil que no haga uso del talento y de la destreza que hubiere recibido, será condenado por Dios a las penas eternas. Los obispos prohibirán el ejercicio de esta noble profesión a los pintores que se embriaguen o que vivan en la impureza y en el desorden.

Las obras de los artistas medianos serán vendidas a bajo precio a las gentes sencillas e ignaras del agro y se obligará a sus autores a recibir lecciones de los maestros expertos. Que en adelante pinten tan sólo los que sean capaces de reproducir con exactitud y semejanza la forma de los originales y que se abstengan de hacerlo los inhábiles, ya que su torpeza es una ofensa al Señor. La imagen de Dios y la de sus Santos no pueden ni deben ser confiadas a los artistas que las desfiguran y deshonran. Los que contravinieren a esta disposición serán castigados por el Zar. Los Arzobispos y Obispos vigilarán en ciudades, pue-

blos y monasterios a los pintores de iconos y examinarán personalmente sus obras. Se fijarán en los renombrados y expertos y les conferirán la facultad de ejercer vigilancia sobre sus compañeros de profesión a fin de eliminar a los desmañados y toscos. Colmarán de honores a los que por su habilidad lo merezcan. Vosotros, ¡oh prelados!, cuidad de que los pintores buenos y sus discípulos aprovechados reproduzcan los viejos modelos sin dar pábulo a la fantasía ni al capricho. Y vosotros, ¡pintores de iconos!, enseñad a vuestros discípulos sin restricciones astutas para que no seáis condenados a las penas eternas» (del capítulo 43).

Los iconos estarán en los templos

Circulan por ciudades y pueblos, por fincas y cantones monjes y monjas, hombres y mujeres mendicantes y otras personas laicas que llevan consigo iconos y caminan con ellos sin rumbo fijo. Perturbados por determinados sueños y seducidos por los demonios, no pocos de ellos se hacen pasar como profetas y piden dinero para construir templos; otros lo solicitan para rescatar prisioneros. Son los mercados y ferias los lugares que unos y otros prefieren para exhibir y explotar los iconos. Semejante espectáculo es motivo de escándalo para los ortodoxos conscientes y de extrañeza para las gentes de otros países y de religión diferente. Por esto se hace preciso que el Zar promulgue un Ukase y haga pregonarlo en los mercados, en cuya virtud quede prohibido exhibir los iconos por doquier. Pase el que soliciten en nombre de Dios limosnas para rescates y otras atenciones pías, pero no utilicen jamás para ello los santos iconos. Estos venerandos objetos no aparecerán en público. Arrebátenseles, pues, y sean colocados en templos. Echeseles también de pueblos y ciudades a fin de que su castigo sirva de escarmiento a los que pretendieran hacer lo mismo» (del cap. 74).

Reclutamiento y formación de los candidatos al sacerdocio

»De acuerdo con los Obispos y ayudados por sacerdotes y diáconos, los protopopes y diáconos buscarán cada uno en su ciudad y pueblo, buenos sacerdotes, diáconos y lectores que estén casados y sean piadosos, capaces de rendir servicio a los demás, instruídos, temerosos de Dios y que sepan leer y escribir. Aquellos sobre los cuales haya recaído la elección establecerán en sus viviendas escuelas. En ellas enseñarán a los niños

de los fieles ortodoxos a leer, escribir, copiar libros, cantar salmos y leer en el facistol. Los educarán en tal forma que se mantengan en la pureza y no caigan en la corrupción, sobre todo, en la sodomía infame, en el onanismo y en los desórdenes de toda índole. Todo a fin de que, así instruídos y preservados, sean, cuando se hayan hecho hombres, dignos de ser recibidos en el sacerdocio» (del cap. 26).

Elección y nombramiento de párrocos y sacerdotes

»En la diócesis metropolitana, en los arzobispados y eparquías, los fieles de las parroquias elegirán sacerdotes, diáconos y diäks experimentados, instruídos y de intachable conducta. Los electores no pedirán, por haberlo sido, dinero alguno en nombre de la Iglesia, ni reclamarán para sí retribución de ninguna especie. Se limitarán a ir con los electores al palacio episcopal. Después de haber dado a los sacerdotes sus consejos y el oportuno nombramiento, el prelado les otorgará su bendición y no les exigirá por haber ratificado la designación más que una grivna, pequeña fracción de rublo» (del cap. 41).

Obligaciones de los clérigos seculares

»Los sacerdotes llevarán una vida piadosa, ayunarán, harán oración y practicarán la virtud. Instruirán a sus hijos espirituales, los cristianos ortodoxos, en la fe, en los mandamientos y en el temor de Dios, corregirán sus costumbres procurando acomodarlas a los sagrados cánones y a los ejemplos de los santos y les enseñarán la pureza, el arrepentimiento, la piedad, la práctica de los ayunos, las plegarias y el amor fraterno. Les darán instrucciones y reglas para vivir en paz dentro de un recíproco cariño, para observar con celo escrupuloso las santas abstinencias y las preces concomitantes y para pasar los días prescritos con la debida moderación, en lo que respecta a bebidas y alimentos. En esto se mostrarán especialmente rigurosos. Frecuentarán diariamente las Casas del Señor y asistirán a las fiestas solemnes en las que tome parte el Clero todo. Al orar lo harán con toda devoción y temor de Dios. También vigilarán a los auxiliares del culto a fin de que realicen sus funciones con esmero respetuoso».

»Los protopopes y los simples sacerdotes—los primeros en asuntos de disciplina y los segundos en materias de índole espiritual—consultarán con relativa frecuencia al Obispo de su

eparquía. Este les dará instrucciones y consejos y los estimulará a ejercer adecuadamente el ministerio, a suministrar enseñanza espiritual a los feligreses y a vigilar infatigablemente sobre el rebaño encomendado. Los sacerdotes, por su parte, trabajarán para que sus feligreses, acompañados de sus mujeres e hijos, frecuenten la casa de Dios, vayan en busca de consejo espiritual, hagan penitencia, lleven vida irreprochable y practiquen las virtudes que deben adornar a todo cristiano ortodoxo. Les inculcarán, sobre todo, la necesidad de no conocer otra mujer que su propia esposa, la obligación de no tener concubinas y el sagrado deber de instruir y educar a los hijos en el temor de Dios...

»Quedan prohibidas a los protopopes, a los simples sacerdotes y a los diáconos, la embriaguez y la falta de moderación en el comer y beber. No quiere ello decir que se prohiba el vino en absoluto; Dios lo ha creado y nos invita a beberlo para excitar nuestra alegría. Otro tanto hay que decir de las comidas. Tomemos los alimentos y las bebidas que sean necesarias para calmár el apetito y la sed. Y nada más. Los sacerdotes están obligados a instruir a sus fieles acerca de los peligros que entraña la embriaguez y de la prohibición de la misma por la Iglesia». (de los caps. 32 y 34).

»Los popes y los diáconos cantarán diariamente en el templo las divinas alabanzas. Lo mismo se dice de las preces en los domingos y días festivos. En unos y en otros leerán el Evangelio comentado, el extracto de San Juan Crisóstomo, las vidas de los Santos, el Prólogo o Synasar(Síntesis de las enseñanzas hagiográficas) y otros libros santos de los que tanto provecho sacan las almas». (del cap. 6.º).

* * *

»Los Obispos, los popes y los diáconos pendencieros que al reñir con otras personas llegaren a derramar la sangre de las mismas, no solamente serán alejados de la Iglesia, sino que serán objeto de destitución definitiva e irrevocable». (del cap. 29).

»El Obispo, el pope, el diácono, el lector y el chantre que no ayunen durante la Gran Cuaresma, ni en los miércoles y viernes de todo el año, serán destituídos, a menos que se encontraran agotados por enfermedad. Las personas de condición laica que no ayunen serán alejadas del templo». (del capítulo 90).

Los popes viudos

»En adelante los popes viudos no tendrán jamás hijos espirituales encomendados, es decir, no podrán estar al frente de una parroquia. Al enviudar serán reemplazados por otros que estén casados. Estos abonarán a beneficio de los sustituídos la cuarta parte de las rentas asignadas a la iglesia. Por su parte, los viudos vivirán dentro de la mayor pureza y se contentarán con asistir a coro y rogar al Señor. Los que deseen entrar en un monasterio recibirán la tonsura y el hábito y con la autorización del Obispo, siendo intachable su conducta, podrán decir misa y ejercer otros ministerios dentro del convento, mas nunca en las parroquias. Los que se comprometan a vivir pura y castamente en el siglo no podrán tener en su casa mujeres cuya presencia en ella pueda engendrar sospechas y escándalos. Estarán con ellos la madre, una hermana, una tía paterna o materna y también su hija. Los que desprecien estas prohibiciones serán destituídos». (del cap. 82).

El monacato

»Los jefes y pastores de un monasterio (archimandritas, higumenos y stroitels), se consagrarán por entero a procurar la perfección moral de las almas inmortales que les fueron encomendadas. Por su parte, los sacerdotes, los diáconos, los ancianos que integran el consejo, los hermanos en Cristo, los sirvientes y todos cuantos buscaron y hallaron refugio bajo el techo del venerable monasterio respetarán y obedecerán en todo por amor a Dios a los jefes espiritùales antedichos».

* * *

»Los jefes de un monasterio se abstendrán de tomar bebidas alcohólicas, no se embriagarán, no destilarán alcohol en sus dominios, no lo guardarán en sus celdas, ni lo tendrán de cualquier otro modo en su poder. Otro tanto se establece respecto de licores como la cerveza y el hidromiel. Se darán por muy satisfechos con tener un Kvas (bebida ligera) elaborado con semillas y miel. No se les prohibe tomar vinos extranjeros (italianos, griegos y franceses); pero no beberán tanto que lleguen a embriagarse.

»Los directores de la vida religioso-monacal no deberán introducir en sus celdas a jóvenes imberbes. Estos tampoco podrán

acercarse a ellas Lo mismo se dice de las mujeres y doncellas. Si llegara el caso de sorprender a éstas en la habitación de los popes y diáconos auxiliares o en la celda de un monje, unos y otros serán destituídos. Los monjes serán, además, alejados de todas las cosas santas».

»Bajo ningún pretexto y sin autorización del Zar y del Obispo, no se pasearán por ciudades y pueblos los archimandritas, higumenos y ancianos. Podrán hacerlo en caso de extrema necesidad o cuando, portadores de las aguas consagradas, tengan que presentarse para una gran festividad. Cuando hayan de resolver negocios importantes, escribirán al Obispo una carta, la cual será entregada por personas auxiliares. El prelado dará cuenta al Zar, y éste ordenará que sea arreglado el asunto. Se usará este mismo procedimiento en materias administrativas. Sólo que en este caso, en vez de acudir al Obispo, los auxiliares irán a casa del administrador.

»En los monasterios todo será común. Así se evitarán la avaricia, la voluptuosidad y el apego a las riquezas. Así se conseguirá que los monjes se ocupen únicamente en alabar a Dios, en seguir los consejos de sus directores y en llenar las funciones que les fueron encomendadas». (del cap. 49).

»Los varones no deben bañarse en el mismo lugar que las hembras. Con mayor motivo evitarán la coincidencia en el mismo baño público y común los religiosos y las religiosas. Que no se repita la escandalosa práctica que en Pleskau realizan monjes y monjas al bañarse juntos. A partir de esta prohibición no irán al baño público ni unos ni otras. Serán castigados severamente los que contravinieren a esta regla canónica». (del cap. cuarenta y uno).

Los bienes eclesiásticos

Las riquezas monacales

Iwán IV el Terrible abrigaba propósitos secularizadores y llegó a tanto en la materia, que presentó a la Asamblea el magno problema de las riquezas monacales, a todas luces excesivas e incompatibles con la santa indiferencia que deben poseer las personas consagradas a Dios en la soledad claustral.

Mucho debieron lastimar a los altos dignatarios de la Iglesia eslava las intenciones secularizadoras del Soberano moscovita, porque, pese a su ancestral servilismo al poder civil, los venerables miembros del Stoglav, de ordinario tan sumisos, se

opusieron del modo más categórico a los deseos del Soberano Terrible, del autócrata Iwán IV, del primer Zar de todas las Rusias nada menos. Las afirmaciones del capítulo 75 no pueden ser más terminantes y explícitas:

Las propiedades inmuebles entregadas al Señor con la esperanza de heredar la eterna bienaventuranza— tierras de labor, viñedos, prados, bosques, colmenas, lagos y fuentes— no pueden ni deben ser arrebatadas a la Iglesia, ni donadas, ni vendidas. Los contraventores serán castigados en esta forma: El obispo será depuesto; el higumeno, arrojado del monasterio; el simple sacerdote, destituído y las personas laicas, aunque se llamen príncipes y Soberanos, lanzadas fuera de la Iglesia. Todos serán condenados por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo». También rechazaron las propuestas del anciano Metropolita Josafat. El prestigioso jerarca supremo de la Iglesia eslava deseaba que los fondos necesarios para el rescate de los prisioneros se tomasen de las cajas de la Metrópoli, de los obispados y de los monasterios. He aquí la disposición del cap. 72: «Serán rescatados con cargo al Tesoro del Zar los prisioneros acerca de los cuales se realice negociación en los campamentos de los tártaros, en Constantinopla, en Crimea, en Kazán y en Astrakán. El Tesoro público se resarcirá de estos gastos anualmente por el cobro de un título que abonarán por igual los propietarios de la región a la que por origen pertenezcan los redimidos. Este rescate recibirá el nombre *de limosna pública*».

* * *

De todas formas, Iwán IV el Terrible se salió con la suya al limitar de modo considerable las fuentes de ingreso y de riqueza en iglesias y monasterios. Para ello incorporó al Stoglav un Ukase desamortizador. Figura con el número 101 en el Cuerpo legal que nos ocupa. He aquí sus principales y autocráticas medidas:

»Las votchinas (pueblos y fincas rústicas) que para conmemoración del alma fueran donadas a un monasterio, sin haber precedido el informe al Soberano moscovita, serán arrebatadas y confiscadas, sin compensación pecuniaria, a beneficio del Zar».

* * *

»En adelante los arzobispos, los obispos y los archimandritas e higumenos de los monasterios no podrán comprar tierras

y pueblos sin que el Gran Duque y Zar tenga conocimiento de ello por informe detallado. Tampoco podrán vender unas y otros a los príncipes, a los hijos de boyardo o a cualquier otra persona sin haber elevado al Soberano moscovita el oportuno informe. En el caso de compra-venta de esas tierras y pueblos sin ese requisito previo, el comprador perderá su dinero y el vendedor, la propiedad, la cual será confiscada sin compensación y adjudicada al Zar» (del cap. 101).

»En adelante, los obispos y los monjes prestarán dinero y granos a sus aldeanos sin interés de ningún género. Todo con el fin de que los vecinos puedan subsistir en los pueblos que pertenezcan al obispado o al monasterio y para que éstos no se queden vacíos. Abrirán libros para cada pueblo, anotarán las cantidades de dinero y de granos que prestaren y guardarán las notas en sus cajas con el objeto de tener a la mano todos los datos. En las mismas condiciones los antedichos obispos y monjes prestarán también a labriegos no suyos que se encuentren en aprieto económico. Sólo que a éstos exigirán una fianza». (del cap. 46).

»Por las donaciones que de pueblos, de fincas, de dinero, de objetos diversos y de propiedades inmuebles hacen a las santas iglesias y a los venerandos monasterios los cristianos piadosos con el fin de asegurar para siempre a sus almas y a las de sus parientes la conmemoración y la herencia de los bienes eternos, se dirán misas anuales y se cantarán en corporación las panikhidas (nocturnos). Los higumenos y archimandritas celebrarán personalmente los oficios, darán comidas a los monjes a tenor de las reglas consabidas e inscribirán el nombre de los donantes en el Synodikon (libro en que se anotaban los nombres de éstos y de todos aquellos por quienes se celebraban las misas y se cantaban las paninkhidas generales) (del capítulo 75).

Tribunales eclesiásticos

Ni los príncipes, ni los boyardos, ni los jueces civiles, tienen facultad para citar ante sus tribunales a los clérigos seculares y a los monjes. Unicamente la Iglesia podrá juzgarlos a tenor de los sagrados cánones. Sólo ella tiene jurisdicción en esta materia. Se trata de personas consagradas a Dios y confiadas a los Obispos» (cap. 54).

»Serán destituídos aquellos clérigos que, menospreciando la jurisdicción eclesiástica, acudan a los tribunales civiles» (capítulo 56).

»Si alguien pretendiera obtener de los tribunales eclesiásticos un veredicto de inculpabilidad o hiciere comparecer por la violencia ante los jueces civiles a las personas eclesiásticas: o si arrebatare por actos de saqueo o por otros medios violentos lo que fue donado a los monasterios e iglesias, sea anatema» (capítulo 46).

Es de notar que se trata de un canon específicamente ruso. No tiene precedentes en la legislación canónica y civil de la Bizancio religiosa.

»Serán días feriados para la administración de justicia y espectáculos públicos los quince días llamados pascuales (siete antes y siete después de la Gran fiesta de la Resurrección); los días de Navidad, de la Epifanía, de la Pasión, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y todos los domingos.

«En el día pascual de Resurrección nadie podrá ser encarcelado ni encadenado. Se exceptúan los adúlteros; los libertinos; los raptores de una doncella; los profanadores de tumbas; los hechiceros; los monederos falsos; los asesinos y los crueles. Todos estos seres perversos recibirán su castigo en todo tiempo y lugar. Con los demás cabe tener compasión, *aunque tan sólo por esta vez.*

«El que asista a un espectáculo en Domingo será excluído del servicio militar, y sus bienes serán confiscados; mas en ese día pueden formalizarse contratos y realizarse amigables transacciones». (capítulo 94).

Supersticiones

«En adelante nadie se atreva a llevar al templo las «secundinas», pues se trata de unas cosas impuras y repugnantes. Con mayor razón queda prohibida su colocación en el altar durante *seis semanas.* La puérpera no podrá entrar en la iglesia sino después de su purificación, la cual ha de tener lugar a los catorce días del alumbramiento por lo menos. Los sacerdotes que hagan caso omiso de esta regla incurrirán en el castigo temporal de *interdicción* (alejamiento de la Comunión, de la plegaria en común y del templo)». (Del cap. 41).

Se trata de una superstición muy antigua en el mundo greco-ortodoxo. Cuenta Teodoro Balsamón, Patriarca de Antioquía y canonista de fama en la Iglesia bizantina (Comentario al Conc. Trullano, 1170) que en cierta ocasión se formuló esta queja contra un higumeno. Este buen abad llevaba ¡*debajo del sobaco*! la placenta y demás membranas de un niño recién nacido. Declaró,

cuando se le pidieron explicaciones de tan chocante proceder, que se las había entregado una mujer, que ésta le había encargado la entrega de las mismas al párroco, el cual las pondría sobre el áltar, y que la supersticiosa señora pretendía con ello hacer callar a todo aquél que deseara infamarla.

* * *

«En adelante los sacerdotes no se harán ya cargo de los trozos de jabón que con motivo de la consagración de un templo les presenten legos con ánimo de que sean colocados en el altar durante seis semanas. Los sacerdotes que desprecien esta decisión serán alejados de la Iglesia» (del cap. 41).

«Nuestros fieles ortodoxos hallan complacencia en las riñas. En ellas usan procedimientos desleales, acusan falsamente, besan la Cruz y los santos iconos, se baten en campo cerrado y derraman sangre. Es en este momento cuando intervienen los magos, los hechiceros y encantadores. Estos malvados les prestan socorros diabólicos, realizan sortilegios, hojean las «Puertas de Aristóteles», estudian las estrellas y los planetas y examinan los horóscopos. Estas satánicas maniobras seducen a los ortodoxos y los alejan de Dios. Por esto suplicamos al Zar que interponga toda su autoridad soberana para barrer éstas prácticas heréticas y diabólicas, éstos odiosos encantamientos. Los que en adelante pretendan seducir al pueblo ortodoxo con tales sortilegios recibirán castigos severos infligidos por el Zar. Y los que hayan sido objeto de tales engaños serán excluídos de la Iglesia (capítulo 41, cuest. 17).

* * *

Las «Puertas de Aristóteles» (Aristótelevy VRATA) eran una versión de un libro medieval llamado «Secreta secretorum» y atribuído al Estagirita. Se ocupaba de asuntos de Moral, de Medicina, de Astronomía y de Fisiognomonía. A cada sección de la obra se dio el nombre de PUERTA (VRATA).

«En el día del Gran Jueves (el de la Semana de Pasión), muy de mañana, se hacen luminarias con enorme cantidad de paja y al propio tiempo se hace una invocación a los muertos para que se presenten y ayuden. En ese mismo día ciertos popes ignorantes depositan sal debajo del altar. La tienen allí hasta el séptimo jueves después de Pascua y luego la distribuyen entre los fieles a fin de curar con ella a las personas y a las bestias. Quedan pro-

hibidas ambas prácticas supersticiosas, de origen griego, porque son, a no dudarlo, maleficios heréticos. El pope que contraviniere a esta disposición será alejado de la Iglesia y destituído» (del cap. 41, cuest. 26).

«Contra los que van a buscar a los magos y charlatanes y los llevan a sus casas para que les revelen secretos prohibidos; contra los que alimentan y cuidan *osos* u otros animales para divertir y engañar a las gentes sencillas y contra los que creen en el *Destino* y en la *Genealogía*, es decir, en el influjo del día del nacimiento, en los encantamientos y en los hechiceros que buscan secretos en las nubes, se lanza el *Anatema* de *Seis Años*. Durante los cuatro primeros quedarán equiparados a las gentes que cometieron falta grave y durante los otros dos restantes, se situarán junto a los fieles. En este bienio se les podrá administrar los *Santos Dones*, la Comunión». (del cap. 93).

Sodomía (cap. 33)

Existen individuos que por no temer a Dios cometen un pecado abominable: la *Sodomía*. ¡A cuántas almas trastorna, escandaliza y pierde este horrendo vicio! El nos deshonra a los ojos del pueblo y de todos aquéllos que no son ortodoxos. Los venerables protopopes y sacerdotes deberán interrogar severamente a sus fieles acerca de estas acciones detestables, vergonzosas y repugnantes. Al realizarlo las prohibirán con severidad extremada y amenazarán a los culpables con todas las sanciones eclesiásticas. Si se arrepintieran, curadlos y perdonadlos no sin imponerles previamente una saludable pena. Alejad de las cosas santas y prohibid la entrada en el templo a todos aquellos que no den señales de enmienda. Rechazad sus ofrendas. Sabed que éstos actos reprensibles excitan la cólera del Señor contra los cristianos ortodoxos. En castigo de ello nos envía las calamidades de la guerra, del hambre, de las emanaciones infecciosas, de las epidemias que se llevan en masa a hombres y a rebaños, y de espantosos incendios. ¡Que no se hable ya entre ortodoxos de tales horrores, de semejantes sacrilegios, y que el mal sea extirpado en forma definitiva!»

Sobre el abuso de cortarse la barba.

«Los cristianos ortodoxos no se raparán la barba ni cortarán los mostachos. La práctica contraria es extranjera, es una ¡herejía! latina y un legado del Emperador Constantino Cabalin.

El que se afeita la barba y muere en esta situación no recibirá sufragios a tenor de un canon apostólico. Nada le valdrán las misas, ni las preces que por él sean ofrecidas y recitadas. Como es indigno de toda ayuda espiritual, no se le ofrecerán cirios, ni se llevarán al templo otras prósforas (oblaciones). Los que desprecien esta prohibición serán considerados como infieles, ya que esa práctica funesta nos ha venido de las regiones heréticas. Dios mismo para reprobarla totalmente, hizo saber a Moisés (Números VI-V), que «las tijeras no debían aplicarse a la barba». Los santos padres maldijeron este culpable abuso y alejaron de la Iglesia a los reos del mismo (del cap. 40).

Los padres del singular concilio moscovita que nos ocupa multiplicaron los disparates en este capítulo. No existe el canon apostólico que invocan. Ni es adecuada la cita que hacen del Libro mosaico de los Números, porque el Legislador del Pueblo judío habló de la «cabeza» y no de la «barba». Por lo demás, el texto tan mal traído y peor explicado se refería exclusivamente a un sector muy reducido del Pueblo escogido, a los Nazarenos, es decir, a los que habían consagrado al Señor sus cabellos. Para que los dislates pasaran de raya, los redactores del Stoglav llamaron infieles nada menos a los que se afeitaban la cara. ¡Hasta les negaron los sufragios y las honras fúnebres! No pudo llegar a más la ignorancia.

El Stoglav, bien se ve, no contiene declaraciones dogmáticas. Los cánones sobre el doble Alleluja y la signación con sólo dos dedos no lo son. No tienen, pues, razón aquellos historiadores de la Iglesia rusa que, fundados en el infortunado uso que de ellos hicieron los viejos creyentes o sea los más rabiosos enemigos que dentro de Rusia tuvo su Iglesia oficial, ven aquí un interés doctrinal. El Stoglav es esencialmente disciplinar. Por lo que hace a la exposición de materias, reina en este cuerpo legal ortodoxo el más absoluto desorden. En lo que cabe, nosotros hemos procurado sistematizar sus principales disposiciones. También es muy confusa la redacción de sus cánones. A veces parece hablar el Concilio mismo; otras es el propio Zar el que redacta las resoluciones. No hay transición alguna entre un modo y otro de exponer y de ordenar. Asimismo, en ciertos pasajes se encomiendan al Soberano la ejecución de los decretos y la imposición de sanciones y, en otros, se da este mismo encargo al Clero alto (Obispos, protopopes, decanos y sacerdotes inspectores). Abundan las repeticiones y no faltan contradicciones de bulto. Por nuestra parte, hemos procurado evitarlas, presen-

tando una síntesis de los capítulos correspondientes, por lo general largos y difusos.

Por lo demás, el Stoglav no surtió grandes efectos en orden a la reforma de la Iglesia, motivo de la celebración del más importante y más famoso Concilio de la Rusia antigua...

Compararlo con el Tridentino sería equiparar a una Asamblea infantil con un areópago en el que actuaron los hombres más sabios de una época brillante en conocimientos científicos. El amazacotado Código ruso, compuesto por hombres poco cultos, espoleados por el Zar Terrible, el soberano más despótico y cruel que la Historia conoce, no se parece en nada al Cuerpo doctrinal bien planeado, admirablemente vertebrado, que redactaron de modo insuperable en Trento los teólogos más excelsos y sabios que ha tenido la Iglesia.

Capitulo XXVIII

I

LAS CANONIZACIONES EN MASA

El clásico y anormal procedimiento de la Iglesia rusa en esta importante materia.—Los Sínodos moscovitas de 1.547 y 1.549.—La raquítica labor de los mismos, consistente tan sólo en elevar, sin detenido estudio de vidas y milagros, a culto público y obligatorio el popular ya existente.

II

LOS CONCILIOS MOSCOVITAS DE 1.553-54

La heterodoxia

La condena del Diäk Viscovat por su ruda campaña contra las nuevas tendencias de la iconografía.—Los comienzos de la odisea de Mateo Baschkin.—Sus errores dogmáticos.—¿Fue, en realidad, un heresiarca verdadero y peligroso?—El monje antijosefista Artemio de Pleskau.—Su exaltación a higumeno de la Troitz.—Sergieskaja Laura.—Los capítulos de la acusación formulada por los enemigos de Nilo de Sora y secuaces en el Concilio de Moscú (Enero de 1.554).—Los errores del necio Teodoro de Kossoi, discípulo de Baschkin.—Merecimientos del Gran Jerarca Macario.

III

La cultura en la Iglesia eslava durante el siglo XVI.—«La demostración de la verdad», obra famosa del monje Zenobio Otensky.—El Metropolita Macario como historiador.—El «Libro de los grados».—Otras actividades culturales.—El Arte.

El joven Imperio moscovita necesitaba un buen nutrido coro de Santos nacionales. Ni corto ni perezoso, el Primer Zar de todas las Rusias tomaba la resolución de proceder a lo que se ha llamado con acierto *canonizaciones en masa*. El Metropolita Macario acogió la idea con simpatía y entusiasmo. También la justificaba. «Hasta Nos —solía decir él— no han existido en Moscovia más que *siete* varones excelsos *canonizados*. Hemos realizado esfuerzos considerables para que reciban culto local, pero esto no basta». Conviene parar mientes en el método irregular que la Iglesia eslava practicó siempre cuando trató de colocar en los altares a los héroes de la virtud y a los portentos de la santidad y de la taumaturgia. Es verdad que en algunas ocasiones intervino con su decisión solemne la autoridad suprema de la Rusia religiosa, como en el caso de los Santos Boris y Gleb, héroes de la resignación que no mártires, o del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, como en el de San Pedro de Moscú, exaltado al honor de los altares en premio a sus excelsos méritos de índole política; pero no lo es menos que en la mayoría de los casos se ignora por completo el origen del culto y que éste pareció deberse principalmente a la inspiración popular recogida luego y aprobada por la autoridad eclesiástica local.

«Acerca de no pocos santos antiguos tenidos con razón como *legendarios*, puede uno preguntarse —y lo mismo cabe decir de otros más recientes— por qué fueron elevados al honor de los Altares» (Ledit). En Rusia no es infrecuente el caso extraño de que los ortodoxos de una región rindan culto a unos santos a quienes en otra provincia se niegan los méritos excelsos de la santidad heroica y el culto consiguiente a los mismos.

De todos modos, no cabe negar que en los comienzos del reinado de Iván IV el Terrible había en Rusia muchos personajes que recibían culto local y que gozaban de una gran reputación de *taumaturgos*. El Metropolita Macario, que había contribuído notablemente a difundir los merecimientos de los mismos con sus propias tareas literarias de índole hagiográfica, tomó el acuerdo de extender su culto a Rusia entera. También se procedió a la canonización de *cinco santos*, dados a conocer por Macario en sus escritos, sin que antes hubieran recibido culto público en parte alguna.

Los sínodos moscovitas de 1.547 y 49 se ocuparon de esa Canonización en *masa*. Abusiva la llamó el P. Peteers, quien en *Analecta bollandiana* (tomos 33, 1914, y 38, 1920) trata con gran extensión y conocimiento de causa esta interesante materia. Es cosa clara que esos Concilios, que canonizaron a ¡treinta

y nueve! personas nada menos, no obraron de una manera que se pareciere en algo al método occidental. Lo ocurrido fue sencillamente esto: El Metropolita Macario, alma de aquellas asambleas, *empujado* por el Zar, se dignó elevar a la categoría de culto litúrgico el popular de que ya venían gozando ciertas personas consideradas por el pueblo como excelsos *taumaturgos*; pero si aquel Jerarca Supremo de la Rusia religosa convertía en *público y obligatorio el culto en cuestión,* no modificó, empero, el fundamento tradicional de la canonización eslava. Los santos que él canonizó en nada se distinguían de aquéllos otros que habían ascendido al honor de los Altares por simple *prescripción. Todos —antiguos y modernos—* eran invocados a consecuencia de una persuasión que existía en el alma popular y no en virtud de una decisión perentoria e irreformabla que fuera, propiamente hablando, el título jurídico de su culto. Macario y sus Concilios no fallaron, ni estudiaron los méritos. No hicieron otra cosa que aceptar el culto popular y elevarlo al rango de litúrgico y obligatorio.

El primero de los mencionados concilios, celebrado el 2 de febrero de 1.547, es bien conocido, porque los padres del mismo insistieron mucho en que el Acta oficial fuera remitida al Arzobispo de Novgorod, quien, como de costumbre, no fue invitado al Concilio. Figuran en ella veintitrés nombres correspondientes a otros tantos nuevos santos de la Iglesia eslava. De ellos, 21 recibían culto público con oficio cantado en toda Rusia, y los dos restantes (Santos Procopio y Juan de Ustiug), tan sólo en esta localidad. Del segundo Concilio (1.549) tenemos pocas noticias. Tan sólo sabemos que se leyeron las vidas de los nuevos santos, en número de dieciséis, y que «mandaba a las santas Iglesias de Dios que se cantaran en su honor oficios litúrgicos». Una vida de S. Jonás, del jerarca moscovita *rebelde* a las decisiones del Concilio unionista de Florencia, contiene los nombres de los nuevos santos rusos, canonizados por unos concilios a los que no cabe otorgar importancia jurídica merecida. Tampoco tuvieron efecto sensible en la práctica. Los libros litúrgicos que se reeditaron después de las canonizaciones en *masa,* hicieron caso omiso de los nuevos santos. Ni en los que vieron la luz en el siglo XVII figuran los oficios a los que con tanta insistencia aluden las asambleas moscovitas que tantos santos exaltaron al honor de los Altares. En cambio, se dio cabida a otros no canonizados entonces. Golubinsky, que conocía bien a su Iglesia eslava, llega hasta el extremo de admitir que «la inserción y omisión de los santos en los libros litúrgicos dependieron, durante

todo el siglo XVII, del capricho de los tipógrafos». El culto de los santos, hablando en términos generales, pertenece, es cierto, a las prerrogativas doctrinal y disciplinar de la Iglesia eslava; pero también es cosa asaz manifiesta que por espacio de muchos siglos esa respetable Institución religiosa no estimó como algo pertinente al Depósito dogmático el incluir a santos, *individualmente* considerados, en las listas de canonizados o de héroes y taumaturgos propuestos a los fieles como dignos de culto.

En 1553-54 celebraba el Metropolita Macario otros dos sínodos episcopales. En uno de ellos se ocuparon los Padres de los ataques que Viskovat, secretario del Consejo de Boyardos, dirigiera contra las tendencias nuevas de la iconografía moscovita, fomentadas con entusiasmo por el alto jerarca Macario y por el Soberano Terrible. Era que «con menoscabo de las cualidades netamente pictóricas (o tradicionales de la iconografía rusa) los artistas acentuaban en forma desmedida y peligrosa la tendencia a lo puramente ornamental, a la estilización de las formas y al simbolismo exagerado» (Nicolsky). Además de ciertas pinturas depositadas en el Kremlin, eran ejemplares notables de la nueva tendencia los frescos con que fuera adornada la iglesia de Svjaschtk, ciudad surgida del primitivo campamento establecido ante los muros de Kazán. Pudo contribuir a la ruda campaña de Viskovat contra los nuevos modos pictóricos en la elaboración de iconos el descontento contra los dos hombres en cuyas manos estaban los destinos de Rusia: el Arzobispo Macario y el primer Zar Iwán IV. Se sabe que el portavoz de la tradición iconográfica, el ya mencionado Diak, había figurado entre los enemigos políticos del Gran Duque y del protector de su candidatura, del Metropolita Macario, a la hora precisa de colocar éste sobre las sienes de aquél la corona que venían llevando los miembros de la dinastía Rurik. El sínodo condenó a Viskovat a tres años de prisión en un monasterio. Con la libertad alcanzó después el desempeño de altos cargos oficiales.

Ambos concilios se vieron obligados a tomar severas medidas contra los herejes entre los cuales figuraban Mateo Baschkin y Teodoro Kosoj, antitrinitarios y racionalistas.

Las cosas empezaron así. Durante la Cuaresma de 1553 Mateo Baschkin, quien parece haber sido un hombre bondadoso, sencillo y devoto, se presentaba al sacerdote Simeón, de la Catedral Kremliniana de la Anunciación, y le pedía que tuviere la bondad de oírle en confesión. «Soy cristiano —dijo el peninitente— y creo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo». A seguida hizo saber a su padre espiritual que estaba torturado por dudas

profundas en materia religiosa. Es muy grande —subrayaba Baschkin— la flagrante contradicción que vengo observando entre los preceptos de la caridad evangélica y la práctica de los mismos en nuestra amada Rusia. «Me escandaliza sobremanera lo que viene ocurriendo con la esclavitud, padre. Y la conducta de los clérigos todavía más, mucho más. Por mi parte, he dado libertad a todos mis esclavos; pero los popes ni realizan este acto de humanidad y de justicia, ni cumplen con otros mandamientos divinos de considerable importancia. Parece ser que Mateo Baschkin expuso repetidas veces al cura Simeón estas ansiedades de su alma; pero, en vez de limitarse a disipar dudas y tranquilizar la conciencia, el buen confesor , que debió barruntar en el penitente tendencias bien marcadas hacia la ideología antijosefista, dio al asunto un giro enteramente político. Ni corto ni perezoso, el Pope Simeón, a quien, por su parte, habían llegado noticias de que Baschkin había mantenido trato frecuente con los monjes del otro lado del Wolga, es decir, con partidarios de Nilo de Sora, se dió prisa a comunicar las circunstancias del caso al protopope y Canciller de Moscovia, Silvestre. El Confesor del Soberano opinó que el asunto era grave, y, acompañado del protopope Andrés, de su amigo el Ministro de Hacienda, Ardatchew, y de Simeón, claro está, formuló ante Iván IV la correspondiente denuncia contra el *hereje* Mateo Baschkin. El Soberano moscovita, que regresaba de su viaje de peregrinación a Bielozer y se disponía a marchar hacia Colomna, camino de Moscú, ordenó que el acusado quedara en poder de los monjes *josefistas* Gerásimo Leonkov y Filoteo Polev, y rogó a estos *carceleros* que interrogasen con detenimiento al hereje que les había confiado.

A los comienzos el infortunado Baschkin proclamó con toda energía su inocencia. Pero habiendo caído a seguida en una enfermedad inexplicable, comenzó a delirar y a decir abundantes y raros despropósitos. Era uno de ellos el de asegurar que estaba oyendo la voz de la Virgen Santa María y que la Excelsa Señora le ordenaba que denunciara a sus maestros y cómplices, todos ellos ¡latinos!

Los principales eran Mateo Litvin, boticario de Lituania, y el filósofo occidentalista Andrés Chotejew. Confesó que había acudido a los monasterios *del otro lado del Volga* con el laudable y sincero propósito de eliminar las ansias torturadoras que oprimían su conciencia y que, lejos de disiparlas, los moradores de aquellos eremitorios lo confirmaron en la herejía y le dieron alientos para difundirla. Acabó por señalar otros dos cómplices:

Gregorio e Iván Borisov. A poco se reunía el Concilio episcopal moscovita de 1553, cuyos Padres descubrieron que Mateo Baschkin profesaba estos errores: «Cristo no es Dios; no existen los Santos Sacramentos; en la Eucaristía no puede haber más que pan y vino; para obtener el perdón de los pecados basta con cesar de cometerlos; el culto de las imágenes es completamente idolátrico y no hay Santos ni puede haberlos. Las decisiones de los Padres de la Iglesia y de los cánones de los Concilios son pura fábula» (Gómez en «Las Sectas rusas», Capit. I.)

Coincidía en esta enumeración el informe del Pope Silvestre, del Canciller de Moscovia, quien interrogó a Baschkin y como miembro de la comisión investigadora, oyó sus declaraciones. Fue condenado a prisión, pena que cumpliría en el Monasterio de Volokalamsk. «Nos parece muy difícil que el desgraciado Baschkin fuera realmente culpable de semejantes herejías» (Ledit). El higumeno Artemio, del que nos vamos a ocupar enseguida, aseguró más tarde que Teodoro Baschkin obraba en todo como un niño y que ni siquiera sabía lo que se hacía. Sus desahogos ingenuos con el sacerdote Simeón en la Cuaresma de 1.553 descartan, a no dudarlo, la redomada malicia y el concentrado orgullo de un heresiarca peligroso. Por otra parte, es muy significativo el hecho de que los capítulos de acusación contra Baschkin fuesen los mismos que medio siglo antes había refutado el famoso P. José de Volokalamsk, cuyo libro figuraba en el Concilio junto a los Santos Evangelios. Todos los Padres lo ensalzaron grandemente. Todos, menos Casiano de Riazán, que defendió a los herejes en la Asamblea. Por cierto que también él era condenado, aunque se le dejó en paz porque estaba ya paralítico. El Zar y la Asamblea se contentaron con arrebatarle la sede episcopal que regentaba.

El estudio de todo este negocio produce la impresión de que a los miembros de estos sínodos moscovitas no quitaba el sueño la condición más o menos herética de Baschkin. Ellos se preocupaban bastante más por sus *cómplices*, por los monjes *del otro lado del Volga*, enemigos rabiosos del Josefismo y autores verdaderos, a juicio del Concilio, de todas las calamidades que pesaban sobre Rusia. Entre estos monjes, todos sorkianos, había uno que gozaba por entonces de un prestigio inmenso. Se llamaba Artemio y tendría en aquella sazón unos cincuenta años. Había nacido en los territorios de Pleskau y había escogido la vida religiosa en el Monasterio de S. Cornelio de Komel, en la Zaveltchie o territorio de *Ultravolga*. Estuvo algún tiempo en el Eremitorio de Porfirio y desde aquí, verdadero nómada como los monjes de

su tierra y de su época, Artemio regresaba a la Ciudad de Pleskau. Aquí llegó a su cenit el prestigio de Artemio como hombre culto y monje piadoso. En cierta ocasión se llegó hasta la ciudad livonia de Neuhausen para contender en ella con un ¡romano!; mas, no tardando, volvía a la soledad del Eremitorio de Ultravolga donde trabó amistad con varios monjes entre los que figuraba el famoso Teodoreto, apóstol de Loparej. Nuestro Artemio llegó a ser uno de los más fervientes defensores de las doctrinas del puritano Nilo de Sora. Se dice que con motivo del Stoglav o Colección de los *Cien Capítulos* mantuvo correspondencia científico-canónica con Iván IV el Terrible. Como sorskiano que era, defendió siempre la ilicitud de los grandes latifundios monacales. Lo hizo, claro está, por motivos de índole religiosa únicamente. Por eso se cuidó muy bien de advertir a todos que no tenía que arrepentirse del pecado de haber empujado al Gran Duque hacia el empleo de medidas desamortizadoras y arbitrarias. Iván, que debió presentir en Artemio la existencia de un hombre de valía, lo llamó a Moscú y poco después lo nombró higumeno de la Troitz-Sergieskaja Laura. Era ésta por entonces el más opulento monasterio de toda Rusia. Se comprende perfectamente que, colocado de repente en un cargo de complicada administración y ante monjes que se hallaban bien avenidos con las riquezas y la molicie consiguiente y sentían hondo menosprecio hacia cuanto entrañara antijosefismo, el higumeno Artemio, amante de la soledad de Ultravolga, se hallase pronto en una situación insostenible. Al cabo de medio año ocurría lo inevitable. Artemio abandonaba la Troitz-Sergieskaja Laura y estaba de nuevo en su añorado Eremitorio de Porfirio. Era muy lógico que los moradores del Convento que fundara San Sergio de Radonesch, encarnizados enemigos suyos, le acusaran de hereje. Los moscovitas le obligaban a personarse en Moscú para responder de su conducta y doctrina y para tener un careo con Baschkin. Según parece, éste confirmó las acusaciones de que venía siendo objeto el antiguo Higumeno de la Troitz-Sergieskaja Laura. Temeroso de una celada, Artemio se negó a realizar nuevos actos de presencia en el Sínodo, pues sabía muy bien el odio con que sus miembros distinguían a los secuaces del insobornable y puritano Nilo de Sora. Pero los moscovitas lo buscaron, lo detuvieron e hicieron que compareciera ante sus jueces, que esta vez eran los Padres del Concilio de 1554 (mes de Enero). Fueron sus acusadores Nectario, higumeno de Terapontov; Tomás, que lo había sido en tiempos atrás de la Troitz-Sergieskaja Laura; Adrián e Ignacio, mayordomo y monje, respectivamente, en este célebre

monasterio; Simeón, higumeno de San Cirilo de Bielozer; Nicodemus, de este mismo establecimiento religioso, y, por último, el propio ¡Metropolita Macario! Ante todo, se le echó en cara el viaje a Livonia, el cual resultó por entonces una apología del Latinismo religioso. Luego se formularon los siguientes artículos de acusación: violación de las leyes de ayuno y abstinencia en Cuaresma; insulto al P. José de Volokalamsk, a quien atribuía una absurda interpretación del pasaje bíblico en el que se narra la aparición de la Sma. Trinidad a Abraham en forma de tres ángeles; la herejía de sostener públicamente que son inútiles el signo de la cruz y los oficios fúnebres por aquellos que murieron en pecado y el reproche de injusticia contra las sentencias condenatorias de los hetorodoxos novgorodenses.

Artemio negó todas las acusaciones, menos una: la de que había comido pescado en tiempo cuaresmal. El acusado se defendió así: Fuí invitado a comer en el Palacio Ducal y presidía el banquete el propio Iván IV, primer Zar de Moscovia. En estas circunstancias juzgué conducta imprudente la de exigir otro plato y rechazar el que todos comían. De muy poco sirvieron al desventurado Artemio las defensas que de él hicieron algunos monjes sorkianos llegados a Moscú desde la región de Ultravolga. El antiguo higumeno de la Troitz-Sergieskaja Laura era condenado a deportación perpetua al Archipiélago de Solovezky. Se impuso también severa sanción a Teodoro Kossoj, a Teodoreto y a Savva Sahk, quienes eran encerrados en ciertos monasterios no muy apartados de Moscovia. El Obispo Casiano, de Riasán, que procuró defender a los acusados, hubo de renunciar a la Silla episcopal.

No es fácil señalar en qué consistía la herejía de Artemio. Parécenos que su condena fue debida exclusivamente a los arrebatos de celo de que tan frecuentes muestras solían dar los monjes josefistas.

Artemio y su discípulo Kossoi, hombre desaliñado e inculto, lograron evadirse y se refugiaron en Lituania. El primero quedó pronto convertido aquí en un valiente campeón de la causa ortodoxa. Y así dirigió campañas victoriosas contra los Protestantes, que progresaban en Polonia y querían avanzar haciá Rusia. El segundo, en cambio, terminó muy mal. Pisoteó sus votos y juramentos y contrajo matrimonio. Artemio le escribió una carta emocionante a fin de traerlo al buen camino de la vida religiosa en mal hora abandonada.

No conocemos las doctrinas de Kossoi más que por los trabajos de quienes lo combatieron con la pluma. He aquí los más

importantes: *a)* «La Epístola larga», redactada por un desconocido y b) «La Demostración de la verdad», compuesta por el célebre monje Zenobio Otensky. La primera fue escrita en contestación a una carta enviada al autor por ciertos lituanos ortodoxos soliviantados y escandalizados por las doctrinas erróneas de Kossoi. Según ellos, rechazaba la utilidad de los templos, el culto a los iconos de Cristo, de su Sma. Madre, de los Angeles, de los mártires y de los santos Doctores de la Iglesia y la conveniencia de la oración vocal. Utilizaba la misma argumentación de los Judaizantes de Novgorod. La distinción entre alimentos permitidos y manjares prohibidos sacaba de quicio al buen Kossoj. Asimismo, no le cabía en la mollera la clasificación de los días de la semana en orden a los ayunos y abstinencias. Pues ¿qué? —observaba él— ¿no son iguales para Dios todos los días? ¿Con qué autoridad se habla de días de ayuno y abstinencia y de días de carne? Todo es de origen humano, y por ende vicioso, concluía este necio heterodoxo. Se le atribuye esta frase: «Todos los hombres, ya vivan en Tartaria, ya hayan nacido en Alemania o en cualquier otro país, son *iguales ante Dios*» ¿Es que rechazaba él con esta afirmación el orgullo incalificable de los que se envanecían de pertenecer a la tercera y última Roma? Negaba también la *presencia real* de Cristo en la Eucaristía y consideraba como algo meramente humano y despreciable al estado monacal. Todavía enseñó Kossoi otros disparates. No conviene —decía él—leer las Actas de los Mártires porque ello escandaliza a las gentes sencillas y devotas. Los mártires todos vituperaron a sus perseguidores, lo que valía tanto como insultar a las autoridades constituídas. Tampoco deben leerse las obras de los Santos Padres, porque aluden con frecuencia a milagros y profecías, maravillas éstas últimas que, según las afirmaciones del mismo Cristo, cesaron con San Juan el Precursor. Los fenómenos de esta índole posteriores a este insigne varón de penitencia y de virtudes, no proceden de Dios. Igualmente, los milagros se acabaron ya con la muerte del último de los Apóstoles. Para coronar la sarta de necedades, Kossoi, que aborrecía a los clérigos, «a los fariseos e hipócritas», según los llamaba con harta frecuencia, consideraba como una injusticia horrenda la práctica de la violencia contra aquellos que estaban en posesión dé la verdad, es decir, los herejes.

Es merecimiento excelso del Metropolita Macario el de haber tomado resoluciones enérgicas contra todos los sospechosos en materia dogmática. Mediante sus extremadas vigilancia y dureza logró preservar a su patria del virus del Luteranismo y de

otros errores que procedían de Occidente, pues conviene no olvidar que el racionalista Baschkin señaló como maestros suyos a un farmaceútico lituano y a un filósofo de cultura occidental.

Otra ventaja había logrado el prestigioso Metropolita Macario: *la no separación entre la Iglesia y el Estado.* Es verdad que podían surgir —y de hecho estallaron— algún gran conflicto, alguna tremenda colisión de competencias entre los titulares de ambas supremas potestades; pero no lo es menos que, tanto el supremo Jerarca eclesiástico como el Gran Duque y Soberano de Moscovia, estaban sometidos a la misma ley moral y que ésta llevaba el sello de las teorías josefistas. Así ocurrió durante los primeros 27 años de gobierno de Iván IV el Terrible, quien, influído grandemente por la dulzura de su primera esposa, la encantadora Anastasia, por la sabiduría y prudencia de su Canciller y confesor el Pope Silvestre, por la moderación del Ministro de Finanzas Ardatchev, muy buen amigo del mencionado Canciller, y por los buenos consejos del Metropolita Macario, dió muestras de sensatez y frutos de política constructiva. Tanto fue así que semejante política dio carácter en Moscovia a todo el siglo XVI. La segunda etapa, por el contrario, (de otros veintitantos años), llena de criminales venganzas, de orgías y bacanales estruendosas, de asesinatos de ciudadanos inocentes y hasta de un santo Metropolita, Felipe, de parodias sacrílegas, de violentas depredaciones, de injustos encarcelamientos y de feroces escarnios, «hasta el extremo de que Iván IV pareciera despreciar sistemática y brutalmente a la Divinidad, a su pueblo y aun a sí mismo, no fue, en verdad, más que un *episodio* en la Iglesia rusa, en la espiritualidad eslava. Por eso pasó a la Historia sin dejar huellas sensibles de sí mismo» (Ammann).

Goza de merecida fama entre los historiadores de la literatura rusa el monje Zenobio Otensky, quien —según afirman ellos— sabía bastante más de teología que el célebre P. José de Volokalamsk. La *Istiny Pokazanie* (Demostración de la verdad), obra de aquél—así lo aseguran—supera con mucho al Prosvietitel o Faro de éste. No diremos nosotros tanto. La contextura externa del libro de Zenobio no favorece mucho a su autor, porque empieza por estar muy mal ordenado. Además, los títulos que pone a los diversos apartados no dan ni la más remota idea del argumento de los mismos. Y es también confuso el estilo, y muy vaga y difícil la expresión. La famosa «Demostración de la Verdad» está dividida en diez partes, que responden a otras tantas *visitas* que dos monjes y un laico hicieran al autor. Le pedían en ellas instrucción teológica acerca de las predicaciones heréticas

de uno de los más imbéciles entre los heterodoxos eslavos: Teodoro Kossoi. Las visitas o secciones están subdivididas en capítulos, muchos de los cuales nada tienen que ver con Kossoi ni con los visitantes. La más importante—y desde luego la más extensa también—' es la octava. Toda ella (343 páginas) y el comienzo de la siguiente son un comentario al *Sermón de San Basilio sobre la Fe*. Golubinsky se deshace en alabanzas de este trabajo dogmático; pero a renglón seguido este historiador eclesiástico de Rusia, el más extenso y documentado de todos, escribe lo que sigue: «En ésta, que es la parte más notable de su obra, Zenobio Otensky se repite con excesiva frecuencia y habla como si lo hiciera a niños muy pequeños. Y así resulta ¡enojoso y hasta insoportable!».

También el Metropolita Macario fue uno de los escritores más excelente de la Iglesia rusa. Aparte de sus obras hagiográficas ya mencionadas, fue autor de otra de índole histórica civil de positivo valor. Se trata de una nueva crónica rusa, a la que dio el nombre de «Libro de los grados» (jerárquico-dinásticos). Y la llamó así porque se refiere a la serie genealógica de la Casa Ducal desde los comienzos de la Dinastía Rurik hasta el último vástago de la misma. No estudia los acontecimientos año por año como los historiadores que le habían precedido —todos analistas — ni entremezcla en la narración más o menos noticias relativas a épocas y períodos porque «más bien suministra —y en ello le acompaña el éxito— la más acabada pintura del carácter de los que hicieron la historia y da un resumen de las actividades de los soberanos y de las personalidades políticas que les rodearon. Hasta entonces nadie había hecho en Rusia tal cosa. No es, pues, de maravillar que Iván IV, quien pudo seguir muy de cerca los trabajos históricos de su Metropolita, llegase a ser bajo el influjo de este buen eclesiástico un hombre relativamente culto en historia civil y eclesiástica.

Hay otro aspecto cultural en el que se distinguió mucho el Jerarca Macario. Nos referimos a los esfuerzos que realizó para introducir el progreso de la imprenta en los dominios moscovitas. ¿Cómo hacer llegar a la generalidad de los ciudadanos las obras que escribí?, se preguntaba él. Para que sus libros y otros muchos pudieran multiplicarse gracias al maravilloso invento de Gutemberg, no llamó, como ya hiciera el Gran Duque Iván III, a un extranjero, que se pusiera al exclusivo servicio de Moscovia. Adelantándose a su tiempo y procediendo en ello de acuerdo con su soberano, el culto Metropolita, hizo que un ruso, Juan Fedorov, que era carpintero de oficio, se dedicase a la confección de tipos

para imprenta y se perfeccionase en las labores tipográficas. Por encargo del Zar, muerto ya el Sumo Jerarca Macario, pudo imprimir Fedorov un APOSTOL (Epistolario) y un CASOSLOV (libro de las Horas canónicas) (1.564-65).

El propio Iván el Terrible o, como quieren otros, el Poderoso fue literato. Así lo prueban sus dos cartas al Príncipe de Kurbsk, irreconciliable enemigo suyo, y la Epístola a los monjes de Bielozer. Además del interés histórico que poseen, muestran unas y otra, en forma ciertamente estrafalaria pero no antiartística, la fisonomía religiosa y moral de ese hombre extraordinario que se las daba de teólogo. Sólo con una cultura superior a la media en tierras moscovitas, pudo el Soberano Terrible discutir con Possevino, uno de los jesuítas más cultos del siglo XVI, acerca de problemas religiosos. También entabló polémica con los Protestantes personificados en Moscovia por el pastor Rokita, que había llegado a la Capital rusa con una embajada polaca.

Puede asegurarse que la primera fase—la buena, la moderada— del reinado de Iván IV, fue, en verdad, de florecimiento áureo para la Iglesia eslava. Además de la literatura, brillaron también en Moscovia la pintura y la arquitectura nacionales. Fuera de los muros del Kremlin, en la actual Plaza Roja de Moscú, hizo construir Iván una Iglesia (1555-60) dedicada a María Auxiliadora (Pokrov). Obra de los arquitectos Barma y Postnik y consagrada más tarde al Bienaventurado Basilio, que se había hecho idiota por Cristo, constituye ella por hoy el «principal monumento de la vieja arquitectura rusa» (Brunov, en «*Geschichte der altrussischen Kunst*»).

Capitulo XXIX

*El Monacato ruso en el siglo XVI.—*a) *Norte del país.—Nilo el Sorskiano, "Padre eminente de la Iglesia rusa" y José de Volokalamsk.—Criterios antagónicos de estos dos monjes excelsos en orden a la reforma que imperiosamente exigía el excesivo crecimiento de los* latifundios monacales.—*Testimonio del cronista Sinovius sobre la vida de los monjes en Moscú.—Decaimiento en la piedad y sus causas.—La vida común en los "monasterios nowgorodenses".—Ascetas notables en el siglo XVI (Daniel de Perejaslav y Alejandro de Sviri, entre otros).—*b) *Región Meridional.—*c) *La modalidad ascética de la "Imbecilidad por amor a Dios" en esta centuria.—Los bienaventurados Basilio de Moscú y Juan el Dormilón.*

Aun cuando vivieran y actuaran en la XV centuria, Nilo de Sora († 1508) y José de Volokalamsk (m. 1516) pertenecen, en realidad, a la siguiente. Los criterios antagónicos que defendieron en orden a la reforma monacal dejaron sentir sus efectos principales en la segunda.

Nilo de Maikow, de la familia boyarda de este nombre, llamado también el *Sorskiano* por el río Sora, testigo de su vida eremítica, había tomado el hábito en el Claustro-Cirilo. Después estuvo en el Monte Athos y viajó en compañía de su discípulo Inocencio por todo el Oriente para conocer mejor la vida ascética, la Religión Ortodoxa y las obras maestras del Misticismo griego. Por esta razón pudo escribir una obra inmortal: «Cartas y sentencias tradicionales a sus discípulos». En ella expone de modo magistral la lucha intrínseca —alma de la piedad bien fundamentada— sus peligros, medios para vencer, diversos estados del alma, sus turbaciones y alegrías. También describe sus experiencias, que va examinando, midiendo y aquilatando, según la palabra de Dios y su propia vida. Este magnífico tratado de Mística y el testamento que él redactara también para sus discípulos son la cantera de donde salió su célebre *Regla*

Monacal. He aquí los puntos en que insistía con especial empeño el Restaurador de la vida ascética, al parecer un tanto olvidada en su tiempo.

a) Los ascetas solitarios cubrirán los gastos de su manutención con el trabajo manual. Quedan excluídas, desde luego, las faenas agrícolas que por su múltiple variedad no pueden acomodarse a la condición del ermitaño.

b) No aceptarán limosna más que en caso de enfermedad y de extremo apuro y nunca en tal cantidad que resulte gravosa para el prójimo.

c) No se alejarán de sus cuevas o residencias eremíticas.

d) La iglesia no poseerá adornos de plata. Tampoco habrá en los templos vasos sagrados de esta índole, sino que en todo imperarán la sencillez y la modestia.

e) Los jóvenes y sanos deberán castigar su cuerpo con ayunos, sed y trabajo. A los viejos y débiles podrá serles aligerada la práctica de penitencias.

f) Las mujeres no tendrán entrada en el Eremitorio masculino. Eran, como se ve, muy sencillas las reglas externas para ordenar la vida monacal puramente exterior. Mas la tarea principal de aquellos ermitaños, los hijos del gran reformador y hombre de cultura mística que se llamó Nilo, era la interna purificación del alma por la plegaria, los buenos pensamientos y el dominio de todas las tendencias psicológicas. También esto, y especialmente esto, fluía de las obras místicas de este anacoreta incomparable. «Si los estatutos del venerable José de Wolokalamsk se distinguen por su rigidez externa, los tratados del reverendo Nilo vienen caracterizados por el conocimiento profundo de la vida interna en Cristo. Los primeros pudieron ser redactados por cualquier higumeno de un monasterio eslavo; pero los segundos no han podido ser escritos más que por Nilo, porque maestro de la vida ascética no ha habido en Rusia más que uno: Nilo el Sorskiano, padre eminente de la Ortodoxia eslava» (Filareto).

Nilo fue amante de la más severa pobreza y de la más acrisolada humildad. Por esto escribía él poco antes de su muerte, acaecida en 1508: «Os pido que arrojéis mi cadáver a la soledad del desierto para que sea pasto que devoren las fieras y los pájaros. Pues lo que es defectuoso y corrompido no merece ser enterrado en el *Campo Santo.* Si os negareis a realizar esto, cavad una fosa allí donde yo he vivido y enterradme sin solemnidad y aparato». El Zar Iwan IV el Terrible, que en 1569 visitaba el Eremitorio del venerable Nilo, manifestó el propósito

de construír allí mismo en lugar del templo de madera otro de piedra más suntuoso y duradero. El santo anacoreta se le apareció en sueños para hacerle desistir de ello. «En el Cielo como en la Tierra prefirió Nilo la sencillez del eremita». (El mismo).

* * *

Defensor acérrimo de la piedad ascética y de la vida monacal en común y hombre por demás benemérito de la Iglesia greco-eslava fue, a no dudarlo, el Reverendo José Sanín, llamado luego de Volokalamsk, a causa del famoso Monasterio que él hubo fundado. Tomó el hábito de manos del venerable Pafnucio de Borowsk, Monasterio del que fue abad después de la muerte de aquel Maestro. José era partidario fanático de la «vida en común», cosa que le produjo amargos sinsabores. Por de pronto, tuvo que abandonar secretamente la Hermandad de Borowsk, pues los monjes se negaban a seguir el deseo de un Abad, cada vez más empeñado en implantar una vida común austera y rígida. El reformador se refugiaba en el Convento Cirilo de Bielosersk, cuyos frailes hacían ya vida común. Enteramente desconocido en la nueva residencia, donde se hacía pasar por analfabeto a fin de mejor mantener el incógnito, José se consagraba por entero a tomar nota de las ventajas que reportaba la *vida monacal en común.* Cuando, al fin, quedó al descubierto su verdadera personalidad, el Reformador volvía al Claustro-Pafnucio y propuso de nuevo la introducción de un criterio rigorista y estrictamente conventual. Por segunda vez era violentamente rechazada su propuesta. José a la vista de tan rotundo fracaso se alejaba del Claustro, donde no comprendían ni querían comprender sus intenciones rectas y piadosas. Llevaba consigo algunos hermanos partidarios de la mejora y se puso en camino para Wolokalamsk. Una vez aquí se dirigió al Príncipe demandando un lugar para emplazamiento de un nuevo Claustro, que sería gobernado a tenor de sus máximas y criterio. Así ocurrió, en efecto. Este Abad y reformador meritísimo, escribió, más tarde, los *Estatutos del Monasterio de Wolokalamsk.* Eran extremadamente rigurosos y altamente severos. Estaban orientados de modo preferente hacia la ordenación de la vida exterior, es decir, hacia la comunidad en cuanto tal. El higumeno José Sanin, después de haber gobernado a su Convento por espacio de 37 años, moría en la paz del Señor el año 1516.

Pero la discrepancia entre ambos reformadores no estri-

baba tan sólo en el régimen interno de la Comunidad, ni en los métodos para fomentar la piedad intrínseca; había, además, otros problemas de índole externa en los que no estaban de acuerdo Nilo y José de Wolokalamsk: los latifundios y la utilización de los medios extrínsecos del Poder público para los fines monacales. El aumento de la propiedad rústica en el haber de los Conventos eslavos tuvo unas causas parecidas a las que imperaron en la Europa Occidental de los primeros tiempos medievales, porque, aquí lo mismo que en Rusia, venían a ser los Conventos un reaseguro del pueblo en orden a la Eternidad. De la misma manera que los príncipes o las personas privadas, si hemos de creer a los viajeros de entonces, se recluían en los Claustros al advenir el ocaso de su vida después de una conducta borrascosa, así ocurría también que otros muchos, sin ingresar, *donaban sus fincas al Monasterio,* al que consideraban como instrumento de su eterna salvación. Al igual que el poder de la muerte, tampoco tenía límites en los Claustros el crecimiento de la propiedad territorial. Numerosos conventos, y en especial los radicados en los territorios nowgorodenses, casi inconmensurables, se convirtieron por ese procedimiento en grandes latifundistas. La actividad monacal se enfocaba casi enteramente hacia la explotación y puesta en valor de las fincas del Convento. No era, pues, extraño que en la misma medida en que aumentaban las riquezas, disminuyera el nivel ascético y religioso de los monjes, en otro tiempo tan alto. Es más, la propia institución monástica perdía ascendiente y prestigio a los ojos del pueblo.

Para contener este innegable retroceso aparecieron dos movimientos reformistas. Procedía el uno del Monasterio de Bobrowsk a cuyo frente se encontraba el monje Pafnucio. Queríase atacar el mal sin apartarse para nada de una actitud psicológica que tenía grandes raíces en la conciencia popular. No es menester —decía el higumeno Pafnucio— abolir la propiedad rústica en los monasterios. Y resucitará una vez más el antiguo esplendor mediante una disciplina rígida, una mayor solemnidad en los cultos, una firmísima adhesión a las costumbres tradicionales y una implacable dureza en el castigo de todas las transgresiones. El más destacado defensor de los métodos preconizados por Pafnucio fue el monje José Sanin, fundador luego del Monasterio de Wolokalamsk. Este hombre logró con su tesón alcanzar un renacimiento de la vida monacal en decadencia. Son pruebas de ello —entre otras— los célebres frescos que en los últimos decenios de aquella centuria y para

el Convento de Therapont, otros muchos claustros y no pocos templos, grandemente hermoseados con ello, pintaron de maravilloso modo un monje y sus discípulos. Pero la piedad de José de Wolokalamsk tenía un rasgo característico: un espíritu mosaico-legalista en íntima coyunda con un testarudo ergotismo. Había en todo ello muy poco espacio para la vida intrínseca. En el terreno de las relaciones con el mundo, tanto dentro del Claustro como fuera del mismo, aquel reformador ponía especial empeño en el formulismo vacuo y en el mantenimiento de los usos tradicionales. Mas el celo reformista de José de Wolokalamsk tampoco se limitaba a la vida monacal dentro de los muros conventuales. Fanático del reformismo, quería modificar el país entero. En este orden de cosas mantuvo estrecha relación con los gobernantes a cuyo servicio se colocó por convicciones religiosas, en primer término, y por la eventual ayuda que benévola y recíprocamente pudieran ellos prestarle para implantar sus teorías en la vida pública y privada. Por ello no retrocedió ante el empleo de la violencia en el Convento y fuera de él. Su obra —no hay que negarlo ni olvidarlo— es de la más alta importancia durante los siglos inmediatos en el desarrollo de la mentalidad rusa.

Muy otro era el criterio que, más tarde y bastante más al Norte, sostenían en orden a la renovación los ermitaños del Claustro de Bjelosersk, gobernados por el monje Nilo. No pensaban para nada en los grandes de la Tierra; antes al contrario, apartándose del ruido y desasosiego mundanos, pasaron el Wolga y se dirigieron hacia el Este, donde establecieron Eremitorios. No podían tolerar una vida que deseaba interponerse en la marcha de la suya. Rechazaron del modo más rotundo el latifundio del monasterio y la propiedad privada del monje. Querían también libertad en la vida espiritual.

Lo «Tradicional» para estos eremitas no tenía la misma significación, el mismo valor, que para los cenobitas de Wolokalamsk. Sin embargo, estas direcciones contrapuestas del movimiento reformista no podían detener una evolución que venía siendo fomentada por energías inconscientes. El verdadero enemigo de la misma radicaba en otras esferas: las del Poder temporal y de la política mundana.

«La evolución histórica posterior decidió el pleito —en la parte al menos que hacía relación a los latifundios— a favor del higumeno de Wolokalamsk. Monjes famosos como Sergio de Radonesch, el fundador de la *Troitz-Sergieskaja Laura* (Moscú) o como Cirilo, creador del Monasterio de Bejlosersk, no hubie-

ran podido desarrollar sus planes gigantescos, ni conquistar influjo considerable, ni ganar tantos adeptos, ni favorecer a la Ortodoxia, ni coadyuvar a la obra magna de la civilización humana, en la medida en que lo hicieron, si las fundaciones a las que dieron vida no hubieran podido manejar considerable cantidad de bienes materiales» (Brückner).

El cronista Sinovius, sin embargo, no creía en la relajación de la piedad y del espíritu monacales en el siglo XVI. Tampoco compartía el punto de vista de todos aquéllos que echaban en cara a los religiosos eslavos el pecaminoso enriquecimiento, el lujo y la molicie. He aquí sus palabras: «Tengo que derramar lágrimas amargas que me salen del mismísimo corazón. Todavía recuerdo, cual si lo hubiera visto hoy, cómo encontré yo a algunos frailes de ciertos monasterios, de aquéllos precisamente que fueron más criticados a causa de sus posesiones. Encorvadas y aún endurecidas sus manos de tanto trabajar, adelgazados sus rostros y en desorden sus cabellos, los monjes que yo encontré llevaban vida penitente y austera. Sus torturadores, los recaudadores de contribuciones, los arrastran y golpean sin compasión, tratándolos peor que a extranjeros. Azules están sus manos y sus pies hinchados; algunos están paralíticos y otros yacen en el lecho. Lo que poseen es tan insignificante que hasta los pordioseros—los que de ellos recaban limosna—tienen más... Su alimento cotidiano es pan de avena sin aechar o de espigas de centeno machacadas. Este mismo pan no tiene sal. La bebida es el agua; en su cocina se guisa únicamente la col y la remolacha. Allí no hay más frutas que las hierbas. Y ¿qué diremos del vestido? Los extranjeros que estuvieron en Moscú por los años de 1553, después de haber sentado la afirmación de que en Moscovia había muchos monasterios, escribían: Allí tan sólo comen los monjes alimentos en salazón, leche y queso... Ni aun siquiera comen pescado en las cuaresmas. Durante la mayor parte del año se nutren de pepinos y col conservados en sal. Usan una bebida muy floja no espirituosa y asisten al coro todos los días. Muy de madrugada se reúnen en el templo para realizar la plegaria tempranera y, terminadas sus devociones, se retiran cuando viene el crepúsculo matinal... Durante la comida y la cena escuchan la explicación del Santo Evangelio» (Filareto).

Pese a todo esto, el decaimiento de la piedad monacal en el siglo XVI es un fenómeno innegable.

Se debe principalmente a dos causas: 1.ª El obligado ingreso en los monasterios de muchos boyardos y de no pocos clérigos viudos. Por mucho esfuerzo que en ello pusieran los higumenos,

aquellos elementos de vocación insegura, por no decir nula, pensaban en todo menos en la regla monacal. Por lo general, añoraban la desaparecida independencia y los gustos y placeres acostumbrados. 2.ª Las grandes preocupaciones inherentes a la posesión de muchos bienes raíces tenían que influir forzosamente en la piedad. Aun cuando la administración de los bienes de la comunidad corriese a cargo de ciertas personas especializadas en ella, las perturbaciones y disgustos de índole económica tenían que alcanzar y distraer a todos y cada uno de los miembros del Convento. Quien mira al mundo, se aparta necesariamente de Dios y de sus Santos.

* * *

De lo anteriormente dicho se desprende que en el siglo XVI se imponía un cambio profundo en muchos monasterios rusos. Mientras que en la mayoría de los que radicaban en la Rusia Central se había adoptado la vida en común después de los trabajos que habían realizado en ese sentido San Alejo y el venerable Sergio, los de la región vasta de Nowgorod, incluyendo el de Andronjew, permanecieron, hasta 1527, ajenos enteramente a una ordenación de esa índole. «Cada cual tenía la mesa de comer en su celda —dicen las crónicas de la época— y todos habían de soportar las cargas de las preocupaciones temporales». Pero en 1528 el arzobispo Macario requería las actas de los monasterios nowgorodenses y proponía a sus abades la implantación inmediata del Estatuto riguroso de vida en común. De los dieciocho que entre aquéllos no llevaban aún este género de vida, se resistieron a las exigencias arzobispales sólo dos, «que, por otra parte, estaban muy acostumbrados a vivir en desorden». (Filareto). Las consecuencias se notaron en seguida. «Tan pronto como se estableció la vida en común, empezó a crecer la piedad, a reinar el orden y a incrementarse el número de hermanos... El arzobispo dispuso, además, de plena conformidad con las rígidas indicaciones del Metropolita Focio, que las monjas tuviesen mejores conventos y que fuesen gobernadas por Abadesas y no por higumenos, como hasta ahora venía ocurriendo».

Los Monasterios que se sometían al nuevo orden recibían cartas episcopales confirmatorias. A ellas iban unidas ciertas explicaciones de la vida en comunidad. Cuando Macario era elevado a la dignidad de Metropolita, puso especialísimo empeño en que los conventos de su jurisdicción que no lo habían hecho todavía, se sometiesen al nuevo orden de vida en comu-

nidad. La exigencia no era de realización fácil, sin embargo. El apego a la tradición era grande. Hasta los legos se pusieron de parte de los recalcitrantes. Era ni más ni menos que la protesta del Eremitismo, del viejo modo de piedad eslava, que se resistía a morir. Ese mismo respeto a una tradición venerable hizo que algunos monjes moscovitas se dirigiesen al Zar Iwan IV el Terrible en demanda de apoyo en un conflicto entre la veneración a lo «tradicional» y el ansia cada vez más fuerte de mejoramiento espiritual. Este último anhelo sirvió a muchos puritanos para fundamentar una medida que nada tenía que ver con la verdadera piedad. Era la sumisión de los conventos pequeños a la vigilancia de los más grandes, sobre todo, de aquellos que, como la *Troitz-Sergieskaja-Laura* gozaba de un prestigio y de un nombre por todos reconocidos.

* * *

Es buena prueba de que el Eremitismo es planta nativa en el pueblo eslavo la existencia de numerosos anacoretas en pleno siglo XVI. Son especialmente conocidos Nilo y Nicandro. El primero, siguiendo el ejemplo de tantos y tantos eremitas rusos, hizo la consabida cueva, como a unos ocho kilómetros de Ostchtaschkow, en la región pantanosa del Lago Siliger, y pasó en ella veintisiete años. No se ocupaba más que del gran negocio de la salvación de sí mismo y de todos aquéllos que atraídos por el aroma de sus excelsas virtudes se acercaban a oír de su boca recomendaciones, avisos y consuelos. Después de haberse cavado él mismo su propia sepultura, se durmió en el Señor el año 1555.

El segundo santificaba unos parajes solitarios en las proximidades del río Demjankam, entre Pleskau y Porchow, no lejos de Nowgorod. En cuanto hubo aprendido a leer y comprender las Santas Escrituras, siendo todavía joven, se alejó de la humana convivencia y construyó por sí mismo una pobrísima celda en el sitio mencionado. Aquí pasó quince años. Entre el Convento de Krypezky, donde había tomado el hábito, y otras celdas más solitarias en que hubo de instalarse sucesivamente para huir de las importunas visitas de muchos admiradores y para librarse de todo servicio monacal encomendado, que para él constituía un tormento y un motivo de serios disgustos, pasaba el resto de sus días. Terminaban éstos en 1582.

Entre los que se santificaron en la vida de comunidad son particularmente famosos Daniel de Perejaslaw y Alejandro de Swiri. El primero, después de haber pasado diez años en el Convento del venerable Pafnucio, de cuyas manos recibiera el

hábito, y otros dos en la más espantosa soledad, ingresaba en el Monasterio de Gorizky, en Perejaslaw. Aquí pasó otros treinta años ocupado tan sólo en ejercicios de piedad y de penitencia. Llegó a ser Archimandrita. Eran ocupaciones favoritas de este asceta extraordinario la de socorrer y atender a los peregrinos y la de enterrar a los cadáveres de quienes en vida habían sido pobres. Antes de acomodarlos en la última morada los había llevado con sus propias manos a un Santo Hospital, junto al cual edificó luego unas celdas, primeros comienzos de una comunidad posterior. El venerable Archimandrita abandonaba en 1510 el Convento de Goritsky para regir una nueva comunidad, la cual se alojaba en el Claustro de la Santa Trinidad, edificado junto al Hospital donde él ejerció tanta caridad. Respetado por los príncipes y venerado por las masas fallecía el santo Archimandrita a los 81 años de su edad.

El segundo, es decir, el virtuoso fundador del Claustro de Swiri, ayunaba ya muy rigurosamente en sus años mozos y pasaba las noches en oración. ¿Por qué te agotas y te martirizas así, hijo mío?, le decía su madre, preocupada por la salud de Alejandro, grandemente amenazada por tanto ayuno y tanta vigilia. Y ¿por qué te has de obstinar tú —respondía él— en apartarme de la santa moderación y de la saludable abstinencia? Los padres deseaban que se casara, pero el piadoso joven marchó al Convento de Vaarlam y tomó en él la cogulla monacal. Después de haber pasado aquí 13 años, tomaba en 1487 la resolución de huir al desierto de Swiri, donde pasó otros siete. Una angosta celda enteramente solitaria fue el testigo mudo de las grandes mortificaciones de aquel asceta singular. La afluencia de admiradores y discípulos le obligó a recibir las Ordenes Sagradas, incluído el Presbiterado, a construir un cenobio y a regir la Comunidad en él alojada. En 1506 el Prelado Serapión le otorgaba el título y la dignidad de higumeno. Ello no fue obstáculo, sin embargo, para que este Abad laborioso y humilde trabajase en la panadería, acarrease el agua, rajase leña y moliese el centeno. También remendaba por sí mismo el roído hábito que parecía ¡un mosaico de andrajos! ¡A cuántos campeones de la piedad y del amor educó él! Adornado con el don de profecía, moría en la más estrecha pobreza el año 1533, a los 85 años de edad. En su testamento escribía estas palabras: «Hasta ahora Dios fue el que ayudó para mantener el equilibrio económico y hacer balances sin grandes esfuerzos ni medios extraordinarios. El Convento no posee dinero alguno en caja. Tampoco le hace falta».

Faltos de testimonios históricos antiguos, no sabemos mucho de la evolución del Monacato ruso en el Sur; sin embargo, puédese afirmar, porque aún existen unos pocos testigos fidedignos en la materia, que en las comarcas meridionales también floreció la vida austera, piadosa y retirada, que hubo allí campeones de la fe y de la ascesis y que abundaron, asimismo, los Claustros con muy densa población monacal. Quedaban restaurados algunos claustros de Kiew, y se edificaban otros nuevos. El gran templo del Monasterio de «Las Cavernas», que desde los tiempos de Batú se hallaba en estado ruinoso, era reconstruído y espléndidamente adornado.

En el Vicariato que en Vilna tenía el Metropolita Ortodoxo había cuatro monasterios famosos, tres en la ciudad misma (los de la Trinidad, San Jorge y la Anunciación) y el cuarto, dedicado a la Natividad del Señor, en Troky.

En la Eparquía Pinsk-Grodno había, a fines del siglo XVI, catorce conventos. De los once que poseía la de Smolensko eran famosos el del venerable Gerásimo, el de la Trinidad, de Boldín, y el del Precursor. Pasaban de 16 y de 24, respectivamente, los que tenían las Eparquías de Polotzk y de Wladimir-Brest. Asimismo, abundaban en la de Lutzk-Ostrog. «Los príncipes rusos del Sur, pese a las vejaciones de que hicieron objeto a la Ortodoxia y las confesiones extrañas, supieron mantenerse fieles a la fe y a la piedad, tan profundamente arraigada en el alma de las gentes eslavas. Muchos de ellos, y también los Boyardos, no sólo ingresaban en los conventos, sino que además, llegaron a recibir las Sagradas Ordenes. Distinguióse entre todos la casa de los Ostrogsky. También favorecieron a la Religión Ortodoxa, a sus sacerdotes y a sus monjes los príncipes Obschansky-Dubrowizky. Teodoro Wassiliewitscj Ostrogsky, ortodoxo sincero y creyente fanático, peleó denodadamente, derrotándolos, contra los soldados del polaco Jagellén, obtuvo para la nobleza rusa los mismos derechos cívicos de que venían gozando los polacos y aseguró para la Iglesia greco-rusa la plena libertad religiosa. También edificó templos y les asignó grandes extensiones territoriales. Hizo lo propio con los monasterios. Aquel piadoso jefe moría en la Laura de Kiew. Fue glorificado por el Señor con la incorruptibilidad de su cadáver. La princesa Anastasia Jurjewna Olschansky, esposa del gobernante Sumo de Zaslaw, fue, asimismo, defensora tenaz y sincera de la Fe ortodoxa, de sus templos y conventos. Todavía fue más piadosa su virginal hermana Juliana, arrebatada por Dios a este mundo a la temprana edad de 16 años (1550). En virtud de sus grandes merecimientos

religiosos fue sepultada en un altar lateral de la famosa iglesia de las «Cavernas» (Kiew). «Por cierto que en los comienzos del siglo XVII fueron hallados incorruptos sus restos mortales». (Filareto).

Como se ve, el ambiente en las provincias meridionales y sudoccidentales era de lucha y de persecuciones. No podía florecer por tanto la vida monacal. Las frecuentes irrupciones de los tártaros, enemigos de la fe y del temor de Dios, empeoraron notablemente la situación de los ortodoxos.

En el siglo XVI floreció también la admirable modalidad ascética de la «Imbecilidad por amor a Dios». La ciudad del Moscowa fue testigo de las humillaciones de dos excelsos varones de virtud acrisolada: 1.° Basilio de Moscú. Después de haber abandonado el hogar paterno, anduvo toda su vida vagabundo, sin domicilio fijo, por las calles de Moscú. Aquel penitente excelso, aquel asceta extraordinario impresionó profundamente a todos los vecinos de la capital de todas las Rusias por su rígido ascetismo y por su humildad acrisolada. Se pasaba el día caminando de un templo a otro (y había por entonces un millar en la ciudad), y dormía en los atrios de los mismos durante la noche. Hízose el *idiota* para recibir humillaciones y aguantar desprecios. Basilio amaba a los humildes, a los miembros de las capas sociales inferiores, entre los cuales procuró hallar enseñanzas. El día 20 de julio de 1547 vieron los habitantes de Moscú que Basilio derramaba abundantes lágrimas ante la iglesia del monasterio de la Exaltación de la Santa Cruz. Nadie podía explicarse aquel extraño suceso ni comprendía la causa de tanto llorar. Al día siguiente lo supo todo el mundo. La ciudad de Moscú era devorada por las llamas de un fuego devastador. El propio Iván el Terrible, seguido de príncipes y boyardos (2 de agosto de 1552), figuraba en una solemne procesión, que llenaba las calles y plazas de la ciudad de Moscú. Tratábase de alojar hasta el día de la Resurrección general en la iglesia donde yacen, los restos mortales del que fue el más grande *asceta* que jamás pisara las calles de la ciudad del Moscova.

2.° También merodeó por las calles de esta capital, haciéndose el *imbécil* y casi desnudo, aùn en las épocas del más riguroso invierno, el bienaventurado *Juan el Dormilón*. En los días de su juventud maceraba ya su cuerpo con ayunos y mortificaciones y llevaba sobre sus carnes desnudas pesadas cadenas. Tuvo el valor de decir a Boris Godunow las más amargas verdades y de anunciarle los más adversos acontecimientos sociales y políticos. Moría en 1589.

PARTE SEGUNDA

Período patriarcal
Período sinodal y Tiempos novísimos
(Resurrección del Patriarcado y Tiranía Bolchevique)
(1589 - 1943)

PERIODO PATRIARCAL

(1589 - 1700)



Iglesia de S. Salvador (Moscú)



Un Archimandrita

CAPITULO I

CREACION DEL PATRIARCADO DE MOSCU

Los ardientes anhelos de los moscovitas.—El Patriarca de Antioquía, Joaquín, en Moscú.—Las propuestas que se le hicieron y la negativa que formuló. Los intentos rusos de sobornar a los patriarcas orientales.—La exaltación de Jeremías II a la Silla patriarcal de Constantinopla.—Viaje del mismo a Moscú.—Las exorbitantes exigencias moscovitas y la inexplicable debilidad del Patriarca.—Solemne consagración del Metropolita Job como Patriarca de Moscú con arreglo a un rito elaborado para el caso por un funcionario moscovita.—Contenido del Acta consiguiente.—Jeremías II en Lituania. Motivos del viaje.—Los planes antibizantinos de Roma y del príncipe de Ostrog.—Los dos Sínodos constantinopolitanos de 1590 y 1593.—Las decisiones recaídas sobre la existencia legal del Patriarcado de Moscú y sobre el rango del mismo.—Job, primer patriarca de Moscú.—*El Sínodo que convocó para establecer el* vino de frutas rusas como materia remota de la Santa Eucaristía.

Todo estaba ya bien dispuesto para la creación del Patriarcado moscovita. Tanto los políticos, a quienes mucho agradaban las prerrogativas césaro-papistas de los autocráticos soberanos de Moscovia, como los teorizantes de la supremacía mundial y del cometido mesiánico de la Gran Eslavia Oriental, habían trabajado bien. Su magnífica labor cristalizaba, al fin, en la exaltación de la Santa Rusia. Bien lo merecía ella a juicio de sus orgullosos moradores. Si la Rusia Central tenía ya su Emperador, su Zar (Tsar o César) ¿por qué no colocar a su lado, en el corazón de aquélla, en Moscú, un Patriarca, es decir, un supremo dignatario que fuera algo más que un simple Metropolita?. No tener en Moscú un Patriarca que gobernara a la Iglesia eslava valía tanto como situar a ésta en un plano de infe-

rioridad respecto de las otras Confesiones ortodoxas. Los moscovitas no estaban dispuestos a tolerar tamaña humillación.

El día 17 de junio de 1586 llegaba a Moscú el Patriarca de Antioquía, Joaquín. Desde la caída de Constantinopla en poder de los turcos venían acercándose con gran frecuencia a la rica y acogedora capital de la Rusia Central los prelados ortodoxos del mundo greco-bizantino. Les obligaba a ello la precaria situación económica en que se hallaban. A cambio de los obsequios de caridad que recibían, repartían ellos indulgencias, bendiciones y reliquias. De propósito hemos empleado el sustantivo «prelados», porque jamás había hecho su aparición en Moscú un patriarca oriental. El mencionado Joaquín necesitaba mucho dinero. Conviene advertir que el sumo jerarca de la Iglesia antioquena era recibido con los honores y el respeto que exigía su elevada dignidad, pero también con cierta frialdad y precaución. A los ocho días de su llegada, el Patriarca tenía una entrevista con el Zar Fedor Ivanovitch. A seguida era también recibido en la catedral Kremliniana (Uspensky Sobor) por el Metropolita Dionisio. El jefe de la Iglesia eslava se apresuró a bendecir al viejo Patriarca antioqueno, quien, a la verdad, se mostró extrañado, y, ¿por qué no decirlo? ¡ofendido! ¡Era demasiado!—se dijo el Patriarca Joaquín—. ¿Cómo? ¿No es esto una subversión del orden canónico y un desacato considerable? Dionisio, en efecto, el rico y engreído Metropolita, de la tercera y última Roma, se creía muy superior al pedigüeño jerarca supremo de la Iglesia de Antioquía. Conviene no perder de vista esta circunstancia significativa: el Metropolita de Moscú no obraba en este punto por cuenta propia. El Kremlin había preparado minuciosamente los detalles de la etiqueta a este respecto. No dejaba de tener grave importancia la cosa.

Después de las presentaciones oficiales, Boris Godunov, cuñado del Zar y poderoso Regente de Moscovia, se acercó al egregio visitante para pedirle que contribuyera a dar vida canónica a una aspiración general de los rusos: la erección del Patriarcado moscovita. Joaquín se negó a ello alegando esta razón poderosa: Para que sea una realidad lo que ustedes, los moscovitas, tan ardientemente desean, es precisa la intervención de la Iglesia entera reunida en Concilio. ¡Tan importante es el asunto! Por el momento, quedaban así las cosas. Los rusos colmaron de atenciones y de regalos al Patriarca Joaquín y le dejaron marchar, no sin antes haberle suplicado muy encarecidamente que trabajara con interés en la Curia del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla en favor de las aspiraciones rusas. Al propio

tiempo el Kremlin despachaba un correo, Miguel Ogarkow, hacia el Sur con cartas y obsequios abundantes y valiosos para los titulares de los grandes y viejos Patriarcados. El mundo eclesiástico greco-bizantino (Balcanes y Constantinopla, Egipto y Asia Menor) acogió con viva satisfacción las noticias gratas de la generosidad eslava. A poco afluían a tierras rusas muchos dignatarios griegos, servios, búlgaros, constantinopolitanos, etc. Conocedores de las ansias canónicas de Moscovia, todos ellos esperaban que en un futuro próximo serían llamados a Concilio General y que con tal motivo podrían ser requeridos sus servicios por la Iglesia rusa. Así pagarían ellos la inapreciable liberalidad de los moscovitas.

Mientras tanto, por razones no bien aclaradas todavía—algunos historiadores aluden a intrigas palaciegas—era depuesto el Metropolita Dionisio. Le sustituía otro Jerarca, que era hechura y por ende instrumento dócil del omnipotente Boris Godunov: Job, recientemente elevado desde la Sede episcopal sufragánea de Kolomna al Arzobispado de Rostow. También en Constantinopla había cambios de importancia. Por tercera vez era exaltado a la dignidad patriarcal ecuménica Jeremías II, quien había logrado desplazar a su competidor Theolepto. La lucha había sido muy enconada y costosa. Era, pues, muy lógico que el nuevo Patriarca de Constantinopla necesitara dinero. Así es que, ni corto ni perezoso, Jeremías II tomaba el camino de Moscú, ciudad de las dádivas y generosidades. Llegaba a la capital de Rusia el 13 de julio de 1588. Le acompañaban el Metropolita de Monembasia, Hieroteo, o Doroteo según otros, un simpático gruñón que nos dejó una graciosa descripción de este viaje histórico, el Arzobispo de Elasson, Arsenio, quien al regresar de Moscú en otra ocasión se había quedado en Lemberg como profesor de griego, y otros veintitrés eclesiásticos más. Tal era el brillante séquito del Patriarca Ecuménico Jeremías II.

En Moscú predominaba la creencia de que Theolepto continuaba ocupando la silla patriarcal de Constantinopla y que por lo tanto Jeremías, su egregio huésped, no era más que un intruso. Pese a ello, se le guardaron las deferencias y honores de costumbre aunque manteniéndolo un tanto alejado de los centros oficiales durante la semana de obligada espera, inmediatamente anterior a la primera audiencia imperial. El día 21 era recibido, al fin, por el Zar Feodor Ivanovitch. A seguida Boris Godunov, alma exclusiva de este negocio, pues el Zar-Sacristán no pensaba más que en sonreir y en tocar las campanas de

los monasterios, se acercó al Jerarca Jeremías para interesarse por el Patriarca Ecuménico de Constantinopla. El poderoso valido sacaba de la entrevista la convicción plena de que en Moscú tenían alojado al verdadero Jefe de la Ortodoxia universal. A poco Godunov pedía a Jeremías que crease el Patriarcado de Moscú. El dignatario eclesiástico daba al político la misma razón de su negativa que en días no lejanos expusiera el Patriarca de Antioquía: Era precisa la intervención de un sínodo constantinopolitano. Entre dimes y diretes se pasó el año 1588. Las negociaciones proseguían. Pero el desventurado Patriarca Ecuménico no podía vencer en la lucha entablada contra sus benefactores y mucho menos aún contra el astuto y tenaz Boris Godunov. En realidad de verdad, los griegos, pese al buen trato que se nos dispensaba, éramos prisioneros de los moscovitas, escribe Hieroteo. Al cabo de algún tiempo—no mucho ciertamente— Jeremías hablaba ya de la necesidad de crear en Moscú un Arzobispado autónomo. Hieroteo protestó contra semejante concesión, porque también para esto era necesaria una decisión conciliar. Y nosotros, los Obispos griegos, no somos más que tres. Por lo visto los prelados rusos no servían para el caso. Por su parte, éstos se apresuraron a declarar que no estaban dispuestos a recibir una solución que nada tenía de tal. Pues, ¿qué? ¿No tenemos ya de tiempo atrás la autocefalía metropolitana? Por último, algunos subalternos—no entre los dignatarios de la corte, sino entre los oficiales encargados de mantener a los griegos en una prisión honorífica—sugirieron a Jeremías la idea de quedarse en Moscú y de ejercer aquí su alta magistratura. Hieroteo se encargó de disuadir al Patriarca haciéndole ver que ni conocía el idioma ruso, ni estaba familiarizado con las costumbres moscovitas. Acosado por doquier, desconcertado y fatigado, el Patriarca Jeremías, que de modo tan peligroso se había lanzado por la pendiente resbaladiza de las concesiones, accedió a la última sugerencia. Los moscovitas acogieron con entusiasmo esta exorbitante gracia. Se oponía a ella un obstáculo de consideración: ¿Cómo deshacerse de Job, Metropolita de Moscú? Orillarlo de buenas a primeras equivaldría a cometer un adulterio espiritual, decían los altos jerarcas de la Iglesia eslava y los encumbrados dignatarios del Kremlin. Unos y otros olvidaban una cosa harto sabida en Rusia: que, a partir del Concilio de Florencia, muchos Metropolitas de Moscú habían sido sustituídos en vida sin más razón que el mero capricho de los soberanos. El propio Job, antes de venir a Moscú a reemplazar al Supremo jerarca Dionisio, arrojado de su Sede,

como tantos otros, por razones ajenas por completo a los cánones, había sido Obispo de Kolomna (1581-85) y después Arzobispo de Rostow (1586). De cualquier manera, la remoción de Job habría producido en Moscú escándalo considerable. Mas era de todo punto necesario sacar todo el partido posible de la actitud benévola, mejor diríamos, de la malsana debilidad de Jeremías. Y así se le indicó la conveniencia de permanecer en Moscovia, pero estableciéndose en la antigua capital religiosa de la Rusia Septentrional: Vladimir del Kliasma. El plan no agradó al Patriarca constantinopolitano; pero como había comenzado por ceder, vencido ya por completo, terminó por declarar y prometer que consagraría a Job como Patriarca de Moscú y de todas las Rusias. La ceremonia tendría lugar, claro está, antes de partir para Constantinopla, cosa que realizaría en seguida.

El 17 de enero de 1589 tenía lugar en Moscú una asamblea de altos dignatarios eclesiásticos. Se quería ponerles al corriente de todos los planes ideados por Godunov y de todas las intrigas encaminadas a su realización. El soberano, que presidía la reunión, les invitó a dar su opinión acerca de las medidas más adecuadas para el establecimiento del Patriarcado nacional. Aquéllos dignatarios no se permitieron la libertad de opinar o al menos la de exponer su criterio. Todo lo dejaban en manos del Zar. De antemano estaban conformes con lo que hiciera la Majestad imperial, es decir, Godunov. Lo único que realizaron aquellos asambleistas fue gestionar la redacción de un ceremonial apropiado y muy solemne. Como el Arzobispo de Constantinopla se limitó a recomendar las ceremonias del Ritual bizantino, excesivamente sencillas a juicio de los moscovitas, amigos de la pompa y del esplendor máximos, los miembros de aquella respetable asamblea dieron al Señor Schelkalov, Diäk o funcionario de la curia metropolitana, el encargo de confeccionar otro ceremonial propio del caso. Tenga presente—se le dijo— que el Kremlin y la Ciudad toda de Moscú desean que se dé al acto de entronización del nuevo Patriarca una solemnidad inusitada. Y así se ordenó que se procediera a una nueva elección y a una *nueva consagración*. El prelado JÒB sería ungido ¡por tercera vez! Jeremías aceptaba el nuevo rito de entronización. El día 23 de enero tenía lugar la elección, la cual recaía, claro está, sobre el Metropolita Job, primer candidato de una lista de tres. En esa misma fecha y en idéntica forma eran elegidos los titulares de las dos nuevas metrópolis de Novgorod y Rostov. Tres días más tarde, era consagrado el nuevo Patriarca. Actuaba como consagrante, ateniéndose al ceremonial establecido por Schelkalov, el in-

fortunado Jeremías, quien para colmo de la humillación de que venía siendo objeto, tuvo que permanecer en Moscú hasta el mes de mayo siguiente a fin de estampar su firma en el acta sinodal que daba estado oficial al magno acontecimiento. En ella se aludía ¡no faltaba más! a la *tercera y última Roma* y se consignaba el derecho de Moscú a tener en su seno un patriarca elegido precisamente por obispos rusos. Se reconocía la conveniencia de dar cuenta en seguida a la Curia patriarcal de Constantinopla. Hieroteo de Monembasia, que no dejó de reclamar hasta el último momento contra lo que estaban realizando los moscovitas, se negó a firmar el acta, a la que él daba la calificación despectiva de «Carta Búlgara»; pero terminó por estampar su firma cuando los moscovitas, siempre tan expeditivos, le amenazaron con arrojarlo al río Moscowa, si persistía en su obstinación. En cambio, su compatriota Arsenio de Elasson, que nos dejó un apasionado relato en prosa y en verso acerca de estos sucesos, no sintió escrúpulo de ninguna clase.

Jeremías pudo ya salir de Moscú y de Rusia. No deja de llamar la atención la notable circunstancia de que el Patriarca Ecuménico regresara por Lituania. ¿Qué tenía que hacer Jeremías II en tierras del Gran Ducado?

Por entonces habían elaborado en Roma un plan unionista. Por de pronto, se trataba de emancipar a la Iglesia eslava de la tutela jurisdiccional y canónica del Patriarcado bizantino, que, como sometido al yugo de los Turcos, carecía de la necesaria libertad evangélica. Un Patriarca netamente ruso o al menos residente en la Gran Eslavia del Este —no faltaban defensores de la idea de trasladar a Moscú el Patriarcado Ecuménico con toda su Curia— atraería hacia sí a muchos greco-ortodoxos de los Balcanes y, desde luego, a los de Polonia y Lituania. Así pensaban los círculos fanáticamente turcófobos de Roma, Varsovia y Vilna. Este sería el camino más seguro —terminaban aquéllos ilusos— de llegar a la tan ansiada Unión de las Iglesias. Por otra parte, el Canciller polaco Zamoisky acariciaba la idea de *trasladar la Silla Constantinopolitana a Kiev, antiquísima Sede de todas las tribus eslavas*. No tenemos pruebas de que semejante proyecto cristalizara en serias gestiones político-diplomáticas. ¿Cómo se enteró Jeremías de estos planes catolizantes y antibizantinos? Tenemos por seguro que llegaron a sus oidos por mediación de Arsenio de Elasson, a quien ya conocemos. El profesor de griego de Lemberg, muy amigo del Príncipe de Ostrog, de un enemigo del Catolicismo precisamente, tuvo buena ocasión de enterarse de todo, porque no se hablaba de otra cosa

entre las gentes que rodeaban al poderoso magnate. Tan interesado estaba él en estas materias que soñaba con la erección de un patriarcado ortodoxo para Lituania y Polonia. Así pues, Jeremías II tenía sobrados motivos para acercarse al Gran Ducado de Lituania. Aquí, en efecto, debió encontrar cosas poco gratas en el campo disciplinar extrictamente ortodoxo, porque inmediatamente depuso al Metropolita de Vilna y creó un Exarca directa y exclusivamente sometido a la Curia patriarcal de Constantinopla. Al propio tiempo otorgaba amplios poderes a las Hermandades laicas. En una palabra, creó tantas y tan voluminosas dificultades a la clerecía y al episcopado ortodoxos, muy inclinados, sin duda, al Catolicismo, que una y otro terminaron al cabo de unos años por adherirse a la *Unión de Brest-Litowsky.*

Después de una ausencia de dos años Jeremías, cargado de limosnas, de regalos y de auxilios pecuniarios, se hacía nuevamente cargo de la Silla patriarcal de Constantinopla. A poco (mayo de 1.590) se celebraba en la Capital de la Greco-Ortodoxia un Sínodo de importancia relativa. Jeremías II explicó a los miembros del mismo las incidencias de su viaje a Moscú, subrayó con especial complacencia el estado floreciente en que se hallaba la Iglesia Eslava, esencialmente ortodoxa, e hizo el más cumplido elogio de la generosidad del Zar, a cuyas enormes presiones aludió, bien que en forma discreta. Se refirió, por último, a la consagración de Job, primer Patriarca de Moscú, y pidió a los Padres que tuvieran a bien confirmar su proceder en todo este negocio. En su virtud se redactó una carta sinodal que firmaron tres patriarcas (los de Antioquía, Jerusalén y Constantinopla), cuarenta y siete metropolitas, cincuenta obispos y algunos distinguidos funcionarios de la Curia patriarcal. Es conveniente saber que estaba vacante la prestigiosa Silla de Alejandría. El Sínodo constantinopolitano tuvo que decidir en un asunto tan importante como enojoso: el lugar de rango que en la serie de los grandes patriarcados ocuparía el recientemente erigido en Moscú. El nuevo patriarcado se colocaría después del de Jerusalén, es decir, ocuparía el 5.º lugar en la lista jerárquico- patriarcal. Dionisio Cantacuceno Paleólogo, Arzobispo de Tirnovo, personaje emparentado con las ilustres familias que años atrás habían gobernado en Bizancio, recibió el encargo de llevar a Moscú el *Acta Sinodal.* Moscú lo recibía muy mal, porque los elementos políticos y los factores eclesiásticos estaban persuadidos de que su querido Patriarcado ocuparía el tercer lugar en la serie y sería colocado entre Alejandría y Antioquía. Unos y otros aseguraban que así lo había prometido el Patriarca Je-

remías. El emisario bizantino, cuya situación en Moscú no podía ser más delicada, hubo de esperar mucho tiempo hasta ser recibido por el Zar. También se le tuvo sistemáticamente apartado de la Curia patriarcal y de su más alto dignatario, el Arzobispo Job. Por casualidad topó con él ¡en plena calle! Al fin, se iniciaron las negociaciones propias del caso, las cuales, casi sobra advertirlo, resultaron embarazosas por demás. En realidad, los negociadores se encontraron bien pronto en un punto muerto. Por su parte, el Zar enviaba la siguiente orden al Arzobispo y Metropolita de Tirnovo: «Preséntese V. Reverencia en Constantinopla y exija en nuestro nombre dos cosas: la firma del Patriarca de Alejandría en el Acta oficial de reconocimiento a favor de nuestro Patriarcado y el *tercer lugar* para el mismo en la serie correspondiente». Al propio tiempo despachaba a un emisario, que haría entrega de grandes obsequios a cada uno de los cuatro patriarcas y de manera especial al nuevo titular del de Alejandría, Melecio Pigas. De él se decía en Moscú que andaba a la greña o poco menos con Jeremías II, el Ecuménico de Constantinopla, a quien acusaba de *autoritario e irrespetuoso* con las santas y veneradas tradiciones. La Curia patriarcal no tuvo más remedio que convocar un segundo Sínodo (12 de febrero de 1.593). Fue alma de esta asamblea, menos numerosa ciertamente que la de 1.590, el ya mencionado Melecio Pigas, abogado de las pretensiones moscovitas. Las cosas, sin embargo, quedaban en el mismo estado. Los miembros de este Concilio confirmaron plenamente la decisión del anterior. Se reconocía oficialmente la existencia del Patriarcado de Moscú y se le asignaba el *quinto lugar*, esto es, el último en la serie jerárquica. «Así lo pedían el tiempo y la dignidad», era la razón que dieron aquellos padres. La decisión de éstos disgustó mucho a los moscovitas. Tanto que al llegar a Moscú para entregar en el Kremlin el Acta correspondiente, firmada esta vez por el Patriarca de Alejandría, los legados de la Curia bizantina ingresaban en la Cárcel. En 1.598 todavía continuaban en ella.

Job, primer Patriarca de Moscú

Los autores rusos consideraban al Patriarca Job como un excelso personaje en la vida histórica de Moscovia. Ciertamente, ocupa destacado lugar en los graves acontecimientos políticos que allí ocurrieron durante su pontificado supremo (1.589-1.605). Consagró todas sus actividades a defender al tiranuelo que, después de dar vida al Patriarcado, se lo regaló a él. Queremos

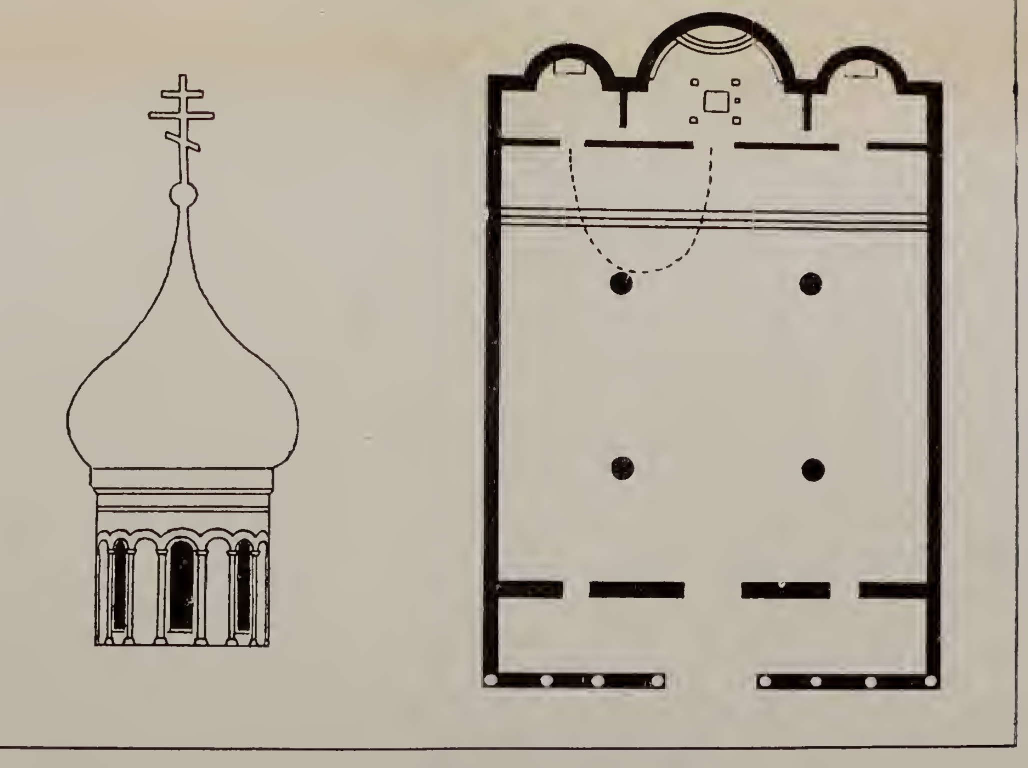
aludir a Boris Godunov, quien, por cierto, pagó muy mal a su defensor incondicional los servicios apreciables que con indigno servilismo le había prestado. En cambio, nada tiene que agradecerle la Iglesia eslava, porque fue enteramente nula la actuación canónica del primer Patriarca de Moscú. Lo poco que hizo en el campo religioso se condensa en una labor increíble, relativa a la materia remota para consagrar la Santa Eucaristía.

Resultaba que en Moscovia carecían de vino y había que agenciárselo *en países páganos que no conocían al verdadero Dios o comprárselo a los Latinos*, es decir, a unos cristianos que *rechazaron la gracia del Señor* y cayeron en *múltiples herejías*. No dejaban de adquirirlo los comerciantes de Moscú, extranjeros por lo común; pero lo mezclaban con otras substancias y luego vendían la mezcla a precios elevadísimos. Sobre cometer este abuso, se reían de los rusos diciéndoles: «Sois incapaces para todo. No tenéis nada; hasta para celebrar la Santa Misa necesitáis de nosotros». Por otra parte —son palabras de la disposición conciliar— es casi imposible traer el vino de Grecia o de Jerusalén a causa de las enormes distancias y de la inseguridad de los caminos.

En vista de tantas dificultades el Zar Feodor *decretó* que en todo el territorio de su jurisdicción imperial se celebrara el Santo Sacrificio con un líquido «extraído de frutas (bayas y cerezas)» de la Santa Rusia. El Zar-Sacristán había comunicado a la Zarina, a los boyardos y, naturalmente, al Patriarca Job sus escrúpulos y sus designios. Por su parte, este Jefe Supremo de la Iglesia eslava convocaba a Concilio episcopal. La Asamblea, cuya fecha no puede precisarse con exactitud, ordenó que se diese curso legal en el terreno canónico al Ukase imperial y como ampliación al mismo disponía que se escogiesen hombres de confianza consagrados a la noble y cristianísima tarea de buscar bayas (fruto muy adecuado para el caso), de extraer el líquido y de prepararlo para el culto. Aquellos Padres redondeaban su resolución canónica con este pensamiento teológico: Dios, que supo convertir el agua en vino se encargará de transformar este ¡*vino*! en su *sangre preciosa*. No acertando a justificar el enorme dislate que estaban cometiendo, los miembros de aquel Sínodo moscovita se dedicaron a demostrar con textos de Escritura la *presencia real* de Cristo en la Santa Eucaristía.



El Zar Miguel, tronco de la Dinastía Romanow



Cúpula y planta de una iglesia rusa

CAPITULO II

EL PATRIARCA FILARETO Y SU RABIOSO ANTILATINISMO

I

Los Patriarcas Job e Ignacio.—El tercer Patriarca de Moscú, Hermógenes, tan buen ortodoxo como ferviente patriota.—Fin del catastrófico interregno (1610-1613).—Elección del primer Romanov (Miguel Feodorovitch), hijo del Metropolita de Rostow, Filareto, por entonces prisionero de los polacos.—Designación de éste para el alto cargo de Patriarca de Moscú.—El singular gobierno de los dos cosoberanos (Patriarca y Zar, padre e hijo, respectivamente).—Lamentables consecuencias de la prolongada estancia de Filareto en Polonia (mayor arraigo de las creencias ortodoxas y odio encarnizado a los latinos).

II

EL CONCILIO ANTILATINO DE 1620

El largo discurso inaugural de Filareto, presidente de la Asamblea.—Necesidad, según él, de rebautizar a los católicos que se incorporan a la Ortodoxia.—Los tan numerosos como ridículos reproches a la Iglesia Romana.—Condena y rehabilitación de Jonás, Obispo de Krutitchy y Vicario del Patriarcado.—Regulación del tránsito de los bielorrusos a la Ortodoxia.—La resolución adoptada de rebautizarlos.

El gobierno del famoso Boris Godunov se vio turbado por la aparición en Polonia de un pretendiente a la Corona de los Rurikidas, el primer falso Demetrio. El falsario o el auténtico heredero de Iwan IV el Terrible —la Historia no ha podido descifrar el enigma— era, al fin, coronado como Zar de todas las Rusias. Naturalmente, el Patriarca Job, que había lanzado

terribles anatemas contra Dmitri Iwanowitch, era depuesto. Le substituía el Arzobispo de Ryazán, Ignacio, un griego, a quien los turcos habían arrojado de la Silla Arzobispal de Chipre. Poco, muy poco, duró la gestión patriarcal de este jerarca notable, que, al fin, había de morir en el seno de la Iglesia Católica. A raíz de la muerte trágica de su excelso protector, del primer falso Demetrio, el Patriarca Ignacio, hechura del simpático Zar moscovita, ingresaba en las cárceles del Estado.

El nuevo soberano moscovita Basilio Schuisky, hizo elegir un sumo jerarca a su gusto en la persona de un viejo soldado. Hermógenes, Metropolita de Kazán. Era hombre de pocos alcances, pero de un valor indomable. Su heroica resistencia al invasor fue considerada siempre en Rusia como acabado modelo del más sano y excelso patriotismo. «El Patriarca Hermógenes, que en tiempos del Interregno (1610-13) intervino eficazmente en las luchas contra los polacos, jugó un papel decisivo en la historia de la patria rusa. Cuando ésta carecía de Emperador, Hermógenes, tan patriota como ortodoxo, cumplió a satisfacción los deberes que le imponía la alta posición que ocupaba. Octogenario ya a la hora de la aguda crisis en que se hallaba Rusia , el tercer Patriarca de Moscú puso a disposición de ésta y de la Ortodoxia eslava todas sus energías y toda su vida, que ofrendó en el altar de la Patria...

Al entrar los polacos en Moscú, Hermógenes ingresaba en la cárcel. Cuéntase que en ella murió de hambre aquel venerable jerarca ortodoxo. Para Hermógenes la Ortodoxia eslava estaba consubstancializada con la patria rusa. Por eso era él tan patriota como ortodoxo. No tiene, pues, nada de extraño que hiciese propaganda anticatólica. Es autor de unos manifiestos y de unas pastorales que recorrieron todo el país y encendieron los ánimos de sus habitantes a fin de amparar los derechos de la patria y la existencia de su Ortodoxia». (Gómez en «La Iglesia rusa», libro III, cap. VIII). No tardó en aparecer un segundo falso Demetrio. Como habia dos zares, era lógico que hubiese también dos patriarcas. Junto al nuevo pretendiente, el llamado ladrón de Tuschino (Demetrio II), realizaba funciones patriarcales un antiguo boyardo, Teodoro Romanov, quien habiendo entrado por imposición de Godunov en un convento, adoptó el nombre de Filareto y llegó a Metropolita de Rostov. Se trata del jefe de la dinastía Romanov, o del padre de Miguel, tronco de la célebre *Familia* que ha imperado en Rusia hasta 1917.

Los Zares Basilio Schuisky y el impostor de Tuschino no tardaron en desaparecer del escenario político. Ladislao, hijo de

Segismundo III, soberano de Polonia, fue el designado para ocupar el trono de Moscovia. Las inexplicables dilaciones de Segismundo produjeron gran inquietud entre los moscovitas. Para atenuarla —ya que disiparla por completo era difícil, por no decir imposible— los políticos rusos enviaban a Smolensko, plaza sitiada por los polacos, una aparatosa embajada: La presidía el Arzobispo de Rostow, Filareto. Los sitiadores cometieron la indignidad de retenerlo como prisionero y de enviarlo a su retaguardia. Naturalmente, el inicuo proceder irritó a los moscovitas. Las pastorales de Hermógenes, quien veía seriamente amenazadas a la Nación y a su amada Ortodoxia por los suecos y los polacos, incrementaron la indignación y el odio de los rusos. El catastrófico Interregno desaparecía.

Los polacos eran arrojados de la capital y era disuelta la Duma. A seguida (1613) celebraba sesiones la Zemsky Sobor (Asamblea nacional). Ella eligió como Zar de todas las Rusias al primer Romanov: Miguel Feodorovitch, hijo de Filareto, Metropolita de Rostov. En este mismo año había fallecido el Patriarca Hermógenes. Era designado para sucederle Filareto, el egregio prisionero a quien acabamos de aludir. A últimos de 1614 una embajada rusa le ofrecía, estando presente el Canciller de Polonia, Sapieha, la Suprema Jefatura de la Iglesia eslava. Por el momento, el Metropolita de Rostow, siguiendo el ejemplo de humildad —fingida o sincera— de la familia, declinó el ofrecimiento. Desde 1613 (año de la muerte de Hermógenes) hasta 1619, fecha en que por canje con otros prisioneros regresaba de Polonia Filareto, quien, al fin, había aceptado la alta investidura, estuvo vacante la Silla patriarcal moscovita. La regentaron como Vicarios el Metropolita de Kazán, Efrén, que murió no tardando y apenas hizo otra cosa que coronar solemnemente a Miguel Romanov, y el Obispo de Krutitchi, Jonás. Al llegar a Moscú, después de un cautiverio, muy soportable ciertamente, ¡de ocho años!, Filareto, padre del Zar, recibía aquel mismo título que venía usando su hijo Miguel: el de *Veliki Gossudar* (Gran Señor). Ello no entrañaba, por cierto, el reconocimiento de la soberanía política sobre Rusia a favor del Patriarca; pero, de hecho, comenzaba a funcionar en aquel país *un dualismo político singular, un gobierno único con dos cosoberanos.* En julio del mencionado año de 1619 Filareto era solemnemente entronizado por el Patriarca de Jerusalén, Teófanes, quien, como tantos otros jerarcas orientales, se hallaba en Moscú solicitando ayudas económicas para su Iglesia. La notable efemérides consolidaba en forma definitiva al Imperio ruso.

Filareto, que superaba con mucho a su hijo en talento y en experiencia, estaba colocado en el mismo plano que el Zar. Al mismo tiempo que a éste se daba cuenta al Patriarca de todos los asuntos políticos. Los embajadores enviaban sus informes simultáneamente a uno y a otro... Dadas la juventud, la inexperiencia y los cortos alcances del Zar, no cabía conflicto alguno entre el padre y el hijo; éste seguía ciegamente las indicaciones de aquél. El radio de acción del Patriarca se extendía mucho más allá de los asuntos canónicos. El afianzó el poder civil y sojuzgó a la inquieta y arbitraria nobleza. Para ello se encontró con la enorme ventaja de que sus intereses coincidían en absoluto con los de la política rusa, tanto interna como externa. *Todo lo hacía el Patriarca.* El pensó en la posibilidad de casar a su hijo con una princesa de Dinamarca, él comunicó una determinada arientación a las negociaciones con el Khan de Crimea y él dio una configuración nueva al ejército ruso.

«No cabe desconocerlo. La prolongada estancia en el extranjero y las múltiples impresiones y experiencias recogidas en Polonia daban al padre una gran superioridad sobre el hijo... Todos los extranjeros que por entonces viajaron por Rusia convinieron en afirmar que el Patriarca estaba dotado de un talento extraordinario y de una aguda visión política... Todos sacaron la impresión de que el Patriarca y el Zar actuaban dentro de la más completa armonía. Así lo revelan las ilustraciones de la época... En un dibujo que trae Oleario para dar idea de una gran procesión, Patriarca y Zar aparecen equiparados en dignidad y en boato, en honores y distinciones. Encarnaciones respectivas del poder religioso y de la jurisdicción civil, emperador y Patriarca parecen reclamar el mismo ceremonial, idénticas vestiduras deslumbrantes, un baldaquino similar y un séquito enteramente igual. En las iglesias de aquel entonces —cosa que puede comprobarse por varios monumentos artísticos— había dos tronos: el del Patriarca y el del Zar. Todavía hay más: en no pocas ocasiones el primero adquiría bastante más relieve que el segundo. Hubo procesiones en las que el propio Zar conducía por la brida al caballo que el Patriarca montaba... En las grandes solemnidades del *Domingo de Ramos y de la Bendición de las aguas* se daba al pueblo la impresión de que el Patriarca era el primero y el Zar el segundo» (Brückner en «Geschichte Russlands»).

La prolongada estancia de Filareto en Polonia tuvo en el campo religioso dos consecuencias de importancia considerable:

a) En no pocos rusos prendieron fuertemente la indiferencia religiosa y hasta la franca hostilidad hacia la fe greco-ortodoxa. Es típico el caso de Juan Khoborostinin, contra quien se formuló la acusación de negar la resurrección de los muertos y la utilidad del ayuno. No es fácil comprobar la verdad de semejantes acusaciones, las cuales fueron hechas por enemigos de los inculpados. Parece seguro que guardaba en su casa imágenes y libros católicos. Khoborostinin fue recluído en un monasterio, donde haría penitencia. Traído al cabo de unos meses al buen camino por la disciplina monacal y habiendo hecho una aceptable profesión de fe ortodoxa, consiguió pronto la libertad. *b)* Mas el país, considerado en conjunto, dio muestras —a partir sobre todo del regreso de Filareto— de intensificación de las creencias ortodoxas y de un encarnizado odio a los católicos, a quienes se consideraba como los causantes de las grandes calamidades nacionales. De modo particular les achacaban los rusos las enormes desventuras acaecidas en los trece primeros años del siglo XVII. De hecho, la perturbación que llevó consigo la aventura del primer falso Demetrio, fue exclusivamente debida a la tentativa de catolizar a la gran Eslavia del Este.

El profundo sentimiento antilatino halló su más clara expresión en el

CONCILIO DE 1620

Fue convocado para juzgar la conducta canónica del obispo de Krutitchy, Jonás, que había administrado la Sede Patriarcal durante el exilio de Filareto. Por lo visto, Jonás había autorizado a dos popes para que procedieran a dar la Comunión a dos polacos que se habían pasado a la Ortodoxia sin haber sido rebautizados. Se asegura que antes habían ya discutido largamente sobre este problema el Patriarca y el Metropolita y que aquél no había podido convencer a éste, el cual se atenía con firmeza a la vieja legislación canónica. Sobre Jonás recayó la pena de la suspensión, y el Concilio que nos ocupa se reunía para confirmar la grave sentencia. Había en la Asamblea dos Metropolitas (el de Nowgorod y el de Rostow), tres Arzobispos (los de Vologda, Suzdal y Tver) y el obispo de Kolomna. Para historiar los acontecimientos de los años precedentes, Filareto hizo un largo preámbulo. Naturalmente, aludió al primer falso Dimitri, al Patriarca Ignacio y a las inmensas desgracias originadas por la conducta anticanónica y antipatriótica de este prelado, que se negó a rebautizar a Marina, la esposa herética,

por latina, del usurpador y falsario Demetrio. Con sobrada razón —decía él— lo depusieron los obispos de nuestra amada Rusia. Luego, pasando por alto su propia actuación patriarcal —también pertenecía a la historia de los últimos tiempos— en la corte del ladrón de Tuschino, tan impostor por lo menos como el primer falso Demetrio, el padre del primer Zar de la Dinastía Romanov, cantó un himno de alabanza en pro de su viejo rival, el *buen pastor* Hermógenes. «El —decía Filareto— fue quien me envió como embajador a Smolensko, después de la catástrofe de Tuschino, y quien me entregó un documento memorable integrado por extractos de los viejos cánones, con los cuales había yo de insistir sobre la necesidad de rebautizar a Ladislao como a todos los herejes, máxime siendo latinos, que son los más inmundos y feroces que la Historia eclesiástica conoce». Ellos, los latinos, han acogido en su religión —continuaba Filareto— las malditas herejías de los helenos, de los judíos, de los agarenos y de todas las sectas. Por esto sostenemos que los latinos, manifiestos enemigos de Dios, y tan indignos como los perros, deben ser rebautizados». El presidente de aquella asamblea antilatina pasa luego a enumerar y a refutar las consabidas desviaciones de la Iglesia romana. Se detiene algo en la exposición de cada una de las supuestas herejías y hace con tal motivo un amplio comentario canónico, barajando disposiciones de los siete grandes Concilios Ecuménicos y de los particulares de la Iglesia eslava y termina afirmando solemnemente que los latinos son judíos, melquisedequianos y armenios porque ¡ayunan en sábado!, montanistas porque son sacerdotes, que presumen de célibes y escogen luego concubinas, y maniqueos por cuanto acomodan sus actos al curso del sol y de las estrellas. Y por si esto no fuera bastante, han introducido modificaciones en el símbolo y han proclamado dos principios en la Santísima Trinidad. Por este último proceder, medularmente herético —concluye Filareto— han cometido ellos, los heréticos latinos, ¡un horrendo pecado contra el Espíritu Santo! Además, no hacen nada bien esos desventurados: bautizan por infusión y cambian la fórmula bautismal, ya que, en vez de decir: «Queda bautizado este siervo de Dios...», emplean estas palabras: «Yo, sacerdote, te bautizo...» Y son tan desgraciados los pobres que en lugar de las unciones, ¡emplean la sal! Tampoco exigen penitencia antes de absolver. El Patriarca moscovita, que tanto odio antilatino había almacenado durante su cautiverio en Polonia, tenía que aludir ¿cómo no? al Purgatorio y a los Azimos. Por lo que se refiere a éstos, citaba Filareto el extracto de una

Epístola, redactado, según creían aquellos tan ignorantes como orgullosos moscovitas, por los P. P. del Séptimo Concilio ecuménico, nada menos. No dejó de repetir ninguno de los viejos tópicos bizantinos. Para condenar todo lo que tuviera sabor latino la tomó contra el Calendario gregoriano. Esos malditos latinos —vociferaba el Patriarca de Moscú— celebran la Pascua de Resurrección en ocasiones antes que nosotros los ortodoxos, en otras después, y alguna vez, simultáneamente. De cualquier forma, sin embargo, coinciden en esto con los judíos. Y para hacerse cargo hasta de las más absurdas calumnias, el presidente de aquella Asamblea singular mencionó la fábula del Papa Pedro de Bégue, tan divulgada en Rusia desde los tiempos premongólicos. Citó también un corto pasaje de la Epístola del Metropolita Juan de Rusia al Arzobispo de Roma, el antipapa Clemente III, y, por último, frases del famoso Peri Fraggon con sus 27 capítulos de acusación contra los latinos.

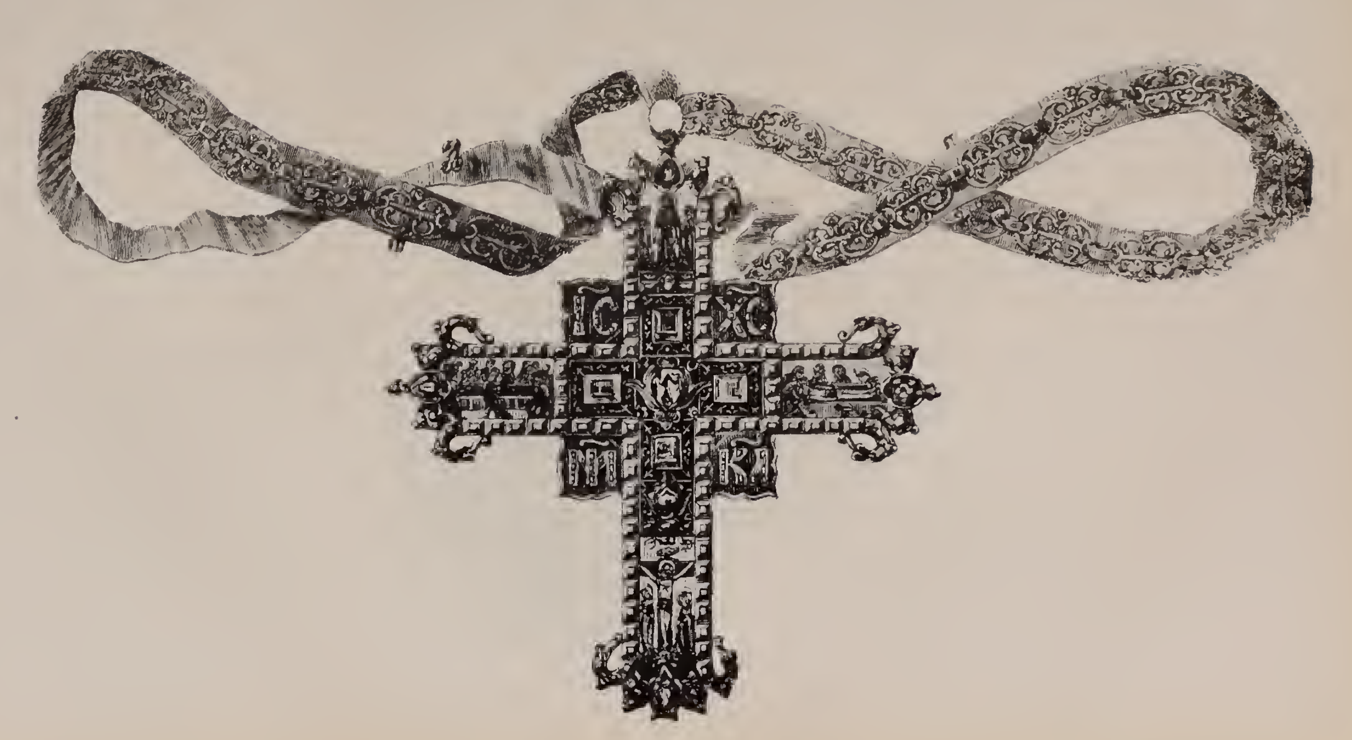
Casi sobra advertir que los miembros todos del Concilio moscovita hicieron suyos los largos reproches que formulara su presidente. Hubieran desempeñado mejor su papel de legisladores si, conscientes de su alta misión, hubieran consagrado el tiempo a negocios constructivos, tales como la instrucción del Clero y de los fieles, bien necesitados por cierto de ella.

El día 16 de octubre de 1620 comparecía ante la Asamblea el prelado Jonás de Saraj y Podom, de Krutitchj, cuyo caso examinaban de nuevo aquellos Padres. Se escuchó al acusado, se oyó a los testigos y se formularon nuevos reproches. Jonás, que reconoció su culpabilidad, lloró, pidió perdón e hizo penitencia. Filareto levantó la suspensión que gravitaba sobre el prelado de Krutitchy.

Dos meses más tarde, se reanudaban las sesiones. Ahora tomaba parte en las deliberaciones como miembro activo Jonás, el Metropolita rehabilitado. Asistía también el obispo de Siberia, residente en Tobolsk: Cipriano. Los Padres tenían que regular un asunto espinoso, el tránsito de los bielorrusos a la Iglesia ortodoxa. La resolución adoptada fue ésta: «Cuando, procedentes de Polonia y Lituania y deseando ingresar en la Ortodoxia, se presenten a nuestros sacerdotes rusos blancos que afirmen ser cristianos, se comenzará por examinarlos con detenimiento. Después de lo cual se procederá así: Los que hubieren sido bautizados por infusión o que no estén ciertos de haberlo sido por inmersión triple deberán ser rebautizados y ungidos. Otro tanto se hará con aquéllos que fueron bautizados utilizando la triple inmersión por un sacerdote que hace conme-

moración del Papa en la Misa. Además, estos cristianos deberán abjurar la Religión latina inmediatamente después de su rebautismo. Por último, todos aquéllos que hubieran sido bautizados al modo ortodoxo tendrán que ayunar durante una semana, como lo hacen los moscovitas cuando van a recibir los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunión. A seguida se confesarán y en esta confesión deberán asegurar de nuevo que fueron legítimamente bautizados. El confesor enviará su informe al Patriarca, al Metropolita o al Obispo, según los casos. Después de todo esto el bielorruso podrá recibir la Comunión. No antes en modo alguno». Todo esto —decía Filareto— no es nuevo. Es una derivación de las leyes antiguas ¡promulgadas por los Apóstoles y por los Santos Padres! Esta absurda disciplina estuvo vigente hasta 1667, año en que se restableció en Rusia la más sana práctica griega de recibir a los latinos en la Ortodoxia sin rebautizarlos.

Para darse cuenta cabal del odio con que los moscovitas distinguían a los latinos y de los prejuicios estúpidos de que se hallaban imbuidos los eclesiásticos bizantino-eslavos, el lector deberá parar mientes en el hecho de la abjuración impuesta a los católicos que se pasaban a la Ortodoxia. En el siglo XVI existía ya la fórmula, pero el correspondiente manuscrito no había sido impreso ni, por ende, incorporado a los libros litúrgicos. Fue el Patriarca Filareto quien la entregó a la imprenta, le dio entrada en su Potrebnik (Ritual) y fomentó su difusión. Luego formó parte del rito bautismal empleado con los que procedían del campo herético (latino). Estuvo en vigor durante todo el siglo XVII. El candidato a la ortodoxia debía leerla, o, de ser analfabeto, repetirla palabra por palabra, según fuera oyéndola de labios del sacerdote.



Cruz pectoral de Monómaco



Corona imperial

CAPITULO III

EL PATRIARCA NICON (1652-67)

VICTORIA TOTAL DEL PODER CIVIL SOBRE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

I

Datos biográficos.—Las pretensiones absolutistas de Nicón.—La oración del Zar al mártir S. Felipe, leída por Nicón ante los restos mortales del Santo.—Nicón, Patriarca de Moscú, y su exigencia del previo juramento de obediencia por parte del Zar y de los boyardos.—La corrección de los libros litúrgicos e innovaciones introducidas.—El criterio de la Curia Ecuménica en orden a las reformas niconianas.—Comienzos de la ruptura entre el Zar y el Patriarca.—La voluntaria renuncia de éste—El Metropolita Pitirim, administrador del Patriarcado.—El Concilio antiniconiano de 1660.—La noble y firme actitud niconófila del monje kievense Epifanio Slavinecky. Paisio Ligárides, Metropolita de Gaza, en Moscú.

II

EL CONCILIO MOSCOVITA DE 1666-67

Las discusiones en torno al magno problema de la soberanía del poder civil y de sus relaciones con la Iglesia.—Los criterios divergentes del jerarca greco-oriental Paisio Ligárides y del episcopado ruso.—La victoria del césaro-papismo.—Condena y muerte de Nicón.—Juicio histórico acerca de este notable personaje.

De una humilde familia de aldeanos, residente en Veldemanow (provincia de Nischni-Nowgorod), nacía (mayo de 1605) Nikita Minitch, que tal fue el nombre de pila del que más tarde se llamará Nicón, personaje célebre en la Historia de Rusia. Al cabo de una docena de años, durante los cuales ejerció con celo el ministerio parroquial, Nikita, que apenas había cumplido los 30 de edad, se alejaba de su mujer e ingresaba en el monasterio moscovita de S. Alejo. Entonces tomó el nombre de Nicón. No tardando, partía para las remotas soledades del Archipiélago de Solowezky (Mar Blanco). Aquí se puso bajo las órdenes y dirección del bienaventurado Eleazar, asceta famoso y rector de un eremitorio sito en la isla de Anzer; pero habiendo surgido ciertas diferencias de índole económica, Nicón abandonaba la Skita del eremita Eleazar, varón egregio de virtudes, y se dirigía hacia el monasterio de Kotcheozer, del que pronto fue higumeno o guardián (1642). Cinco años después, se ponía en camino para Moscú a fin de resolver en esta capital determinados asuntos relativos a su Comunidad. Empujado, sin duda, por la austeridad de su vida y deslumbrado por los destellos de su innegable talento, el joven Zar de todas las Rusias, Alejo Michailovitch, nombraba a Nicón archimandrita del Monasterio de Novospass (Moscú). Eran tan grandes su influencia en la Corte y su prestigio entre el Clero y los fieles que, pasados tan sólo dos años, el archimandrita de Novospass era consagrado Arzobispo Metropolita de Nowgorod, de la segunda Sede de Rusia nada menos. En 1652, al tercer año de su gestión pastoral, convencía al soberano de la necesidad de trasladar a Moscú desde Solovezky los restos mortales del santo mártir Felipe, arzobispo y Metropolita de Moscú, vilmente asesinado por un esbirro de Iwan IV el Terrible. El soberbio arzobispo de Nowgorod tenía mucha prisa y no menos interés en que el poder civil realizara un acto público y solemne de desagravio a la autoridad eclesiástica, grandemente lastimada con el bárbaro asesinato de un jerarca supremo de la Iglesia rusa. Saltaba a la vista la condición intrépida y altanera del prelado Nicón. Es buena prueba de ello la carta arrancada por él al Zar de todas las Rusias, al autócrata Alejo, carta que el propio arzobispo nowgorodense se encargaría de leer de manera solemne ante los restos que iban a ser trasladados. He aquí los humildes términos de aquella oración del Zar: «Nos que somos el Emperador de todas las Rusias, que ocupamos el mismo excelso lugar que nuestro ínclito abuelo —el que tan gravemente pecó contra Vos— *deponemos* ante vuestros restos mortales nuestra alta dignidad imperial. Y lo

hacemos así ¡Santo mártir Felipe! para que por la presencia de vuestro cuerpo ultrajado cerca de Nos y la mayor afluencia de fieles ortodoxos a vuestra nueva tumba, os consideréis más obligado a perdonar al mencionado abuelo nuestro y a borrar el oprobio que empaña su memoria por haberos perseguido. Tenemos interés, bienaventurado varón, en que todos nuestros súbditos se den cuenta cabal de que Vos os habéis reconciliado con el autor de vuestro martirio». No cabía duda de ningún género. Nicón aspiraba a humillar al poder civil y a establecer de manera sólida frente al mismo la soberanía e independencia absolutas de la Iglesia eslava. Tres años antes (1649) esta venerable institución había sufrido menoscabo con la publicación de un nuevo Código que sometía los clérigos a la jurisdicción secular. En el entretanto, fallecía el Patriarca de Moscú José. Tanto el Zar que designaba, como el Concilio que elegía, se fijaron para darle un sucesor en la persona del Metropolita de Novgorod. Pero Nicón —y ello confirma de modo irrebatible sus intenciones absolutistas— se negó a ser consagrado sin que previamente se hubiesen arrojado a sus pies jurándole obediencia el Zar y los boyardos. No es aventurado suponer, dado el carácter de Nicón, que el nuevo Patriarca exigiese que semejante juramento quedara consignado en acta pública.

El nombre de este personaje, cuya gestión patriarcal coincide con una época gloriosa en la Historia de la Rusia zarista, va unido a las reformas litúrgicas que acometió y al cisma al que dentro de la propia Iglesia eslava dieran lugar sus innovaciones. Desde el Concilio de Florencia y, sobre todo, desde la creación del Patriarcado moscovita se había abierto amplio camino en Rusia la idea jactanciosa de la «tercera y última Roma». No poco habían contribuído a ella los Patriarcas orientales Jeremías II, de Constantinopla, y Teofán, de Jerusalén, quienes para obtener mayores ayudas económicas no tuvieron inconveniente en hacer a la Iglesia rusa concesiones canónicas cada día más amplias.

En estas circunstancias era natural que los rusos miraran con desdén a los griegos, es decir, a unos ortodoxos que por estar sometidos a los turcos, se veían obligados a mendigar socorros, y, lo que era todavía peor, a imprimir sus libros litúrgicos en Venecia, París o Roma, en «territorios papales» nada menos. Esos fieles de Constantinopla, de Grecia y del Oriente Cercano —decían los moscovitas— son unos cristianos degenerados que han perdido la fe. Por otra parte, habían surgido en el transcurso de los siglos ciertas diferencias de índole litúrgica entre unos y

otros ortodoxos. No era tan sólo que no existiese uniformidad en los textos de los correspondientes Rituales; ocurría, además, que en el terreno práctico discrepaban bastante los ritos mismos. He aquí algunos ejemplos: Los griegos leían Iisus y los rusos Isus; los primeros hacían la señal de la cruz con tres dedos y los segundos, con dos únicamente; en Bizancio, en los Balcanes y en el Oriente Medio se decían tres Alleluyas y en Moscovia, tan sólo dos, etc. El Zar y cuantos le rodeaban, querían unificar los rituales y acomodarlos en un todo a las costumbres y textos bizantinos. Quizá porque compartía este mismo criterio (grecofilia de los cortesanos), fue exaltado Nicón a la más alta dignidad en la Iglesia eslava. Comenzaba la Cuaresma de 1653, y el nuevo Patriarca—apenas hacía un año que había tomado posesión de su cargo— ordenaba que al hacer las Metanías (Inclinaciones) los fieles no llevaran su cabeza más abajo de la cintura y que al persignarse utilizaran tres dedos (pulgar, índice y medio).

Los antiguos amigos de Nicón, Neronov, Daniel y otros y el pequeño grupo integrado por los jerarcas, altos dignatarios y empleados que habían gobernado la Iglesia durante la anterior situación, se alzaron contra las pretensiones niconianas. Comenzaba el Cisma de los Viejos Creyentes, el *Rascol,* que aún perdura. El Patriarca Nicón lanzó sobre ellos la dura pena de la deposición y los deportó a distintos lugares de Rusia. Fue entonces cuando este Sumo Jerarca de la Iglesia eslava se entregaba con ardor a la corrección de los Libros litúrgicos.

En marzo de 1654 convocaba un Sínodo en el que se decretaron ciertas correcciones, se restableció la legislación sobre las Metanías, se proclamó la necesidad del más perfecto acuerdo entre los patriarcados orientales y se condenó a destierro al resistente obispo de Colomna, Pablo, de quien aseguraron los Raskolnikis, contra la verdad histórica desde luego, que había sido ¡quemado vivo! Poco después, el Patriarca reformador escribía una carta muy larga al Arzobispo ecuménico de Constantinopla. En ella formulaba 28 preguntas y pedía la aprobación para las decisiones y reformas que había implantado. Pero el Patriarca de Moscú no tuvo paciencia y sin esperar las respuestas de la Curia Ecuménica, Nicón, influído acaso por las insinuaciones del Patriarca de Antioquía, Macario III, quien en solicitud de ayuda pecuniaria, había llegado a Moscú el 2 de febrero de 1655, lanzó el anatema de la excomunión contra los que seguían haciendo la señal de la Cruz con sólo dos dedos.

A poco presidía un nuevo Concilio a fin de preparar otra edición del Misal.

De estas deliberaciones surgió la que tomó por base un eucologio ¡impreso en Venecia!. Al fin llegó la respuesta de la Curia patriarcal ecuménica. Paisio, que así se llamaba el Patriarca constantinopolitano, al expresar su criterio acerca de las 28 preguntas formuladas, hacía mucho hincapié sobre lo que es esencial y lo que es accidental en la Liturgia. No aprobaba de manera plena las innovaciones establecidas por el consultante y, según parece, no veía inconvenientes en la coexistencia de modos locales discordantes en el acto de persignarse. El Patriarca de Jerusalén, a quien también se había consultado, enviaba a Nicón la obra de Juan Natanaél, llamada Skritzal, la cual tiene gran importancia histórico-teológica en Rusia. Fue ella cabalmente la causa de que tomaran carta de ciudadanía en ese país las doctrinas, bien contrarias por cierto a la tradición oriental, de que Nuestra Señora la Virgen María no fue liberada del pecado original sino en el momento de serle anunciada la Encarnación del Verbo en sus entrañas virginales y de que la Transustanciación se opera mediante la epiclesis o invocación al Espíritu Santo, posterior a las palabras institucionales.

Pero el Zar iba cansándose ya de Nicón. Quizá pensó que para mayor libertad en el ejercicio del poder civil era absolutamente necesario poner coto al desmedido orgullo del Patriarca, a sus peligrosas tendencias absolutistas y a su indomable tesón en materia de reformas canónico-litúrgicas. Sea como quiera, el caso fue que, a partir de 1656, remitió algo la fiebre reformista de Nicón. Mucho debió influir en este cambio inesperado el interés máximo con que el Zar intercedía en favor de todos los exiliados. Tanto es así que, a juicio unánime de los historiadores rusos, la vacilación de Alejo Michailovitch fue una de las causas principales del desarrollo inicial del Rascol.

En 1658 tenían ya lugar las inevitables fricciones, los comienzos de la ruptura definitiva entre el Zar y el Patriarca. Corría el mes de julio, en cuyos días 7 y 10 celebraban los moscovitas las fiestas de Nuestra Señora de Kazán y del Traslado de las Reliquias de la iglesia del Salvador, respectivamente. Contra la costumbre establecida, Alejo Michailovitch, Soberano ortodoxo de Rusia, se negó a ir al templo en aquellas magnas solemnidades. Grandemente enojado por el intenso desprecio que entrañaba esta actitud imperial, el Patriarca Nicón, en la creencia ingenua de que con ello realizaba un acto de represalia que obligaría al Zar a dar satisfacciones al poder religioso y a

humillarse ante él, subió al púlpito y predicó un sermón que por entonces tuvo enorme resonancia y luego alcance histórico considerable. El malhumorado Nicón anunció en forma desabrida que, no sólo renunciaba al Patriarcado, sino que abandonaba también la capital de su Arzobispado y de Rusia. En vano esperó tres días —los bastantes, según el orgulloso jerarca, para que el Zar reflexionara, le pidiera perdón y le rogara que continuase en su puesto—. Alejo Michailovitch no se inmutó. Como no se habían conmovido las esferas, el Patriarca se retiraba al Monasterio de la nueva Jerusalén, que él había fundado.

Comenzaba la lucha encarnizada entre las dos supremas potestades (de 1659 a 1666). A partir ya de la voluntaria retirada de Nicón se hablaba mucho en Moscú de la conveniencia y aun necesidad de acudir a la Curia Ecuménica en solicitud de que se autorizara la elección de un nuevo patriarca. En el entretanto, con gran escándalo ciertamente de Nicón, asumía la jurisdicción patriarcal el Metropolita de Krutitchy, Pitirim. Montado en una mula soberbiamente enjaezada, cuyas riendas llevaba el propio Zar de Moscovia, ese alto Jerarca iniciaba sus altas funciones presidiendo el día del Domingo de Ramos (7 de abril de 1659) una de las más solemnes ceremonias de la Liturgia rusa: aquélla en que se conmemora la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén. Una incursión de los tártaros (1659) obligó a Nicón a regresar a Moscú. El Soberano lo recibía con amabilidad extrema y, desde luego, con todos los honores debidos. Pero Nicón no podía ni debía residir en Moscú. En 1660 quisieron eliminarlo por el veneno.

En febrero de 1660 el Zar puso en juego toda su influencia para convocar un Sínodo antiniconiano. Era preciso demostrar que Nicón había desertado *voluntariamente* de su elevado cargo y que resultaba absolutamente necesario el nombramiento de un sucesor. Para acumular testimonios en contra del supuesto rec se llamó a todos los que escucharon el sermón célebre del 10 de julio de 1658. Es muy significativa la circunstancia siguiente: los testigos presenciales de aquella *voluntaria renuncia* no emitieron *viva voce* sus declaraciones. Los actuarios consignaron por escrito las que previamente redactara alguien. Luego se hizo cargo de ellas el boyardo Soltikov, quien las leyó en sesión plenaria del Sínodo. Una crítica no muy severa llega a la conclusión de que en todos esos testimonios hubo presiones y se cometieron injusticias. Nicón, por su parte, formuló la más enérgica protesta contra el procedimiento que se utilizaba y lanzó el anatema contra el Concilio, al cual llamó Asamblea Judaica.

De nada sirvieron la protesta y la condenación de Nicón; porque, bajo las órdenes expresas del Zar, que en todo imponía su voluntad, el Sínodo moscovita declaraba solemnemente que, en efecto, Nicón no era ya Patriarca de Moscú y que era urgente el nombramiento de un sucesor.

Sólo se oyó una voz favorable a Nicón: la de Epifanio Slavinecky, sabio monje de Kiew. He aquí sus palabras: «Sin haber depuesto a Nicón, no cabe hablar de un sucesor para el mismo. Aseguran algunos que Nicón, al renunciar a su dignidad, se depuso a sí mismo. Yo me atrevo a decir que su renuncia no fue sincera, porque iba exclusivamente dirigida *a forzar a los rebeldes y conducirlos al recto camino de la obediencia.* No renunció con verdadera intención. De haber existido ésta, la hubiera consignado por escrito o hubiera convocado a concilio. Así es que no hay lugar para una elección patriarcal. No podrá realizarse ésta mientras viva Nicón». (De Palmer en «The Patriarch and the Tsar», tomo IV, pág. 241). Los esfuerzos que para desvirtuar la contundente argumentación del prestigioso monje kievense realizaran en la asamblea los enemigos de Nicón, demuestran con meridiana claridad que la defensa hecha por Epifanio Slavineky produjo sensación entre aquellos padres y teólogos. Tanto fue así que nadie se atrevió a discutir en firme desde el punto de vista doctrinal el tema de la deposición niconiana. Una de las primeras medidas jurisdiccionales de Pitirim fue consagrar un obispo para la Silla de Kiew, hasta entonces sometida a la Curia Ecuménica de Constantinopla. Conviene observar que Nicón, amigo entusiasta de la Bizancio religiosa, se había opuesto a este empeño autonomista del Zar y de su séquito. Nuevamente perdía la paciencia el Patriarca en desgracia. Y el 16 de febrero de 1662, *Domingo de la Ortodoxia*, levantó su voz contra el administrador del patriarcado y lanzó el anatema de la excomunión «contra los que abandonan a sus verdaderos jerarcas eclesiásticos antes de haber sido condenados por un Sínodo legítimo». Por entonces llegaba a Moscú Paisio Ligarides, Metropolita de Gaza. En los comienzos maniobró con habilidad y no tomó partido por ninguno de los altos contendientes, pero no tardó en convertirse en furibundo enemigo de Nicón. En agosto de 1662, es decir, a los pocos meses de haber pisado tierra rusa, se hacía cargo de 30 cuestiones que le presentaba un boyardo, enemigo encarnizado del Patriarca caído. Ligarides respondía con una repulsa total del infortunado Nicón. Este, a su vez, refutó con calor y lógica en sus volumi-

nosas réplicas (1663-64) las preguntas del boyardo y las respuestas del Metropolita.

EL GRAN CONCILIO MOSCOVITA DE 1666-67

El Zar había pasado invitación a los titulares de los cuatro grandes patriarcados de Oriente. Acudieron personalmente sólo dos de ellos: Macario III, de Antioquía y Paisio, de Alejandría. La Curia Ecuménica estuvo representada por un alto funcionario, y la Metrópoli de Servia, por el Arzobispo Teodosio. Tomaron parte en las deliberaciones otros doce metropolitas, nueve Arzobispos, cinco obispos y numerosos archimandritas, higumenos y protopopes. En total, 76 miembros con voz y voto. Reservando los asuntos disciplinares y dogmático-canónicos para el capítulo consagrado al Rascol o Cisma, nos ocuparemos ahora tan sólo de la primera parte, la dedicada a la persona misma del Patriarca Nicón. Las discusiones fueron tempestuosas. El ilustre reo se defendió bien, y no trabajó menos en rebatir las aseveraciones del Patriarca su egregio enemigo, el Zar de todas las Rusias. Nicón, claro es, era depuesto y desterrado al Monasterio de Terapontow. Pero costó no poco llegar a este resultado, porque la polémica entablada fue larga y movida. Versó, como es fácil deducir, acerca del eterno problema de la *soberanía del poder civil y de sus relaciones con la Iglesia*. No queda rastro de los argumentos aducidos en las actas oficiales, porque el Zar y los boyardos tuvieron interés sumo en eliminar de ellas todo cuanto pudiera estorbarles; pero del informe detallado, aunque tendencioso, que nos dejó Paisio Ligárides, se deduce con toda claridad que se habían abierto amplio y hondo cauce las ideas eclesiológicas de Nicón. Los Obispos Pablo, Metropolita de Kutritchy y sucesor de Pitirim, quien en el entretanto había sido agraciado con la silla Arzobispal de Novgorod, e Hilarión, Arzobispo de Rjazán, se negaron a suscribir la condenación del Patriarca Nicón. No estaban solos estos valientes Jerarcas. A juzgar por las referencias de Paisio Ligárides, también el Arzobispo de Vologda, Simeón, se negó de la manera más rotunda a reconocer que el Patriarca fuera súbdito del Zar. No conocemos más nombres, pero sí sabemos que los Obispos rusos lucharon con ardor contra el portavoz del absolutismo zarista: Paisio Ligárides. Este Jerarca oriental se empeñaba también en defender, contra el criterio del episcopado ruso, naturalmente, que es lícito lanzar el anatema de la excomunión contra todos aquéllos que desobedecen al Soberano moscovita. «Pero los Obis-

pos rusos, quienes en el fuero de su conciencia rechazaban la sumisión de los poderes canónicos a la potestad civil, no se atrevieron a formular una protesta clara y abierta. Ello quería decir que en la lucha que por el predominio venían sosteniendo la Iglesia y el Estado, la victoria tanto teórica como práctica, quedaba por el último. (Gómez).

En diciembre de 1666 el sancionado Nicón cumplía ya la condena de su exilio en el monasterio de Terapontow, cerca de Bielozer. Pasados algunos años, era trasladado al de S. Cirilo, en aquella misma región. Cuando por el fallecimiento de Alejo Michailovitch (1674) subía al trono moscovita Feodor Alexejevitch, el desgraciado Patriarca era en parte rehabilitado. El nuevo Zar le autorizaba para vivir en Moscú. Nicón fallecía en el camino (1681). Fue inhumado con los máximos honores patriarcales en el monasterio de la Nueva Jerusalén.

Cuando se trata de emitir juicio sobre este interesante personaje de la Rusia del siglo XVII, los autores eslavos no aciertan a ponerse de acuerdo. No pocos historiadores, y entre ellos Sergio Soloviev, Kapterev y otros, sostienen que el Patriarca Nicón no fue otra cosa que un intrigante vulgar. Entendemos que semejante juicio es a todas luces injusto. En cambio, no faltan quienes exagerando la nota de la benevolencia, llegan hasta el extremo de *canonizarlo*. Lo han incluído en ciertos catálogos locales y le han atribuído milagros. Tampoco están en lo cierto los que tal afirman. El Patriarca Nicón no fue un santo. Le faltaba aquella moderación, aquella prudencia y, sobre todo, aquella humildad que caracteriza a los héroes de la virtud. Su natural rudo y violento, no controlado por el dominio de sí mismo, característico de todos los varones santos, no le permitió nunca guardar las debidas consideraciones a la persona humana. Quizá no era orgulloso, pero la idea que de su dignidad se había formado aquel severo e inflexible Patriarca era tan grande que su conducta pareció a muchos altanera e inaguantable.

Pero tampoco fue un intrigante vulgar. Nadie podrá negarle dotes excelentes y bellas prendas intelectuales y morales. Era hombre de amplia mirada, incompatible, ciertamente, con el estrecho y raquítico nacionalismo de ciertas gentes rusas fanáticamente exclusivistas, por adheridas tan terca como irracionalmente a los viejos modos eslavos. Nicón poseía, además, vastos conocimientos canónicos y litúrgicos. Era él en la Moscovia del siglo XVII el mejor teólogo y el más culto exégeta. Su vida sacerdotal y monacal había sido ejemplarísima. Y no conoció límites su ardiente celo por su querida Iglesia eslava y por las

instituciones monárquicas del país. Completaba el cuadro de todas estas cualidades estimables, propias de un hombre de talla moral sobresaliente, un gran talento organizador, bien atestiguado por sus fundaciones monacales. Desgraciadamente, estaba en posesión de una terquedad sin ejemplo y de una irritabilidad funesta. Tan pronto como se iniciaba la disputa, Nicón lanzaba los anatemas del Derecho Canónico contra sus impugnadores, a quienes excluía de la Iglesia a las primeras de cambio. Por otra parte, no respondía a la realidad moscovita la idea que se había formado de la Iglesia y del poder civil. Tampoco era admisible en buena doctrina histórica y canónica el presuntuoso desdén que siempre tuvo aquel enérgico y duro Patriarca moscovita para todos los influjos de índole occidentalista. Por lo demás, sus mismos enemigos—que eran incomparablemente peores que él—dieron la razón al perseguido jerarca. Se adoptaron todas sus reformas canónico-litúrgicas.

Capitulo IV

LA EXTRAÑA PERSONALIDAD DE LIGARIDES, METROPOLITA DE GAZA

Datos biográficos.—Su formación católica en Roma.—Ligárides, agente católico unionista para Oriente.—Sus andanzas en Valaquia y en Palestina.—La apostasía de Ligárides por su consagración de Metropolita para la Archidiócesis de Gaza y por su negativa a personarse en Roma para dar cuenta de su gestión misional.—Ligárides en Rusia.—Su actitud antiniconiana y su influjo en la Corte y en la nobleza.—Las acusaciones de los niconianos contra Ligárides, fiscal en el juicio que condenó a Nicón, Patriarca de Moscú.—Ocaso de Ligárides.—Las acusaciones que contra él formulara Nectario, Patriarca de Jerusalén.—Repercusiones de estos ataques en el Zar de Moscovia.—Defensa de Ligárides por parte del Soberano ruso.—Ligárides reconquista su prestigio e influencia en Moscú durante el gobierno del Zar Feodor Alexejevitch.—Muerte de Ligárides en Kiew.—Juicio crítico sobre la actuación del Metropolita de Gaza en Rusia.

Fueron tan grandes los influjos culturales de Paisio Ligárides en Rusia y tan destacado el papel que jugó en los acontecimientos religiosos de la misma durante el siglo XVII, que bien merece que dediquemos un capítulo entero a esa personalidad extraña del mundo greco-ortodoxo.

Paisio Ligárides, Arzobispo griego de Gaza, fue sin disputa de ningún género, uno de los espíritus más cultos del Cercano Oriente en el siglo XVII. Hijo de padres de Rito griego-católico, Pantaleón o Panteleimón —que tal fue su nombre de pila—, nacido en Chios (¿1610?), recibía las aguas bautismales dentro del Catolicismo. Cuando tenía 30 años, fue enviado por sus padres al Colegio Griego de Roma, donde estudió, por espacio de diez, Humanidades, Filosofía y Teología. Aún no había terminado sus estudios teológicos cuando, en la iglesia de San Ata-

nasio y en presencia de varios Cardenales, defendía con toda brillantez tesis filosófico-teológicas de índole escolástica por el contenido y por el método. En aquel templo le confería las Ordenes Sagradas el Metropolita unido de Ucrania, Rafael Korsak. En 1641 la Sagrada Congregación de Propaganda Fide lo enviaba a Levante para trabajar allí en favor de la Unión de las Iglesias. A este fin se le asignaba una renta anual de 200 ducados. La Curia Romana, que había depositado grandes esperanzas unionistas en la ciencia innegable y en el supuesto celo de este hombre de valer, le dio la orden de trabajar ante todo en la Isla de Chios, lugar de su nacimiento, a fin de llevar aquellos fieles hacia la obediencia al Pontífice Romano. Pero no habían pasado dos años, y Ligárides se instalaba en Constantinopla, cuyo patriarca Partemios I le otorgó licencias para celebrar, predicar y confesar. Con tal motivo vio incrementados sus ingresos en otros diez escudos anuales. «Estas cuestiones de dinero jugaron un papel de considerable importancia en la vida de este personaje» (Grumel). Tres años permaneció Ligárides en la capital de la greco-Ortodoxia. Quizá para librarse de un intrigante molesto, el Patriarca Juan II pidió a Roma que extendiese la esfera de acción de Ligárides a Valaquia porque, según se decía con insistencia en la capital ecuménica, el Príncipe de esta región daba muestras de buenas disposiciones en el terreno religioso. El Patriarca lograba el alejamiento de Ligárides. El Príncipe válaco, en efecto, lo nombraba su confesor, su teólogo y su magistral. También desempeñó alguna cátedra en la escuela que en Jassy fundara Basilio el Lobo. Los tan estrechos contactos con los ortodoxos no impidieron a Ligárides seguir percibiendo subsidios de la Curia Romana. Estando en Rumania ayudó mucho a su compatriota Ignacio Petritzis en la ardua tarea de verter al rumano el Nomocanon griego que en 1652 había publicado el monje bizantino Daniel. Fue en Rumania donde conoció al Patriarca de Jerusalén, Paisio, quien residía allí más tiempo que en Palestina. Al fin, regresaba a su Sede este jerarca oriental (1651). Le acompañaba Ligárides, quien al recibir de manos de Paisio en la iglesia de la Resurrección el hábito monacal, cambió el nombre de Pantaleón por el de Paisio. La apostasía del católico Ligárides iba a verse pronto y solemnemente confirmada. El 14 de septiembre de 1642 recibía de manos del Patriarca de Jerusalén, su protector, la consagración episcopal con el título de Metropolita de Gaza. No ocurrió ello, claro está, sin gran escándalo de los católicos y de los

franciscanos que presenciaron el rito consacratorio en la iglesia de la Resurrección. Subía de punto la extrañeza de aquellos frailes al observar que el nuevo prelado, después de haber recitado el Símbolo de Nicea, le oyeron realizar un acto de adhesión formal a los Cuatro Patriarcas del Oriente. Inmediatamente después de aquella ceremonia, equivalente, claro es, a su tránsito a la Ortodoxia, el nuevo obispo disidente tuvo la osadía de presentarse en la Residencia de P. P. Franciscanos para asegurarles que seguía siendo católico y que en prueba de ello allí mismo renovaba su obediencia al Papa. A los justificados reproches que se le hicieron Ligárides contestaba así: «Yo no hice profesión de fe ortodoxa, ni me explico por qué se me censura. Mi conducta no puede ser más diáfana».

Desde Chíos, a donde se trasladó el nuevo Metropolita, a quien importaba poco la diócesis, escribía a un amigo jerosolimitano para decirle que el Patriarca de la Ciudad Santa era un excelente ¡católico!. Titulándose arzobispo de Gaza tuvo la osadía de dirigirse a la Congregación de la Propaganda Fide en reclamación de ciertos atrasos que se le adeudaban (1655). Tres años más tarde, renovaba esta petición y para mejor apoyarla presentaba un certificado del Arzobispo de Sofía. Aseguraba este Prelado que Ligárides era un buen ¡católico!. Pese a su consagración episcopal por un Patriarca disidente, la Congregación romana le suplicaba que se acercase a la capital del Catolicismo para dar explicaciones de su conducta realmente insólita. Naturalmente, Paisio Ligárides no se presentó en Roma. Pronto le vemos otra vez en Rumanía. A lo visto no le interesaba la Archidiócesis de Gaza. En Valaquia (1656) establecía contactos con el Patriarca de Antioquía Macario, quien regresaba de Moscú, lugar de peregrinación de todos los empobrecidos jerarcas orientales. Se sabe que Ligárides compuso en Rumania (ahora o en el otro viaje) varios escritos encaminados a convertir a los protestantes.

Por recomendación de Suchanov, viajero ruso que le había servido de Mecenas en sus correrías por Tierra Santa, recibía Ligárides (1657) del Patriarca Nicón el ruego de que se acercase a Moscú. El Patriarca moscovita fundaba grandes esperanzas en las luces y fama de Ligárides y en el apoyo científico que pudiera prestarle en la obra de reforma de los Rituales eslavos. Ligárides no contestó a esta invitación y no se puso en camino para Rusia sino cuatro años más tarde, cuando era ya muy difícil la situación del Jefe de la Iglesia eslava. En realidad

de verdad, llegaba a Moscú el Metropolita de Gaza para complicar aún más el pleito que en Moscú mantenían las dos supremas potestades. Parece ser que el viaje a Moscovia de este interesante y extraño personaje no tuvo otra finalidad —así lo prueba una de sus cartas— que la de recoger abundante dinero con relativa facilidad. El Zar Alejo lo recibía como a un árbitro y a un profeta. Los moscovitas no conocían bien, claro está, al Arzobispo de Gaza, porque ese «árbitro» singular fallaba siempre a favor del poder civil, y el que ellos llamaban «profeta» anunciaba a todas horas cosas muy gratas a los poderosos.

En el arsenal bien nutrido de sus conocimientos y en la fecundidad de su indudable talento tenía Ligárides medios sobrados para realizar servicios valiosos y exigía por ellos retribuciones muy altas. El favor que el Zar le dispensaba le sirvió para arrancarle, por medios no muy limpios, cantidades considerables de dinero. El Arzobispo de Gaza se aprovechó de su privilegiada situación para «comerciar» en pieles.

También el Patriarca lo recibía con júbilo, porque esperaba hallar en él un apoyo firme contra el Concilio que en 1660 lo había condenado. El desengaño de Nicón fue enorme. El Metropolita de Gaza respondía así al requerimiento patriarcal: «Vuestra Reverencia no tiene derecho a «censurar» al Concilio y mucho menos al Zar. El Soberano moscovita ejerce con facultades plenas una vigilancia verdadera y una efectiva protección sobre la Iglesia. ¿A quién sino a él debe Vuestra Reverencia las dignidades de Metropolita, en primer lugar, y de Patriarca, después?» Perdida toda esperanza de hallar apoyo en Oriente, el Patriarca en desgracia abrigó el propósito de apelar a Roma. Nicón se fundaba en los cánones del Concilio de Sárdica. Con tal motivo se reunía en el Palacio imperial un Consejo de Boyardos y de altos dignatarios eclesiásticos. Llamado a él, el consejero Ligárides, enemigo mortal de semejante «apelación», hizo uso de su erudición canónica para demostrar que, habiendo estado siempre sometidos a la jurisdicción de la Curia Ecuménica, los rusos no actuaban «legitimamente» apelando a Roma. A partir de esta defensa de la Ortodoxia antirromana, Ligárides quedaba convertido en Oráculo de los Boyardos. Uno de ellos, Streschev, pariente del Zar, le dirigió por escrito treinta cuestiones relativas a Nicón. El Metropolita griego expuso su criterio. Fueron resultado de esta consulta las preguntas y respuestas consiguientes, las cuales —justo es reconocerlo— lograron gran difusión en Moscovia. Casi sobra advertir que tenían la tendencia a legitimar la reunión del Con-

cilio, pese a la opinión en contrario del Patriarca. La tesis de Ligárides se basaba en la igualdad de todos los obispos. Otorgaba al Zar la libertad y derecho plenos para convocar el Concilio. El Zar de todas las Rusias no podía ser menos que Constantino y otros emperadores griegos. También debería estar facultado para conceder y arrebatar privilegios y jurisdicción a los Obispos cuando lo juzgara conveniente. Mas era preciso salir del atolladero en que se encontraban las cosas eclesiásticas en Moscovia desde hacía muchos años. Ligárides hizo esfuerzos para convencer al Zar de la necesidad y conveniencia de convocar una asamblea en la que intervendrían los cuatro grandes Patriarcas de Oriente. Por orden del Soberano moscovita el propio Ligárides redactaba las cartas de invitación al de Jerusalén, Nectario, y al de Constantinopla, Dionisio. Estos Patriarcas, que no se mostraron dispuestos a trasladarse a Moscú, se contentaron con firmar, y hacer firmar a los otros dos, un *tomos* (declaración) en el que establecían de una manera general que un Patriarca podía ser juzgado por un Concilio legítimamente convocado y reunido. Nicón acabó por firmar su propia abdicación, pero, aconsejado por un tal Agatángelo, teólogo y canonista griego, informaba a la vez al Zar de los antecedentes de Ligárides y de su situación anticanónica. Se hizo saber al Soberano moscovita que ese Ligárides a quien se tenía en Rusia por un oráculo en materias religiosas, había recibido «¡educación latina!» y que, además, se hallaba con respecto a su patriarca en una situación anormal, ya que actuaba en Rusia en nombre de la Iglesia griega sin haber recibido delegación ni mandato de ningún género. Ligárides, en efecto, había sido amonestado, poco después de su exaltación, por el Prelado consagrante a causa de ciertas epístolas escritas desde Chíos, donde se encontraba no muy sobrado de recursos. Otro tanto había realizado el propio sucesor de Paisio, Nectario, porque el dichoso Metropolita de Gaza no se había dignado rendirle el testimonio de la obediencia debida a la más alta dignidad en la greco-Ortodoxia. Y por si esto fuera poco, resultaba —y éste era uno de los más graves capítulos de acusación— que estando en Moldavia, el bueno de Ligárides se había procurado unas cartas falsificadas por un tal Leontis a fin de hallar más facilidades para entrar en el Kremlin moscovita. Ligárides negó en redondo las acusaciones formuladas por Nicón y llevó su osadía hasta el extremo de ofrecerse espontáneamente a ser juzgado por un Sínodo de obispos rusos, es decir, por una asamblea integrada por unos dignatarios *que no lo conocían*. Y curándose en salud,

el Metropolita de Gaza aseguraba que, de todos modos, el único que tenía jurisdicción sobre él era el Patriarca de Jerusalén. El tribunal se constituyó y actuó. Como testigo de cargo se presentó Agatángelo, quien mantuvo con vigor la consabida acusación. Pese a ésta, el ladino e intrigante Ligárides logró convencer de su inocencia a los prelados rusos. Así estaban las cosas, cuando llegaban noticias de que dos Patriarcas orientales (Macario, de Antioquía, y Paisio, de Alejandría) se encaminaban a Moscú. Con ello aumentaban las probabilidades de una nueva asamblea conciliar. ¿Soñaba Ligárides con la presidencia de la misma? Al parecer, sí. En una carta dirigida al Zar Alejo (15-XII-1665), decía lo que sigue: «Por mediación de Esteban, enviado del Patriarca de Constantinopla, Dionisios, acabo de recibir una comunicación de la más alta importancia. En virtud de ella quedo nombrado representante de la Curia Ecuménica en Rusia».

Al mismo tiempo —plenamente convencido de que el Zar no podría desentenderse de él— Ligárides, hombre orgulloso y muy pagado de sí, suplicaba al Emperador moscovita que tuviera la bondad de refrendar la decisión patriarcal. Alejo, quien sin duda abrigó sospechas acerca de la existencia de semejante comunicación —ya que en correcta diplomacia debió ir acompañada de otra dirigida a su autoridad— destacó a Constantinopla a un hombre de toda su confianza. Pronto se supo que el documento en que se apoyaba Ligárides era ¡apócrifo!. Lo había fabricado Esteban, el supuesto enviado patriarcal. Pese a todo, el Zar, o excesivamente ingenuo y bondadoso o grandemente necesitado de sus servicios, mantuvo cerca de sí al nada escrupuloso Ligárides. En el entretanto, llegaron a la capital de Rusia (13-X-1666) los Patriarcas de Alejandría y de Antioquía, ya mencionados. El 7 de noviembre inmediato comenzaba el juicio de Nicón. Ligárides, que actuó de fiscal, fue el alma de las ocho sesiones celebradas. En la última era condenado y depuesto el Patriarca de Moscú. Al propio tiempo se *declaraba limpia de toda sospecha la Ortodoxia de Ligárides ¡del antiguo alumno de los jesuitas!* Así es que el Metropolita de Gaza había logrado lo que se proponía: *consolidar firmemente su posición en Moscú*. Tanto fue así que «de haber dominado el idioma ruso, habría ocupado por elección canónica la vacante que dejaba el desventurado Nicón» (M. Pomponne). Hasta la Corte polaca había llegado la noticia de la semiomnipotencia de Ligárides en la capital de Rusia. El 28 de marzo de 1668, el rey de Polonia, Casimiro, le escribía una carta rogándole que interpusiera su

influencia en Moscú para lograr la unión de las Iglesias. Y tres meses más tarde, a instancias del Nuncio Apostólico en Polonia, Monseñor Scierecky, insistía en una segunda carta sobre ese mismo punto: «Le ruego muy encarecidamente —éstas eran las últimas palabras del soberano polaco— que haga presión sobre los dos Patriarcas orientales y sobre el Zar de Moscovia a fin de que no pongan obstáculos a la unión religiosa».

Pero el ocaso de Ligárides se aproximaba. Su prestigio decaía por momentos. Inopinadamente llegaba a Moscú (29-VII-1668) una carta de Nectario, Patriarca de Jerusalén. En ella se hacía saber al Zar que sobre Ligárides gravitaba la pena canónica de la excomunión. Tanto él como su inmediato predecesor Paisio se habían visto obligados a fulminarla. Además, el Arzobispo de Gaza se ha presentado en esa capital rusa con cartas de recomendación ¡falsificadas! en Valaquia. «Ante Nos se encuentra el hombre que las escribió. Se llama Leontis...» Nectario añadía en su carta recriminatoria que el dinero conseguido en Rusia por Ligárides iba a parar a manos de sus sobrinos, que residían en Chíos. Por último, el Patriarca de Jerusalén afirmaba lo siguiente: «Este personaje extraño, que con los latinos presume de ¡católico! y que se las da de ¡ortodoxo! cuando está entre griegos y rusos, *recibe del Papa 200 ducados anuales*». Ligárides, como era natural se lamentó de esta actitud hostil del Patriarca jerosolimitano. En carta al Nuncio en Polonia dijo de él que le calumniaba para cerrarle el camino a mayores ascensos en la jerarquía eclesiástica. Y en cuanto a los 200 escudos, subvención que, según Nectario, recibía de Roma, Ligárides aseguró por escrito, no sin cierta ironía, que se trataba de un mero título *sine re*.

A raíz de las revelaciones del Patriarca Nectario, el Zar de todas las Rusias, quien vió en Ligárides a un impostor, comenzó a tratarle con bastante dureza. Y no lo arrojó con vilipendio del territorio ruso por no *desautorizar* la obra antiniconiana, que en buena parte se debía a él. Pero este farsante reconquistaba el favor imperial porque logró convencer a Alejo de que todo era *calumnia* vil nacida de la maldita envidia y del odio implacable de enemigos personales. En virtud de ello, el Zar escribía a Nectario y le pedía que repusiera en su dignidad y jurisdicción al Metropolita de Gaza. Y para más obligarle le enviaba un obsequio de 1.100 rublos en pieles valiosas y con él «la promesa de un presente más rico cuando se hubieran cumplido nuestros deseos en pro de este jerarca perseguido». El Patriarca Dositeo, que había sucedido a Nectario, debía tener

en este orden de cosas el mismo criterio que su antecesor, porque a la carta que dirigiera al Zar, recibida en Moscú el 4-I-1670, en la cual rehabilitaba a Ligárides, acompañaba otra en la cual colmaba de reproches al interesado, al Metropolita de Gaza. De ello resulta que al concederle la absolución y el restablecimiento en su poder jurisdiccional, Dositeo obraba exclusivamente en atención al Zar y en contra de sus más íntimas convicciones. En efecto, en abril del año siguiente, Ligárides era de nuevo sancionado canónicamente por su Patriarca, el jerosolimitano Nectario. El Zar de Moscovia no quiso ya intervenir ante este Patriarca oriental y se contentó con rogar a Ducas, príncipe de Valaquia, que interpusiese su valimiento en favor del sancionado Metropolita. Por desgracia para él, tampoco halló aquí Ligárides apoyo alguno. Viendo cerradas todas las puertas, el Metropolita de Gaza se dirigía al Zar (4-V-1671) y le rogaba que le diera permiso para regresar a Palestina y ver de conseguir aquí su absolución y que le proporcionase iconos y ornamentos pontificales al objeto de realizar obsequios a su Patriarca. En abril de 1673, previamente autorizado por el Zar, Ligárides se ponía en camino hacia su tierra; pero llegó a Kiev, término de su primera etapa, y allí se quedó. Sin duda había recibido malas noticias de Oriente. En tan lamentable situación el desventurado Arzobispo de Gaza tomó la decisión de regresar a Moscú. Pero Alejo Michailovitch, que ya se había cansado de él —el traidor no es menester, siendo la traición pasada— le ordenó que permaneciese en la capital de Ucrania. Al fin, después de muchos e insistentes ruegos, consiguió volver a Moscú (agosto de 1675). Pero ya nadie le hacía caso en la capital de Rusia. No le fue mejor en el gobierno del Zar Feodor Alexejevitch porque surgió en seguida en todo el país una gran antipatía contra los griegos. Aún así logró mantenerse el dichoso Ligárides.

Mucho debió contribuir a esto un favor singular que prestó al soberano moscovita. De tiempos atrás venían deseando los Zares el título Imperial que les negaban las Cancillerías europeas. El Papa no se atrevía a otorgar a los Grandes Duques de Moscovia lo que les rehusaban el Rey de Polonia y otros monarcas de Occidente. Pues bien, por intercesión de Ligárides, el Romano Pontífice (1676) concedía a Feodor Alexejevitch el título de Zar (César). La cosa no dejaba de tener importancia porque la Curia Romana acababa de negar esta gracia al Zar Alejo Michailovitch, inmediato antecesor de Teodoro. En el año últimamente mencionado el Zar daba permiso a Ligárides para

que regresase a su diócesis; pero el Arzobispo de Gaza no pasaba de Kiev. Aquí le sorprendió la muerte.

La estancia de Ligárides en Rusia no dejó de surtir efectos de estimable valor teológico. He aquí lo que se lee en un documento contemporáneo de la Congregación *De Propaganda Fide*: «Corrigió muchos abusos, sobre todo, el de rebautizar a los cristianos que, procedentes del campo católico, ingresaban en la Ortodoxia moscovita y redujo a bien poca cosa las diferencias religiosas con la Iglesia romana. En cuanto a la Procesión del Espíritu Santo, se acercaba mucho a nosotros. Y aunque, como ortodoxo, no admitiera el dogma del Purgatorio, concedía, sin embargo, que existe un tercer lugar de purificación entre esta vida y la eterna del Paraíso. Por su aproximación a los puntos dogmáticos de la Iglesia de Roma, Ligárides fue acusado de católico ante el Gran Duque de Moscovia. El apareció allí como ortodoxo y acabó por perder en Moscú todo el favor oficial». Aunque separado de Roma, Ligárides no pudo negar que había recibido en la capital del Catolicismo su formación intelectual. De ella hizo frecuente uso en Rusia.

CAPITULO V

EL RASCOL

(Cisma dentro de la Ortodoxia eslava)

GÉNESIS DE ESTA ESCISIÓN

I

La reforma niconiana de los Libros litúrgicos, motivo ocasional del Cisma.—El Patriarca reformador Nicón y su formidable enemigo, el protopope Avakum.—Sus principales adeptos.—El protopope Nikita Puskosviat de Suzdal y su refutación del Skritzal o Colección de las reformas niconianas.

II

El gran Concilio moscovita de 1666-67.—Confirmación oficial de las reformas de Nicón.—Anatema y castigos tremendos contra los Rascolnikys.—El Directorio *de Simeón de Polotzk aprobado por el Concilio, expresión fiel del criterio teológico de éste.—Aprobación del Misal niconiano.—La ruptura definitiva de los cismáticos con la Iglesia oficial.—La heroica resistencia del Monasterio de Solovezky en el Mar Blanco. Subsistencia del Cisma hasta hoy.*

III

CONSIDERACIONES HISTORICO - FILOSOFICAS ACERCA DE LOS MOTIVOS INTRINSECOS DEL ESTALLIDO CISMATICO

El Rascol no tiene su origen interno *en la fanática ignorancia, ni en el odio personal, ni en el vicio ruso de dar importancia a los detalles, sino en una* Raíz Religiosa. *(Anhelo de renovación interior moral y religiosa).—Las dos concepciones es-*

lavas del Cristianismo: la puritana de los cismáticos y la eclesiástico-estatal del Zarismo.

El Rascol (cisma, en ruso) es una grave escisión, surgida a mediados del siglo XVII, en el seno mismo de la Iglesia eslava. Las reformas litúrgicas del famoso Patriarca Nicón suministraron el pretexto.

A partir de la consagración del Patriarca Filareto, padre del primer Romanov, por Teofán de Jerusalén (1619), se presentaban con harta frecuencia en Moscovia los grandes jerarcas y los más prestigiosos monjes del Oriente Cercano sometido a los turcos. Iban a pedir limosna o poco menos, es decir, a recabar auxilios económicos para sí y para sus iglesias. El piadoso Zar Alejo Michailovitch, que, además, abrigaba propósitos ambiciosos respecto de los territorios de que procedían, recibió muy bien a los pedigüeños de los grandes Patriarcados orientales. Ahora bien, éstos, que llevaban consigo Eucologios y los libros litúrgicos, bizantinos, claro está, hicieron notar a los moscovitas las discrepancias existentes entre los que se utilizaban en Rusia y los suyos. No eran esenciales, pero sí muy numerosas. A partir del establecimiento definitivo de la imprenta en Moscú (comienzos del siglo XVII) se habían multiplicado en Rusia las ediciones de los libros litúrgicos; pero los correctores, que gozaban de una libertad excesiva, tanta que ellos confeccionaban caprichosamente la lista de los ¡Dípticos!, habían introducido modificaciones de bulto. También se apartaban del modelo bizantino determinadas prácticas litúrgicas, a las que habían dado carta de naturaleza el alejamiento de Rusia con relación a la vida política y social de Bizancio y el inmoderado deseo moscovita de pompa y esplendor. Era ésta la razón de la conducta altanera de aquellos egregios visitantes del mundo bizantino. Llamaban a los moscovitas *ignorantes, groseros e incultos.*

Un grupo de rusos, no muy numeroso por cierto, pero sí muy influyente en la Corte zarista, daba la razón a los dignatarios griegos y tomó partido por la «necesidad» de las reformas litúrgicas. En cambio, los clérigos inferiores y, sobre todo, los curas rurales, muy convencidos de que Moscú, desde que los bizantinos perdieron la integridad de la fe, era la tercera y última Roma, desconfiaban de los pordioseros visitantes griegos —algunos de los cuales hacían vida poco edificante— y combatieron la idea de reforma que aquéllos preconizaban. Pero en las altas esferas políticas pensaban de otro modo. Hay que poner a nuestra amada Ortodoxia —se decía en ellas— en ar-

monía con los modos bizantinos, porque no en vano fue Bizancio la educadora y misionera de las tribus eslavas. Nuestra Iglesia —repetían los Boyardos y los cortesanos— tiene que ser más «ecuménica». El Zar era de esta misma idea. También opinaba así su confesor. Quizá por esto era nombrado Patriarca de Moscú (1652) el jerarca Nicón, cuyo tesón y energía parecieron cualidades muy adecuadas para el caso. El Patriarca, hombre de gran valer, implantaba las ansiadas reformas.

Pero no mucho después, habiendo surgido la incompatibilidad entre un Patriarca y un Zar, que por igual aspiraban al predominio absoluto de la potestad que encarnaban, Alejo Michailovitch creyó oportuno llamar a Moscú a algunos de los viejos enemigos del Patriarca reformador. Era uno de ellos el protopope Avakum, quien en el destierro de Siberia —pena que le había impuesto Nicón— se había creado una aureola de mártir. El antiniconiano Avakum era recibido en Moscú como un ángel de Dios. Era alojado en la casa de la ¡imprenta estatal!, nada menos. La apasionada elocuencia, el relato de sus terribles sufrimientos, un tanto exagerados, y el favor oficial crearon a este fanático una gran popularidad, a todas luces inmerecida. Tuvo muchos discípulos entre la alta nobleza y los personajes más destacados de la Corte. ¡Como que pasaba por discípula suya la mujer del Zar, nada menos!

También se le habían adherido las princesas Urosova y Morozvna, las cuales cobrarían en el Cisma un nombre imperecedero merced a la inquebrantable firmeza con que soportaron los tormentos en defensa de la «Vieja Fe». Entre los antiniconianos moscovitas se hizo famoso el protopope Nikita Puskosviat de Suzdal, quien escribió una amplia refutación del Skritzal o colección de las reformas del Patriarca Nicón. Antes de ser recogido por la policía estatal, el manuscrito de la misma circuló mucho entre los sacerdotes y fieles de Moscovia. Defendía, entre otras, dos tesis que merecen señalarse: *a)* La de la Inmaculada Concepción de María. Por cierto que utilizaba argumentos muy raros, muy moscovitas, que en nada se parecían a los desarrollados por los latinizantes de la Academia Eclesiástica de Kiev, y *b)* la relativa a la Santa Eucaristía. Puskosviat trató de probar que la *Transubstanciación* se operaba, no en virtud de las palabras institucionales, como, según él, daban a entender ciertas frases del Skritzal, ni por la eficacia de la Epiclesis, como pretendían los pravoeslavos helenizantes, sino gracias a las oraciones de la Proscomidia. «De hecho —escribe el P. Ledit— se trata de una opinión más extendida de lo que se cree ordinariamente

entre los antiguos rusos. Los primeros Rascolnikis se adhirieron con tesón a estas ideas. No estaban solos, ciertamente».

El gran Concilio moscovita de 1666-67.—Se llamó grande a esta asamblea porque entre los prelados asistentes figuraban Paisio Ligárides, Metropolita de Gaza; Teodosio, que lo era de Servia; dos Patriarcas del Oriente turco, los de Antioquía y Alejandría, y numerosos metropolitas, arzobispos y prelados eslavos. En la primera sesión, que tenía lugar en febrero, se aprobó por aclamación que «los Patriarcas orientales no habían perdido la fe ortodoxa, pese al yugo turco que sobre ellos pesaba». A continuación se adoptaban como ortodoxos y saludables los libros litúrgicos de la Iglesia griega. En la sesión segunda se confirmaba el Sínodo de 1654, lo cual equivalía a ratificar la obra reformadora de Nicón y a condenar la tesis clásica rusa acerca de *Moscú, como tercera y última Roma*. A partir de la sesión tercera fueron compareciendo sucesivamente los cismáticos más destacados. El obispo Alejandro de Viatka, que había redactado un escrito en el que daba especial relieve a las variantes entre el Misal del Patriarca Filareto y el de Nicón, rectificó su criterio cismático, hizo penitencia y era absuelto. Avakum, en cambio, que insistió en su obstinada actitud cismática, era condenado y degradado. Nikita Puskoviat, el autor del escrito antiniconiano que ya conocemos, confesó su error y fue perdonado. Pero habiendo recaído más tarde, era vilmente ejecutado. El diácono Teodoro y el monje Lázaro, que insistieron en su rebeldía, fueron condenados a la *amputación de la lengua*, lo que no impidió —por milagro o sin él— que continuaran predicando contra la Iglesia estatal y en favor del Rascol.

El Concilio encargó al Metropolita de Gaza, Paisio Ligárides, que redactara una refutación del escrito de Puskosviat contra el Skritzal niconiano. El trabajo de Ligárides no agradó a la Asamblea; por lo cual se dio idéntico encargo a Simeón de Polozk. Este santo varón redactó su *Directorio*, que fue aprobado por el Concilio. Defendía la Inmaculada Concepción de María, Madre de Dios, y, en cuanto a la *Transubstanciación*, aceptaba la tesis católica. Sin embargo, al final del párrafo en que lo hacía, empleaba ciertas expresiones que daban a entender una actitud favorable a la *utilidad de la Epiclesis*. Reexaminado más tarde, el *Directorio* era publicado con grandes alabanzas y recomendado solemnemente por el Patriarca de Moscú. Es casi nulo el interés dogmático de este Concilio. Se reprobaron algunas prácticas introducidas por Nicón. El Patriarca en desgracia había prohibido la administración de los últimos sacramentos

a los malhechores condenados a la última pena y había introducido los espejos en las sacristías y santuarios con el fin de que los popes pusieran sus barbas y cabellos en orden. Después de un examen minucioso era aprobado y declarado como tipo del género el Misal de 1667.

He aquí las palabras del decreto: «Si después de nosotros viniera un ángel a deciros otra cosa, no le creáis. Se aprueba el *Skritzal* y se ordena que se lo tenga en gran honor a causa de los numerosos razonamientos teológicos y misterios que contiene. Sin embargo, no se recomienda a todos su lectura, porque los ignorantes como Nikita, Avakum y Lázaro hallaron en él su perdición». Para dar más fuerza a sus decretos el Concilio aludía de nuevo al *Directorio* de Simeón de Polozk, el cual por esto mismo puede considerarse como la fiel expresión de aquella magna Asamblea moscovita. Se renovaron las prescripciones niconianas sobre el signo de la Cruz, sobre el nombre de Jesús, sobre el triple Allelúja, etc... Por último, se aprobó la corrección del Símbolo y se dio estado oficial a todas las innovaciones que había introducido el Patriarca Nicón. Naturalmente, eran «reprobados» todos los escritos en que se apoyaban los «Viejos Creyentes», es decir, los cismáticos o enemigos teológicos del Patriarca reformador.

La incompatibilidad entre los reformistas y los amigos de los viejos libros y usos litúrgicos y, por ende, la ruptura *cismática* pareció irreductible y definitiva desde el momento en que Avakum, hombre muy violento y fanático, se puso a lanzar, en pleno concilio, maldiciones brutales contra los Patriarcas de Oriente y los metropolitas y obispos de Rusia. Los resistentes más destacados, a quienes el jefe Avakum había logrado fanatizar, eran deportados a Pustozer, en el Océano Artico. Se hizo famosa la oposición antiniconiana de los monjes de Solovezky.

Durante ocho años aquellos monjes tan valerosos como amantes de las prácticas y rituales antiguos, ofrecieron una resistencia heroica a los Streltzis o tropas del Gobierno. No querían nada con los niconianos, a los que llamaban *Satélites del Anticristo* El Monasterio de Solovezky caía, al fin, y eran aniquilados sus valientes moradores. Mas no por ello desaparecía el Cisma. Antes al contrario, se propagaba rápidamente por todo el país. Todavía subsiste, pese a la enérgica actuación antirascoliana de la Iglesia oficial y del Estado. Los rascolnikis, que aborrecían y aborrecen con toda su alma a una y a otro ascendían a unos 14 millones a la hora en que desaparecía del campo de la Historia el sistema zarista, que tanto los había perseguido.

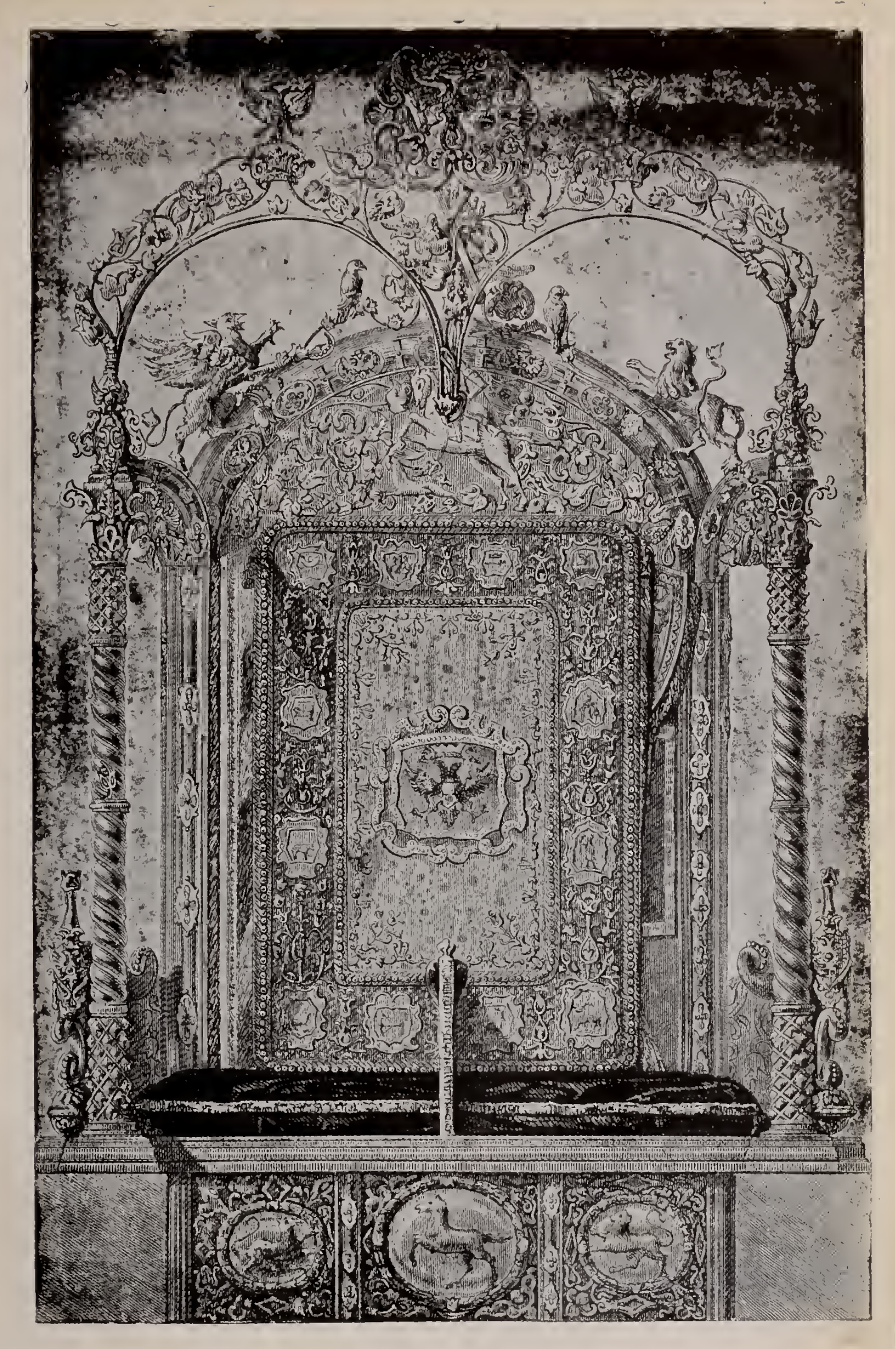
Se ha discutido mucho acerca de esta deplorable escisión. Los apologistas de la Iglesia oficial —todos los historiadores de la Ortodoxia eslava— la achacan a la *ignorancia, la rutina y el tradicionalismo obtuso y cerrado* de Avakum y de los suyos. No tienen razón los que así se expresan porque, en cuanto a conocimientos teológicos, ansia de corregir libros litúrgicos y *fanatismo,* allá se andaban unos y otros contendientes (innovadores niconianos y Rascolnikis tradicionalistas). Los primeros eran tan rabiosos defensores de los modos griegos modernos como los segundos, de la tradición bizantina rusa.

Tampoco son explicación satisfactoria de tan importante fenómeno las rivalidades y odios de índole personal, como aseguró el jerarca Macario, autor de la mejor historia del Rascol. Una escisión tan honda y tan extensa forzosamente ha de tener causas de carácter general.

¿Fue quizá causa principal el vicio específicamente ruso de dar importancia extraordinaria a los ritos externos y a los detalles nimios, cual sostiene el historiador Kapterev? En cierta medida —no cabe la posibilidad de negarlo— el modo de santiguarse y de hacer las inclinaciones rituales provocaron inmediatamente el conflicto.

También lo es que se mantuvo gracias a otras reformas intrascendentes de índole litúrgica; pero la enorme confusión de dogmas y de ritos era achaque común a uno y otro bando. Conviene advertir que las fluctuaciones en estas materias (variaciones sobre el Alleluja y signo de la Cruz, sentido de la marcha en las procesiones y corrección de textos y libros litúrgicos) ya se habían producido en anteriores centurias sin haber desencadenado tormentas cismáticas. Y al ser oficialmente otorgada a los «Viejos creyentes» la facultad de seguir sus ritos y practicar su culto especial, el Cisma fatal no desapareció. Por lo tanto se hace preciso admitir que el pueblo ruso debió ver detrás de aquellos infantiles problemas litúrgicos alguna *realidad religiosa* de considerable importancia.

En pleno siglo XIX autores de nota vieron en el Rascol un movimiento insurreccional del pueblo contra el centralismo estatal y la esclavitud, es decir, un problema netamente social. Pero las rebeliones de los Rascolnikys obedecieron siempre a motivos religiosos. Contra las pretensiones absolutistas del Poder civil, que se empeñaba en violentar las conciencias, defendieron ellos la libertad de dar culto a la Divinidad en la forma más conveniente. No les interesaban los conflictos políticos y económico-sociales. El Rascol no intervino en la intentona de



Trono de plata



Corona del Zar Miguel Feodorowitch o "Bonete de Astrakán"

Stenka Razín. Y cuando, más tarde, Herzen y Ogarev, revolucionarios, quisieron apoyarse en los Rascolnikys como en aliados valiosos, el más amargo desencanto vino a sacarles de su error. Los cismáticos rusos no eran politicos. «La protesta surgió en el campo estrictamente religioso, sin el menor fermento de factores extraños a la fe y a la Iglesia» (Smirnov). Este historiador se fija principalmente en el *motivo escatológico* y sostiene que la causa determinante del Cisma es de índole exclusivamente teológica. Mas el parecer de este historiador moderno —Smirnov escribía en 1898— refleja tan sólo una parte de la verdad, no toda la verdad. Es muy cierto que en virtud de sus opiniones acerca de la venida inminente del Anticristo, los Rascolnikys estaban predispuestos a anunciar la pronta y definitiva caída de la Iglesia oficial, torturadora de las conciencias, pero lo es también que todos sus contemporáneos pensaban lo mismo sobre el fin del mundo. No puede estar aquí toda la *raíz teológica del mal.*

«El germen del fenómeno que nos ocupa se halla en los tiempos de las *Grandes perturbaciones o disturbios.* Aquella catástrofe material y moral, que tan hondamente afectó a la Nación entera por aquel entonces (1584-1613), provocó un ansia general de renovación; pero las aspiraciones reformistas, que eran comunes, tomaron orientación divergente. Los unos se fijaron en el orden exterior (estatal y eclesiástico) y vieron la salvación del país en la reforma ritual, en la corrección de libros y en el señalamiento de fronteras entre lo sagrado y lo profano. Otros, en cambio, dirigieron sus miradas hacia la perfección interior moral y religiosa. De aquí las dos tendencias, intelectualista, sabia y dependiente de influencias extrañas de índole autocrática, una (la niconiana) y de impulso popular y espontáneo, más típicamente rusa, más provinciana, en una palabra, la otra (la cismática).

»La intervención de griegos sospechosos y de ucranianos pagados de su Ciencia; el carácter brutal y autoritario de Nicón; la intransigencia de sus adversarios; las indecisiones del Zar y la mezcla absurda de Ritos con verdades dogmáticas contribuyeron poderosamente al estallido del conflicto en 1653.

»Cuando se situaron frente a frente una y otra tendencia —que en alguna ocasión llegaron a fundirse bajo la dirección de un hombre excepcional, el P. Esteban Bonifatiev—, se reafirmaron los caracteres opuestos y se llegó a una exageración fanática. Todo el antagonismo irreductible cristalizó en dos concepciones distintas del Cristianismo. De un lado, la convicción

de que la vida presente no es nada en comparación de la eterna; de otro, el anhelo de conciliar a la tierra con el Cielo...

»Los *Viejos Creyentes* tienen la persuasión de que defienden la Cruz de Cristo contra los que la desplazan de la vida humana y la verdadera Religión contra los que la empequeñecen. Lo de santiguarse con dos o más dedos, lo de hacer más o menos inclinaciones litúrgicas, lo de realizar las procesiones en un sentido o en otro, etc... —motivos ocasionales, o si se quiere, *pretextos externos* del Cisma— no eran más que símbolos de esa Religión pura y verdadera a la que aspiraban los autores de la ruptura. El conflicto se hizo irremediable. Hay en Rusia dos Iglesias, la que fue estatal y la Cismática. Naturalmente, el Zar tomó partido por la primera. Y los obispos le siguieron. En 1666 el Concilio moscovita —el Gran Concilio— consagró definitivamente la separación entre puritanos y eclesiástico-estatales» (De Pascal en «Avakum et les debuts du Rascol», París, 1938).

Capitulo VI

EL RASCOL (*Conclusión*)

El antibizantinismo de los Rascolnikys o disidentes respecto de la iglesia estatal y su firme creencia en la inmutabilidad de los Dogmas y de los Ritos.

LA TEOLOGIA RASCOLIANA

a) *Escatología.—Las apostasías preliminares a la inminente venida del Anticristo. El Patriarca Nicón, personificación de éste.*

b) *El* Suicidio Colectivo.—*Ejemplos de esta práctica salvaje e inhumana.—La refutación que de ella hizo el monje Eufrosino.*

c) *Misterios de la Trinidad y Encarnación.—La crasa ignorancia filosófico-teológica de los Rascolnikys.—Disparates y absurdos de los mismos en materia trinitaria y encarnacionista, y*

d) *Sacramentos*: *1.º Bautismo y Orden sacerdotal.—Nulidad, según ellos, de los administrados por los nicontanos o innovadores. Los Sacerdotales o popovtzys. 2. La Eucaristía.—Reconocimiento de la Presencia Real.—Disputas intestinas acerca del momento en que se realiza la Transubstanciación. ¿Cómo resolvían la dificultad de no tener sacerdotes consagrantes? (Consagración de enormes cantidades de Oblata y el uso de partículas como levadura para obtener más Dones Santos).* 3.º *La Penitencia.—Ministro de este Sacramento, y* 4.º *El Matrimonio.—Divergencias respecto al matrimonio autorizado por los niconianos.—El Concilio rascoliano de Nowgorod (1694).—Los Padres espirituales que asistieron.—Los cánones elaborados.—Rebautismo de los que ingresaban en la Comunidad rascoliana.—Condenación radical del matrimonio y penas contra los que lo contrajeran y usaran de él, una vez contraído.*

Los Rascolnikys empezaron su vida teológica acusando a los griegos de haber deformado la Religión ortodoxa. La verdad es que al obrar así, no hacían otra cosa que sacar las consecuencias de cuanto les habían enseñado en su propio país la Iglesia engreída y el Estado autocrático. Se les había repetido hasta la saciedad que los bizantinos habían perdido la pureza dogmática y que la verdadera Fe se había refugiado en el imperio moscovita. Dirigiéndose al Zar, gritaba así Avakum: «Abandonad, señor, ese Kyrie eleison que emplean los griegos. ¡Escupid sobre ellos! Vos, Alejo Michailovitch, no sois griego; sois ruso; hablad pues, vuestro idioma nativo. Hay que expresarse tal y como Dios mismo nos ha enseñado. El Señor no nos ama menos que a los griegos. Por medio de San Cirilo y su hermano S. Metodio nos dio los libros santos en caracteres propios de nuestra misma lengua». El desprecio se convertía en odio cuando los prelados griegos con su tráfico de indulgencias y de reliquias, con su desorden en la vida privada y con su avaricia insaciable escandalizaron a los moscovitas puritanos. Es algo intolerable —pregonaban los Rascolnikys dirigidos por Avakum— abandonar la gloriosa Ortodoxia de nuestros grandes taumaturgos para seguir el ejemplo de unos ortodoxos degenerados, porque esto y no otra cosa son esos jerarcas que nos envía Bizancio. Y es todavía más vergonzoso que haya entre nosotros prelados helenizantes. Son más despreciables que los griegos mismos. En el concilio de 1666 Avakum, enfurecido, se atrevió a lanzar duros reproches contra un obispo eslavo que había exclamado de esta guisa: «Nuestros Santos fueron unos ignorantes que no sabían leer ni escribir. ¿Cómo hemos de creer en ellos?».

Los Rascolnikys, por otra parte, sostenían con energía que la Ortodoxia es *inmutable* en sus dogmas y en sus Ritos. También se lo habían enseñado sus compatriotas. El haber introducido innovaciones en el Depósito de la Fe era, cabalmente, el gran pecado de que los ortodoxos bizantinos y eslavos acusaban a la Iglesia latina. Ahora bien —afirmaban los Rascolnikys— en la propia Rusia, para vergüenza de todos, los malditos niconianos han hecho buenos a los heréticos latinos. Hasta el presente, los errores latinos que todo pope podía y debía leer en su *Trebnik* afectaban, de ordinario, a prácticas de índole externa y de no gran importancia, pero ahora estos endemoniados partidarios de Nicón han llevado su insolencia hasta el extremo de atacar al Signo adorable de la Santa Cruz y de vilipendiar al Sacrificio litúrgico. También en Rusia —concluían— se ha

cometido el crimen de *corromper la fe*. Ha caído, por desgracia, *la tercera y última Roma*. Es que ¡ha llegado el Anticristo!

TEOLOGIA DE LOS RASCOLNIKYS

a) Escatología. Estos cismáticos creían a pie juntillas en la inminente llegada del Anticristo. Hacia 1669, cuando en Moscú se hallaban muy excitados los ánimos a causa de los inquietantes rumores, cada día más acentuados, de que el fin del mundo estaba próximo, el Diácono Teodoro, en nombre de todos los prisioneros de Pustozer —monasterio en que se hallaban recluídos Avakum y algunos discípulos suyos, ante quienes se había formulado la oportuna consulta—, escribía una larga epístola a la Comunidad rascoliana de Moscú a fin de precisar el estado de la cuestión en tan agobiante problema. «Está profetizado —decía él en substancia— que la Ortodoxia se mantendrá en Moscú hasta el fin de los tiempos, pero aún no ha llegado el último día. Es muy cierto que una apostasía general ha de preceder a la catástrofe final. Un milenio después de la Encarnación, el Demonio, liberado de sus cadenas, fue lanzado hacia el herético Occidente y, al actuar aquí, arrebató la fe a un tercio de los creyentes. (Apoc. XX, 2 y 7; XII, 4). Seiscientos años después, la Pequeña Rusia (Ucrania) sufría la misma desgracia porque aceptó la Fe de los Uniatos (el programa unionista de Brest-Litovsky). Pasaron 60 años más, y Satanás y su lugarteniente Nicón triunfaban también en la Rusia Grande (Moscovia)». El Patriarca moscovita, el innovador Nicón, es el mismo, *Anticristo*, precisaban sus enemigos encarnizados, los Rascolnikys. Para ellos aquel famoso Jerarca Supremo de la Iglesia rusa era la «perversidad misma, el mal personificado». ¡Como que los más santos varones de Moscovia habían podido observar que en torno al Palacio arzobispal *merodeaban* las más venenosas serpientes y los más inmundos reptiles! El monje San Eleazar había tenido por su causa *visiones espantosas*. Y alguien había contemplado con espanto cómo conversaban amigablemente en los alrededores del Lago de Terapontow, junto al Monasterio, Satanás y su agente Nicón. Por lo menos , este monstruo —decían los prisioneros de Pustozer— es el Precursor del Anticristo. No cabe duda, por lo tanto, de que los Rascolnikys creyeron firmemente en un Anticristo personal.

El Concilio rascoliano de 1694, del que más tarde hemos de ocuparnos, decretaba lo siguiente: «Debemos creer con toda firmeza —y enseñarlo también a los demás— que a causa de nues-

tros pecados estamos llegando al fin del mundo, que es ahora cuando reina el Anticristo en la tierra y que también impera, por desgracia, en la Iglesia visible».

Conviene observar que por entonces todos los moscovitas temían al próximo fin del Cosmos. Cálculos más o menos ingeniosos lo fijaban para el año 1674. Otros dieron como fecha segura de la catástrofe el año 1691, y no faltaron quienes, presumiendo de bien enterados, porque tenían en su poder «¡un autógrafo escrito por el dedo de la propia Divinidad antes de la creación del Cosmos!», calcularon que el tan temido fenómeno tendría lugar en 1692. Dentro de aquel ambiente de pasiones sobreexcitadas por semejantes delirios apocalípticos hallaban eco favorable las fantasías que propagaban unas raras octavillas, algunas de las cuales se encuentran hoy en la Biblioteca del Instituto Oriental de Roma. Se pintaban en ellas con los más salientes colores las obras y la perversa condición del gran dragón. No llegaron a tanto los más fanáticos iluminados de todos los tiempos.

b) EL SUICIDIO COLECTIVO

A consecuencia de sus creencias escatológicas los Rascolnikys aceptaban como buena, moral y obligatoria, la práctica del «suicidio colectivo». Por cuanto han llegado —decían ellos— los últimos tiempos, vale más morir que continuar viviendo para servir exclusivamente al Anticristo. No podemos ni debemos vivir en medio de apóstatas, ni engendrar hijos que vengan a estar colocados en peligro serio de perder sus almas para siempre. El gobierno zarista, por otra parte, les aplicaba castigos brutales. «En Kazán y en Siberia —escribía Avakum— los niconianos han quemado vivas a veinte personas; en Wladimir del Klyasma, a seis y en Borosk, catorce. En Nischni-Nowgorod, en cambio, la cosa *resultó magnífica,* porque los nuestros se precipitaron ellos mismos en las llamas a fin de conservar pura e incontaminada su Ortodoxia, que es la verdadera por tradicional y libre de innovaciones... Habiendo quemado sus cuerpos, volaban al Cielo sus almas para entrar en posesión de la misma Divinidad». El 6 de enero de 1679, eran quemadas vivas en Tobolsk ¡1.700 personas!, pertenecientes a la comunidad de «Viejos Creyentes». El 24 de octubre de 1687, los trescientos Rascolnikys que, huyendo de la Policía, se habían encerrado en un amplio local, se arrojaron a una hoguera provocada por ellos allí mismo, cuando los agentes del Gobierno les intimaron la ren-

dición. Todos murieron. El humo y el fuego habían dado buena cuenta de sus vidas. Hacia 1680 de cuatro a cinco mil «Viejos Creyentes» hacían otro tanto en la localidad de Romanov, en la provincia de Jaroslav; el 4 de marzo de 1687, el monje Ignacio y con él 2.700 Rascolnikys se arrojaban voluntariamente a las llamas. En el territorio de Pomoria otro religioso llamado Pinin reunía un millar de fanáticos y se arrojaba con ellos a una hoguera inmensa. Es muy difícil llegar a conocer el número de los que se sacrificaron espontáneamente para no renegar de su vieja Fe. El historiador Sapotznikov hizo el cálculo siguiente: Desde los comienzos del Rascol hasta las postrimerías del siglo XVII habían perecido por *suicidio colectivo* unos 8.834 «Viejos Creyentes». «Pero se nota en él, —asegura el P. Ledit— una constante tendencia a disminuír la amplitud de este salvaje fenómeno». Otros han dado la cifra de 100.000, la cual peca, a la verdad, por exceso. No es nada seguro dar cifras aproximadas, porque no hay estadísticas ni imparcialidad en los historiadores que aluden a esta locura.

Naturalmente, aun entre los mismos Rascolnikys surgieron adversarios de práctica tan inhumana, salvaje y fanática. No la pusieron en ejecución consigo mismos aquéllos que desde los altos puestos de la Comunidad rascoliana la recomendaban con interés sumo a las masas ignorantes de la misma. Un Concilio que estos fanáticos celebraron en 1691, con la participación de 200 monjes y muchos laicos, condenó con la máxima energía a todos los que se atrevieran a «suicidarse» por el *fuego,* por el *agua,* por el *cuchillo* o de cualquier otra forma...» Aquella misma asamblea rascoliana prohibió que se rezara por semejantes suicidas. Tampoco serían inscritos en los Dípticos y libros sinódicos, ni se celebrarían por ellos los acostumbrados aniversarios. El principal adversario de este *suicidio colectivo* fue el monje Eufrosino, que nos dejó una memoria algo confusa, pero de estilo vivo, contra estas prácticas abominables. Distinguía él con perfecta claridad entre los verdaderos *mártires de la fe* y estos fanáticos criminales. El suicidio —enseñaba— es un acto diabólico practicado únicamente por los donatistas, como *puede leerse en Baronio.* Es muy extenso el escrito de este monje simpático. Donde más se detuvo fue en la infamia que cometían los que empujaban a otros al suicidio para luego enriquecerse con los bienes de las víctimas seducidas. «Esos sinvergüenzas que tanto explotaban lo de la *purificación por el fuego,* no supieron hacer otra cosa que nutrir sus arcas con los despojos de esa *locura criminal que devasta los campos de Rusia*».

c) DOGMATICA RASCOLIANA

1.° *Misterios de la Trinidad y Encarnación*

A juzgar por las famosas contiendas de Pustozer —Monasterio-prisión, en la que los supremos jerarcas del Rascol gozaron de alguna libertad para escribir y enviar a Moscú directrices y enseñanzas— entre el violento y exaltado Protopope Avakum y el monje Teodoro, hombre bastante más ecuánime y sosegado, los jefes del Cisma no sabían Teología y estaban privados de la más elemental cultura filosófica. Como que no sabian distinguir entre la esencia o naturaleza y la persona. Desconocian en absoluto la terminología más trivial en la Dogmática trinitaria y encarnacionista. A este respecto los fundadores del Rascol disparataron de lo lindo.

En un escrito que se conserva en la Biblioteca sinodal de Moscú y que ha sido muy utilizado por la propaganda antirascoliana, el diácono Teodoro, al dar cuenta de las Disputas mencionadas arriba, decía lo siguiente: «El protopope Avakum y el diácono Lázaro comenzaron por establecer de mutuo acuerdo que la Santísima Trinidad tiene su *asiento en tres tronos* y que había ¡*tres dioses y tres esencias*! Tanto el protopope como el Diácono aseguraban que Cristo es el *cuarto Dios*, el cual también está sentado en su trono correspondiente, el cuarto, claro es. Pero llegan hasta el extremo de negarle la Esencia Divina. A tanto equivale el decir que de la *Hipóstasis* descendió al seno de la Virgen Maria una virtud sobrenatural. Asi tenía que ser porque es muy cierto que jamás descendieron del Cielo las Naturalezas del Hijo y del Espíritu Santo». En los escritos que nos dejó Avakum —la personalidad más saliente del Rascol— pueden leerse las siguientes afirmaciones: «El Padre, el Hijo y el Espiritu Santo son tales por su Persona. Los tres son en todas las cosas iguales entre sí ¡como lo eran Pedro, Pablo y Juan, el teólogo!. Las tres Personas están una junto a la otra y muy unidas entre sí por el amor de Dios».

Y precisando más su inadmisible y absurdo pensamiento, este ignorante, el llamado *Mártir del Rascol,* insiste en la comparación anterior y escribe: «De la misma manera que Pedro, Pablo y Juan, tres hombres, tienen una naturaleza (la humana), así Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espiritu Santo no poseen más naturaleza que la Divina. Los tres tienen una sola Naturaleza y Esencia Divinas.

Según esto, las tres Personas Divinas participarían de una misma naturaleza específica.

No caben más disparates en menos palabras. Cuesta trabajo creer que semejantes imbéciles hayan logrado adeptos.

* * *

Cristología.—«Sin separarse de la Naturaleza del Padre, el Hijo de Dios bajó del Cielo y por virtud de su Gracia y poder se alojó todo dentro del seno de una Virgen Pura. Advertimos que descendió *por la Gracia,* que, en cuanto a su Naturaleza, se quedó todo entero allá arriba. Así tenía que suceder, pues el Hijo es inseparable del Padre» (Avakum).

Teodoro, su rival, se expresó con más claridad: «Uno de la Trinidad, el Hijo de Dios, descendió del Cielo a la Tierra en su propia Naturaleza inefable e inmensa y habitó en el seno de la Santísima Virgen y Madre María tomando naturaleza humana. Y de la Virgen nació Cristo, Dios verdadero y Hombre perfecto...» El diácono de las Disputas lo echó todo a perder con el siguiente párrafo: «Por ser inseparable del Padre, el Hijo, pese a la Encarnación, permaneció por aquel entonces y siempre en el Cielo...».

¿Cómo, pues, se explica que «bajase a los infiernos?». Avakum acusaba a Teodoro, quien en esta parte se acomodaba plenamente a la exégesis católica, de cortar la Divinidad en cuatro y de poner parte de ella en la tumba, parte en los infiernos, parte en el Paraíso con el buen Ladrón y parte, sobre el Trono con el Padre. Para el testarudo fundador del Rascol el alma de Jesús muerto se fue al Padre, pues «no es admisible que haya estado en los infiernos el *alma sin el cuerpo*». El Sábado Santo por la tarde, Cuerpo y Alma reunidos descendieron a los infiernos y rompieron sus puertas. El Domingo por la mañana, Cristo salió de allí habiendo librado a las almas de los justos.

Avakum no creía en el milagro de Pentecostés, porque el Espíritu Santo jamás abandonó las Celestiales Moradas. Sobre los Apóstoles descendió tan sólo una *virtud,* una *gracia* de la Tercera Persona.

2.° *Sacramentos*

a) Bautismo y Orden Sacerdotal. Por lo que hace a los Sacramentos niconianos, los Rascolnikys adoptaron dos actitudes distintas. Unos admitían su validez y otros la rechazaban. De

aquí la gran división de estos cismáticos en sacerdotales (Popovtsi), y *Asacerdotales* o Bespopovtsi. Fuera de Pablo de Colomna que, por otra parte, desapareçió pronto, ningún otro obispo siguió a los cismáticos en su oposición a las reformas niconianas. Sólo en el siglo XIX y gracias a un prelado griego que huía de la persecución de los turcos, pudieron constituir los Rascolnikys una jerarquía propia y estable.

El diácono Teodoro fue el primero en rechazar el bautismo niconiano. «Es inválido —decía él— el bautismo administrado por un hereje o apóstata porque el Espíritu Santo no se vale para transmitir la Gracia de manos y lenguas heréticas. Semejante bautismo es más bien una mancha horrible...»

«Los sacerdotes ordenados por Nicón o cuantos lo fueron, a partir de aquella gran calamidad que se llamó Concilio moscovita de 1666, no pueden administrar válidamente el Bautismo, porque forman parte de la Milicia del Anticristo. Y estos mismos sacerdotes niconianos, cuando vuelvan a la fe, a la verdadera Religión, que es la nuestra, deberán ser rebautizados...» También ha desaparecido el Sacerdocio, concluía Teodoro. Es que ya no hay fieles, «salvo los pocos que se han refugiado en los desiertos y en las montañas. No nos queda otra cosa que esperar el fin del mundo...»

Según se ve, Teodoro, el sensato y el apacible, era asacerdotal rabioso y fanático.

En esta parte no era menos estrecho el criterio de Avakum, el profeta y mártir de la Comunidad rascoliana. En una carta a «los desventurados de Moscú» decía: «No recibáis el Bautismo de manos de un pope que haya sido ordenado según el antiguo Ritual si es que lo administra acomodándose a las innovaciones niconianas. Tampoco lo aceptéis de uno nuevo, aunque bautice con arreglo a los Rituales antiguos».

Pero con el transcurso del tiempo los Rascolnikys sacerdotales fueron más respetuosos para el Sacerdocio de la Iglesia estatal, porque consideraron válida su ordenación y legítimo el bautismo por ellos administrado Se limitaban a suplir determinadas ceremonias y plegarias. Naturalmente, se utilizaban para éstas los antiguos Libros litúrgicos.

b) *Eucaristía.*—Avakum y Lázaro sostenían que la Transubstanciación tiene lugar gracias a las preces que se dicen en la Proscomidia o Preparación de la Oblata. Teodoro, por el contrario, desarrolló la tesis católica de que «el cambio de Substancias se realiza en virtud de las palabras institucionales». Sus adversarios —Avakum y Lázaro— le combatían de esta guisa: Si ello

es así ¿cómo es que tanto los sacerdotes como los fieles se *inclinan* y *prosternan* al realizarse la Gran Entrada (Procesión), es decir, mucho antes de pronunciar aquellas palabras? Teodoro, que sabía algo más —aunque no mucho— que sus contrincantes, respondía así a esa objeción: «Hay que inclinarse y prosternarse durante la *Gran Entrada* no porque las partículas de pan y de vino hayan pasado a ser Substancias del Cuerpo y Sangre de Cristo, no; en semejante ocasión sacerdotes y fieles rinden homenaje a Cristo, «Cordero vivo visiblemente llevado por los ángeles. Los niconianos que se niegan a postrarse en ese momento son tan *orgullosos como el diablo.*»

De todos modos, los Rascolnikys creían en la Presencia Real. Lo demuestra el Ritual que para uso de los laicos redactó el propio Avakum. «Cuando no halléis sacerdotes que os den la Comunión, proceded de la forma siguiente: Comenzad encendiendo un cirio ante la Virgen; poned luego sobre la mesa un mantel y finalmente colocad allí un vaso que contenga vino y agua, vaso en el que echaréis un trozo del Cuerpo de Cristo, es decir, de pan *consagrado.* Coged inmediatamente el incensario, decid la Plegaria de Jesús (Jesu-Cristo, Hijo de Dios, tened piedad de mí) e incensad a la imagen de María, a los Santos Dones y a la casa toda. Después de besar los íconos, y en especial la Santa Cruz, postráos en tierra y recitad la plegaria del perdón de los pecados. Y después de haber dicho las palabras: «Sea para mí intercesión para obtener perdón, Señor mío Jesu-Cristo, el acto de tomar Vuestro Cuerpo y Vuestra Sangre...», recibid el Santo Sacramento y arrepintiéndoos, pedid la bendición de Dios para vosotros mismos y para nosotros».

Todo esto viene a demostrar que los pocos sacerdotes que el Rascol tenía consagraban grandes cantidades de pan y vino y que las partículas consagradas eran transportadas a lugares muy distantes. Mientras hubo posibilidad de hacerlo los Rascolnikys acudían al famoso Monasterio de Solovezky, centro magno de resistencia rascoliana, como sabemos. En la región del Don un tal Dositeo consagró cantidades fabulosas de pan. Tanto fue así que, pasados treinta años después de su muerte, la policía gubernamental encontró prósforas (oblatas) en cantidad enorme. Y unos monjes, partidarios de aquel rascolniky previsor declaraban que el buen Dositeo les había hecho saber que «con la oblata consagrada por él había Dones suficientes para dar Comunión a 100.000 hombres por espacio de 5.000 años. Para no verse expuestos a los inconvenientes que entrañaba la falta de partículas consagradas, los cismáticos asacerdotales

acudían al siguiente procedimiento: Cuando estaban ya para agotarse, los laicos mismos tomaban de ellas una pequeña parte y utilizándola como levadura la mezclaban con grandes cantidades de pan. Según ellos quedaban éstas consagradas.

3.º *La Penitencia*

«En el caso de que no hubiese sacerdotes —escribía Avakum— los fieles pueden confesar con un hermano experimentado. Al ver su arrepentimiento Dios les perdonará sus pecados. Hecho esto, pueden comulgar. Y al penetrar así en los Santos Misterios, cuidarán de observar las sagradas prescripciones. A estos fines han de procurar tener a la mano las prósforas necesarias».

4.º *El Matrimonio*

Creyendo haber llegado al fin de los tiempos, los Rascolnikys negaban a sus fieles la autorización para casarse. Esta parece haber sido la práctica dominante. Sabemos, sin embargo, que Avakum, profeta de este Cisma, impuso una penitencia muy severa a una tal Elena por haber intervenido eficazmente en la separación de unos cónyuges. Y en una carta al sacerdote Isidoro recomienda el reconocimiento de los matrimonios celebrados por los niconianos a condición de que, al ingresar en las Comunidades rascolianas, cumplan los cónyuges una penitencia más o menos severa según la energía con que reprueben lo nuevo y la adhesión que muestren hacia lo antiguo. De todos modos, no faltaban intransigentes que negaron toda validez a los matrimonios niconianos. Eran todos aquellos que rechazaban el sacerdocio y los sacramentos todos. Naturalmente, estos extremistas tenían que caer en las más extrañas aberraciones.

EL CONCILIO RASCOLIANO DE NOWGOROD (1694)

Fue, sin duda de ningún género, la asamblea canónica más importante del Rascol. Firmaron sus actas 25 Padres espirituales, pertenecientes al estado laico todos ellos. Se sabe de algunos —de dos por lo menos— que eran analfabetos; no pudieron subscribir las actas porque *no sabían escribir*. El Concilio promulgó 20 cánones. He aquí los más importantes. Después de haber proclamado que el Anticristo impera ya con absoluto dominio espiritual en el mundo y en la Iglesia, a la cual pretende

destruir —Anticristo que se llama Jisus—, la asamblea rascoliana establecía la necesidad de bautizar a todos los que, procedentes de la Ortodoxia oficial o de cualquiera otra Religión, ingresen en la Comunidad de los «Viejos Creyentes» (Canon segundo). Después de fijar el Rito bautismal (canón 3.º), el Concilio pasaba a tratar del Matrimonio y de los pecados carnales. Consagra a esta materia —una de las que más se preocupó— 14 cánones (del 4 al 17). Dénse las siguientes instrucciones a los que pretendan venir a nosotros —decían aquellos Padres espirituales—. «Nuestra Iglesia, que es la única verdadera, no puede recibir en su seno a las *gentes casadas* o que, aun sin estarlo, hacen *vida común*. De ahora en adelante, los que a sí mismos se llaman marido y mujer deberán vivir como hermano y hermana. Esta orden es también aplicable a los que se casaron antes de esta legislación conciliar. Los Padres espirituales vigilarán con interés esmerado para que se cumplan estos sagrados cánones. Se lanza la pena de excomunión contra todos aquellos fieles nuestros que acudan a legitimar su unión matrimonial ante los sacerdotes niconianos, o que, aun sin casarse, se *unen* sin *más bendición* que la de sus progenitores...

«Para que los supuestos esposos no cometan pecados de *índole sexual* se establecen las siguientes penas canónicas: Al nacerles el primer hijo, se les impondrá el castigo de 40 días de penitencia con 400 metanías por día; si continuaran en su contumacia y tuvieran un segundo hijo, serán sancionados con un año de idéntica penitencia; si no habiendo escarmentado, trajeran al mundo un tercer hijo, la pena severa durará 6 años, al cabo de los cuales serán excomulgados».

El Concilio dictó muchas normas y algunas fórmulas destinadas a purificar los alimentos adquiridos en el mercado de los niconianos y a eliminar la mancha que a los «Viejos Creyentes» acarrea el contacto social con ellos.

«Conviene advertir que los Rascolnikys asacerdotales (bespopovtzys), que no tuvieron jerarquía eclesiástica y carecieron por ende de toda guía espiritual, cayeron pronto en las más odiosas aberraciones, propias de los más fanáticos *iluminados*. De todas maneras, no hay que perder de vista que, aun entre esos cismáticos radicales, hubo no pocos que guardaron intactas la piedad y las buenas costumbres» (Ledit).

Ellos colonizaron vastos territorios de Rusia. ¡Todavía existían en número considerable al extinguirse la Monarquía absolutista de los Romanov!



Incensario de oro del Zar Fedor Alexejevitch (siglo XVII)



Monasterio de S. Sergio (Leningrado)

CAPITULO VII

EL OCCIDENTALISTA PEDRO MOGILA, METROPOLITA DE KIEW (1633-1646)

a) *Datos biográficos.—Tendencias científico-teológicas de Pedro Mogila.—Su amplitud de criterio y su espíritu* de tolerancia.—*Ventajas culturales que advinieron a Rusia de la actitud occidentalista y latinizante de este insigne metropolita.*

b) *Contenido de los principales escritos de Pedro Mogila.*—1.º *La* Confesión Ortodoxa.—*La Introducción y las tres partes de la misma (dogmática, ascética y moral).—La explicación del Decálogo.—2.º El pequeño Catecismo (la Asunción de la Teotokos y la fórmula sobre el origen del Espíritu Santo).—* 3.º *El Trebnik (Eucologio).—Las tesis más importantes de* contenido católico, *consignadas en el mismo (sobre el Bautismo, la Eucaristía, la Penitencia y el Matrimonio).*

c) *El prestigio de la Confesión Ortodoxa entre los teólogos greco-rusos de los siglos XVIII y XIX.—La eclesiología de Pedro Mogila.*

«Mogila perseguía una segunda unión religiosa que fuese universal. Se encargaría de realizarla un alto jerarca de prestigio indiscutible...» (Ammann, en Storia de la Chiesa Russa...).

* * *

«Gracias a Pedro Mogila y a sus discípulos penetraron en la Iglesia rusa ciertas doctrinas católicas que atenuaron en no poco la influencia de la Grecia religiosa... Por uno y por otros estableció contacto con el Occidente católico la ideología teológica rusa... Roma esperaba de este Metropolita la adhesión a la paz religiosa de Brest. Aseguran algunos que murió en el seno del catolicismo» (Jugie en «Theologia dogmatica dissidentium orientalium).

Pedro Mogila o Movila, como dicen los rumanos, nació en Moldavia (1596). Era hijo de Simeón, hospodar sucesivamente de Valaquia y de Moldavia. Muerto el príncipe moldavo Simeón (1611), la adversidad política lanzaba a los Mogila a tierras de Polonia. El joven Pedro continuaba sus estudios en Lemberg. En la «Hermandad» de la Capital de Galitzia aprendía latín, se perfeccionaba en el griego y recogía datos sobre la paz religiosa de Brest-Litowsky. Contra Jugie, que pone en duda la visita de centros culturales del Oeste por el estudioso moldavo, sostenemos con el P. Ammann que «hizo largos viajes al extranjero llegándose hasta París». De otra manera, no se explica la fuerte tendencia latinizante y occidentalista de sus escritos teológicos. No basta la sola lectura de textos occidentales. Vuelto a tierras polacas, Pedro ingresaba en el Ejército, y a las órdenes del Hetman Khodkieviz peleó contra los turcos en la región de Chotchim. Es probable que abrigara la grata esperanza de volver a pisar las hermosas y fértiles tierras rumanas. (1620). No conocemos los motivos que determinaron en Pedro Mogila un brusco viraje psicológico; pero es muy cierto que, cinco años más tarde, abrazaba el estado eclesiástico y recibía las sagradas Ordenes. Aquel mismo año de 1627, muerto que fuera Zacarías Kopystensky, el Rey de Polonia Segismundo III lo nombraba Archimandrita del Monasterio famoso de las Grutas de Kiev. El monarca se fijó en el joven Pedro (¡tenía 30 años tan sólo!) para cubrir la vacante que dejaba el prestigioso y malogrado Zacarías, porque «había dado su palabra de contribuir eficazmente a la unión de las Iglesias» (promiserat unionem). Para ventura suya Pedro Mogila se hallaba situado en el centro mismo de la corriente filosófico-religiosa y polaco-occidental, que, naturalmente, tenía que repercutir sobre los territorios eslavo-orientales sometidos a Polonia. También era lógico que el Archimandrita del más prestigioso centro monacal de Ucrania se dejase influir por aquel movimiento occidentalista. De todos modos, aquel espíritu superior—que tal era Pedro Mogila—no se dejó arrastrar de manera irresistible y permaneció fiel, en contra de sus promesas, a la Religión ortodoxa. Mas sí formó el propósito, para servirla mejor, de incorporar a ella los elementos científico-teológicos aprovechables que brindaba el movimiento occidentalista. Para empezar, enviaba al extranjero para que ampliaran estudios a algunos de sus monjes entre los que se contaba Inocencio Gizel, de Vilna, futuro gran maestro y protector de la escuela mogiliana. Luego, tomando por modelos a los colegios eclesiásticos polaco-latinos organizados y dirigidos

por jesuítas, transformó en respetables centros de enseñanza las modestas, las insignificantes escuelas greco-ortodoxas que funcionaban en la «Confraternidad» de Kiev y en su Monasterio de las «Grutas». Y para mejor servir a sus excelsos propósitos culturales, el Archimandrita fusionaba esas dos escuelas en un solo Centro, en el futuro y célebre Colegio Kievense. Cabía esperar que el afianzamiento de Pedro Mogila por la consolidación jurídica del Cisma y por su propia exaltación a la dignidad de Metropolita de Kiev, le permitiera consagrarse por entero y sin trabas a la reorganización de su amado Colegio, máxime cuando ni la «Confraternidad», ni el Obispo local ofrecieron resistencia seria. No fue así, sin embargo. Los obstáculos llegaron de la Corte y del Gobierno polacos. En el documento oficial de confirmación del nuevo Centro docente (1635), se accedía a que los alumnos cismáticos cursaran estudios de griego y de latín; pero, en lo que afectaba a la Filosofía y Teología, se ordenaba que se les explicaran tan sólo las asignaturas correspondientes a los dos cursos inferiores (Dialéctica y Lógica). Así es que el Colegio Kievense se quedaba en una especie de humilde gimnasio eclesiástico. Hasta 1672 y 1689, respectivamente, no se explicaron en él como asignaturas independientes y con la amplitud propia de los seminarios mayores la Filosofía y la Teología. De todos modos, se enseñaba Teología «con los principios, el método y el lenguaje de Santo Tomás de Aquino». (Jugie). Con ello desaparecían las viejas e inconsistentes querellas bizantino-rusas contra los usos y ritos del mundo latino. Quedaban tan sólo las dos diferencias fundamentales en el campo dogmático: el Primado pontificio y la Procesión del Espíritu Santo. Dada la nueva orientación teológica, hacía falta—y así lo pregonaba a todas horas el Metropolita de Kiev—tener a mano un texto de Teología superior muy parecido al Catecismo del Concilio Tridentino. La cosa urgía tanto más cuanto que entre los ortodoxos del Oriente y aun de Polonia estaba haciendo estragos un libro que bajo el título de «Confesión de Fe» había publicado y hecho circular profusamente el calvinistoide Cirilo Lucaris, Patriarca de Constantinopla (1629). Era verdad que había sido anatematizado por el Patriarca Ecuménico Cirilo de Berrea (1638). Mas esto no era suficiente para atajar el mal. Ni corto ni perezoso, Pedro Mogila puso manos a la obra de redactar un texto que de modo claro y sistemático expusiera las tradicionales enseñanzas teológicas de la Ortodoxia. De aquí salió un amplio Catecismo o «Confesión de la fe Ortodoxa», que sometió a un Concilio reunido en Santa Sofía de Kiev y que

presentó a la aprobación del Patriarca Ecuménico y de una Conferencia de teólogos griegos y kievenses habida en Jassi (1642). La obra sufrió tan profundas variaciones que no reflejando, ni con mucho, el pensamiento íntegro de su autor, éste la retiró, por el momento, de la circulación. El corrector Melecio Syrigos había quitado y añadido demasiado sin la menor consideración. En su lugar escribió, tomando por modelo a Pedro Canisio, un pequeño Catecismo, que tan sólo se diferenciaba del de este santo Jesuíta alemán en que se excluían el Primado pontificio y la doctrina católica sobre la Procesión y origen del Espíritu Santo. Vió la luz pública en Kiev (1645), y se reeditaba algunos años después en Moscú. Es verdad que con estas dos obras se introducía en Rusia un nuevo método de adoctrinamiento teológico, pero no deja de serlo también que Pedro Mogila no abandonaba el viejo sistema litúrgico, tan en boga siempre entre los cristianos eslavos. Antes de su nombramiento de Metropolita había él editado en Kiev (1629) un «Slutchbnik (Reglas litúrgicas) y un Nomocanon, completamente distinto del famoso *Kormcaya kniga*, (libro del timonel). La repulsa de su «Confesión de fe» por los teólogos greco-eslavos descorazonó al Metropolita y no habiendo podido imponer sus tesis dogmáticas al Oriente entero, dirigió sus miradas cariñosas a los disidentes de Polonia y de la región subcarpática, para él tan queridos, y redactó en polaco y en ruso (1645) un Catecismo muy reducido. Preparó también la edición de un Gran Eucologio (Trebnik), cuya importancia litúrgica y dogmática es considerable. Sustancialmente estaba integrado por determinadas instrucciones para administrar los Santos Sacramentos y usar los Sacramentales. Apareció en 1646. Apenas había salido el Trebnik de la imprenta de la Pechtcherskaja Laura cuando el activo Metropolita, que no tenía más que 50 años, era detenido en sus tareas teológico-litúrgicas por la muerte (22-XII-1646). Los disidentes de Polonia, a quienes amó mucho, perdían no poco con este fallecimiento prematuro. Y el catolicismo tenía buenas razones para lamentar la pérdida. Aunque ortodoxo, Pedro Mogila no era fanático, sino hombre de amplia mirada y de espíritu tolerante. No se parecía en nada a los desabridos polemistas clásicos del Oriente y del Occidente cristianos, faltos de caridad por lo común. Su gran influencia doctrinal y litúrgica más favoreció a la Unión religiosa que a la disidencia. Por él entraron numerosos elementos católico-occidentales en la ortodoxia eslava propiamente dicha. Se conservan dos cartas de Urbano VIII (10-VI-1636. y 3-XI-1643), en las que se alababa al Metropolita

de Kiev y se confiaba en llegar mediante él a una inteligencia basada en el Concilio de Florencia.

* * *

La escuela de Pedro Mogila ejerció influjos poderosos en otras materias no litúrgicas ni dogmáticas. Diremos, ante todo, que gracias a ella se aplicaron con ahinco los rusos al estudio de las lenguas clásicas, griego y latín, muy descuidadas hasta entonces. Epifanio Slavinecky mereció bien de la cultura humanística en Rusia. De él arranca el florecimiento de los modos griegos, que se dejó notar en seguida. Por esto mismo pudo Nicón llevar a cabo su famosa reforma litúrgica con dificultades menores. Por desgracia, las innovaciones niconianas no estaban animadas del espíritu catolizante del más culto y más occidentalista entre los Metropolitas de Kiev. Es, asimismo, ventaja inmensa para la cultura humana en general y para la teológico-rusa, en particular, el noble y espontáneo impulso—hijo de las tendencias mogilianas—con que los ortodoxos de la Eslavia Oriental comenzaron a asimilarse el patrimonio católico-occidental; merced al pensamiento dominante en la célebre Academia de Kiev había desaparecido la secular aversión eslava a las escuelas católicas, a sus métodos y a sus enseñanzas. Muchos alumnos del Centro teológico Kievense frecuentaron, muy complacidos, los Colegios jesuíticos de Polonia. En ellos pudieron capacitarse para seguir ulteriores cursos teológicos en las Universidades de Occidente. Los libros de los jesuítas polacos constituyeron para la clerecia bizantino-rusa un manantial inagotable. De ellos sacaron los Obispos sus instrucciones a los sacerdotes y éstos, pláticas y sermones.

Pese a todo, la Academia Eclesiástica de Kiev fue siempre medularmente ortodoxa. En ella se alojaba el germen del que a últimos de la XVII centuria salió la desabrida y áspera contienda entre la tendencia teológica bizantino-eslava y la occidentalista. Con todo el dolor de nuestra alma consignamos esta lamentable derivación o, mejor dicho, desviación mogiliana.

Contenido de los principales escritos de Pedro Mogila

1.° La «Confesión Ortodoxa». Aunque por una anomalía bien explicable no refleje el verdadero criterio teológico del famoso Metropolita de Kiev, es lo cierto que la «Confesión Ortodoxa» es el escrito que más ha contribuído a difundir la fama de

Pedro Mogila. Por haber sufrido importantes modificaciones, debidas a teólogos griegos, puede muy bien considerarse como síntesis de la teología bizantino-eslava en la primera mitad del siglo XVII. Como, por otra parte, fue aprobada oficialmente en 1643 por los cuatro patriarcas orientales, viene a ser para muchos el verdadero texto simbólico de la Iglesia greco-rusa. Originariamente, llevaba este título: «Confesión ortodoxa de la fe de la Iglesia Católica Apostólica Oriental». Es de notar que, según se desprende de la polémica entablada en Jassi entre los teólogos griegos y kievenses, en su redacción primitiva estaban consignadas la existencia del Purgatorio y la forma latina del Sacramento de la Eucaristía. Las correcciones y enmiendas fueron obra de Syrigos, jefe de la delegación teológica griega. Faltos del apoyo oficial del Patriarca Ecuménico, quien, naturalmente, se había de inclinar al portavoz de la teología bizantina, al ya nombrado Syrigos, y no otorgando prestigio suficiente al Supremo jerarca de la Rusia religiosa, científicamente inferior al Metropolita de Ucrania, los Kievenses optaron por inhibirse. Ni editaron la retocada Confesión, ni fomentaron su difusión. Pero si llegó no tardando a conocimiento de los teólogos de Rusia y del Occidente. He aquí su contenido: Después de una breve Introducción antiluterana, dedicada a la necesidad de la fe y de las buenas obras para salvarse, se ocupa la primera parte, que es la más larga y la más estrictamente dogmática, del Símbolo o Catálogo de los dogmas. Se toma como fundamento al Concilio Niceno-constantinopolitano o Credo de la Misa latina. Intercalados, sin gran concatenación lógica, van la Salutación angélica, tal como la explican y recitan los bizantinos, los dones y frutos del Espíritu Santo, los mandamientos de la Iglesia y los sacramentos. La segunda parte, a la que pudiéramos llamar ascética, se ocupa de las virtudes, de las bienaventuranzas y de las obras de misericordia. Tenemos interés en advertir a nuestros lectores que la Confesión célebre añade una bienaventuranza más a las ocho sabidas, la contenida en aquellas palabras del Señor: «Bienaventurados cuando os persigan y digan mal de vosotros los hombres». En la tercera parte o teológico-moral se habla de las buenas obras, del ayuno y de la limosna. La plegaria, la mortificación y la misericordia—se dice— derivan de las tres virtudes teologales. Se trata luego de las cardinales y del pecado. Es notable la clasificación de éste: pecados contra el Espíritu Santo, que son cuatro; pecados que piden venganza al cielo; faltas veniales y de cooperación.

La confesión de fe termina con la exposición del Decálogo. En el primer concepto se explana el problema dogmático, tan importante en tierras greco-ortodoxas, de la invocación de los Santos, y en el segundo se explica lo relativo al culto de las imágenes, cosa que fue y sigue siendo capital entre los bizantinos y rusos. Conviene observar que Mogila divide los mandamientos de la Ley de Dios exactamente igual que Filón y Josefo. El primero de los latinos se descompone en dos: a) adoración de un solo Dios y b) prohibición del culto idolátrico. En cambio, junta en uno solo los que en nuestro Decálogo figuran con los números 9.º y 10.º. A últimos del siglo XVII se publicaba por vez primera en Holanda esta Confesión, la más importante, sin duda, de todas las ortodoxas. La había patrocinado un empleado ¡de la sublime Puerta!, el célebre Nocusios Panaghioitis. No tardando, era traducida del griego a varios idiomas.

2.º El Catecismo breve, publicado en 1645. Era una síntesis de aquél otro más amplio, que al no ser aprobado por los teólogos greco-rusos, como Mogila pretendía, quedó convertido en la Confesión ortodoxa que acabamos de mencionar. En él se encuentra la teología relativa al Sacramento del Orden Sacerdotal, del que Mogila no se ocupó en el Trebnik. La imposición de las manos del Obispo sobre la cabeza del ordenando es, según el Metropolita de Kiev, la materia de este Sacramento. Y la Forma está constituída por las palabras que el ordenante pronuncia en las oraciones concomitantes. Conviene no olvidar que en este Catecismo Mogila afirmó de manera rotunda la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos. Lo realizó al explicar aquellas palabras del Símbolo: «Creo en la resurrección de los muertos». «Todos han de resucitar, como afirmó S. Jerónimo; pero tendremos que hacer una excepción en honor a María, porque la excelsa Theotokos fue ya arrebatada en cuerpo y alma a los cielos». Y por lo que toca a la debatida cuestión del origen del Espíritu Santo, se expresaba así este notable Metropolita: «El Espíritu Santo procede de la persona misma del Padre, como de fuente y principio de la Divinidad». El catolicismo nada tiene que objetar contra una fórmula que, bien explicada, entraña en sí misma a la más explícita de los occidentales.

3.º El Trebnik (Eucologio) es con mucho el más importante de los escritos de Pedro Mogila, porque contiene afirmaciones dogmáticas opuestas en no pocos extremos al contenido ritual y teológico que podía haberse llamado Patrimonio tradicional del mundo religioso greco-eslavo. Tiene importancia singular para la Iglesia rusa, porque lo adoptó ella en 1757, bien que in-

troduciendo algunas modificaciones. He aquí las tesis más salientes: a) Al administrar los sacramentos el ministro debe formar intención seria y verdadera de hacer lo que desea la Iglesia con el rito Sacramental; b) Es válido y lícito el bautismo por infusión que, según afirma el Metropolita, se empleó siempre en Ucranía. Tiene, pues, validez el bautismo administrado por los católicos y protestantes. No tenían razón ni Hermógenes, ni Filareto, Patriarcas de Moscú. Era tan firme la convicción de Pedro Mogila en esta parte que se permitió la libertad de escribir al Patriarca Ecuménico, recomendándole que llamara la atención a los jerarcas moscovitas sobre una práctica a todas luces reprobable. c) Es absurda la práctica de reconfirmar a los apóstatas, cosa que introdujo en la Confesión ortodoxa el puritano Syrigos. Para cortar de raíz semejante abuso suprimió en el escrito que nos ocupa el rito de reconciliación que había redactado el Patriarca S. Metodio. No es preciso advertir que con igual vigor rechazó la Reconfirmación de los latinos, cosa que desde los tiempos medievales venían realizando los griegos y los rusos. En 1757 aceptaba la Iglesia rusa la práctica que recomendaba en su Trebnik el catolizante Metropolita de Kiev. d) La forma del Sacramento de la Eucaristía— en ello insistía mucho Pedro Mogila—está constituída por las palabras institucionales: «Esto es mi cuerpo y esto es mi sangre...» Tan pronto como son pronunciadas, se realiza el cambio de substancias. Mogila no otorga valor conversivo a la famosa *Epiclesis* o Plegaria al Espíritu Santo, la cual es algo posterior a la Consagración. e) En cuanto a la Penitencia, el Metropolita de Kiev enseña una doctrina enteramente conforme a la Católica. Contra las prescripciones del Eucologio bizantino-ruso, que ordena el empleo de la Forma deprecativa, Mogila recomienda el uso de la *indicativa*. He aquí los términos de la misma: «Con la potestad que me ha dado Cristo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»; f) El sujeto de la Extrema-Unción es siempre un adulto bautizado y gravemente enfermo. Para Mogila era práctica abusiva la de los griegos, que se empeñaban en ungir a los sanos que se preparaban para recibir la Sagrada Comunión. g) Contra lo que sostienen comunmente los griegos y rusos, el Metropolita de Kiew colocaba la esencia del Sacramento del Matrimonio en el contrato mismo. Son la *materia* los contrayentes mismos que acomodándose a las leyes canónicas han realizado el acto libérrimo de prometerse la entrega mutua de sus cuerpos. Constituyen la *forma* las palabras con que ante el cura expresan los contrayentes su *consentimiento*, alma del

contrato. Aunque semejante doctrina, tan afín a la Católica, fuera incluida en el *Kormtchaja Kniga,* especie de *Corpus juris canonici* ruso, recopilado en 1653 por el Patriarca Nicón, los actuales teólogos eslavos colocan, por lo común, en la *coronación* de los esposos la esencia del Matrimonio separando indebidamente el sacramento del contrato y h) Pedro Mogila admite la existencia del Purgatorio. También la había consignado en el texto primitivo de la Confesión Ortodoxa.

* * *

Casi sobra advertir, que los elementos oficiales de la Iglesia rusa, generalmente moscovitas, no hicieron gran caso del Catecismo breve y del Trebnik mogilanos. En más estimaron a la Confesión Ortodoxa, obra exclusivamente didáctica e irénica, destinada a los fieles de la Iglesia Oriental. En los tiempos inmediatos a su aparición en la literatura griega —pues helénico fue el lenguaje en que fuera redactada— la Confesión de Mogila gozó de un prestigio inmenso. En 1696 el Patriarca moscovita Adrián escribió una Circular, que debería leerse en todos los templos de su Patriarcado, «para recomendar a los fieles un *libro divinamente inspirado,* que se llama *Confesión Ortodoxa* de Pedro Mogila, la cual acaba de ser vertida al idioma ruso». Más tarde fue decayendo el magno predicamento de que había gozado. En el *Reglamento eclesiástico* de Pedro el Grande se menciona la célebre *Confesión* para asegurar que «es un libro muy grande y de comprensión difícil para gentes iletradas». El escaso interés de Teofán Procopovitch, verdadero autor de ese Reglamento, consejero del Fundador de San Petersburgo y luteranoide, se explica bien porque la obra mogilana excluía en todo y por todo al Protestantismo, que para los orientales no es *religión.*

No queremos terminar este capítulo sin aludir al criterio eclesiológico del insigne Metropolita de Kiew. Públicamente al menos, negó Pedro Mogila el *Primado* jurisdiccional del Papa. No otorgó a Roma (la Antigua o la Nueva) más que una primacía de honor (*proteia tes time*), que ya le dieron los emperadores bizantinos. Llamaba a Jerusalén *madre de todas las Iglesias,* no por que tuviera jurisdicción alguna sobre ellas, sino por mera precedencia histórica, por el honor que le dieron los doce Apóstoles salidos de la Ciudad Santa para misionar.

El Concilio Ecuménico es en la Iglesia la única autoridad *soberana e infalible.* Jesu-Cristo, y sólo El, es la cabeza de la Iglesia. Los Obispos en sus diócesis son jefes parciales y representantes de Cristo.

CAPÍTULO VIII

INFLUENCIAS EXTRAÑAS EN LA CULTURA ECLESIASTICA MOSCOVITA

1.ª *La influencia de signo católico a través del Colegio griego de San Atanasio (Roma). a). Paiso Ligárides, Metropolita de Gaza; b). El sacerdote católico y paneslavista croata, Jorge Kritzanik.*

2ª. *La influencia de los teólogos ucranianos y bielorrusos a). Epifanio Slavinecky.— Sus trabajos filológicos; b). Simeón de Polotz.— Su labor pedagógica en Moscú.— Sus libros principales de Teología y Predicación. c). Silvestre Medvedev, egregio discípulo del teólogo bielorruso Simeón de Polotz y cristalización de su pensamiento teológico.— Datos biográficos.— Labor pedagógica del monje Medvedev en Moscú.—Su coincidencia doctrinal con la teología católica en cuanto a la forma de la Eucaristía.*

3.ª *La influencia greco-bizantina.—Los hermanos Litchudes, artífices victoriosos del predominio de la teología helenizante.—Datos biográficos.—Los teólogos griegos en Moscovia.— Vicisitudes de estos profesores en Rusia.—Su labor filológica y científica.—Juicio histórico acerca de los mismos.*

Durante la primera mitad de la gestión imperial de Alejo Michailovitch (1645-76), acudieron a Moscovia muchos jerarcas y monjes griegos. Los patriarcas y metropolitas, los arzobispos y obispos, los archimandritas y los religiosos basilianos que, procedentes de los Balcanes y del Oriente Medio, se dirigían a Rusia, parecían formar una procesión continua e interminable. Pretendían conseguir entre los rusos cuantiosas limosnas a cambio de reliquias más o menos auténticas. La influencia cultural y religiosa de tantos, tan ilustres y tan arruinados viajeros se dejó sentir de modo vigoroso en los asuntos canónicos de Moscovia. Ellos empujaron al Zar y al Patriarca Nicón por el sendero peligroso de las reformas litúrgicas y de la corrección de

los Libros Santos, dando motivo con ello al estallido ruidoso del Rascol o Cisma ruso. Ellos, los prelados del mundo greco-oriental, se mezclaron más de lo conveniente en los asuntos de la Iglesia rusa. Jamás estuvo ésta tan sumisa al Patriarcado Ecuménico de Constantinopla como en los tiempos de este Zar. Al final de su vida, sin embargo, trabajado por otros influjos —sobre todo por el de la familia de su segunda esposa— y desengañado algún tanto de los griegos, que no habían llegado a Rusia más que para mendigar socorros económicos y perturbar, Alejo Michailovitch se adhirió en forma tal a las ideas occidentales que en no pocas naciones de Europa cundió la creencia de que el Zar de todas las Rusias estaba muy bien dispuesto para trabajar en el importante asunto de la Unión de las Iglesias. En 20 de septiembre de 1682, al hacer mención de su muerte acaecida en 1676, el ministro de Polonia en Moscú escribía lo siguiente: «En el lecho de muerte Alejo Michailovitch, Zar de todas las Rusias, dio pruebas de arrepentimiento por no haber realizado durante su reinado la Unión con los latinos; pero los sacerdotes ortodoxos que le rodeaban asfixiaron con sus murmullos las manifestaciones del agonizante». El interesante detalle prueba de modo inequívoco que sobre la capital de Rusia actuaban con energía influencias extrañas. Fueron de tipo occidentalista las que realizaron Paisio Ligárides y Jorge Kritzanitch.

El arzobispo griego de Gaza, Paisio Ligárides, a cuya extraña personalidad y actitud poco noble en el proceso canónico contra el célebre innovador Patriarca Nicón hemos consagrado un capítulo, fue uno de los espíritus más cultos del Cercano Oriente en el siglo XVII. Fue tan grande su importancia y tan destacado el papel que jugó en los acontecimientos religiosos de Moscovia que su pensamiento teológico tuvo que influir necesariamente en la Iglesia eslava. La cultura de Ligárides era enteramente latina. Así tenía que ser, ya que había estudiado tres años de Filosofía y cuatro de Teología bajo la influencia de la Compañía de Jesús en el Colegio griego de San Atanasio (Roma).

Pasó la mayor parte de su vida en Rusia, donde gozó de un prestigio literario indiscutible. El Zar Alejo Michailovitch se sirvió de él para deponer al Patriarca Nicón y para llevar a feliz término otros negocios de índole canónica. El Arzobispo Ligárides contribuyó como nadie a consolidar el césaro-papismo de la corte moscovita. Las obras que escribió, inéditas hasta la segunda mitad del siglo XIX, fueron leídas por los rusos de su tiempo. Por entonces, corrían de mano en mano entre ellos las siguientes: 1.ª Las «Respuestas al boyardo Strechnev». 2.ª La

Historia del Concilio de 1666-67 (Condenación del Patriarca Nicón), y 3.ª Refutación del Rascolniky Nikita Pustosviat.

JORGE KRITZANIK

Mucho se ha escrito acerca de la vida y actuación de este famoso paneslavista de Croacia. Las vicisitudes extraordinarias de este sacerdote católico, incomparablemente *más serio e íntegro* que Ligárides, antiguo alumno también del Colegio griego de San Atanasio, le conquistaron admiradores en Francia, Alemania, Holanda, Rusia y en Croacia, claro está. Pasó la vida en Roma, en Constantinopla, en Rusia y en Polonia. En la capital del Catolicismo publicaba su «Biblioteca Universal de los Cismáticos». Estando en Moscú ofreció sus servicios filológicos al Zar de todas las Rusias (1666). No fue aceptado su ofrecimiento porque la Corte moscovita desconfiaba de él por católico. En cambio, lo enviaron a Tobolsk (Siberia) donde estuvo *quince años* (1661-76). Desde la capital de Siberia era trasladado al Monasterio de Solovezky, foco de rascolianos fanáticos, cuya resistencia había sido, al fin, dominada por las tropas del general Merestcherinov. No le fue bien en aquel establecimiento religioso, por lo que solicitó y obtuvo del Zar Feodor Alexejevitch la necesaria autorización para regresar a Occidente. En Polonia ingresaba en la Orden de Predicadores; pero su carácter independiente e inquieto le originó grandes disgustos con los superiores. Y Kritzanik se ponía en camino para la Ciudad Eterna. Durante el viaje falleció (1682). No se conocen bien las circunstancias de su muerte.

Este sacerdote croata no escribió tanto como Ligárides porque la vida errante que llevó, era, en verdad, incompatible con las tareas literarias; pero sus escritos, ricos en detalles de singular atractivo, fueron más leídos, en Occidente, al menos, que los del Metropolita de Gaza. ¡Era natural! Al fin y al cabo, Kritzanik, aunque bullicioso y amigo de viajar, no renegó jamás de sus convicciones católicas.

* * *

Bajo el punto de vista teológico fue bastante mayor el influjo científico de los escritores ucranianos y bielorrusos que vivieron en Moscú, ortodoxos todos ellos. Figuran entre los más célebres Epifanio Slavinecky y Simeón de Polotz. También estuvieron en Moscovia —permanentemente unos y de paso otros—

no pocos monjes, chantres, artistas, maestros de escuela y simples sacerdotes de Ucrania y de la Rusia Blanca, hombres incomparablemente más cultos que sus colegas de la Rusia Grande. Todos produjeron en ésta impresión honda.

EPIFANIO SLAVINECKY

No poseemos muchos detalles de su vida, pero sabemos que estudió en Kiev antes de las reformas pedagógicas de Pedro Mogila y que, como tantos otros ucranianos, vino a Occidente para completar sus conocimientos teológicos. Aquí tomaba el hábito monacal. Después regresaba a la capital de Ucrania. En 1649 era enviado a Moscú donde hizo un admirable papel como escritor culto y elegante. Fue extraordinaria su producción literaria. Se le atribuyen hasta 150 trabajos de versión. Pese a su independencia de carácter y a su entereza —el fue el único que defendió en público y en privado al Patriarca Nicón— no encontró dificultades en Moscú. La explicación es sencilla. Fuera de ese caso excepcional en el que se permitió la libertad de opinar y de oponerse a la iniquidad, Slavinecky realizaba sus nobles tareas al margen de la política. Más que teólogo, era filólogo. Bien lo demuestran sus traducciones y el «Diccionario greco-latino-eslavo», muy interesante en verdad. Fue también orador elocuente, aunque no profundo. Debemos a un discípulo suyo, Eutimio, la descripción de una ardorosa contienda dogmática entre su maestro y Simeón de Polotz acerca del momento en que se realiza el cambio substancial eucarístico. Mientras que el teólogo de Polotz defendía la tesis católica, es decir, la virtud eficazmente operativa de las palabras institucionales, Slavinecky se inclinaba a la teoría griega de la Epiclesis o Plegaria al Espíritu Santo a fin de que se digne realizar la *Transubstanciación,* plegaria que, como es sabido, es posterior a la recitación, meramente histórica según los griegos, de las Palabras Institucionales.

SIMEON DE POLOTZ

Alumno de la Academia de Kiev y de algún centro docente jesuítico de Polonia, Simeón de Polotz —así llamado porque había nacido en la ciudad de este nombre— influyó en la cultura teológica rusa bastante más que Epifanio Slavinecky. Parece cierto que bajo la sabia dirección de los jesuítas polacos: P. P. Koratovitch, Zalusky y Rodzinsky, obtuvo el grado de doctor

en Teología. Grande debió ser el afecto que por entonces cobró a los criterios occidentales porque le duró toda la vida la simpatía por las tesis específicamente católicas. En su ciudad natal tomaba el hábito religioso (1656) y explicaba Religión en la escuela adosada al Convento de la Epifanía. Fue aquí donde saludó al Zar Alejo Michailovitch, cuando este soberano moscovita paseaba por la Rusia Blanca sus ejércitos victoriosos. Hacia 1663 se dirigía a Moscú. Le acompañaban 12 alumnos. Dos años más tarde, abría en esta capital una Academia. Entre los alumnos, que en los comienzos no eran más que *cuatro*, figuraba un empleado de la Cancillería del Zar y luego monje famoso: Silvestre Medvedev. En aquel centro docente se estudiaban tres asignaturas no más: Latín, Poética y Elocuencia; pero los discípulos de Simeón de Polotz realizaban frecuentes ejercicios polémicos en unas justas teológicas que se parecían mucho a los pugilatos académicos del mundo latino-occidental. Bajo la influencia del maestro bielorruso, el egregio discípulo moscovita Medvedev simpatizó con los métodos y las doctrinas de la Teología escolástica y en su virtud estudió a fondo las obras clásicas de los grandes maestros de la Teología occidental. No ha de extrañar, pues, que diese a su pensamiento el tinte occidentalista y católico que lo caracteriza y que le acarreó desgracias sin cuento y, la mayor de todas, la muerte. Simeón de Polotz realizó en Moscú funciones de intérprete cerca del Metropolita de Gaza, Paisio Ligárides. Por encargo del Concilio moscovita de 1666-67 escribió una obra contra la «Súplica de Nikita Pustosviat» —la similar de Ligárides no fue aceptada por aquella Asamblea antiniconiana— y la tituló *Directorio*. Ella marca una fecha importante en la historia de la Teología moscovita. En los últimos años de su vida redactó varios libros contra los Protestantes.

Hizo mucho por dignificar la predicación. Sus Sermonarios «Veladas espirituales» (Moscú, 1683) y «Pasto espiritual» (ibidem, 1681), publicados después de su muerte por su aventajado discípulo Medvedev, revelan mucho talento oratorio, una seguridad doctrinal poco común en un ortodoxo de esta época y un estilo brillante. Por cuanto Simeón de Polotz se había inspirado en autores occidentales, el Patriarca Joaquín condenaba todas sus obras impresas y manuscritos. Para cometer esta villanía se sirvió del Concilio moscovita de 1690.

SILVESTRE MEDVEDEV

Nacido en el seno de una familia de Diäks (funcionarios de la Cancillería imperial), Silvestre Medvedev había recibido una

educación esmerada. Muy dado a la investigación científica, hacia la cual lo arrastraban sus bellas dotes de entendimiento y tenacidad, el funcionario moscovita (también él tuvo empleo en el Departamento de Asuntos Exteriores) Silvestre Medvedev, quien presintió el talento y las excelsas dotes pedagógicas de Simeón de Polotz, se colocó bajo la dirección de este teólogo bielorruso establecido en Moscú. En realidad, Silvestre Medvedev es la cristalización moscovita del pensamiento teológico del gran maestro de Polotz. Para consagrarse de lleno al estudio el discípulo se acogía a la soledad de un monasterio (1672). Con ello ponía en ejecución el consejo de su querido profesor: «Si has de consagrarte al estudio —le dijo Simeón— deja la vida del mundo y no te crees una familia». Sin ser monje, Silvestre Medvedev seguía ininterrumpidamente los ejercicios piadosos de la Comunidad. Puso sus talentos de escritor al servicio del higumeno, plantó árboles en la huerta y cantó en la iglesia. Al fin, pasados dos años de vida conventual, Silvestre, rompiendo todos los lazos que le unían al mundo, ingresaba en Religión (1674). Tres años después, volvía a la capital de Moscovia y de nuevo se alojaba en casa de su antiguo maestro, desde ahora íntimo amigo. Fue éste el período de mayor felicidad para uno y otro. Silvestre leyó mucho y escribió no poco. Buscó inspiración en los teólogos occidentales. Sus enemigos dirán luego que fue esto lo que le perdió, porque Simeón de Polotz, su maestro fue un discípulo de los Jesuítas, un *uniato* o católico de Rito bizantino-eslavo. Era verdad, en efecto, que el aplomo doctrinal de Silvestre y el criterio que informaba sus enseñanzas procedían de la Teología católica. Anotemos este hecho, bien significativo por cierto: A un manuscrito en el que Simeón de Polotz, su maestro, pretendía explicar la diferencia «entre la fórmula latina *del Hijo* y la griega *a través del Hijo,* ponía Silvestre Medvedev la siguiente nota marginal: La preposición griega *día* (a través) también significa *de.*

Simeón de Polotz y Silvestre Medvedev hacían en Moscú una vida de penitencia y de plegarias, de estudio y de meditación. Un año después de su regreso a la capital de Rusia, el antiguo Diäk de la Cancillería moscovita era nombrado corrector de la imprenta estatal. Aquí encontró a su futuro rival, el monje presbitero Eutimio.

Muerto Simeón de Polotz, era natural que Silvestre Medvedev se encargara de dirigir la Escuela del Salvador, obra de aquel famoso teólogo bielorruso. En 1682 el nuevo director obtenía de la Regente Sofía Alexejevna el decreto de erección de la Aca-

demia greco-latina (Moscú), que tantos disgustos había de proporcionar al culto teólogo y monje piadoso. El nuevo centro docente ganó mucho prestigio y adoctrinó a muchos alumnos; pero los furiosos ataques de que la hicieron objeto los hermanos Litchudes dieron al traste con aquella institución (1687). No decayó, sin embargo, el prestigio bien cimentado de Silvestre, porque siguió gozando del pleno favor de la Corte y de la total admiración de los moscovitas.

Hacia 1680 intervenía en la famosa polémica acerca de la Epiclesis, mejor, de la forma en el Sacramento de la Eucaristía. Silvestre Medvedev publicaba con tal motivo su obra «El Pan de Vida, Cristo Jesús, presente en la Sagrada Eucaristía». Defendía en ella que la Transubstanciación se realiza en el momento en que el sacerdote pronuncia las *Palabras institucionales*.

LOS HERMANOS LITCHUDES

Originarios de una familia aristocrática, mencionada ya desde mediados del siglo IX por los cronistas de Bizancio y refugiada, después de la caída de Constantinopla (1453), en la Isla de Cefalonia, los hermanos Litchudes (Juan y Sofronio), teólogos famosos del mundo greco-oriental, nacieron y recibieron su primera educación en esa Isla jónica. Para ampliar sus estudios pasaban a Italia. Y durante una decena de años visitaron los centros docentes de Venecia y, sobre todo, de Pádua. Doctorados en Teología, los Litchudes regresaban a su país (1670). Juan contrajo matrimonio; pero la desventura de haber perdido no mucho después a su esposa, lo empujó hacia el Monasterio en el que ya había ingresado su hermano Sofronio. No tardando, uno y otro recibían las Sagradas Ordenes y se consagraban con ardoroso celo a la predicación de la Palabra Divina. En 1683 aparecían en Constantinopla, donde se encontraba también el Patriarca de Jerusalén, Dositeo, a quien su colega moscovita Joaquín había pedido profesores griegos para la naciente Academia Eclesiástica de la capital de Rusia. Dositeo se fijó en los Litchudes y les recomendó que tomaran el camino de Moscovia, donde cumplirían el noble cometido de difundir en ella la Teología y la cultura bizantinas. Los cultos hermanos aceptaban con júbilo esta honrosa misión. Con ello empezaba también su calvario. Por de pronto, empleaban cerca de dos años en llegar a su destino. Habían salido de Constantinopla *el* 3 *de julio de* 1683 *y llegaban a Moscú el* 6 *de marzo de* 1685. Aseguran los historiadores rusos que los jesuítas de Polo-

nia realizaron esfuerzos inauditos para que los expedicionarios griegos no llegaran nunca a Rusia. Se sabe, en efecto, que durante ese tan lento viaje los Litchudes sostuvieron con los jesuítas y otros católicos no jesuítas amplias y vivas discusiones acerca de los puntos dogmáticos más discutidos en las iglesias cristianas. En 5 de agosto de 1684 tenía lugar en presencia del Rey de Polonia, Juan Sobiesky, la más célebre de estas justas teológicas. Según los historiadores heterodoxos resultaron victoriosos los hermanos Litchudes. Fueron muy modestos los comienzos de la Academia eclesiástica de Moscú abierta por estos profesores griegos. Se ocupaba, ante todo, de crear tipógrafos. Las lecciones de Teología —tarea específica del nuevo centro docente— no comenzaron hasta el otoño de 1687. Los ínclitos catedráticos griegos pusieron en mano de los alumnos rusos los textos que ellos mismos habían elaborado o, aun cuando no, traducido.

Por entonces se hallaba en su apogeo la controversia famosa entre los teólogos de Kiev y los de Moscovia acerca del momento en que se realiza la Transubstanciación. En ella tomaron parte muy activa los Litchudes. Defendieron tenazmente la opinión de Nicolás Cabasilas y de Marcos de Efeso contra el ruso Medvedev, quien había hecho suya la tesis católica. En 1688 Juan era enviado a Venecia con una misión diplomática. Se trataba de negociar una alianza antiturca con la Serenísima República. Llegaba a la Perla del Adriático en 22 de abril de 1689 y allí permaneció casi dos años. Le acompañaba uno de sus discípulos, Pedro Artemiev, el cual se convirtió al Catolicismo e hizo más tarde un informe, poco halagüeño, por cierto, para los célebres profesores griegos. En el entretanto, Sofronio continuaba su labor docente en Moscú y no descuidó la polémica antilatina.

Por haber logrado valedores de mucho poder en el séquito del Zar, los Litchudes no tardaron en verse atacados por enemigos muy fuertes dentro y fuera de Rusia. Fue el más terrible de todos ellos aquel mismo jerarca greco-ortodoxo que los había enviado a Rusia: Dositeo de Jerusalén, molesto, sin duda, porque, a su juicio, los antiguos protegidos no le mostraban la obligada gratitud. Unida a las intrigas de algunos moscovitas, para quienes los Litchudes eran unos hombres insolentes, engreídos y avaros, la denuncia del Patriarca jerosolimitano acabó por hacer insostenible la situación de estos dos profesores de la Academia de Moscú. En 1694, a consecuencia de un escándalo dado por Nicolás, hijo de Juan, los Litchudes tuvieron que huir clandestinamente de Moscú. Fueron capturados en Esmolensco y

conducidos nuevamente a la capital. Como, por otra parte, se había hecho sospechosa su ortodoxia, se les quitó la cátedra. En adelante, actuarían tan sólo como simples empleados en la imprenta estatal. A pesar de ello, no tardaron en ser nombrados profesores de lengua italiana (1697). En esta segunda etapa de su vida docente redactaron varios discursos y algunos panegíricos. En 1698 se vieron complicados en el proceso canónico seguido contra el diácono Pedro Artemiev. Por esto fueron expulsados de la imprenta oficial e internados en el Monasterio de Novospass, donde permanecieron hasta 1704. Mataron el tiempo escribiendo libros contra los protestantes y ayudando a su discípulo Feodor Policarpov en la composición de su «Diccionario greco-latino-eslavo».

En 1704 eran acusados de espionaje en favor del Sultán de Constantinopla. Por esto mismo un Ucase imperial los confinaba al Monasterio de Ipatiev, en Kostroma. Aquí terminaron una «Gramática griega» muy ampliada y reunieron muchos materiales para la polémica contra los luteranos y calvinistas. En 1706 un nuevo Ukase los recluía en un convento de Nowgorod bajo la vigilancia del Metropolita Job. Este jerarca ortodoxo-eslavo tuvo la excelente idea de utilizar los magníficos servicios de los Litchudes y les confió la dirección de un Colegio, que bajo su actuación prosperó mucho. El propio Zar les encargó la traducción de obras latinas sobre Ciencias y Arte militar. En 1707 Sofronio era llamado a Moscú para trabajar en la imprenta imperial donde se notaba su ausencia. Juan se quedaba en la ciudad del Lago Ilmen hasta 1716, año en que se unió a su hermano y le ayudó a corregir la versión eslava de la Biblia. En ese mismo año los prestigiosos Litchudes juntaron su protesta a la de aquellos teólogos rusos a quienes tanto había disgustado la exaltación episcopal del luteranoide Teofán Procopovitch. Al año siguiente moría Juan, y Sofronio era nombrado otra vez catedrático de la Academia eslavo-latina de Moscú. Ocupó este puesto hasta 1722. Al año siguiente lo hicieron Archimandrita del Monasterio de Solotchina, en Rjazán. Habiéndolo recibido muy mal los religiosos de aquel establecimiento, el viejo Sofronio buscaba refugio en Moscú (1729). Y a poco de haberlo encontrado en el Monasterio de Novospassky, entregaba su alma a Dios (1730).

* * *

Los Litchudes fueron, ante todo, polemistas. Batallaron con ardor contra los católicos, contra los protestantes y contra los Rascolnikys.

Prestaron a los rusos inestimables servicios en la corrección de los libros litúrgicos, en la revisión de las traducciones eslavas de la Biblia y en la edición rusa de la «Confesión Ortodoxa» de Pedro Mogila, publicada en Moscú (1696). La influencia científica de los dos profesores griegos en la cultura eslava es innegable, pero no afortunada. Contribuyó a mantener entre los clérigos rusos el espíritu de la fatal polémica bizantina.

«Cuando los teólogos de Kiev conseguían aminorar las divergencias dogmáticas entre la Iglesia Romana y los orientales merced a sus doctrinas acerca de la *forma* de la Sagrada Eucaristía, acerca del Purgatorio y acerca de la Inmaculada Concepción, los hermanos Litchudes se interpusieron en este camino de paz y fomentaron entre los moscovitas la vieja tendencia a reemprender su marcha por los trillados senderos de la polémica antilatina de Bizancio». (M. Jugie en «Dictionaire de Theologie Cath», tomo IX-I).

Capitulo IX

LA POLEMICA EN TORNO A LA FORMA DE LA EUCARISTIA. LA EPICLESIS Y LAS PALABRAS INSTITUCIONALES

Penetración en Moscovia, vía Ucrania y Bielorrusia, de ciertas tesis teológicas de índole latina.—La relativa a la forma de la Eucaristía.—Labor perturbadora del calvinista Bielobovsky, teólogo polaco-lituano.—Los hermanos Litchudes, paladines de la teoría griega de la Epiclesis.—Silvestre Medvedev, teólogo moscovita y defensor de la tesis católica de la Transubstanciación por las palabras institucionales.—Su libro El Pan vivo.*—La réplica del monje-presbítero Eutimio. El libro de Medvedev titulado* Manna.*—Los Litchudes responden con su Akos.—Réplica de Medvedev mediante su* Relato verídico *(Izvestia istinoe).—Esfuerzos del Patriarca moscovita Joaquín por eliminar de la teología rusa la tesis latina sobre la forma de la Eucaristía.—Presión canónica sobre la clerecía ucraniana y resistencia de ésta.—El Concilio moscovita de* 1690 *y su anatema contra Medvedev y todos los latinizantes.*

En los tiempos de Alejo Michailovitch (1645-76), el eterno espejuelo del Occidente educado y culto iba ganando los ánimos de la atrasada y ruda Moscovia. El Patriarca Nicón hubo de reaccionar vigorosamente contra las nuevas tendencias que dejaban sentir sus perniciosos y antinacionales efectos entre las clases más adelantadas del país (nobles, boyardos e intelectuales). El movimiento renovador tomaba proporciones alarmantes cuando los teólogos de Ucrania, sometida ya al Zar moscovita, dieron en la manía de establecerse en la ciudad de Moscú o de visitarla al menos. Con ellos llegaban al corazón de la Rusia Grande las influencias latinas, que de tiempos atrás venían predominando en Kiev y en su Metrópoli. También la Rusia Blanca enviaba a los conventos moscovitas religiosos de uno y de otro sexo. Ellos trasladaban al centro de Rusia los modos

y los usos de su tierra, muy afines, claro está, a la vecina y católica Polonia. Ahora bien: los teólogos kievenses habían aceptado como buenas las enseñanzas de la Teología católica. Figuraba entre ellas la relativa a la Forma de la Eucaristía. Se había adoptado en Kiev hasta la terminología misma del Occidente católico. El Misal de Vilna (1617) y el del Metropolita Pedro Mogila llamaban *Forma del Sacramento a las palabras institucionales*.

Conviene advertir que antes de la llegada a Moscú de los hermanos Litchudes, paladines de la Epiclesis, todos los teólogos rusos, aun moscovitas, aceptaban por lo general la doctrina de la Transubstanciación operada por la virtud conversiva de las palabras institucionales. No conocemos más excepciones que dos: Epifanio Slavinecky y un pequeño grupo de «Viejos Creyentes» o Rascolnikys, que estaban convencidos de que el cambio substancial se realiza gracias a ciertas palabras recitadas en la proscomidia (preparación de la Oblata). Para decirlo todo, concedemos que esta persuasión rascoliana tuvo también algunos adeptos entre los rusos fieles a la Ortodoxia oficial. Por esto hacían unos y otros grandes postraciones a la hora de la Gran Entrada (Procesión) del Ofertorio, mientras que permanecían impasibles inmediatamente después de haber sido pronunciadas las palabras de la *Consagración* y la Plegaria de la Epiclesis. Las innovaciones introducidas por Mogila y por los patriarcas José y Nicón restablecieron los fueros de la vieja doctrina y práctica tradicionales.

De todos modos, a partir de 1651, todos los moscovitas cultos aceptaban en esta parte las enseñanzas de la Teología católica. La Metania subsiguiente a las palabras institucionales, aclimatada en Moscovia, reemplazaba ventajosamente a las postraciones de la Gran Entrada. Simeón de Polotz hizo aprobar esta doctrina en el Concilio moscovita de 1666-67, aunque consignando a la vez el más profundo respeto para la veneranda Epiclesis, siempre útil y provechosa. Eutimio, el monje-presbítero de los Milagros, que más tarde condenaría esta doctrina, por *herética* y *latina*, en los términos más duros, y el propio Patriarca Joaquín, que iba a degradar, torturar y ejecutar a Medvedev por haberla defendido, compartían, antes de 1685, esta opinión, que era la corriente en Rusia entera.

Las cosas empezaron a cambiar con la llegada a Moscú de un tal Juan Bielobovsky (1681). Originario del Gran Ducado de Lituania, Juan había estudiado con un pastor calvinista; luego perfeccionó sus conocimientos en la Academia protestante de Torum (Polonia). El mismo da cuenta de que discutió mucho

con los jesuítas polacos, los cuales lo llamaron hereje. Contaba él en Moscú todas estas cosas y muchas más para conquistar voluntades y adquirir simpatías. Parece ser que había sido llamado a la capital moscovita para trabajar en la Academia que el Zar pensaba crear; pero al percatarse de la manifiesta heterodoxia de este hombre poco recatado, los moscovitas le volvieron las espaldas, y el Gobierno le retiró su protección. Apenas llegó a Moscú, estableció contactos con el monje Pablo Negrebedsky, quien, según parece, compartía los puntos de vista de la Teología occidental. El calvinistoide Bielobovsky explicaba al monje ortodoxo las doctrinas calvinistas y las católicas. Acusaba a los sacerdotes latinos de farsantes porque utilizaban para enriquecimiento propio tres supercherías solemnes: la Misa, las Indulgencias y los sufragios por los difuntos. Ante el archimandrita de Simonov Gabriel Domecky, también de origen ucraniano y partidario de las doctrinas occidentales, el dichoso calvinista lituano negó la Presencia Real, porque hasta los *animales* podían tomar las especies y porque, además, podían llegar a ser *pasto de los gusanos*. En cambio, aceptaba la partícula Filioque. Negrebedsky pudo replicarle que los griegos estaban de acuerdo con los latinos en el asunto de la Eucaristía y que no los separaba más que la cuestión baladí de los ázimos. Todos los testigos convienen en afirmar que el bueno de Bielobovsky fue un protestante más o menos oportunista que no pensó más que en medrar. Negrebedsky y su amigo Gabriel Domecky lo denunciaron ante el Patriarca como *sospechoso de herejía*. Para juzgarlo se reunía un Concilio (1681), y el acusado no quedó bien en las discusiones habidas. Recitó el símbolo en latín y en polaco y al llegar al sitio en que debía estar la Partícula *Filioque*, se le trabó la lengua en forma tal que nadie pudo saber lo que en realidad creía aquel extraño lituano. El prometió entregar una abjuración y una profesión dogmática escritas. No debieron agradar ni parecer satisfactorias porque Silvestre Medvedev se creyó obligado a redactar una refutación de las mismas.

La llegada a Moscovia de los hermanos Litchudes produjo honda perturbación en los espíritus. ¡Como que hicieron una verdadera revolución! A los ocho días de haberse incorporado a la ciudad de Moscú, tuvieron una estruendosa disputa con Bielobovsky acerca de la forma de la Eucaristía. El antiguo calvinista polaco-lituano se inclinaba ahora por la tesis católica, que por entonces, según apuntamos arriba, era universalmente aceptada en Rusia, mientras que los profesores griegos defendían con ardor la teoría de la Transubstanciación por la Epi-

clesis. A las primeras de cambio Bielobovsky enmudeció. Por más que le presionaron los Litchudes, no respondió absolutamente nada y acabó por confesar que era incompetente en materias teológicas; en cambio, se las daba de especializado en cuestiones filosóficas. Se le propuso entonces el problema de la creación del alma y el sedicente filósofo se calló otra vez. No mucho después de esta primera disputa de los Litchudes, apareció en Moscú el primer trabajo acerca de la forma de la Eucaristía. Era *El Pan vivo* de Silvestre Medvedev.

Después de la introducción y del prefacio, el autor desarrolla en esta forma su pensamiento. El *Pan vivo* es Cristo mismo, Dios eterno misteriosamente donado a la Iglesia y a los fieles cristianos para que recibiéndolo santifiquen sus almas y sus cuerpos». Medvedev, que parece querer redactar un verdadero tratado dogmático de la Eucaristía, se ocupa mucho de la prósfora. Reprueba la costumbre de prosternarse ante los Dones a la hora de la Gran Entrada del Ofertorio. Lo hace así porque no quiere que los fieles se hagan reos de adoración idolátrica del Pan. La Transubstanciación —decía él— se opera antes de la Epiclesis y precisamente en virtud de las palabras institucionales. De lo contrario —argüía él— no serían verdaderas las palabras del sacerdote. Se apoya en San Juan Crisóstomo. Luego resuelve la dificultad clásica que se formulaba así: «Pues entonces ¿a qué viene lo de la Epiclesis o invocación al Espíritu Santo para que se digne realizar el *cambio de Substancias*?» Las palabras de la Epiclesis —respondía Medvedev— no tienen por objeto *transubstanciar*; se refieren únicamente a nuestra comunión encaminada a obtener la salud temporal y eterna. Y así se lee en el Misal inmediatamente después de ellas: *al objeto de fortalecer las almas y perdonar los pecados a cuantos comulgan*.

El escrito de Silvestre Medvedev, sencillo, claro y conciso, no mencionaba a nadie. Sin embargo, provocó una violenta réplica por parte del monje Eutimio, antiguo enemigo de Simeón de Polotz. Fue discípulo y amigo de Epifanio Slavinecky. No sabemos mucho más de este carácter enigmático y extraño, cuya evolución teológica no deja de ser interesante. Cuando aún vivía Simeón de Polotz, Eutimio sentía celos del favor de que era objeto por parte del Gobierno el teólogo ruteno. También le irritaban grandemente los silogismos latinos que empleaba. De todos modos, admitía como Simeón la doctrina católica acerca de la forma de la Eucaristía. Creemos que Eutimio fue el hombre de confianza del Patriarca Joaquín, el cual veía con muy

malos ojos que Silvestre Medvedev hubiera sucedido a su maestro Simeón de Polotz en el favor ante la Regente Sofía. Los Litchudes supieron aprovecharse admirablemente de esta rivalidad y explotarla. A estas mezquindades y envidias, a estos manejos y a estas intrigas hay que atribuir en parte, al menos, las infamias cometidas con Silvestre Medvedev, antiguo Diák y monje famoso, quien superaba con mucho moral e intelectualmente a sus adversarios.

Eutimio replicó inmediatamente protestando con energía contra la doctrina del *Pan vivo* y afirmando la opuesta. El opúsculo en que lo hacía no era más que una sarta de insultos a Medvedev, al cual llamaba «uniato, jesuíta, latino y hereje». No logró llamar la atención. Con la ayuda de los hermanos Litchudes redactó una «Refutación de la tesis latina», algo más extensa y docta que el opúsculo anterior. Comenzaba por establecer los términos del problema: Algunos —afirma él— aseguran que la Transubstanciación se opera en virtud de la Epiclesis o Invocación al Espíritu Santo y otros, extraviados por el Catecismo de Pedro Mogila, atribuyen el cambio sustancial a las palabras institucionales. «La Clave de la inteligencia», libro de Juan Galjatovsky, y «La Paz con Dios», obra de Inocencio Gisel, sostienen que esas palabras (Tomad y comed, etc.), son la *Forma* de la Eucaristia. Al refutar a estos teólogos, Eutimio se apoya exclusivamente en la autoridad de Epifanio Slavinecky, que se habia convertido en campeón de la Ortodoxia oriental. La tesis latina —aseguraba él— trae su origen del hecho de que no teniendo Epiclesis, los occidentales se han visto obligados a echar mano de las palabras institucionales. Simeón de Tesalónica da a entender que éstas no son otra cosa que una rememoración de la Muerte de Cristo. Eutimio cita en su favor a varios autores antiguos y modernos. El Catecismo de Pedro Mogila —dice él en sustancia— tuvo que ser expurgado en Moldavia para lograr la aprobación por los Cuatro Patriarcas Orientales y por el Concilio que ellos celebraron. La «Paz con Dios», de Gisel, es un libro literalmente vertido del Latin. Es ahora cuando Eutimio se ocupa del Concilio de Florencia y de las violencias hechas a los griegos para que aceptaran la Procesión del Espíritu Santo ex Patre Filioque, la Primacía jurisdiccional del Papa, el Purgatorio, la doctrina sobre el Pan Azimo y Fermentado y la Transubstanciación por las *palabras de Cristo*. Y después de haber hecho el elogio de Marcos de Efeso, concluye: «Hasta aquí nuestra respuesta, que ha sido extraída de las

obras de aquel gran filósofo y teólogo que se llamó Epifanio Slavinecky».

Tocaba ahora el turno a Silvestre Medvedev. Y a fe que lo hizo admirablemente con su voluminosa obra titulada *Manna*. La dedicó a la Regente Sofía, la cual miraba con manifiesta simpatía a la ideología y a la Religión de Occidente. Desde 1684 se habían instalado en Moscú los jesuítas. Eran los primeros sacerdotes católicos que se establecían allí de modo habitual para ejercer el sagrado ministerio.

La obra de Medvedev data de noviembre de 1687. Revela un conocimiento profundo de la Patrística griega. Después de una corta introducción el autor demuestra la necesidad de observar los preceptos de Cristo y en particular el relativo a consagrar el Pan y el Vino por las Palabras institucionales. Enumera luego los efectos terribles de las violaciones de los mandatos divinos, señala los orígenes y la evolución de la Teoría de los Litchudes y anuncia su propósito de confundirla y de mantener a los ortodoxos en la fidelidad a la doctrina de la Transubstanciación por las Palabras de Cristo. Silvestre afirma con gran energía que Rusia siempre se mantuvo fiel a esta doctrina. Y luego de haber discutido largamente el texto de las *palabras* institucionales y el de la Epiclesis, cita las autoridades nacionales a este respecto. Así es que—concluye Medvedev—la tesis de la Transubstanciación operada en virtud de las palabras de Cristo es nuestra, muy nuestra. Y no vale rechazarla porque también sea patrimonio de los latinos. Entonces tampoco deberíamos creer en la Encarnación del Verbo, en la regeneración por las aguas bautismales, en el culto a las imágenes y en otros muchos dogmas en que los occidentales creían cuando estaban en comunión con la Iglesia Oriental. Habiendo restablecido la autoridad de San Ambrosio, Silvestre Medvedev reprocha a Eutimio la indignidad de haber truncado los testimonios de los autores que cita. Reprueba con vigor el Catecismo nuevo revisado en Moldavia por Porfirio de Nicea y Melecio Sirygos. «Es éste un libro griego recientemente editado que no se apoya en el sólido fundamento de los apóstoles y de los Santos Padres, sino en la arena movediza de la humana sabiduría». «La paz con Dios», de Gisel, es, en verdad, una traducción del latín; pero esto, ¿es acaso un pecado? ¿Es que no han de tener jamás razón los latinos?

Al mismo tiempo que Silvestre escribía su Manna, redactaban los Litchudes su *Akos*, obra que tuvo una influencia decisiva sobre el pensamiento teológico de Moscovia. Aluden en la intro-

ducción a la apostasía de la Iglesia romana y a sus ataques contra el Oriente. Luego escriben lo siguiente: «Bajo el reinado de Feodor Alexejevitch se pidieron a Constantinopla varios maestros de la Iglesia Oriental que fueran personas de conciencia recta, exentas de toda novedad y no deformadas por las doctrinas extranjeras, sino fieles enteramente a las tradiciones ortodoxas. En respuesta a esta demanda fuimos nosotros los enviados. Se nos ha preguntado—continuaban ellos—sobre la cuestión candente de la transustanciación y no podemos guardar silencio. En la Eucaristía—pregonaban los Litchudes—es doble la materia: el pan fermentado, de harina de trigo, y el vino puro tan limpio como sea posible. Se añade agua durante la Proscomidia. La forma viene constituída por las palabras de la Epiclesis: «Haced, oh Señor, que este pan sea el cuerpo de Cristo y lo que está en el Cáliz se convierta en la preciosa Sangre de tu Hijo. Amén, Amén, Amén. ¡Que haga la transformación tu Santo Espíritu! Amén». El efecto es la gracia del Espíritu Santo operada por el Sacramento, que aquí es el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor· La causa final, por parte del celebrante, es su misma intención y, por parte de la Iglesia, los objetivos sobrenaturales que ella intente.

No tienen razón los católicos que atribuyen el cambio sustancial a la virtud conversiva de las palabras institucionales, pues hasta su misma Liturgia confirma el criterio griego. Aun después de la consagración y elevación, el cura romano reza unas plegarias en las que todavía se habla del «Santo pan de la vida eterna y del cáliz de la salvación perpetua».

Por otra parte, reina gran confusión en cuanto a las llamadas palabras institucionales. En realidad, de verdad, «Cristo—así nos lo aseguran los Litchudes—rogó secretamente a su Eterno Padre y bendijo también secretamente el pan y el cáliz. Pero nadie sabe qué palabras empleó en uno y en otro caso. El misterio estaba ya realizado cuando dijo: «Tomad y comed, etc....»

Además, el sacerdote que celebra no hace otra cosa que traer a colación modo histórico las palabras dichas por Cristo en la última Cena. Si al pronunciarlas realizara la maravilla de convertir las sustancias, resultaría que su poder superaba con mucho al del mismo Cristo, lo cual es absurdo. Ello no obsta, sin embargo, para que tengamos en gran estima a esas históricas palabras. Ante todo, porque fueron pronunciadas por el Señor en ocasión solemne, y luego, porque tienen el mérito de anunciar el misterio que pronto se va a realizar. Y los fieles, que las perciben con toda claridad—por algo se dicen en alta voz—harán

muy bien con decir «amén». Con ello dan señales de asentimiento. Dedúcese de todo esto que no hay que descubrirse, ni prosternarse, ni realizar actos de adoración antes de la Epiclesis, que es siempre posterior a las palabras institucionales. Recitada esa plegaria al Espíritu Santo, es llegado el instante de la transustanciación.

Pero si esto es así, ¿cómo se entiende la afirmación del Crisóstomo, «Las palabras: *Este es mi cuerpo; esta es mi sangre*» son las que verdaderamente transforman la oblata?. Los Litchudes se dan cuenta de esta enorme dificultad y hacen esfuerzos, ciertamente vanos, para resolverla. Después de una larga explicación del verbo embarazoso «transformarse», los cultos profesores griegos aducen textos de un gran número de Liturgias antiguas, de Misales y de Eucologios bizantinos y rusos. Pese al fárrago de citas, no logran desvirtuar en lo más mínimo la fuerza considerable de la objeción.

El Akos, ¿por qué negarlo?, causó impresión honda en Moscú. Por algún tiempo no se supo en el campo contrario cómo arreglárselas para refutarlo. Intentó realizarlo un escritor anónimo (¿el diácono Atanasio?). El reivindicador del buen nombre científico-teológico de Medvedev consideró como un insulto intolerable el reproche de «latinos, bárbaros, uniatos, perros, gentes de lengua inmunda» con que se motejaba a los partidarios de aquel excelso teólogo moscovita. Atanasio no rozó más que algunos pasajes del Akos y manejó también de modo admirable las palabras fuertes. La tomó contra los extranjeros que atacan a los libros rusos. «Ellos llaman al pueblo escogido por Dios, al que tiene por capital la tercera y última Roma, rebaño de bestias feroces, de puercos y otras lindezas por el estilo. Y todo porque Dios no ha querido que hubiera escuelas en nuestra patria moscovita». Con tal motivo prodigó las injurias y los insultos. Como es natural, esta actitud innoble no podía surtir efectos en los círculos cultos que bajo el gobierno de la esclarecida Regente Sofía se multiplicaban en Rusia y especialmente en Moscú.

Silvestre Medvedev escribió una refutación más seria en su «Izvestia istinoe» (Relato verídico). Basado en los libros sapienciales de la Biblia, en Platón y Aristóteles, hizo una apología de la verdad. Nada hay peor que la mentira hija del demonio. «Los herejes han corrompido los escritos de los Santos Padres. Así lo probó el honorable Bessarión en su carta a Lascaris y al Concilio de Florencia. Cuando de una y otra parte fueron presentados los libros griegos, todos se percataron de que mu-

chos de ellos estaban en desacuerdo con los que tenían los latinos y hasta con los más antiguos y más correctos que los propios griegos aportaron. ¿De dónde procede este mal? Del hecho lamentable de que entre los griegos abundan las «gentes injustas, más dadas al dinero que a la Divinidad, más propensas a la mentira que a la verdad». Y las actuales desventuras se deben a la circunstancia anómala de que las nuevas ediciones de libros litúrgicos griegos se han llevado a cabo en ciudades de fe latina, calvinista y luterana».

Más tarde, Silvestre—y en esta ocasión tiene su testimonio una especial autoridad—describe la corrección realizada por Nicón, cuya obra le merece toda clase de respetos. Para terminar describe la actuación del Concilio de 1654 y copia el prefacio del Misal de 1655 impreso en Venecia. Por desgracia—asegura Medvedev—no se cumplieron las acertadas disposiciones de aquella asamblea benemérita. Cabe buena culpa de esta contravención al monje Eutimio, que sistemáticamente se opuso a la ejecución de las mismas.

Silvestre Medvedev vuelve al Akos de los Litchudes, a los que juzga por sus frutos, «que son el orgullo y el odio, generadores de persecuciones y enemistades». Encuentra intolerable la presión que sobre los ucranianos ejercían vilmente el Patriarca Joaquín y el monje Eutimio. Contrasta con estas indignidades la noble, serena y valiente actitud del jefe político Mazeppa y del teólogo Inocencio Monastyrsky, encarnaciones respectivas del elemento oficial y de la clerecía de Ucrania, fiel siempre al dogma eucarístico de la Presencia Real por las palabras institucionales.

Mas el Patriarca Joaquín, que simpatizaba con los Litchudes, trabajaba con denuedo para eliminar del acervo teológico de Rusia la doctrina de la transustanciación por las palabras de la institución eucarística. Sus esfuerzos iban principalmente dirigidos a barrer esa tesis latina de la metrópoli de Ucrania, donde tenía raíces especialmente hondas. El oráculo teológico de Kiev por aquel entonces, el prestigioso Inocencio Monastirsky, amigo y admirador de Silvestre Medvedev, a quien para ensalzarle ante los moscovitas llamaba en las epístolas a éstos Solvester, escribía al Hetman cosaco Mazeppa lo siguiente: «Por la gracia de Dios, desde que el país fue iluminado por la verdadera fe, se mantuvo entre nosotros incontaminada la piedad». Se refería el teólogo ucraniano a la doctrina de la transustanciación en cuanto opuesta a la de la Epiclesis, porque nos consta que por aquel entonces estaba él dando la última mano a

su libro: «De la Transustanciación contra los Litchudes». Le había dado la orden de redactarlo el Metropolita de Kiev, Gedeón. La Ucrania entera estaba conforme con la tesis católica de que la transustanciación se realiza en virtud de las palabras institucionales. Cuando el manuscrito estuvo terminado y a punto de publicación, Inocencio Monastyrsky se llegó a Moscú a fin de prestar ayuda al perseguido Medvedev. Pero en el momento preciso en que el teólogo kievense terminaba su obra (5-III-1689), salía de Moscú una carta muy perentoria relacionada con esta famosa polémica. El Patriarca Joaquín, que no se había olvidado de sus viejos modos de suboficial, enviaba a los Obispos ucranianos un verdadero ultimátum canónico. Tendrían que «declarar inmediatamente su conformidad con la Santa Iglesia ortodoxa y su asentimiento a nuestras ¡humildes! instancias repetidamente formuladas». Los Obispos meridionales tuvieron el valor de responderle que «la transustanciación se opera por las palabras de Cristo». Y no es tan sólo la Iglesia ucraniana la que así lo confiesa; «es toda la Rusia religiosa la que lo creyó siempre y lo cree todavía. Los ucranianos profesamos esta fe y deseamos morir en ella». El jefe supremo de la Iglesia eslava respondió con un segundo requerimiento apremiante, al que los prelados de Ucrania se sometieron al fin. No es fácil decir, sin embargo, si fue o no durable esta obediencia arrancada con amenazas canónicas. Por mucho tiempo aún se mantenía en Ucrania la doctrina católica sobre este punto concreto. Mas el Patriarca Joaquín no cesaba en sus intentos. Y escribía al Patriarca de Constantinopla Dionisio para rogarle que le enviara directa y urgentemente tres ejemplares de una carta sinódica: uno para la clerecía kievense; otro para el Zar y el último para sí mismo. También le pedía que no aludiera para nada a esta demanda, sino que diera a entender que obraba *motu propio*.

En el entretanto, era condenado a muerte y ejecutado en Moscú el paladín ruso de la tesis católica, Silvestre Medvedev. El buen monje moscovita había muerto por haberla defendido. No existió otro motivo para su condena. ¡Era un hereje latinizante! El Patriarca Joaquín estaba decidido a todo con tal de establecer en la Rusia religiosa la teoría de la Epiclesis.

Después de haber amañado una retractación del infortunado Silvestre Medvedev, convocó un Concilio (1690). Asistieron a él Adrián, de Kazán, quien no era muy afecto al Patriarca por su condición de militarote y ordenancista; Pablo, de Nischni-Novgorod; Eutimio de Krutitchi; Atanasio, de Kolmo-

gory, uno de los más decididos partidarios de Joaquín, y varios Archimandritas e higumenos. No estaba todo el clero moscovita. No hubo ni un solo representante de la Metrópoli ucraniana porque Monastyrsky, recientemente llegado a Moscú, fue prontamente calificado de amigo del gran Satanás y arrojado por ende de la ciudad. Savva, el compañero y discípulo de Medvedev, se presentó en la Asamblea para leer la retractación que había firmado su maestro bajo la presión de la tortura. Medvedev, que todavía languidecía en la prisión (no sería decapitado sino el 11 de febrero del año siguiente) no apareció, aun siendo reo, en el Concilio.

Después de la lectura de la retractación del supuesto «hereje latinizante», el Patriarca pronunció un discurso en el que hizo historia de esta controversia. Luego condenó un cierto número de obras escritas por teólogos rusos de tendencias occidentalistas.

Figuraban entre ellas todas las de Simeón de Polotz; los dos Catecismos mogilianos, editados en las Criptas de Kiev; el Manna de Medvedev ¿cómo no?; las de Cirilo Tranquillion; las de Gizel; las de Lázaro Baranovitch, quien defendía en un Sermonario («Las Trompetas») la Inmaculada Concepción, y el «Tratado de los Siete Sacramentos» de Kossoi.

No debió producir consecuencias fulminantes en Rusia el anatema del Patriarca de Moscú, porque la teología ucraniana siguió influyendo en el país entero durante medio siglo todavía. A la larga, sin embargo, se dejó sentir, ¿cómo no?, el efecto canónico de aquellas amplias condenaciones

Capitulo X

EL MONACATO DURANTE EL PERIODO PATRIARCAL (1.589-1.719)

Nuevos monasterios en Siberia y en territorios recientemente colonizados.—La pobreza en la que se desenvolvían los conventos pequeños y su incorporación a los más poblados y mejor dotados económicamente.—Restricciones diversas a la vida monacal.—Resurrección de la piedad ascética según el testimonio del Metropolita Kievense Pedro Mogila.—Nuevos establecimientos monacales en el Sur y en el Oeste.—Job, el piadoso monje de Hierro.*—El mártir Atanasio Philippovitch.—La persecución y los sufrimientos de los monjes ucranianos.—*

Pese al cambio de los tiempos, poco favorables a las tendencias monacales, aún florecía, en la primera mitad del periodo patriarcal sobre todo, el espiritu religioso-conventual. Los patriarcas trabajaron mucho para desarrollar y mantener las vocaciones. Les ayudaron no poco en tan noble tarea la aflicción y la dureza de los tiempos.

Durante el período patriarcal (excepción hecha de la Metrópoli de Kiew) se edificaron unos 175 monasterios en las diversas eparquías. Los Patriarcas mismos fueron los fundadores de muchos de ellos. Son bien conocidos los del Patriarca *Nicón*. (La Nueva Jerusalén, el de Iberia y el de la Cruz). La maior parte, sin embargo, radicaba en la Siberia y en los gobiernos de Woronesch y de Tambow, es decir, en aquellos distritos y territorios que habían sido recientemente colonizados. «El nuevo campo de gracia—dice el Arzobispo de Tschernigow varias veces citado—dio frutos sazonados de amor a Dios y a los hombres». Unos cien de los nuevos conventos pertenecen a la primera mitad del periodo, y a la segunda, los setenta y cinco restantes.

Conviene observar que en esta última se cerraron no pocas comunidades antiguas. Debióse ello, en parte, a las medidas que el Gobierno y la Iglesia Ortodoxa hubieron de tomar con-

tra el Rascol. A su vez, no contribuyó poco a la hecatombe conventual la furia criminal de suecos y de polacos. De muchos de aquellos monasterios por ellos ocupados, maltratados y semidestruídos no quedan hoy ni los cimientos. Además, algunos otros con escasa población—dos o tres monjes tan sólo y sin medios de subsistencia por añadidura— tuvieron que cerrar sus puertas. Es verdad que la espada del Oeste había despertado las vocaciones eclesiásticas y, de modo especial, el amor a la soledad en los claustros; pero esa misma guerra polaca bajo los Zares Alejo y Teodoro privó de los medios económicos tan necesarios para ello aun a los conventos ricos. En semejantes circunstancias se creyó muy apropiada la medida de suprimir la autonomía de que venían gozando los establecimientos religiosos pequeños o pobres. En adelante, quedarían sometidos al control episcopal y al cuidado y administración de los Claustros famosos y por ello bien poblados y dotados de recursos. En el entretanto, hizo su aparición el Cisma (Rascol), que procuró adquirir secuaces en los obscuros rincones de los monasterios pequeños, a donde, por lo general, iban a parar los disidentes. Por este motivo la autoridad eclesiástica se vió precisada a extremar las precauciones. Se pedía permiso para fundar nuevos establecimientos. Entre las restricciones practicadas figuraba ésta: negar la toma de hábito a los varones en vida de sus mujeres y a éstas en vida de sus maridos. En 1.701 el Zar Pedro el Grande ordenaba lo siguiente: «Serán arrojados de los Claustros todas aquellas hermanas y hermanos *legos* que viviesen en comunidad sin haber tomado solemnemente el hábito». Para el ingreso en Religión señalaba, además, un tope de edad. Por un Ukase de 1.703 quedaba prohibida la creación de nuevos monasterios.

Pese a todo ello y a las persecuciones desencadenadas en el Sur y en el Oeste, no moría la vocación monacal, ese celo por la vida retirada y solitaria, tan consustancial al espíritu hondamente religioso del mundo eslavo. Uno tras otro, cual fortaleza segura de la Ortodoxia rusa, iban construyendo los nobles sus conventos o asilos de solaz y de recogimiento, sanatorios espirituales para los perseguidos y martirizados. Hasta mediados del siglo XVII se construyeron los siguientes: *Cuarenta y cinco* en Lituania y Rusia Blanca, y *cincuenta y cinco*, en Wolinia y Ucrania, todos de nueva planta. Como era natural, la persecución despertó un mayor rigorismo penitencial. Los monjes eran más austeros y más piadosos. Tenía que ser así, porque el odio y la pobreza, al buscar consuelo en la soledad, acercan

más a Dios e intensifican por tanto las prácticas ascéticas. Era tanto más grata esta resurrección de la piedad, cuanto que los *Claustros Unionistas* iban decayendo poco a poco hasta fenecer completamente. «Contempla, libre de prejuicios, —decía el famoso Metropolita *Pedro Mogila* a un ortodoxo unido—nuestros monasterios ortodoxos. Observa cuán pobre y miserablemente viven, pues carecen hasta de lo más necesario. Considera cómo, pese a las tribulaciones de toda índole, se mantienen en la más observante piedad. Dirige tus miradas a la región de Kiev y fíjate en el Monasterio de *Meschiagosrsk.* (Ten en cuenta que no hablo de aquellas comunidades a las que fueron asignadas tierras). En él se aloja una comunidad de más de 150 monjes que, al modo del gran anacoreta Antonio, viven del trabajo de sus manos. Mira al Dnieper. Allí viven hermanos piadosos y muy ascéticos que llevan vida de comunidad en los monasterios de Mgarsky y Gustin. No quiero mencionar los conventos pequeños. No dejes de contemplar al de Trigorsky, en el que moran 80 frailes, todos muy humildes. Entra luego en los claustros de la Bukowina y encontrarás unos 200 ángeles que viven en carne humana e imitan a los ermitaños de la antigüedad. Dentro de la religiosidad más silenciosa van sosteniéndose sin medios económicos de ninguna especie los monjes de Krechow (Lemberg). No lejos de Orscha, en la Ruthenia Blanca, verás el Claustro de Kutein, donde se hallan al menos doscientos hermanos que viviendo, igualmente, en carne mortal emulan la pureza de los ángeles. Otro tanto encontrarás en Boinitzky, para no hablar de otros muchos. Tendrás que confesar, quieras o no, que al igual que en los tiempos apostólicos, es también entre nosotros, pese a la miseria, a la opresión y a los tormentos, muy poderosa la energía de lo Alto, esa fuerza sobrenatural que fortalece a los débiles». Dió a todos ejemplo de vida ascética sublime el piadoso Job, el de Hierro. Muy joven aún, llamó la atención por sus severas penitencias; desde el Monasterio de Ugor pasaba al convento de la Cruz en Dubensky, cuya Hermandad gobernó como Abad durante 20 años. Huyendo de las alabanzas tributadas por los numerosos y agradecidos visitantes que tuvieron la suerte de oír sus instrucciones y sus consejos espirituales, se retiraba secretamente a la montaña de Potschaiew, donde también desempeñó el cargo de higumeno. En 1651, habiendo merecido que se le apareciese la Madre de Dios, pasaba a la Eternidad. Algunos murieron por la Ortodoxia y merecieron la glorificación y la dignidad de conservar *incorruptos* sus restos mortales.

«Al número de santos varones, cuyos cuerpos se mantuvieron incorruptos —escribía Jorge Konissky— hay que agregar un venerable mártir: Atanasio Philippovitsch (1648). Muerto por los perseguidores de la Ortodoxia en el Convento ruso de las afueras de Brest-Litowsky, a los 150 años todavía conservaba incorruptos sus despojos mortales aquel venerable mártir. Hasta 1700 la mayor parte de los conventos de la parte meridional del país se mantuvo fiel a la greco-Ortodoxia y resistió a la fuerte presión de los católicos. Los tártaros y turcos vinieron a incrementar los sufrimientos de los ortodoxos del Sur. Las incursiones intermitentes en Ucrania fueron fatales. Las turbaciones y los dolores subían de punto cuando por orden arbitraria del Sultán, salía de la cárcel el incapaz Jorge, hijo del Gran Bogdan Chmelnitzky, y tomaba para escarnio y desgracia del pueblo las riendas del Poder en la desventurada Ucrania. Para colmo de males, cual si lo anterior fuese poco, el despótico hijo y lugarteniente del Profeta enviaba detrás de aquel inhábil gobernante tártaros y turcos con el encargo de arrasar a la pequeña Rusia. Tachigirin era incendiada. La misma suerte corría Kanew, donde murieron muchos cristianos, consumidos por las llamas que destruyeron la iglesia conventual. Por esas mismas fechas era martirizado por los enemigos natos del nombre cristiano Macario, a quien el Metropolita José (1663-1672) había nombrado Archimandrita de Owrutsch (Wolinia). Estuvo al frente de la Comunidad diez años y ofreció lugar de reposo a Chelnitzky cuando este desgraciado príncipe no tenía donde posar su cabeza.

Período sinodal

(1.721 - 1.917)



Pedro I el Grande



La autocoronación de los Zares

CAPITULO XI

LA CREACION DEL SANTO SINODO RECTOR

I

ANTECEDENTES

El Patriarca Joaquín Sawelov (1672-90).—*Su rabioso antilatinismo y su extremada xenofobia.—Su testamento político, exponente de uno y de otra.—El Patriarca Adrián* (1691-700). *Su nulidad absoluta y su condición de reaccionario.—Pedro I el Grande.—Su defectuosa educación y su incompatibilidad con el Patriarca Adrián y el clero ortodoxo.—Desprecios al primero.—Esteban Javorsky, Metropolita de Riazán.—Carrera y personalidad de este ilustre ucraniano.—Su exaltación al puesto de administrador y guardián del Sello patriarcal. Su grandiosa labor pedagógica.—Revivificación de la Academia de Moscú mediante la savia de cultos profesores formados en la de Kiev.—La producción teológica de Javorsky (La Piedra de la Fe).—Su carácter débil, tímido e indeciso.—Los obispos ucranianos en la Rusia Central.—El santo prelado de Rostov, Demetrio Tuptalo.—Sus merecimientos hagiográficos y ascético-místicos.—Su condición occidentalista y catolizante.—Sus principales escritos.*

II

TEOFÁN PROCOPOVITCH

Su brillante carrera literaria y político-eclesiástica.—Sus tendencias luteranoides.—Teofán, arzobispo de Pleskau, brazo derecho del Zar en materias religiosas y acérrimo defensor de la supremacía del poder civil sobre el eclesiástico.—*Las obras maestras de Teofán* (El Reglamento eclesiástico *y el Santo Sínodo*).—*Obras teológicas que escribió.*

Después de haberse mostrado dispuesto durante un decenio (la mitad aproximadamente de su largo pontificado) a una acomodación orgánica a las ideas europeizantes que iban abriéndose camino en la política y en la sociedad rusas, el Patriarca Joaquín Sawelow, tercer Jefe Supremo de la Iglesia eslava patriarcal y único que tuvo importancia relativa después de Nicón —pues Josefat II y Pitirim carecieron de ella— se condujo luego en los ocho últimos años de su gestión como enemigo rabioso de los influjos de índole occidentalista. La xenofobia y el esfuerzo reaccionario de este Patriarca cristalizaban en un odio fanático al latinismo y concretamente a la Iglesia Romana. El fue quien expulsó de Moscú (1689) a los jesuítas, a quienes mucho había favorecido el Príncipe de Galitzin, tan amigo de los hijos de San Ignacio como de la regente Sofía. Igualmente, el Patriarca Joaquín fue el artífice verdadero de un auto de fe moscovita en el que fuera quemado Quirino Kuhlmann, un discípulo de Jacob Böhme (del Zapatero de Gorlitz, del místico y teósofo alemán), fanático llegado a Moscú desde Londres. Aún hubo de intervenir en otra pena capital impuesta por motivos religiosos: la de Silvestre Medvedev, director de una Academia greco-latina, es decir, de un entusiasta de la tendencia occidentalista del cristianismo eslavo. Así era de fanático el antioccidentalista Joaquín Sawelow. Las llamas que abrasaron al infortunado Kuhlmann devoraban también a la cultura del Oeste. El Patriarca Joaquín, que en el conflicto surgido entre la tutora Sofía y el joven pupilo, a quien la Historia llamará grande, juzgó prudente situarse junto al segundo, continuó durante el gobierno de este autócrata dando pruebas de su cerrazón mental y de su acentuada aversión a todo lo extranjero. Veía con malos ojos que se diese a los extraños puesto alguno en la Administración Pública y en el Ejército. Galitzin, brazo derecho de la Regente no hizo el menor caso de los escrúpulos ortodoxos de un Patriarca inculto e impertinente, que achacaba los reveses de Crimea a la participación de extranjeros en la campaña. Lo raro es que persistiese en esta labor durante el Gobierno del Gran Reformador Pedro I el Grande. Apenas había éste tomado posesión de su elevada magistratura cuando el contumaz reaccionario que era Joaquín Sawelow, protestaba de que un extranjero, y por añadidura hereje maldito (el general escocés Gordón), tomase asiento junto al Zar ortodoxo de todas las Rusias en un banquete oficial. Claro es que se hizo el más absoluto vacío en torno a la ridícula reconvención y al autor ingenuo de la misma. Poco antes de morir (primavera de 1690), este

Patriarca testarudo redactaba un testamento político, que era la más acabada expresión de su rabioso antilatinismo He aquí el pasaje más destacado: «¡Majestad encargada de mantener la pureza de la Fe! Si deseáis apartar de Moscovia los terribles efectos de la indignación divina, no establezcáis contacto con la herejía que se ríe de los iconos de María y de los Santos; no tratéis con los latinos luteranos, con calvinistas y tártaros; destruid los templos extranjeros, que son obra de Satanás; imponed la pena capital a los que intentan difundir entre nosotros costumbres nuevas y prohibid severamente todo diálogo sobre materias religiosas, porque la salvación del país y de sus instituciones políticas depende cabalmente de la expulsión de todo lo extranjero». El Patriarca Joaquín, para quien el Zar reformador tuvo desprecios altamente ofensivos, bajaba al sepulcro sin haber podido detener el curso de una *europeización* que aborrecía.

Para suceder al extinto Patriarca se barajaban estos dos nombres: Adrián, Metropolita de Kazán, y Marcelo, que lo era de Pleskau. Apoyaban al primero todos los dignatarios eclesiásticos que integraban la Curia y el cortejo del Patriarca fallecido, todos los clérigos —los mayores en número ciertamente— que se inspiraban en las ideas tradicionalistas del más intransigente nacionalismo moscovita, y Natalia Cirilovna, viuda de Alejo Michailovitch y madre de Pedro I el Grande. El apoyo de esta excelsa dama era valioso. Aunque educada en el seno de una familia muy abierta al espíritu occidental, Natalia Cirilowna sentía no pequeñas inquietudes ante los impulsos revolucionarios de su hijo Pedro, de aquel joven fuerte en el que ella veía a un reformador atrevido, peligroso y quizá nocivo. El segundo, es decir, el arzobispo de Pleskau era el candidato del fundador de San Petersburgo. Se trataba de un eclesiástico de mucho valer. Ruteno de origen y bastante más culto que Adrián —verdadera nulidad en el terreno científico y literario— merecía ser promovido a la más alta dignidad en la Iglesia eslava. En esta ocasión, como en tantas otras hasta 1694, la madre lograba eclipsar al hijo e imponer a la Iglesia de Rusia su propio candidato, el ya mencionado Adrián, hombre inculto y casi herméticamente cerrado a las corrientes intelectuales.

El nuevo Patriarca, antioccidentalista como su predecesor, hacía considerables esfuerzos para oponer un dique al huracán renovador que estaba azotando al país. Desde los comienzos mismos de su gestión patriarcal, se consagró a protestar contra ciertas prácticas externas introducidas por el nuevo Zar. Adrián acusaba a Pedro de hombre resueltamente hostil a un pasado

glorioso, de imitador entusiasta y precipitado de una Europa, que no conocía más que por la faceta sensacional y materialista, y de hombre impetuoso e indomable que arrastraba a la Santa Rusia hacia una transformación de alcance insospechado.

Hijo de Alejo Michailovitch y de su segunda esposa Natalia Cirilovna, Pedro, nacido en 1672, se quedaba huérfano de padre dos años después. Durante el reinado de los hijos de la primera mujer de Alejo (Teodoro y Sofía), el futuro gran Zar de todas las Rusias tuvo una infancia y una juventud tormentosas. Mientras estuvo su hermana en el poder, Pedro vivió en la aldea de Preobrantschenskoe donde crecía con la vitalidad exuberante de una planta o de un animal salvajes. Heredero no vigilado de un Imperio vasto y poderoso, el joven Pedro, pasional e indómito, que sentía una veneración casi fanática por todo lo extranjero, que visitaba con frecuencia la Niemetskaja Sloboda (barrio alemán) de Moscú y que se interesaba por todo menos por lo que tenía interés nacional, *se preparó muy mal para las altas funciones de la soberanía estatal.* Fueron sus escuelas la plena libertad individual, la desbordante actividad en el trabajo muscular y los excesos morales. Se adueñó del poder (1689) en circunstancias bien conocidas, que, a la verdad, no interesan grandemente a la Historia eclesiástica. Después del fallecimiento de su madre, acaecido en 1694, le resultaban cada vez más antipáticos e intolerables el ignorante Patriarca Adrián y todos los reaccionarios que le seguían. Para molestar deliberadamente al Clero ortodoxo al que encontraba ignorante y retrógrado y al que ridiculizaba con harta frecuencia con sus cortejos burlescos y obscenos y con sus bacanales estruendosas, favoreció resueltamente a los jesuítas y animó mucho a los católicos. Pero volvamos al Patriarca Adrián. En la cuestión batallona de las innovaciones europeizantes que tanto habían conmovido los espíritus en el pontificado de Joaquín Sawelow, el Patriarca Adrián, «aunque reaccionario», no se mostró tan fanático e intolerante como su inmediato antecesor. Por lo demás, este Supremo jerarca de la Iglesia eslava no se ocupó gran cosa de los temas dogmáticos. No era extraño; Adrián era una perfecta nulidad.

Si hemos de creer a los jesuítas —que por el favor dispensado por Pedro el Grande actuaron en Moscú por entonces—, el Patriarca, que no brilló por su talento ni por su celo, no hacía otra cosa que «dormir, comer y beber wodka». El 21 de febrero de 1696 sufrió un ataque de parálisis que le redujo a la impotencia hasta su muerte. Entregó todos los negocios eclesiásticos a un personaje de toda su confianza. Fue su gran de-

fecto la *abulia.* No acertó a colaborar en la obra imprescindible de la educación del Zar, ni a resistir con dignidad a los desvergonzados actos de éste. No es extraño, por lo tanto, que Pedro el Grande lo tratase con menosprecio altanero y a veces con brutalidad cruel. En 1698, con ocasión de la bárbara matanza de los sublevados Strelitzs —algunos de los cuales murieron a manos del propio Autócrata—, Adrián, en cumplimiento de sus deberes pastorales, se presentaba *con un icono en la mano* ante el Zar para solicitar clemencia en favor de los infortunados miembros de aquellos Regimientos. Pedro rechazaba poco menos que a puntapiés al venerable anciano: «¿Qué tenéis Vos que hacer aquí? ¿A qué habéis venido? Marchaos. Poned de nuevo el icono que portáis en el sitio de donde lo sacásteis. Y no volváis a meteros en lo que no os importa». El peticionario, que estaba purgando el delito de haberse inhibido en su tarea específica de mostrar al déspota los caminos del deber y de resistir con valor a sus escandalosos extravíos y abusivas extralimitaciones, se retiró con la amargura de la afrenta en el corazón y con las lágrimas en los ojos. Adrián no tenía prestigio y careció de autoridad. Tampoco lo respetaban los obispos ni le pedían consejos. Que ello era así bien lo comprueba el caso del Arzobispo de Kolmogory, Atanasio, hombre piadoso y enérgico, quien se creyó obligado a consultar a su Patriarca en un asunto importante. Extrañó tanto este proceder al Jefe Supremo de la Iglesia eslava, no acostumbrado por lo visto a recibir informes y a resolver dudas, que contestó conmovido, dando las gracias *por la atención que había tenido aquel Prelado.* El Patriarca Adrián fallecía en octubre de 1700. El Zar Pedro I el Grande no se encontraba entonces en Moscú. Pero los jesuítas que vivían en la capital rusa se percataron bien de la situación eclesiástica. Pedro—dijeron ellos—no se molestará en buscar sucesor al extinto jerarca. Efectivamente, un Ukase imperial de 16 de diciembre inmediato regulaba los asuntos de la Iglesia, por algún tiempo, al menos. Se restablecía la *Monastyrsky Prikaz* (Cancillería monástica), creada en 1648 y suprimida por anticanónica en 1667. En su virtud pasaba a este organismo la administración temporal de los inmensos bienes raíces que poseía la Iglesia y dentro de ella el opulento Monacato. Fue nombrado presidente Iván Musin Pustkin. Para reemplazar al Jefe Supremo de la Iglesia, pero sin otorgarle la dignidad y el título de Patriarca, el Zar designaba al prestigioso Esteban Jaworsky, quien actuaría como *Guardián del Sello Patriarcal.*

* * *

Hijo de padres ortodoxos que habían emigrado a Ucrania a raíz de la Paz de Andrusow, Simeón Jaworsky había nacido en Galitzia (1658). Hizo sus estudios en la Academia eclesiástica de Kiew y, más tarde, como tantos otros compatriotas suyos, partió para el extranjero y perfeccionó sus conocimientos en Lemberg, Lublin, Vilna y Poznan. En esta importante etapa de su vida se hizo católico y tomó el nombre de Estanislao. No era cosa rara esta conversión, porque los estudiantes de Kiew, cuando pasaban a estudiar en colegios occidentales, abrazaban, por lo común, la Unión de Brest o se convertían al catolicismo. En 1689 volvía a Kiew y reingresaba en la Ortodoxia. Estos cambios que tanto pueden chocar y aun escandalizar al occidental, eran por entonces cosa muy corriente entre escolares ucranianos y polacos. Simeón vistió el hábito monacal y tomó el nombre de Esteban. Vivió como monje ejemplar, penitente y estudioso, en las famosas Criptas kievenses. Pronto se distinguió como orador y catedrático. Explicó con gran brillantez Filosofía y Teología. Le interesaban mucho los temas apologéticos y por eso escribió contra los luteranos, que pugnaban por abrirse camino hacia Rusia a través de Polonia, un «Tratado de controversia teológica...», todavía inédito. Suministró a sus discípulos la enseñanza tradicional y catolizante que había aprendido con los jesuítas. Fue enviado con misiones diversas a Moscú, donde, según parece, no debió llamar por entonces la atención. En febrero de 1700 se encontraba de nuevo en la capital de Moscovia. A poco se celebraban los funerales por el alma del general Cheim, y Jaworsky pronunciaba la oración fúnebre. Entre el numeroso auditorio figuraba el Zar, a quien gustaba mucho la elocuencia. Comparando al culto ucraniano, cuyo sermón magnífico acababa de escuchar, con los ignorantes jerarcas y popes de Moscovia, cuyas raquíticas homilías no podía tolerar, Pedro I cobró entusiasmos y simpatías y dió esta orden al Patriarca Adrián: nombre magistral de un obispado cercano a Moscú al orador ucraniano. Jaworsky era destinado a Rjazán. En aquel mismo año fallecía el Patriarca. A poco, Esteban, que acababa de ser consagrado Metropolita de la diócesis mencionada, conservando estos títulos y dignidad, era nombrado administrador del Patriarcado moscovita. Desaparecidos de la capital de Rusia los hermanos Litchudes, profesores griegos muy cultos, la Academia teológica de Moscú, privada de sabios directores y de catedráticos eminentes, llevaba por entonces (comienzos del siglo XVIII) una vida muy lánguida. Para reanimar al Centro docente moscovita se pidió protección y ayuda científicas al excelso

teólogo Jaworsky. El nuevo protector de la Academia de Moscú comenzó por pedir a Kiew profesores distinguidos que enseñaran, claro está, en la capital de Moscovia aquellas mismas doctrinas de signo occidentalista que se daban en la capital de Ucrania y que tanta y tan merecida fama dieron a la célebre Academia de Kiew. El primer rector de la Academia moscovita transformada fue Paladio Rogovsky, que había sido nombrado prefecto de estudios a raíz de la muerte del Patriarca Adrián. Discípulo de los esclarecidos hermanos Litchudes, Rogovsky había completado sus estudios con los jesuítas de Wilna. Más tarde y con el mismo objeto científico-literario estuvo en Olmuk, Viena, Venecia y Roma.

Entonces se hizo católico, pero retornó al seno de la Ortodoxia en 1699. Al año siguiente asumió el cargo de director de la Academia teológica de Moscú. El más eximio de los sucesores del benemérito Rogovsky fue, sin disputa de ningún género, Teofilacto Lopatinsky, nacido y educado en la gran ciudad de Lemberg. Empezó por ser prefecto de Estudios (1706-1708), fue luego rector (1708-22) y terminó su brillante carrera en la Sede Arzobispal de Tver. Fue el más resuelto debelador de las nuevas doctrinas sembradas en Rusia por el luteranoide Teofán Prokopovitch. También Lopatinsky solicitó de la Academia de Kiew profesores aptos y discípulos entusiastas. Estos eran tan necesarios como aquéllos, porque la aristocracia moscovita, rabiosamente ortodoxa y nacionalista, mandaba sus hijos al Colegio de los jesuítas, religiosos de prestigio que ponían especial empeño en no lastimar los sentimientos religiosos y patrióticos de los alumnos. Por otra parte, los hijos de los despechados curas ortodoxos, con los cuales se contaba para suministrar alumnos a la Academia, huían de ésta a causa de las tendencias latinizantes. Los popes tenían miedo al contagio occidentalista. De todos modos, no pudieron ellos evitar, bien a su pesar, naturalmente, que la influencia intelectual de los kievenses invadiese las tierras moscovitas y predominase en ellas por muchos años todavía. Así tuvo que ocurrir, ya que durante la primera mitad del siglo XVIII se había formado en Kiew la inmensa mayoría de los rectores, prefectos y profesores de la Academia de Moscú. Ocurría otro tanto en el mando eclesiástico de las eparquías. Los candidatos al Episcopado salían también de monasterios en que sobresalían los miembros educados en la Academia de Kiew o simpatizantes con las ideas que imperaban en la misma. Es verdad que Javorsky procuró que fuesen designados también algunos otros que, procedentes de la Rusia Central, tenían cri-

terios más estrechos y nacionalistas, pero no deja de serlo al propio tiempo que él y Pedro I favorecieron mucho a los ucranianos.

Valgan como ejemplos los nombramientos de Dmitry Tuptalo (23-III-1701) y de Justino Basilievitch (1704). El primero era consagrado para la Eparquía de Tobolsk, a la cual no se incorporó por motivos de salud siendo trasladado a Rostow del Don; para sustituirle en aquella diócesis siberiana era designado otro kievense: Filoteo Leszcynsky. El segundo era consagrado para la eparquía de Bielgorod. En 1705 eran ya seis los obispos ucranianos que regían diócesis en la Rusia Grande o Central. En 1721 su número se elevaba a ¡quince!. Desde 1700 hasta el advenimiento de Catalina II (1763) los ucranianos ocuparon ¡setenta! obispados en territorio netamente moscovita o ruso-central. Es conveniente saber que la mayor parte de estos obispos eran de tendencias conservadoras y, en lo que toca a doctrina teológica, catolizantes y occidentalistas. Entre ellos se hicieron famosos los ya mencionados Jaworsky y Tuptalo. Veamos. El primero conquistó nombre de orador, pero fue también un teólogo de mérito. Después de su muerte apareció una obra a la que dio el título de *Piedra de la fe* (Kamen viery), que tuvo una importancia capital para la evolución del pensamiento teológico en Rusia. Se trata de un libro de polémica antiprotestante. Se ocupa en él de las imágenes, de la Santa Cruz, de las reliquias, de la Santa Eucaristía, del culto de los Santos, de las almas de los bienaventurados, de la caridad hacia los difuntos, de las tradiciones, de la Santa Liturgia (Sacrificio de la Misa), del ayuno y de las buenas obras. En el epílogo estudia el autor de esta obra benemérita el castigo que ha de infligirse a los herejes. Según Javorsky, debía emplearse con ellos la *máxima dureza*. Mucho debe este excelso ucraniano a los teólogos católicos y, sobre todo, a Belarmino. En ocasiones tomó del ilustre y Santo jesuíta no tan sólo las ideas sino hasta las palabras mismas y párrafos enteros. El método que emplea en la *Piedra de la Fe* es totalmente occidental: pruebas de Escritura, citas de Santos Padres, Concilios y razones teológicas.

«Todo, absolutamente todo (método y argumentación), recuerda vivamente a los teólogos de la Escolástica occidental... De ordinario, es muy preciso el pensamiento, y abundan las distinciones bien establecidas» (Ledit).

El santo Metropolita de Rostow (Dimitry Tuptalo) a quien ya hemos mencionado más arriba, no fue menos notable; pero las obras que más fama le proporcionaron son de índole hagio-

gráfica y ascético-mística. Son célebres sus Meneas. (Vidas de Santos), para cuya publicación encontró muchas dificultades. El Patriarca Joaquín le negó la oportuna autorización. En vista de ello tomó la resolución atrevida de emprender por su cuenta la edición en la ciudad de Kiew. Esperaba, sin duda, que el *hecho consumado* hiciera callar a los suspicaces, los envidiosos y los malintencionados. El tomo I veía la luz pública en enero de 1689. Examinado por el archimandrita de las Criptas kievenses, Barlaam, por los monjes del Capítulo, por el Metropolita de Kiev y por el Arzobispo de Tchernigow, el libro de Dimitry era enviado para ulterior investigación a Moscú.

A poco la Curia patriarcal enviaba a Kiew una reprimenda extremadamente dura. Se acusaba a Dimitry de haber defendido la Inmaculada Concepción de María, de haber impreso una vida de San Jerónimo, al que llamaba Doctor Ortodoxo, y, en fin, de haber dado a la imprenta un libro de contenido católico: *La Corona de Cristo.* Dimitry Tuptalo, piadoso obispo de Rostow —no cabía dudarlo— pretendía aclimatar en la capital de su Eparquía y en Rusia entera las devociones más gratas a los occidentales. Es hermoso su comentario al *Anima Christi, Santifica me.* En las homilías a su clero empleó frases muy emocionantes para hacerle comprender lo que es la Santa Eucaristía. Quería que todos sus sacerdotes y todos sus fieles cayesen de hinojos al entrar en el templo. Son singularmente bellas las oraciones que compuso para después de la Comunión. Y escribió páginas, altamente piadosas y encendidas, acerca del culto al ¡Sagrado Corazón de Jesús! Condensó todo su pensamiento teológico en las «Preguntas y respuestas acerca de la Fe y de los conocimientos más importantes para un cristiano». Hablando en términos generales, puede decirse que las doctrinas dogmáticas de San Demetrio de Rostow son muy seguras. Escribió también, además de los Rozysk, obra polémica dirigida contra los «Viejos Creyentes» (Cismáticos rusos), varios sermones y trozos ascéticos. Dejó, asimismo, su Diario y una Historia de Rusia. Murió el 28 de octubre de 1709. Se le encontró muerto en su celda. El santo Metropolita de Rostow estaba arrodillado y con la cabeza apoyada en su pupitre de oración y meditación. Su canonización (22-IV-1757) fue la primera que realizó el *Santo Sínodo Rector.*

* * *

Pero si los obispos ucranianos agradaban mucho al fundador de San Petersburgo por su ilustración, superior en mucho a la

de sus hermanos de Moscovia, le molestaba grandemente su falta de acomodación frente a la autoridad que él iba centralizando en sus duras manos autocráticas. Pedro I el Grande no quería *resistentes* ni en política ni en Religión. Jaworsky, por otra parte, no era hombre adecuado para aquellas circunstancias. No satisfacía ni al Soberano, ni a sus colegas, ni a su propia conciencia. Era demasiado severo, justo y honrado para ajustarse en un todo al capricho del Zar; tampoco era lo bastante enérgico para oponérsele de modo resuelto. No pocas veces, cuando los abusos imperiales adquirían volumen considerable, Javorsky levantaba la voz, pero, al menor signo del Déspota, se callaba, solicitaba perdón, ofrecía su dimisión y suplicaba que se le permitiera ingresar en un monasterio. El Zar, sin embargo, que apreciaba en lo mucho que valían los esfuerzos de Jaworsky en el asunto ventajoso de la erección de múltiples escuelas, tan necesarias en Rusia, y en la dirección de las ya existentes, no aceptó nunca la dimisión ofrecida. A causa de todo esto hubo graves incidentes, muy desfavorables todos para el infortunado Metropolita. Cuando en 1712 el Monarca daba existencia a los fiscales del Imperio, Jaworsky protestó tan enérgica como elocuentemente en un sermón célebre. Naturalmente, era denunciado y llevado a la Corte. El que pareció Catón severo, fuerte e incorruptible que fustiga, enseña y reprende, quedó pronto convertido en humilde y aun rastrero siervo que se arroja a los pies de su señor. Jaworsky se retractaba solemnemente y presentaba excusas al Emperador. Con estas veleidades y con el proceder inconstante, propio de un escolar algo díscolo, el Metropolita perdió el favor imperial y, lo que es más, el prestigio, y la estima de los fieles. Acabó de enajenarse uno y otro cuando, asesinado vilmente el Zarevitch Alejo, no tuvo valor para echar en cara al Déspota el crimen abominable.

* * *

Pedro I el Grande estimaba en lo mucho que valían a los más prestigiosos teólogos que se inspiraban en las enseñanzas de la Escuela de Kiew, prelados insignes todos ellos y hombres eminentes por su cultura, su piedad y su celo pastoral; pero no le servían en el terreno político. Eran jerarcas muy dignos para que se prestaran a colaborar con el Zar en la obra de *modernizar* al Estado y a la Iglesia. El Fundador de S. Petersburgo, encontró en otra parte el instrumento que precisaba, en la persona del monje Kievense *Teofan Procopovitch*.

Nacido en Kiev (8-IV-1681), Eleazar Prokopovitch era sobrino del rector de la famosa Academia de la Capital Ucraniana. Naturalmente, no le resultó difícil ocupar en ella una plaza de alumno, hacer sus estudios preparatorios y recibir las primeras enseñanzas teológico-canónicas hasta 1.698. Luego marchó a Polonia donde se hizo católico y religioso basiliano. El monje Eleazar —éste fue el nombre que adoptara al ingresar en la Orden basiliana— llamó la atención entre los polacos y rusos por su talento y erudición. En Wladimir de Volinia desempeñó la cátedra de Retórica. No tardando y para aumentar sus conocimientos pasaba a Roma, donde, según se asegura —sin gran fundamento ciertamente porque no se ha encontrado rastro en los archivos de aquel Centro— fue alumno del Colegio Griego de San Atanasio. Sea como quiera, es el caso que en la Capital de Italia y del Catolicismo progresó mucho en las Ciencias eclesiásticas. Acabados sus estudios, regresó a Rusia, retornó a la ortodoxia y se hizo monje, tomando el nombre de *Samuel*. A seguida recibía el nombramiento de profesor en la Academia de Kiev (1704). Al año siguiente tomaba el nombre de *Teofán* en memoria de su tío, aquel rector bajo cuya protección había comenzado sus estudios de cultura general y de Teología. En la catolizante Academia Kievense causaron honda sensación las primeras explicaciones del profesor novel. Los demás catedráticos, sus colegas, se alarmaron ante la condición luteranoide, de las mismas, y los discípulos, escandalizados, se llevaron las manos a la cabeza. El día 4 de Julio de 1706, Procopovitch predicaba un sermón notable. Entre los muchos oyentes figuraba el Zar Pedro I el Grande, quien se había personado en Kiev a fin de inaugurar la restaurada fortaleza. El orador logró llamar la atención del Autócrata, muy sensible, en verdad, a la elocuencia. Y le impresionó todavía más cuando, después de la batalla de Poltawa, hizo, en la propia capital de Ucrania, el panegírico del Zar afortunado y victorioso. De entonces data el favor imperial a Teofán Procopovitch. Asimismo, supo ganarse las simpatías del influyente Menchikow, que también se llegó a Kiev en Diciembre de 1.709. Para más obligarle en su propio interés Teofán le dedicaba un ditirámbico opúsculo con este título: «Elogio de las acciones gloriosas del Ilustre Príncipe A. D. Menchikow». Cuando Pedro el Grande se cansó del tímido, del indeciso Jaworsky, dio a Procopovitch la orden tajante de que se presentara en S. Petersburgo. La carrera de Teofán estaba hecha, y se esperaba de un momento a otro su exaltación al Episcopado y al gobierno de alguna eparquía. Por su parte, no de-

jaba él de trabajar para llegar a ello. Predicaba en todas las ocasiones políticas y religiosas que se le presentaban, más o menos provocadas por él mismo. Sus sermones se publicaban en seguida. En 1.718 el Zar quiso nombrarlo Arzobispo de Pleskau, lo cual, como era lógico, produjo sorpresas e inquietudes en el grupo de teológos Kievenses establecidos en Moscú. Fueron ellos los que redactaron una protesta, bastante razonada y enérgica, y fue Jaworsky el jerarca que la autorizó y presentó al Gobierno. Se acusaba en ella a Teofán de teólogo heterodoxo y se hacía constar que, de persistir él en los criterios dogmáticos de que había hecho pública ostentación, era preciso llevar el asunto ante las Curias de los grandes Patriarcas de Oriente. En el caso de que el interesado se negase a ello, no cabía otro remedio que el de exigirle una abjuración en toda regla. Pero al autocrático fundador de San Petersburgo interesaban muy poco la ortodoxia o la heterodoxia doctrinales. Tenía empeño en la exaltación de su patrocinado Teofán, y Jaworsky, resignado, tuvo que proceder a la consagración episcopal de su émulo. Y encima hubo de presentarse ante él ofreciendo las más humildes excusas. Teofán Procopovitch, Arzobispo ya de Pleskau, lejos de incorporarse a su silla, se quedaba en San Petersburgo gobernando la Iglesia Nacional de todas las Rusias. De acuerdo siempre con el Zar, el prelado de Pleskau elaboró un Reglamento eclesiástico y creó el Santo Sínodo rector. El primero, que era la pieza jurídica más césaropapista de toda la legislación anticanónica que conoce la Historia de la Iglesia, y el segundo, que era el organismo estatal más típicamente ruso—por absolutista y atentatorio a la Santa libertad de la Iglesia—eran la obra conjunta y nefasta de un Zar incrédulo, autocrático y brutal, y de un clérigo luteranoide, que jamás pensó en otra cosa que en su medro personal, y que aborrecía por igual a la Iglesia ortodoxa y a la verdad evangélica. Teofán justificó su actitud, que era la de un entusiasta defensor del predominio absoluto del poder civil, escribiendo artículos resonantes y pronunciando discursos efectistas. Tales fueron la justicia de la voluntad del monarca e informe acerca de las razones que para llamarse pontífice tuvieron los antiguos emperadores romanos, paganos y cristianos, y acerca del sentido que entre los soberanos cristianos tiene actualmente ese título. Como si todo lo anterior fuese poco, Teofán Procopovitch toleró y fomentó los matrimonios mixtos, introdujo el divorcio y promulgó leyes muy graves contra el monacato. En una palabra, fue el brazo derecho de Pedro I el Grande, Zar anticatólico, racionalista y ateo.

Después de la muerte de éste y hasta el advenimiento de la Emperatriz Ana Iwanovna con la Birontchina o conjunto de personajes que la rodeaban—muchos de ellos protestantes—Teofán Procopovitch logró mantenerse. A veces tuvo que defenderse con energía y hasta con crueldad de la consabida acusación de heterodoxia de que venían haciéndolo objeto los más distinguidos Obispos de Rusia. La auto-defensa siempre era la misma: que sus escritos y sus sermones habían sido redactados y pronunciados bajo la insoslayable presión del Zar, quien en no pocas ocasiones ¡había colaborado! Cuando Ana llegó al poder, mejor, cuando dirigió los destinos de Rusia Ernesto Byron, Teofán Procopovitch recobraba su influencia de la cual se aprovechó para tomar represalias contra sus adversarios teológicos. Prendió a muchos, exiló a otros y hasta ¡torturó! a algunos. En estas operaciones policíacas pasó los últimos años de su vida. En la obra teológica de este célebre jerarca ruso hay que distinguir dos categorías de trabajos: a) Los que él mismo publicara en vida y b) aquéllos otros—por lo general grandes tratados—que vieron la luz en Alemania, mucho tiempo después de su fallecimiento. Estos tuvieron poca importancia en orden al desarrollo del pensamiento teológico en la Rusia del siglo XVIII. Entre aquéllos, únicos que debe tener en cuenta una Historia eclesiástica de Rusia, figuran bastantes opúsculos muy difundidos en su tiempo. Hemos hecho ya mención de dos discursos y del «Reglamento eclesiástico», y tenemos que aludir ahora al «Bautismo por infusión», cuya licitud defendía; a los «Matrimonios mixtos entre ortodoxos y fieles de otras confesiones»; al «Comentario a las Bienaventuranzas» y a las «Lecciones de Teología cristiana ortodoxa» o Apuntes relativos a sus explicaciones en la Academia de Kiev.

Por el concurso que prestara al Zar Pedro I el Grande en la erección del «Santo Sínodo Rector», Teofán Procopovitch ejerció influjo decisivo sobre la vida eclesiástica de Rusia. Su nombre es tristemente famoso en la Historia de la Iglesia eslava. Entonces perdió ésta los últimos vestigios de libertad que había penosamente conservado durante su lucha secular con los poderes civiles, lucha que, a la verdad, engendró pocos héroes.

Capitulo XII

CREACION DEL SANTO SINODO *(conclusión)*

Las intenciones césaro-papistas del Zar Pedro I al dar vida a este organismo.—Proclamación de la soberanía única e integral del Estado.—Los argumentos que en favor del Santo Sínodo esgrimían los leguleyos al servicio del Déspota.—La Presidencia o alta Procuradoría ejercida por un personaje laico y político militante, característica especial del Santo Sínodo.—Facultades del Procurador General.—Su enorme poder.—Cometidos y competencias del Santo Sínodo.—Su composición.—El juramento que prestaban sus miembros.—La legitimación canónica de este singular organismo por el Patriarca Ecuménico, autoridad suprema de la Greco-ortodoxia.

Nadie pedía la institución del Santo Sínodo, es decir, de un organismo que gobernara y administrara a la Iglesia eslava. Tampoco hacía falta, en verdad. Pero el fundador de San Petersburgo, Zar brutal, autocrático y absolutista, puso especial empeño en abolir el Patriarcado y en sustituirlo con un organismo permanente. Lo integrarían, es verdad, jerarcas y dignatarios eclesiásticos, pero estarían influídos de modo directo, inmediato y decisivo, por su Presidente, por un personaje laico, por un funcionario estatal con la categoría de Ministro de la Corona, por el alto Procurador, quien sería el ojo del Soberano y el ciego ejecutor de sus deseos.

Pedro I el Grande tuvo el descaro de manifestarlo con meridiana claridad. Un prelado, que entre angustias y temores le preguntaba en la primera sesión del Sínodo si «en adelante habría Patriarca», recibía del soberbio autócrata la siguiente respuesta: «Desde ahora yo seré vuestro Patriarca». Momentos antes, en el discurso inaugural, había precisado sus césaro-papistas intenciones con estas palabras: «Con la administración canónica sinodal no son de temer las perturbaciones y re-

beldías que suele traer la jefatura suprema encarnada en un solo dignatario eclesiástico. Se evitará también el extravío de las masas, pues el pueblo, siempre inclinado a supersticiones, al observar que existen un jefe civil y un sumo jerarca eclesiástico, puede caer fácilmente en el error de que hay dos potestades supremas. No hay más que una sola soberanía: la del Estado. Hay que orillar a todo trance aquellas largas y estériles discusiones entre el Sacerdocio y el Imperio que tanta sangre y tantos disgustos han proporcionado a la Humanidad. La teoría de las dos espadas es absurda. No hay más que una: la del Monarca».

Pedro el Grande estaba convencido de que la abolición del Patriarcado sería mal recibida por un Clero y un pueblo que amaban el boato y la prestancia inherentes a la Suprema jefatura de su querida Iglesia nacional. Por eso mismo puso en juego todos los instrumentos de la propaganda (libros y folletos, conferencias y sermones) a fin de convencer a clérigos y fieles de la conveniencia de la nueva institución. He aquí las razones que aducían los leguleyos rusos al servicio del Déspota y especialmente Teofán Procopovitch: 1.ª Las enfermedades, los achaques de la vejez y la muerte obstaculizan y destruyen la actividad individual. Las vacantes y las interinidades originadas con harta frecuencia—porque, de ordinario, los Sumos jerarcas de la Iglesia llegan a ese puesto en la ancianidad ya—, son funestas y aun catastróficas para la Iglesia. No ocurrirá tal cosa cuando la Autoridad Suprema de ésta se halle encarnada en un organismo, en una pequeña colectividad de jerarcas y dignatarios. En este caso los adjuntos y los suplentes sustituyen en el acto a los enfermos y a los muertos. Todo organismo político-eclesiástico—concluían los panegiristas del césaro-papismo petrino—tiene capacidad permanente y actual para dar consejos a todas las horas, para esclarecer dudas en todo momento y para tomar las oportunas medidas en cualquier apuro inesperado.

2.ª «Allí donde una agrupación más o menos numerosa hace esfuerzos por examinar los problemas y esclarecerlos, es cosa más fácil llegar a la consecución de la verdad. No ocurre así en los juicios de personalidades individuales, basados, por lo común, en criterios preconcebidos, cuando no en terquedades absurdas» (Reglamento eclesiástico de Teofán).

3.ª Hay más imparcialidad en las decisiones colectivas que en las individuales. La resolución sinodal gozará también de mayor autoridad, «cosa muy importante en la Iglesia, cuyo régi-

men no es monárquico. No se ejerce dominio sobre la clerecía» (Ibidem).

4.ª El Colegio sinodal gozará de todo el prestigio de la autoridad imperial, «desde el momento en que dependa del Soberano y por el hecho mismo de que él haya sido el que lo trajo a la existencia» (Ibidem).

5.ª Las decisiones colectivas hacen más impresión en las masas que las puramente individuales. Los ciudadanos se someten a las primeras con mejor disposición psicológico-moral y, respecto de las segundas, se sienten revolucionarios porque entienden que la voluntad de un gobernante aislado tiende a la tiranía y aspira al despotismo!

6.ª Con el Sínodo habría mayor celeridad en el despacho de los negocios eclesiásticos.

7.ª Habrá más justicia, más incorruptibilidad y más honradez. La colectividad no es tan fácilmente sobornable como el individuo aislado.

8.ª Desaparecerán las dificultades de índole estatal, porque se habrá orillado el peligro de que el esplendor del Patriarcado haga creer a las gentes sencillas e incultas que el Supremo jerarca eclesiástico es igual o aun superior al Monarca, y

9.ª El Santo Sínodo Rector debe ser «un organismo en que los Obispos corrijan los juicios equivocados de sus colegas y pongan a contribución sus talentos para convencer a su Presidente, si por ventura estuviese en el error». Estos eran poco más o menos los razonamientos de los teólogos y abogados luteranoides de San Petersburgo. Desaparecía la Iglesia como institución divina y como organismo regido por el Espíritu Santo. En adelante, la Iglesia oficial en Rusia será una pieza más en el engranaje estatal de la administración pública. El intento de Pedro I el Grande sobrepasaba con mucho a todas las arbitrariedades y violencias jurídicas que en diecisiete centurias habían acumulado contra la Iglesia los déspotas más brutales

Es propiedad singularísima del Santo Sínodo ruso—y por eso era algo inaudito en la historia—la de tener un procurador supremo que fuese ¡persona laica y político militante! Era el representante, el apoderado del Zar, es decir, del Sumo Pontífice de todas las Rusias. Asistía a todas las sesiones sinodales y tenía como principal obligación la de establecer contactos con los ministerios civiles—su cargo era equivalente al de ministro—para llevar a la práctica las decisiones que hubiere tomado el Santo Sínodo. Poseía el derecho de ¡veto! cuando las medidas adoptadas entraran de algún modo en colisión con las leyes del

Imperio. «Conviene advertir que la institución llamada Santo Sínodo no se hallaba en pugna con las tendencias de la teología rusa, profundamente conciliarista y amante de los consistorios. Lo que sí repugnaba a los Obispos y a los clérigos todos de Rusia era la intervención del Procurador Supremo, persona del estado laico. Esta antipatía quedó de manifiesto más de una vez en el seno mismo de aquella corporación. Las grandes reformas que hacia 1865 quería introducir el Procurador General se estrellaron contra la tenaz e indomable oposición de los miembros eclesiásticos que integraban aquel organismo» (Gómez en «La Iglesia rusa», libro III. cap. I). De todos modos, el poder de este personaje laico e influyente en el terreno político era extraordinariamente grande. Entre todos los miembros del Santo Sínodo sólo él estaba investido de la facultad, verdaderamente enorme en el Imperio ruso, de acudir directamente al Zar; sólo él controlaba la correspondencia entre el Emperador y el Santo Sínodo y sólo él era el mediador entre la Majestad cesárea y él organismo sinodal. Además, podía influir en forma decisiva sobre cada uno de los miembros de aquel Sínodo permanente, aunque pequeño, utilizando las perspectivas de ascensos y condecoraciones y las amenazas de cambios y residencia, amenazas que nunca dejan de surtir efecto entre funcionarios bien avenidos con las comodidades y atractivos de la Capital y Corte.

El Santo Sínodo tenía asignados estos cometidos: vigilar sobre la pureza de la fe y la más estricta ejecución de los sagrados cánones; combatir la herejía y el cisma; revisar las historias y vidas de los santos; arrancar de raíz las prácticas supersticiosas; atender a la predicación digna de la palabra divina; elegir e instituir prelados cultos y piadosos; dar a los pastores consejos y luces; hacerse cargo de las quejas y denuncias y fallar en los pleitos canónicos.

Estaban sometidos al Santo Sínodo todos los establecimientos pedagógicos de la Iglesia y todos los clérigos. Entendía, además, en materia de censura de libros canónicos, en la investigación sobre autenticidad de reliquias, credulidad de milagros y canonizaciones. Era competente en litigios matrimoniales y divorcios. La omnipotencia teológico- canónico-litúrgica del Santo Sínodo era absoluta, total.

Al principio, el Santo Sínodo estaba compuesto por cuatro Arzobispos, dos Arciprestes y siete Archimandritas. Con el tiempo disminuyó el número de éstos en beneficio de la representación episcopal. Así lo pedía en 1730 el cofundador de este organismo, Teofán Procopovitch. Por el momento, no se le hizo

caso, porque en 1763 eran éstos los miembros sinodales: tres Arzobispos; un Arcipreste y dos Archimandritas. Más tarde, sin embargo, se dio la razón al luteranoide teólogo de Pedro el Grande; se basaba en la amplitud considerable de las materias sometidas a examen del Sínodo. Durante el siglo XIX, el famoso organismo eclesiástico-estatal constaba de doce miembros: el alto Procurador; tres Metropolitas; cuatro Arzobispos; dos Arciprestes; el Confesor del Zar y un Presbítero de la iglesia palatina. Otro Metropolita y otros dos Arzobispos, que no tenían obligación de asistir personalmente a las sesiones, actuaban como asesores. Residían en sus eparquías y desde ellas comunicaban su aprobación a las decisiones del Santo Sínodo.

Todos estos miembros prestaban el juramento siguiente: *"Juro ser un servidor fiel y obediente de mi Soberano, de mi dueño y señor natural y de los augustos sucesores que él tenga a bien nombrar en virtud del poder indiscutible que posee. Reconozco que él es el Juez Supremo de este Colegio espiritual. Juro por Dios que todo lo ve que ésta mi promesa tiene toda la fuerza y todo el sentido que muestran sus palabras a simple vista y tal como suenan".*

Pedro I el Grande, creador de esta monstruosidad jurídico-canónica, se dio cuenta cabal de la importancia extraordinaria del cambio que introducía en el régimen de la Iglesia eslava. Por eso se apresuró a recabar del Patriarca de Constantinopla, Jefe Supremo de los ortodoxos del mundo entero, la necesaria autorización que diera validez canónica al engendro del Santo Sínodo. Después de haber expuesto los motivos que, a juicio del Gobierno ruso, justificaban la modificación, el Zar escribía al Arzobispo constantinopolitano lo siguiente: «Esperamos que Vuestra Santidad, como Pastor Supremo de la Iglesia Oriental Ecuménica y ortodoxa, tenga la dignación de aprobar la institución de nuestro Santo Sínodo eclesiástico y de comunicar esta decisión a los restantes piadosísimos Patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén».

En 1723 el Patriarca Jeremías, Arzobispo de Constantinopla, «prelado sagaz, pero inepto», (Algermissen en Konfessioskunde) contestaba así al Santo Sínodo ruso y al déspota que lo trajo a la existencia: «En virtud de la gracia del Santo Espíritu, que todo lo vivifica y domina, nuestra jurisdicción da fuerza legal, confirma y promulga el Sínodo instituído por el piadosísimo Soberano autócrata de Rusia, por Nos tan amado en el Espíritu Santo. Al igual que las cuatro sillas patriarcales y apostólicas, tenga este Santo Sínodo jurisdicción para legislar y ejecutar».

Por su parte, enviaba también su aprobación el Patriarca de Antioquía, Atanasio. Su escrito coincidía en esencia con el del Patriarca Ecuménico. Faltaban los refrendos de los Patriarcas de Alejandría, cuya Sede acababa de vacar por fallecimiento de su titular, y de Jerusalén, cuyo Arzobispo y jefe supremo se hallaba en estado agónico; pero «cuidaremos—son palabras de Jeremías—de que aquellos Patriarcados confirmen la creación de que se trata, caso de que se considere necesario. Por nuestra parte, creemos que basta con lo que hemos hecho».

«No deja de ser fenómeno bien extraño que los Patriarcas orientales se dejasen engañar por Pedro el Grande en forma tal que dieran vida canónico-legal a una institución eclesiástico-estatal y le otorgaran, además, los derechos patriarcales» (Heiler en «Urkirche und Mistyk»).

Los documentos patriarcales de confirmación eran comunicados en seguida a todos los prelados de la Iglesia eslava, la cual había dejado de existir como entidad específicamente religiosa. ¡Pese a la vida legal que al Santo Sínodo Rector comunicaban los grandes Patriarcas del Oriente ortodoxo!.

Capitulo XIII

LA ESCUELA DE KIEW O CATOLIZANTE Y LA PROCOPOVIANA O LUTERANOIDE

I

Las influencias extrañas (católica y luterana) en la teología rusa, a partir del siglo XVII.— La Escuela de Kiew.— Su sentido y método latinizantes y escolástico-occidentales.— Principales teólogos de esta misma Escuela (siglo XVIII).— Consideraciones sobre el latinismo de la misma.— Puntos de coincidencia entre la teología católica y la de Kiew.—Los de discrepancia.—Cambio de criterio en los teólogos kievenses y su causa.—Decrecimiento de la influencia teológica de Kiev. Progreso de la ideología protestante en Rusia.—Las contiendas entre luteranoides y kievenses.

II

La bien nutrida biblioteca de Teofán Procopovitch, prueba del rabioso anticatolicismo de este teólogo ruso.—Su condición francamente luterana.—Su extraña teoría acerca de la justificación.—Triunfo de la teología procopoviana en las Academias, incluída la de Kiev.—Principales teólogos ucranianos y moscovitas de la nueva tendencia.—Progresos de la misma gracias a las "Instituciones Theologicae" de Juan Francisco Buddeo, luterano rabioso.—La teoría de Teofilacto Gorsky acerca de la jurisdicción.

Jorge Florovsky, profesor de la Academia eslava de París, acogió en su obra «Los caminos de la teología rusa» (París,1.937) la dolorosa afirmación, muy generalizada entre los modernos teólogos de Rusia, de que la teología de este país se alimentó siempre de influencias extrañas al carácter nacional. La bizantina fue la que inspiró los primeros tratados teológicos co-

nocidos en Rusia. Hasta los tiempos mismos del Patriarca Nicón duró, en el terreno oficial al menos, este influjo de los teólogos bizantinos. De todos modos y pese a la identidad dogmático-litúrgica, el influjo de la teología bizantina sobre la rusa no pasó de la superficie. Resultó bastante más profunda la acción de las dos grandes Confesiones religiosas del Occidente: el Catolicismo, representado por los teólogos posttridentinos, y la Religión protestante, que comenzó por introducir sus especiales doctrinas dogmáticas en algunos hombres muy ilustrados y terminó por influir en las clases intelectuales y burguesas, sin excluir algunos jerarcas y no pocos catedráticos de Teología, a través del Idealismo alemán, el espíritu de libertad e indiferencia religiosas. Las vicisitudes y esfuerzos de estas dos tendencias (católica y luterana), que se disputaron el predominio en el pensamiento eslavo-oriental, constituyen la trama de la Teología rusa desde las postrimerías del siglo XVII hasta nuestros días.

La primera Escuela teológica rusa de alguna importancia fue la de Kiev o de Pedro Mogila. Predominó, claro está, en la Capital de Ucrania, pero también floreció en Moscú y en otras ciudades rusas. Por otra parte, es muy cierto que la histórica Ciudad de Kiev fue también cuna de la teología protestante rusa. Allí la explicó su autor, el famoso Teofán Procopovitch, consejero teológico de Pedro I el Grande; allí la oyeron por vez primera, con gran estupefacción por cierto, los alumnos rusos que aspiraban al sacerdocio.

El Gran Metropolita Pedro Mogila estableció contactos perdurables entre la teología rusa y el pensamiento católico. No es que pensara jamás en abandonar la Ortodoxia para ingresar en la Iglesia Romana, pues Mogila era ortodoxo de corazón. Así lo prueban sus escritos polémicos antilatinos y su oposición a los unionistas de Brest-Litovsky. Pero aquel gran ortodoxo creyó servir más eficazmente a la causa de su Iglesia amada utilizando determinadas enseñanzas de la Teología católica, indiscutiblemente verdaderas para él. Y la Academia que él fundara mantuvo este mismo espíritu. A tanto llegaron las cosas que al ser creada la cátedra de Teología, los rectores que, además de serlo, estaban encargados de explicarla, introdujeron el método escolástico de Sto. Tomás de Aquino. Mogila, que lo había aprendido directa y personalmente en Polonia, lo empleó en sus escritos —alguno de los cuales se conserva— y lo enseñó a sus discípulos.

El más antiguo Curso teológico de Kiev se remonta a los

años 1.693-1.697. Comprende doce tratados de Teología escolástico-polémica bajo el titulo general de «Tractatus Theologici in Collegio Kievo-mogiliano traditi et explicati». Y fueron los primeros y más famosos teólogos de esta escuela latinizante y occidentalista, Krakovsky y Javorsky, quienes explicaron en ella temas teológicos con gran brillantez. Fueron discípulos aprovechados de Mogila y catedráticos de su Colegio famoso, durante la primera mitad del siglo XVIII, Inocencio Popovsky, autor del «Cursus biennalis Theologiae» y Cristóbal Ciarnucky, que redactó la «Theologia scholastica». Escribieron obras similares José Voltchiansky, Hilarión Levicky, Ambrosio Duvnevitch, Silvestre Kuliabka y Barlaám Liastchensky.

Al comenzar el siglo XVIII, la Escuela de Moscú se acomodaba también a las tendencias Kievo-mogilianas. Lo prueban los más antiguos Cursos que se han conservado y que fueron escritos por Teofilacto Lopatinsky y por Florensky, autor de la «Theologia positiva et polemica». Por cierto que con este notable teólogo, cuyo sistema representa el período de *transición* desde la Escolástica al método luteranoide de Teofán Procopovitch, terminaba la influencia de la Escuela de Kiev sobre la Academia de Moscú. Ocurría esto pese a la estima en que Florensky tenía a Esteban Javorsky, alma y portavoz de las tendencias Kievenses. «Fénix de los teólogos y vértice de la más sólida erudición», llamó él al célebre enemigo de las innovaciones procopovianas y petrinas.

«El supuesto *Latinismo* en la Escuela de Kiev no deja de ser un tópico muy generalizado entre los autores que se ocupan de estas materias. Los mejores historiadores de aquel Centro sostienen que de 1.615 a 1.800 no fue otra cosa que un término medio entre la cultura oriental y la de Occidente. No tuvo ideas geniales, ni originales siquiera. Sólo cabe decir que por *su carácter, su significado y su espíritu era un instituto de enseñanza y formación latino-polacas*» (Jablonovsky). No dijo cosa distinta el teólogo Macario en su «Historia de la Academia de Kiev». «Los teólogos Kievenses se parecen mucho entre sí, porque todos carecieron de sistema. Ni fueron plenamente *ortodoxos* ni netamente *católicos* o escolásticos». No faltan autores que se esfuerzan por demostrar —cosa que no consiguen— que desde sus mismos orígenes el Colegio de Kiev fue una institución docente muy ortodoxa y muy eslava. Es posible que fuera así en cuanto a las materias no teológicas, pero, en cuanto a la Teología propiamente dicha, es innegable la influencia de los teólogos católicos posttridentinos. Están tan íntimamente liga-

das a éstos las obras capitales de Pedro Mogila (La «Confesión ortodoxa» y el «Pequeño Catecismo», *calcado en el de S. Pedro Canisio,*) que se ha podido hablar, no sin razón, de una verdadera infiltración latina en la teología ucraniana. En el Seminario de Charkov se encontró un manuscrito teológico de Javorsky, que llevaba este título: «Compendio de la teología que aprendí en Vilna y en Posnania», es decir, en los Colegios de los P. P. Jesuítas de Polonia. Empujados por el ejemplo de sus maestros primitivos, los doctores de la Escuela de Kiev completaban sus estudios en los autores de teología latina. Se honraban con seguir a Sto. Tomás de Aquino y a los teólogos de la Compañía, Toledo, Vázquez, Suárez, De Lugo, Gregorio de Valencia, Molina, Arriaga, Belarmino y Pallavicino. ¿Tiene, pues, algo de extraño que los tratados teológicos Kievenses fueran un reflejo de la Escolástica occidental posttridentina, tanto en la forma como en el fondo, y que admitiesen la doctrina católica en la mayor parte de las cuestiones? Por eso son enteramente católicas las enseñanzas Kievenses en lo que toca a la justificación, a la Gracia, al libre albedrío y a la materia y forma de los Sacramentos. Hasta los problemas de controversia llega esta coincidencia. Contrariamente a lo que se enseña en Constantinopla, los teólogos de Kiev se mostraron partidarios del dogma de la Inmaculada Concepción. Lo son, así mismo, de la eficacia *conversiva* de las palabras institucionales y, por lo tanto, no insisten en la imprescindible necesidad de la Epiclesis o Plegaria al Espíritu Santo para que se sirva realizar la *Conversión de substancias,* necesidad preconizada por los Griegos. Es más; hasta admiten la pena temporal después de la muerte y no se niegan a emplear la palabra *«Purgatorio»*. Javorsky sostenía que en este punto no cabía hablar de diferencias de criterio entre católicos y pravoeslavos. La discrepancia se concreta en la *Primacía jurisdiccional del R. Pontífice* y en la *Procesión del Espíritu Santo,* mejor, en la exégesis teológica de la misma por la *Partícula Filioque.* Por lo demás, la Escuela teológica de Kiev siguió muy de cerca a la Teología católica. Ello explica las contiendas que tuvo que mantener contra los teólogos bizantinos tercamente apegados a la vieja Ortodoxia. En los tiempos mismos de Pedro Mogila comenzó la lucha encarnizada. Su famoso Catecismo, que despertó sospechas hasta entre los clérigos Kievenses que asistieron al Concilio de 1.640, fue rectificado en algunos puntos en las Conferencias teológicas de Jassy (1.642). Aquí quedó de manifiesto la discrepancia entre Melecio Syrigos y los enviados de Mogila. Más tarde, estalló en Moscú la enco-

nada polémica acerca de la Epiclesis. El anatema que el Concilio moscovita de 1.690 lanzó contra Medvedev y los latinizantes de Kiev, originó un cambio de criterio en los teólogos ucranianos, quienes comenzaron a enseñar y defender la teoría griega de la Epiclesis. En cambio, se mostraron más constantes en cuanto a la doctrina de la Inmaculada Concepción. Pese a las intrigas de los helenizantes y a los decretos del Patriarca Joaquín, empeñados unos y otros en hacer desaparecer de los escritos de S. Demetrio de Rostov las frases favorables a tan piadosa y simpática creencia, continuó siendo defendida desde el púlpito. No conocemos otra excepción que la de José Voltchiansky, quien expresó grandes dudas acerca de este privilegio mariano. Pese a todo, si la Escuela de Kiev cayó en desgracia, se debió menos a su oposición a las doctrinas teológicas que los griegos habían llevado a Rusia que a sus controversias con los Protestantes. Estos, en efecto, no dejaron de progresar en Rusia y de penetrar en la ideología eslava. Se sirvieron para ello de una intensa propaganda y de los altos puestos que obtuvieron en la Administración estatal. El partido luterano, muy influyente en la Corte, se opuso tenazmente a la difusión del *Camen veri* (Roca de la Fe), obra muy notable del mejor y más famoso teológo kievense, Esteban Javorsky, antiluterano por definición y campeón de la lucha contra el novador y racionalista Teofán Procopovitch. Cuando, al fin, veía la luz pública (1.729), surgieron protestas vigorosas no sólo en Rusia, sí que también más allá de sus fronteras. Aquel mismo año Buddeo, luterano rabioso, publicaba su «Epístola apologética proluterana contra las insidias de Javorsky». Quiso refutar las afirmaciones del luterano Buddeo el teólogo moscovita Teofilacto Lopatinsky, alumno que fued e Kiev; pero se lo prohibieron las autoridades eclesiásticas de Moscú. Es muy significativo el hecho, inaudito hasta entonces en Rusia, de que Buddeo tuviera defensores, aunque *anónimos*. Así tenía que ocurrir en un país antiluterano por excelencia. Defendió con energía laudable los criterios antiluteranos de Javorsky y de los suyos el intrépido Metropolita de Rostov, Arsenio Matsejevitch. Pese a esta vigorosa apología, la obra teológica de Javorsky y con ella la teología toda de Kiev, hija de Mogila, perdieron rápidamente terreno entre los escritores rusos. Pronto quedarán totalmente olvidadas. No radica su muerte en los ataques de los partidarios de la herejía luterana, que eran pocos y no muy ilustrados, sino en el éxito de una nueva Escuela que se formó en torno al teólogo áulico Teofán Procopovitch.

La actitud del consejero canónico de Pedro I el Grande, claramente expuesta en su *Curso de Teología,* inédito aún, el cual entusiasmó a los teólogos rusos de la primera mitad del siglo XVIII, era abiertamente favorable a las ideas luteranas y hostil a las que predominan en el Catolicismo. Lo demuestra con toda claridad la biblioteca que él legó al Seminario de Novgorod, capital de su diócesis. No escatimó rublos, ni esfuerzos, ni influencia política para adquirir en los principales centros de Europa sus 3.192 volúmenes. La biblioteca particular de Teofán fue una gloria legítima para su nombre. En las cartas a sus amigos les hablaba siempre de ella y les invitaba a visitarla. Tenía muchos libros teológicos, que eran luteranos en sus tres cuartas partes. Eran muy pocos los autores católicos que poseía. Figuraba allí, de todos modos, Arcudius, S. Roberto Belarmino, Carboni y Cassander.

Comenzó a coleccionar libros hacia 1.720, cuando ya había terminado sus actividades docentes. En ellas se acomodó por completo al criterio y al consejo que para uso de los catedráticos de teología estampó en su Reglamento Eclesiástico: «Aunque se sirvan a veces de las exposiciones realizadas por los más recientes *heterodoxos* (léase *católicos),* los doctores en Teología no se adherirán a sus criterios ni aceptarán sus narraciones. Usen con cautela los argumentos que, fundados en la Escritura y en los Santos Padres utilizan ellos (los católicos) para defender Dogmas comunes a ellos y a nosotros...» ¿Por qué extrañarse, pues, de que la biblioteca de Procopovitch, tan rica en volúmenes luteranos, calvinistas y anglicanos, careciese casi en absoluto de libros católicos? Cuando explicaba Teología en la Academia Eclesiástica de Kiew, donde tanto se manejaban las obras de contenido católico, Teofán, anticatólico rabioso, se complacía en insultar groseramente a los autores de la Teología católica. Los llamaba teologastros, animales que balan, necios, mal informados y semibárbaros. Siendo esto así, era muy lógico que se mostrara excepcionalmente duro y violento en sus disputas con los doctores de la Sorbona y, sobre todo, con el dominico P. Bernardo Ribera, Capellán de la Embajada española en S. Petersburgo.

En cambio, se mostró muy complaciente con los luteranos. Es muy cierto que nos dejó una «Apología de la Fe ortodoxa contra los protestantes», pero no lo es menos que, aun manteniendo contra ellos la doctrina ortodoxa sobre el Espíritu Santo y el culto de las imágenes, no combatió, cual debiera, las enseñanzas específicamente luteranas, ni se irguió contra el modo

protestante de abordar los problemas teológicos. De hecho, el método que emplea en su «Curso de Teología», la división que sigue en él, el espíritu que impera en toda la obra y las tesis que en ella se encuentran, revelan con toda claridad el influjo luterano. En el Prólogo insiste en la necesidad de que los estudiantes de Teología se consagren exclusivamente a la Sagrada Escritura, «verdadera y única fuente de la Fe», y de que desconfíen de las opiniones de los doctores, ya que *no conozco hombres infalibles*. Teofán Procopovitch quita valor a la Tradición.

Es verdad que tiene palabras de elogio para la autoridad de los Concilios y de los Santos Padres, pero lo es igualmente que para él no son definitivas las declaraciones dogmáticas de los primeros, ni las sentencias unánimes de los segundos. La tarea de unos y de otros no puede ser, según el luteranoide Teofán, la de transmitir el tesoro de la Tradición oral, sino la exclusiva de «explicarnos» el sentido de la Escritura, *fuente única del Dogma*. Para acentuar más vigorosamente aún la condición luterana de su teología, Procopovitch excluyó del Canon del A. Testamento los Libros deuterocanónicos. Y en cuanto a la noción de Iglesia, aun haciendo esfuerzos para mantenerse en un criterio intermedio, se acercó más a la definición clásica de los luteranos. He aquí sus palabras: «Iglesia es la uniformidad de sentimientos entre cristianos que profesan la doctrina de Cristo, tal como fue enseñada por los Padres y los Concilios ecuménicos». Otro tanto hay que decir con respecto a otros problemas teológicos y especialmente en cuanto al central de la herejía luterana la *Justificación*. En sus tratados «De gratuita justificatione per Christium» y «De homine lapso» Teofán hace suya la doctrina luterana acerca de la «corrupción radical» del libre albedrío y de la *justificación por la sola fe*. Para salvar la «necesidad de las buenas obras» y «cumplir lo que debemos a Dios» —tesis netamente ortodoxa— Teofán emplea la fórmula de la «necesidad de la fe» sola, pero «no solitaria». Quiere él decir que la fe verdadera produce, como es lógico, «buenas» obras, las cuales surgen no de la fe misma, sino del objeto de ella: Cristo.

Es verdad que Procopovitch, hombre extremadamente hábil, va esquivando el empleo de la terminología francamente luterana y que procura limitar las consecuencias que se deducen de los principios heterodoxos, pero también lo es que en su obra teólogica se hallan, al menos en germen, los grandes errores

de Lutero. Los desarrollarán plenamente sus discípulos al comentar y enseñar su teología.

El triunfo que en el terreno político-religioso ganara el teólogo de Pedro el Grande favoreció mucho a sus doctrinas dogmáticas. Estas acabaron por imponerse en las cátedras de las Academias Eclesiásticas del país. Por respeto al añorado maestro Esteban Javorsky, sin embargo, los sucesores de Teofán en la cátedra teológica de la de Kiev no aceptaron, por el momento, el sistema procopoviano. El primero que lo explicó en esa Academia —la primera de Rusia en el tiempo— fue Jorge Konissky, catedrático en ella de Filosofía y Teología (1751-54). Siendo arzobispo de Mohilev, hizo una nueva edición del Catecismo de su inolvidable maestro Teofán, a quien consagró afecto, homenaje y elogios durante toda su vida. Algunos años más tarde, consolidaba en Kiew el cambio operado por la actitud de Konissky un rector y profesor de aquel centro docente ucraniano: Samuel Mislavsky, Metropolita en 1773. Editor de las obras de Procopovitch, Mislavsky hizo un Compendio de la teología del gran luteranoide en ruso y en latín y, como protector que era de la Academia kievense, realizó presiones de índole diversa para asegurar el éxito de su labor y extender la concepción procopoviana en todos los centros de enseñanza que caían bajo la influencia de los catedráticos de Kiew.

En la Academia Eclesiástica de Moscú preparó el terreno para el triunfo luterano Cirilo Florinsky. El primer tratado teológico de tendencia procopoviana tiene por autor al Arzobispo de San Petersburgo, Gabriel Petrov, rector y catedrático de Teología que había sido en Moscú, de 1761 a 1763. Redactó la «Teología Christiana ortodoxa» *el mejor compendio de los tiempos* (Filareto Gumilievsky). El manuscrito, que se conserva en la biblioteca de la Academia de Moscú, sirvió a otro catedrático de este centro docente, Teofilacto Gorsky, para componer la «Doctrina christiana de credendis», cuya primera edición aparecía en San Petersburgo el año 1783. A ésta siguieron otras en Leipzig, en Moscú y en la propia capital del Imperio. En 1776, después, claro está, de haber redactado su obra, Teofilacto abandonaba su cátedra de la Academia moscovita para ocupar la Silla episcopal de Perejaslawl.

En el año últimamente mencionado tomaba posesión de la Sede Metropolitana de Moscú el más célebre de los teólogos procopovianos: Platón Levtchin. Antes, siendo rector del Seminario instalado en la Laura de San Sergio (1761-63), había escrito el «Tratado de Teología cristiana» y el Catecismo, que

dedicó al Zarevitch Pablo Petrovitch. El éxito insospechado de este compendio que, no muchos años después, era traducido al latín, griego, francés, alemán, inglés, holandés, armenio y georgiano, se debió, más a la reputación de orador excelso y de consejero aúlico, que al mérito intrínseco de la obra.

Los Manuales de Teofilacto y de Platón tuvieron imitadores. En 1799 aparecía en San Petersburgo la obra del primer rector de la Academia de Kazán, Silvestre Lebedinsky; *Teología didáctica-polémica* y, en 1802, el rector de la de Kiew, Ireneo Falkovsky, publicaba en Moscú su libro «Teología Ortodoxa dogmático-polémica» que fue muy elogiado por los teólogos y por los miembros del Santo Sínodo.

Estos Manuales, adoptados como textos en Academias y Seminarios, propagaron entre los alumnos, a cuyo alcance no estaban ni podían estar, dado su excesivo volumen, las obras del gran maestro luteranoide, la teología procopoviana. La tendencia luterana ganaba terreno por momentos porque los autores de aquellos textos iban más allá que Teofán. Todos, en efecto, sentían especial preferencia por las «Institutiones Theologiae dogmaticae» de Juan Francisco Buddeo, autor que se hizo clásico entre los teólogos rusos inclinados hacia el luteranismo. Estos autores, posteriores, claro está, a Teofán, respetan los dogmas más vinculados a la tradición ortodoxa, como los que conciernen al Espíritu Santo, a la Eucaristía y a los demás Sacramentos; pero, cuando se ocupan de la Iglesia, de la justificación y de la Sagrada Escritura, como Regla única de Fe, no se creen obligados como su maestro a guardar lo que pudiéramos llamar Recato Ortodoxo. Teofilacto Gorsky, por ejemplo, define así la Iglesia de Dios: «Sociedad integrada por los que están unidos mediante la fe verdadera con Cristo, su cabeza».

Según él, la justificación se realiza por la sola fe, la cual no es otra cosa que la «confianza» en cuya virtud hacemos nuestros los méritos de Cristo. Esta «confianza» es muy bastante para que puedan sernos imputadas la «justicia» y la «obediencia» del Redentor, sin que, de hecho, se produzca un verdadero perdón de los pecados.

Estas frases denotan con toda claridad la condición luterana de los teólogos que tomaron como maestro a Teofán Procopovitch. Esta doctrina herética no estaba tan sólo en los textos porque tenía sus más claras manifestaciones en las disputas teológicas y lograba —cosa incomparablemente más grave— el apoyo de las autoridades eclesiásticas.

CAPITULO XIV

LAS ACADEMIAS TEOLOGICAS

I

GÉNESIS Y EVOLUCIÓN

El Santo Sinodo y la enseñanza teológica.—Los colegios y escuelas anteriores a él.—Las Academias Eclesiásticas. *Su número y condición.* a) *La Academia de Kiew.—Sucesivas transformaciones de la primitiva "Escuela Ortodoxa" y del "Colegio kievense" hasta quedar convertidos en Academia eclesiástica* (1701).*—Vida esplendorosa de ésta durante todo el siglo XIX.—Cursos, enseñanzas y número de profesores y alumnos.*

b) Academia de Moscú

Vicisitudes de la primitiva Escuela greco-latina, del Colegio griego y de la Academia greco-eslava hasta convertirse en Academia (1815).*—Número de asignaturas, de profesores y de alumnos.*

c) La Academia de San Petersburgo

El Seminario eslavo greco-latino y su evolución.—El Seminario central de Alejandro Nevsky convertido en Academia (1809). *Vida de este centro cultural (Profesores y alumnos).*

d) La Academia de Kazán

La Escuela eslavo-latina de Teodorovsky.—El Seminario de Kazán convertido en Academia (1797).*—Vida y características de este Centro docente.*

II

LA VIDA ACADÉMICA EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO XVIII (CRITERIOS Y MATERIAS, MÉTODOS Y TEXTOS)

III

LAS REFORMAS DEL SIGLO XIX

Se inicia el progreso de la Teología científica en la Iglesia rusa.
a) *La reforma de* 1814, *basada en la de Pablo I.—Materias que comprendían los estudios teológicos.—La tendencia de esta Reforma.—La reacción tradicionalista y antiluterana de Protasov, alto Procurador del Santo Sínodo.*
b) *La Reforma de 1869.—Las asignaturas obligatorias y las Secciones especiales: la eclesiástico-teórica, la teológico-histórica y la teológico-práctica.*
c) *El plan de* 1884.—*Aumentan las asignaturas* obligatorias.—*Plan de estudios de la Academia de San Petersburgo en los últimos tiempos de la Monarquía zarista.*

La creación del Santo Sínodo, organismo eclesiástico-estatal que sustituía al Patriarcado, tuvo una importancia extraordinaria para la evolución de la Iglesia eslava. ¡Como que dio vida a una época nueva en su historia! No por haber destruído la libertad evangélica de los ministros del Señor, que pasaron a ser meros *funcionarios del Estado,* dejó de hacer algo bueno la institución anticanónica que fundara Pedro el Grande. Sus méritos radican exclusivamente en el campo de la enseñanza. Sería pueril e injusto desconocerlo. El atraso cultural de que venían adoleciendo los clérigos rusos fue en parte orillado por los establecimientos docentes que patrocinó el Santo Sínodo Rector. Participaron también, claro está, en este progreso los influjos científicos de Occidente.

* * *

Fue en el siglo XVIII cuando se inauguró la enseñanza teológica en Rusia. A partir del siglo XVI los eslavos de las provincias occidentales que vivieron bajo la dominación de Polonia, contaban ya con algunos colegios eclesiásticos. Por lo general, los habían creado los monasterios y seguían los planes de los establecimientos docentes de la Compañía de Jesús. Había tam-

bién algunos seminarios tridentinos. Y tuvo algún renombre la Academia (especie de universidad eclesiástica) de Zamoisky. A últimos del siglo XVII, exactamente, en 1685, el Patriarcado de Moscú se había anexionado la Metrópoli de Kiew, hasta entonces bizantina. Con tal motivo llegaban a la capital de la Rusia Grande no pocos jerarcas y teólogos que habían sido alumnos de la famosa escuela de Kiew. Fue entonces cuando surgieron en Moscovia muchos colegios eclesiásticos. El más antiguo y prestigioso de todos ellos tuvo por fundador al célebre Metropolita San Demetrio de Rostow. En 1703 abría él en su palacio episcopal una escuela dirigida por tres profesores llegados de Kiew donde se habían formado. Esta Escuela de Rostow reservaba el primer lugar a la enseñanza del latín, y se servía para las explicaciones de este idioma clásico de la Gramática del jesuíta P. Alvarez. También se daban clases de griego, de ruso y de lengua eslava litúrgica. En 1709 se inauguraba allí una cátedra de Retórica. En ese mismo año, fallecido ya el santo fundador, se abría un largo paréntesis en la vida docente de esta Escuela. No se habla ya de ella hasta los últimos años de Pedro I el Grande.

El celoso Metropolita de Rostow tuvo imitadores. En 1703, Filoteo Lesctcinsky creaba una escuela en Tobolsk, capital de su diócesis siberiana. La tercera escuela se abría en Nowgorod por iniciativa de uno de sus obispos llamado Job. Este centro de educación eclesiástica se apartaba de las tendencias de Kiew. El Prelado nowgorodense daba la razón siguiente: En su vida primitiva las escuelas de Kiew gozaron de un merecido prestigio; pero en la actualidad son inadecuados sus métodos. Por lo mismo, el Prelado Job llamó a los célebres hermanos Litchudes para que se pusieran al frente de una Escuela nowgorodense a la que se dio el sobrenombre de helénico-eslava.

Unos años más tarde, hacia 1714, Doroteo Korofevitch, metropolita de Esmolensko, fundaba la Escuela de esta ciudad. La colocaba bajo la dirección de Josafat Maevsky, educado en Kiew. Antes de Pedro el Grande no había en la Rusia Central (Moscovia y provincias del Norte) más escuelas teológicas que las mencionadas. Durante el gobierno del fundador de San Petersburgo (1682-1725), a partir sobre todo de la puesta en vigor del *Reglamento eclesiástico,* se multiplicaron rápidamente los centros de enseñanza. En 1721 existían ya las escuelas arzobispales de Nischni Novgorod, de Alejandro Newsky (San Petersburgo) y de Irkutsk; al año siguiente, funcionaban ya las de Tver y Bielograd; en 1.723, las de Kolomna, Kazán, Suzdal, Viatka y

Arkangelsk; en 1724, las de Vologda y Riazán, y en 1725, las de Ustiodj y Pleskau. En los años sucesivos continuaron las fundaciones de Colegios eclesiásticos destinados a la formación de los candidatos al sacerdocio. Tanto fue así que en 1730, imperando Ana Ivanovna, encontramos escuelas en 15 eparquías y en el célebre Monasterio de Alejandro Newsky (San Petersburgo) con un total de 2589 alumnos. En todas ellas se daba, al menos, la primera formación cultural y religiosa. Y más tarde, mediado ya el siglo XVIII, existían ya cátedras de Teología con explicaciones análogas a las que oyeron los alumnos de la famosa Academia de Kiew. Gozaron de prestigio por esa misma fecha los seminarios de la Laura de Alejandro Newsky, de Kazán, de Nowgorod y de Charkov. La ínclita ciudad de Kiew, cuna del Cristianismo y del saber teológico en Rusia, les proporcionó la mayoría de sus catedráticos.

I

LAS ACADEMIAS ECLESIASTICAS

En la formación del Clero ruso pueden distinguirse varios grados: a) *el de Colegio*; con los rudimentos de Religión los alumnos estudian en él las Humanidades; b) el de *Seminario* con clases de Filosofía, de Teología y de otras ciencias eclesiásticas, y c) el de las Academias o Centros superiores de Cultura teológica con facultad de conferir grados. Son verdaderas Facultades de Teología. Tanto por su título como por el género de enseñanzas y organización, estos centros docentes acusan la eficaz influencia del Occidente. Su número nunca fue fijo; por lo general, se cuentan cuatro: *las de Kiew, Moscú, San Petersburgo y Kazán*. Tan sólo las dos primeras conservaron siempre el título de Academias. Lo tuvieron desde 1701.

ACADEMIA DE KIEW

Comenzó modestamente. De 1589 a 1631 funcionó con el nombre de *Escuela Ortodoxa de Kiew*. Fue creada por la Archicofradía de la Epifanía, y en sus comienzos se contentó con un número muy reducido de alumnos, a los cuales daba una instrucción muy elemental. Comprendía Gramática, Retórica y Lógica rudimentaria. En cuanto a esta asignatura, se acomodaba a la *Dialéctica* de S. Juan Damasceno, traducida por Kurbikón. Cuando en 1627 el Archimandrita Pedro Mogila se ponía al

frente de la Petcherkaya Laura (Monasterio de las Grutas) se iniciaba en Kiew un gran período de florecimiento para los Estudios eclesiásticos. La tan renombrada Laura contribuyó mucho a ello, pues el Archimandrita Eliseo Pletenets había instalado en ella un taller tipográfico. El carácter emprendedor de Mogila, personalidad eminente por muchos conceptos, se dio pronto a conocer con la edición de muchos libros eslavos salidos de aquella imprenta, de 1627 a 1646. Merced a sus iniciativas y desvelos la primitiva y modesta *Escuela Ortodoxa* pasaba a ser *Colegio Kievense Mogiliano,* nombre que conservó desde la transformación (1631) hasta 1701. El nuevo Colegio, al que Ladislao IV otorgara el «Privilegio Real», se limitó en sus comienzos a las enseñanzas propias de los gimnasios occidentales y polacos (Institutos de Enseñanza Media).

El gran Metropolita tomó por modelos a los centros similares que los PP. de la Compañía de Jesús mantenían en Polonia. Y se valía de textos idénticos, o al menos de imitaciones perfectas. A últimos del siglo XVIII, todavía estudiaban los alumnos del *Colegio mogiliano* la *Poética* del P. Sarbievsky y la *Retórica* del P. Tomás Mlodzianovsky. Igualmente, utilizaban los opúsculos de Josafat Krokovsky y de otros profesores que se habían inspirado en libros occidentales. Durante el rectorado de Barlaám Jasiensky (séptima década del siglo XVIII), los estudiantes de este Centro estudiaban ya Filosofía aristotélica en textos procedentes de las escuelas católicas (polacas y centro-europeas). Fue manual muy estimado el *Cursus philosophicus* del P. Sebastián Kleczansky, profesor del Colegio jesuítico de Lemberg. De 1685 hasta 1701 (año éste en que el Centro docente de Kiew recibía la denominación de *Colegio mogiliano-Javorskyano,* título que conservó hasta 1819), explicaban sus propios textos los notables catedráticos Josafat Krokowsky, Silvan Oriewsky, Esteban Javorsky, Procopio Kolaczynsky, Jerónimo Simarovsky e Inocencio Popovsky. En 1690 se inauguraba la enseñanza de Teología; la nueva cátedra era sucesivamente ocupada por Josafat Krokovsky, Estèban Javorsky e Inocencio Popovsky, ya mencionados. Para sus explicaciones de Dogma y de Apologética (Controversias) seguían a Santo Tomás de Aquino y a los grandes polemistas católicos. Dotado no tardando de nuevas cátedras, el benemérito Colegio mogiliano-javorskyano de Kiew pudo aspirar con buen fundamento a figurar en el primer puesto entre todas las escuelas eclesiásticas de Rusia. Por esto el 26 de septiembre de 1701, Pedro I el Grande le otorgaba el título de Academia Eclesiástica. No lo había ostentado hasta entonces,

aunque pudo hacerlo, pues un ukase de 1685 concedía al Colegio kievense los mismos privilegios de que gozaba la Universidad de Cracovia. Este último período del Centro docente de Kiew, que abarca todo el siglo XVIII, exactamente desde 1701 a 1819, es de gran esplendor para los estudios eclesiásticos en Rusia. El cargo de rector llevaba aneja la cátedra de Teología y el de prefecto de Estudios, la de Filosofía. Sus más ilustres profesores que empezaron, claro está, enseñando Filosofía, desempeñaron también con gloria y provecho la cátedra de Teología. Entre ellos merecen citarse los siguientes: Inocencio Popovsky, Teofán Procopovitch, José Voltchansky, Silvestre Kuljabka y Jorge Kominsky. Se caracteriza este período por las numerosas tentativas de reforma y por el creciente número de alumnos, que en 1804 era de 1158. La reforma de 1819 originó grandes cambios en la Academia de Kiew. Después de una interrupción de dos años, reabría sus puertas el 28 de septiembre de 1819 en el Monasterio de Bratsky.

Limitada exclusivamente a la formación superior de los alumnos que habían ya concluído sus tareas escolares en los seminarios o centros similares de enseñanza media, la Academia organizó cuatro cursos en los que se estudiarían Teología, Filosofía, Ciencias, Matemáticas, Historia Eclesiástica e Idiomas. De la primera tanda, que hizo sus estudios en el cuatrienio 1819-23, salieron treinta y nueve graduados. En 1851, de los sesenta y uno que se habían matriculado cuatro años antes, aprobaban cuarenta y cinco. A partir de 1895 se hacían ya simultáneamente los cuatro cursos. El número de alumnos iba en aumento. En 1913, año del más numeroso alumnado, la matrícula arrojaba estas cifras: 57 estudiantes en el primer año; 43, en el segundo; 57, en el tercero, y 47, en el cuarto.

Al aumentar las cátedras en este último período, era natural que se incrementara también el número de profesores. En 1915 eran 37 distribuídos en esta forma: nueve supernumerarios, tres ordinarios, nueve extraordinarios, 14 auxiliares y dos lectores.

A partir de 1860 los profesores de esta Academia notable publicaban su propia Revista llamada *Trudy Kievskoi duktovnoi akademii*. Al igual que la respetable *Academia Eclesiástica* de Kiew, centro científico que la editaba, dejó de existir al estallar la Revolución de 1917.

ACADEMIA DE MOSCU

Fue germen de este centro docente la Escuela greco-latina que bajo el Patriarca Filareto fundara el monje Arsenio en 1619.

Aquella Escuela languideció pronto porque su fundador era desterrado al Archipiélago de Solovezky (1649). Fue entonces cuando Teodoro Rtistchev, favorito del Zar Alejo Michailovitch (1645-76), llamó a estos profesores de Kiev: Epifanio Slavinetsky, Arsenio Stanovsky y Damasceno Ptutsky. Se instalarían en el Monasterio de Andrejevsky. No mucho después, el Patriarca Nicón se llevó a los dos primeros a su Escuela arzobispal, que se encontraba en el Monasterio de Tchudow. Epifanio era nombrado rector, y fueron sus más inmediatos y eficaces colaboradores el ya mencionado Stanovsky y el monje Arsenio, que regresaba de Solovezky. Más que a la enseñanza se dedicaban estos profesores cultos a la traducción de libros y a la revisión de las antiguas versiones eslavas de obras griegas. Aunque en forma asaz modesta, la Escuela de Tchudow venía funcionando desde 1666. Luego el Zar Feodor Alexejevitch daba vida a una Escuela griega, que mereció en 1679 una carta muy laudatoria de Dositeo, Patriarca de Jerusalén. Pero Moscú aspiraba a tener dentro de sus muros una Academia. En 1681, por orden del Zar últimamente mencionado, consagraron sus desvelos a esta tarea loable Juan Bielobovskin, calvinista converso, Gabriel Dometsky y Pablo Negrebetsky. En el nuevo centro se estudiarían la Gramática, la Retórica, la Dialéctica, la Filosofía y la Teología. Con el nombre de Academia greco-eslava el Centro docente moscovita inauguraba sus funciones en la primavera de 1685. Estaría alojada en el Monasterio de la Epifanía y sería dirigida por los célebres hermanos Litchudes. Fue bajo el rectorado de Paladio Rogovsky (1700-1703) cuando se iniciaba un período nuevo en la vida docente de esta Academia. Durante él tomó el nombre de Academia *eslavo-latina*. Y guardó el carácter fundamentalmente latino hasta el Metropolita Platón (1775), el cual trabajó mucho para que prevaleciese la cultura eslava. A raíz de esta nueva orientación tomaba el título de Academia eslava greco-latina. Así estaban las cosas cuando en 1815 le alcanzaban las reformas del Metropolita Filareto.

Entonces comenzó a llamarse *Academia eclesiástica de Moscú*, denominación que conservó hasta la caída del Imperio en 1917. Repetidas veces cambió de sitio. Desde su primera sede en el Monasterio de la Epifanía pasó sucesivamente al de Nikolsky y a la Laura de S. Sergio. El número de alumnos, que fue muy reducido en tiempos de los Litchudes, sufrió oscilaciones importantes en el segundo y tercer períodos. Los 629 que se matricularon en 1725, quedaban reducidos a 200 en 1750. Y de un mínimum de 449, a últimos del siglo XVIII, la matrícula se al-

zaba al máximum de 1559 en la primera década de la centuria siguiente. La mayor parte de los alumnos frecuentaba las clases de Gramática y de Retórica. La Teología contaba sólo tres en 1717, 11, en 1738 y llegaba a su máximum con 155, en 1805. En el siglo XIX, época en que la Academia se entregó de lleno a los estudios superiores de Filosofía y Teología, el número de alumnos fue más reducido. Ultimamente (curso de 1910-11) tenía tan sólo 241 alumnos y en el de 1912-13, 243. Los profesores eran 31. De ellos, 8 ordinarios, 8 extraordinarios, 12 auxiliares y 3 lectores. De 1843 a 1886 la Academia eclesiástica de Moscú editaba en ruso una publicación periódica, que se titulaba «Suplemento a la edición de los Santos Padres». Y en 1892 publicaba la Revista «Bogoslovsky Vestnik» (Mensajero teológico).

ACADEMIA DE SAN PETERSBURGO

Teodosio, Archimandrita del Monasterio de Alejandro Newsky y luego Arzobispo de Nowgorod, erigía el 11 de julio de 1721 en aquel famoso centro de cultura eslava una escuela para jóvenes de 5 a 13 años. Con ello echaba los cimientos de la Academia de S. Petersburgo. El 10 de noviembre de 1725 Catalina I ordenaba que se introdujesen en ella las enseñanzas de griego y de latín. A consecuencia de ello cambiaba el nombre de escuela por el de *Seminario eslavo greco-latino* y dio cabida en sus planes de Estudios a la Filosofía y a la Teología. Un ukase del Santo Sínodo (27 de julio de 1788) lo transformaba en Seminario Central de Alejandro Newsky. En él debían recibir formación más completa ciertos alumnos escogidos en los seminarios de la Eparquía. Por lo común, los alumnos del Seminario Central no pasaron de setenta. Conservando los cursos de Humanidades, el Seminario de Alejandro Newsky adoptaba el título de «Academia Newsky». Se ponía a la altura de las similares de Kiew y de Moscú. La matrícula pasaba de 157, en 1799, a 277 en 1807. En 1799 seguían los cursos de Teología quince estudiantes y en 1807, diecinueve. Por fin, en 1809 quedaba establecida la *Academia Eclesiástica de San Petersburgo*. Se destinaba exclusivamente a las Ciencias Sagradas. Entre los primeros rectores se distinguió mucho el famoso Filareto Drozdov. Desempeñó la cátedra de Teología y trabajó eficazmente en la organización de la naciente Universidad teológica. De 1809 a 1869 estudió en ella un centenar largo de alumnos por año. Cuando en el curso últimamente mencionado se estableció el sistema de simultanear los cuatro años aumentó considerablemente el número de estudiantes teólogos. En 1866 es cuando la matrícula arroja la

más elevada cifra, la de 355. Según la última estadística, eran 280 los alumnos matriculados en 1912. En el curso siguiente estudiaban 274.

Los profesores eran 33 en 1912 y 37, en 1913. A partir de 1821 la Academia Eclesiástica de San Petersburgo publicaba su Revista propia: *Khristiankoe Tchtenie* (Lecciones cristianas).

LA ACADEMIA DE KAZAN

El 18 de marzo de 1723, el Metropolita de Kazán, Tikón, abría en la residencia episcopal de Teodovsky, extramuros de la capital diocesana, una escuela eslavo-latina para los candidatos al sacerdocio. Las clases comenzaban al día siguiente con cincuenta y dos alumnos. En 1726 eran ya 180. El Metropolita Hilario Rogalevsky erigió en 1733 el Seminario de Kazán y lo organizó teniendo a la vista los estatutos del de Kiev. El Metropolita de esta ciudad, Rafael Jaborovsky, le enviaba como profesores a Basilio Putsek, Esteban Glovatsky, German Burotovitch y Nicolás Sokolovsky, quienes se encargaban de las cátedras correspondientes. En los comienzos no se daban más enseñanzas que las consabidas de Gramática y Retórica. En 1739 comenzaban las clases de Filosofía, y en 1751, las de Teología, cuyo primer catedrático fue Teófilo Ignatiovitch. Por fin, en 1797, bajo la gestión episcopal de Ambrosio Bodovedov y siendo rector Silvestre Levedinsky, un ukase del Zar Pablo I transformaba este centro docente de Kazán en Academia Eclesiástica, cuya vida fue corta. En 1807 sufría una reforma y en virtud de ella cerraba sus puertas para convertirse en Seminario. Pese a su rango inferior, el establecimiento que nos ocupa conservó el plan de estudios filosófico-teológico propio de las Universidades Teológicas o Academias eclesiásticas. Gracias al interés que mostrara el Conde Protasov, Sumo Procurador del Santo Sínodo, el 21 de septiembre de 1842 se restablecía en el Monasterio de Spassky la Academia eclesiástica de Kazán. En cuanto a profesores y alumnos, corría pareja con los otros grandes Centros similares del país, pero sobresalió entre ellos por su mayor fidelidad a las doctrinas ortodoxas, a las que defendió vigorosamente no sólo contra las aseveraciones injuriosas de los musulmanes, sino también contra las ideas liberales que predominaban en los centros teológicos de Rusia. Tuvo su correspondiente revista u órgano oficial que, fundado en 1855, duró hasta el año trágico de 1917.

I I

En los comienzos de la enseñanza teológica predominó la tendencia que Pedro Mogila supo imprimir a su célebre Colegio Kievense. La pedagogía del insigne Metropolita de Ucrania es una copia fiel del sistema que practicaban en sus colegios de Polonia los Hijos de San Ignacio de Loyola. El acertó a redactar unas reglas para la formación de la juventud estudiosa, reglas que luego fueron completadas, codificadas y promulgadas (7-IX-1734) por el Arzobispo de Kiev, Rafael Jaborosvsky. Este prelado insistía mucho en la piedad, en la puntualidad, en el uso del latín en la conversación, en la obediencia a prefectos y superiores y en la conducta propia de los que aspiran al Sacerdocio. Pero fue en la parte didáctica donde se dejó sentir con mayor fuerza todavía la influencia del Occidente. Mogila había puesto en práctica el sabio principio: *"Non multa, sed multum"*. Y por eso dividió las clases y ejercicios escolares en forma tal que resultara muy sólida la formación humanística de los alumnos. Completaba la instrucción, al modo jesuítico, con disertaciones y actos públicos muy solemnes.

Es verdad que semejante formación, basada exclusivamente en el latín y lenguas eslavas, tenía poco que ver con las ciencias teológicas propiamente dichas, pero no lo es menos que disponía favorablemente a los alumnos para el estudio de los teólogos occidentales y preparaba las inteligencias para encariñarse con la Escolástica y entenderla.

Así estaban las cosas cuando en 1689 se creaba en Kiev la primera cátedra de Teología. Antes, en las escuelas de las «Archicofradías»—las únicas que hasta entonces habían conocido los rusos—apenas se hacía mención de la reina de las ciencias. Las enseñanzas dogmáticas no podían ser más superficiales. ¡Como que no se conoció otro texto que una traducción incompleta del libro de San Juan Crisóstomo «de Fide Orthodoxa»! También se utilizaba el Catecismo de Esteban Zizania (edición de 1596), libro muy elemental.

Pedro Mogila con su *Catecismo* y su *Confesión Ortodoxa* comunicaba a los estudios teológicos un impulso nuevo y eficiente.

Por el momento, tanto en Kiev como en Moscú, existía tan sólo una cátedra de Teología, en la que un mismo profesor desarrollaba durante cuatro cursos todo el ciclo de las enseñanzas teológicas. Los manuscritos que sobre aquellas explicaciones se conservaron hasta la devastación de la Segunda Guerra mundial, daban a conocer que los kievenses dividían la Teología en

especulativa y polémica. Aquellos profesores occidentalistas seguían el plan general de las Academias latinas y se acomodaban en un todo a la Suma teológica de Santo Tomás de Aquino. Era lógico que ocurriese así, porque el primer catedrático kievense de Teología, Krokovsky, había estudiado en Roma bajo la dirección de los jesuitas del Colegio griego de San Atanasio.

Para conocer adecuadamente la extensión y la distribución de materias en esta primera época de la enseñanza teológica en Rusia conviene fijarse en algún tratado con categoría de modelo para todas las Academias eslavo-orientales. Para el caso sirve muy bien el *Curso de Teología de Teofilacto Lopatinsky*, alumno de Kiev y luego rector y catedrático de Teología en la Academia Eclesiástica de Moscú (de 1706 a 1710). ¿Quién era Lopatinsky? Después de haber terminado sus estudios en Kiev, Teofilacto Lopatinsky marchaba a perfeccionarlos en Occidente en cuyos centros universitarios aprendió griego, latín y Teología aquinatense. Al regresar a Rusia era nombrado sucesivamente rector de la Academia Eclesiástica de Moscú (cargo que llevaba aneja la cátedra de dogma), Arzobispo de Tver y Vicepresidente del Santo Sínodo Rector. Era en los tiempos en que Pedro el Grande reformaba la Iglesia y europeizaba a la nación. Lopatinsky, a quien seguía un pequeño número de Obispos, se opuso tenazmente a las ideas luteranoides y a la actuación anticanónica de Teofán Procopovitch, alma de las reformas eclesiásticas del fundador de San Petersburgo. Mas la resistencia de Lopatinsky era sofocada, y cuando, bajo la Emperatriz Ana Ivanovna, se adueñaron del mando en el Imperio ruso los protestantes, comenzaba la persecución de aquel campeón de la ortodoxia. Cinco años estuvo arrestado en Viborg por haber escrito dos libros antiluteranos. También perdió, claro está, el Arzobispado y la Vicepresidencia del Sínodo Rector. Se hizo famosa la traducción al eslavo de la versión de los Setenta, tarea ingente que realizó en colaboración con uno de los Litchudes (Sofronio) bajo la dirección de Zavorschi, Metropolita de Rjazán. Figura entre sus mejores escritos polémicos: «Los mentirosos Rascolnikis desenmascarados». Es obra póstuma que se editó en 1745 por orden del Santo Sínodo. El autor había muerto cuatro años antes.

En varios manuscritos conservados en la Academia de Moscú está contenido con el título de «Scientia sacra speculative et controverse illustrata» el Curso de la Teología que puede considerarse como tipo del género en aquellos tiempos.

Lopatinsky dividió las enseñanzas teológicas en cuatro cursos de un año de duración:

1.° Doctrina escolástica de Dios Uno y Trino; contratos en general y en concreto y Procesión del Espíritu Santo.

2.° Doctrina escolástica de la Encarnación y de los Angeles; los Preceptos y Veneración de las imágenes.

3.° Doctrina escolástica de la Gracia y de los Sacramentos; Sacramentos en especial, Matrimonio y Eucaristía (ázimos y Epiclesis).

4.° Virtudes teologales y Contrición; Confesión; Iglesia y Sumo Jerarca de la misma.

III

LAS REFORMAS DEL SIGLO XIX

La reforma de Pablo I (1798) puede considerarse como la base de las muy importantes que se implantaron en el siglo XIX. Se estableció ya un ciclo completo de estudios filosófico-teológicos; las enseñanzas, para las cuales se utilizaría el idioma latino, durarían cinco años. Dos de ellos estarían consagrados a la Filosofía y los otros tres, a la Teología. La primera comprendía estas asignaturas: Historia Natural, Física, Historia de la Filosofía, Lógica, Metafísica y Etica. Las enseñanzas teológicas abarcarían las siguientes materias: Historia Eclesiástica, Hermenéutica Sacra, Teología Dogmática, Teología Polémica, Teología Moral, Teología Pastoral, Lectura de las Santas Escrituras con explicación de los pasajes más oscuros y Derecho Canónico.

Revela esta enumeración que la Iglesia rusa caminaba derechamente hacia una época de gran progreso en las ciencias filosófico-teológicas. Por lo mismo no tardaron en surgir ansias de mejora y con ellas reformas nuevas.

En 1814 apareció la primera. Es obra de Speransky, Secretario de Estado y político militante que intervenía en todos los negocios políticos y religiosos de aquel entonces. Por cierto que volcó en ella todo su misticismo y todo su pensamiento acerca de las enseñanzas teológicas, nada favorable, en verdad, para la Escolástica. Para aquel leguleyo ésta no era otra cosa que una «divagación abstracta y atrevida»..

Los estudios teológicos comprenderían las materias siguientes: 1.ª Sagrada Escritura, para cuyas explicaciones se recomendaba la «Introducción a la lectura de los Libros Santos», del

Metropolita Ambrosio, y «los comentarios de San Juan Crisóstomo» de Teodoreto; 2.ª Hermenéutica sacra, según el libro de Rambach «Instituciones hermeneuticae»; 3.ª Teología dogmática para cuyas explanaciones y estudio podrían utilizarse indistintamente los Manuales de Teofilacto Gorsky, de Silvestre Levedinsky y de Ireneo Falkovsky; 4.ª Teología Moral en cualquiera de estos textos: «Institutiones Theologiae Moralis», de Buddeo, y «Doctrina ortodoxa de agendis», de Teofilacto Gorsky; 5.ª Teología polémica en «Institutiones polemicae, de Schubert. 6.ª Homilética en «Institutiones homileticae», de Heller y 7.ª Derecho Canónico».

Jugó un papel importante en esta reforma la Sociedad Bíblica de San Petersburgo, la cual se parecía mucho, como era lógico, a su homónima londinense. Como fundación de Galitzin que era, esta Sociedad bíblica coincidía con los protestantes en cuanto a sus métodos y criterios que debían adoptarse en la enseñanza de las Santas Escrituras.

Contra semejantes tendencias reaccionó enérgicamente un hombre duro y autoritario, el Conde de Protasov, Procurador General del Santo Sínodo.

Desterró de los Seminarios y de las Academias los manuales de Teología procopoviana o luteranoide, propagó el famoso libro de Javorsky (La roca de la fe), reeditó las históricas «Confesiones de fe», de Pedro Mogila y de Dositeo y consagró todas sus energías, que no eran pocas, a salvar del peligro luterano y racionalista a la religión nacional. En 1840 creaba la Cátedra de Patrología.

El 30 de mayo de 1869 Alejandro II promulgaba una ley en cuya virtud se introducía una nueva Reforma.

Eran éstas las asignaturas obligatorias para todos los alumnos: Sagrada Escritura; Teología fundamental; Metafísica; Pedagogía; un idioma clásico y otro moderno

La sección especial o eclesiástico-teórica comprendía: la Dogmática; la Moral; la Patrística; la Teología polémica; el Hebreo; la Arqueología bíblica; la Lógica y la Psicología.

La sección teológico-histórica abarcaba las siguientes asignaturas: Historia bíblica; Historia General de la Iglesia; Historia de la Iglesia rusa; Historia del Rascol; Historia Universal e Historia de Rusia.

A la sección teológico-práctica pertenecían la Teología pastoral, la T. Homilética; la Arqueología Sacra; la Liturgia; el Derecho Canónico; la Lógica; la Psicología; la Filología eslava y la Historia de la Literatura rusa.

Durante algo más de 20 años estuvo vigente este plan. En 1874 el Arzobispo de Lituania, el prestigioso teólogo Macario Bulgakov, visitaba las cuatro grandes Academias del país. Sacó la impresión de que el personal académico no estaba satisfecho con la reforma de 1869. Habían sido muy serios los inconvenientes surgidos del reducido número de materias obligatorias para todos los alumnos.

El 19 de noviembre de 1881, el Santo Sínodo nombraba una comisión presidida por el Arzobispo Sergio, más tarde Metropolita de Moscú, e integrada por cuatro profesores numerarios pertenecientes a las cuatro grandes Academias de Kiev, Moscú, San Petersburgo y Kazán. El nuevo plan estaba listo en 1884. Examinado y corregido por el Metropolita de Moscú, Joanniky, y por los Arzobispos Leoncio, de Varsovia, y Sabas, de Tver, era presentado a la firma del Zar Alejandro III el 20 de abril de 1884. A las Academias, en las que intervendrían más directamente las autoridades diocesanas, acudirían los alumnos de los seminarios y de los liceos; se aumentaría el número de asignaturas obligatorias para todos y se disminuiría el de cursos libres. Pertenecían a las primeras las siguientes materias: Propedéutica a la Teología; Escritura Santa; Historia bíblica; Teología dogmática; T. Moral; Homilética; T. pastoral; Derecho Canónico; Historia Eclesiástica (General, oriental y rusa); Patrística; Arqueología sagrada; Liturgia; Lógica; Psicología; Metafísica e Historia de la Filosofía. Además, había una sección histórica en la que se estudiaban las Confesiones Occidentales, el Rascol, la Historia Universal y la rusa, y otra Práctica con Retórica; Historia de la Literatura; lengua rusa; antiguo eslavo; Paleografía; hebreo y Arqueología bíblica.

Esta reforma—bien se ve—no superaba en nada a la de 1814. En el fondo eran idénticas. Se comprende muy bien que el Episcopado, deseoso de mantener el viejo espíritu de la ortodoxia en las nuevas generaciones de teólogos eslavos, hiciera los posibles y los imposibles para conservar la última reforma. Aún llevó más lejos su celo ortodoxo, porque aspiraba a conseguir estas dos cosas: reservar a los seminaristas el acceso a las Academias Eclesiásticas y alejar de ellas a los alumnos de los Colegios laicos. A juicio de la alta Jerarquía las Academias no eran otra cosa que unos *Centros especiales* en los que se formaría el Clero escogido y culto, es decir, el destinado a gobernar la Iglesia en el futuro.

En cambio, no pocos catedráticos veían en las Academias unos institutos de Estudios superiores, que tenían necesidad

para su pleno desarrollo de la libertad docente y de la cooperación de catedráticos laicos eminentes por su saber. De aquí nació el deseo de agregarlas a las Universidades civiles. Esta tendencia, exclusivamente científica, se dejó sentir bajo Alejandro I, se acentuó sobre todo en los comienzos de la actual centuria y acabó por imponerse en el seno mismo del Santo Sínodo. En noviembre de 1905 el alto Procurador, Obolensky, reunía a los delegados de las cuatro Academias eclesiásticas y al año siguiente aquel organismo eclesiástico-estatal limitaba la intervención de los Obispos en aquellos centros teológicos, otorgó nuevas y más amplias atribuciones al Consejo Académico y dio facilidades para que los profesores laicos pudieran llegar, al menos por algún tiempo, hasta el rectorado de las Academias. En 1917 el plan de Estudios superiores de Teología era exactamente el mismo de 1884. Como éste, multiplicaba las ciencias auxiliares en perjuicio de la enseñanza profunda de la Teología dogmática, ciencia específica de las Academias que nos ocupan.

He aquí la distribución de materias para el año escolar de 1916-17 en la Academia Eclesiástica de San Petersburgo:

AÑOS	ASIGNATURAS	HORAS SEMANALES
1.º	Teología fundamental	5
	Historia antigua de la Iglesia	5
	Escritura Santa (A. Testamento).	5
	Historia de la Filosofía; Pedagogía	5
	Filosofía sistemática, Lógica	4
	Griego	2
	Lenguas Modernas	
	MATERIAS LIBRES	
	Historia rusa, Historia bíblica, Lengua rusa, Antiguo eslavo; Paleografía; Historia y análisis de las Confesiones occidentales a partir de 1054	5

Años	Asignaturas	Horas semanales
2.º	Historia de la Iglesia rusa	5
	Patrología	5
	Sagrada Escritura (A. Testamento)	5
	Historia y refutación del Rascol	5
	Psicología	5
	Lengua Griega	2
	Materias libres	
	Historia de la Iglesia griega; Eslavo antiguo y ruso moderno; Historia y refutación de las Confesiones occidentales	5

Años	Asignaturas	Horas semanales
3.º	Las Sectas rusas (Historia y refutación)	3
	Teología dogmática	5
	Teología Pastoral	4
	Patrología	4
	Escritura Santa (Nuevo Testamento)	6
	Ascética	1
	Liturgia	5
	Materias libres	5

Años	Asignaturas	Horas semanales
4.º	Las Sectas rusas (Historia y refutación)	3
	Teología pastoral	4
	Escritura Santa (Nuevo Testamento)	5
	Derecho Canónico	5
	Teología Moral	5
	Ascética	1
	Arqueología Sagrada	5

CAPITULO XV

HACIA EL IMPERIO DE CATALINA II LA GRANDE

Antecedentes inmediatos

Catalina I.—Pedro II.—Teofán Procopovitch pierde influencia.—Ana Ivanovna y el Triunvirato alemán.— Rehabilitación de Teofán.—Las represalias de este dignatario intrigante, rencoroso e hipócrita.—La política con las religiones cristianas no ortodoxas.—Los "viejos creyentes" y los clistinos o disciplinantes.— Descontento entre el clero y el pueblo por la política antieclesiástica y antisocial de esta Zarina.—Isabel Petrovna (1741-62).—Cambio radical en la política (mayores consideraciones al clero).—Mantenimiento de las reformas y de la legislación de Pedro el Grande.—La suerte de los católicos, de los protestantes y de los cismáticos rusos.—Las misiones entre los paganos de Siberia y del Asia Central.—Consideraciones histórico-filosóficas acerca del antievangélico e ineficaz método misional.—El movimiento eclesiástico de renovación intrínseca.—Penetración del espíritu liberal en la Teología rusa.—Los estudios canónicos y la nueva edición de la Biblia.—Influjos de la cultura occidental en la sociedad rusa.—La alta cultura y el Arte.—Las tendencias y conatos secularizadores.

Desde el punto de vista civil —y también eclesiástico—el reinado de la segunda mujer de Pedro el Grande, Catalina I (1725-27), no fue más que una prolongación del de su egregio espòso. Era garantía de ello la persona de Mentchikov, favorito y hombre de confianza de una y de otro. También conservó su influencia nefasta el verbo científico de las reformas eclesiásticas: Teofán Procopovitch.

Mucho cambiaron las cosas al tomar las riendas del poder Pedro II (1727-30). Era nieto de Pedro el Grande, porque había nacido del matrimonio que con Eudoxia Lopuchin contrajera

su hijo el desventurado Zarevitch, Alejo, muerto en circunstancias horrorosamente trágicas. Teofán Procopovitch perdía influencia en la Corte. La reconquistaban todos aquellos monjes y obispos que comulgaban en el ideario antiprotestante de Esteban Javorsky, rival del luteranoide consejero de Pedro el Grande y de Catalina I. En 1.728 se otorgaba ya el permiso estatal para que fuera impreso y difundido el famoso libro Javorskyano: «La Roca de la Fe». Teofán no se atrevió —al menos en territorio ruso— a impugnar una obra que de tan contundente manera rebatía todas sus teorías y ponía al descubierto su actuación anticanónica. Se encargó de realizarlo ¡en Alemania! un profesor de Leipzig, amigo suyo, Herr Hudde, quien redactó una «Carta apologética proluterana a un amigo de Moscú contra las calumnias de Esteban Javorsky». Por el momento, no surtió efecto alguno esta reación de Teofán. Pero las cosas iban a cambiar bien pronto. El Zar Pedro II fallecía en Moscú (Enero de 1.730).

Le sucedía Ana Iwanovna, Duquesa de Kurlandia. Había vivido, rodeada de protestantes germanos, en la Ciudad báltica de Mitau. En cuanto llegó a Moscú, se dio prisa a gobernar como *dueña* absoluta y autocrática de la Iglesia y del Estado. También dejaba mucho que desear su vida privada. Esclava de lo que se llamó *Bironada* o triunvirato político alemán, integrado por Ostermann, Biron y Münnich, la nueva Zarina se desligó de sus compromisos con la Nobleza, la llamada «Snat», enemiga de la autocracia y del absolutismo césaropapistas, y comenzó su actuación anticanónica.

Para los eclesiásticos y los fieles ortodoxos sinceros y amantes de su Iglesia constituyeron un escándalo la rehabilitación de Teofán Procopovitch y su nuevo y creciente influjo en los negocios eclesiásticos.

En los comienzos mismos de este reinado eran removidos de su empleo y alejados de S. Petersburgo tres miembros del Santo Sínodo, a quienes odiaba Procopovitch. Se adujeron como causas la adhesión de los mismos a Eudoxia Lopuchin y la defensa de su candidatura para el *trono*. Naturalmente, era retirada de la circulación la «Roca de la Fe», y se dió autorización para la venta de varios escritos antijavorskyanos entre los que figuraban el «Malleus in Petram Fidei». No se permitieron ya las polémicas contra Procopovitch ni las apologías de Javorsky. El infame Teofán daba un paso más en su redomada hipocresía. He aquí su diabólica argumentación: «¿Por qué me tacháis de luteranoide? Pues ¡qué! ¡Oh amigos de Javorsky y enemigos

míos! ¿No son protestantes los que manejan el timón en el Estado ruso? Siendo esto así, los que escriben contra mí y contra el Luteranismo atacan también a los hombres que gobiernan. Ello quiere decir que atentan contra la seguridad del Estado de una manera peligrosa. ¡Tengan ustedes, pues, mucho cuidado con lo que hacen, amigos de Javorsky y de sus doctrinas!». No dejó de impresionar a los obispos esta amenaza. No pocos temblaron, y algunos sufrieron la pérdida de la libertad. Teofán se había convertido en hábil agente policíaco que por doquier buscaba y encontraba a las víctimas de su ruda intolerancia y de su odio salvaje.

Por lo que hace a los fieles de otras confesiones religiosas establecidas en el país, Teofán se mostró menos intolerante. La condición de ortodoxo espúreo y de luteranoide genuino se lo exigía. Los católicos, que estaban muy diseminados, gozaron de libertad relativa, pero ¡oh inconsecuencias de la heterodoxia!, incompatibles, ciertamente, con el criterio doctrinal de Teofán, no se les permitió realizar propaganda entre los ortodoxos. Por entonces se hicieron famosas las polémicas entre el abate Jubé, jansenista que había llegado a Rusia con la Princesa Dolgoruky, convertida por él al Jansenismo en Holanda, y el Capellán de la Embajada española en S. Petersburgo, P. Ribera, dominico. El libro famoso de Javorsky fue el tema de aquellas vivas discusiones. Es así como se hicieron oír en la inmensidad rusa los católicos, que eran pocos y mal avenidos. Quizá por esto el Gobierno ruso regulaba en 1.743 la situación jurídica de las confesiones religiosas extranjeras. Eran sometidas al Colegio que para Estonia, Livonia y Finlandia había fundado Pedro el Grande, colegio inmediatamente sometido al Senado. No afectó grandemente la medida a los católicos y a los luteranos, porque unos y otros seguirían poco más o menos como antes. En realidad, eran los únicos fieles cristianos no ortodoxos de Rusia. Por entonces comenzaron a dar señales de vida en este país los *pietistas* (rama puritana del Luteranismo). Procedían de Halle. El libro de Arndt, verbo teológico de estos sectarios, era vertido al idioma eslavo litúrgico por un ucraniano, *Simeón Teodorsky*, hombre de indiscutible talento. Había estudiado en la mencionada ciudad alemana y, al fin, llegó a Obispo de Pleskau.

Bastante más duro se mostró el Gobierno de la Emperatriz Ana Ivanovna con los «Viejos Creyentes» o Rascolianos (cismáticos respecto de la Iglesia oficial). A sangre y fuego los arrojó de Vietka, colonia famosa de estos sectarios. También fueron amenazados los que después de haber abandonado aquel reducto,

se alojaron en las márgenes del río Byg. Pero los que a sí mismos se llamaron *Viejos Creyentes* no tardaron en reorganizarse y en cambiar de actitud frente al Gobierno. El motivo de este viraje, muy extraño, a la verdad, en quienes aborrecían con toda su alma a la Iglesia oficial y al Estado que la protegía, tiene explicación fácil. Hacía tiempo que ya había muerto Avakum, corifeo de la Secta, y no resultó cierta la base de sus aseveraciones escatológicas: el fin inminente y catastrófico del Mundo. Era preciso acomodarse para no perecer —pensaron ellos—. Y ni cortos ni perezosos, juraron fidelidad a la Zarina. No ocurrió ello sin protesta de un cierto número de compañeros que, dirigidos por el monje Felipe, constituyeron una Hermandad separada. De todos modos, el grueso de los llamados *Bespopovszy* (asacerdotales), que eran los más fanáticos, permaneció fiel al juramento prestado.

Por vez primera dieron mucho que hablar entonces unos sectarios muy exaltados que después tuvieron en Rusia una importancia asaz funesta. Se trata de los Clistinos o Disciplinantes. En su fundador, el aldeano Danilo Filipov, adoraban ellos al Dios Zebaotch aparecido en la Tierra, al Cristo mismo Reencarnado en algunos de sus más distinguidos jerarcas. Reconocían también a una buena serie de Madres de Dios. En los conventículos secretos, a los que daban el nombre de naves, celebraban una especie de cena. En ella, poseídos del Espíritu Santo, algunos de los hijos espirituales de Danilo profetizaban acerca de los humanos destinos y, sobre todo, acerca del porvenir de la Secta y de la ruina de la Iglesia Ortodoxa y del Estado que la amparaba. Con alguna frecuencia realizaban danzas frenéticas y cometían execrables actos lascivos. «Es muy probable —escribe el P. Amman— que hubiera entre ellos algunos Bogomilas que huían de Bulgaria para sustraerse a la adhesión a la Iglesia Latina en la que por influjo de los franciscanos habían ingresado definitivamente en la centuria anterior muchos de sus compañeros». Se sabe, además, que habían llegado a Rusia por entonces (mediados del siglo XVIII) otros moradores de las tierras balcánicas. La Iglesia rusa —y lo mismo puede afirmarse de sus teólogos— para la cual no existía diferencia entre los «*mendaces*» Rascolnianos y estos «*nuevos herejes*», exigió de las autoridades estatales un rigor extremado. Los nuevos sectarios eran furiosamente perseguidos. Muchos fueron ajusticiados. Ello demuestra que la Iglesia rusa había perdido influencia sobre buen número de fieles ortodoxos. Es verdad que había contribuído mucho a esta secesión lamenta-



Exterior de la Catedral de S. Isaac (Leningrado)



Interior de la Catedral de S. Isaac (Leningrado)

ble el sesgo victorioso que Avakum, antiniconiano furibundo y tenaz, había logrado comunicar a su actitud puritana; pero no deja de serlo también que la transformación canónica en cuya virtud la Iglesia oficial quedaba convertida en organismo estatal y sus ministros en funcionarios del Gobierno, creaba al nuevo estado de cosas muchos enemigos, todos aquellos ortodoxos que tenían ideas claras acerca de la sagrada libertad evangélica de la Esposa del Cordero y de los clérigos, sus ministros. A los adversarios del Santo Sínodo y de todo cuanto él significaba, que eran muchos, se unieron luego todos los descontentos que originó entre los popes y, sobre todo, entre los campesinos la política de la Emperatriz Ana Ivanovna. La esclavitud de la Gleba plenamente desarrollada e intensificada en los últimos decenios entre los pobres *muchiks,* siempre tan mal tratados, pudo inducirlos a buscar en otra parte el consuelo que no hallaban ya en la Iglesia estatal.

Por su parte, la propia Iglesia hubo de sufrir rudos golpes, asestados cabalmente por el Gobierno al que se hallaba sometida. Todo parecía indicar que el Estado opresor aunaba esfuerzos para combatir sin tregua ni piedad a la Iglesia esclavizada. Acabamos de ver que Teofán, instrumento y personificación a la vez del césaro-papismo zarista, contó siempre con la ayuda de altos funcionarios políticos para reducir al silencio, a la esclavitud y a la ¡*tortura*! a no pocos de sus adversarios episcopales. Las «hazañas» luteranoides de Teofán, que iban dirigidas primordialmente contra la Jerarquía, *columna vertebral* de la Iglesia, causaron en ésta heridas irreparables. Además de los obispos, primer blanco de persecución, fueron víctimas de la animosidad de Teofán y de sus valedores los beneméritos y prestigiosos monasterios. Un Ukase imperial ordenaba la más exacta observancia de la legislación antimonacal de Pedro el Grande, hasta entonces incumplida. Se establecía, ante todo, la confección de una estadística minuciosa que diese a conocer el número de establecimientos monacales y de religiosos que los habitaban en todo el Imperio. Debían ser alojados y sustituídos todos los monjes que no se ocuparan en los menesteres de Beneficencia que les había asignado el Gran Déspota. Bien se ve que se iba al aniquilamiento total de los Institutos religiosos. Pero el Gobierno no se detuvo aquí. Disponía también que se hiciese un censo del Clero secular. Se trataba de una medida previa encaminada a distribuir *más equitativamente* los beneficios eclesiásticos y en especial los curatos. No pocos sacerdotes eran separados de sus cargos por superfluos o indignos. Nadie era capaz

de comprender las verdaderas intenciones del Gobierno. ¡Tan disparatado y absurdo era su proceder! El descontento era general. Corroída por el virus racionalista del Occidente, rodeada de gentes incrédulas y asesorada por doctores extranjeros que sembraban doctrinas exóticas en la propia Academia de S. Petersburgo, la Corte rusa, los centros políticos extranjerizantes de la Nación y los más encumbrados personajes, volterianos y ateos, parecían constituir una gran mancha de aceite sobre el inmenso lago del pueblo ruso. No había posibilidad de adherencia entre la insignificante mancha que flotaba y la enorme superficie en que se extendía. Al fin, toda la administración del patrimonio eclesiástico, que había estado centralizada en un departamento sinodal, era sustraída al Sto. Sínodo y confiada al Senado. Las vacantes producidas en aquel alto organismo eclesiástico-estatal ya no se cubrían. Así querían los políticos rusos reducir a tres el número de sus miembros.

El descontento cundía también en la alta Nobleza. El país entero dio un suspiro de alivio cuando, el 17 de octubre de 1740, la Zarina Ana Ivanovna dejaba de existir. Había reinado durante un decenio. Tanto habían empeorado las cosas que era de temer un cambio radical.

Isabel Petrovna (1741-62)

Después de una Regencia asumida durante un año por Ana Leopoldovna, madre de Iván VI, niño de muy corta edad, tomaba las riendas del poder —porque el descontento era muy grande y las protestas generales— *Isabel Petrovna* (nov. de 1741). Para dar el golpe de Estado se apoyó en un Regimiento de la Guardia de S. Petersburgo.

El advenimiento de la hija al Trono que dejó el padre vino a demostrar de manera bien patente que habían sido muy profundas las huellas que en la vida rusa imprimiera el Fundador de San Petersburgo. Todos esperaban un nuevo esplendor en el Imperio. Por de pronto, desaparecían los favoritos alemanes Ostermann, Biron y Munnich; pero la hija no poseía la energía del padre. Era una mujer irresoluta y débil, pero piadosa. Quizá por esto conquistó el afecto popular. Dio a la Iglesia nacional la libertad que le negara Ana Ivanovna.

Para ganarse la adhesión de la Clerecía no necesitaba dar a la política cambió de rumbo. Le había señalado rutas Ana Leopoldovna, la cual había sacado de la cárcel a muchos obispos. Pero la Zarina Isabel, *destello* de Pedro el Grande, no podía deshacer la obra del egregio autor de sus días. El Santo Sínodo, pues, era

para ella algo intangible. La Iglesia tendría que resignarse y aceptar las reformas que le impuso el Gran Autócrata.

De todos modos, podían estar tranquilos los altos jerarcas y los clérigos porque el Estado ni abusaría de su propia fuerza ni pisotearía los sagrados derechos de la Religión.

Por de pronto, se cubrían las vacantes que existían en el Santo Sínodo. Para el puesto de Sumo Procurador del mismo— cargo que había abolido Ana Ivanovna y que Ana Leopoldovna había confiado a un hombre inepto, al ¡Comisario de Abastecimientos!, Kretchenikov,— era elegido un funcionario digno e inteligente, el Príncipe Jacob Petrovitch Tchachovsky. Hombre muy respetuoso para el orden de cosas ya establecido, el nuevo alto Procurador consagró sus desvelos a cumplir con rigurosa exactitud las órdenes de la Superioridad y las leyes existentes. Así es que no cabía pensar en la reforma del Santo Sínodo, cosa que habían pedido con urgencia dos obispos procedentes de Ucrania: el Metropolita de Novgorod, Ambrosio Juskevitch, y el Arzobispo de Rostow, Arsenio Matsejevitch. Querían convertir aquel organismo eclesiástico estatal en un verdadero concilio episcopal. Lo presidiría un alto dignatario eclesiástico, quien, a tenor de las directrices que habían señalado los grandes Patriarcas de Oriente, no estaría en modo alguno sometido a la indigna vigilancia y al anticanónico control de una persona laica. Tschachovsky se opuso tenazmente a todo cambio en la estructura constitucional del Santo Sínodo. La Zarina aprobaba la actitud del nuevo Procurador y, por ende, era rechazada la propuesta del Episcopado, en cuyo nombre habían actuado los Metropolitas arriba indicados. Nuevamente era regulada la administración de los bienes eclesiásticos. Excepción hecha de algunos, que fueron reservados al Obispado de Moscú, de creación reciente, la administración del patrimonio patriarcal pertenecería en pleno derecho al Sto. Sínodo, el cual se serviría para este menester de la llamada «*Contaduría*» de Moscovia. En 1.744 recobraba también el Sto. Sínodo la administración de todo el patrimonio eclesiástico que para su entrega al Senado le había sustraído la Emperatriz Ana Ivanovna. El Alto Procurador no tuvo objeción que hacer a este restablecimiento de leyes y de prácticas ya existentes. También dio su asentimiento ¿cómo no? a los esfuerzos que para restablecer la disciplina eclesiástica venía realizando ¡*el Senado*!

Los cristianos de Occidente no tardaron en notar los efectos de la nueva política. El Sto. Sínodo comenzó a poner obstáculos a la propaganda del *pietismo* entre los rusos. «*El verdadero*

Cristianismo» de Arndt quedaba prohibido. También sufrían alguna molestia los católicos de Rito latino. Y cuando reingresaba en la Ortodoxia la jansenista Dolgoruky (1745) hubo una gran fiesta a la que asistió personalmente la Emperatriz.

El Santo Sínodo no se ocupó gran cosa durante este reinado de los pequeños cismas dentro de la Iglesia; pero hubo de conocer en el nuevo y largo proceso contra los Clistinos. Los Rascolnikys del Vig continuaron en su jurada lealtad al Gobierno. Por lo tanto no era necesario que Arsenio Matsejevitch diese a la estampa (1745) el escrito antirrascoliano de Lopatinsky, a la verdad confuso e inoperante. De todos modos, no dejaron de obrar como sectarios intransigentes y fanáticos. Bien hubieron de experimentarlo sus antiguos compañeros, los que pudiéramos llamar no conformistas, los seguidores del monje Felipe, contra los cuales solicitaron la ayuda del Estado. Y la obtuvieron. Contra aquellos eremitas de la colonia famosa del Vig enviaba tropas la Zarina. La campaña fue dura y larga, de 1.743 a 1.747; pero antes que someterse al «Anticristo estatal», aquellas gentes fanáticas, en las que ardía el celo por las viejas prácticas litúrgicas, prefirieron morir *abrasadas en las llamas, a las que se arrojaron voluntariamente*.

En esta época dio pruebas la Iglesia eslava de un gran celo misional. Más que en ninguna otra se preocupó de la conversión de los infieles. Bien lo demostró en tierras de la propia Rusia europea, sobre todo en las de Kazán, Viatka y Astrakán. Por entonces se hicieron cristianos —exteriormente al menos— los Tcheremises, los Tchuvases y una parte considerable de los moradores de Votiaka. En la Rusia asiática, y sobre todo en la Siberia occidental, había trabajado con fruto —en los tiempos de Pedro el Grande ya— el Obispo de Tobolsk, Filoteo Lestchinky. Algo más tarde, le imitó en la Siberia oriental Inocencio Kiltchisky, que fue consagrado Obispo para gobernar la comunidad cristiana de rusos deportados a Pekín. Al no haber podido incorporarse a este destino, bien difícil y evangélico por cierto, recibía en 1.727 el nombramiento de prelado para la Eparquía autónoma de Yrkutsk, recientemente establecida. Aquel varón de virtudes fallecía en 1.731. La Iglesia eslava lo canonizaba en 1.805. En los últimos años de su reinado la Zarina Isabel pretendió fomentar las conversiones de siberianos ofreciéndoles ventajas de índole económica. Esto demuestra la íntima y conjunta colaboración de la Iglesia y del Estado ¡*aun en el campo misional*! Para bochorno de una y de otro el historiador imparcial tiene que consignar, con el dolor consiguiente,

que se ejercieron presiones externas, incompatibles, en verdad, con la evangélica y excelsa dignidad de las tareas misionales, esencialmente respetuosas para la libertad de la persona humana. En este orden de cosas toda la política estatal —y eclesiástica también, dada la fusión de potestades —fue las más de las veces dura y violenta. Por lo mismo fueron muy raquíticos los resultados. Sobre la Iglesia rusa gravitaba la responsabilidad de cristianizar al Asia Central y aun a todo el lejano Oriente. Las cadenas que la uncían al carro de un Estado autocrático y absolutista que intervenía hasta en la sagrada función de los misioneros, le impidieron cumplir aquel santo cometido. La Estatificación de la Iglesia cuyos ministros consagraron su vida a vegetar a la sombra del presupuesto nacional, mató los estímulos y las ansias misionales. No surgían vocaciones de misionero. La Iglesia rusa desconoce el martirio sufrido por divulgar entre los paganos la fe cristiana. Los trabajos apostólicos de la Clerecía rusa se realizan dentro de las fronteras del país. Veamos:

Pasada la decadencia inherente al reinado de Ana Ivanovna —decadencia que duró diez años—, se iniciaba en Rusia un movimiento vigoroso de renovación intrínseca. De nuevo se editaba el consabido libro de Javorsky. Mucho se distinguió en la reproducida campaña contra el fatídico Teofán el puritano Arsenio Matsejevitch de Rostov. Fue él quien redactó un libro titulado «Objeciones a la Sátira luterana que se llamó martillo contra la Piedra de la Fe». Se trataba, pues, de una defensa de las teorías de Javorsky, autor, como sabemos, de la «Piedra de la Fe», y de una impugnación de la obra luteranoide que la impugnaba: el martillo... El celoso y batallador Prelado de Rostov se movía dentro de un campo espiritual enteramente desconocido en el mundo protestante. Por desgracia, no pudo evitar que las ideas liberales de Teofán penetrasen de modo profundo en las escuelas teológicas. Ya en 1737 Cirilo Florensky había comenzado a enseñar en la Academia de Moscú las doctrinas mismas de aquel famoso teólogo de Pedro el Grande. En el espíritu de que estuvo poseído este consejero canónico se inspiró el mencionado Florensky al redactar su texto de «Teología positiva y polémica enseñada en Moscú». Asimismo, el terreno que en Kiev perdía el criterio de Javorsky lo ganaban las tendencias luteranoides de Teofán. Por primera vez se escuchaban en la Academia Kievense lecciones de Teología calcadas en los nuevos métodos positivos. Más que el espíritu protestante empezaban a imperar en la capital de Ucrania los nuevos métodos de ense-

ñanza que, tanto en Polonia como en la Europa Central y Occidental, combatían al Escolasticismo y, sobre todo, a la pedagogía jesuítica. En muy poco tiempo pasaba Rusia desde los métodos más retrógrados de enseñanza teológica —la Dogmática litúrgica— a los más avanzados de la Teología positiva. La fatalidad hizo que esta nueva forma de la Teología rusa tuviera un contenido protestante.

Existen otros indicios de que Rusia deseaba acomodar su vida intelectual a los tiempos nuevos. Los rusos conocían la obra del inglés Beveridge acerca de los *Cánones Griegos*. Y guardan estrecha relación con el amplio conocimiento de éstos la circunstancia de que el Santo Sínodo ordenase una edición corregida y aumentada de aquélla otra que del clásico *Kormtchaja Kniga* (Libro del timonel) hiciera el Patriarca Nicón, y el hecho de que se diese cabida en ella—cosa que no había ocurrido hasta entonces—al texto completo de todos los cánones bizantinos.

Pero la obra más saliente del Santo Sínodo, patrocinada, claro está, por la Zarina Isabel, fue la nueva edición de la Santa Biblia. Era, en verdad, la primera revisión correctamente hecha de la famosa *Biblia de Ostrog*. Para realizarla se tuvo a la vista el original griego.

Con ello se daba a la Iglesia eslava un texto oficial, del que todavía se sirve. Las líneas fundamentales de esta versión nada tienen que ver con los trabajos bíblicos de los Protestantes, a quienes se rechazó en esta parte del modo más absoluto. No hubo, pues, en Rusia influjo alguno del «Libre examen y de la inspiración individual».

No es posible desconocer que en los tiempos de la Zarina Isabel penetró en amplios sectores de la sociedad rusa el influjo de la Cultura occidental. Además de la Corte imperial con sus hombres doctos —extranjeros en su mayoría— aceptaban los puntos de vista occidentales bastantes nobles, (léase Boyardos), y muchos ciudadanos, los que pertenecían, claro es, a la esfera intelectual. El primer historiador moderno de Rusia, Tatystchev, había provocado gran revuelo y fuerte oposición con sus teorías acerca del Derecho Natural, pero también lo apoyaban las *asociaciones masónicas* integradas por muchos vecinos burgueses de las grandes ciudades. La Instrucción Pública iba progresando. A la Academia de Ciencias de San Petersburgo, fundada en 1725, y a la Universidad de esta misma Ciudad (1747) se sumaba un Gimnasio académico. En 1755 el Conde Iván Schuvalov, favorito de la Zarina, creaba en Moscú, donde ya funcionaba la Academia Eclesiástica, una Universidad civil

con tres Facultades (Filosofía, Derecho y Medicina) y dos Gimnasios preparatorios, uno para nobles, y otro para jóvenes de otras clases sociales. El último no dejaba de tener extraordinaria importancia. También en Kazán se inauguraba (1758) un Gimnasio similar. Al propio tiempo venían a la vida Escuelas de Bellas Artes, con lo que adquiría derecho de ciudadanía en el Imperio ruso el arte occidental. En cambio, nadie pensaba todavía en crear escuelas populares.

La vida eclesiástica progresó bastante en este reinado, pese al número considerable de obispos mediocres, incultos y nada celosos, en este orden de cosas al menos. Se mantuvo —sobre todo en los primeros años del mismo— la tendencia hacia el césaropapismo petrino, tendencia que fomentaron las altas esferas gubernamentales, los Nobles y, lo que es peor, el propio Metropolita de Rostov, Arsenio Matsejevitch. Pero justo es reconocer que con el tiempo la Iglesia fue apartándose de las esferas políticas y de los círculos occidentalistas contagiados de liberalismo. En realidad, ténia que ser así porque no recibía más que desprecios. Por esto mismo perdía prestigio el portavoz del absolutismo petrino: El ya nombrado Arsenio Matsejevitch. Llegó a hacerse odioso e insoportable a las gentes de Iglesia.

La tendencia secularizadora y los apremios económicos de un Estado que sostenía guerra en Silesia, fueron los motivos de que esta Zarina procediese a regular de nuevo el Monacato y todo el patrimonio eclesiástico. Suministraron un bonito pretexto las reclamaciones tumultuosas de los colonos de las grandes fincas monacales. Otra vez se mandaba elaborar un inventario de los conventos y un censo de los religiosos que los habitaban. Y de nuevo pasaba a manos laicas la administración del patrimonio eclesiástico. La muerte de Isabel (6-1-1762) impedía llevar a la práctica estas medidas secularizadoras.

Capítulo XVI

CATALINA II LA GRANDE

El Absolutismo iluminista y el empeño en difundir las nuevas ideas que llegaban de Francia, rasgos característicos del gobierno de esta Zarina.

I

Los problemas heredados de los antecesores inmediatos.— Las soluciones.— 1° La administración del Patrimonio eclesiástico por un Colegio Económico Estatal.— El infortunio del Obispo de Rostow Arsenio Matsejevitch, que se permitió la !!OSADIA¡¡ de protestar.— 2° Vicisitudes de la política aplicada a los «Viejos Creyentes». La dura represión de los mismos.—El memorial Zarista de "La unidad en la Fe" y actitud de los rascolianos o cismáticos a este respecto.— La aparición de los Escopzes, partidarios de la Amputación Sexual por motivos de castidad, y de otros sectarios.— La tolerancia con protestantes y católicos.— El reglamento anticanónico para la Comunidad Católica.

II

La preocupación por las enseñanzas eclesiásticas.— El teólogo Platón Levtchin, Metropolita de Moscú, personalidad relevante en la Iglesia eslava.— Sus excelsas dotes oratorias, motivo de su exaltación.— Sus méritos como teólogo.— Su famoso Catecismo.— El espíritu luteranoide que predomina en sus obras.

III

Negación a la Iglesia de toda participación en la vida pública y sobre todo en la Enseñanza oficial.— La Iglesia, órgano

administrativo no más, de un sector de la vida nacional.—Los merecimientos literarios de San Tychón de Sadonsk, asceta, teólogo y predicador excelso.—La Masonería y el Ateísmo en Rusia.—El racionalismo de la Emperatriz Catalina II.

Es un hecho histórico innegable el extraordinario progreso de Rusia durante el gobierno de Catalina II la Grande. Lo que bajo la influencia de las ideas luteranas había iniciado Pedro I el Grande, llegaba a su desarrollo pleno en el reinado de esta mujer incomparable. La cultura occidental penetraba en el país sin obstáculo alguno y prendía con facilidad suma, ante todo en los intelectuales, y luego en la clase social de los burgueses acomodados. A diferencia de lo que ocurriera en tiempos de Pedro I el Grande, ahora las ideas occidentales que llegaban de Francia, eran bien recibidas hasta por aquellos rusos genuinos que más se habían opuesto a la europeización petrina. Entre ellos se instalaban como en casa propia. Y no era tan sólo que los nobles menos encopetados —los más altos y los intelectuales vibraban de entusiasmo— y los burgueses ricos de la Rusia occidental simpatizasen espontáneamente con las nuevas corrientes del pensamiento europeo; era, además, que desde las altas esferas de la política llegaban a todos, grandes y pequeños, el ejemplo y el estímulo. La excelsa Zarina, que se hallaba imbuida plenamente de aquellas ideas, hizo cuanto pudo para difundirlas por medio de la legislación misma. Son, cabalmente, el «Absolutismo iluminista» y el «empeño gubernamental» en difundirlo los rasgos característicos de Catalina la Grande. No quiere esto decir que esta Zarina lograse éxito total en sus planes; pero es muy cierto que realizó esfuerzos considerables —por sí misma y por sus ministros— para llevar el racionalismo que profesaba a todos los sectores de la vida nacional. Se da en este reinado una separación bien marcada entre la política y la cultura, de una parte, y el orden canónico, de otra, aunque es cosa perfectamente lógica que los criterios iluministas del Poder público no dejaran de influir en los negocios de la Iglesia. Nos referimos con esto a los territorios netamente rusos, ya que no puede decirse otro tanto de las provincias polacas incorporadas al Imperio. En ellas estaban «consubstancializadas» por así decirlo, la Religión y la política.

I.

El relativo al Patrimonio eclesiástico era uno de los problemas más graves y apremiantes. Vimos ya en el capítulo an-

terior cómo en las postrimerías de su gobierno la Zarina Isabel pretendió —sin que lograra ver realizados sus intentos— arrebatar a la Iglesia la administración de sus bienes y entregarla al Senado. A su inmediato sucesor, el desventurado Pedro III, le faltó tiempo—no reinó más que seis meses—para llevar a cabo en este orden de cosas nada decisivo, mas no para molestar del modo más arbitrario a la Iglesia. En abril de 1672 creaba un «Colegio Económico», que sometido al Senado, administraría todos los bienes de la Iglesia. Por añadidura disponía —cosa bien innecesaria por cierto— que los hijos de los popes quedaran obligados, como los demás ciudadanos, a cumplir el servicio militar, que los clérigos vistieran a la usanza de los pastores luteranos, se afeitasen la barba y se cortaran los cabellos, y que en los templos no hubiese más iconos que los del Salvador y de su Madre Santísima. No es extraño por lo tanto que al ocupar el Trono de todas las Rusias, Catalina II fuera acogida con extraordinario júbilo y esperanzas halagüeñas por la Clerecía eslava. En la Troitz-Sergieskaja Laura, cerca de Moscú —el establecimiento monacal más prestigioso de Rusia— era llevada triunfalmente por los alumnos del Seminario, guiados por su rector Platón Levtchin. El acontecimiento recordaba la entrada triunfante de Cristo en Jerusalén, poco antes de su muerte en la Cruz. ¡Cuán grande iba a ser el desencanto de la Iglesia!

A los pocos meses de haber ceñido la corona, la nueva Emperatriz valiéndose del Arzobispo de Nowgorod Demetrio Sjetchenov, ponía manos en el espinoso negocio del Patrimonio eclesiástico. Lo primero que hizo fue llevar a la práctica las disposiciones de Isabel Petrovna relativas al «inventario» de bienes pertenecientes a templos y monasterios y al «censo» de popes y monjes. No hubo más que un solo obispo que se negara a cumplimentar las órdenes de la Emperatriz: el de Rostov, Arsenio Matsejevitch. Catalina lo entregaba a un tribunal episcopal, y el Prelado desobediente era ¡depuesto y encarcelado! (1763). Y para evitar tentativas de evasión, nada probables ciertamente, o quizá para asfixiar cualquier brote de protesta basada en el nombre del prisionero, se ordenaba su traslado (1767) a la Fortaleza de Reval. Se quería que fuera enteramente olvidado el nombre del obispo de Rostov. La Zarina se salió con la suya pues nadie volvió a ocuparse de él. Arsenio Matsejevitch se llamaría en adelante Andrés Vral (el Chismoso). Completamente ignorado, en efecto, moría en Reval (1794) aquel infortunado jerarca ruso. Ante procedimientos tan expeditivos no es de extrañar que los demás obispos cerraran sus labios y no tuvieran

valor para salir a la defensa de un compañero digno e injustamente vejado. Las cosas no podían estar más claras. Los obispos rusos se prestaban al juego que estaba realizando la Soberana porque estaban ya indisolublemente vinculados al Estado. En un discurso que posteriormente pronunciara Catalina ante ellos lo expresó con toda claridad: «Pertenecéis, ¡oh Prelados!—decía ella— a la administración estatal y estáis tan sujetos a la voluntad del monarca ¡*como a las prescripciones evangélicas*!.

¡No cabe ya mayor absolutismo! Los obispos callaron En los meses de mayo y junio de 1763 quedaba definitivamente resuelta la cuestión de los bienes eclesiásticos. Se hizo un nuevo inventario de los mismos en eparquías y monasterios, y se entregaba su administración al «Colegio Económico Estatal».

Era otro de los problemas serios que Catalina se encontró planteado al tomar posesión del mando imperial, la incorporación de los *rascolianos* a la comunidad eclesiástica-estatal del pueblo ruso. La secta había realizado tantos progresos y había dado tales pruebas de exuberante vitalidad que no era posible desconocer su existencia. Enciclopedista de corazón y enemiga por ende de todo *fanatismo y de toda hipocresía*; la gran Emperatriz aborrecía los métodos políticos de persecución por motivos religiosos. Por esto mismo, en diciembre de 1762, autorizaba a esos disidentes para que sin miedo alguno a presiones y obstáculos practicasen con libertad plena los cultos a que venían entregándose. Con esta generosa medida esperaba la Zarina que los Rascolnikys sacerdotales establecidos en Starodub —más próximos a la Ortodoxia oficial y menos fanáticos que los Asacerdotales— quedarían satisfechos y se reintegrarían al Estado del cual huían. Para mejor disponerlos a favor de éste, el Gobierno había abolido la «Contaduría del Rascol», organismo especialmente aborrecido por aquellos fanáticos adoradores de los viejos usos litúrgicos. Por desgracia, no se cumplieron las esperanzas de Catalina II. Dos años más tarde, se veía precisada a emplear la violencia por motivos religiosos, cosa que ella aborrecía con toda su alma. La colonia famosa de «Starodub» era arrasada, y sus 20.000 rascolianos eran deportados a la Siberia. En un memorial alusivo que por orden de la Zarina redactaron y difundieron los obispos aparece con toda claridad el objetivo de aquella dura campaña. Se tendía a la «Einovjerje» o «Unidad en la Fe». Era ésta —se afirmaba en este documento— el único medio de superar la oposición rascoliana. La Iglesia —argumentaban los prelados— debe hacer con los «Viejos Creyentes» lo mismo que realizara Nicón con Neronov, enemigo mortal de sus

reformas litúrgicas: otorgar la legitimidad a los antiguos usos rituales y darse por muy satisfecha con la «Unidad de la Fe» o Concordia dogmática. En justa reciprocidad los «Rascolnikys» quedarían obligados, tácitamente al menos, a obedecer a los obispos de la Iglesia estatal, a recibir como buenas las innovaciones introducidas por el Patriarca Nicón y a proclamar por doquier la Concordia en la Fe entre ellos y los ortodoxos oficiales. Mas no fue posible llegar a esta unión tan deseable y provechosa para todos. Las circunstancias, sin embargo, vinieron en ayuda de Catalina II. Importada de Moldavia, hizo su aparición en Moscú (1771) una epidemia terrible. No siendo capaz de atajar el mal con sus propios medios —asaz mezquinos por entonces en la atrasada Moscovia— el Gobierno tomó la decisión de autorizar y fomentar la iniciativa privada. De ello se aprovecharon los «Viejos Creyentes» establecidos en la capital. Los primeros en actuar fueron los Asacerdotales, que no eran muchos, en verdad.

Bajo la dirección de su jefe Kovylin fundaron un hospital para los atacados por la peste y abrieron un camposanto que recibió el nombre de Cementerio Preobratchensky. Junto a éste levantaron una capilla y dos «albergues», uno para jóvenes, y otro para ancianos. Siguieron este magnífico ejemplo, con el llamado Cementerio de Rogotchsky e idénticos establecimientos anejos, los Rascolnikys sacerdotales procedentes de Vietka, colonia arrasada por Ana Ivanovna. Estos disidentes, sobre todo, que tenían por jefe a Nikita Pavlov, estaban encantados en Moscú. Entre los innumerables popes sin ocupación determinada que vagaban por la capital de Moscovia los había que estaban dispuestos a prestar sus servicios donde quiera que fuese, aun entre cismáticos rascolianos. Y eso que no podían ignorar que serían estrechamente vigilados y que encontrarían obstáculos en el ejercicio de su ministerio. Por de pronto, les sería posible administrar todos los Sacramentos, incluído claro es, el Matrimonio; pero no podrían celebrar la Santa Misa por la sencilla razón de que en Moscú no había «antimensiones» (especie de aras sacras) consagrados por un obispo reconocido por los «Viejos Creyentes». Estos no poseían más que uno y se encontraba en la reconstruída colonia de Vietka. Las partículas consagradas tenían que ser traídas desde allí a Moscú y luego reexpedidas en cada caso a los sacerdotes residentes en los más remotos lugares. De ordinario, se encargaban los dirigentes laicos de la Comunidad rascoliana de custodiar las Formas o Partículas y de transportarlas. Se comprende, pues, que los sacer-

dotes al servicio del Rascol suspirasen ardientemente por un obispo propio o raskoliano. Era también una dificultad de volumen considerable la no existencia de Crisma consagrado por un obispo legítimo.

No cabía pensar en que una persona laica, por muy alto que fuese el lugar que ocupara en la Comunidad rascoliana, llevara a cabo la tan necesaria consagración porque ello aumentaría las complicaciones y daría motivos para otros pequeños cismas. Una Iglesia con sacerdotes, pero sin obispos, era un absurdo de intolerables consecuencias No es extraño por lo tanto que ganase terreno otra vez aquella solución de la «Unidad en la Fe». En un memorial dirigido al Gobernador civil de Moscú los «viejos creyentes» o raskolnikys pedían, a «cambio de la sumisión al Estado», el reconocimiento de sus libros y usos litúrgicos y, además, un obispo propio que fuese independiente de la Jerarquía Oficial y estuviese sometido de manera inmediata al Santo Sínodo. El Metropolita de Moscú, Platón Levtchin, se mantuvo en cuanto a la propuesta rascoliana de paz en una actitud de reserva tan sospechosa que equivalía a una negativa rotunda.

Como antes, los fanáticos clistinos continuaban viviendo en la más absoluta clandestinidad. Y así no daban mucho que hacer a las autoridades eclesiásticas y civiles. Pero surgió una modalidad nueva de fanatismo salvaje y tuvieron que actuar con energía. Se trataba de los llamados Escopzes, partidarios de la amputación sexual como medio único de conservar la castidad que el Evangelio recomienda a los que desean ser perfectos. Fue creador de esta secta antinatural y bárbara el aldeano Selivanov, que se hacía pasar a veces por el ¡Hijo de Dios! y otras por el Zar Pedro III. Con razón fue deportado a Siberia este loco de atar. Lo raro es que tuviera discípulos «¡en plena Edad Moderna!».

Algo más racionales fueron los molocanos (bebedores de leche) y los duchoborzes o partidarios de un Naturalismo místico muy radical. Por lo general, eran gentes tranquilas que no participaron en la vida pública ni dieron pruebas de un tan rabioso fanatismo como los sectarios anteriormente citados.

La Iglesia eslava tenía demasiadas cosas que hacer con estos cismas surgidos en su propio seno para ocuparse de fieles cristianos no ortodoxos residentes en el país. Pedro III había autorizado de manera bien expresa a católicos, a luteranos y a reformados para que edificasen iglesias y cementerios en los suburbios de Moscú. Cuando Catalina II quiso llevar hacia su patria a colonos de la Europa central y occidental, les garantizó sin-

ceramente la libertad de cultos. Tan sólo prohibió que hicieran propaganda. Y ello entre ortodoxos, no entre mahometanos. En 1765 el Prefecto Apostólico de San Petersburgo, de acuerdo, claro es, con el gobierno ruso, pudo solicitar de Roma el envío de dos sacerdotes para la colonia extranjera del Volga. Y todo hubiera marchado admirablemente si los católicos mismos no hubieran dado a una Emperatriz, ávida de dominio, motivos sobrados para intervenir en asuntos de su Iglesia. Resultaba que en la Comunidad Católica de San Petersburgo andaban todos a la greña, los fieles y los párrocos, y que tampoco reinaba armonía entre los feligreses mismos, porque perteneciendo a cuatro naciones distintas, se creían preteridos en asuntos de precedencia.

Ello dio ocasión a repetidas apelaciones a la Congregación de la Propaganda Fide, y aun a las mismas autoridades rusas eclesiásticas y civiles. Cansada de tanta disensión, la Emperatriz hacía del preexistente Colegio de Livonia un tribunal de apelación para los católicos y le daba el encargo de elaborar un Reglamento para la Comunidad Católica. Con ello quedaba abierto el camino fatal que debía conducir necesariamente a una sumisión larga, dura y opresiva de la Iglesia Católica en Rusia al Estado autocrático de sus Zares. El Reglamento veía la luz pública en 1768. Estaba calcado en el régimen parroquial vigente en la Ortodoxia eslava y daba a los laicos —como era lógico dentro del modelo elegido— una influencia decisiva en la elección de rectores para las parroquias y en la administración de los bienes de éstas. El Estado vigilaría la actuación de laicos y de párrocos. Después de haber realizado la designación, la parroquia daría cuenta de todo «¡a la autoridad competente!» (la Curia romana). La Emperatriz imponía ¡la obligación! de acatar las disposiciones contenidas en este Reglamento. Para protestar contra él era ya, por desgracia, demasiado tarde.

II

Esta Emperatriz, por muchos títulos ilustre, contribuyó poderosamente al desarrollo de la instrucción en el país. La cultura eclesiástica, sobre todo, fue objeto predilecto de sus preocupaciones y desvelos. Hacía muy pocos años que había subido al poder cuando la Zarina ordenaba a hombres de su confianza que redactaran un proyecto de reforma para los centros docentes de índole eclesiástica. En el proyecto elaborado se mantenía el latín como idioma-vehículo de la enseñanza, se inculcaba la necesidad de dar extensión considerable a los problemas sociales de actualidad y se relegaba la Teología al lugar que ocu-

pan las Ciencias universitarias. Semejantes directrices no cristalizaron en nada real. No se pasó del proyecto.

Entre los teólogos que colaboraron en este esbozo de reforma se distinguió mucho Platón Levtchin. Fue el pedagogo de Pablo, hijo de la Emperatriz. Hombre de mucho talento y de no menor prudencia, el maestro supo ganarse la confianza del egregio discípulo. Digamos algo de esta personalidad robusta de la Iglesia eslava. Pedro Evorovitch Danilov, que tomó el apellido de Levtchin al comenzar su vida docente en la Academia de Moscú y el de Platón al ingresar en Religión, había nacido en el pueblo de Tcharuinikov (Moscovia), de familia humilde y clerical, el 29-VI-1737. Hombre de gran talento y de no menor afición al trabajo, Levtchin progresó mucho en los estudios que realizó en el Seminario de Kolomna y en la Academia eslavo-greco-latina de Moscú. A los 20 años los había terminado. A poco era nombrado profesor de Literatura y de Lengua griegas. En 1758 vestía el hábito monacal en la Troitz-Sergieskaja Laura, en cuyo Seminario desempeñaba, ordenado ya de presbítero, el cargo de Prefecto de Estudios y Profesor de Filosofía. No tardando, era también segundo jefe o subprior de la famosa Laura de la Trinidad y de San Sergio. En 1763, cuando la Emperatriz Catalina II visitaba este célebre establecimiento monacal, Platón Levtchin pronunciaba un discurso de circunstancias, que tuvo la virtud de causar admiración y simpatías en la Soberana. En su virtud recibía el nombramiento de Preceptor del Zarevitch, del que luego fue desventurado Pablo I. Como era natural, se trasladaba a San Petersburgo, donde se dio a conocer como orador incomparable, el mejor acaso de la Rusia de todos los tiempos. En 29 de agosto de 1772 pronunciaba en la Capilla de la Fortaleza de Pedro y Pablo (El Escorial de los Zares) el panegírico de Pedro el Grande. Se festejaban las victorias de la flota rusa sobre la turca. Fue tanta la complacencia de Catalina II en este discurso que ordenaba su inmediata traducción al francés y el envío de un ejemplar a Voltaire. El Corifeo de la incredulidad respondía a esta atención haciendo un elogio lisonjero del orador ruso. Fue entonces cuando éste se puso a estudiar con todo ahinco el idioma francés, que habló pronto con aquella misma perfección con que dominaba el latín y el griego clásicos.

Dando de lado a los métodos de dura represión empleados con los Rascolnikys, Catalina II publicaba (1776) un Ukase de tolerancia. Con tan fausto motivo el Santo Sínodo dirigía a los cismáticos una Exhortación. La había redactado Platón Levt-

chin. A consecuencia del mérito contraído fue elegido Archimandrita de San Sergio y nombrado miembro del Santo Sínodo. No tardando y en presencia de la Emperatriz, el prestigioso archimandrita era consagrado obispo de Tver. Cinco años más tarde era Metropolita de Moscú, es decir, jefe supremo de la Iglesia eslava, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en noviembre de 1812. Como obispo, Platón Levtchin se distinguió mucho por su celo en mejorar intelectual, moral y materialmente a su Clero, en eliminar abusos y en enaltecer la dignidad del culto divino. Con las medidas más adecuadas para elevar el nivel cultural de profesores y alumnos comunicó nueva y exuberante vida a la Academia Eclesiástica de Moscú.

Su nombre va indisolublemente unido a lo que los rusos llamaron Edinovierje (Unidad en la Fe o Iglesia unida de los «Viejos Creyentes»). Se los admitía en la Iglesia oficial a condición de que ellos aceptasen la jurisdicción del Santo Sínodo. El Metropolita Platón redactaba los correspondientes Estatutos. No fue culpa suya que fracasara el intento pacificador y unionista. En 1781 se le asignaba un Vicario que administrase en su nombre la Archidiócesis de Moscú. A partir de entonces Platón Levtchin residía habitualmente en la Troitz-Sergieskaja Laura o, mejor dicho, en el cercano Eremitorio de Bethania. Pasó los doce últimos años de su vida atormentado por cruel enfermedad. El pensamiento perenne de la tumba lo hizo indiferente para las cosas del mundo. Y habiendo ordenado que le cavaran su propia sepultura se echaba en ella con frecuencia en actitud propia de un cadáver. Por fin, se extinguía su vida en el Eremitorio de Bethania, por él tan amado, donde recibió cristiana sepultura. En vida había dispuesto que su fortuna fuera distribuída entre los monasterios y la Academia de Moscú.

Los biógrafos rusos se hacen lenguas de la bondad y de la destreza, de la equidad y de la sencillez del prelado Levtchin, hondamente piadoso, además. «Pero junto a estas notables cualidades coexistían en él una irresistible tendencia a los honores y un deseo incoercible de sobresalir en todo. Soportaba mal la crítica y la contradicción. Era pronto para la cólera, aunque no guardaba rencor» (Jugie).

Ante todo, escribió sermones y discursos político-religiosos. Se le atribuyen unos 500 nada menos. Algunos fueron traducidos al griego, al alemán, al francés, al italiano, al inglés y al armenio. Los rusos llaman a su Platón Levtchin el *Crisóstomo* y el *Bourdaloue* del mundo eslavo. «Y, a la verdad, poseyó el ardoroso entusiasmo del primero y la tendencia moralista del segundo...

Abandonó pronto el estilo rebuscado y florido para expresarse con claridad y sencillez. Casi puede decirse de él que pertenece a la categoría de aquellos oradores que encantan más a los lectores que a los oyentes... El dogma está ausente de sus piezas oratorias». (El mismo).

Como teólogo, Platón Levtchin no escribió más que Catecismos más o menos extensos. Le dio mucha celebridad en el extranjero el que compuso para su egregio discípulo, el Zarevitch Pablo Petrovitch. Lo llamó «Compendio de teología cristiana con algunas oraciones y una disertación sobre Melquisedech». Comprende las tres partes siguientes: 1.ª Conocimiento natural de Dios, o Preámbulos de la Fe, en la terminología occidental. 2.ª Dogmática abreviada, y 3.ª Estudio de la Ley divina (Necesidad de las buenas obras; el Decálogo; oración en general y el Padre Nuestro). «Es sencilla y clara la exposición, y agradable la lectura. A veces resulta emocionante este buen libro... No tiene la aridez de los Catecismos corrientes... Prescinde del tan conocido y usado método de preguntas y respuestas; pero abusa de los títulos y subtítulos... El conjunto es armónico y concatenado lógicamente. Abundan los textos de Escritura bien traídos y explicados». (El mismo). Las obras teológicas de Platón Levtchin estaban inspiradas en el criterio luteranoide de Teofán Procopovitch. Como éste, también el célebre Metropolita de Moscú se muestra poderosamente influído por los protestantes alemanes. Se apoyó principalmente en el *último verbo teológico de los mismos*, en Juan Andrés Quensted (1617-88), y sobre todo en su obra *Teología didáctico-polémica*. A diferencia de Teofán, que escribió en latín sus obras teológicas aparecidas en Leipzig y en San Petersburgo, Platón Levtchin utilizó exclusivamente el dioma ruso. Gracias a este Metropolita, uno de los más cultos de Rusia, logró predominio absoluto entre los teólogos de este país, en los decenios inmediatos, la tendencia luteranoide de Teofán Procopovitch.

A Platón Levtchin cupo la gloria de haber escrito la primera Historia de la Iglesia rusa. No pasó del año 1770. Fue traducida al alemán, y sirvió de texto en todos los Colegios rusos. Es también autor de una «Vida de San Sergio de Radonesch», que tuvo muchas ediciones, y de una Autobiografía, compuesta en 1807. Con Gabriel, Metropolita de San Petersburgo, colaboró en la Colección titulada «Instrucciones para los domingos y fiestas de guardar para ser leídas en los templos».

III

Conviene no olvidar —ya que se trata de aquilatar los merecimientos culturales de Catalina II— que en el Estado que ella regía los establecimientos de Instrucción netamente eclesiástica estaban totalmente desvinculados de los centros similares de la vida civil. La Universidad estatal negó repetidas veces a la Facultad de Teología toda colaboración en la vida intelectual del país. Quedaba reducida al rango de escuela especial «eclesiástica para los candidatos» al sacerdocio, porque para el Estado en cuanto tal no existían las Ciencias que se ocupan de la Divinidad. Le bastaba con un Deísmo desvaído y enteco. Bien claro apareció todo esto en los estatutos escolares que, calcados sobre modelo austríaco, publicaba la Emperatriz en 1786. De las escuelas destinadas a los laicos quedaban excluídos por completo los clérigos y aspirantes a cargos eclesiásticos. La Iglesia —decían Catalina II y sus leguleyos— nada tiene que hacer ni recibir en asuntos pedagógico-estatales. ¡Cuánto habían cambiado los tiempos desde el P. José de Volokalamsk! ¡Cuán distintas eran ahora las relaciones entre la Iglesia y el Estado! Catalina II *había excluído totalmente de la vida pública a la Iglesia nacional*. Ello no significaba que esta Zarina se desentendiese por completo de los asuntos eclesiásticos, que negase la necesidad de una Iglesia nacional y que dejara de reconocer su existencia. Muy al contrario, ella disponía de los obispos como de otros tantos funcionarios públicos. Todos los clérigos y todos los jerarcas tendrían que obedecer a su Autocrática voluntad, única en la tierra para todos y para cada uno de los súbditos de su Imperio. Para la gran incrédula, para la enciclopedista que era Catalina II, la Iglesia eslava, de dispensadora de los divinos misterios, había pasado a ser *órgano administrativo* en cierto sector de la vida pública. No miraba las cosas desde lo alto partiendo de Dios, sino desde abajo, partiendo del hombre, por encima del cual, a una distancia infinita, se hallaba el Trono de un Ser Supremo, indiferente, frío e insensible a las humanas desdichas.

Vivía por entonces en Rusia un hombre enteramente distinto de sus conciudadanos, un asceta, un teólogo y un predicador de vida penitente y santa: Tichón de Sadonsk. Había nacido en un pueblecito cercano a Nowgorod (1724), y en el Seminario sacerdotal de esta antigua y famosa ciudad enseñaba Retórica en 1754. Cuatro años después, ingresaba en Religión. Grande debió ser la fama de sus virtudes monacales porque en 1761, cuando sólo llevaba tres años de vida religiosa, el Gobierno

lo nombraba auxiliar del Metropolita de Nowgorod y, dos años después, Obispo de Voronesch. A los cuatro años de haber tomado posesión de esta diócesis, renunciaba voluntariamente para dedicarse por entero a la vida ascética en el Monasterio de Sadonsk, donde murió (1783). Desde 1861 la Iglesia eslava lo venera como Santo. Se distinguió mucho por su celo incansable en la evangélica tarea de salvar almas, por su honda piedad y por la santidad de su vida. Dejando estos extremos para el capítulo destinado al Monacato en el período sinodal, nos ocuparemos aquí de sus merecimientos de índole literaria. Tychón de Sadonsk escribió numerosos libros y opúsculos. He aquí los principales: «Los siete Sacramentos», «El verdadero Cristianismo», «Tesoros espirituales», «Cartas conventuales» y «Educación cristiana». «Presenta al pueblo con sencillez y en forma muy inteligible y gráfica la verdad cristiana. Mucho contribuyeron a incrementar entre las gentes sencillas del pueblo eslavo y entre los incrédulos de las altas esferas políticas la consideración al estado sacerdotal» (Lexikon für Theologie und Kirche). La predicación dominical fue una de las grandes preocupaciones de este varón de virtudes. Y no trabajó poco en la fundación de escuelas tan necesarias en Rusia.

Pero en los tiempos de Catalina II, Tychon de Sadonsk no fue más que un fenómeno aislado. Ejercían por entonces—cosa nunca vista en la inmensa y atrasada Rusia— ejercían —decimos— influencia notable las ideas deísticas de la Masonería. Fue su principal representante y propagandista Novirov, que, además, era editor muy activo y fecundo. Aún fue más atrevido el ateo Radischev, quien en 1790 publicaba su libro «Viaje de San Petersburgo a Moscú». Hay que reconocer, de todos modos, que la Zarina, ante la amenaza de la Revolución francesa que acababa de estallar, se decidió a poner fin a estos desahogos criminales y blasfemos. Catalina II cerraba las logias masónicas, metía en la fortaleza de Schlüsselburg a Novikov, y, después de haberle conmutado la pena de muerte, desterró perpetuamente a la Siberia al ateo Radischev.

Pero Catalina II había completado el cambio que iniciara Pedro el Grande. La Gran Emperatriz había hecho su revolución. Había invertido la jerarquía de los valores, porque comenzó divinizando al hombre y terminó haciendo de las relaciones de éste con Dios un mero negocio de reparto en la administración de un Estado ateo regido por una Soberana incrédula.



Procesión solemne (alto clero ruso)

Bendición de las aguas del Newa

CAPITULO XVII

PABLO I

Las condiciones físicas y morales de este Zar.—Las contradicciones de su carácter voluble y terco a la vez.—Su extremado absolutismo.—Su autoproclamación de Jefe Supremo de la Iglesia.

LA IGLESIA ORTODOXA Y PABLO I

La concesión de cruces y condecoraciones a los Obispos.—El Arzobispo de Nowgorod, Ambrosio, consejero del Zar en asuntos canónicos.—Las reformas en la enseñanza teológica.—La política pacifista de Pablo I en el magno problema de los cismáticos rascolianos.—La actitud del Metropolita Platón Levtchin, poco inclinado al acuerdo de la "Unidad en la Fe".—El arte pictórico de Iconos y la fidelidad a la Tradición preniconiana.

PABLO I (1796-1802)

Enfermo de nacimiento y lleno de contradicciones de índole psicológica, Pablo I Petrovitch era un hombre incoherente en el pensar e impulsivo en el obrar. Nadie que estuviera en sus cabales, era capaz de prever lo que pasaría por su cabeza al día siguiente y lo que en consecuencia ordenaría su absoluta voluntad de dominio. Además, había heredado de su padre Pedro III una predilección funesta por las prácticas cuarteleras del más extremado prusianismo, prácticas que imponía y seguía con una minuciosidad insoportable, y que aplicaba a la gobernación del Estado. Uníase a este despotismo la convicción plena de que el monarca de un país *tiene derecho ilimitado a la Soberanía total y exclusiva en el mismo*. Por otra parte, Pablo I era un hombre muy terco. Creía estar en posesión de la verdad. Aunque hondamente religioso, era tan autócrata y absolutista como su egregia madre Catalina II.

Mucho resaltaron los rasgos característicos de Pablo I Petrovitch cuando se puso en contacto con la Iglesia de su país. A la gran volteriana que era su madre, no se le ocurrió jamás lo que en el día mismo de su coronación en Moscú realizara el hijo: *declarar que el Emperador de Rusia era también Jefe Supremo de su Iglesia*. No se atrevió a tanto Pedro I el Grande, uno de los déspotas más grandes de la Historia. El absolutismo de Pablo I tenía bastante más alcance que el del Fundador del Santo Sínodo, institución tiránica y opresora. ¡Como que, a partir de Pablo I, todos los Zares ostentaron ese título altanero, anticanónico y césaro-papista!

* * *

Fue estrambótica innovación del Zar Pablo I el otorgamiento de títulos caballerescos y de recompensas honoríficas de naturaleza estatal a los grandes jerarcas de la Iglesia. Se trataba de cosa inaudita en territorio ruso. Tampoco era tan necesaria como en la Europa Central y Occidental. Los obispos eslavos no la apetecían. ¡Como que el Metropolita de Moscú, Platón Levtchin, antiguo preceptor del Zar, formuló una protesta contra la ¡ridícula pequeñez! Pero la novedad tenía su importancia, absolutista, claro está. Pablo I pretendía ligar más estrechamente aún con el Estado a unos obispos que de suyo eran ya excesivamente dóciles, sumisos y manejables. La ambición y la vanidad —se decía este Emperador —encontrarán un estímulo nuevo para la obediencia absoluta, cadavérica. Los hechos vinieron a demostrar que el Zar había calculado bien. No pocos obispos, en efecto, sufrieron a causa del favor imperial una mayor desviación respecto a sus tareas específicas. Por otra parte, las condecoraciones y cruces no pegaban muy bien que digamos con las hopalandas episcopales. En el pueblo fiel no causaron impresión grata.

Parecía natural que para el Zar Pablo I fuera su hombre de confianza, su teólogo y su consejero en materias de orden canónico, el que un día fuera su preceptor, Platón Levtchin. ¡Como que para el Zarevitch Pablo había escrito el sabio jerarca ruso —el más culto quizá entre todos los obispos eslavos— el valioso Catecismo que tanta fama le diera en su patria y fuera de ella! No ocurrió así, sin embargo. Por haber hablado al Zar en su imperial residencia de Gatchina, no lejos de San Petersburgo, con el lenguaje que exigían su condición de antiguo pedagogo y su dignidad de Obispo, Platón Levtchin recibió la orden tajante de reintegrarse a la Archidiócesis de Moscú. Lo que per-

día el Metropolita Platón lo ganaba el Arzobispo de Nowgorod y de San Petersburgo, Ambrosio. Este alto dignatario logró mantenerse en el favor del vacilante, caprichoso y voluble Pablo I. Tanto fue así que en 1799 conseguía desplazar al Sumo Procurador del Santo Sínodo, al Príncipe Basilio Chovansky. Por algún tiempo —no mucho, claro está— sufría un eclipse el elevado cargo de Jefe efectivo del Santo Sínodo y de la Iglesia rusa por ende. El arzobispo Ambrosio se quedaba de primer miembro de aquel célebre organismo y como tal tenía acceso libre a la Cámara imperial.

Tiempo hacía que el Emperador venía ocupándose de las escuelas eclesiásticas. En 1797 elevaba a la categoría de Academias (Facultades de Teologia) a los seminarios de San Petersburgo y de Kazán. Al año siguiente, reorganizaba todos los centros de Enseñanza en la Iglesia Nacional. La cosa no tuvo importancia, porque Alejandro I, su inmediato sucesor, legisló nuevamente en este orden de cosas.

Bastante más notables fueron las actividades anticismáticas del Zar Pablo I. Se propuso resolver el magno problema que a la Iglesia estatal habían planteado con su rabioso fanatismo los «Viejos Creyentes». En 1799 y valiéndose del Procurador general del Senado en San Petersburgo, Príncipe Lopuchin, los Rascolnikys sacerdotales dirigían al Zar un memorial importante. En él le pedían, ante todo, lo que con tanta urgencia necesitaban: un obispo. Querían, además, que, a cambio de su obediencia al Zar y a la jurisdicción del Santo Sínodo, se les reconociera como agrupación independiente o Comunidad religiosa autónoma con prerogativas y franquicias idénticas a las que poseia la Iglesia oficial. Al parecer el Zar estaba dispuesto a complacerles. Por eso pidió al tantas veces citado Metropolita de Moscú, Platón Levtchin, que redactara el oportuno decreto unionista. Por lo visto, Pablo I confiaba en que el Jefe Supremo de la Iglesia eslava le secundaria en sus deseos pacifistas, porque en 1798 había dado permiso a ciertos cismáticos sacerdotales, a los que por admitir el Sacerdocio estaban más próximos a la Ortodoxia estatal, para edificar una iglesia y tener sacerdotes propios.

Mas Platón Levtchin, quien había redactado sus «Puntos de acuerdo en la misma Fe», puso obstáculos de consideración y, desde luego, se negó a otorgarles la *excesiva concesión de un obispo cismático*. La razón era contundente. Bien que sometido al Santo Sínodo y al Zar —únicas autoridades que lo reconocerían— no pertenecería semejante prelado a la jerarquia greco-

ortodoxa y eslava y, por ende, no tendría la sucesión apostólica, elemento esencial para toda legitimidad espiritual. Para el Metropolita Platón, portavoz, como era lógico, de todo el episcopado eslavo, la tendencia que el Zar patrocinaba no era, ni más ni menos, que un sencillo puente tendido a los cismáticos, para facilitarles el ingreso en la Iglesia oficial. Y esto —pensaban los jerarcas eclesiásticos de Rusia— era demasiado. Apoyado en los célebres «Puntos» unionistas de Platón, Pablo I autorizaba también (octubre de 1800) a los cismáticos «sacerdotales» de Moscú la erección de un templo de su tendencia hostil a la Iglesia estatal. Acaso fue la intervención de Levtchin, del que los disidentes desconfiaban, cabalmente por ser jefe de la «maldita y herética» Iglesia estatal, la que hizo que no progresaran los bien intencionados propósitos de la «Unión en la Fe». .

Pero el Zar no perdía las esperanzas de atraerse a los demás «Viejos Creyentes», es decir, a los cismáticos que no habían intervenido —porque no la deseaban— en la negociación unionista. En la Corte imperial se conocían los íconos de Palech, entre los cuales figuraba uno que representaba un aspecto de la Colonia de ciertos asacerdotales establecidos en los alrededores de Moscú. Hablando en general, los pintores —máxime si propendían al Rascol— supieron mantener viva la tradición preniconiana y no descendieron al nivel de la pintura provinciana y pueblerina. Pese a las prohibiciones del Gobierno y a las vejaciones consiguientes de la Policía, habían acertado ellos a conservar durante siglos los modelos y la técnica pictórica. La Corte imperial —justo es reconocerlo— apreció en mucho este servicio de fidelidad a la tradición de la Patria. Cuando en 1804 María Pavlovna, hija de Pablo I, contraía matrimonio con el Gran Duque Carlos Federico de Sajonia-Weimar, llevó consigo a su nueva patria (Alemania) algunos de aquellos íconos. El Gran Poeta Goethe tuvo ocasión de contemplarlos. Aunque en otra forma, no ha dejado de existir hasta nuestros días la escuela pictórica de Palech.

Capitulo XVIII

ALEJANDRO I (1801-1825)

RUSIA EN COMUNICACION INTELECTUAL CON EL OCCIDENTE

I

Semblanza de este Zar

Su educación política, moral y religiosa.—Sus contactos con la Señora von Krüdener, mística luterana de Livonia.—Aproximación de Alejandro I a Roma.

II

El Príncipe Alejandro Nicolajevitch Galitzin.— Sus tendencias filosófico-religiosas.—La Sociedad *Bíblica rusa.—El proyecto alejandrino de la* Santa Alianza *europea.—Efectos de la política religiosa de Alejandro I y de Galitzin.*

III

La Iglesia bajo el Zar Alejandro I

La constante pérdida de influencia política y social.—Nueva regulación de la vida docente en la Iglesia.—La incorporación de Georgia a la Iglesia estatal.—Alejandro I y las otras Confesiones cristianas no ortodoxas.— La vigorosa resistencia contra la nueva herejía (sincretismo religioso del Zar y de su Ministro de Cultos).—La Philokalia *(Dobrotoliubie, en ruso) o Colección de trozos místicos de contenido hesiquiasta. El higumeno Paisio Velitchkowsky.—El Starezado.—La propaganda antialejandrina del Starez Teofán.—Idem del fogoso archimandrita Focio Spassky.—Victoria de la reacción.*

«Alejandro I había heredado de su padre ciertos rasgos característicos. Pese a la inconstancia, verdaderamente paulina, en sus criterios y en sus resoluciones, los cambios de Alejandro no eran tan repentinos e incoherentes como los del autor de sus días. Aun pudo notarse en él una continuidad laudable. Se relacionaba con el esfuerzo continuado de cimentar el Estado ruso sirviéndose de las experiencias de la Revolución francesa. No pretendió, ni muchísimo menos, iniciar una época nueva, porque Alejandro I no quería dejar de ser un soberano netamente ruso. De todos modos, no era enemigo mortal de toda innovación, ni un reaccionario cerrado a todo progreso. Cabe decir otro tanto de su política eclesiástica. La religiosidad personal de este Zar ejerció un influjo considerable en los destinos de la Iglesia eslava y de otras religiones con adeptos en Rusia». (P. Ammann).

Alejandro I sucedía a Pablo I, infortunado autor de sus días.

El hijo era menos piadoso que el padre. Catalina II había puesto empeño en educar al nieto en las ideas volterianas que ella profesaba. Naturalmente, la abuela racionalista no necesitaba de la Iglesia para la formación espiritual y moral de su nieto. Alejandro I, de todos modos, místico por temperamento, llegó a leer indistintamente a Jacob Böhme, a Fenelón, a Madame Guyon, a San Agustín y a Swedenborg. También conoció a Eckarthausen y a Yung-Stilling. Aunque no compartiese las ideas teosóficas del zapatero de Görlitz († 1772), racionalista fantástico y padre de dos obras de tendencias teosóficas (Arcana coelestia» y «Vera christiana Religio»), sin embargo, tenía que ser necesariamente confuso el sistema teológico-místico de Alejandro I.

Resulta extraño que no conociese a los grandes pensadores del mundo oriental ni a los ascetas y místicos del cristianismo primitivo y de la Edad Media. La masa caótica de ideas y de sentimientos que penetró en el ánimo indefenso del joven príncipe, engendró en él una tendencia a desestimar a la Iglesia ortodoxa y a dar vida a un sincretismo religioso, a un cristianismo general supraconfesional.

Las campañas napoleónicas produjeron un cambio notable en la psicología de este Zar. La evacuación de Moscú y la derrota plena del invasor en el Beresina engendraron en el Emperador ruso una creencia profunda: la de que la Providencia Divina favorecía de modo especial a la Santa Rusia, que abandonada al solo esfuerzo de sus hijos, habría perecido indefectiblemen-

te. Fue entonces cuando intervenía con éxito una dama linajuda de Livonia: La señora Von Krüdener.

Valeriana Krüdener era hija del Conde Vittinhof, gobernador de Riga. Aseguran que fascinaba a todos por su extraordinaria belleza y su agudo talento. A los quince años se casaba con el diplomático Barón de Krüdener. Era una mujer mundana en el buen sentido de la palabra, mas eran muy puras sus costumbres y muy honda su piedad. Son éstos los rasgos esenciales de su carácter singular: máxima exaltación mística y refinada vanidad mujeril.

Viuda a los 37 años, la señora de Krüdener se dedicó a viajar por toda Europa. En París, y bajo el título de Valeria, publicaba una novela que era, en realidad, una autobiografía. El Zar Alejandro la conoció en Heilbron (Wurttemberg) el año de 1813, cuando, a raíz de la batalla de Leipzig, se dirigía al Congreso de Viena. Aseguran que ella lo empujó hacia la Santa Alianza. La vidente siguió al Emperador de las Rusias sobre el que ejerció una poderosa influencia. Pero en 1815 el Zar se mantuvo a cierta distancia respecto de la profetisa, que realizó un viaje «apostólico» a través de la Europa Central y Occidental. La propaganda eficaz de esta mística exaltada, a la que seguían multitudes de pordioseros y de curiosos, llegó a preocupar a los gobiernos europeos. Tanto fue así que la Vidente era arrojada de Baden, de los cantones suizos y de Colmar. La baronesa regresaba a Rusia, suelo nativo de la ascesis y de la mística. Pero tampoco aquí hacía falta. El Gobierno de San Petersburgo la desterraba a Crimea donde murió el 25 de diciembre de 1824. No hay posibilidad de reducir a sistema las predicaciones de la profetisa de Riga. Ella hacía muchas limosnas y enseñaba a rezar. Pregonaba por doquier sus visiones extáticas y lanzaba maldición y anatema contra sus perseguidores.

La exégesis mística de los éxitos militares doblemente mantenida por las palabras semiproféticas, por las oraciones extáticas y por las severas penitencias de esa luterana famosa, empujó al «místico Coronado» hacia la tarea «apostólica» de recorrer Europa entera para desterrar de ella «al enemigo de la Humanidad y de la Religión». Se dedicaba de lleno a la lectura de la Biblia, ocupación que le había recomendado un amigo de toda la juventud: el príncipe Galitzin, al que nombró sumo Procurador del Santo Sínodo (1806).

En los últimos años de su vida, se agudizaban en Alejandro las tendencias y prácticas del más exagerado misticismo. Insatisfecho del formulismo mecanicista y del ritualismo frío y

farisaico de la momificada Iglesia eslava, entraba en negociaciones con Roma de la que él esperaba la anhelada quietud del alma. «Por una conversión secreta al catolicismo creyó encontrar la paz interna que buscaba su espíritu ansioso de liberarse de aquel espectro cruento que venía persiguiéndole desde la muerte de su padre. Tampoco halló aquí la apetecida tranquilidad» (Schiemann)

* * *

Alejandro Nicolajevitch Galitzin, Procurador General del Santo Sínodo (1803-1817).

Hombre incrédulo, quien precisamente por serlo hacía muy poco honor al nombre ilustre de la familia que dio a Rusia los mejores de los pocos católicos que ha tenido, Galitzin era amigo personal del Emperador Alejandro I. Esta amistad, que duró toda la vida del Zar, valió a Galitzin el nombramiento de Procurador General del Santo Sínodo. Esta exaltación inmerecida, por autocrática y parcial, tuvo la virtud de excitar en el príncipe agraciado una fe religiosa que por lo visto estaba dormida, porque consta que leía asiduamente los Libros Santos. El apego de este Zar a la lectura de la Biblia se debía cabalmente a las insinuaciones del príncipe de Galitzin. Por desgracia, este hombre, inteligente y bueno en el fondo, que bien dirigido quizá hubiera dado lustre glorioso a la religión y a la patria, no acertó a encontrar el verdadero camino de una piedad bien encauzada. Ni el Emperador ni el amigo tuvieron junto a sí monjes y Obispos que los orientasen. Por otra parte, entre los clérigos que el príncipe trató no hubo ninguno que se distinguiera por su vida espiritual. A la vez le eran desconocidas por completo las nuevas escuelas místicas del floreciente monacato, principalmente moldavo. No es de extrañar por lo tanto que Galitzin propendiese a un cristianismo incoloro, sincrético universal. Fue por esto por lo que la Sociedad Bíblica inglesa, al intentar el establecimiento en Rusia de una sucursal, halló en el procurador general del S. Sínodo la más entusiasta aprobación. Y en 1813 comenzó a funcionar en la Iglesia eslava, no una sucursal de Londres, sino una verdadera Sociedad bíblica rusa, entidad autónoma y vigorosa, que el propio Galitzin dirigía. El Consejo Supremo de la misma, en el que figuraban ortodoxos, católicos, luteranos, calvinistas, hermanos bohemios y anglicanos, tomaba la resolución de editar la Biblia ¡sin notas ni comentarios! en los diversos idiomas que se utilizan en la inmensa Rusia. La decisión

era diametralmente opuesta al criterio imperante en las Iglesias católica y ortodoxa. Y era un absurdo nunca visto en Rusia la sola situación en pie de igualdad, dentro de un mismo organismo, de las ¡heréticas Iglesias del Oeste europeo! y de los Obispos de la Iglesia eslava. Para éstos rebasaba los límites de la irreverencia para entrar en los de la profanación sacrílega el hecho, inaudito en el mundo religioso oriental, de que ¡hasta un católico romano! pudiese tomar parte con los ortodoxos en un negocio específicamente canónico, cual era la traducción de la Biblia al idioma vernáculo. Por lo demás, el fundamento teológico de que la palabra bíblica por sí sola, sin la concomitante explicación de la Iglesia, era lo verdaderamente decisivo y lo único necesario, fue siempre combatido por ortodoxos y por católicos. Era verdad que las Biblias eslavas nunca tuvieron notas ni aclaraciones exegéticas como las católicas; pero no lo era menos que, tanto la Iglesia griega como su hermana, la católico-romana, reconocían por igual la necesidad imprescindible de una exégesis oral que interprete la Palabra escrita.

La situación empeoró mucho con el plan alejandrino de la Santa Alianza. Según el más piadoso de los Emperadores rusos, grandemente influenciado por la señora Von Krüdener, mística fervorosa del luteranismo, a la cual ya conocemos, los pueblos todos de Europa, vinculados estrechamente por idéntica fe religiosa—base única de las relaciones internacionales—deberían unirse para combatir la Revolución, los errores todos de la política antireligiosa y la inmoralidad creciente. En el mundo occidental nadie tomó en serio un proyecto tan descabellado y estrambótico. Así tenía que ocurrir porque el plan de Alejandro I se basaba en el absurdo concepto antropocéntrico de las religiones. Para los gobernantes de San Petersburgo éstas eran fundamentalmente iguales. Mas el piadoso autócrata ruso, a quien mucho lastimó el menosprecio de los occidentales, no se desanimó y tomó la resolución de implantar su sistema en su país. En ello le ayudó, claro está, su amigo del alma, el príncipe de Galitzin. En octubre de 1817 se creaba, como ampliación del Ministerio de Educación Nacional, la Oficina de Cultos, cargo que, después de abandonar el de procurador general del Santo Sínodo, ocupaba Galitzin. Ello quería decir que el íntimo y viejo amigo del Zar iba a desempeñar con mayor holgura y mayor plenitud jurisdiccional la misma función canónica-estatal que venía realizando desde hacía once años. Porque del Subministerio de Cultos dependían todos los asuntos de la Iglesia, y,

por ende, el Santo Sínodo también. A esa extraña Oficina pertenecían, asimismo, todos los negocios de la administración general de Cultos «extraños» (católico y protestante). ¡Era natural!, porque ¿no eran iguales, en el fondo, todas las religiones? Las consecuencias que para la causa de la Iglesia en Rusia tuvieron el ideario teológico y la consiguiente política de Alejandro I y del procurador general del Santo Sínodo, Galitzin, no pudieron ser más funestas. Perdieron mucho la firmeza de la ortodoxia y la seguridad de las otras creencias cristianas. Gracias al caótico igualitarismo que Alejandro y Galitzin aplicaban a la estimación de los diversos criterios teológicos surgieron en un pueblo hondamente cristiano la indiferencia y el escepticismo. La absurda doctrina alejandrino-galitziana de que todas las religiones son ¡hermanas!, produjo efectos peores que el abierto liberalismo que en otros países aplicaban gobiernos que ni presumían de cristianos ni pensaban en alianzas, más o menos Santas, para extender el bien y contener la creciente ola de inmoralidad.

Pero, como no podía menos de ocurrir, en los últimos años de gobierno del Zar Alejandro I y de su ministro de Cultos Galitzin, se dejó sentir en toda Rusia un gran movimiento de protesta viril y fanática contra la estúpida y árida indiferencia del sincretismo religioso alejandrino-galitziano. Los altos dignatarios de la Iglesia, los monjes y muchisimos fieles se alzaron abiertamente contra la nueva herejia que amenazaba con arrancar de raíz la fe ortodoxa tan querida por todos. Ante la formidable oposición el Zar piadoso tuvo miedo y plegó velas. El ministerio de Cultos, que habia durado siete años, era disuelto, y Galitzin, su titular, hombre joven aún, se retiraba a la vida privada. Los Obispos que habian recibido de él órdenes directas y únicas, sonreían de satisfacción. No habia motivo para tanto, porque la Iglesia continuaria siendo gobernada por un político militante, por una persona laica. Para no salir de este brutal despotismo no valia la pena haber derribado a Galitzin.

III

De institución que abarcaba toda la vida pública, la Iglesia ortodoxa se convirtió bajo el reinado del Zar Alejandro I en un mero sector de la vida social. Su influencia en la política disminuía y cada vez tenía menos prestigio entre las masas populares. Y lo que se dice de los popes o clérigos seculares, siempre menospreciados en Rusia a causa de su incultura, de su raquitismo espiritual y de su rancio porte exterior, cabe afirmarlo

también de los religiosos de no pocos monasterios. Es cierto que merecieron universal estima algunos prelados por sus conocimientos científicos y por su celo laudable en cumplir sus deberes apostólicos—puede servir de ejemplo en uno y en otro aspectos el Arzobispo de Novgorod y S. Petersburgo, Ambrosio, y el famoso Filareto Drozdov—; pero también lo es que, por lo general, vivían o en la capital del Imperio o en Moscú. Aun así, no pudieron restituir a su Iglesia la decisiva influencia social y política que en otros tiempos no muy lejanos poseyó. Alejandro I lo sabía. Y porque pensaba en un nuevo florecer de su amada Ortodoxia eslava—él jamás aceptó el sistema racionalista de excluirla totalmente de la vida pública— hizo considerables esfuerzos que, por desgracia, resultaron vanos, para interesar a los párrocos rurales en la creación de escuelas eclesiásticas para aldeanos. La Iglesia no adoptó actitud de ninguna especie con respecto a estas ansias reformistas del Zar Alejandro I. Los Obispos se prestaron de modo espontáneo a participar en la famosa Sociedad bíblica y se resignaron cuando se les pidió subordinación al Ministro de Cultos Galitzin.

Fue de la más alta importancia para la Iglesia la nueva regulación de las escuelas para eclesiásticos, dictada por este Zar (1814). Junto al sistema escolar para laicos comenzaron a funcionar, independientemente de aquél, bastantes centros pedagógicos para clérigos, mejor, para gentes de Iglesia. A la larga resultó fatal esta separación porque vino a consagrar en forma definitiva el arrinconamiento de la Iglesia ortodoxa. Ya no intervendría ella en la vida cultural de sus fieles. El sistema escolar eclesiástico comenzaba en los centros docentes parroquiales, seguía por los seminarios episcopales y terminaba en las cuatro Academias (Facultades de Teología) de Kiev, Moscú, San Petersburgo y Kazán. Advertimos que los centros docentes de la Iglesia eslava no admitían tan sólo a los candidatos al sacerdocio y a los cargos específicamente clericales; estaban también destinados a recibir a cuantos de alguna manera pertenecieran a la vida eclesiástica (hijos de popes, sacristanes, lectores, sirvientes del templo y cuantos integraban la llamada clase social de gentes de Iglesia). De aquí se sigue que un seminario ruso no era necesariamente una escuela de preparación para el sacerdocio. En él podían recibir los alumnos una regular dosis de cultura general y hasta de conocimientos médicos. No pocos rusos salieron del seminario eparquial para dirigir una escuela pública o para desempeñar un modesto empleo civil. Las Academias, en cambio, eran unos institutos culturales que podían

codearse con las Universidades laicas. En ellas podían actuar también profesores del estado laico. Además de la consiguiente formación intelectual, basada, como era lógico, en el estudio profundo de las Santas Escrituras, los escolares y los que asistían como oyentes recibían una educación moral acomodada a los cánones de la Etica más estricta. Alejandro I ensayaba sus planes de estudios en la Academia de San Petersburgo. Como, a juicio del Gobierno y de los altos Jerarcas de la Iglesia, no pudieron ser más satisfactorios los primeros resultados, era natural que se desparramaran por las otras tres Academias de Kiev, de Moscú y de Kazán los nuevos profesores salidos de la que con nuevo sistema funcionaba en la capital del país. Por este procedimiento la Iglesia eslava logró tener en su jerarquía Obispos cultos, que en los decenios sucesivos comunicaron impulsos y carácter a la Teología rusa. El Emperador Alejandro I—no cabía dudarlo—había logrado lo que en vano pretendieron el fundador de San Petersburgo y su consejero canónico Teofán Procopovitch. Sobresalió mucho entre aquellos prelados Filareto Drozdov, del que hemos de ocuparnos más tarde con el detenimiento que merece esta figura notable del saber eclesiástico en la Rusia del siglo XIX.

En los primeros veinte años de esta centuria lograba la Iglesia rusa un éxito externo de considerable importancia: la incorporación del Catolicato de Georgia. Al rey Heraclio II, que en 1783 había colocado su persona y su reino bajo la protección del Imperio ruso, sucedía en 1788 Jorge XII, hijo suyo. Las negociaciones que con toda rapidez iniciara el Zar Pablo I desembocaron en la unión del país georgiano con la Rusia zarista. El Imperio se obligaba a respetar la autonomía interna del territorio incorporado. Aunque por muerte prematura el rey georgiano no pudo firmar el oportuno Tratado, Rusia le dio plena validez, lo promulgó y lo puso en ejecución. Alejandro I—casi sobra consignarlo—recibió con satisfacción los extremos del pacto y aplicó a la Iglesia los propósitos anexionistas. Facilitaba la solución en este orden de cosas el hecho de que el Katholikos o jefe de la Iglesia georgiana fuera ya miembro del Santo Sínodo desde 1783. Pero en 1810 Rusia daba un paso más hacia la plena absorción. El Katholikos Antonio II era llamado a San Petersburgo. Al año siguiente presentaba la renuncia de su cargo. Por espacio de los 16 años que le quedaron de vida el desventurado primer jerarca de la Iglesia de Georgia estuvo vagando por diversas ciudades de Rusia septentrional. Por lo demás, el Estado ruso había procedido ya a la reorganización

canónica de Georgia. En 1814 sufría todo una gran transforción. Se creaba para el Cáucaso un Exarcado y al propio tiempo funcionaría en Tiflis una oficina central que despacharía todos los asuntos y consumaría la rusificación total. Pronto daba comienzo la gradual acomodación de libros y ritos georgianos al modelo ruso. Se encargaba de realizarla un ruso de origen y de cultura, Teofilacto, Exarca que impuso el Zar (1815-1820). El nuevo jefe eclesiástico de Georgia procedió con tanta dureza que los georgianos se vieron obligados a ofrecer resistencia denodada. Se asegura que el Exarca murió violentamente, víctima de los odios que había suscitado. Otro ruso llamado Jonás, que le sucedía en el Exarcado, tuvo bastante más suerte en la obra rusificadora. En premio a su labor era ascendido (1828) a la dignidad de Metropolita y cuatro años más tarde era llamado a San Petersburgo para tomar parte como miembro de número en las decisiones del Santo Sínodo. Con la asimilación litúrgica comenzaba para la Iglesia de Georgia la pérdida de la independencia jurídico-canónica, pues era, en realidad de verdad, el primer paso hacia la absorción completa por la Iglesia eslava. Conviene advertir que en semejante labor, brutal y absoluta, por demás, no hubo el menor asomo de oportunismo y de tolerancia. La Iglesia eslava y el Estado ruso perdieron la moderación más elemental. En este caso—como en tantos otros de la historia de Rusia—la energía del más fuerte creó el derecho para el más débil.

La Iglesia rusa en cuanto tal tuvo escasos contactos con las comunidades cristianas no ortodoxas. En los primeros años de esta centuria existía en San Petersburgo una marcada simpatía por el catolicismo. A pesar de ello, no había cesado, ni mucho menos, la estrecha y altanera vigilancia de los Obispos eslavos neciamente empeñados en molestar a los católicos de ambos ritos (latino y bizantino-eslavo). Se debe a una ingerencia abusiva de la Iglesia rusa un ucase del Senado (25-X-1807) en cuya virtud se prohibía a los uniatos el cambio de rito por aceptación del latino. Por el momento esta mentirosa protección a los uniatos—cosa que nadie pedía—no tuvo consecuencias desagradables, pero era un presagio de ulteriores vejaciones y de injustificados rozamientos.

Al terminar la privanza de Galitzin era tan grande la confusión ideológica en el orden religioso que no faltaron hombres ingenuos que aceptaron como la cosa más natural del mundo que bajo una sola cúpula se albergasen y actuasen varias comunidades religiosas de credos distintos. Al ser expulsados

de San Petersburgo los jesuítas (1820), aquel sincretismo teológico malsano, como hijo de una indiferencia dogmática absurda, cayó en el despropósito de llamar a dos sacerdotes bávaros, Lindl y Grossner, muy sospechosos en materias de fe, para que ocupasen el templo local de la Orden de Malta. No tardando, los curas bávaros abandonaban el territorio ruso, se trasladaban a la Alemania septentrional y se hacían protestantes. Bajo Alejandro I no sufrieron persecución dura e implacable los «viejos creyentes» o cismáticos rascolianos. De todos modos, estos fanáticos no agradecieron el gesto tolerante de este Zar. Cada vez más obstinados en su ceguedad y en su odio inextinguible a la Iglesia y al Estado rusos, un pequeño número de ellos llevó su rabia hasta el extremo antipatriótico de saludar a Napoleón I, invasor de Rusia, como el Mesías que libraría a los verdaderos ortodoxos de la dominación del anticristo.

Por desgracia, la Ortodoxia eslava se dejó arrastrar por los entusiasmos irracionales del Zar Alejandro I y por los impulsos malsanos de su Ministro de Cultos y Procurador del Santo Sínodo, Príncipe de Galitzin. Al proceder así la Iglesia cometía una falta grave, porque el Emperador y su íntimo amigo no estaban bien orientados en el orden religioso. Sus teorías filosófico-teológicas no eran de recibo. En cambio, los simples fieles, aleccionados por los monjes, ofrecieron resistencia a las innovaciones porque se sintieron lastimados por ellas en sus más íntimas convicciones cristianas. En no pocos monasterios florecía por entonces un movimiento de renovación religiosa. Los impulsos habían llegado del Monte Athos, santuario venerando de la Ortodoxia entera. A mediados del siglo XVIII había surgido allí con enorme pujanza el Hesiquiasmo de la XIV centuria. El monje athonita Nicodim había publicado en Venecia (1.782) unos escritos hesiquiastas bajo el título de *Philokalia* (amor a la virtud). La obra obtuvo en Rusia una influencia enorme gracias a la propaganda que de ella hiciera el higumeno ucraniano Paisio Velitchkovsky, nacido en Poltava (1722). Después de muchas peregrinaciones y una prolongada estancia en la Montaña Sagrada de Athos, Paisio terminó por establecerse en Nyamez (Moldavia). Tuvo numerosos discípulos que se desparramaron no tardando por diversos monasterios. En éstos reinaba, por lo común, la vida cenobítica; mas Paisio y los suyos hicieron esfuerzos considerables para inyectarles el espíritu anacorético del Hesiquiasmo. Se valió para ello del *Starezado,* institución monacal prestigiosa por el respeto que inspiraban sus miembros, ancianos venerables parecidos a los profetas del Antiguo Testa-

mento, que daban consejos, restablecían la paz entre las familias, tranquilizaban las conciencias, predecían el futuro y hasta perdonaban los pecados. Con todo esto ganaba influencia considerable en Rusia el Hesiquiasmo, hasta entonces desconocido. Paisio traducía al viejo eslavo litúrgico la *Filocalia* famosa. La primera edición (1.793), que ostentaba el título de *Dobrotolubie,* veía la luz pública en San Petersburgo. A partir de 1.821 la *Christianskoe Tchenije* (Lecturas cristianas), Revista de la Academia Eclesiástica de San Petersburgo, publicaba en ruso moderno algunos extractos. Ya no cabía duda de ningún género. El Starzismo, nuevo método de dirección espiritual, había consolidado en Rusia el derecho de una ciudadanía vigorosa e indestructible. Mucho se distinguió como Staretz insigne el higumeno Teofán, hombre sumamente piadoso, que, después de haber realizado muchas peregrinaciones a los más famosos monasterios de la Rusia Septentrional, tierra clásica del más severo ascetismo, y de Moldavia, cuna del nuevo Hesequiasmo, se acercó a San Petersburgo y se puso a las órdenes de Gabriel Petrov, Metropolita de esta capital. No tardando, (1.799) recibía el nombramiento de Abad del Convento de Cirilo Novojezersky. Naturalmente, impuso en aquel célebre establecimiento religioso los usos y normas de vida que aprendiera en Njamez. Al correr de los años el nuevo movimiento religioso adquiría tal pujanza que pudo hacer frente con éxito pleno al vacuo e inoperante sincretismo teológico del Zar piadoso Alejandro I. La protesta que se había iniciado entre los elementos más silenciosos, humildes y tranquilos del agro ruso y que había prendido con vigor en los monasterios, alcanzaba también las altas esferas de la Jerarquía eclesiástica. Tanto fue así que en 1.820 era ya arrollador el movimiento de resistencia contra las innovaciones de Alejandro y de su amigo Galitzín. Es personificación de esta impetuosa corriente de oposición el Archimandrita del Monasterio de San Jorge (Novgorod) *Focio Spassky,* hombre de temperamento extremadamente fogoso. Por doquier lanzaba anatemas furibundos contra la nueva *herejía.* Mientras tanto, entre los oficiales del Ejército y entre la clase media surgieron protestas contra las reformas que les afectaban, reformas que no carecían de sentido y buena intención, pero que fueron implantadas de modo irracional y violento. El Emperador cedía terreno, porque no se atrevía a enfrentarse en forma descarada y violenta con la Iglesia nacional. La Sociedad Bíblica dejaba de ser protegida por los elementos oficiales, desaparecía el Ministerio de

Cultos, y el Príncipe de Galitzín abandonaba la vida pública (1824).

Pero sufriría una equivocación lamentable quien dedujera de este viraje político un cambio profundo en la situación de la Iglesia en forma tal que ésta, aunque adosada al aparato de la burocracia estatal, hubiera recobrado su independencia específica. Las cosas no pasaron así. Los procuradores generales del Santo Sínodo se habían acostumbrado a dárselas de ministros de la Corona, a obrar como tales en los asuntos canónicos y a considerar a los obispos como meros funcionarios suyos o como subalternos obligados a cumplir sus órdenes. Y así continuó todo hasta la caída del Imperio en 1.917. El verdadero Jefe de la Iglesia rusa fue un personaje político, una persona *laica*.



Capilla conmemorativa en Leningrado



S. Esteban (Iglesia conmemorativa en Leningrado)

Capitulo XIX

NICOLAS I (1.825-55)

I

Los fundamentos espirituales y los métodos políticos de la Revolución decabrista.—El Zar y la ansiada renovación eclesiástica.—Su pensamietno político y religioso (Autocracia, Ortodoxia y Nacionalismo).

II

El exagerado césaro-papismo de los Procuradores generales del Santo Sínodo.—El Conde de Protasov.—Su rápida exaltación a los más altos cargos del Estado.—El autoritarismo militar que aplicaba al gobierno de la Iglesia.—La vuelta a la tradición patrística y netamente ortodoxa, *fundamento de la política eclesiástica de Protasov.—Su proceder arbitrario con los obispos.— Los merecimientos de este Procurador General del Santo Sínodo en el desarrollo de la* Teología científica *rusa.*

III

El teólogo Filareto Drozdov, Metropolita de Moscú.—Datos biográficos.—La rápida y brillante carrera de este dignatario eclesiástico.—Filareto Drozdov, oráculo de Rusia entera.—Su empeño, rudamente combatido, de verter la Biblia al ruso moderno.—Juicio de los historiadores acerca de esta figura señera de la Iglesia rusa.—Escritos de este teólogo.—El famoso «Catecismo detallado» y su accidentada historia.—Las tendencias luteranas de F. Drozdov.—Filareto Gumielevsky.—Su vida y sus obras (Historia de la Iglesia rusa y Theologia dogmatica ortodoxa).—Su extraña teoría acerca del pecado original.

El Gobierno de Alejandro I terminaba con la aparición de un fenómeno que tuvo también para la Iglesia muy graves consecuencias: el levantamiento de los Decabristas o decembristas. Más que el episodio externo en sí mismo interesan al historiador eclesiástico sus fundamentos espirituales.

Bajo la influencia poderosa del P. José de Volokalamsk, la Iglesia eslava del siglo XVI, interiormente compacta y teológicamente segura, pudo sustraerse al contagio del Humanismo y de otras corrientes ideológicas muy en auge en la Europa Central y occidental; pero al comenzar la décimo octava centuria ya no le fue posible evitar la invasión de las ideas occidentales. Con Pedro I el Grande, tenazmente empeñado en europeizar a su país, desaparecía la secular robustez teológica, y el cáncer de la incredulidad y de la indiferencia comenzó a minar las entrañas de un pueblo que siempre se distinguió por sus arraigadas creencias religiosas. Las protestas de los jerarcas eclesiásticos no encontraron eco en las altas esferas políticas, Tampoco hicieron mella en el pueblo porque las infortunadas gentes eslavas, que languidecían en la más indigna de las servidumbres, eran demasiado impotentes para que fueran escuchadas sus reclamaciones. Su religiosidad, siempre condicionada por la influencia y el prestigio de la jerarquía eclesiástica, podría ser, a lo sumo, un considerable poder de resistencia más o menos tenaz, pero nunca llegaría a ser un vigoroso y arrollador empuje espiritual. No es de extrañar por tanto que la religiosidad incolora y genérica del Emperador místico tardase a encontrar en la Iglesia el debido contrapeso. Y así pudo ocurrir que los hombres cultos, los llamados *occidentalistas,* se hicieran completamente incrédulos. Habían abandonado la Religión del Zar Devoto (el Sincretismo religioso de Alejandro I) y también la Fe Ortodoxa de la Iglesia Nacional. Para ellos el Zar de todas las Rusias era un jefe de Estado y nada más. No les cabía en la cabeza que, además, fuera Pontífice supremo de la Iglesia. ¿Puede tener importancia alguna —vociferaban ellos— el hecho de que Pedro I el Grande y sus sucesores hayan sido llamados *«los ungidos del Señor*? Y ¿qué ventaja podrá sacar el Estado del extraño e incomprensible orgullo de que Moscú haya sido considerada en días ya un tanto lejanos como la *tercera y última Roma*? Nosotros —continuaban los *decabristas* o revolucionarios de 1.825— acabaremos con los abusos intolerables que ha introducido en el país el gobierno nefasto de un Emperador tan piadoso como inepto. De nuestras mismas fuerzas —concluían— extraeremos los remedios. Y emplearemos también métodos pro-

pios. Efectivamente; ya no utilizaron los viejos pretextos de liberar al Monarca, a lo Stenka Razín, de favoritos ambiciosos e inmorales que lo tenían prisionero, o de oponerle, a la manera de Pugatchev, algún falso Pretendiente. Para el empleo de estos procedimientos habían pesado mucho los frenos sociales y religiosos. Los *Decabristas* no tendrían miramientos. Sin el más insignificante respeto a la autoridad o a la estirpe pensaban revolucionar el Imperio con el Zar o sin él. Si el Emperador se negaba a marchar con ellos, se prescindiría del peso muerto de una corona que era un estorbo para la buena administración de los negocios públicos. Este radicalismo de los nuevos revolucionarios es algo esencial para comprender la marcha de los asuntos eclesiásticos en esta época.

Asistimos aquí al naufragio total de las viejas concesiones rusas a la Iglesia. Las sencillas gentes eslavas no estaban aún maduras para las nuevas corrientes ideológicas; por lo mismo los jóvenes revolucionarios, pertenecientes en su máxima parte a la Nobleza, no podían encontrar adictos entre ellas. Más no por ello se desanimaron los *decabristas*.

El Zar, por su parte, que conocía las raíces del mal, es decir, el manantial de la Revolución decabrista, puso manos, como verdadero *autócrata*, en la obra de *renovación* de la Iglesia, cosa que todos consideraban imprescindiblemente necesaria. Todo habría de realizarse dentro del espíritu del viejo rusismo, de la mentalidad del P. José de Volokalamsk, de las inexorables exigencias incluídas de modo imperativo en las palabras veneradas: *Santa Rusia*. La victoria de la Escuela del P. José es por lo mismo uno de los acaecimientos más grandes de la Historia de Moscovia, es más, de Rusia entera. Mas los encargados de implantar las medidas renovadoras no se inspiraron, como parecía lógico, en las esencias patriarcales de la vieja Rusia, tan solemne y repetidamente invocada, porque prefirieron acomodarse a los modos fríos y racionalistas del absolutismo iluminista de la Europa occidental.

Al obrar así, Nicolás I y sus colaboradores cometían un error fatal, cuyas amargas consecuencias se dejarían sentir en los decenios siguientes. Las Cruzadas, el Humanismo y la Edad del Barroco, en cuanto formas de vida, habían transcurrido sin dejar huellas en Rusia. Los gobernantes de San Petersburgo podían muy bien hacer caso omiso de unas y de otro sin menoscabo para el Imperio; pero no podían ignorar la Revolución francesa, que había arraigado hondamente en el suelo que pisaban. Alejandro I lo había visto con más claridad que su hermano y su-

cesor. Lo que ni uno ni otro comprendieron fue la ineludible necesidad de acudir a métodos idóneos porque con procedimientos políticos totalmente extraños a la excelsa tarea de renovar al País y a su Iglesia no se iba a ninguna parte. Los eslavófilos, que actuaron en el quinto decenio de la centuria, estaban mejor orientados que su imperial señor. Es de justicia reconocerlo. Porque no cabía duda de ningún género. Era una equivocación garrafal el confiar al Estado una tarea que pertenecía a los cometidos específicos de la Iglesia. El Estado podría crear las condiciones materiales previas y hasta apoyar directamente a la Iglesia con los medios externos de la presión política. Nada más, porque la renovación intrínseca de un pueblo no es obra de la *policía,* sino de las potestades espirituales exclusivamente. Sobre desconocer una doctrina tan elemental, el Zar se consagraba personalmente a esa tarea césaropapista. Se creía obligado a ella porque entre otros títulos había heredado de su padre Pablo I el de Jefe Supremo de la Iglesia. Y, a la verdad, se creía con derecho a ejercer la función que semejante título entrañaba. El obraría —tal era su íntima convicción— en nombre y representación delegada de la Iglesia Ortodoxa, que era la oficial en su patria. El papel que se autoadjudicó estaba, a su entender, tanto más justificado cuanto que no encontraba en la Iglesia hombres capaces de llenar el. cometido renovador.

El pensamiento del Zar, cuyo gobierno debería consagrarse por completo a la tarea de comenzar la *renovación* en sentido tradicional, es decir, de marchar por las vías de la orientación paulatina hacia los viejos usos eslavos, estaba bien expresado en aquellas tres palabras del propio Zar: *Autocracia, Ortodoxia y Rusismo.*

La Administración eclesiástica y la Enseñanza

Las cosas no podían estar más claras. El Zar Nicolás I aspiraba a gobernar también en la Iglesia. El Archimandrita Focio —y con él otros muchos— que se habían formado la ilusión de que, al ser abolido el *doble ministerio* (de Instrución Pública y de Cultos), llegaba para la Iglesia su liberación del yugo *laico,* se equivocaron de medio a medio. Las cosas sucedían al revés de lo que aquéllos ilusos se habían figurado. El alto Procurador del Santo Sínodo, que se atenía con tenacidad inquebrantable, en sus relaciones con los obispos, a los modos administrativos que imperaban en los Ministerios civiles, se conducía lisa y llanamente cual si fuera un Ministro de la Corona que, encargado de los asuntos de la Iglesia, trataba a los miembros del Santo Sínodo como si fueran meros funcionarios y nada más

que funcionarios estatales. No se contentaba ya, como en otros tiempos, con ser el *ojo* del Zar, que, después de observar, daba cuenta al *amo* de cuanto había visto y oído y que actuaba como intermediario entre el Monarca y el Sínodo; quería ahora ser algo más: *Jefe del propio Sínodo* y de la «Administración de la Confesión ortodoxa», exactamente igual que el Ministro de Marina o el de Hacienda en los asuntos propios de sus respectivos Departamentos.

Este modo de actuar tomaba formas especiales bajo la gestión del Procurador general, Sr. Protasov. Procedía de la Nobleza. Muy joven había ingresado en el Regimiento de Alabarderos imperiales, en el que sirvió 20 años llegando a Coronel. Sin haber llegado a los 40 de edad, pasaba a la vida civil dedicándose con especial predilección a los problemas pedagógicos. A poco recibía el nombramiento de ayudante del Ministro de Instrucción Pública. Solamente un año estuvo en este cargo porque el Zar lo trasladaba a la Procuraduría General del Santo Sínodo. Para completar la brillante carrera del ex-coronel, Nicolás I, que estimaba en mucho al Conde de Protasov, lo nombraba también *Consejero de Estado,* cargo que simultanearía con el de Procurador General del Santo Sínodo A éste dedicaba principalmente sus cuidados. Conviene advertir que el nuevo Procurador era *ortodoxo* de corazón y rabioso enemigo por lo tanto del catolicismo y de la religión protestante. De temperamento militar, Protasov aplicó a la administración eclesiástica los modos bruscos y expeditivos del régimen castrense. El —y nadie más que él— manejaba los resortes del gobierno de la Iglesia. Y para actuar con mayor desembarazo y con autonomía completa creó en la Procuraduría General una *Cancillería* especial independiente, que entregó a un amigo. El nuevo canciller, ante el cual nada significaba el que venía siendo Secretario general, tendría la categoría de *Ayudante ministerial.* Para colmo de césaropapismo entregaba el cargo de Secretario General, eclesiástico hasta entonces, a otro *empleado* civil inmediata y exclusivamente sometido al Procurador General.

El Santo Sínodo Rector era ya un organismo enteramente laico, en razón a las personas que lo manejaban. Los altos jerarcas eclesiásticos estaban, claro es, muy arrepentidos de haber facilitado al Zar el nombre de Protasov. Mas no podían ya hacer nada. El Procurador General seguía su marcha ascendente en el emprendido camino del más desenfrenado césaropapismo. Con un autoritarismo cuartelero creaba una «Comisión Económica», que administraría los bienes de la Iglesia. También

convertía en «Dirección General» a la Comisión que para ampliar y reorganizar las Escuelas eclesiásticas creara en 1.808 Galitzín. Además, el absorbente Protasov daba vida a dos oficinas o Subcomisiones económicas que actuarían en Moscú y en Tiflis. Protasov no pensaba en otra cosa que en traer a la existencia organismos y más organismos manejados por él y por los suyos. En 1.839 fundaba el «Colegio de Lituania y de Rusia Blanca», al que dió la misión brutal de acomodar en las filas de la Ortodoxia oficial a todos los *uniatos,* que, según él, habían *abandonado* ¡voluntariamente! *el Catolicismo.* Fue muy intensa la labor pedagógica de este Procurador General, uno de los más activos y funestos, comparable tan sólo al célebre Constantino Pobjedonoszev del que más adelante hablaremos. En aquel orden de cosas Protasov estaba mejor orientado que Galitzín. Por de pronto, se declaró enemigo irreconciliable del Cristianismo universalista y sincrético de éste y también de las tendencias luteranoides de Teofán Procopovitch y sus discípulos. Para Protasov no había otra doctrina aceptable que la *tradicional* de los Santos Padres de la Iglesia. Por esto mismo puso especial empeño en eliminar la «Teología bíblica», tan propensa a la *exégesis liberal,* y en sustituirla con otra basada en inconmovibles fundamentos históricos. Pero el reformista Protasov se quedaba a mitad del camino porque prescindía de la vieja teología griega, por tantos títulos venerable, y echó mano de los latinizantes teólogos de Ucrania.

Nuestro alto Procurador arremetió contra los Protestantes y obligó al excelso teólogo —el mejor que ha tenido Rusia en los tiempos modernos— *Filareto Drozdov,* a reformar su Catecismo famoso eliminando de él las tesis de sabor luterano y a preparar una amplia reimpresión de las conocidas «Confesiones Ortodoxas» de Pedro Mogila y de Dositeo. Era tan grande el tradicionalismo de Protasov que en 1.840, contra el parecer unánime de los obispos más prestigiosos, impuso su propio criterio en lo relativo a las versiones de la Santa Biblia. Según él, entre rusos no cabía emplear otro idioma que el antiguo eslavo, es decir, la sagrada lengua litúrgica de todas las tierras eslavo-orientales. Los prelados que se opusieron a semejante pretensión —Filareto Drozdov y Filareto Anfiateatrov— tuvieron que marchar a sus diócesis respectivas de Moscú y de Kiev. Así era de autoritario y despótico el Procurador General Protasov.

Muy pocos obispos regían una diócesis durante toda su vida. No se los consagraba, como había ocurrido hasta el presente, con el fin concreto de cubrir una o varias vacantes determinadas, sino

que, ante todo, recibían la consagración y, más tarde, eran enviados, según el criterio del Procurador General, a las diócesis respectivas. Una vez en éstas, eran trasladados caprichosamente, cual si se tratara de empleados del Estado. También eran arbitrariamente premiados con la promoción a eparquías de mayor renombre y de más ingresos o castigados con la pérdida de categoría superior. No parecía sino que los pastores que Dios había colocado para regir la grey eclesiástica, eran funcionarios estatales en una rama de los negocios públicos. Con ello variaba completamente el aspecto de la Iglesia rusa. Comparada con el que presentaba en siglos precedentes, podía decirse que había sufrido una transformación profunda y que había caído en el servilismo más degradante.

El enérgico Procurador del Santo Sínodo no fue menos expeditivo en las materias pedagógicas que interesaban a la Iglesia gobernada por él. Le preocupó mucho siempre la elevación del nivel cultural de los clérigos. Para conseguirla ejerció presión sobre los teólogos para que publicasen exposiciones dogmático-morales admirablemente vertebradas. El impulso de Protasov —la imparcialidad histórica obliga a reconocerlo— fue de gran provecho para las Ciencias teológicas en Rusia. Merced, cabalmente, a sus iniciativas y a su noble tesón en llevarlas a la práctica, la Teología eslava había dejado de ser meramente *litúrgica* —no había sido otra cosa en los tiempos de Nicón y Avakum— para convertirse en *científica*. Lo que hizo posible la reforma escolar de Alejandro I era ya realidad consoladora en los tiempos de Nicolás I, hermano y sucesor inmediato del *Místico Coronado*, gracias al empuje del alto Procurador del Santo Sínodo, Conde de Protasov. El notable movimiento teológico —fenómeno tan innegable como venturoso— sirvió también para sacar a la luz pública el defecto considerable de que venía adoleciendo la Teología rusa: su *dependencia* respecto de los autores occidentales tanto católicos como luteranos. La tarea, pues, que se había impuesto el Alto Procurador Protasov no podía ser ni más oportuna ni más necesaria. Fue también eficaz. Hacia 1.840 comenzaba el llamado período clásico de las Ciencias teológicas en Rusia. No cesó de repente la dependencia del Extranjero; pero en la segunda mitad de la Centuria se pudo ya hablar con razón de una teología indígena rusa. El teólogo más eminente de la época fue, sin disputa de ningún género,

Filareto Drozdov (1.782-1.867)

Basilio Michailovitch Drozdov, que tomó el nombre de Filareto al ingresar en un monasterio, había nacido de familia sa-

cerdotal (26-XII-1.782) en Kolomna, pequeña ciudad episcopal de la provincia de Moscú. Su padre, Arcipreste de la Catedral, fue su primer maestro. Continuó sus estudios en el Seminario local y, suprimido éste, en el de la Troitz-Sergieskaja Laura, donde hizo los cursos de Filosofía y Teología. A consecuencia de un examen brillante al final de su carrera —examen que realizó en presencia del Metropolita de Moscú Platón Levtchin— recibía el nombramiento de catedrático de Griego y Hebreo en el Seminario. Luego explicó Retórica y Elocuencia en la mencionada Laura de S. Sergio. Para colocarse en situación de ascender a los más altos puestos de la Jerarquía eclesiástica, Levtchin aconsejó al catedrático que vistiera el hábito monacal. Filareto Drozdov profesaba en noviembre de 1808. No tardando, el diácono Filareto era llamado a S. Petersburgo, en cuyo Seminario desempeñaría el cargo de Prefecto de Estudios y Catedrático de Filosofía. En Agosto de 1809, presbítero ya, el joven catedrático del Seminario de San Petersburgo simultanearía sus cargos de enseñanza filosófica y Prefectura de Estudios con el de Rector de la Escuela Eclesiástica de Alejandro Nevsky. Al año siguiente pasaba a la Facultad de Teología en la Academia Eclesiástica de la Capital del Imperio para explicar sucesivamente Hermenéutica sacra, Historia bíblica y eclesiástica, Arqueología, Derecho Canónico y algunas asignaturas de Dogmática.

Filareto Drozdov era, además, orador notable. Después de haberle condecorado (30-6-1811), Alejandro I le daba el nombramiento de Archimandrita. Su prestigio era inmenso. Todos los ciudadanos le miraban con respeto y con cariño. A partir de 1811 va unido su nombre a toda reorganización de los centros docentes en las provincias de Moscú y San Petersburgo. Las normas pedagógicas dictadas por Filareto Drozdov sirvieron para organizar todos los centros docentes de la Iglesia rusa. En 1814 revisaba y modificaba el Estatuto de 1808. Sin dejar su cátedra de Teología, ejercía los cargos de higumeno del Monasterio de Novgorod-Juriev y el de miembro asistente del Consistorio Eclesiástico de San Petersburgo. La Comisión de Escuelas clericales le otorgaba en 1814 el título de Doctor en Teología. El Zar Alejandro I, por su parte, le asignaba una pensión de 1500 rublos anuales. A partir de 1816 llueven sobre él nuevos títulos, condecoraciones y cargos. A propuesta de Ambrosio, Arzobispo y Metropolita de la Capital del Imperio, Filareto Drozdov era nombrado Obispo auxiliar de San Petersburgo. Dos años más tarde, tomaba posesión del Arzobispado de Tver y del sillón de miembro del Santo Sínodo. Apenas se había instalado en Tver, cuando

era trasladado a Jaroslaw. Poco después, pasaba a la Eparquía de Moscú, donde, a partir de 1826, desempeñó también el alto cargo de Metropolita y Jefe Supremo de la Iglesia eslava. ¡Tenía 44 años! Su carrera no había podido ser más rápida y brillante.

La Archidiócesis de Moscú estaba de enhorabuena. Filareto Drozdov se condujo como un pastor ejemplar que amaba con toda su alma a sus clérigos y a sus fieles. En Moscú predicó los mejores sermones de su vida. Trabajó mucho en elevar el nivel intelectual y moral de los clérigos y en lo que los rusos llamaban Misión Interior, es decir, en el reingreso de los cismáticos rascolianos —que en su diócesis eran muy numerosos— en la Santa Madre Iglesia Ortodoxa. Para conseguirlo empleó la palabra, la pluma y los procedimientos sabios. Pero las actividades de Filareto Drozdov no quedaron limitadas a la Archidiócesis de Moscú. El Metropolita extendió su bienhechora labor a toda la Iglesia eslava y a la Nación entera. Como no fuera en los tiempos de Filareto Romanov, Padre del primer Zar de la dinastía de ese nombre, rara vez se vio en Rusia a un hombre que gozara de tanta y tan extensa influencia como Filareto Drozdov. Sin exageración se puede decir que, durante casi media centuria, este hombre afortunado fue el Oráculo reverentemente escuchado en toda Rusia. No hubo negocio de más o menos importancia, ya eclesiástico ya estatal, para el que no se le pidieran esclarecimientos. Todos los asuntos tratados en el Santo Sínodo pasaban por sus manos. Tomó parte activa en la criminal incorporación en masa a la Iglesia rusa de los Uniatos de Polonia (1833-39). No se portó mejor con los Rascolnikis. Con razón maldecían su nombre los católicos Unidos de Polonia y los Cismáticos rascolianos de Rusia. Si alguna vez dio señales de moderación en este orden de cosas fue para mejor servir a los designios absolutistas y absorbentes del Gobierno de San Petersburgo. En cambio, estuvo más feliz en el asunto de la emancipación de los esclavos bajo Alejandro II (19-11-1861). El redactó el acta correspondiente.

Pero en el curso de su larga carrera este hombre, que, en términos generales, pudo sentirse feliz —ya que tuvo cuanto deseó— no dejó de sufrir horas amargas. Se las proporcionaron enemigos encarnizados que combatieron sus ideas y proyectos reformistas. Afiliado desde 1814 con los principales obispos eslavos a la Sociedad Bíblica rusa, Filareto era partidiario ferviente de la versión de la Escritura Santa al idioma vernáculo. Y así en la primera edición de su Catecismo (1823) aparecían en ruso moderno el Credo, el Pater Noster, el Decálogo y otros

pasajes bíblicos no menos venerandos. Con ello se oponía el autor a la práctica constante de no servirse en esos casos más que del antiguo eslavo o idioma litúrgico. Esto fue muy bastante para que pusieran el grito en el Cielo todos los adversarios de la Sociedad Bíblica, que eran muchos, poderosos y engreídos, pues acababan de triunfar derribando al Príncipe de Galitzín. El Santo Sínodo —que había aprobado el famoso Catecismo— suspendió la difusión y ordenaba a su autor que lo redactara nuevamente y que procurara suprimir lo que tanto había escandalizado.

La versión de los Libros Santos fue motivo de otra gran tormenta contra Filareto Drozdov (1842). ¡Como que se vio obligado a solicitar su retiro de la Diócesis de Moscú! Resultaba que los alumnos de la Academia Eclesiástica de San Petersburgo habían impreso clandestinamente, y difundido después, una traducción rusa de ciertos libros del Antiguo Testamento, realizada, claro es, por Filareto. El asunto produjo gran revuelo y llegó, como era natural, al Santo Sínodo. En su informe al Zar, Protasov, alto Procurador, hizo historia del asunto insistiendo mucho en el escándalo originado y subrayando la deficiente formación académica, de la que había sido iniciador y alma en 1814 el Metropolita Drozdov. Para colmo de males el propio Filareto en el informe que elevó al Arzobispo de San Petersburgo, aconsejó una revisión del viejo texto eslavo de las Santas Escrituras. Serafín —que así se llamaba el prelado de la capital del Imperio— quien ya abrigaba alguna sospecha acerca de la ortodoxia de su colega de Moscú, vio en la propuesta de éste la intención de resucitar en Rusia la ya muerta «Sociedad Bíblica». Esto contribuyó a la hostilidad con que venía distinguiéndole el tradicionalista Protasov.

Muertos Nicolás I y el autoritario Procurador sinodal, Filareto Drozdov volvió a insistir sobre sus conocidos puntos de vista en el espinoso problema de la traducción de la Biblia al ruso moderno. Y apoyado en el favor que le dispensaba el nuevo Soberano Alejandro II, obtuvo en 1858, pese a la ruda oposición en contrario, un ucase que autorizaba la difusión de las Santas Escrituras en lengua vernácula, en el ruso vulgar. En ello le había favorecido mucho el Conde de Tolstoi, Procurador General del Santo Sínodo. Los traductores se pusieron a trabajar. Aprovecharon lo que ya se había realizado —que no era poco— de 1814 a 1823. Filareto Drozdov no tuvo el consuelo de ver terminada la versión. Unos meses antes de su publicación había dejado de existir el campeón de semejante obra (1868).

Estas contradicciones pasajeras amargaron, claro está, la vida de este Prelado, mas apenas lograron disminuir su influencia. Terminó sus días en la apoteosis. Todas las Sociedades científicas quisieron tenerlo en su seno. Sobre su pecho o sobre su mitra brillaron todas las condecoraciones eclesiásticas y civiles del Imperio. Con ocasión de su jubileo sacerdotal (5-VIII-1867) el Zar le felicitaba en términos elogiosos mediante un rescripto especial. Algunos meses después, Filareto Drozdov fallecía en Moscú a la edad de 85 años.

Los escritores rusos dicen de él que se pasaba la vida en oración y ejercicios de penitencia y que suspiraba a todas horas por el retiro y la soledad. Se hacen lenguas de su humildad, de su prontitud para perdonar las injurias y de su gran amor a los pobres y desgraciados. «Sólo un defecto encuentro en él: el de no haber tenido vocación de Mártir. Quizá este hombre sabio llegó a convencerse de que el martirio era innecesario para la causa que defendía». (El Obispo Nicomedes Kazantsev, 1803-74). Este prelado ruso, cuya franqueza y amor a la verdad fueron proverbiales, alude a las contiendas con el Procurador general señor Protasov y con otros defensores del césaropapismo ruso.

Otros escritores lo tildan de autoritario y testarudo. «Forzoso es reconocer que estos defectos, impropios de todo un Jefe Supremo de la Iglesia eslava, resaltan en sus informes al Santo Sínodo y en sus cartas numerosas. También se le acusa de haber detenido el avance social en Rusia por cuanto se opuso a las medidas humanitarias que en favor de los arrestados y los proscritos proponía el doctor Federico José Haas (1780-1850)». (Jugie).

Fue constante su ruda hostilidad al Catolicismo y a su Jefe Supremo el R. Pontífice. Conviene advertir, sin embargo —y la imparcialidad histórica obliga a reconocerlo con toda lealtad— que Filareto Drozdov se abstuvo siempre de toda violencia y de toda injuria, muy familiares por desgracia, entre los polemistas bizantinos y eslavos. El Metropolita de Moscú habló siempre de la Iglesia Occidental, de la Cristiandad Romana, y jamás del Papismo.

* * *

Filareto Drozdov escribió mucho y bien. Siendo catedrático en el Seminario y en la Academia Eclesiástica de San Petersburgo, publicó muchos opúsculos y libros y siendo obispo, sermones, artículos de revistas y muchas circulares y decretos. Fue sencillamente enorme la influencia de este hombre célebre en la Teología rusa.

Como profesor que fue de Hermenéutica Sacra, escribió «In-

troducciones a cada uno de los Libros del Antiguo Testamento»; Comentarios al Génesis y a los Salmos; Traducción del Evangelio de San Juan al idioma ruso y Lecturas sobre los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles para uso de las escuelas.

Pero su principal obra teológica fue el *Catecismo Cristiano de la Iglesia ortodoxa-eslava*. No faltaban en Rusia catecismos. Se conocían y manejaban allí el de Pedro Mogila (Confesión ortodoxa) y el de Teofán Procopovitch. Mas ni uno ni otro parecieron satisfactorios. Y el Santo Sínodo concibió el propósito de publicar un Compendio teológico que reflejara con exactitud la doctrina oficial de su Iglesia. El honor de redactarlo correspondió al que era tenido en Rusia entera como verbo dogmático indiscutible, Filareto Drozdov. ¡Y a fe que resultó penosa la elaboración definitiva! La primera edición (1823) tuvo un éxito muy efímero porque, habiendo dado cabida a trozos bíblicos traducidos al ruso vulgar, el Ministro de Instrucción Pública, Chiskov, portavoz de los que vieron en ello una profanación inaudita, lograba que el Santo Sínodo, autoridad competente en la materia, suspendiese la venta de los ejemplares de un libro ¡que él mismo había aprobado!. Cinco años más tarde, el autor recibía el encargo imperial —Nicolás I lo hizo por un ukase especial— de proceder a una nueva edición revisada y corregida. Con la imprescindible anuencia del Santo Sínodo veía ésta la luz pública en 1828. Aparecían ahora en el viejo eslavo litúrgico —y no en ruso moderno— el Credo, el Pater Noster, el Decálogo y otros pasajes bíblicos. Aún tenía que sufrir variaciones (supresiones y adiciones) el Catecismo famoso; las imponía el Procurador General del Santo Sínodo, Conde Protasov, quien se empeñaba en acomodar la Teología rusa a las Confesiones de Fe del siglo XVIII (las de Pedro Mogila y Dositeo) y en suprimir tesis de sabor luterano. Filareto tuvo que introducir mutaciones de importancia, incompatibles muchas de ellas con su criterio personal. De este nuevo trabajo surgió la tercera y última redacción, la cual desde el punto de vista literario estaba más cuidada. Veía la luz pública en 1839. En cuanto a concisión, claridad y adecuado empleo de los términos, superaba con mucho a las obras similares que se habían publicado en Rusia.

Las sucesivas transformaciones de una obra que por su naturaleza y por las intenciones de los que la habían proyectado estaba llamada a permanecer «inmutable», por lo menos en su fondo, llamaron la atención de ciertas personas laicas muy cultas. Una de éstas, Turgueniev, primer poeta ruso de fama mundial, hizo a este propósito la siguiente observación: «No tengo

gran confianza en nuestros prelados. Se cambia de catecismos como de procuradores generales y de ministros de Instrucción Pública. Me explico muy bien que un individuo abandone sinceramente las opiniones que en su conciencia no tenían fundamento muy sólido; pero la circunstancia de que semejante fenómeno se produzca de súbito en todos los miembros del Santo Sínodo provoca dudas en el espíritu de quien no está habituado a estos rápidos virajes. Cuanto más viejo me hago y cuanto más reflexiono, más firmemente me adhiero a la doctrina cristiana y más me persuado de que entre nuestros clérigos es raquítica la fe y de que ellos no ven en las creencias cristianas más que un medio, nunca un fin».

El Catecismo famoso tiene tres partes. En la primera (de la Fe) se exponen los 12 artículos del Símbolo niceno-constantinopolitano; en la segunda (de la Esperanza) se trata de la oración en general, del Padre Nuestro, en particular, y de las Bienaventuranzas, y en la tercera (de la Caridad) se estudian la necesidad de las buenas obras y los preceptos del Decálogo.

Al tratar de la autoridad doctrinal del catecismo de Filareto Drozdov, no hay acuerdo entre los teólogos rusos, porque mientras unos, exagerando la nota, lo han equiparado a las definiciones de los Concilios ecuménicos y, aun cuando no, a las «Confesiones Ortodoxas» de Mogila y Dositeo, tan acreditadas en los dominios de la greco-ortodoxia, otros, sin llegar a tanto, lo consideran como un libro simbólico de la Iglesia eslava únicamente, ya que sólo ella le dio su aprobación oficial. De todos modos, es indudable que este Catecismo ha sido universalmente considerado en Rusia como una «norma dogmática» y que ha ejercido un influjo casi decisivo en la Teología rusa de la segunda mitad de la XIX centuria. No es muy voluminoso.

Ha provocado a la vez comentarios elogiosos y críticas severas. Algunos autores —rusos claro está— lo tachan de luterano y no sin razón. Se asimiló de lleno aquellas ideas de Galitzin y de Alejandro I que hallaron su cristalización en la «Sociedad Bíblica» y en la «Santa Alianza». Un censor sinodal denunciaba como luteranas algunas expresiones ambiguas. En cambio, los eslavófilos, que sufrieron las influencias del famoso teólogo laico Chomiakov, han descubierto que Filareto Drozdov tomó muchas cosas de la Teología católico-romana. Un teólogo contemporáneo Antonio Krapovitsky, antiguo Metropolita de Kiew y luego jefe de una de las iglesias disidentes de Moscú, con residencia en Karlovitch, atacó duramente a Filareto Drozdov y llegó hasta el extremo de hacer una nueva revisión del Cate-

cismo publicado en 1893. Le dio el título de «Ensayo de un Catecismo cristiano ortodoxo» (Carlovitz, 1924). Se apartó mucho de Filareto. Suprimió y añadió cosas fundamentales que afectaban al dogma mismo. El prurito de eliminar reminiscencias latinas llevó al Metropolita Antonio a la herejía abierta, sobre todo en materia del pecado original y en el concepto de la Redención. Las innovaciones de este jerarca ortodoxo disidente encontraron ruda oposición hasta en los prelados y fieles de la Diáspora rusa. El autor retiraba de la circulación el dichoso «Ensayo de Catecismo...» Pero no deja de ser significativo su intento porque sirve, al menos, para demostrar que en nuestros mismos tiempos los teólogos rusos están muy lejos de admitir sin reservas las enseñanzas del «Catecismo detallado» de Filareto Drozdov.

* * *

Durante la mayor parte de su vida —y en el fondo de su alma aun después de haberse plegado a las exigencias de Protasov— Filareto Drozdov fue discípulo de Teofán Procopovitch. Tenía que ser así, porque en la segunda mitad del siglo XVIII la Iglesia eslava, considerada en conjunto, había hecho suyas las doctrinas dogmático-morales contenidas en la «Theologia Christiana» del consejero de Pedro I el Grande, editada en Leipzig (1782-84) por el metropolita de Kiew, Samuel Mislavsky. Este, además, había completado lo que Teofán dejara inacabado. Las ediciones —verdaderos extractos de los teólogos luteranos del siglo XVII— versaban sobre la «Regla de la Fe»; el Canon de los Libros Santos; el Estado primitivo de la Humanidad; la Naturaleza y efectos del pecado original; la Justificación por la sola fe; la negación del carácter sacramental y la repulsa de la pena temporal, es decir, sobre temas enteramente luteranos. Filareto los había estudiado en Kolomna y en Moscú y los había enseñado en el Seminario y en la Academia de San Petersburgo. Los consignó luego —en germen al menos— en las dos primeras ediciones de su famoso Catecismo.

Filareto Gumilievsky (1805-1866)

Hijo de un sacerdote, Dimitry Grigorievitch nació en el pueblo de Konoviev. Al ingresar en Religión escogió el nombre de Filareto. A causa de su baja estatura y de su gran humildad los seminaristas de Tambov, sus condiscípulos —que por entonces hablaban en latín durante las clases— le llamaron Gumilievsky, corrupción eslava del adjetivo «Humilis». En 1826 era admitido como alumno en la Academia Eclesiástica de Moscú.

Y en 1830, año de su ingreso en Religión, recibía el nombramiento de Catedrático de Historia Eclesiástica en aquel alto centro de enseñanza teológica. En él permaneció once años y explicó sucesivamente Sagrada Escritura, Teología Moral y Pastoral y Dogma. Fue también Archimandrita del Monasterio de la Epifanía. El profesor Gumilievsky se distinguió por su vasta erudición, por sus originales síntesis y por su espíritu crítico, amigo de la controversia y la polémica. Gracias a él tuvo la Academia Eclesiástica de Moscú su Revista propia titulada «Suplemento a las Obras de los Santos Padres». En 1891 cambiaba este título por el de «Mensajero teológico». (Bogoslovsky viestnik).

El 21-XII-1841, cuando tenía 37 años, Filareto Gumilievsky era consagrado obispo de Riga. Más tarde era trasladado sucesivamente a Charkov y a Tchernigov. Víctima del cólera, terminó su vida en el pueblo de Konotopa (9-VIII-1866), de la Eparquía de Tchernigov, cuando giraba santa pastoral visita. El Obispo no fue menos laborioso que el profesor. Filareto dejó grata memoria de su celo pastoral en las tres diócesis que gobernó.

Pero Filareto Gumilievsky se distinguió ante todo como hombre de Letras, como uno de los jerarcas más cultos de su época. Fue, a no dudarlo, uno de los escritores eclesiásticos rusos más fecundos y un verdadero polígrafo. Entre las 159 obras y opúsculos que escribió figuran como principales las siguientes:

1.ª «Historia de la Iglesia rusa», que ha servido por mucho tiempo de Manual muy leído en Rusia. Superaba a la primera de este género, a la de Platón Levtchin. Llega hasta el año 1827. En el día de hoy es una obra anticuada y resulta muy incompleta si se la compara con los tratados magistrales de Macario Bulgakov y de Golubinsky. Fue traducida al alemán por Blumenthal (Francfort del Main, 2 V. 1872). El propio autor hizo en 1857 un compendio (un solo volumen), que fue adoptado como texto para las escuelas inferiores. Tuvo numerosas ediciones, y

2.ª «Teología dogmática ortodoxa», en dos volúmenes. Es el principal escrito teológico de Gumilievsky. Aunque no tan extensa y detallada como la obra similar de Macario Bulgakov, este Manual del Obispo de Riga compite con ella en los Seminarios eslavos. Por lo general, Gumilievsky se acomodó a la «Ortodoxia nueva» que impuso el alto Procurador del Santo Sínodo y tradicionalista rabioso, Conde de Protasov. El autor insiste mucho en el argumento de Escritura, que a veces desarro-

lla admirablemente. Como de costumbre en los teólogos de su raza, Gumilievsky pasa por alto la parte especulativa y filosófica. Llamó la atención este teólogo por su peregrina teoría acerca del Pecado Original. La herencia pecaminosa que recibimos de nuestros primeros padres, más que un pecado propiamente dicho, es *una enfermedad, una alteración o desequilibrio de la naturaleza,* afirma él. Gumilievsky apenas distingue entre el pecado mismo y sus consecuencias, entre las que figura como principal la *Concupiscencia* o inclinación positiva al mal. ¿Cómo nos hacemos pecadores en virtud de la falta grave del primer hombre? Es indudable —dice Gumilievsky y con él no pocos teólogos rusos en los tiempos modernos— que para que exista falta grave personal o pecado actual es preciso que consintamos libremente en los movimientos desordenados de la concupiscencia, efecto indiscutible del pecado de Adán. Es entonces, es decir, cuando realizamos una transgresión grave de los mandatos divinos «cuando se nos transmite el Pecado Original». Este tan singular modo de transmisión indica con meridiana claridad que hay grados diversos de intensidad y de extensión en el pecado original. Ello dependerá de nuestros mismos «pecados actuales», es decir, del consentimiento a la concupiscencia mala. Si hemos de creer a Gumilievsky, la palabra «amartia» (pecado), que el Apóstol de las gentes empleó en los capítulos V y VII de su Epístola a los romanos, no designa al pecado propiamente dicho, sino a la concupiscencia, resultado funesto de la Caída en el Paraíso. Y como si quisiera establecer la base científica de su extraña teoría, Filareto Gumilievsky afirma lo siguiente: de la misma manera que para extraer provechos de la Redención y se nos apliquen los méritos de Cristo, se precisa nuestra cooperación libre mediante actos buenos, así también —y en esto radica nuestra desgracia— *participamos en el pecado de Adán cooperando con nuestro consentimiento a la concupiscencia heredada de él.* Con haber negado en redondo la existencia del dogma del pecado original, tal como lo enseñó siempre la Iglesia, el Obispo ruso se hubiera ahorrado estas explicaciones nada satisfactorias.

«Adoleció Filareto Gumilievsky de las faltas inherentes a la tarea de polígrafo: superficialidad, atrevimiento en las afirmaciones, carencia de plan, redacción precipitada, etc. Mas como era hombre muy erudito, suministró preciosos materiales a cuantos deseen estudiar profundamente las materias que ocuparon su atención. Es un autor a quien siempre se consulta con fruto». (Jugie).



Catedral ortodoxa de Riga



Templo ortodoxo de madera en Raiwoio (Finlandia)

Capitulo XX

EL RETORNO A LAS TRADICIONES DOGMATICAS. LA TEOLOGIA DE MACARIO BULGAKOV. OTROS TRATADISTAS EN MATERIAS ECLESIASTICAS

La reacción contra la teología procopoviana, veladamente expuesta por el prestigioso Filareto Drozdov.—Los nuevos textos.—El de Antonio Anfiteatrov. Macario Bulgakov.—Datos biográficos y carrera literaria.— Sus dos principales obras teológico-dogmáticas.—Carácter antiluterano de sus enseganzas.—Sus obras históricas y canónicas.—Juicios que ha merecido la obra teológica de Macario Bulgakov.—Sus merecimientos en el campo didáctico.— Alejo Stepanowitch Chomiakow, verbo de la teología laica en Rusia.—Su extraña teoría eclesiológica.—El Manual de Teología *de Nicolás Malinowsky.—Malevansky y su exposición histórica de los dogmas.—El historiador eclesiástico Golubinsky.—Los historiadores de otras Iglesias orientales.—Las Ciencias bíblicas.—La Teología Moral.—El Derecho Canónico y la Liturgia.*

En el primer tercio del siglo XIX adquirió gran desarrollo la teología procopoviana. Por haber encontrado dos poderosos aliados: la Sociedad Bíblica, que acababa de constituirse, y la filosofía idealista de Alemania, que se extendió rápidamente en Rusia, logró una hegemonía indiscutible. La alarma cundió y provocó en 1835 una reacción, que, por desgracia, fue incompleta. El movimiento de protesta teológica cristalizó en varias corrientes simultáneas, no exentas de imprecisión y confusionismo.

La situación dramática en que llegó a caer la teología rusa, fundamentalmente patrística, quedó personificada en un alto jerarca y escritor por muchos títulos ilustre: Filareto Drozdov. Al principio se declaró partidiario entusiasta del sistema procopoviano. En él se inspiró para dar sus explicaciones académicas y para componer sus muchos y buenos sermones.

Seis años después de haber redactado su célebre *Catecismo* (1823, 1.ª edición), se vio obligado a introducir modificaciones sustanciales. Se las exigió el Alto Procurador del Santo Sínodo, señor Protasov, empeñado en volver a las tradiciones del Metropolita Pedro Mogila. Aun reformado y todo, el célebre Catecismo resultaba confuso. «Encuentro muy ambigua —escribía Filareto Gumilievsky— la manera como están expuestas algunas tesis de gran importancia». Era que su autor había realizado esfuerzos inauditos para defender en un libro ortodoxo las doctrinas procopovianas.

Ordenado el retorno a las tradiciones teológicas, se sintió la necesidad de textos nuevos que respondieran a las nuevas directrices del Santo Sínodo, mejor, de su Procurador General, Conde de Protasov. Por el momento, se utilizó el *Compendio de Teología* de Pedro Ternovsky, profesor de Moscú (1838, 1.ª edición); pero resultando excesivamente breve y muy superficial, Protasov no dejó de estimular a los profesores de las Academias Eclesiásticas para que redactaran un texto más profundo y más completo. El primero que apareció se debió al talento y cultura de Antonio Anfiateatrov, rector de la Academia de Kiev. Fue bien acogido, y en Kiev, Moscú y San Petersburgo se multiplicaron las ediciones. Se sirvió ampliamente de los autores católicos Lebermann, Perrone y Migne.

Pero, si hemos de creer a Gumilievsky, la obra de Anfitiatrov no llenó las aspiraciones de los amantes de la Tradición.

A mediados del siglo XIX estaba a punto de ver la luz pública el más célebre de los Manuales teológicos rusos: el de Macario Bulgakov, alumno de Kiev, rector de la Academia de San Petersburgo, Obispo y Metropolita de Moscú (1816-1882).

Había nacido en el pueblo de Novosskolsky (provincia de Kursk). Hijo de un cura rural, Miguel Petrovitch —que así se llamaba Macario Bulgakov antes de ingresar en Religión— estudió en el Seminario de Kursk y luego en la Academia de Kiev. Al final de sus estudios se hacía monje y era nombrado profesor de Historia Eclesiástica y Civil en la Academia kievense. En 1842 pasaba a la de San Petersburgo en la que explicaría Teología. Al año siguiente, se doctoraba en la Reina de las Ciencias. Presentó como tesis la «Historia de la Academia Eclesiástica de Kiev». A partir de entonces fue prodigiosa su actividad literaria, que no cedió ya, pese a los altos cargos que desempeñó. Fue inspector de Academias, archimandrita, rector y Obispo. Desde Tambov, primera sede episcopal que regentó, pasó a la de Charkov (1859)), a la de Lituania, y, por último, a la de Moscú. En

1854 era nombrado miembro de la Academia Imperial de Ciencias a cuyas sesiones acudía siempre. Hombre simpático y espíritu abierto a toda manifestación científica, Bulgakov consagró los considerables ingresos que le proporcionaban sus libros, a la creación de premios para las mejores producciones científicas y a los más adecuados Manuales escolares. De todos los teólogos rusos del siglo XIX es Macario Bulgakov el más conocido, no sólo entre rusos y orientales, si que también entre católicos. Debe su celebridad a sus dos principales obras teológicas: «Introducción a la Teología Dogmática Ortodoxa» (San Petersburgo, 1847), equivalente a nuestros «Lugares teológicos», y a la «Theologia dogmatica Ortodoxa». Esta última aparecía también en San Petersburgo (1845-53). La integraban cinco volúmenes. Es un Manual muy parecido a los que por entonces utilizaban los seminaristas de Occidente. No existía más diferencia que la de consagrar la mayor parte del espacio a las pruebas escriturísticas y patrísticas y restarlo casi en absoluto a la exposición filosófico-escolástica. Por lo demás, se inspiró en los autores occidentales y, especialmente, en el Perrone. A juicio de los propios rusos deja mucho que desear la Teología de Macario al menos en la parte positiva, que es la principal. Aún así quedó convertida en ¡texto oficial! de enseñanza teológica en la Iglesia rusa. Pero sería erróneo afirmar que todos los teólogos eslavos de aquella época compartían las doctrinas de Macario Bulgakov. Este notable autor no hizo otra cosa que dar cabida en sus libros a los criterios que a la Iglesia estatal impuso desde el Santo Sínodo el Procurador general, Conde de Protasov, enemigo jurado de las tendencias luteranoides que habían prevalecido en la época precedente. Con el fin de facilitar a los seminaristas el estudio de la Teología, el propio Macario publicó (1868) un Compendio titulado «Manual de Teología Ortodoxa», que fue traducido al alemán, al búlgaro, al servio y al griego moderno.

Macario fue también historiador de la Iglesia rusa. Escribió una docena de volúmenes que abarcan la evolución de la Cristiandad eslava desde los orígenes hasta el Gran Concilio moscovita de 1666-67.

Dio cabida en ellos a numerosos documentos de la antigua Literatura rusa. Se echa de menos la falta de crítica. También redactó una Historia del Rascol y una «Colección de materiales para la Ciencia del Derecho Canónico de la Iglesia ortodoxa» (1850). Sus discursos y sermones suman unos 200. Fueron mu-

chos más los artículos que sobre diversas Ciencias eclesiásticas publicó en varias revistas.

Ha sido muy diversamente juzgada la obra teológica de Macario Bulgakov. El viejo profesor de Kiev, Inocencio Borisov, contemporáneo, se deshizo en alabanzas del gran teólogo, pero Florovsky, más moderno y entusiasta de Chomiakov, emitió juicio muy severo. Llamó *burocrática* a la obra de Macario porque se cuidó mucho de los pequeños detalles y muy poco de las grandes verdades fundamentales del Cristianismo. Macario Bulgakov no fue genial. Tampoco fue original. Siguió en todo a Klee (Historia de los Dogmas) y a Perrone (Teología dogmática); de todos modos, no pueden negársele méritos didácticos. Los Manuales de este teólogo ruso se recomiendan por la claridad y la precisión, cualidades que jamás tuvieron los textos teológicos eslavos. Es también aplicable a muchos de sus predecesores el reproche de que su teología no es *oriental*. Y por lo que hace al fondo, Macario es fiel a los libros simbólicos de la Iglesia eslava y principalmente al Gran Catecismo de Filareto Drozdov.

Es un teólogo muy extraño Alejo Stepanowitch Chomiakow (1804-1860). Su teología se basaba en las enseñanzas de Schelling y en ciertos pensamientos tomados de la Escuela de Víctor Cousin. La naturaleza de la Iglesia es para la Teología de Chomiakov, personaje laico, el problema central y básico de la Teología toda. Para Chomiakov la Iglesia es un organismo integrado en el Amor y en la Fraternidad, o, como él prefería, en la Solidaridad benéfica de la *Gracia*. A este fin introdujo en la eclesiología rusa un término nuevo: la Sobornost, traducción, no muy exacta por cierto, de Catolicidad. Interpretaba esta palabra clásica en sentido intensivo solamente. Para ello acudía este singular teólogo a la Geometría. Y para desvirtuar la tradición en este orden de cosas, no se fijaba en la línea vertical, que comienza en la Jerarquía y termina en la masa de los fieles, sino en la circunferencia. Dentro del espacio circular de ésta se hallan todos los miembros de la Comunidad, eclesiásticos y legos. Unos y otros están igualmente dentro del círculo y, como miembros que son —vivificados o vivificantes— han de tomar parte en el desarrollo del organismo social. Chomiakov despreciaba, pues, la concepción *geográfica* del caso y se fijaba en la *sociológica,* más en armonía —aseguraba él— con la constitución intrínseca de la Iglesia. Tal era la exégesis de la famosa Sobornost. Al propio tiempo —decía nuestro eclesiólogo— todos los miembros de la *Sobornost* están unidos entre sí por el amor mutuo, que es la vida misma, la esencia de la Iglesia, vida que se comunica en

toda su plenitud, igualmente y sin restricciones de ninguna clase, a todos los fieles, quienes por esa misma razón no son servidores, sino miembros libres y verdaderos de la *Sobornost*. El Protestantismo —observaba Chomiakov— posee la *libertad* sin la *unidad*, y el Catolicismo está dotado de ésta y privado de aquélla. Sólo en la Santa Iglesia Ortodoxa —concluía Chomiakov— se reducen estos extremos (tesis y antítesis) a una síntesis maravillosa, que convierte a la Iglesia en una institución espiritual y santa y le confiere con la dote preciosa de la *santidad* las de la infalibilidad e indefectibilidad. Tal es la concepción eclesiológica del idealista Chomiakov. A partir de él, viene a ser la piedra fundamental de la teología laica de Rusia, teología que vive al margen de la eclesiástica y oficial. «Hasta el presente no se ha llegado a su condenación solemne. Su influencia, que ha tenido muchas oscilaciones, es innegable y no ha sufrido gran menoscabo en los últimos tiempos» (Ammann).

La Eclesiología de Chomiakov suscitó interés y cosechó numerosos adeptos. También encontró ruda oposición. La censura gubernamental realizada por el Santo Sínodo, prohibió la edición de sus obras. Las primeras ediciones aparecían en Praga. Y cuando, al fin, fue autorizada en Rusia la publicación (1879), se le obligó a insertar en la portadilla esta advertencia al lector: «Se hace saber a cuantos lean esta obra que la imprecisión e inexactitud que se encuentren en determinados pasajes se deben exclusivamente a la mediana formación del autor en materias teológicas».

Macario Bulgakov tuvo imitadores. Es uno de ellos Nicolás Malinovsky, rector del Seminario de Podolsk. Escribió un buen Manual en cuatro tomos y un Compendio, en dos (1904). Este y otros libros similares representan la Dogmática oficial de la Iglesia rusa o, si se prefiere la Teología legítimamente autorizada por la Censura eclesiástica, que en Rusia funcionaba en tiempos zaristas y sinodales con una severidad inexorable. Durante la primera mitad del siglo XIX los tribunales de censores controlados por el Santo Sínodo aprobaron tan sólo 82 obras de Teología apologética y de Exégesis bíblica y rechazaron como indignas de la luz pública a 46. De todos modos, el rigor sinodal no logró impedir el desarrollo de escuelas, más o menos liberales e idealistas, que rechazaron el yugo de la Teología tradicional.

Bastante más extenso que el de Malinovsky es el Manual de Malevansky, rector de la Academia Eclesiástica de Kiev. En sus cinco volúmenes no expone los dogmas de manera especulativa.

Muy dado a la Historia Eclesiástica y la Patrología, Silvestre Malevansky se fijó en la evolución histórica de las doctrinas cristianas. Y así elaboró un Tratado dogmático relativamente ameno. A diferencia de Gumilievsky y de Macario Bulgakov, quienes no hicieron mención de ella para nada, el Rector de la Academia kievense tuvo el mal gusto de atacar violentamente a la Iglesia latina y, sobre todo, al método escolástico, el cual, según él, conduce derechamente al racionalismo. Por el momento, no logró éxito ese nuevo método de estudiar los dogmas. Los clérigos y seminaristas rusos preferían todavía los modos expositivos de un Filareto Gumilievsky y de un Macario Bulgakov, tan dados a las pruebas de Escritura y de Tradición.

Superó con mucho a todos sus predecesores en materias histórico-eclesiásticas el profesor Golubinsky, de la Academia Eclesiástica de Moscú. Con nuevas fuentes a la mano y con una crítica sagaz y rigurosamente científica, Golubinsky llegó a conclusiones muy distintas de las que hasta él habían imperado en esta disciplina, no muy cultivada, por cierto, en tierras eslavas. No es por lo tanto de extrañar que este hombre de ciencia tropezase con la rígida y estrecha censura eclesiástica y estatal. El teólogo y alto jerarca Macario Bulgakov acertó a defender como era de justicia, a un hombre culto y bien intencionado. Fue resultado de sus trabajos incesantes y bien dirigidos la célebre «Historia de la Iglesia rusa», la mejor y más documentada que se conoce. Pero este hombre inteligente y laborioso, a quien se reconoce con rara unanimidad el mérito de haber abierto nuevos caminos a las ciencias históricas en su patria, tuvo la desgracia de perder pronto la vista. Por esto no pudo terminar una obra magna de muchos volúmenes, que abarca todos los campos de la disciplina y de la cultura eclesiásticas. Empezó con los orígenes de la Cristiandad eslava y llegó hasta la creación del Patriarcado moscovita. Murió en 1912.

Por primera vez surgieron en Rusia por esta época (segunda mitad del siglo XIX) historiadores notables de las otras Iglesias orientales. Merecen citarse Lebedev, Belotov y Malytchevsky. El primero es autor de siete volúmenes consagrados a la historia de la Iglesia bizantina propiamente dicha; el segundo se ocupó de las Cristiandades egipcias, Etiópica y Siro-persa, y el tercero estudió con mucho detenimiento la evolución de la Iglesia egipcia. Estos tres hombres estudiosos y bien orientados no se contentaron con la *mera narración*. Seguidores de las vías abiertas por el gran Golubinsky, acudieron a las fuentes históricas y realizaron una labor meritoria.

Muy poco hicieron los teólogos rusos en el campo de las Ciencias bíblicas. No conocemos en este período otro exégeta que el obispo de Tambov, Teofán Govorov, llamado también el Zatvornik (el Ermitaño). Comentó las Epístolas de San Pablo.

En cambio, progresó bastante la Teología Moral. En esta rama de las ciencias eclesiásticas, básica desde luego para el gobierno de las almas, los autores rusos siguieron muy de cerca a los modelos occidentales. Entre éstos mereció sus preferencias, a partir de la reforma escolar de 1869, el danés Martensen, obispo de Seeland, cuyas obras fueron traducidas al ruso. Su influencia fue decisiva. El mejor moralista eslavo, perteneciente a la vieja generación, fue Pablo Solarsky, cuya obra en tres volúmenes puede considerarse como clásica. Las Academias de Kiev y de San Petersburgo dieron buenos teólogos moralistas. Pertenece a la primera el profesor Olenitsky y a la segunda, Janitchsev.

Son canonistas notables Suvorov, Ostrunov y Pavlov. El Derecho eclesiástico adquirió gran desarrollo merced a las acusadas tendencias de los tratadistas hacia la investigación histórica.

Mucho se distinguieron en la Ciencia litúrgica los profesores de la Universidad estatal de Moscú Mansuetov y Krasnozeltsev. Al igual que los investigadores histórico-eclesiásticos, también estos liturgistas se ocuparon de otras liturgias, además de la bizantina-eslava.

El orador más excelso de Rusia en el siglo XIX fue, sin disputa de ningún género, el obispo de Chersón, Inocencio Borizov.

Los datos apuntados vienen a demostrar que la Teología rusa había progresado mucho. No podía ya compararse con la de otros siglos, raquítica y pobre. Los tratados en las pasadas centurias pertenecían a la categoría de catecismos más o menos extensos y siempre sencillos y breves. Es una lástima que los nuevos autores permanecieran semiaislados en su atrasada patria. Es verdad que se asomaron a Occidente para redactar sus textos y que tomaron de éstos métodos y enseñanzas; pero no lo es menos que no mantuvieron relación personal ni intercambio científico con sus colegas de la más culta Europa occidental, relación e intercambio que hubieran sido muy provechosos. Era un obstáculo de monta la diversidad de idioma, obstáculo que a no pocos rusos sirvió de pretexto para encerrarse en un grato y xenófobo exclusivismo.



Icono del Crucificado en una iglesia rusa moderna

Cementerio ruso moderno

Capitulo XXI

I

Los contactos entre ortodoxos y anglicanos.—Guillermo Palmer y sus esfuerzos por encontrar la verdad religiosa.—Los contactos entre ortodoxos y luteranos.—La rusificación *de los protestantes de los Países Bálticos.—La colaboración en esta parte de Jorge Samarín y del obispo de Riga, Filareto Gumilievsky.*

II

Los "Viejos Creyentes" o Cismáticos nacionales.—La dureza del Zar Nicolás I y la terquedad de los cismáticos.—La creación de la jerarquía eclesiástica rascoliana.—La severa persecución gubernamental.

III

Las misiones entre paganos.—La cristianización en las orillas del Kama y en los territorios más allá del Delta del Volga.—Idem en Siberia.—Idem en Alaska, en las Aleutianas y en China.

En los 30 años que duró el gobierno del Zar Nicolás la Iglesia oficial no luchó tan sólo contra los altos Procuradores del Santo Sínodo poseídos de la anticanónica manía de legislar y reformar en asuntos eclesiásticos; tuvo que habérselas, además, con difíciles problemas que le plantearon moradores de otras provincias, no rusas ni ortodoxas, sometidas al Imperio. La tarea antievangélica de incorporarlos a la Ortodoxia por todos los medios imaginables creó obstáculos de mucha consideración. En los tiempos del autoritario Conde de Protasov, Procurador famoso y duro del Santo Sínodo, dieron mucho que hacer los protestantes alemanes y los anglicanos. Dentro de casa se movie-

ron activamente los «Viejos Creyentes» y cismáticos rascolianos, enemigos rabiosos de la Iglesia estatal. Como era natural no dejó ésta de trabajar en la magna empresa de convertir a los paganos que vivían en la Rusia propiamente dicha y en las regiones asiáticas.

* * *

Como en los tiempos de Pedro I el Grande fueron también ahora de corta duración los contactos entre ortodoxos y anglicanos. Los realizaba por parte de Inglaterra una personalidad notable, Guillermo Palmer, teólogo de cierto relieve. Era hombre noble y sinceramente idealista. Por lo mismo y por observador silencioso y simpatizante del *movimiento de Oxford*, se pasó la mitad de su vida buscando la verdad religiosa. A tan noble tarea consagró negociaciones, escritos y desvelos. Creyendo encontrarla en la Ortodoxia eslava; se acercó por dos veces a San Petersburgo (1840-41). Una vez en la capital del Imperio ruso, se dirigía al Conde de Protasov, alto Procurador del Santo Sínodo, para solicitar sencilla y llanamente el ingreso en la Iglesia eslava. Después de muchas discusiones teológicas la petición de Palmer era rotundamente rechazada. La razón era ésta: El candidato a la Ortodoxia, Diácono Palmer, no quiere desprenderse del lastre herético de los 39 artículos que constituyen el nervio de la Confesión anglicana. Pretende fundir dos Religiones antitéticas: el Protestantismo y la Ortodoxia. Aun habiendo manifestado deseos de apostatar en forma satisfactoria de su Religión anglicana, Palmer, el buscador de la verdad, no fue admitido en la Comunión de la Iglesia rusa. Más tarde (1848-54), buscaba en Atenas, Constantinopla y Asia Menor, lo que no había podido hallar en Rusia. Por cuanto fracasó también en Oriente y porque, además, el Episcopado anglo-escocés, frío y malhumorado, le volvía las espaldas, Palmer se dirigía a Roma (1854). Aquí entró en relaciones religioso-científicas con el sabio jesuíta P. Carlos Passaglia, profesor de Filosofía en la Sapienza y luego de Etica en la Universidad de Turín. Gracias a los esclarecimientos de este ilustre hijo de San Ignacio, el anglicano Palmer ingresaba en la Iglesia Católica (8-II-1855). Aquí encontró la verdad apostólica y ecuménica. A sus contactos con la Iglesia ortodoxa de Rusia debemos varias obras que leerán conprovecho cuantos se dedican al estudio de la Ortodoxia eslava. Son éstas: «History of the Church in Russia» (Oxford, 1842); «The Patriarch Nicón and the Tsar», 6 vol. (Londres, 1871-76); «Notes of a visit to the Russian Church», y «Dis-

sertations on subjets relating to the Ortodox Communion», (Londres, 1853). La segunda supera con mucho a las demás.

De muy distinto carácter fueron los contactos con la Iglesia luterana. Los regulaba hasta en los más nimios detalles (1832) una ley eclesiástica que sin modificación alguna era incluída en la Colección jurídica (Svod Zakonov). En su virtud se garantizaba a los protestantes de Rusia su evolución pacífica. No fueron tan afortunados los que vivían en los Países Bálticos. Hacia 1840 iniciaron los rusos una vigorosa campaña misional encaminada a llevar hacia la Iglesia ortodoxa a letones y estonianos. El intento absolutista de los rusos, que cuadraba muy bien con las tres palabras que integraban el lema político-religioso de Nicolás I: Autocracia, Ortodoxia y Nacionalismo, se extendería también a todos los protestantes bálticos, de origen extranjero todos ellos. El mejor modo de rusificarlos —se decían los políticos y los jerarcas eclesiásticos de San Petersburgo— consiste en convertirlos a nuestra amada Ortodoxia. El método no era nuevo, en verdad. Se había ensayado ya, con el éxito que siempre obtienen las violencias rusas, en los *Uniatos* de la Volinia polaca y de la Rusia Blanca y en los fieles de la autónoma Iglesia de Georgia.

Vinieron a favorecer estas ansias rusificadoras de la Iglesia y del Estado rusos los intentos religioso-sociales de los eslavófilos en Moscú. En las provincias Bálticas secundó las tareas *nacionalistas* del gobierno ruso uno de los más insignes representantes del *Movimiento* eslavófilo: Jorge Samarín (1818-76). Este publicista, de familia rica y noble abolengo, que había desempeñado en San Petersburgo cargos políticos de importancia, aparecía en Riga, perla del Báltico (1846), formando parte de una comisión encargada de revisar el Estatuto municipal. Cuando surgió en su patria, merced, sin duda, a las exigencias eslavófilas, el problema de la abolición de la *esclavitud,* el Gobierno nombró al eslavófilo Samarín, al conciliador del Hegelianismo y de la Ortodoxia, miembro de la respectiva Comisión que había de ocuparse de aquel interesantísimo negocio en la provincia de Samara. Luchó tenazmente contra los privilegios de los alemanes en los Países Bálticos. Merecen citarse entre sus escritos los dos siguientes: «Provincias fronterizas» y «Los jesuítas y sus relaciones con Rusia».

El legítimo deseo de verse liberados del yugo feudal que desde tiempos remotos venían imponiéndoles los grandes terratenientes germanos y de poseer la tierra en propiedad empujó a muchos protestantes de Letonia y Estonia hacia la Ortodoxia

eslava. Ocurría ello en el cuarto decenio de la centuria. El tercer obispo de Riga —cuya diócesis era de creación reciente— Filareto Gumilievsky, apoyó las pretensiones de los explotados colonos. Por cierto que los siete sacerdotes que encontró a su llegada en 1841 este prelado ilustre, llegaban a setenta en 1848, año de su traslado a Charkov. «Se puede calcular que, en conjunto, se hicieron ortodoxos en el mencionado decenio unos 75.000 protestantes. La conversión no fue sincera ni mucho menos. Particularmente en Estonia los nuevos ortodoxos continuaron apegados a los viejos usos luteranos. Es por esto por lo que la piedad y hasta la liturgia de estos rusos de nuevo cuño conservaron por mucho tiempo un carácter especial que perduró hasta la caída del Zarismo» (Ammann).

II

Mientras que bajo Pablo I y su hijo e inmediato sucesor Alejandro I habían gozado de una tranquilidad relativa, los «Viejos Creyentes», los irreconciliables enemigos de la Iglesia oficial, tuvieron que sufrir mucho bajo la mano dura de Nicolás I. Este Zar se proponía nada menos que convertirlos a la Ortodoxia y al Nacionalismo, conceptos y realidades aborrecidos por aquellos fanáticos. El procedimiento que empleó el Zar ortodoxo no pudo ser más absurdo. Veamos.

El conflicto con los Rascolnikys adquiría proporciones más serias cuando el gobierno de San Petersburgo comenzó a presionar sobre los cismáticos sacerdotales, los menos selváticos y rabiosos ciertamente. Se iniciaba la campaña contra los que se habían establecido en el Cementerio Rogozky (Moscú) y los que desde hacía un siglo vivían en Starodub. Todos se unirían, según los más vivos deseos del Zar, al sector rascoliano, no muy numeroso por cierto, que había ingresado en la *Unidad en la Fe*, comunidad pacificadora que había reconocido a la Iglesia estatal. Con ocasión de un viaje a la Colonia famosa de Starodub el propio Zar en persona ofreció su mediación a fin de que las gentes, sencillas pero obstinadas, que la poblaban reingresaran en la Iglesia estatal o al menos en la *Comunidad Unida* con ella. Todos los esfuerzos de Nicolás I se estrellaron contra la terquedad y el odio de aquellos fanáticos. Se explica muy bien su negativa. Acababan de obtener nuevos sacerdotes y hasta un verdadero Obispo; se habían encargado de proporcionarlo los sectarios que vivían en Austria. Al cabo de muchas e infructuosas tentativas dieron con un obispo griego a quien los turcos habían arrojado de su Silla (Sarajevo). Se trataba del Metropolita Am-

brosio, que llevaba una vida de enormes privaciones en Constantinopla. En 1846 se establecía en el Monasterio de Biala Krunitsa (Bucovina) entre los «Viejos Creyentes» a quienes los austríacos llamaban lipovanos. A poco el nuevo prelado consagró a unos cuantos obispos. Creaba con ello, sin cuidarse para nada de la Iglesia y del Estado rusos, una jerarquía eclesiástica rascoliana para Rusia entera. Los «Viejos Creyentes» del Cementerio Ragovsky de Moscú y los que, desparramados por la inmensidad eslava, comulgaban en la misma adoración a los antiguos Ritos estaban muy contentos y distinguían a su obispo Ambrosio con su aprecio y respeto. Pero no faltaron entre ellos hombres más sensatos que no las tenían todas consigo y preferían la adhesión a la *Unidad en la Fe* a la obediencia a un prelado y a unos sacerdotes que vivían fuera del país. Es probable que ellos mismos notificaran al Gobierno la existencia de esta nueva jerarquía. Para eliminarla, el Zar iniciaba gestiones ante el Gobierno austríaco en contra del prelado Ambrosio, gestiones que resultaron infructuosas gracias al estallido revolucionario de 1848. La nueva jerarquía ganó considerable firmeza y amplia influencia. Los políticos vengativos de San Petersburgo consiguieron, es cierto, arrestar en el Monasterio de Suzdal algunos de los miembros de aquella extraña jerarquía, pero no lo es menos que no pudieron eliminarla por completo. Junto a la estatal seguía funcionando una jerarquia no sometida al Santo Sínodo. Cuando los «Viejos Creyentes» sacerdotales del Cementerio de Rogovsky hicieron acto de sumisión a la jerarquía cismática-rascoliana, el gobierno ruso, que ya había perdido la moderación con las violencias anteriores, tomó la dura y despótica resolución de cerrarles todas las iglesias y establecimientos (1858). Las cosas todavía continuaron así bajo el reinado de Alejandro II.

La persecución alcanzaba también ¿cómo no?, a los asacerdotales. Hacia 1850 se arrebató al Cementerio moscovita de Preobratchensky todo carácter de institución de Derecho público. Y como centro de beneficencia era sometido a la legislación nacional que regulaba la vida de las fundaciones de esta índole. El Estado, pues, vigilaría y controlaría toda su actuación. La persecución llegó hasta el extremo de promulgar disposiciones de excepción que limitaron de modo asaz brutal la libertad individual de esos «Viejos Creyentes». Se les negaba en ciertos casos hasta el derecho de ciudadanía. Pero ni la Iglesia ni el Estado que la apoyaba consiguieron en modo alguno que estos rabiosos enemigos de una y de otro ingresaran en la *Unidad de la Fe*.

Incomparablemente más dura e implacable resultó la violenta persecución de los clistinos y escopces. El Gobierno y la Iglesia los acorralaban sin cesar y los trataban como verdaderas alimañas. Aquí estaba justificada la violencia gubernamental porque, en realidad, aquellos exaltados se habían colocado a sí mismo fuera de la ley. ¡Tan antinatural y salvaje era su actuación! Las personas de juicio sereno y de sentimientos humanitarios estaban horrorizados.

LAS MISIONES ENTRE PAGANOS

También en el siglo XIX se acordó la Iglesia rusa de cumplir la misión evangélica de convertir infieles a la fe de Cristo. Consagró sus preferentes desvelos a la cristianización de los infieles y mahometanos que moraban en la Europa Oriental. En la primera mitad del siglo fueron objeto de la predicación de misioneros rusos los paganos que vivían en las orillas del Kama (los votjakos), en el bajo Volga. Todos fueron cristianizados. Se interesaron por los kirqueses y calmucos —tribus nómadas que vagaban por las regiones comprendidas entre el Delta del Volga y el lago Baikal— los obispos de Astrakán, quienes también actuaron con fruto entre los mahometanos. Pero, aun siendo muy intensa esta actividad misional, no logró eliminar las prácticas paganas de los neoconversos. La llamada doble Fe (mezcla de cristianismo y de supersticiones paganas) es cosa corriente entre las gentes de origen fines-mongólico en Rusia.

Mucho dieron que hacer a la Iglesia los mulsulmanes situados más allá del Delta del Volga. En el siglo XVIII había comenzado la tarea apostólica y aún se logró la conversión de algunos millares de ellos; pero la volteriana Emperatriz Catalina II, *ajena por completo a todo fanatismo,* se opuso tenaz y despóticamente a tan laudable propósito. Naturalmente, en los primeros decenios de la Centuria inmediata volvían a la Religión mahometana muchos descendientes de aquellos conversos. El hecho era tanto más lamentable cuanto que ni el Estado ni la Iglesia fueron capaces de reaccionar con eficacia. Finalmente, en 1854, se encargaba de modo especial de las misiones entre mahometanos una institución apostólica de las varias que funcionaban a la sombra de la Academia Eclesiástica de Kazán, seminario de buenos y celosos misioneros.

Progresaban los trabajos misionales en la Rusia asiática y, sobre todo, en Siberia, colonizada como siempre con millares de deportados. En 1840 venía a la existencia el Obispado de Kam-

chatka. Su más insigne titular —el más grande entre los misioneros rusos de todos los tiempos— fue Inocencio, que más tarde llegó a Metropolita de Moscú. Era muy vasta su diócesis porque se extendía hasta el Amur, por el Sur, y hasta el territorio de los Jacutos, al Oeste. Para mejor gobernarla se fundaba (1859) un Vicariato. Para el servicio divino se utilizaba la lengua jacútica. Diez años después, ese Vicariato quedaba transformado en la eparquía autónoma de Jakutsk.

A últimos de 1790 y a través del Estrecho de Bering, los rusos habían llegado hasta el territorio de Alaska. No mucho después se fundaba allí una Compañía ruso-americana. Ante ellos, y sin fronteras definidas, se extendían las tierras feraces de América. Hacia ellas se encaminaron algunos rusos. En 1812 había ya en el lejano Sur, en California nada menos, ¡una colonia rusa! Pero no tardando, pasados tan sólo doce años, quedaron delimitadas con toda precisión las fronteras ruso-americanas. Los rusos de América no pasarían de Alaska. Los misioneros llegados a esta inhospitalaria y desértica región procedían del Monasterio de Valaám, en el Ladoga.

Desde 1794 funcionaba en la Isla de Kadjak, del grupo de las Aleutianas, una Misión integrada por ocho monjes. Fue el más célebre de estos misioneros el Starez German († 1837), quien se había establecido como anacoreta en un islote cercano. En 1799, el archimandrita del Monasterio germaniano, Josefat Bolotov, recibía en Irkutsk la consagración episcopal. Regiría la diócesis de Kadjak y actuaría como vicario del Obispado de Irkutsk para toda la América rusa. Murió no tardando en un naufragio. No tuvo continuadores.

Las misiones rusas en China, que habían sufrido un retroceso en los comienzos del siglo XVIII, volvieron a florecer a principios de la centuria siguiente. Encontraron muchas dificultades no siendo la menor la falta de vocaciones para tan ardua labor. Rusia no acertó —y no queremos creer en su negativa sistemática— a cumplir un santo cometido que de consuno le señalaban la Geografía y la Historia. No dejó de consagrarse a él algún misionero suelto, pero el radio de acción cristianizadora fue siempre muy reducido. El más eminente de los misioneros eslavos en China fue Jacinto Butchinin, hombre tan científico como piadoso (1807-22).

Capitulo XXII

ALEJANDRO II

I *La emancipación de la casta sacerdotal.—El anticatolicismo de este Zar fanáticamente ortodoxo.—Su política de inflexible severidad con los disidentes rascolianos.—Evolución de la Secta durante este reinado.—La abolición de la* esclavitud.
II *Los simples fieles.—Carácter instintivo y supersticioso de la religiosidad popular.—Pérdida de densidad cristiana en la conciencia de las masas populares.*
III *Las Misiones entre paganos:* a) *Dentro del Imperio y* b) *fuera de él.—La protección de los ortodoxos en el extranjero (Balcanes, Palestina y América).*
IV *La burguesía liberal* (La Intelligentzija).—*La actitud antiortodoxa del literato genial Conde León Tolstoy.—Su extravagante teoría religioso-social* del Amor y de la no resistencia al Mal.—*Su excomunión por la Iglesia ortodoxa.—Las demás Sectas.— Los disidentes luteranoides (Stundistas)* Los nuevos católicos alemanes *y la Iglesia rusa (Conferencias de Bonn,* 1874-75*).—Los conatos de unión entre ortodoxos y anglicanos.*

I

En primero de julio de 1869 confirmaba Alejandro II una importante decisión del Consejo Imperial. Por ella desaparecía para siempre el carácter hereditario de la casta sacerdotal. En adelante, los hijos de los clérigos quedarían en libertad plena para agenciarse colocaciones en la administración estatal o para dedicarse, si lo preferían, a las múltiples actividades de la vida civil. Pero el inmoderado afán de fomentar los intereses de la Greco-Ortodoxia no le dejó tener para el Catolicismo las consideraciones que él se merece. Porque, si bien es cierto que en años anteriores y, sobre todo en 1856, el de la coronación precisamente, se habían otorgado a la Iglesia Católica ciertas con-

cesiones, también lo es que ellas eran muy mezquinas y que, de todos modos, eran no tardando anuladas. El Concordato de 1847 era, por de pronto, abolido, antes de finalizar el año de 1866. Poco antes, las medidas vejatorias contra aquella respetable Institución habían desembocado en una ruptura de relaciones diplomáticas con la Roma Papal. Y tres años más tarde, el Gobierno ruso —único en el mundo que se atrevió a tomar esta medida— prohibía a los obispos católicos del Imperio moscovita ponerse en camino hacia Italia para asistir a las sesiones del Concilio Vaticano.

No lo pasaron mejor los «Viejos Creyentes» (Rascolniky) o rusos mal avenidos con la Ortodoxia oficial. Como su egregio Padre, Alejandro II se mostró con ellos extremadamente duro. Pese a la resistencia, mejor, a la manifiesta hostilidad del Gobierno, los Rascolniky habían logrado organizar un buen número de Obispados en todo el Imperio. La policía los seguía de cerca, tanto que no pocos dieron con sus huesos en determinados monasterios ortodoxos, verdaderas cárceles zaristas para ellos. También fueron clausurados y sellados (7 de julio de 1856) aquellos lugares que para celebrar cultos les fueran asignados en el cementerio moscovita de Rogozky. Ello, como era lógico, intensificaba el odio inextinguible con que los Rascolniky distinguían a las dos potestades que tanto los perseguían: El Estado zarista y la Iglesia Ortodoxa. Tanto fue así que los simpatizantes con la Europa Central y Occidental, y especialmente los revolucionarios que vivían en el extranjero, se forjaron la ilusión de poder contar con ellos para derribar el régimen autocrático de los Zares. Creyeron fácil la colaboración subversiva de los perseguidos Rascolniky porque el centro principal de estos rusos descontentos radicaba, cabalmente en el extranjero: la Bucovina austríaca. El gran enemigo de la autocracia zarista, el socialista Alejandro Herzen, a quien ayudaban en las tareas de captación el nihilista Bakunin y el camarada Ogarev, llegó hasta el extremo de ofrecer a los disidentes rusos la utilización de una imprenta de Londres; mas los puritanos eslavos, los irreconciliables enemigos de la Iglesia estatal y zarista, rechazaron, indignados, la cooperación subversiva que se les pedía. Ellos —por algo se llamaban «Viejos Creyentes»— nada querían saber de ateos y revolucionarios. Tan contraproducente resultó la oferta de Herzen que los Rascolniky «Sacerdotales» o moderados redactaron en un Sínodo moscovita (1862) una circular en cuya virtud se aceptaban muchos puntos de vista de la Ortodoxia oficial y se condenaba el radicalismo de los correligionarios

que rechazaban de plano todo «sacerdocio». La Iglesia zarista dejó de ser para ellos «el Poder del Anticristo». Naturalmente, sirvió todo ello para nutrir las filas de la llamada «Unidad en la Fe», entidad unionista reconocida y fomentada por el Estado y por la Iglesia oficial. Con el tiempo, sin embargo, lograron los «sacerdotales» superar esta crisis, a cuya génesis y evolución contribuyeron no poco los intentos de captación por parte de los elementos revolucionarios.

Los «asacerdotales», por su parte, fueron más consecuentes en su actitud antiortodoxa y antiestatal. Continuaban llamando *Reino del Anticristo* al Imperio de los Zares y seguían fieles a sus tradiciones y prácticas litúrgicas. Y, por lo que hace a las discrepancias con sus correligionarios de la rama «sacerdotal», se limitaron a combatir con energía al sacerdocio que éstos habían creado. Por eso degeneraron en miembros de una Confesión laica. Aún así, la coherencia y firmeza de que dieron muestras les acarrearon la confianza de sus propios correligionarios y un prestigio indiscutible y meritorio, bastante más sólido que el de aquellos Rascolniky, débiles y contemporizadores, que no tenían inconveniente en pactar con un Estado, que oprimía las conciencias y con una Iglesia que se había desviado de las rutas evangélicas y verdaderamente cristianas. No fueron pequeñas las dificultades que en la vida práctica —y sobre todo en asuntos matrimoniales— les acarreó su tenaz negativa a reconocer el sacerdocio de sus congéneres, o como éstos llamaban, la «vieja jerarquía creyente». No pudo llegarse a una solución. Y las cosas quedaron como estaban. Pese a todos los apoyos que el Estado le había prestado —contra la voluntad, desde luego, de la Iglesia ortodoxa— la tercera rama de los «Viejos Creyentes» (los de la «Unidad en la Fe») llevó una vida lánguida.

Totalmente abandonados por la Ortodoxia nacional, la cual nada quería saber de ellos, y deliberadamente ignorados por los demás fieles, aun rascolnianos, los infortunados miembros conformistas de la Unidad en la Fe, carecieron por completo de importancia en la vida religiosa de Rusia.

Por lo demás, el Zar Alejandro II, tercamente apegado a la inflexibilidad dogmático-litúrgica de la Iglesia nacional, de la que era cabeza, persistió en su irreflexiva severidad con estos disidentes. No pudieron utilizar los altares que tuvieron en el Cementerio Rogozky de Moscú. Y la policía estatal seguía acosándolos cual si fueran alimañas. A tanto llegaron la intolerancia del Zar y la incomprensión de su Iglesia nacional.

Estaba reservada al bondadoso corazón de Alejandro II —y

por ello se le dio el título de *Libertador*— la empresa cristiana de abolir la esclavitud. La realizó por un ukase de 19 de febrero de 1861. La fecha merece consignarse. En adelante, los nobles y los ricos del mundo eslavo no podrían vender, regalar o ¡*jugárselos a las cartas*! a los esclavos, en su mayoría labriegos o *siervos* de la Gleba. Más que la presión moral de la Iglesia ortodoxa, llamada a ello por su misma condición esencial —conviene no olvidar que también el Clero ruso tuvo y tenía esclavos a su servicio— influyó en el ánimo del Zar Libertador el reproche universal de la Humanidad culta, la cual implícita e indirectamente estaba reclamando la desaparición de esta ignominia. En realidad de verdad, como no fuera el reconocimiento teórico de su dignidad personal, poco ganaron por el momento aquellos infortunados. Atentos tan sólo a su incalificable egoísmo, los políticos ineptos, los avaros aristócratas y los ricos insaciables maniobraron en forma tal que no se vieron cumplidas las esperanzas e ilusiones de un soberano magnánimo. No se llegó a la más equitativa redistribución de la tierra, propósito noble de Alejandro II. Lo que este Zar había otorgado era a un tiempo mismo *mucho y muy poco*. Era mucho para los ricos y era poco para los labriegos. Estos tuvieron que pagar durante muchos años todavía rentas muy elevadas. Y así, aunque libres de cuerpo, los infelices cultivadores de la tierra permanecieron esclavos por las deudas contraídas. Tampoco les suministraron los medios necesarios para intensificar los cultivos. La inhumana actitud de los ricos sacrificó sin miramiento alguno el porvenir de la Agricultura rusa y de los trabajadores en la misma (¡120 millones!). Pero el fenómeno más saliente en el reinado de Alejandro II fue, sin duda alguna, la actuación del *Nihilismo*. A diferencia de su padre Nicolás I, que, de hecho, marchaba casi siempre sólo y sin escolta aun por las más apartadas provincias del Imperio, Alejandro II hubo de ser a toda hora acompañado y custodiado. No faltaban motivos para que el Gobierno ruso extremase las medidas de precauciones extraordinarias. No sabemos de ningún otro monarca que haya sido objeto de tan gran número de atentados.

II

Merced a la política religiosa que desde la Procuraduría General del Santo Sínodo venía desarrollando el fanático ortodoxo y rabioso conservador, señor Pobjedonoszev, los simples fieles llegaron a figurarse que, en efecto, había resurgido la Rusia soñada por el célebre P. José de Volokalamsk, que Moscú, la

ciudad de las doradas cúpulas, era, en realidad, la tercera y última Roma y que en los vetustos palacios y venerandas catedrales del Kremlin, corazón y centro de Rusia entera, tenían todos los ortodoxos la sede del Imperio temporal y cristiano en torno al cual habían de congregarse los eslavos del mundo todo. Por esto mismo sonaba tan bien en los oídos de los rusos la santa palabra «Pravoslavnye», que significa: «vosotros cristianos ortodoxos». Los simples fieles se sentían orgullosos de pertenecer a la Santa Rusia y de asistir a los actos litúrgicos de su Iglesia nacional. Y porque se creían verdaderamente ortodoxos —los únicos y genuinos cristianos del Orbe— no dejaron de hacer la peregrinación a la Ciudad de Jerusalén y demás lugares santificados por la presencia, milagros y muerte redentora de Cristo, y a la bendita meca de la Ortodoxia, el Monte Athos. Los peregrinos regresaban a la Rusia de sus amores con redoblada piedad.

De todas formas, la religión de los simples fieles, sumidos todavía en la más crasa ignorancia, había adoptado las mayores extravagancias. Abundaban los profesionales de la *Necedad por amor a Cristo* (Jurodivije), y no pocos se pasaban la vida caminando de un santuario a otro por los interminables caminos de las estepas inmensas. Esta religiosidad oscura, más instintiva que consciente, más supersticiosa que sana y sencilla, tenía que ser campo abonado para toda clase de aberraciones, entre las que sobresalían la «doble fe» (mezcla de Ortodoxia y paganismo) y las fanáticas sectas de los Rascolniky, Scopces, clistinos, etc. Pobjedonoszev se había equivocado lamentablemente al asegurar que la «ignorancia en el pueblo, lejos de perjudicar, favorecía a la Religión». La resultante de los modos político-religiosos, bien insensatos por cierto, del Procurador general del Santo Sínodo Rector, la que el funesto personaje llamaba con más pompa que verdad *resurrección* de la Vieja Rusia, degeneró en un empuje creciente de los occidentalistas y en una actuación nefasta de los Nihilistas. Creyendo falsamente que la desaparición de las personas lleva consigo el fin de las ideas e instituciones que encarnan, estos locos de atar asesinaron al Zar. Ahora bien, las cosas habían variado mucho. Antes, los simples fieles, muy monárquicos y muy zaristas, eran incapaces de acudir a la *acción directa*; mas en los tiempos de Alejandro II, en las filas de los nihilistas, no muy numerosas ciertamente, figuraban ya, con algunos nobles y militares, no pocos campesinos y obreros. Luego los socialistas, que no tardaron en apoderarse de las masas trabajadoras, recogieron la faceta redentora de la bandera del criminal nihilismo. No pocos de sus jefes, especialmente los

de tendencia religiosa, salieron de los seminarios. Además, los simples fieles, pese a su ignorancia y superstición, iban apartándose más y más de la Iglesia. La Ortodoxia rusa iba perdiendo en considerables proporciones el influjo que un día no lejano aún tuviera sobre las masas populares.

III

a) Bajo Alejandro II y su sucesor Alejandro III prosiguieron sus apostólicas tareas dentro del Imperio los misioneros ortodoxos. Por desgracia, no fueron grandes ni espectaculares los éxitos logrados. La Academia eclesiástica de Kazán era el centro encargado de la formación científico-literaria de los obreros de la viña. En ella funcionaba como instituto anejo la oportuna escuela misional. Se enseñaban en ella dialectos e idiomas, porque la Iglesia ortodoxa tenía sumo interés en celebrar la Misa y administrar sacramentos en el idioma de los propios conversos. Una sección especial de la Universidad de Kazán se impuso la ingrata tarea de propagar la fe cristiano-ortodoxa entre los muchos mahometanos que residían en Rusia. En 1893 comenzó a publicar una revista titulada *El mensajero misional para mahometanos.*

b) Las misiones entre paganos residentes fuera del territorio nacional tuvieron resultados muy dispares. Fueron enteramente nulos en China, en las Aleutianas y en Alaska. Nos referimos, claro está, a la segunda mitad de la centuria décimonona. Por el contrario, se apuntó éxitos positivos la Misión ortodoxa abierta en el Japón. Tanto fue así que logró formar a sacerdotes indígenas, circunstancia muy ventajosa que permitió a los rusos establecer en aquel lejano Archipiélago una Iglesia cristiana japonesa, la cual tuvo una vida modesta, pero segura.

Por iniciativa e impulsos de la Zarina María Alexandrovna, esposa de Alejandro II y dama por muchos conceptos eminente, y merced a los trabajos de un alto jerarca de la Ortodoxia eslava, el Metropolita Inocencio, hombre muy benemérito como prelado y como misionero en Kamtchatka y en la Siberia Oriental, venía a la existencia (1870) una «Sociedad misional ortodoxa». Debía tener comités en todas las eparquías del vasto Imperio. Poco a poco lograba esta noble entidad que cayesen bajo su tutela y jurisdicción todas las actividades apostólicas de la Iglesia rusa entre las gentes que no conocían a Cristo.

* * *

Ya en el siglo XVII el Zar Alejo Michailovitch acarició la idea política de arrebatar Constantinopla a los Turcos. También Pedro I el Grande quiso combatir a la Sublime Puerta sirviéndose de los Países Balcánicos, los cuales, por su parte, de siglos atrás, venían pidiendo a Rusia protección eficaz. Era, pues, muy lógico que el Imperio de los Zares sintiese honda satisfacción cuando en el siglo XIX aquellos pueblos acudieron a la guerra para liberarse del yugo otomano. Al fin y al cabo profesaban la misma religión: la Greco-bizantina. En el bienio (1827-29) —fecha en que alguno de aquellos países subyugados lograba cierta independencia— les ayudó *militarmente* Nicolás I. La guerra de Crimea, empresa esencialmente antiturca (1853-56), tuvo la virtud de crear entre los rusos la exigencia política de extender la protección estatal a todos los ortodoxos que residían en territorio turco. En 1877-78 Alejandro II, quien seguía en esta parte el ejemplo del egregio autor de sus días, al estallar de nuevo la guerra antiotomana, justificaba la actitud rusa con estas palabras: «Nosotros, los rusos, queremos asegurar a nuestros hermanos en la fe, oprimidos por los turcos, las necesarias garantías de un futuro mejor». El *Paneslavismo*, cada vez más riguroso en Rusia, el cual aspiraba a cobijar bajo la bandera zarista a todos los eslavos, vino a robustecer la tendencia hacia la mencionada protección. El más grande de los poetas rusos Alejandro Puschkin (m. en 1837) acertó a dar la adecuada expresión cuando escribió: «Todos los arroyos eslavos desembocan en el mar ruso».

La Iglesia rusa se dejó arrastrar por una corriente política que le era especialmente grata. Y a la tendencia apostólica de extender el Reino de Dios entre paganos juntaba ahora el impulso político-eclesiástico de interesarse grandemente por todos los eslavos y de someter a su jurisdicción a los ortodoxos del mundo entero.

De siglos atrás venía asumiendo ella una especie de alta vigilancia sobre las Iglesias de los Balcanes. Cuando los ortodoxos del Balcán, desvinculados ya del Patriarcado Ecuménico, sometido a la influencia del Sultán, pidieron protección a la Iglesia eslava, la Jerarquía eclesiástica de Rusia les prometió todo el apoyo posible. No tardando, la Ortodoxia eslava se instalaba en Jerusalén. En 1882 venía a la existencia una «Sociedad imperial» para fomento de los intereses de la ¡Palestina ortodoxa!, sociedad que tomó a su cargo la edición de la Revista: *El Mensajero ortodoxo de Palestina*, que había sido creada el año anterior. Esa sociedad no se limitó a proteger a los pere-

grinos rusos, cosa lógica y, al parecer, objetivo único de su existencia, porque se ocupó a fondo de todos los templos ortodoxos existentes en Tierra Santa. Y creó por doquier hospitales, escuelas, monasterios y casas de hospedaje. Mediante subsidios abundantes y continuados esfuerzos diplomáticos amparó y asistió a todos los hermanos en la fe ortodoxa, aunque no fuesen rusos ni eslavos. Lo importante era ejercer influencia sobre todos los ortodoxos y arrebatárselos a la jurisdicción ecuménica de Constantinopla. Rusia, la religiosa y la política, aspiraba al puesto de primera potencia ortodoxa. Siendo esto así, un pravoeslavo ruso podía sentirse orgulloso de serlo y de actuar como protector de todos los demás ortodoxos no rusos. Frente a los balcánicos creía ser un ¡*hermano mayor*!

Lo propio ocurría con los ortodoxos repartidos por otros continentes. La Iglesia rusa, en su condición de primera institución ortodoxa, se consideraba la madre de todos ellos y su único poder canónico. Desde 1872 residía en San Francisco de California un prelado ruso, que ejercería jurisdicción sobre las Islas Aleutianas. Y en 1904 el Santo Sínodo nombraba un vicario de dicho Obispo, vicario que tendría su sede en Brooklyn y cuidaría de los cristianos orientales que residieran en Norteamérica. Más tarde, se creó un episcopado ordinario con cuatro vicarios para todo el territorio norteamericano. A últimos de la pasada centuria, veía la luz pública en Nueva York una revista en ruso y en inglés: *El Mensajero ruso-ortodoxo americano*.

Idénticos esfuerzos se llevaron a cabo en la América del Sur y principalmente en la Argentina. En esta ocasión no les acompañó el éxito, porque los pocos ortodoxos que residían en esta parte del Hemisferio Occidental se negaron rotundamente a someterse al Santo Sínodo Rector. Otro tanto ocurrió en Abisinia.

IV

Inspirada por completo en la cultura occidental, la burguesía rusa de los dos últimos decenios del siglo XIX se distanció mucho de la Iglesia ortodoxa. ¡Como que en su gran mayoría los intelectuales no asistían ya a las funciones religiosas! A lo sumo tomaban parte en las solemnidades de raigambre tradicional y patriótica. No les afectaba ya para nada la condición de un Estado oficialmente ortodoxo. Y les tenían muy sin cuidado los lamentos de la Iglesia a este respecto. La fábula del Gran Inquisidor, introducida por Dostojewsky en *Los hermanos Karamazov*, no iba dirigida tan sólo contra la Iglesia Católica; revelaba también la mala disposición de ánimo de ciertos secto-

res liberales y cultos hacia la Ortodoxia nacional. Menospreciando, o pasando por alto, al menos, las buenas prendas, la representación excelsa y los sanos consejos de algunos eclesiásticos, altos o bajos pero muy dignos todos, los orgullosos *intelectuales* comenzaron por dar relieve singular al aspecto humano del sacerdocio y terminaron por desacreditarlo ante las masas. Es ejemplo clásico la actitud antiortodoxa del Conde León Tolstoy, literato genial y gloria legítima de Rusia y de la Humanidad. El gran escritor —uno de los más grandes de los tiempos presentes y acaso también de los pretéritos— creyó sinceramente que la Iglesia nacional de su país se había desviado de su misión evangélica, porque, ensamblada en el Estado zarista, se había solidarizado con la autocracia y el absolutismo. Convertida por arte de una política insensata en instrumento fácilmente manejable por los políticos, adolecía de los mismos vicios de arbitrariedad e hipocresía orgánica que afeaban a la máquina estatal. Por esto mismo —concluía Tolstoy— la Ortodoxia eslava no merece ya el respeto que se debe a la genuina Iglesia de Dios. Ya no residía en ella el verdadero cristianismo. Ello movió al genial escritor a fundar una Religión nueva y a exponer una teoría rara, a la cual se ha dado el nombre de *Religión del Amor y de la no resistencia al Mal*. Hay que establecer en el mundo —escribía el Conde— la concordia, la verdad y la fraternidad y desterrar a la vez todo dogmatismo y toda ficción farisaica individual y colectiva. Hay que infundir en los humanos una fe *mística* y, si se quiere, *fanática* en el amor operante. Así y sólo así se llegará a una Religión nueva, la de Cristo, y a un sistema moral libre de ininteligibles misterios.

Tolstoy condensó su doctrina religioso-social en dos libros: *¿Qué hacer?* y *Lo que se debe hacer*. «Me he percatado —escribía en el último capítulo de la primera de las obras mencionadas— de que siendo el dinero la causa de los sufrimientos y de la depravación de los hombres, mal podía yo ayudar a los otros acarreándoles los mismos males que deseo suprimir. De aquí se deduce que los que no gusten ver la perversidad y el infortunio de los seres humanos, no deberán servirse de su peculio para ayudar a los pobres. Hay que combatir a brazo partido contra el lujo y la ociosidad. «¿Qué se ha de hacer», en concreto, para remediar los males ajenos?. Los hombres no han de servirse del trabajo de los demás y en consecuencia trabajarán por sí y para sí lo más posible. El que posee dos vestidos, que dé uno al que carece en absoluto de ellos y que aquél, a quien no le falta qué comer, que invite al hambriento. El hombre no

tendrá más que un traje y carecerá por completo de dinero contante y sonante. No cabe desconocer que León Tolstoy, noble y rico, buscó en el amor al prójimo, en la renuncia a la felicidad corporal, en la difusión de una doctrina que estimaba justa, en la práctica de la caridad y en la gran obra de enseñar al que no sabe, porque también trabajó como pedagogo desinteresado y entusiasta, la realización de un ideal de vida generosa. En cambio, no dio pruebas de gran solidez en el orden teórico al declararse enemigo por igual de la *autocracia* y de la *Revolución*. En la que se llamó «Profesión de Fe» (1902) sentó esta afirmación singular: «Soy sencillamente «¡*Anarquista cristiano*!» y por lo mismo aborrezco tanto a la autocracia como al Comunismo. Tan despótica es la una como el otro. Sólo hay un libro cuyos preceptos podrían hacer la felicidad de los humanos: *el Evangelio*. El crítico francés Brunetière, polemista famoso y excelso Director de la «Revue de Deux Mondes», rebatió bien el despropósito de Tolstoy al escribir: «Jamás pudo ser llamado anarquista el Cristianismo, que es el más firme sostén de la autoridad divina y humana. Hacer profesión de ¡anarquista cristiano! vale tanto como hablar de un fuego frío o de una luz tenebrosa». Era partidario de la «no resistencia al mal» y de un aislamiento consagrado por entero a la propia salvación. He aquí algunas de sus máximas favoritas: «El hombre debe vivir y está obligado también a amar; en cuanto animal, debe luchar; pero en cuanto ser espiritual, ha de colocarse por encima de toda contienda. La vida toda de los seres humanos deberá estar orientada hacia la perfección, consistente en el dominio de lo carnal por lo espiritual. Toda la vida consiste esencialmente en fortificar el espíritu y en vencer a la materia».

En asuntos sociológicos pensaba así aquel gran psicólogo de penetración jamás igualada: «Es mala, fundamentalmente mala, la organización social. Cuando se me pregunta qué ha de hacerse para cambiarla sin cometer violencias, contesto así: *procurar el progreso moral del individuo*». Idealista impenitente, Tolstoy estaba convencido de que ha de llegar un día en que los hombres, exentos de malas pasiones, vivan como hermanos realizando el Reino de Dios en la Tierra. El amor será la gran fuerza que desemboque en este resultado venturoso. Lo esencial es amar al prójimo. Justo es reconocer que el Conde León Tolstoy consagró a esa gran tarea los últimos años de su vida. Pero sus doctrinas religioso-sociológicas, muy raras y contradictorias, lo llevaron a verdaderos callejones sin salida y a conflictos graves con la Iglesia ortodoxa. Es uno de los pocos rusos que fueron

solemnemente arrojados del seno de la Religión nacional. León Tolstoy era excomulgado en 1901. Murió sin haberse reconciliado con la Iglesia de su país. Por eso no se le pudo enterrar en campo bendito, sino en su propia finca de Jasnaia Poliana, donde había fundado una escuela y donde conoció muchas tristezas. Es dudoso, sin embargo, que remediara grandes males.

Sus indudables errores han constituído para muchos, hasta en nuestros mismos días, el ideal al que deben ajustarse la santidad y la virtud de un ruso legítimo.

* * *

Las sectas de índole exaltada y semisalvaje, las cuales por constituir una vergüenza para la nación rusa y para la Humanidad toda habían sido prohibidas con extremado rigor por Nicolás I, no desaparecieron, ni mucho menos, bajo el reinado de su hijo y sucesor. Nos referimos a los Clistinos y Escopzes, singularmente fanáticos y extraviados. Unas veces perseguidos, otras, tolerados tan sólo por la policía gubernamental, azuzada por la Suprema Jerarquía eclesiástica, por el Episcopado y por el Santo Sínodo, esos sectarios, que progresaron, lozanos, en la clandestinidad, incrementaron sus desórdenes, sus aberraciones y su abyecto libertinaje.

Los Molocanos y Duchoborzes llevaban una vida más o menos silenciosa y pacífica. Por eso no dieron mucho quehacer a la policía. Como ésta los seguía de cerca, decidieron emigrar al Canadá. Así lo hicieron en gran número a últimos de la Centuria y comienzos de la siguiente.

Junto a estos sectarios típicamente rusos desarrollaron su vida, siempre lánguida, otros disidentes a los que pudiéramos llamar extranjerizantes o más bien luteranoides. Pertenece a esta categoría el movimiento de *Renovación*, patrocinado por el burgués Paschkow. Condenado por el Santo Sínodo, este movimiento desaparecía en seguida, tanto más cuanto que su autor se sometió humildemente a la decisión sinodal.

En el Mediodía del país tomó incremento considerable una secta liberal—racionalista—llamada de los *Stundistas* a causa de las «lecciones» bíblicas (*Stunden*, en alemán) que la caracterizaban. Cosechó muchos partidarios entre los campesinos. En 1894 la prohibía el Ministro del Interior. La severa circular del mismo no surtió efecto alguno, porque los stundistas proseguían en la clandestinidad sus reuniones y sus actividades bíblicas.

En 1896 veía la luz pública en Kiev una Revista Misional dedicada por entero a combatir todas estas sectas y a reingresar a

todos sus adeptos en el seno de la Iglesia ortodoxa, Religión oficial del Estado. (Véase nuestra obra *Las Sectas rusas,* capítulo XI).

Es bien sabido que como protesta contra las definiciones del Concilio Vaticano (Infalibilidad y Primacía jurisdiccional del Papa) surgió en Alemania el movimiento de los «Viejos Católicos», capitaneado por Ignacio Döllinger, eminente historiador y catedrático en Munich. En su tiempo ya había rechazado Nicolás I el llamado *Catolicismo tudesco,* tal como lo expusiera hacia 1840 Juan Ronce, sacerdote incrédulo de Silesia, quien fundamentaba su *apostasía* en lo que él llamó *Idolatría* de Tréveris o actos religiosos tributados por un millón de peregrinos a la Santa Túnica. En 1874-75 los «Viejos Católicos» celebraron en Bonn ciertas conferencias teológico-unionistas en las que tomaron parte los rusos, bien representados, en verdad, por Janytchsev, moralista notable y rector de la Academia eclesiástica de San Petersburgo. No se llegó a la ansiada Unión entre los disidentes alemanes y los ortodoxos eslavos. El único resultado de sus conferencias fue la intensificación del *odio común* a la Roma papal. De todos modos, aquellas reuniones marcaron un progreso considerable en orden a la solución del magno problema de la Unidad del Cristianismo. Allí se habló sin escándalo ni protesta por parte de los rusos de la Partícula *Filioque, elemento exegético aprovechable y muy adecuado* —tal era la tesis defendida por los Viejos Católicos— para explicar la Procesión de la Tercera Persona Divina. De esta manera iba desapareciendo uno de los más viejos prejuicios antiunionistas. Consta, asimismo, que en las sesiones que en San Petersburgo (1892) celebrara una Comisión teológica relacionada con el llamamiento de Bonn, no se orilló sistemáticamente este famoso tema y que se introdujeron en la teología eslava explicaciones científico-dogmáticas de procedencia occidental. Lo que tanto escandalizó en los días del Concilio de Florencia a los orientales no era ya a últimos de la centuria decimonona motivo de polémica, ni obstáculo insuperable para la Unión de las Iglesias. Así se explican las actitudes de los teólogos Bolotov y Svietlov, nada opuestos a la terminología y exégesis de la teología occidental. También en Bonn entraron en contacto los rusos con los anglicanos. A todo trance querían éstos llegar a la unión que en vano habían propuesto en otras ocasiones. Tampoco se llegó a resultado positivo en las conversaciones de San Petersburgo (1874). En una carta que el Primado de Inglaterra dirigiera (1888) al Metropolita de Kiev, Platón, a propósito del noveno

centenario de la evangelización de las gentes eslavas, consignaba las más efusivas felicitaciones *de la rama inglesa de la Iglesia a la rama rusa de la misma.* El Jerarca ucraniano contestaba, claro es, a su colega anglicano dando las gracias, y, lo que es más notable, y hasta inconcebible en un prelado ruso, empleando la misma terminología que el inglés, es decir, dando por buena una equiparación canónico-dogmática que siempre rechazó con extremado desdén la Iglesia ortodoxa. Por lo demás, el contenido sustancial de la carta era una negativa rotunda a la proposición unionista de los Anglicanos. Ello no fue obstáculo para que en territorio ruso pudieran evolucionar tranquilamente los protestantes. Nadie los molestaba en lo más mínimo. El Estado respetó su libertad y los amparó en sus derechos, aquella libertad y aquellos derechos que les reconociera la Colección legislativa «Svod zakonov». Pero cuando una parte de los estonianos y letones, originariamente luteranos e incorporados por violencia a la Ortodoxia (1840), pretendió volver a su primitiva Religión, el Procurador General, Pobjedonosszev, hombre intolerante en extremo, hizo uso de su acostumbrada severidad para impedir ¡*tan intolerable insulto a la Iglesia ortodoxa*!. Los protestantes alemanes redactaron un razonado *memorandum* en defensa de sus correligionarios bálticos, memorandum que remitieron al Procurador General. Este contestaba personalmente en una forma que hacía poco honor a su indiscutible cultura y a la alta magistratura de que se hallaba investido. La Iglesia rusa mostraba una vez más el intolerable exclusivismo que fue en todo tiempo la característica de su actitud frente a las otras Confesiones religiosas.

Capitulo XXIII

ALEJANDRO III (1881-1894)

I *El manifiesto de la Autocracia, de la Ortodoxia y del Nacionalismo* (15-IV-1881).—*Impresión que produjo en el país.— Los nuevos colaboradores.— La enérgica y dura actuación zarista.—La enconada lucha entre la Dinastía Romanov y la Revolución ácrata y nihilista.— La muerte del gigante* (20-X-1894).

II La dictadura de Constantino Petrovitch Pobjedonoszew.— Datos biográficos.—Las ideas y los métodos de este reaccionario e influyente personaje.—El problema social agrava la situación.— La responsabilidad de Pobjedonoszev en la inminente catástrofe.

Por un Manifiesto, que veía la luz pública en 15 de abril de 1881, se daba a conocer la adopción de un *nuevo rumbo político.* El Zar se declaraba partidario de las seculares instituciones de la Autocracia, aceptaba la Ortodoxia y el Nacionalismo como normas de su política y rechazaba con una claridad que no dejaba lugar a dudas toda inclinación hacia los modos gubernamentales de Occidente. Todas las tradiciones —se afirmaba— tendrán que ser revivificadas «en el espíritu de la Moral», y la educación correrá a cargo exclusivo de la Iglesia.

La impresión que este viraje produjo fue tremenda. Creíase generalmente que el Manifiesto, redactado desde luego a espaldas de los Ministros liberales, era una desautorización pública de éstos.

Alejandro III prescindía en absoluto de políticos profesionales y de cortesanos ineptos, aduladores y ambiciosos, y entregaba las carteras ministeriales a hombres técnicos, capaces y honrados.

El Emperador logró mejorar notablemente la situación interna del País. Para ello estaba asestando golpes de muerte a la Revolución. La mayoría de los nihilistas o estaban prisione-

ros o habían logrado huir al extranjero. No faltaba, ciertamente, razón a los liberales que soñaban con una República democrática al exclamar: *¡Han llegado los días de la más negra reacción!*

Además, el valiente Zar ortodoxo había conseguido a golpes de audacia, de habilidad, de energía —y también de buena suerte— que las Cancillerías de la Europa Central y Occidental respetaran a la Rusia de sus amores.

En los comienzos de octubre de 1894 aparecían en el teatro de la lid política en Rusia dos clases de campeones: el Zar y su familia, por una parte, y los patrocinadores de la Revolución, por otra. Las simpatías de unos 160 millones de rusos oscilaban entre la adhesión al Trono o el tránsito a las filas de la Anarquía. Todo parecía indicar que en la durísima batalla que se había iniciado a raíz de la muerte alevosa de Alejandro II, habría de vencer la Autocracia rusa manejada tan diestra como inexorablemente por su hijo y sucesor. Dios en sus altos designios no quiso otorgar al Zar Alejandro III el plazo de tiempo necesario para ello. El día 20 de octubre de 1894 desaparecía del mundo de los vivos. ¡Lástima grande que este hombre sincero terminase su vida a los cuarenta y nueve años de edad!... ¡Si hubiese vivido otros treinta más, las cosas hubiesen pasado muy de otra manera!... La temprana muerte de Alejandro III, *que gozaba de una completa salud y que tenía fuerzas hercúleas*, aceleró, en 25 años por lo menos, el estallido de la Revolución.

El Procurador General del Santo Sínodo, Constantino P. Pobjedonoszew, excepcional hombre de leyes, había sido preceptor de este Zar. Era natural que se dejase guiar por sus consejos.

¿Quién era este personaje siniestro? ¿Cuál era su sistema político-religioso? Veámoslo.

CONSTANTINO PETROWITSCH POBJEDONOSTCHEW
(1827-1907)

DATOS BIOGRAFICOS

Produce escalofríos el escuchar largo rato a Constantino Pobjedonostchew.

(El Zar Alejandro III)

«El educador y consejero de dos Zares, el Procurador general del Santo Sínodo (de 1880 a 1905), es decir, el jefe de la Iglesia Ortodoxo-eslava por espacio de un cuarto de siglo, Constantino

Petrowitsch Pobjedonostchew, el hombre más culto de Rusia en la segunda mitad de la pasada centuria, no era político en el sentido estricto del vocablo. En el fondo, era un filósofo de ideología muy singular» (P. Ammann, S. J., en *Storia della Chiesa russa...*)

Hijo de un sacerdote y hombre verdaderamente piadoso —tradujo al ruso las *Confesiones de San Agustín* y la *Imitación de Cristo*—, Pobjedonostschew amaba con frenesí a su querida «Iglesia Nacional». Para este hombre influyente y prestigioso, para este jurisconsulto excelso, no podía existir otro sistema filosófico-religioso que el llamado *Josefismo,* que un día predicara e impusiera el P. José de Volokalamsk «cuya época —son palabras del autor de la «Recopilación de Moscú», síntesis notable de política y de Religión— coincidió precisamente con la mayor prosperidad y grandeza del Imperio ruso».

El Zar —enseñaba Pobjedonotschew— no debe ser un autócrata a la moderna. Tiene que ser el viejo *Gran Gossudar,* es decir, un muy alto soberano patriarcal, que esto y no otra cosa eran aquellos monarcas que ejercían su elevada magistratura en la Santa Ciudad del Moscova. Rabiosamente eslavófilo, profundamente conservador y medularmente antiliberal, Pobjedonotschew no dio la debida importancia al influjo que en Rusia podían adquirir la Revolución francesa y el liberalismo imperante en el Oeste. Para el Procurador General del Santo Sínodo el Zarismo, entendido en sentido tradicional, tenía un poder mágico: el de momificar a la Santa Rusia. La Iglesia ortodoxa, sostenida por los Zares, por los ungidos del Señor, mantendrá en la fe de Cristo a la gran Familia de los pueblos eslavos, y éstos la difundirán por el orbe entero. Pobjedonotschew condensaba en tres palabras todo su sistema político: «Autocracia, Ortodoxia y Nacionalismo». Los pueblos ateos y herejes—decía él—podían encenagarse a su gusto en las inmundicias de la charca liberal; pero en la Santa Rusia ni una piedra, ni un árbol, ni un funcionario, ni un ciudadano cualquiera debían abandonar el puesto cristianizador que la Divinidad les había asignado. El Imperio ruso—concluía este hombre solitario—es la «antorcha de la voluntad divina en el Mundo».

Este filósofo de piel reseca y apergaminada, de mejillas hundidas, de ojos pequeños (de lagarto) y de labios exangües, sostenía a todas horas en público y en privado que «el hombre es un demonio disfrazado que no puede ser dominado más que por los «merecimientos de la Cruz». La tarea de someterlo está encomendada a la Santa Rusia Zarista. Durante siglos, mejor,

durante milenios, el gigantesco Imperio de los Zares debía transmitir intactos a las sucesivas generaciones del mundo eslavo—¡evangelizador del orbe entero!—los principios del cristianismo ortodoxo y de la autocracia zarista. El zarismo se hallaba entronizado en la Rusia inmensa para combatir el caos pagano y para limpiar a la sociedad de las impurezas del liberalismo y de las manchas que por doquier sembró la Revolución francesa.

Pues este hombre siniestro, que parecía un espectro, fue el preceptor de Alejandro III y lo fue también del segundo hijo de éste: Nicolás. El aconsejó al gran autócrata—que esto fue el monarca, hercúleo y robusto, que se llamó Alejandro III—que se recluyese en Gatschina. Por cierto que las epístolas que luego dirigiera a ese soberano rezumaban tal espíritu reaccionario y medieval que el propio Alejandro hubo de confesar un día: «¡Da frío el leer los escritos de este hombre!».

En el curso de las húmedas y frías noches petersburguesas, Pobjedonotschew llevaba a cabo en sus habitaciones particulares prácticas de exorcismos contra el demonio. En presencia de las autoridades eclesiásticas recitaba determinadas preces sobre el cuerpo de algún epiléptico. Y haciendo notar los movimientos convulsivos del pobre paciente, se vanagloriaba de haber arrojado de él al demonio. El anciano procurador del Santo Sínodo rector, que obligaba a Satán a dejar el cuerpo de un poseso, debía parecer más bien un brujo que el Supremo jefe de la Iglesia eslava...

Aquel personaje extraordinario no tenía más que un solo amigo. Todos los sábados, a eso de las nueve, recibía la visita de un señor pálido y enteco como él... Los dos amigos—que parecían unos cadáveres ambulantes recién salidos de la tumba—charlaban animadamente hasta muy altas horas de la noche. El diálogo versaba sobre el destino providencial del Imperio de los Zares y sobre el espíritu cristiano y antiliberal de la Rusia Santa y Eterna. Ese amigo era Fedor Dostoyewsky. La amistad entre el gran escritor—la más excelsa mentalidad rusa en los tiempos modernos—y el filósofo eslavófilo y antiliberal daba a entender bien claramente que Pobjedonochew era algo más que un simple reaccionario. Mediante el muy notable jurisconsulto habían llegado a los palacios de los Grandes Duques las obras del genial Dostoyewsky. Alejandro III tenía siempre sobre su mesa «Los endemoniados». De vez en cuando aquellos dos amigos se dirigían a Palacio. Aquí los altos personajes de la Corte y de la Nobleza escuchaban, extasiados, los anuncios proféticos

de uno y de otro sobre el espíritu triunfante del Santo Imperio de los Zares. Cuando murió Dostoyewsky, el Procurador General del Santo Sínodo escribía al Zar una carta patética en la que decía: «Feodor Michailowitch Dostoyewsky ha sido enterrado hoy en el Monasterio de Nevsky. Es muy triste pensar que no se encuentra ya entre nosotros. Para mí su pérdida ha sido de las más crueles... Nadie puede ocupar su lugar...»

Pobjedonostschew era uno de los hombres más cultos de su tiempo. Pero su extraordinaria erudición le llenaba del más soberano desprecio para el mundo de las ciencias exactas. Según él, ninguna cualidad científica debía obstaculizar el triunfo del espíritu conservador y antiliberal de que se hallaba poseído.

Pero el intento de momificar al pueblo ruso entrañaba un desconocimiento tan enorme y un desprecio tan sistemático de las corrientes político-sociales y filosófico-religiosas del siglo XX, que Pobjedonotschew, el hombre más reaccionario y más inteligente de la Rusia contemporánea, tenía que fracasar ruidosamente. La víspera misma de la reunión de la primera Duma, es decir, de la institución política que encarnaba una filosofía diametralmente opuesta al josefismo y a la Eslavofilia extrema, dimitía su alto cargo un hombre que había consagrado todas sus energías—que no eran pocas—al mantenimiento de un régimen clerical y policíaco en el Imperio ruso

Abrumado por el peso de los años, que eran muchos y por la tristeza originada por tanto desengaño—el predominio en su bien amada Rusia del aborrecido liberalismo—Pobjedonotschew moría en 1907, a los dos años de haber sido establecido en su patria el régimen político liberal que él procuró alejar.

* * *

El sistema político-religioso de este hombre singular puede sintetizarse en el empeño de fundir en una nueva entidad político-social al Estado ruso y a la Iglesia Nacional.

Desde que él se instaló en la Alta Procuraduría del Santo Sínodo—cargo de igual rango que un Ministerio civil—no se podía ya hablar de distinción entre las dos supremas potestades ni de régimen de concordia entre las mismas. Resultaba cierto que toda resistencia contra una de ellas repercutía necesariamente sobre la otra

La piedad del siglo XVI—así lo pregonaba este hombre tan enérgico como rezagado—era el ideal al que debían acomodarse el pueblo, la nobleza, la burguesía, los campesinos y los

artesanos. Es preciso—vociferaba él— es preciso, si queremos evitar la catástrofe, que resurjan entre los rusos la religión y la piedad. Como sus proféticos llamamientos no encontraran eco entre los nobles y las personas burguesas—clases sociales liberalizadas que habían perdido la fe y no conservaban ya más que un pálido deísmo con cierto barniz de ortodoxia, muy apto, en verdad, para dar muestras de lealtad a la Dinastía y al orden existente—el Procurador General se echó en brazos de las masas populares. Y se dirigió a ellas de un modo que a nosotros, los europeo-occidentales, nos parece trágicamente ingenuo e ineficaz. Quería conquistarlas, mejor, mantenerlas en la adhesión incondicional gracias a su incultura porque—son palabras del alto Procurador—«la mucha ciencia y aun la modesta cultura apartan de la fe». «La ignorancia—pensaba él—es el único medio de conservar la lealtad del pueblo ruso, fundamentalmente bueno y creyente». Por eso favoreció en todas las formas imaginables el culto a los sagrados iconos, «la más profunda expresión—decía él—de la piedad popular». De aquí su empeño en promover el resurgimiento del arte religioso en todas sus manifestaciones y especialmente de la pintura.

Tales eran los métodos e ideales de Constantino P. Pobjedonotschew y de su discípulo egregio Alejandro III. La situación política y social que unos y otros creaban resultó odiosamente agravada por las frecuentes e inoportunas órdenes gubernamentales acerca del culto y de la administración eclesiástica, materias que Pobjedonoszev regulaba con todo detalle cual si lo fueran de un Ministerio civil y, además, como si él fuera un jerarca Supremo de la Iglesia Por lo mismo era Rusia —la Rusia de Pobjedonoszev—una isla solitaria en la Europa del siglo XIX.

Aunque con retraso, habían llegado, de todos modos, al Imperio de los Zares las ideas anticapitalistas y de redención social del proletariado. En Rusia hacía idénticos estragos la filosofía materialista de Vogt y de Büchner, adoptada por Meleschow, partidario como sus colegas occidentales de una renovación que debería empezar por el trastorno completo del orden existente. Las cosas, pues—muy complicadas ya merced al absolutismo imperante—, empeoraban de modo visible, porque la nueva ideología atacaba por igual al Estado, que se basaba en el capitalismo, y a la Iglesia, la cual hacía de la intangibilidad de sus bienes, del mantenimiento de su libertad y de su vinculación al tesoro tradicional un problema de vida o muerte. Durante lo que pudiéramos llamar segunda etapa de gobier-

no en el reinado de Alejandro III—la correspondiente al predominio del alto Procurador del Santo Sínodo—continuó la lucha sin cuartel entre las dos Rusias, la liberal y antidinástica de los constitucionalistas, de los socialistas y de los ácratas, y la reaccionaria de Pobjedonoszev. En el combate entablado—que era a vida o muerte—perdía mucho terreno la última. No obstante su enconada resistencia, el Estado y la Iglesia, cada vez más unidos ante el idéntico peligro de aniquilamiento que les amenazaba, van abandonando posiciones. Buena parte de la responsabilidad por la Gran Revolución que está incubándose recae sobre la trágica ceguera de un hombre de Iglesia y de Estado que se llamó Constantino Pobjedonoszev. Al quedar consustancializados la Iglesia y el Estado zarista, aquélla tendría que sucumbir arrastrada por el mismo vendaval que barrió a éste.

Capitulo XXIV

Nicolas II

I

LA TOLERANCIA RELIGIOSA

Ruda y general oposición al sistema de Pobjedonoszev y a los modos autocráticos del gobierno zarista. Conatos de renovación espiritual y de saneamiento político.—El primer Ukase de tolerancia (12-XII-1904).—El célebre Decreto de 17-IV-1905.—Contenido del mismo. Derrota definitiva de Pobjedonoszev y liberalización del Santo Sínodo.

I I

LA REFORMA ECLESIASTICA
(*Ansias y obstáculos*)

La desvinculación de la potestad canónica respecto de la máquina estatal, denominador común de las ansias generales (necesidad del Concilio Panruso y del restablecimiento del Patriarcado)—Reacción absoluta de la alta Procuraduría Sinodal y del Ministerio del Interior.—Guerra de una y de otro contra la tolerancia religiosa.—El odio a los católicos.—Actitud más ecuánime de Stolypin.—La propaganda del Santo Sínodo en favor de la Ortodoxia.—Su oposición al establecimiento de Diaconisas creadas por el humanitarismo de una hermana de la Emperatriz.—Juicio sobre la conducta del Santo Sínodo en los decenios inmediatamente anteriores a la Revolución leninista.—Su ineptitud radical para gobernar a la Iglesia.—Su muerte inevitable por su conexión existencial con el poder civil y la dinastía Romanow.

I

En este reinado—último de la Dinastía Romanov—tuvo lugar la inmediata gestación de la catástrofe de un Estado y de una Iglesia estrechamente unidos entre sí y apegados con exceso a la historia y a la tradición. La obra subversiva progresaba rápidamente. Pobjedonoszev, que como jefe de los preceptores de Nicolás II había señalado asignaturas y redactado programas, ejercía sobre el Monarca, hombre débil y manejable, la misma funesta influencia personal y política que en mal hora ejerciera sobre Alejandro III. La presión que sobre todos los moradores del vasto Imperio se ejercía desde las alturas del Poder público —presión por muchos títulos absurda— resultaba ya intolerable después de la derrota en la guerra con el Japón. Los librepensadores, que eran muchos, celebraban frecuentes reuniones más o menos clandestinas; los socialistas de dentro y de fuera manejando a su antojo a las masas de obreros industriales, cada vez más numerosos e indisciplinados; los propios Obispos y muchos sacerdotes seculares, que no ocultaban su descontento por las continuas arbitrariedades canónicas de Pobjedonoszev y por el inaguantable despotismo con que trataba a unos y a otros, contribuyeron a enrarecer el ambiente político-social y a producir el intenso desasosiego que precede a las grandes convulsiones. Todos aborrecían por igual a un Estado absolutista, que no respetaba los sagrados derechos de la persona humana y que para mayor desgracia legislaba por sí y ante sí en materias específicamente canónicas. En realidad, de verdad, casi todos los rusos eran revolucionarios, al menos en la práctica. Fiándolo, unos, a la diplomacia y a la mutua comprensión; partidarios, otros, de la resolución, de la audacia y hasta del asesinato político; y todos o casi todos anhelando un cambio de situación, era el caso que todo el mundo estaba conforme en estimar que era llegado el momento de dar nueva forma y modos más democráticos a la Gobernación del país.

También los polacos atacaban con todas sus energías al Estado Zarista. Secularmente enemiga de Moscovia, ansiosa siempre de revancha y empujada por los sempiternos irredentismos, Varsovia no dejaba de empujar a sus súbditos a la lucha.

Los «Viejos Creyentes» (Raskolniky) cuya potencia económica estaba aumentando considerablemente, reclamaban ahora aquella justicia que, en el orden teórico al menos, les había sido reconocida anteriormente. Deseaban con ansia la propia liberación. Y porque no llegaba, aborrecían con toda su alma —cosa, en verdad, muy lógica, dada su lamentable situación— al tirano

Pobjedonoszev, quien saltando por encima de la voluntad del Zar les habia impuesto en nombre de la Ortodoxia oficial un yugo insoportable.

Casi puede considerarse como un milagro que en medio de tantas y tan enormes dificultades, procursoras de la gran tormenta revolucionaria, pudiera mantenerse en pie la Iglesia Ortodoxa. Si no sucumbió, al fin, aun antes del huracán comunista, se debió principalmente a un núcleo *extraoficial* de respetables figuras religiosas y devotas (sacerdotes, obispos, monjes, nobles, cortesanos y la propia Zarina) que, trabajando en la sombra y al margen del Santo Sínodo y de los grandes jerarcas eclesiásticos, acertaron a dar vitalidad a la Ortodoxia acudiendo a las raíces de donde élla sacó siempre sus energías: el episcopado monárquico y la genuina piedad sacramental.

Daba el primer paso hacia esta saludable reacción espiritualista un alto funcionario estatal, el Príncipe Svjatopolk-Mirsky, que sucedió en el Ministerio del Interior al Sr. Plehwe, asesinado en 1904. El nuevo ministro, hombre recto y bienintencionado, se había propuesto sacar a la patria del marasmo en que la había sumido la desgraciada guerra con el Japón. Para ello se hacía preciso acometer con energía la ingrata tarea de renovar efectiva e intrínsecamente al país. Ante todo —se decía el Ministro del Interior— tendrá que desaparecer de una vez para siempre la insoportable presión que los de arriba, personificados en Pobjedonoszev, estaban ejerciendo sobre todos los sectores de la vida pública. Le afligían de modo especial las violencias de que venían siendo objeto los Rascolniky o «Viejos Creyentes». Los esfuerzos y las intenciones del Príncipe cristalizaban en un ukase (12-XII-1904), en cuya virtud se imponía a todos, altos y bajos. el mayor respeto y la plena vigencia de las leyes. En adelante, no sería ya posible eludir su cumplimiento publicando disposiciones posteriores que las desvirtuasen en absoluto. Además, en el apartado sexto de aquel ukase notable se garantizaba a todos los miembros de las demás Confesiones religiosas la *plena libertad de conciencia*. No se aludía para nada a los ortodoxos, lo cual equivalía a expresar, tácitamente, claro es, que la Iglesia eslava continuaba siendo la *Religión del Estado* y como tal la única legal en el país. En una palabra, el decreto de Sviatopolk Mirsky, más que una garantía de los derechos correspondientes a todos y cada uno de los cristianos, era una promesa de tolerancia para los cultos no ortodoxos. Como era de esperar, el ukase en cuestión no gustó a nadie. En el terreno político significaba harto poco, porque la oposición reclamaba la creación

de una Duma o Parmento que elaborase las leyes, y en el religioso, lo otorgado era tan mezquino que, al menos dentro del territorio nacional, las cosas quedaban casi igual que antes. Por esto se redactó el célebre Ukase del 17 de abril de 1905. Es verdad que, ante todo, se pretendía aliviar la desesperada situación de los «Viejos Creyentes», cuyas reclamaciones fueron tenidas en cuenta por el Zar, pero también lo es que contenía disposiciones favorables para las demás confesiones religiosas. Es más; salían beneficiados hasta los propios ortodoxos porque «también a ellos se les daba libertad de conciencia y ¡el derecho de pasar a otra Religión cristiana!. Habría en Rusia ¡*Libertad de conciencia y libertad de culto*! Esto era ya bastante. Conviene advertir —y ello honra al episcopado ruso, a la prensa eclesiástica y a la propia Iglesia Ortodoxa— que el Edicto de Nicolás II fue acogido con satisfacción y saludado como justo y oportuno. Quedaba abolida una de las más inicuas disposiciones fundamentales de Rusia, aquélla en cuya virtud el obstinado Nicolás I violentó las conciencias de los Uniatos (1839), valientemente defendidos por Gregorio XVI, haciéndoles ingresar en la Ortodoxia eslava. El rabioso antiliberal Constantino Pobjedonoszev, que estaba —casi sobra consignarlo— muy indignado por la rapidez de la marcha política hacia el tan aborrecido sistema parlamentario y por las indiscutibles ventajas otorgadas a las Confesiones no ortodoxas, hizo cuanto estuvo de su parte, como Procurador General del Santo Sínodo, para restar eficacia al Ukase de tolerancia por medio de circulares y decretos parciales. Y así apenas habían pasado dos meses, a partir de la promulgación del Ukase famoso, cuando el Santo Sínodo, empujado a ello por su alto Procurador, prohibía bajo las más severas penas canónicas toda propaganda tendente a procurar el paso de los ortodoxos a otra Confesión cristiana.

Las cosas no podían estar más claras. Constantino Pobjedonoszev estaba dispuesto a luchar y a vencer. Mas no tardó en perder la batalla. Ocurría su derrota en 17 de abril de 1905 —la fecha merece consignarse— cuando, empujado por las fuerzas vigorosas de la inminente Revolución, Nicolás II hubo de traer a la existencia una representación popular, que se ocupase en la muy democrática tarea de discutir y elaborar las leyes, y de reconocer de modo bien explícito al pueblo los derechos fundamentales de inviolabilidad personal y de libertad de conciencia, de expresión, de reunión y de sindicación. Humillado y derrotado, Pobjedonoszev, cedía y se retiraba de la vida pública. Le sucedió el Príncipe Demetrio Obolensky, que ocupó la

poltrona de la Procuraduría general del Santo Sínodo medio año tan sólo. Era su sucesor un hombre que acomodó su conducta a los criterios y métodos del famoso Pobjedonoszev: Zirinsky Zichmatov. Pero, no tardando, con la exaltación a la Presidencia del Consejo del infortunado *Stolypin* (1906) se operaba en la Procuraduría General un cambio notable en *sentido liberal.* Después de una gestión anodina de dos políticos mal preparados —por cuanto ignoraban en absoluto los asuntos canónicos— (Isvolsky y Lubianov, 1906-1911), entraba en funciones el antiguo ayudante de Povjedonoszev, quien ya había fallecido en 1907. El nuevo Procurador General, señor Sabler, era un hombre muy competente y tan duro y enérgico como el Presidente del Gobierno, señor Stolypin, asesinado el 18 de septiembre de 1911. A partir de esta fecha, el nombramiento de los altos procuradores sinodales estaba sometido a los caprichos del cortesano Rasputin, hombre intrigante y sin escrúpulos, que hacía y deshacía ministros y altos funcionarios.

Pero volvamos al *Edicto de tolerancia* cuyas consecuencias tuvieron un alcance notable, no tanto para los miembros de otras Confesiones religiosas, sino también para la estructura de la propia Ortodoxia nacional. En realidad de verdad, la tolerancia, que surgía de la calamidad misma de los tiempos y no del impulso espontáneo del Zar, significaba para la Iglesia eslava una verdadera *liberación.* En las discusiones preliminares, que tuvieron lugar en el seno del Consejo de Ministros, el Conde de Witte, Presidente del mismo, político y economista por muchos títulos eminente, habló de la necesidad de transformar radicalmente los organismos de la Administración eclesiástica. Y fue encargado de redactar el oportuno informe el Metropolita de San Petersburgo, Antonio. En las altas esferas políticas y eclesiásticas era acogida con benevolencia la petición de 32 sacerdotes vecinos de la capital. La habían presentado inmediatamente después de la sangrienta jornada del 9 de enero de 1905 (Domingo rojo), en la que la fuerza pública rechazó a cañonazos a las masas de obreros que capitaneados por el pope Gapone, entregado por entero a las nobles tareas cristiano-sociales, pretendían ver al Zar y pedirle lo que ellas juzgaban como remedio a sus más perentorias necesidades. El propio Conde de Witte redactaba también un *Memorial.*

Todos (Metropolita, Comisión sacerdotal y Presidente del Consejo) convenían en la perentoria necesidad de desvincular a la Iglesia de la máquina administrativa del Estado. Para ello se imponía la convocatoria de un Concilio de la Iglesia, en el

que estuviera representada la totalidad de sus más vitales organismos. Pobjedonoszev —claro está— combatió con todas sus fuerzas semejante propósito conciliar, y sus maniobras, tan hábiles como tenaces, lograron sustraer al Consejo de Ministros un problema, tan desagradable para él, y llevarlo al Santo Sínodo en cuyas decisiones esperaba influir fácil y eficazmente. Mas el Procurador General se había forjado demasiadas ilusiones, porque aquel alto organismo eclesiástico-estatal, después de haber consagrado tres largas sesiones a la discusión del tema (marzo de 1905), se pronunció abiertamente por la reunión del Concilio y por la sana doctrina canónica de que el gobierno de la Iglesia corresponde en pleno derecho al Sínodo episcopal. Pero el alto Procurador continuó sus intrigas y logró que el Zar dejase para más adelante la resolución de tan importante problema. Así estaban las cosas al tiempo de caer definitivamente Constantino Pobjedonoszev. Sin embargo, debían ser tan fuertes las presiones del movimiento renovador que a poco (mes de diciembre de 1905) el Zar encargaba al Metropolita Antonio, a quien ya conocemos, que nombrase una comisión para discutir y en su caso proponer las reformas eclesiásticas. El día 6 de marzo inmediato, bajo el nombre de *asamblea preconciliar,* se reunía el comité, que constaba de 10 obispos, 7 popes y 21 laicos. Mucho les ayudaron en la obra encomendada los Obispos del Imperio, quienes habían remitido sus respuestas al cuestionario correspondiente. Todos, menos uno, se pronunciaron por el restablecimiento del Patriarcado. Hicieron otro tanto los miembros del subcomité, los cuales, además, se permitieron manifestar su criterio particular, a saber: que el Concilio encargado del régimen de la Iglesia, al que asistirían todos los obispos del Imperio presididos por el Patriarca en persona, debería ser convocado, cada diez años; en el entretanto, otro sínodo menor, episcopal también y presidido siempre por el Patriarca, despacharía los asuntos de importancia. El alto Procurador no se concibe en la nueva estructura canónica más que como un enlace entre la Suprema jerarquía eclesiástica y el Poder civil.

Para establecer una nueva ordenación jurídico-canónica había que convocar un Concilio general (panruso) en el que tomaran parte, aunque con voto consultivo nada más, los eclesiásticos no investidos con dignidad episcopal y hasta delegados de los simples fieles. El Prelado de Volynia, Antonio Chrapovitsky, teólogo de prestigio, se pronunció con vigorosa energía por el inflexible mantenimiento del principio monárquico en la dirección de la Iglesia. Las deliberaciones de la Comisión se prolon-

garon hasta diciembre de 1906, y en junio del año siguiente eran presentadas al Zar, el cual daba su aprobación soberana. Por el momento no se pasó más adelante. En 1912, siendo Procurador General el señor Sabler, se celebraron también ciertas *conferencias preconciliares,* de cuya existencia dio cuenta la Revista del Santo Sínodo: *El Noticiero eclesiástico.* No sabemos más. Las cosas siguieron en igual estado de indecisión hasta 1917.

En el entretanto, la máquina administrativa del Estado volvía a las andadas en materia de predominio absoluto y de opresión reaccionaria. Ocurría ello ya antes de 1911; pero, al tomar posesión de la Procuraduría general del Santo Sínodo el señor Sabler, se agudizaba la situación intolerable de los asuntos canónicos. Fue este aprovechado discípulo de Pobjedonoszev el que procuró con todas sus fuerzas reducir a la mínima expresión la libertad de cultos anteriormente otorgada a las Confesiones ortodoxas. Se valió del Ministro del Interior, quien, al efecto, promulgaba ciertas ordenanzas especialmente restrictivas. Resultó gravemente afectada la Iglesia Católico-latina: Mucho tuvieron que sufrir los polacos, los cuales —dicho sea de paso— dieron pruebas de un odio inextinguible a todo lo ruso. Stolypin se vio en la precisión de reprimir los excesos cometidos. En cambio, favoreció a los católicos de la Armenia y a los miembros de la «Nueva Unión», de Wladimiro Soloviev, entidad particularmente aborrecida por el Santo Sínodo. Pese a la mala voluntad de este organismo, siguió abierta en San Petersburgo, gracias a la benevolencia del liberal Pedro Arkadjevitch Stolypin, la capillita que para uso de los partidarios de Soloviev fundara en 1908 el benemérito sacerdote ruso Zertchaninov convertido al Catolicismo. De todos modos, el Santo Sínodo se salió con la suya al no tolerar que la simpática «Nueva Unión» de los solovievianos fuese incluída entre las confesiones a las que legalmente era reconocido el derecho de *apostatar* de la Iglesia nacional. El odio secular a los católicos se acentuó durante la gestión del Procurador General señor Sabler. El retorno a la Iglesia Católica en su modalidad latina de 230.000 fieles que con el empleo de amenazas y de violencias de todo orden pasaran en días no lejanos aún a la Ortodoxia oficial, quitaba el sueño a los intolerantes y reaccionarios gobernantes de San Petersburgo. Era bien seguro que en el fondo de su alma maldecían al Edicto de Tolerancià, causa de estas *Apostasías.* Advertimos que en ese número, que responde a los datos oficiales suministrados por la Administración rusa, no están incluídos los Neo-uniatos de la Rusia Blanca. Mas el alto Procurador, el anticatólico Sa-

bler, no la tomó tan sólo contra los católicos. También hubieron de sufrir a causa de su fanatismo ortodoxo los Rascolniky o «Viejos Creyentes». Como de costumbre, le ayudaba el Ministro del Interior. Fue éste el que se encargó de ir reduciendo, en beneficio de la Iglesia estatal, mejor dicho, de la Confesión «favorecida por el Estado», la libertad otorgada por el Decreto de 1905, que tanto molestaba ya en las esferas políticas de la capital. Por otra parte, el Santo Sínodo trabajaba con denuedo en la obra —según él, nacional y patriótica— de fomentar la adhesión entrañable a la Ortodoxia.

Ello equivalía, a juicio de los miembros de aquel alto organismo, a procurar la lealtad al Estado y a sus instituciones fundamentales. Se intensificó de modo especial esta campaña en 1913, con motivo de la celebración del tercer centenario de la Dinastía Romanov, y, en 1914, con la triste ocasión del estallido de la primera Guerra Mundial. Pero en ambos casos todo quedó reducido a meros actos oficiales, muy aparatosos en verdad, pero fríos y melancólicos.

Por entonces aprobaba el Santo Sínodo los estatutos de una nueva Asociación de mujeres, que, guiadas por la hermana de la Emperatriz, es decir, por la viuda del Gran Duque Sergio, asesinado en Moscú, consagrarían sus desvelos, a la manera de las diaconisas protestantes de Alemania, al ejercicio de la caridad con los que sufren. El noble empeño tropezó con la resistencia de los obispos que, fieles a las tradiciones de la Greco-Ortodoxia oriental, no admitían más caridad con el doliente que la ejercida por monjes y monjas de la Orden de San Basilio.

Pese a la ineptitud radical del anticanónico Santo Sínodo Rector, es de justicia reconocer que en los decenios que precedieron inmediatamente a la Revolución comunista, acertó él a depositar —inconscientemente acaso— en los clérigos y en los fieles el germen salvador que capacitó más tarde a la Iglesia para resurgir con vitalidad inesperada de los escombros acumulados por la Gran Catástrofe. Nos referimos a las ideas de reforma eclesiástica, de Concilio panruso y de restablecimiento del Patriarcado. Por lo demás, tanto el Sínodo Rector como la Administración eclesiástica en su conjunto dieron pruebas de su incapacidad para dirigir la nave de la Iglesia en los momentos críticos y aciagos de la inminente borrasca. Con una tenacidad desesperada, indigna del momento, tanto el uno como la otra, pese a la buena voluntad inicial, se opusieron irracionalmente a toda renovación y en consecuencia contribuyeron a que se malograra el germen que habían plantado. De ello resultó que

de rechazo lanzaron hacia el campo de la oposición a todos los elementos que, sin ser antieclesiásticos, trabajaban con empeño tenaz por una honda reforma de la Iglesia. Ello favoreció mucho a éstos, porque en la hora fatal del cambio de régimen no les fue difícil —ni desventajoso tampoco— tomar posiciones junto a las fuerzas de la oposición en contra del antiguo orden de cosas. Quiere decir todo esto que el Santo Sínodo y la Administración eclesiástica entera, organismos específicos de la fusión rusa de ambas supremas potestades en la época de los Zares, estaban condenados a morir en el momento mismo en que desapareciese la Dinastía Romanov. En su misma constitución esencial se escondía el veneno que irremisiblemente había de causarles la muerte.

Capitulo XXV

LOS TEOLOGOS RUSOS EN LAS POSTRIMERIAS DEL SIGLO XIX Y COMIENZOS DEL XX

I

ESCRITORES EN LOS ULTIMOS TIEMPOS DEL SIGLO XIX

La nueva escuela teológico-histórica.—*Influencia del Criticismo y del liberalismo teológico en la Rusia religiosa.—La aproximación y los contactos entre los ortodoxo-eslavos y los sectarios de Occidente.— Los conatos de Unión entre unos y otros.— El proyecto* universalista *del General Kirijev.— El anticatolicismo más intenso, obligada derivación de aquellos contactos.*

II

LOS TEOLOGOS CONTEMPORANEOS

a) *Sergio Stragorovsky.* b) *Svietlov.—Su empeño en armonizar la vieja teología ortodoxa con las modernas corrientes científicas. Sus obras principales.*—c) *Glubokovsky, representante genuino de la teología oficial, y* d) *Antonio Chrapovitsky y su conservatismo teológico.—Desorganización de los centros de enseñanza teológica a consecuencia de la Revolución bolchevique.—La Academia Eclesiástica ortodoxa de París.—Principales teólogos de la Diáspora rusa.—Desarrollo y ampliación de la Eclesiología de Chomiakov.—Influencia del pensamiento teológico de Dostojevsky y de Wladimiro Soloviev.—El universalismo de este notable publicista.—El sofianismo o teoría solovioviana de la Sophia.—Desarrollo de la misma por Bulgakov, portavoz de la Academia Eclesiástica Ortodoxa de París.—La oposición de los teólogos rusos de tendencia tradicional y el anatema antisofiánico del Sínodo*

de Carlovitz (año 1927) y del Patriarca de Moscú (1935).— Nicolás Berdajev, amigo inseparable de Sergio Bulgakow.—Carácter de su obra literaria.

Aunque divergentes y en ocasiones antitéticas, la teología «tradicional» de Macario y la «novísima» de Chomiakov no dejan de encontrarse, fragmentariamente al menos y en proporciones diversas, en los escritos de las postrimerías del siglo XIX. Florovsky los agrupa en una Escuela, a la que llama *histórica*. Fueron, en efecto, las Ciencias eclesiásticas de carácter «positivo» las que absorbieron la actividad de los profesores de las Academias teológicas de Rusia en este período. Gorsky, Lebedev y Belotov se dedicaron a la Historia eclesiástica general, y Golubinsky, hombre de mérito excepcional, estudió a fondo la Historia de la Iglesia rusa. Janitsev se creó fama imperecedera entre los moralistas, y Glubokovsky, entre los comentaristas de la Sagrada Escritura. También hubo patrólogos y liturgistas de relieve.

Hablando en términos generales, en este período de la teología rusa se nota la influencia del Criticismo y del liberalismo teológico, que por entonces predominaban en las Universidades de la vecina Alemania. A este propósito consignamos unas frases del profesor de la Academia de San Petersburgo Balotov, quien en su *Historia de la Iglesia antigua* y en otros libros había hecho a los católicos grandes concesiones en orden a los tan debatidos temas del Primado del Obispo de Roma y de la Partícula Filioque: «Si sobre mi criterio teológico preguntáis a un centenar de personas, las noventa y ocho dirán que yo estoy más cerca del Catolicismo que de la Religión protestante. No es así, sin embargo, me hallo más cerca del Luteranismo, pese a la libertad dogmática de que está penetrado. Hay aquí más fe gracias al mayor desarrollo de la conciencia personal y de las convicciones íntimas...»

Este fondo de liberalismo teológico, que tanto mancha a la teología rusa en las postrimerías del siglo XIX, explica muy bien la difusión del Eslavofilismo y el desarrollo de otros sistemas abiertamente heterodoxos. También determina la posición de la Ortodoxia eslava con respecto a los «Viejos Católicos» de Alemania y a las sectas protestantes, de un lado, y a los católico-romanos, de otro.

El artífice de la aproximación de los ortodoxos a los «Viejos Católicos» alemanes y a los anglicanos fue Janitsev, que tomó parte en las conferencias de Bonn (1874 y 75) y permaneció

siempre fiel a esta idea unionista. Más tarde, hizo su aparición en este mismo campo el General Kirijev, quien, pese a su escasa preparación teológica, escribió muchos artículos en revistas rusas y en la *Revue Internationale de Theologie* en favor de la Unión. Se oponían a ésta no sólo las grandes divergencias dogmáticas, que no lograron eliminar las Conferencias de Bonn ni las tesis de Belotov, publicadas en 1898, sino también el concepto mismo que unos y otros tenían acerca de la «Unidad» de la Iglesia. La propuesta de los novadores protestantes y de los «Viejos Católicos» de Alemania, que se contentaban con la Unión superficial de las diversas Iglesias hermanas, tropezó con el vigoroso sentir tradicional de la Ortodoxia. Fue entonces cuando el General Kirijev propuso de la manera más explícita su teoría de la *Iglesia Universal*. En ésta se hallaban incluídas todas las Confesiones cristianas, a más, claro está, de la Iglesia Ortodoxa. Atacaron furiosamente al bienintencionado general los teólogos más apegados a las viejas tradiciones eslavas, como Gusev, catedrático en la Academia de Kazán, y el Arcipreste Maltsev, y le ayudaron con ánimos y argumentos los escritores liberales como Sokolov y Bieljaev, de Moscú, Svietlov, de Kiev, y Belotov, de San Petersburgo. Naturalmente la bien marcada tendencia de establecer contactos con las diversas Confesiones religiosas del Occidente tenía que originar alguna pérdida de densidad en las rígidas y tradicionales concepciones dogmáticas de la Ortodoxia bizantino-eslava. La vieja prevención de los teólogos rusos contra el Catolicismo —intensificada ahora merced a los contactos con las sectas de Occidente— se convertía en hostilidad ruda y semisalvaje cuando Pío IX definía como dogmas de fe la Inmaculada Concepción de María (1854) y la Infalibilidad pontificia (1870). El Concilio Vaticano y sus definiciones les produjo una irritación que no pudieron disimular. En esta campaña anticatólica, que fomentaron grandemente las obras literarias de los «Viejos Católicos» de Alemania, las cuales también eran leídas en Rusia, se distinguieron Nicolás Jakovlevitch, quien consagró todos sus trabajos científicos a combatir al Pontificado romano, y Alejandro Lebedev, que escribió tres volúmenes acerca de las tres grandes discrepancias entre la Iglesia oriental y la romana (Concepción Inmaculada de María, Infalibilidad pontificia y culto al Corazón de Jesús).

LOS TEOLOGOS CONTEMPORANEOS

Contrariamente a lo ocurrido en los últimos años del siglo XIX, época áurea de la Ciencia teológica rusa, en las dos

décadas inmediatamente anteriores a la gran catástrofe de 1917, no conoció la Iglesia eslava teólogos eminentes y prestigiosos. No es que se hubieran apagado totalmente las llamas del saber en esta rama de los conocimientos humanos; lo que ocurrió es que no aparecieron figuras de relieve extraordinario. No hubo maestros que igualaran a las figuras excelsas que tanto brillaron en la centuria anterior. En el siglo XX la Teología rusa hubo de contentarse con expositores muy modestos que no traspasaron los límites de la *aurea mediocritas*.

Fue tema predilecto de los mismos una nueva doctrina soteriológica. El anhelo de penetrar en la esencia de la Redención los llevó hasta el extremo de empeñarse en dar una interpretación muy personal a las enseñanzas patrísticas al respecto, alejándose mucho de la doctrina tradicional tanto ortodoxa como católica, no muy divergentes en este orden. Hacían hincapié en la misericordiosa humillación del Verbo al asumir la naturaleza caída. Entre todos se distinguió el Metropolita Sergio Stragorovsky (1867-1944). En 1890 y en calidad de monje misionero marchó al Japón, donde permaneció tres años tan sólo. Al regresar a la patria recibía el nombramiento de profesor de Exégesis del Antiguo Testamento en la Academia Eclesiástica de San Petersburgo, de la que fue rector en 1899. A poco era nombrado obispo de Jamburg. Y en 1905 ocupaba la Silla Arzobispal de Finlandia.

Svyetlov, hombre de mentalidad extraña y polifacética (1861...?), contrajo en el campo dogmático méritos similares a los que en la Historia Eclesiástica adquiriera el gran Golubinsky. Muy inclinado hacia las novísimas corrientes de la Ciencia occidental y singularmente hacia el idealismo alemán y hacia la campaña vigorosa contra el clasicismo teológico de un Macario Bulgakow o de un Filareto Gumiliewsky, excelsas figuras del conservatismo dogmático, Svietlov tomó a su cargo la ingrata tarea de revisar las viejas concepciones teológicas de sus compatriotas y de armonizarlas con los novísimos criterios científicos. Como era natural, tropezó con la infundada hostilidad de los suyos, que no se resignaban a dejar las enseñanzas tradicionales de los grandes maestros de la pasada centuria. Para él dejaron de tener valor polémico los viejos tópicos de la partícula «Filioque» y de la expresión «Inmaculata Conceptio». Claro es que también repudiaba la exégesis que entraña la primera y la doctrina contenida en la segunda; pero no vio inconveniente máximo en el empleo de una y de otra, porque «existían precedentes dogmáticos dignos de toda veneración, tanto en Oriente

como en Occidente». Con ello prestó Svjetlov muy señalados servicios a la causa de la Unión de las Iglesias separadas. Son éstas sus dos grandes obras: «Curso de Dogmática», en dos tomos, y «Estudio dogmático-apologético del Reino de Dios».

Glubokowsky (1863-1937), puede considerarse como el representante más genuino de la teología oficial en las escuelas superiores y centros universitarios. Por desgracia, este hombre insigne escribió poco, muy poco. Colaboró en ciertas revistas del ramo y tomó parte en la redacción, a partir del volumen V de la *Enciclopedia teológica pravoeslava,* obra que, para desventura de las Ciencias teológicas en Rusia, tuvo un fin prematuro en 1917 al caer la Monarquía zarista. Tiene valor positivo un esbozo publicado en Varsovia (1928) acerca del «Estado de la Teología rusa en la segunda mitad del siglo XIX y en los comienzos del XX».

Antonio Chrapovitsky (1863-1936), por el contrario, escribió mucho. No compuso, es verdad, obras de conjunto, pero son numerosos y de positivo valor sus modestos tratados ocasionales y sus artículos periodísticos. A últimos de 1911 eran recopilados en tres gruesos volúmenes todos sus escritos. Cuando tenía 27 años tan sólo, fue nombrado rector de la Academia eclesiástica de Moscú, donde fundó una nueva Revista: el *Bogoslowsky Vjesnik* (Mensajero teológico). En 1895 pasaba a desempeñar este mismo cargo en la de Kazán, y en 1900 era nombrado Obispo de Ufa. Dos años más tarde, pasaba a gobernar la diócesis de Volynia. No dejó de mantener relaciones culturales con las dos más importantes capitales del Imperio, San Petersburgo y Moscú. En 1906 era llamado a la primera de estas ciudades para tomar parte en una Asamblea preconciliar que celebraba allí sus sesiones. Miembro ya del Santo Sínodo (1914) y Arzobispo, hubo de trasladarse a Charkov, donde le sorprendió la Revolución comunista. Participó en la magna Asamblea conciliar moscovita de 1917-18 y fue uno de los 3 candidatos a la restablecida Silla Patriarcal. No tardando pasó a Yugoeslavia donde murió (1936) como jefe, universalmente reconocido, de todos los ortodoxos residentes en el extranjero.

Por lo que atañe al principio monárquico en la constitución eclesiástica, Antonio Chrapowitsky, a diferencia de los eslavófilos, fue extraordinariamente conservador de las viejas tradiciones de la Iglesia nacional. Como ellos, en cambio, atacó de modo rabioso a la Iglesia Católica, ya latina ya uniata. En asuntos dogmáticos se dejó influir por la Teología protestante, cosa

que le echaron en cara no pocos escritores anónimos que blasonaban de *custodios de la Ortodoxia.*

La caída del zarismo y la consiguiente exaltación del comunismo ateo tuvieron la virtud de desorganizar los estudios teológicos en Rusia. Las Academias Eclesiásticas cerraban sus puertas. El huracán de la Revolución triunfante dispersó a los hombres más representativos y más ilustres. Varios de ellos encontraron asilo en las Facultades de Teología o en las Universidades estatales de otras naciones ortodoxas; algunos continuaron sus trabajos a la sombra dc instituciones unionistas que vinieron a la existencia entre los anglicanos y los protestantes de Alemania, y otros, en fin, acogidos a la ayuda generosamente otorgada por asociaciones de índole heterodoxa, crearon centros semiautónomos en los que prosiguieron sus tareas teológicas de modo más constante y metódico. Radicaban en las ciudades de Berlín, Praga, Varsovia y París, lugares preferidos por la Diáspora rusa. Por decreto canónico del Metropolita Eulogio se constituyó en la capital de Francia la *Academia Eclesiástica Ortodoxa.* Así es que preciso será buscar fuera de Rusia el pensamiento teológico de los autores contemporáneos. Ellos publicaron en francés, inglés y alemán artículos y libros interesantes y tradujeron a esos idiomas obras notables que, escritas en ruso, trajeron consigo a la Europa central y Occidental. Ellos convirtieron a la Teología rusa en algo accesible a los europeos del Oeste; ellos la difundieron y ellos contribuyeron a incrementar su influencia. Merecieron bien de la cultura teológica eslava. Glubokovsky, Arseniev, Fedotov, Florovsky, Berdajev y Bulgakov (S) son nombres bien conocidos en Occidente. Las obras de alguno de ellos —sirva de ejemplo Arseniev, profesor de Historia de las Religiones en Koenigsberg— constituyen el encanto de no pocos lectores occidentales. Entusiasman sobre todo aquellos que desarrollan temas de Filosofía de las Religiones, de Sociología y de Teología místico-litúrgica y dogmática.

En el terreno del dogma es difícil encontrar en la Diáspora rusa autores que representen a la Escuela tradicional, aun en la forma más moderada que empleara Filareto Gumilievsky. Ya no tenían que habérselas con la rigurosa e inexorable Censura del Santo Sínodo. Fuera de su patria los teólogos rusos tenían libertad para pensar, para escribir y para adoptar los sistemas doctrinales más atrevidos y originales. Para éllos eran tres los autores más dignos de admiración y de simpatía: Chomiakov, Dostojevsky y W. Soloviev. Todos desarrollan, comentan y amplían la Eclesiología del primero. Por eso se revuelven, airados,

contra lo que ellos llaman *juridicismo eclesiástico,* cáncer del que, según ellos, adolece la Iglesia Romana. Por eso «contraponen su amada Iglesia ortodoxa, que como Iglesia de Juan es todo *misticismo y amor,* a la de Roma, fundada —según ellos aseguran— sobre *el derecho y la fuerza* que Pedro simboliza. El Príncipe de los Apóstoles preguntó, en efecto, si «serían bastantes dos espadas...» Se complacen en ampliar la consabida noción del universalismo de Chomiakov (la Sobornost, catolicidad). Les agradaba sobremanera el más destacado relieve que el maestro dio a la unidad de los fieles en la *conciencia colectiva* del Cuerpo de la Iglesia, y, en consecuencia, disminuían la condición «visible» de la Esposa del Cordero.

La Eclesiología chomiacoviana encontró también una confirmación en el pensamiento de Fedor Dostojevsky († 1881), del llamado «Profeta de la nueva teología». Menos teólogo que Chomiakov, el gran escritor tuvo y continúa teniendo entre los pensadores rusos una influencia enorme. Se recuerdan siempre con veneración y cariño sus temas favoritos del *Heroísmo de la libertad* y de la *Abyección de la obediencia* a la jerarquía eclesiástica. Su famosa leyenda del Gran Inquisidor —página admirable de la novela *Los hermanos Karamazov* —en la que el gran literato pinta con los más vivos colores la absoluta incompatibilidad entre el poder eclesiástico y el verdadero Cristianismo, ha suministrado argumentos a los escritores novísimos cuando se ocupan de la Iglesia ortodoxa. Dostojevsky influyó —no cabe dudarlo— sobre el Metropolita Antonio y sus secuaces y hasta sobre otros muchos que, dentro de la admiración al gran maestro, vieron peligros de importancia en su concepto de la «libertad eclesiástica» y juzgaron por ende muy necesarias las restricciones en la exégesis dostojevsquiana.

No fue ni es menor la influencia teológica de Wladimiro Soloviov, pensador de sólida reputación, filósofo y poeta, «Padre del Catolicismo ruso» y «Newman eslavo». Es autor de «La Russie et l'Eglise universelle», obra que tanto se ha leído en Occidente. Este ortodoxo simpático tenía a la Europa Occidental como algo indispensable para la realización de su sueño dorado: la Iglesia Universal. El universalismo de Soloviov entusiasmó a muchos de sus secuaces, que ansiaban muy de veras la unión de la Ortodoxia con las demás Confesiones cristianas, pero algunos —y entre ellos se encuentra el Príncipe Trubetskoi— retrocedieron, alarmados, cuando el filósofo y el poeta, que encontró la solución del problema eclesiástico, gritó pletórico de satisfacción: ¡Roma, amor!, ¡Roma, cabeza de la Iglesia Universal!

Soloviov es el autor de la alucinante teoría de Sophia, la cual encontró un admirador convencido y entusiasta en el profesor de la Academia Eclesiástica ortodoxa de París: S. Bulgakov. La propagó en su libro «Lumiére sans nuit» (París, 1917). En esencia está constituída por las atrevidas afirmaciones siguientes: Existe un ser intermedio entre la Divinidad y sus criaturas. Es la Sofía, que, siendo distinta de las Tres Personas Divinas, se encuentra, por decirlo así, en el límite mismo entre lo divino y lo creado y participa igualmente de una y otra condición. Con respecto a Dios, la Sofía es eminentemente receptiva de todas las perfecciones comunicables a las criaturas. Y por esto es extremadamente fecunda en sus relaciones con los seres creados. De ella, como de principio femenino, reciben éstos el Ser, la inteligencia y todos los dones. Y porque, además, es verdadera alma del mundo, la Sofía actúa sobre todos los seres y los conserva en su existencia. La Sofía —asegura Bulgakov— no es una Persona; es más bien una ¡Subsistencia!, que ha tenido sus manifestaciones —Concreciones, dice él— en la Santísima Virgen, en Jesu-Cristo y en los Angeles, términos de la famosa Trilogía de este autor, la cual quiere ser un comentario teológico del célebre Icono de la Sofía en la Catedral del mismo nombre de Novgorod la Grande. El ardor y el interés que Bulgakov puso en la exégesis y difusión de esta extraña teoría lo llevaron hasta el extremo absurdo de convertir al *Sofianismo* en centro de todas sus lucubraciones teológicas. Tan descabellado intento mereció los reproches de Nicolás Arseniev, teólogo místico notable, que pertenecía cabalmente, a los círculos literarios muy relacionados con Bulgakov.

Las teorías sofiánicas —hijas de una fantasía en estado febril— no podían ser la fuente de una teología nueva y más excelsa que la tradicional. Es cierto que constituyen un esfuerzo laudable y sincero, nacido de la sed ardiente de la Verdad religiosa, pero también lo es que introduce en la Dogmática un caos espantoso. ¡Tenían que desembocar en éste los sistemas de la «intuición» y del «idealismo platónico» que Bulgakov adoptó! No es extraño por lo tanto que surgieran protestas muy vivas en el seno mismo de la Iglesia ortodoxa. Fue el Metropolita Antonio Krapovitsky, residente en Carlovitz (Yugoeslavia) quien las presentó en 1924. En la Revista *Novoe Vremja* el prelado ortodoxo en el exilio denunciaba al «Sofianismo» de Florensky y Bulgakov como «sospechoso» de introducir en la Divinidad una ¡cuarta Persona! Las explicaciones que dio Bulgakov calmaron por el momento los vientos tempestuosos que había desencade-

nado; pero el Sínodo de Carlovitz (marzo de 1927) condenaba el «modernismo» de la Academia Eclesiástico-Ortodoxa de París, del cual era precisamente una muestra la teoría sofiánica. El anatema parecía un episodio más en la lucha entre dos Metropolitas: Eulogio, de París, y Antonio, de Carlovitz. Nada de ésto. Cuando Sergio, Patriarca de Moscú, condenaba solemnemente (septiembre de 1935), por mediación de Eleuterio, Metropolita de Lituania, la doctrina sofiánica de Bulgakov, Antonio de Karlovitz había ya desaparecido del mundo de los vivos. Para justificar —y en cierto modo confirmar— la sentencia de Carlovitz, el Arzobispo Serafín publicaba una obra voluminosa contra el Sofianismo. No mucho después, editaba una respuesta más abreviada a las autodefensas formuladas por Bulgakov. El autor del Sofianismo quedaba mal parado.

La condenación de Bulgakov no fue bien acogida en París. ¡Era natural! Berdajev vio en ella la sombra y el espíritu del Gran Inquisidor. En nombre de la Academia y en el suyo propio, Bulgakov rebatió uno por uno los considerandos de la sentencia, que era, según él, fruto de un examen superficial o incompleto. Y en vez de someterse y callar, añadió a sus anteriores libros sofiánicos otro sobre el «Paracleto» (París, 1936) y publicó en inglés una síntesis de su teoría con este título: «The Wisdom of God. A brief Summary of Sociology» (Nueva York y Londres, 1937).

La ausencia de autoridad en la Iglesia rusa —autoridad que en aquellos tiempos de crisis resultaba más necesaria que nunca— favoreció a la resistencia de Bulgakov. Sin embargo, no conquistará entre los suyos la imprescindible aprobación. La teología ortodoxa tradicional, al fin y al cabo tan respetada en Rusia, rechaza sus teorías sofiánicas. En el primer Congreso Internacional de Teología Ortodoxa celebrado en Atenas, a últimos de 1936, fueron acogidos con mucha frialdad los profesores de la Academia. Los delegados rusos pudieron darse cuenta de que los sistemas de Chomiakov y de Bulgakov estaban en abierta oposición con el pensamiento teológico dominante en las otras Iglesias orientales.

NICOLAS BERDAJEW

Fue compañero inseparable y amigo de Sergio Bulgakov. De la misma edad —habían nacido hacia 1872—, uno y otro comenzaron su carrera en el vasto campo de la filosofía social. En su programa figuraban reformas tan radicales que Berdajew

hubo de ser deportado al Norte del país, donde pasó dos años bastante duros. No tardaron en traladarse a la Europa central estos dos grandes pensadores. Al comenzar el siglo XX estos dos amigos entrañables viraron en redondo hacia los problemas religiosos y desembocaron en el Cristianismo ortodoxo. Y fue tan intensa su piedad y tan ardoroso su celo que Bulgakov se ordenó de sacerdote. Este eminente presbítero ortodoxo, que en atención a su valer y a su prestigio había sido antes elegido miembro de la Segunda Duma Imperial, fue llamado al Concilio general de la Iglesia en 1917 y al seno del Consejo Supremo de la misma. En 1905 publicaban una revista con el título de *Cuestiones vitales*. En 1907 el gran Berdajew fundaba en San Petersburgo una «Sociedad» para el fomento de la Religión y de la Filosofía. Estaba profundamente influenciado por las ideas de Wladimiro Soloviev, al que, por desgracia, no siguió en su adhesión al Pontificado Romano. En Moscú vio la lúz pública una Revista filosófica, *El Camino*, de la que fueron alma estos ilustres pensadores. Resulta muy difícil citar todas las obras de estos escritores excelsos. En contraste con la teología escolástica, que tiende al análisis minucioso de todos los problemas, estos novísimos teólogos rusos, al exponer los temas filosófico-dogmáticos, elaboraron ensayos y trabajos de conjunto. A la tendencia a la digresión unieron una enojosa prolijidad verbal que hace de sus obras algo difícilmente inteligible.

Capítulo XXVI

I Los Rascolniky.—Ventajas externas e internas que el Decreto de Tolerancia proporcionó a estos sectarios.—Organización y pujanza de su nueva vida religiosa independiente.—Decadencia de la rama de los "asacerdotales".—Desaparición total de la institución concordista que se llamó "Unidad en la Fe".

II. La Iglesia rusa y los protestantes

Los protestantes germanos.—Los contactos entre la Ortodoxia eslava y los anglicanos.—Divergencia de criterios entre los teólogos rusos con respecto a la validez o nulidad de las ordenaciones anglicanas.—Actitud antiunionista del Santo Sínodo, partidario decidido de la invalidez.—Las condiciones que exigía, inaceptables para los anglicanos.—Fracaso de las tentativas de unión con los episcopalianos de Norteamérica y con los ortodoxos del Japón.—Resultado negativo de las gestiones llevadas a cabo en San Petersburgo por los ingleses Puller y Gardiner.—La hostilidad de la Iglesia eslava contra el liberalismo teológico y la religión protestante.

III. La piedad del Clero y del pueblo

IV Rasputín.—Datos biográficos.—Rápida exaltación de este iliterato Muchik siberiano y sus causas.—Su extraordinario poder moral, político y social.— Su entrada en el Palacio Imperial y su influencia en el mismo.—Su omnipotencia integral.—El trágico final del Santón siberiano.—Consideraciones sobre su carácter y sobre los culpables de su encumbramiento.

V La pérdida constante de prestigio por parte de la Dinastía y de la Iglesia, causa del aumento progresivo de la incredulidad, de las sectas y de la difusión del marxismo.

I

Todos los «Viejos Creyentes» salieron ganando con el Decreto de Tolerancia de 1905; pero resultó bastante más favorecida que las demás la rama de los «sacerdotales». El triunfo de éstos había sido total. ¡Como que fue reconocida su jerarquía! Sus Obispos, es cierto, no habían dejado de realizar sus funciones específicas y hasta habían celebrado concilios legítimos sin molestias de la Policía zarista; pero no lo es menos que la Comunidad en cuanto tal tenía que moverse dentro de la clandestinidad y del peligro de la persecución. Mas ahora desaparecían el miedo y el obstáculo; quedaban reabiertos al culto aquellos rincones que un día les fueran señalados en el cementerio moscovita de Rogôtzky, rincones clausurados y sellados por Nicolás I, y podían organizar—y, de hecho, organizaron—sendas procesiones dentro y fuèra de dicho Campo Santo. Los Rascolniky «Sacerdotales» estaban muy contentos por el cambio de la situación. Tanto fue así que en febrero de 1906 elevaron a Su Majestad Imperial, el Zar de todas las Rusias, al que hasta bien poco ha venían llamando «Anticristo», una Declaración de gratitud y de lealtad firmada por 75.000 miembros nada menos. Se habían colmado sus más gratas esperanzas y se habían llenado sus más vehementes deseos. Los Obispos, sobre todo, estaban de enhorabuena porque ya no tenían necesidad de acudir para asuntos jurisdiccionales a Biala Krynitsa, importante centro rascoliano sito en el extranjero (Bucovina Austriaca). Y para mayor facilidad en el desarrollo de la vida religiosa, el Sínodo episcopal que celebraron en 1906 exigió como primera medida canónica la creación de una Metrópoli propia en tierras rusas y, a ser posible, en la ciudad misma de Moscú.

El ukase famoso de Tolerancia religiosa suministró a los rascolniky otra muy estimable ventaja: la solución de un problema grave que hasta entonces había venido enturbiando la paz fraterna entre éstos disidentes. Es sabido que los «sacerdotales» —su rama más ecuánime y menos fanática—estuvieron siempre mejor dispuestos que sus correligionarios los «asacerdotales» a establecer contactos con las autoridades estatales y ortodoxas para llegar a una inteligencia. Por el contrario, los «asacerdotales», menos comprensivos y más intolerantes, que aborrecían de muerte al Estado y a la Iglesia Nacional negándose con la máxima terquedad a todo compromiso, censuraban con dureza a sus hermanos y hasta sentían envidia de ellos por la menor severidad de que eran objeto por parte de las autoridades.

Pues bien; ahora gozaban de idéntica libertad unos y otros; no había motivos para la discordia y animadversión fraternas; en 1906, en efecto, llegaba la reconciliación entre estas dos ramas.

En octubre de ese mismo año un ukase imperial regulaba la situación legal de los rascolniky en el Estado. Por cierto que el Ministerio del Interior, organismo conscientemente enemigo y eterno opresor de estos cismáticos—respecto de la Iglesia oficial, claro es—tardó cuatro años en dar a la publicidad el oportuno reglamento de aplicación de la Ordenanza imperial.

De todos modos, ellos procedieron a organizar y desarrollar su vida religiosa con independencia absoluta; a partir de su reconocimiento legal celebraron ya de modo regular sus asambleas, y los Obispos convocaban sínodos todos los años. Como entre sus adeptos figuraban muchos y muy ricos comerciantes, pronto tuvieron imprentas propias en las que editaban revistas, periódicos y libros de toda índole. Entre las primeras merece citarse «El Pensamiento de los Viejos Creyentes», aparecido por vez primera en 1909; entre los segundos se hicieron famosos «El Diario del Pueblo» y «La Voz de la Verdad», que comenzaron a publicarse en 1906 y 1907, respectivamente.

También les alcanzó la reacción absolutista del intolerante Sabler, alto Procurador del Santo Sínodo. A instancias, sin duda, de este personaje rabiosamente conservador, el Ministerio del Interior dirigía en 1912 a los gobernadores de provincia una circular alusiva recomendándoles que fueran mermando paulatinamente a estos sectarios los derechos que les había otorgado el Decreto de Tolerancia, cuyo contenido resultaba intolerable, por lo visto, a muchos funcionarios de la Administración.

Conviene observar que, a diferencia de los «asacerdotales» o enemigos rabiosos de todo sacerdocio, la rama de los «sacerdotales», la cual tenía su propia jerarquía, progresó bastante más que los primeros, quienes marchaban a pasos de gigante hacia su ocaso. ¡Era natural! Una Iglesia sin Obispos y sin sacerdocio particular es un absurdo y una contradicción no viables, porque una de dos: o se extingue lentamente o degenera en un sectarismo amorfo sin posibilidad de vivir. Por esto fueron decayendo rápidamente los «asacerdotales». Es verdad que aún lograron sostenerse por algún tiempo—y para ello crearon en Vilna un centro regulador de la vida eclesiástica en Bielorrusia y en Países Bálticos, y otro con idénticas características en Moscú para los territorios centrales—; pero también lo es que fueron diluyéndose pronto en muchas comunidades de importancia de-

creciente y que, profundamente divididos, se combatieron mutuamente con una saña propia de fieras por cosas insignificantes y detalles necios.

En torno al difícil problema de la validez o invalidez del matrimonio concertado entre miembros de la Congregación «asacerdotal», sin intervención de párroco alguno, se formaron dos núcleos de importancia relativa. Los partidarios de la validez celebraron un congreso en Moscú (1909) y dieron vida a una especie de Iglesia disidente. Tres años más tarde, éstos mismos proyectaron, aunque en vano, tener un coloquio con los «sacerdotales» de Biala Krynitsa a fin de llegar a un entendimiento. La escisión continúa aún. Los que defendían la invalidez, menores en número desde luego, fueron extinguiéndose poco a poco.

Fácilmente se comprende que la «Unidad en la Fe», organismo unionista destinado a conseguir el reingreso de los «Viejos Creyentes» en la Ortodoxia oficial, no tenía ya razón de ser después del Decreto de Tolerancia. En medio de la indiferencia general dejaba de existir. Nadie tenía ya interés en la supervivencia de un organismo de índole conciliatoria entre Confesiones religiosas que gozaban de idéntica protección legal. Pese a ello, aún celebraron estos concordistas una Asamblea Panrusa en Moscú (1909). Nadie se ocupó de ella. En cambio, los miembros de la llamada «Vieja Fe» a secas (Rascolniky sacerdotales) conservaron una vitalidad floreciente. Tanto fue así que afrontaron con mayor virilidad que la propia Iglesia ortodoxa el vendaval de la Revolución leninista. ¡Era natural! Estaban más avezados a la persecución que los miembros de la Religión estatal.

II

Durante los dos primeros decenios de la actual centuria los protestantes de Rusia, que residían en las dos grandes ciudades del Imperio (San Petersburgo y Moscú), en los Países Bálticos y en la región del Volga, llevaron una vida tranquila. Nadie se metía con ellos. Los rusos ni siquiera se enteraron de la existencia en su patria de esta modalidad de cristianismo. Por eso no cabe ya hablar de influencias doctrinales luteranas sobre la Teología eslava.

No puede decirse otro tanto en lo que toca a las relaciones entre la Ortodoxia rusa y los protestantes ingleses. Sabemos por la Historia Eclesiástica general que León XIII declaró nulas a las ordenaciones anglicanas (1896). Los teólogos rusos se permitieron opinar acerca de tan importante materia. Para Soko-

lov (V. A.), catedrático en la Academia eclesiástica de Moscú, no cabía hablar de semejante nulidad. Se expresó con marcado espíritu crítico y con gran cautela, pero también con visible simpatía hacia la Iglesia Anglicana el profesor Bulgakov (A. I.), de la capital de Ucrania. Otro Sokolov (I. P.), profesor en San Petersburgo él, trató de poner remedio a la innegable falta de sucesión apostólica—base de la argumentación de León XIII—en el anglicanismo y acudió al socorrido concepto de la *oikonomia,* que recientemente habían desarrollado los teólogos griegos. Y finalmente, el Arcipreste y liturgista Maltzev, Capellán de la Embajada y de la Iglesia rusa en Berlín, y el teólogo Malinovsky aceptaron de lleno la tesis del Pontífice León XIII. Los anglicanos, por su parte, enderezaron sus esfuerzos a recabar de la Iglesia Oriental en su conjunto una declaración oficial en este respecto. El Patriarca de Constantinopla Joaquín III se encargó de presentar el caso (1902) ante las Iglesias de Oriente y solicitar de ellas la exposición de su criterio. En el entretanto y adelantándose a los acontecimientos, el Santo Sínodo de San Petersburgo emitió su parecer pronunciándose por la invalidez. Con ocasión del correspondiente documento, que era muy extenso, los teólogos de aquel alto Organismo establecieron una bien marcada distinción entre los católicos y luteranos, de un lado, y los anglicanos, de otro. Los primeros—aseguraban estos respetables señores—tratan con indigno menosprecio a los ortodoxos porque a todo benévolo conato de acercamiento por parte de nuestra Iglesia contestan indefectiblemente con el malsano propósito de llevarnos a su campo doctrinal. Los anglicanos, en cambio, proceden con más corrección y mayor humildad. Son ellos los que desean unirse a nosotros. Siendo esto así—concluían los asesores del Santo Sínodo—deberá ser nuestra Iglesia la que ponga condiciones. Y ha de ser la primera de todas el reconocimiento expreso de que la religión ortodoxa es la única depositaria de la verdadera fe; será la segunda la represión, mejor, la exclusión total del calvinismo, que es un sistema religioso incompatible en absoluto—por subversivo y negativo— con la teología eslava. Según se ve, no había medio de llegar a un acuerdo entre ortodoxos y anglicanos. La altiva intransigencia de los primeros llevó al fracaso a la más humilde actitud de los segundos. También en 1903 trataron de unirse con la Iglesia eslava los Episcopalianos de América. Pero, a propuesta del Obispo ortodoxo de aquel Continente, Tychón, luego Patriarca de Moscú, la comisión encargada de estudiar el problema exigió tantas y tan sustanciales modifica-

ciones en el Prayer Book (Ritual) de la Comunidad episcopal, que las tentativas de unión terminaban en el más completo fracaso. Y se llegó a la ruptura total cuando Tychón, pese a las reclamaciones y protestas del jerarca supremo de los episcopalianos, reordenó a un sacerdote de la jurisdicción de éstos, el cual se había convertido a la Ortodoxia. Asimismo, fracasaron los conatos unionistas entre la Iglesia ortodoxa-japonesa, fundada, como ya sabemos, por misioneros rusos, y la Comunidad episcopaliana que en aquel lejano Archipiélago habían creado los americanos. Por lo demás, el Santo Sínodo Rector de San Petersburgo consintió (1912) en que se instalara en Rusia una sucursal de la Asociación anglo-ortodoxa para la unión de las Iglesias. Después de los varios discursos que en la capital zarista pronunciara el anglicano Mr. W. Puller, invitado a ello por aquella Asociación, se iniciaron los coloquios unionistas acerca de diversas cuestiones teológicas, coloquios que no cristalizaron en resultados prácticos. También hubo discusiones con los protestantes de América, donde, a raíz de la Conferencia mundial de Edimburgo (1910), presidida por un hombre muy religioso, el noble Mr. Gardiner, se había creado un Comité unionista, el Faith and Order (Fe y organización), de las mismas características que el llamado «Life and Work» (Vida y Obras). En aquella ocasión el bienintencionado Gardiner dirigió un llamamiento conmovedor al R. Pontífice, a todas las Iglesias orientales y a los Obispos de la principal de todas ellas: la Ortodoxia eslava. Entre ellos figuraba un gran príncipe de ésta, el prelado de Charcow, Antonio Crapovitsky, hombre muy docto y prestigioso. Las cartas que se cruzaron entre estos insignes personajes revelan que la Iglesia rusa no estaba dispuesta a ceder en nada. La Primera Guerra Mundial puso fin a las tentativas ulteriores. El Concilio Panruso de 1917 expresó la grata esperanza de que «en adelante se darían los pasos convenientes para establecer relaciones más íntimas entre las Iglesias episcopalianas de Inglaterra y Norteamérica». Se encargaba de tan noble tarea la Y. M. C. A. (Young men's Christian association), que no mucho hacía se había introducido en Rusia.

Resulta de lo expuesto que la Iglesia eslava mostró siempre una bien marcada hostilidad hacia las formas exageradas del liberalismo teológico.

A raíz del edicto de Tolerancia, las sectas protestantes de los Baptistas y Adventistas comenzaron a desplegar en territorio ruso una gran actividad proselitista. Tanto la Iglesia como el Estado se defendieron vigorosamente contra unos huéspedes

poco gratos al mundo eslavo, fundamentalmente ortodoxo y antiprotestante.

III

El indudable resurgir de la piedad ortodoxa afectaba a grandes sectores de la sociedad rusa. Naturalmente, cooperaban en el movimiento renovador figuras respetables de Obispos, monjes y sacerdotes seculares, pero no faltaban tampoco miembros de la nobleza y hasta personajes de la Corte. La propia Zarina Alejandra, la cual había trocado sinceramente su religión luterana por la ortodoxa, figuraba en primera línea. Conviene notar que la egregia dama miraba con desdén a los sacerdotes cultos y prodigaba sus caricias a las gentes sencillas y profundamente cristianas. En ello, como es natural, la acompañaban ciertos cortesanos y nobles. Los sectores de la burguesía y de la «Intelligentzia»—también es cosa lógica—no se dejaron influir por esta tendencia a la que pudiéramos llamar instintiva, popular y *naturaliter christiana*. Los altivos «intelectuales»—no muy numerosos en la atrasada Rusia—no se ocupaban para nada de la religión. Vivían en la más completa indiferencia. Los enemigos declarados y rabiosos de la Ortodoxia eran muy pocos: los nihilistas y los ácratas, nada más. Los creyentes constituían aún la gran mayoría del pueblo ruso. Y existían, como siempre, almas escogidas, ortodoxos de corazón, para los cuales tiene contenido real la palabra «piedad». No sabrían dar razones de sus creencias; pero era muy cierto que las tenían y que asistían con fervorosa devoción a las funciones litúrgicas.

IV

Hijo de un Muchik no rico de Siberia, nacía en Pokrovskoje (Gobierno de Tobolsk) en 1864 Grigory Jefimovitch Rasputín, el hombre misterioso que, sin formación literaria de ninguna especie—se asegura que era ¡analfabeto!—y desde el humilde oficio, mal aprendido, de jardinero y de cochero, llegó a la categoría de personaje de influencia decisiva en la política, en la nobleza, en la Iglesia y en la Corte imperial de San Petersburgo durante los últimos años de vida de la Dinastía Romanov. En sus años mozos cobró fama de pendenciero, disoluto y aventurero. Se sabe que pasó unos meses en el Monte Athos y que al regresar a Rusia contrajo matrimonio del que nacieron dos hijas, una de las cuales escribió la biografía y la defensa del autor de sus días. Rasputín, pues, ni fue monje ni eclesiástico. Cansado de

la mujer, ingresó, como fámulo quizá o sencillamente como hermano, en el Monasterio de Verkhoture, donde permaneció muy poco tiempo. Sin duda para deshacerse de él, el superior de este establecimiento monacal dio a Rasputín una carta de recomendación para un personaje influyente en San Petersburgo: Teófanes, Rector de la Academia eclesiástica. El aventurero Rasputín, que venía precedido de la aureola de «santo» y de «taumaturgo» muy favorecido con la potestad y los dones del cielo, se establecía en la capital del Imperio. A poco se le abrían las puertas de las casas más aristocráticas. ¿Cómo se explica esto tratándose de un hombre inculto? Puede ser una explicación satisfactoria—dadas la corrupción y decadencia de la Nobleza petersburguesa—el hecho de que el aventurero se hiciese pasar por exorcista eficaz y médico experto en enfermedades y pasiones voluptuosas. El pregonaba por doquier que había sido destinado por Dios a la obra magna de ayudar a socorrer a la miserable y pecadora Humanidad. Exageran los que hablan de su sistema filosófico-religioso. Rasputín ni sabía filosofía, ni entendía de sistemas teológicos. No había estudiado jamás ni sentía inclinación alguna a las letras. Era un perfecto bribón y nada más. Le bastaba esto para subir, para acreditrse como *taumaturgo* y para enriquecerse. Para llegar a tan codiciada meta, Rasputín se dedicó a explotar la ingenuidad de personas crédulas, a las cuales convenció—porque era grande su poder en este orden fisiológico-psicológico—que podía utilizar las fuerzas arcanas de la Naturaleza y especialmente del ser humano. Así logró introducirse en círculos cultos y aristocráticos de la Capital. A tanto llegaron su influencia, su popularidad y su fama de *milagrero*, que el Santo Sínodo, preocupado, —dicho sea en honor de aquella famosa institución—tomando cartas en un asunto enojoso y, según todas las apariencias, irregular y anómalo, incoó proceso canónico contra el embaucador y sus cómplices y promotores. Pero Teófanes —jerarca eclesiástico de prestigio— lo defendió y ¿quién lo había de creer? hasta lo presentó a no pocas señoras tocadas de ¡teosofismo! y aun a los Zares mismos, quienes, a la verdad—dados los antecedentes de aquél hombre disoluto que, además, tenía cuentas pendientes con la Justicia—mostraron en los comienzos cierta repugnancia a recibirlo. Pero ante las serias manifestaciones del Rector de la Academia eclesiástica nada menos, quien juraba y perjuraba que Rasputín, el «nuevo taumaturgo», el *Santo* de Pokrovskoje, se había arrepentido de veras y que, en realidad, era un Staretz mimado del Cielo, la Corte acabó por abrirle las puertas de Palacio. Ya venían protegién-

dole los políticos Pedro Stolypin y el Conde de Witte, quienes acudieron al Santo y lo utilizaron como instrumento político. No es, pues, de maravillar que llegase hasta la Emperatriz. Una circunstancia aciaga debió mover a la egregia dama a establecer contactos con el *curandero* siberiano. Su hijo único, y por ello Zarevitch o heredero de la Corona, estaba muy enfermo de hemofilia, desgracia ésta que acibaraba la existencia de la excelsa pareja. Las Montenegrinas, princesas histéricas muy dadas a espiritismos y a experimentos hipnóticos, hicieron observar a los afligidos Soberanos que Rasputín, santo verdadero y dueño de las fuerzas de la Naturaleza, podía curar al Zarevitch. A partir de esta recomendación, Rasputín se convirtió en dueño del Alcázar Imperial. El dichoso Staretz solía decir aludiendo a sus relaciones con los Soberanos: «La vida del Zarevitch depende de mis plegarias y la de los Zares, de mi voluntad. El día que yo quiera puedo aplastarlos. La Zarina hace cuanto yo deseo y no ignora que el día en que deje de obedecerme peligrará su vida». ¿Les había amenazado con un poder, que comenzó siendo moral y se convirtió no tardando en político y social? El Analfabeto siberiano triunfaba rotundamente de los Obispos, de los monjes y de los políticos y se había constituído en un hombre *todopoderoso* en la Ortodoxia eslava, en el Estado ruso y en la Corte zarista. No pudieron llegar a más la decadencia de la Nobleza, la falta de visión en los políticos, la estulticia de los soberanos y la ingenuidad bobalicona de los jerarcas eclesiásticos. En 1.911 hacía un viaje de peregrinación a Tierra Santa del cual dio cuenta detallada en un libro que vio la luz pública en San Petersburgo (1.915). Le interesaba, ante todo, llamar la atención sobre su persona. Naturalmente, como todos los que se encumbran con rapidez y sin fundamento real, Rasputín tuvo muchos y poderosos enemigos. En 1.914 una mujer siberiana, la cual se consideró burlada por el pretendido Santón, le disparó un tiro de revólver. Ello sirvió para incrementar su prestigio, porque sus amigos y admiradores—muy imbéciles ellos—atribuyeron a milagros portentosos la salvación de su vida y el rápido restablecimiento de su salud. Al estallar la Primera Gran Guerra llegaba a su cenit el poder de Rasputín. A través de la correspondencia entre la Zarina y el Emperador, que residía habitualmente en su Cuartel General de Mohilev, influyó más de lo debido en las operaciones militares. ¡Tan poderosa llegó a ser su intervención en los negocios estatales! Y la empleó, según se asegura, en favorecer los propósitos de los alemanes en Rusia. La viuda de Alejandro III riñó con su nuera, la Zarina Alejandra, por cuanto prote-

gía al *farsante Rasputín*. En una entrevista que tuvo con su propio hijo, el pobre hombre que era Nicolás II, pidió a éste, con las instancias propias de su madre, más que cariñosa enérgica, que alejase a Rasputín del Palacio Imperial y de la Capital de la Nación. El favorito se mantuvo, sin embargo. Asimismo, quedaron sin efecto las denuncias expuestas en la Duma y ante el Consejo del Imperio en 1.916. Habiendo resultado vanos todos los intentos de alejarlo de la Corte, surgió en círculos próximos a la Casa Imperial, hartos ya de tanta indignidad y vergüenza tanta, el propósito de asesinar a Rasputín. Conjurados para realizar el crimen, el Gran Duque Demetrio Paulovitch, el Príncipe Jusupov y el Diputado Puriskevitch liquidaron al ¡taumaturgo! el 16 de diciembre de 1.916. Se tributaron al cadáver, enterrado en los jardines de Zarskoje-selo, Sitio Imperial no lejos de San Petersburgo, los máximos honores. Unos meses más tarde, al triunfar la Revolución de Marzo (1.917) eran exhumados y quemados los restos de Rasputín. El viento se llevó las cenizas.

¿Cómo se explica el hecho incontrovertible de la influencia *decisiva* de este hombre misterioso? ¿Cómo es posible que los eclesiásticos más significados de la Capital rusa y que las primeras figuras de la Nobleza, de la Política y de la Corte imperial tolerasen y hasta mimasen a un hombre cuyos consejos y cuya conducta contribuyeron en buena parte a la caída de la Dinastía y al estallido de la Revolución leninista? Estamos, desde luego, ante el caso de un hombre que estaba en posesión de la cualidad excepcional de manejar las voluntades ajenas. De agradable presencia corporal, de aire mayestático e imponente, de fascinadora mirada, Gregori Rasputín, hipnotizaba a cuantas personas predispuestas en su favor caían en su esfera de acción. En los comienzos de 1.944 logramos hablar en la Ciudad de Riga con una dama que perteneció a la Nobleza de S. Petersburgo y que había visto a Rasputín en un salón aristocrático. «Su mirada —nos dijo— era irresistible. ¡Algo había de extraordinario en aquel hombre! El fulgor penetrante de sus ojos deslumbraba a las damas y a los caballeros a quienes iban dirigidos con especial empeño».

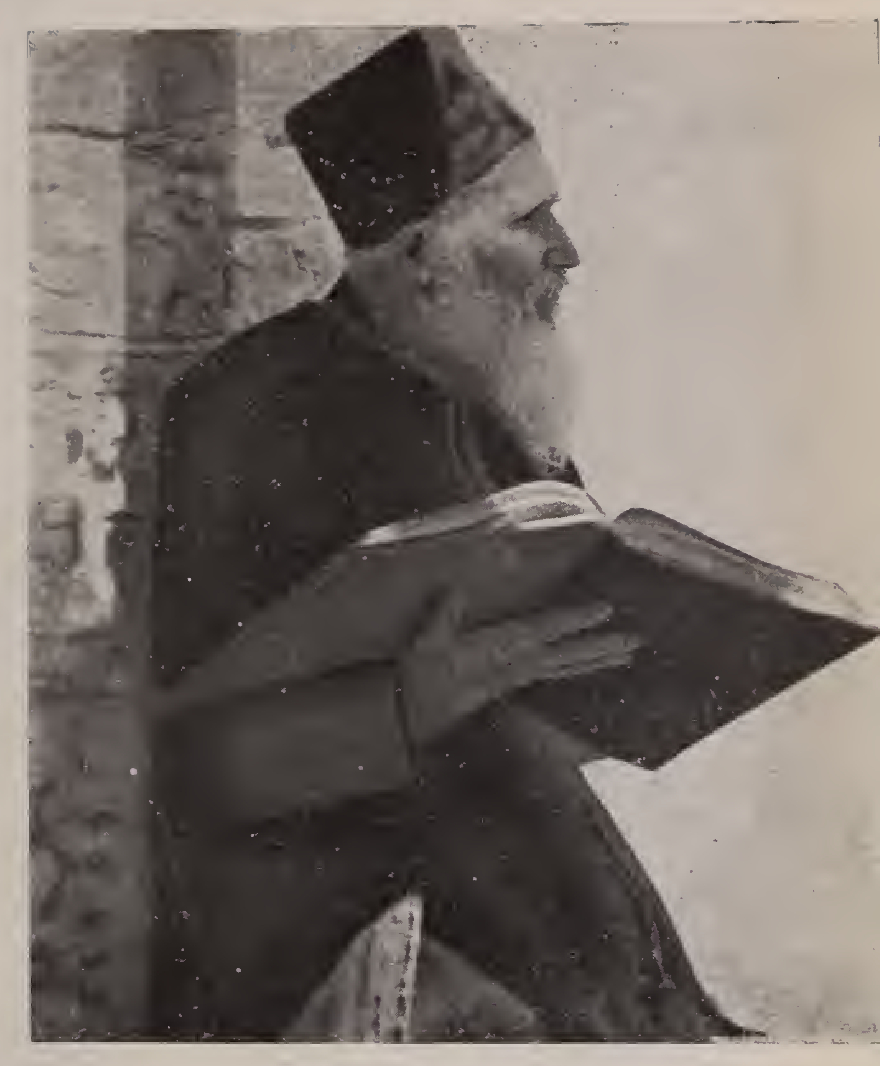
Su figura, de todos modos, sigue siendo enigmática y tenebrosa. Mantuvo estrechos contactos con los Clistinos, sectarios muy fanáticos..., y su influencia, más que religiosa, fue de índole fisiológico-psicológica. Ello no exime de responsabilidad a los que se dejaron fascinar. La historia, —es bien seguro— tendrá que juzgar con severidad a cuantos personajes intervinieron en asunto tan vergonzoso. Los eclesiásticos, los aristócratas, los po-

líticos, los cortesanos y los Zares... todos contribuyeron a la exaltación de un Muchik de Siberia, tierra remota y misteriosa de la que no debió salir Grigory Jefimovitch *Rasputín*.

La extraña figura de este *Aventurero* permite establecer la existencia de manchas extensas y nocivas en la vida religiosa del pueblo ruso. Los Clistinos y los Scopces, sectarios en extremo fanáticos e inmoràles, que de mucho tiempo atrás vivían al margen de la Iglesia nacional, no habían desaparecido, pese a la incesante labor antisectaria del Sto. Sínodo y a la vigilancia y represión de la Policía. Continuamente surgían acá y allá brotes sectarios rabiosamente antiortodoxos. La Iglesia oficial perdía con ello muchos fieles, principalmente de los sectores menos cultos de la población. El funesto Procurador General, Sr. Pobjedonoszev, había hecho un flaco servicio a su Iglesia y a su país al fundamentar su política eclesiástica en el absurdo principio de que *«la ignorancia es hermana de la piedad»*.

Y para colmo de males, a últimos de la pasada centuria, había hecho aparición en el país la gangrena de la incredulidad. Impulsado por el Socialismo, por los sistemas filosóficos afines y por las corrientes antieclesiásticas que llegaban de Occidente, el virus ponzoñoso del Liberalismo invadía masas considerables de obreros de la ciudad y del campo. Los catastróficos efectos sociales de la Guerra con el Japón, perdida por Rusia (1.905), sembraron por doquier la inquietud, la antipatía hacia el orden existente plasmado en la fusión del Estado y de la Iglesia —instituciones seculares que se protegían mutuamente— y el ansia de mejoras por cambios radicales en las instituciones políticas. El descontento y la indignación se convirtieron en un fenómeno general cuando el Gobierno zarista cometió la falta imperdonable de ahogar en sangre la pacífica manifestación de obreros petersburgueses (9 de enero de 1.905). Capitaneados por el entusiasta sociólogo Sr. Gapone, clérigo ortodoxo, se dirigían al Palacio de Invierno en petición de mejora para las clases menesterosas, que lo estaban pasando muy mal. La bárbara represión produjo en todo el país enconado resentimiento. Conviene observar que los manifestantes llevaban iconos y emblemas religiosos en gran número. Con todo esto salía ganando el Socialismo, claro está. El Gobierno, que para salir del paso, prometía el oro y el moro, no hacía luego absolutamente nada en el terreno social. La falta de visión en unos políticos que no se habían percatado de que pasaron para no volver los tiempos de la mano dura del Absolutismo, contribuyeron eficazmente a la descristianización del país, que a tanto equivale el fomentar, bien que de mo-

do indirecto, la difusión de las teorías del Marxismo materialista y ateo. Las próximas tormentas revolucionarias no tendrán que trabajar demasiado para barrer del suelo ruso a la Dinastía Romanov y a la Iglesia misma en cuanto poder asociado y encarnado como en cabeza visible en su desventurado titular: Nicolás II. Fue claro exponente de la decadencia religiosa dentro de la Iglesia eslava una secta que se empeñaba en hacer del Santo Nombre de Dios un ¡Octavo Sacramento! El absurdo surgió, como una degeneración de la «Plegaria de Jesús», en el Monasterio de San Penteleimón, en la República monacal del Monte Athos. El Ejército ruso cumplió la orden recibida de aplastar en poco tiempo este ridículo movimiento.



Monje ruso leyendo y meditando


Un Patriarca


Un diácono ruso

Capitulo XXVII

EL MONACATO (Período Sinodal)

Decrecimiento monacal y medidas para mantener la piedad.—Merecimientos excelsos del Metropolita Gabriel en este orden de cosas.—Héroes del ascetismo.—Tychón de Sadonsk.—Paisio Welitschowsky.—San Serafín de Sarow.—Los Starezs.—Alejandro Grenkow, el más grande de todos ellos.—Los rigurosos ascetas Briantchaninov y Teofán Zatvornik (El ermitaño).—El Arcipreste P. Juan de Cronstadt, el "Taumaturgo orante". Prestigio inmenso de los Starezs, consejeros espirituales.

En 1734 el político Birón promulgaba la orden siguiente: «Nadie podrá ingresar en los Monasterios como no sean los sacerdotes viudos y los soldados licenciados». En 1740 el Santo Sínodo daba a conocer con la tristeza consiguiente que en muchas Comunidades no había ya monjes que practicasen el culto y que en muchas otras no habían quedado para los menesteres monacales (culto y trabajo) más que los enfermos y los inútiles. Todo había sido originado—aseguraba aquel alto Organismo—por las infortunadas restricciones al ingreso en los conventos.

Para remediar el mal el Sínodo proponía la incorporación a los mismos de los seminaristas y de los servidores inferiores de los templos, es decir, de personas civiles y hasta de siervos liberados por sus dueños. Unos veinte años más tarde, la Zarina Isabel promulgaba un ukase en cuya virtud «las autoridades eclesiásticas (léase el Santo Sínodo) podrían sacar monjes de las situaciones todas del estado civil, con sólo tener presentes algunas limitaciones muy necesarias y fácilmente comprensibles».

No cabía dudarlo, el entusiasmo por la vida conventual había decrecido notablemente en el período de los Patriarcas moscovitas. Por esto mismo sobraban muchos monasterios, hasta aquéllos mismos que habían sido recientemente fundados. Hubo, pues, necesidad de reagruparlos fundiendo en los grandes buen

número de Claustros de escasa población monacal. Aun así, las autoridades eclesiásticas, impulsadas a ello por el Gobierno, clausuraron otros muchos. En 1762, todavía se mantenían abiertos 732 conventos de varones y 222 de mujeres. Pero en un estadillo correspondiente al año 1764 se hacía mención únicamente de 420 masculinos y de 39 femeninos. Además, en el documento en cuestión se prohibía terminantemente la apertura de nuevos conventos «sin previo altísimo beneplácito».

Sin embargo, pasados algunos años, no muchos, la clásica piedad rusa reconstruía algunos monasterios destruídos. Y hasta se edificaron otros de nueva planta. En 1810 contaba la Iglesia rusa tres grandes Lauras, siete monasterios sometidos inmediatamente al Santo Sínodo y 256 conventos masculinos y femeninos, oficialmente incluídos en el censo legal. También había cuatro Eremitorios con existencia legal y 182 tolerados. En total, 452 comunidades religiosas. Pero las calamitosas circunstancias de los tiempos y, sobre todo, las necesidades de oponer un dique a las orgullosas y atrevidas transgresiones de los raskolnikis pedían con urgencia una medida radical: la de someter al monacato al más riguroso control. Por de pronto, se prohibía con mayor severidad el tránsito arbitrario de un convento a otro. También quedó sometido a las más duras sanciones el ingreso en religión de individuos casados, a menos que al propio tiempo tomase el hábito el otro cónyuge. Como el señalamiento de nóminas personales diera motivo a relajaciones de la vida conventual y del orden externo en las comunidades, el Santo Sínodo tuvo que exigir con el rigor máximo el mantenimiento estricto de la prometida ordenación de la vida en común, al menos en las comidas. Mucho contribuyó a la normalidad en este sentido el piadoso Metropolita Gabriel. Restableció la vida en común en los cenobios de su Eparquía y esbozó una regla muy sensata a este respecto. Por doquier buscó monjes viejos y experimentados y los fue colocando como vigilantes celosos en los claustros de su jurisdicción, ante todo, y en los de otras eparquías, después. También nombró nuevos higúmenos y Archimandritas severos. Aquel sumo y celoso jerarca de la Iglesia rusa fue el alma del monacato en su tiempo. El señaló, animó, enfervorizó a los monjes, ya con pastorales luminosas, ya con instrucciones verbales, ya con otros procedimientos. «No hubo en aquel entonces campeón de la piedad ascética con quien no estuviera él en estrecha y permanente comunicación espiritual» (Filareto).

No faltaron en este período fieles representantes del espíritu

de Cristo, *héroes de la piedad,* figuras eminentes de santidad. Merecen especial atención los siguientes:

a) Tichón Sadonsky, modelo de prelados y dechado de monjes, renunció por motivos de salud al arzobispado de Woronesch y buscó soledad y silencio en el convento de Sadonsk. Aquí, sin descuidar el servicio religioso en el templo, dedicaba las horas del día a la lectura de las Santas Escrituras y pasaba las noches en oración. Profundamente arrepentido de sus culpas pasadas, llena de contrición el alma y de lágrimas los ojos, aquel piadoso campeón de la fe y del ascetismo, aquel humildísimo Prelado, besaba con mucha frecuencia el pavimento, tendíase en él, y tocando luego con la frente un suelo regado abundantemente con sus lágrimas, exclamaba así: «Tened compasión, Señor! ¡Todo es vuestro! ¡Nada me pertenece! ¡En Vos confío! ¡Os entrego, Señor, todo cuanto tengo y todo cuanto soy!» Tichón de Sadonsk no hablaba más que de la «Salvación del alma». Conversaba con los niños, con los aldeanos, con los menesterosos y con los desgraciados. A todos catequizaba, a todos consolaba y a todos socorría. Pensión, ropa, muebles y bienes raíces..., todo era para los pobres. Este asceta extraordinario mantenía correspondencia epistolar con otros varones piadosos a quienes aleccionaba en cosas del espíritu. En estas ocasiones desenvolvía sus pensamientos teológico-místicos. Era fruto de las atinadas consideraciones de este autor místico-ascético—uno de los mejores que ha producido la Iglesia rusa en el siglo XVIII —«*el Tesoro espiritual para el mundo*» o también Libro de Meditaciones sobre la Naturaleza y el Hombre. El santo y sabio ex-Arzobispo de Woronesch había preparado este Tratado en el bienio 1777-79, en medio claro está, de la más rigurosa soledad. El asceta moría en la paz del Señor el 13 de agosto de 1783.

b) Paisio Welitschkowsky. Aunque pasara la mayor parte de su vida en Moldavia, este notable hijo de un Arcipreste de Poltawa es una gloria excelsa de la Ortodoxia rusa. Inclinado a la piedad desde su más tierna edad, acabada que fuera su educación en un colegio de Kiev, Paisio se dedicaba de lleno a los ejercicios de piedad en los Eremitorios ucranianos de Luibetschky y Medweditzky, en el famoso monasterio de las «Cavernas», en una choza de Walaquia y en el Monte Athos. En 1754 se le unieron, contra su voluntad, desde luego, unos pocos discípulos y admiradores que, no tardando, sumaban, ¡cincuenta! Todos ellos que, por cierto, estaban habituados a ver en la santa montaña griega ejemplos sublimes de acrisolada virtud, quedaron admirados de la sabiduría, de la humildad y de las severas

penitencias del monje eslavo. Dormía sólo tres horas y dedicaba el resto de la noche a la meditación y a la plegaria. Por causas algo complejas, que no están todavía bien definidas—algunos hablan de disgustos con un anciano venerable del Monte Athos y otros de ciertas presiones del gobernador turco— Paisio abandonaba la Jerusalén del Monacato greco-oriental y se trasladaba con los suyos al Convento de Dragomirn (Walaquia). «A cada uno de sus monjes, a quienes dio la Regla de los *Studitas,* y, sobre todo, a los recién ingresados les exigía la confesión general de sus culpas ante un compañero viejo. Y en invierno como también en los días de gran «ayuno», Paisio leía y comentaba durante la comida las enseñanzas de alguno de los más célebres ermitaños. Como tenía oyentes de idioma eslavo y esloveno, el piadoso exégeta alternaba sus comentarios: Un día predicaba a los eslavos mientras los frailes de origen moldavo rezaban y meditaban en silencio y, al siguiente, uno y otros invertían la operación. Para ayudar a los hermanos que no conocían más que el idioma esloveno, tradujo a esta lengua desde el griego los libros litúrgicos, determinados trozos bíblicos y obras de piedad» (Filareto). Los discípulos de Paisio aumentaban de día en día.

Los que habían salido con él del Monte Athos eran 54, y en 1774 el número de admiradores e hijos espirituales se elevaba a 350. La virtud acrisolada y simpática de Paisio, así como su gran experiencia en el campo del espíritu, atraían irresistiblemente a cuantos buscaban con sinceridad e intención recta el Reino de los Cielos. La guerra entre Rusia y Turquía, que tanta intranquilidad había sembrado en Dragomirn, arrojaba, por fin, a la Comunidad paisiana hacia el Monasterio de Saakul, a los comienzos del exilio (1774), y, cinco años más tarde, hacia el de Njametz. La anexión por Austria de parte de la Walaquia con ocasión de la mencionada lucha fue la causa de un desplazamiento, a todas luces nocivo, de Paisio y de los suyos. En 1780, después que el Príncipe de Potenkin hubo tomado Jassy, el arzobispo de Jekaterinoslaw nombraba Archimandrita al higumeno de Njametz. Tenía bajo sus cuidados paternales nada menos que 500 religiosos. Acercábase ya el Archimandrita a los umbrales de la muerte y aún continuaba traduciendo obras de Mística griega. Esta vez lo hacía al idioma eslavo. Puso especial empeño en traducir a él los *Avisos de Isaac el Siríaco* y las *Respuestas del Abad Barsanovius.* Adornado del don de profecía en los últimos años de su vida, moría en 1794 aquel anciano venerable y excelso místico ruso a los 72 de su edad.

Y *c)* Es Serafín de Sarow el más heroico de los monjes rusos en los últimos tiempos. Serafín, joven de 18 años, ingresaba (1778) en el Convento de Sarow (Tambow). Aquí pasó los ocho primeros años de su vida monacal en la más profunda humildad y en la más ciega obediencia. Tan pronto como recibiera las Ordenes sagradas (incluído el Presbiterado), Serafín (1797) se retiraba a la espantosa soledad de una celda situada en un bosque impenetrable. Aquí hacía vida eremítica según la Regla de Pacomio. A tenor de la misma, leía las Santas Escrituras y, principalmente, el Evangelio y los Apóstoles. Como era de rigor, pasaba las noches en oración y el día en el trabajo manual. Siguiendo el ejemplo de Simeón el Stilita, pasó mil días, con sus noches, sobre una piedra. En esta postura y con los brazos en alto rezaba la plegaria del publicano: «Señor, Tened compasión de mí que soy pecador». Para las mortificaciones ordinarias utilizaba dos enormes pedruscos: uno que empleaba en su celda durante la noche, y otro, que tenía en un bosque cercano para castigar su cuerpo y mantenerse vigilante durante las horas del día.

Creyendo ¡*hallar dinero*! en la choza donde se alojaba, cuando Serafín se disponía a marchar a la selva, le atacaron con hachas tres aldeanos. Dejáronlo molido y medio muerto. «Si llegó a sanar, gracia especial fue, a no dudarlo, de la protección que siempre le dispensara la Reina del Cielo. Nadie hubiera creído hallarle con vida después de los golpes recibidos y de las graves heridas originadas. Los criminales, que fueron habidos y sometidos a proceso, eran perdonados por el santo varón. *O se les perdona* —decía él al Prior— *o en caso contrario, abandonaré este Monasterio.* Para no exponerse a tan peligrosos accidentes, se le aconsejó que no saliese del Convento o que, al menos, no eligiese una celda y un paraje tan alejados y, sobre todo, tan solitarios. Serafín no obedeció y marchaba de nuevo a la celda consabida. Al cabo de algún tiempo abandonaba ésta para encerrarse en otra del propio Monasterio. En ella no había más que un candelabro con su vela y un *ataúd*. Para castigar su cuerpo llevaba ¡cadenas! de hierro» (Filareto).

Rezando, leyendo la Biblia, asistiendo a los cultos y comulgando diariamente pasó en el Convento ocho años, al cabo de los cuales regresaba a la celda del bosque (a unos dos kilómetros del Establecimiento). Aquí recibía con dulzura extrema a las gentes piadosas que para asuntos del espíritu iban a verle con frecuencia y en gran número. Los visitantes oíanle cantar esta sentencia: «Un ansia divina que el Mundo no comprende,

anida siempre en los corazones de los ermitaños». Aunque parezca mentira, no faltaron reproches a una conducta tan santa y tan diáfana. Las gentes malévolas —las del escándalo farisaico— no podían tolerar en silencio que un virtuoso y penitente anacoreta fuese visitado por toda clase de personas —mujeres sencillas, comerciantes, profesores, generales, cortesanos, etc.—, y por todos los medios a su alcance, sin excluir la calumnia infame, procuraron restar influencia al maestro del espíritu, al mortificado anacoreta. El contestaba así a los enemigos del bien: «¿Cómo podré excusarme ante Dios si dejo insatisfechos a los que, hambrientos de consejos y de dirección espiritual, acuden a mi celda?». Con una sorprendente unanimidad, todos, absolutamente todos los visitantes propalaban a los cuatro vientos que hablar con el anacoreta Serafín equivalía a descorrer el velo que cubría sus ojos, a iluminar el entendimiento con luz celestial y, lo que valía aún más, a experimentar un cambio profundo en el alma. El evacuaba todas las consultas poniendo la mirada en el Nuevo Testamento. Era el 2 de enero de 1833, con las rodillas en tierra, profundamente inclinado y con los brazos cruzados ante el pecho, hallábase sumido en meditación honda el insigne anacoreta Serafín de Sarow.

De vez en cuando dirigía sus ojos vidriosos al Icono preferido que, según el modo tradicional ruso, ocupaba un ángulo de la humildísima celda En esta actitud le visitaba la muerte. Serafín estaba agonizando. Unos momentos después entregaba él su alma al Creador, al que había servido, durante cincuenta y cinco años, con obras de amor, con grandes penitencias y con insólitas e inauditas privaciones.

Se asegura que tuvo muchas visiones celestiales. Por expreso deseo de la última Emperatriz de todas las Rusias, Alejandra Feodorovna, muy devota del Starez Serafín, se realizaba con toda pompa en 1903 la Canonización de este varón de virtudes.

* * *

Los Starezs, consejeros espirituales en los monasterios, hombres de virtud extraordinaria y de inmenso prestigio entre las masas sencillas y cristianas de Rusia entera, tenían por lema de su actuación moralizadora y semiprofética la *Renovación*.

Se acercaban a ellos hombres y mujeres de toda edad y condición a fin de escuchar de aquellos varones santos y sabios palabras de consuelo y frases de esperanza. No eran fútiles ni vacuos sus consejos porque los sacaban del tesoro acumulado por el Movimiento renovador que capitaneó Paisio Velitchkovs-

ky, por los Santos Padres de la Iglesia y por los escritos de los más prestigiosos monjes athonitas. Eran muy sencillos. Tanto que no podían compararse con los más densos y sublimes de los maestros de la vida espiritual en Occidente. De todos modos, la influencia de los Starezs fue enorme. Los monjes mismos contribuyeron a incrementarla difundiendo en todo el país aquellos escritos, no pocos ciertamente, que se inspiraban en la *tendencia renovadora.*

El más grande de los Staretzs es el muy apostólico Ambrosio Grenkov (1812-91). Se consagró por entero a la cura de almas. Era hijo de un sochantre de la Catedral de Tambov, donde recibió las Ordenes Sagradas, después de haber realizado los oportunos estudios en el Seminario de dicha Eparquía. Amante de la soledad y del retiro monacales, pronto dejó la escuela parroquial que regentaba para ingresar en el Optina Pustyn. Una vez aquí se colocó bajo la dirección espiritual de aquel varón de virtudes que se llamó *penitente Macario.* Al morir este su maestro (1860), Ambrosio Grenkov que, por desgracia, enfermó muy pronto, sin lograr jamás un restablecimiento total, heredaba la función de consejero y de médico espiritual de muchas almas. No le interesaba gran cosa la Ciencia teológica en cuanto tal. No pensaba más que en la discreción de espíritus y en el acertado consejo. Muy grandes debieron ser sus éxitos en este orden de cosas cuando tantos y tantos ortodoxos —no pocos de ellos muy cultos— acudieron a su celda. En ella le visitaron para recibir enseñanzas que les duraron toda la vida, Dostojewsky, Wladimiro Soloviev, Constantino Leontiev, León Tolstoy y otros muchos. En 1870 fundaba en Tsamordino, a quince kilómetros de Optina Pustyn, un Monasterio para mujeres. Junto a ellas permaneció mucho tiempo, tanto que sus compañeros formularon una queja ante el Obispo local. No debió surtir efecto esta denuncia porque, al morir en 1891, aquel insigne Staretz todavía moraba junto a sus queridas monjitas. Con él desaparecía el último de los grandes Staretzs de la Santa Rusia.

Entre los jerarcas eclesiásticos adquirieron merecida fama de rigurosos ascetas y de consejeros eminentes los Obispos Ignacio Briantchaninov y Teofán Zatvornik (El Ermitaño), de Stavropol y de Tambov, respectivamente. El primero (1807-66) había estudiado la carrera militar A los 20 años era oficial. Pero una enfermedad grave le sirvió de pretexto para abandonar unas actividades para las cuales no sentía vocación alguna. Pronto entraba en un establecimiento monacal. Sin haber terminado sus estudios teológicos, se ordenaba de presbítero (1831).

No habían pasado más que tres años, a partir de su ordenación, cuando recibió el nombramiento de Archimandrita de Sergijev, no lejos de San Petersburgo. Al cabo de 20 años, era consagrado obispo para la eparquía de Stavropol, cargo que desempeñó durante cuatro tan sólo. Ansioso de una soledad en la que pudiera dedicarse exclusivamente a los ejercicios de piedad, renunciaba a la Silla episcopal y eligió para morada perpetua un monasterio del Gobierno de Kostroma. Aquí murió santamente el 1 de febrero de 1866. No mucho después de su fallecimiento veían la luz, recopilados en cuatro gruesos volúmenes, todos sus escritos ascéticos. Aseguran que es muy notable el titulado *Oración de Jesús*. Estaba calcado en las enseñanzas de los primeros Exiquiastas y de la Colección *Filocalia*. Briantchaninov no se parecía en nada al clásico obispo ruso, verdadero señor feudal y empleado orgulloso del Estado autoritario, porque el prelado de Stavropol era profundamente piadoso, humilde y sencillo; así era también su teología: muy clara y libre de artificio.

Bastante más conocido del gran público era el Staretz Teofán Zatvornik, del Eremitorio de Vytchensky (1815-94). Después de haber estudiado durante cuatro años en la Academia eclesiástica de Kiev, en donde respondía al nombre de Jorge Govorov, ingresaba en un monasterio. Al hacerlo cambiaba su nombre de pila por el de Teofán. De 1842 a 1859 se dedicó a la enseñanza y llegó a Rector de la Academia eclesiástica de San Petersburgo, cargo que desempeñó durante dos años. En 1859 era consagrado Obispo para la diócesis de Tambov. Las solemnidades religiosas organizadas con motivo de la canonización del Siervo de Dios Tychon de Zadonsk (1861), produjeron honda impresión en este hombre verdaderamente piadoso. En 1866 obtenía la debida autorización para retirarse al Eremitorio de Vytchensky (provincia de Tambov). Fueron objeto de la admiración y aun del estupor generales el recogimiento, la piedad y el ascetismo de que diera pruebas este hombre extraordinario. En 1872 rompía todo contacto con los demás monjes y se recluyó en una estrecha cueva a la que nadie tenía acceso, como no fuera el fámulo que de vez en cuando realizaba los servicios de limpieza. Veinticuatro años duró aquella vida penitente y solitaria. Después de celebrar la Santa Misa —cosa que realizaba a diario contra la costumbre general entre ortodoxos— pasaba el tiempo estudiando, trabajando la tierra y pintando iconos. Llegó a reunir una biblioteca copiosa en la que no faltaban libros extranjeros, alemanes sobre todo. Comentó con luminosa claridad las Epístolas

de San Pablo. Mantenía relación con el mundo exterior por medio de cartas, que, por ciérto, lograron una difusión extraordinaria. Se ve en ellas al verdadero director de almas y al fino y sabio consejero. Otro tanto cabe decir de todas sus obras y especialmente de la traducción que hizo de la *Filocalia*. Por ella conquistó entre sus compatriotas fama y merecimiento imperecederos. Las muchas ediciones de esta obra voluminosa —cinco gruesos volúmenes nada menos— muy profunda y árida, y por ello de lectura difícil, prueban que Teofán Zatvornik realizó un esfuerzo meritísimo y de valor sempiterno. Los lectores principales fueron los monjes y los fieles de condición humilde. Murió este santo varón en 5 de enero de 1894.

* * *

Terminaremos esta breve reseña con una alusión a un *Santo varón* que en los últimos tiempos gozó de fama excepcional: Juan Ilitch Sergijev, Arcipreste de Kronstadt.

Hijo de un clérigo, el P. Juan de Cronstadt había nacido en 1829. Estudió en la Academia eclesiástica de San Petersburgo y después de haber completado su formación teológico-moral y de haber recibido las Ordenes Sagradas, era destinado a la iglesia de San Andrés en la Fortaleza célebre de Kronstadt, bien cerca de la capital. Allí desplegó aquel varón de virtudes todas sus actividades apostólicas; allí llegó a la dignidad de Arcipreste, de importancia considerable en la Iglesia rusa, y allí murió en 1908. Se consagró de lleno a la práctica de las virtudes sacerdotales y a la gran tarea de salvar almas. Pasaba la vida rezando y repetía con especial predilección la *Plegaria de Jesús*, tan sublime y tan corriente entre las gentes eslavas. Predicó no poco con aquella santa libertad —muy rara, por cierto, entre ortodoxos— que pone empeño singular en llamar a las cosas por sus nombres, pese a quien pese. Escribió muchos libros entre los que sobresale una obra ascética en dos volúmenes titulada *Mi vida en Cristo*. El hecho de haber sido traducida al francés revela que se trata de una obra de mérito. Sacerdote ejemplar y predicador excelso, el P. Juan de Kronstadt tuvo muchos admiradores en Rusia entera. Su prestigio en la Corte era inmenso. Todos se encomendaban a sus oraciones. Y se asegura que realizó muchos milagros, incluyendo en ellos no pocas curaciones ¡a distancia!. Acudían a verle y oírle de todos los más apartados rincones de Rusia.

Para mayor perfección de algunas de sus hijas espirituales fundó en San Petersburgo el Monasterio femenino de San Juan

No cabe achacar al extraordinario director de almas que era el P. Juan el hecho lamentable de que en aquél establecimiento monacal se infiltrasen prácticas viciosas y relajaciones de tipo morboso. La veneración hacia la Divinidad que el famoso P. Juan quería difundir por doquier se transformó pronto en una fanática veneración al propio «Taumaturgo Orante». En torno al «nuevo Santo de Rusia» se desarrolló no poco sensualismo inconsciente. Se repetía ahora lo que fue tan frecuente entre los fanáticos sectarios que se llamaron «Clistinos o Disciplinantes». Como resultado del exagerado entusiasmo de sus admiradores se formó, una vez muerto el excelso Arcipreste, una secta más: la de los *Juanistas*. Se puso a la cabeza de los nuevos fanáticos una monja. Esta buena mujer se hacía pasar por la ¡*Madre de Dios resucitada*!. La cosa no era insólita en Rusia, la tierra clásica de las aberraciones religiosas. El célebre Arcipreste fue enterrado en el Monasterio que fundó, y su tumba fue tenida en gran veneración, pero no duró mucho ésta. La memoria del P. Juan de Kronstadt desapareció más rápidamente que la de otros taumaturgos y santos similares.

Tiempos novísimos

(Resurrección del Patriarcado)

(La Iglesia bajo la tiranía bolchevique)

CAPITULO XXVIII

LAS REVOLUCIONES (1917)

a) *La burguesa de Marzo.—La actitud benévola y tolerante del Gobierno provisional hacia la Iglesia.— La colaboración de ésta.—El Concilio panruso (de agosto* 1917 *a septiembre de* 1918).

b) *La marxista de Lenin.*

SINTESIS HISTORICA DE UNA POLITICA ATEA

1.° *Período de lucha y persecución (quinquenio de* 1918-22).—*Primeras medidas antieclesiásticas de la Constitución de Lenin.—La enérgica resistencia por parte de Tychon, Patriarca de Moscú.—La sangrienta persecución.—El Decreto desamortizador del* 23-I-1918 *y su brutal ejecución.—La actitud antisoviética y monarquizante del Sínodo de Carlovitz, integrado por obispos rusos emigrados* (20-XI-1921).—*La reacción del Gobierno moscovita y de la Iglesia patriarcal.—El Gran despojo de la Iglesia.— Encarcelamiento del Patriarca.— La Iglesia viva de Vedensky y otros grupos antipatriarcales y comunistoides.—Sus aspiraciones de índole canónica.—Condenación de una y de otros por el Patriarca.—Represalias del Gobierno.*

2.° *Período de humillación.—Motivos de una relativa tolerancia inicial.—El Obispo Pedro de Kruty, Administrador del Patriarcado.—Sus luchas con los Sinodales o jerarcas de la Iglesia viva o cismática.—El nuevo Administrador del Trono patriarcal, el Metropolita Sergio.—La oposición que le hicieron los suyos.—El célebre "Mensaje de Solovezky", documento redactado por los Obispos deportados al Archipiélago de ese nombre, en el Mar Blanco.—Creciente tendencia de los patriarcales hacia el reconocimiento de los soviets.—Otorgamiento de vida legal a la Iglesia patriarcal* (20-IV-1927).—*Los motivos que para ello tuvo el Gobierno.—La* Declaración

política de Sergio en favor del Régimen—La confusión que originó en la Iglesia.—Nueva persecución coincidente con el "Primer Plan Quinquenal" (1927-32).*—La actuación descristianizadora de la* Liga de los sin Dios.*—Insoportables medidas vejatorias del Gobierno durante la Gran Escasez de* 1933-34.*—Intentos de esclavización de la Iglesia por parte del Estado.—Las Comisarías de Cultos.—El robustecimiento de la fe en las masas.*

3.º *Período de protección y de honores aparentes.—La nueva Constitución* (1936).*— El nuevo plan intelectualista para arrancar la fe de los corazones. El Censo de* 1936, *enorme contrariedad para el Gobierno ateo por los resultados favorables a la Iglesia.—Reconocimiento del Metropolita Sergio como lugarteniente del Patriarcado* (1-I-1937).*—La segunda Guerra Mundial, motivo de cambio profundo en los destinos de la Iglesia.—El patriotismo del Clero ruso y la presión de las potencias anglosajonas en sentido de una razonable tolerancia.—Exaltación de Sergio al Trono Patriarcal (8-IX-1943) Sumisión del mismo al Gobierno.—Los intereses políticos del Kremlin y el Patriarcado.*

En marzo de 1917 se hundía la nave autocrática del Estado zarista. Se encargaba del poder un Gobierno provisional integrado por liberales y socialistas *aburguesados* y presidido por Alejandro Kerensky, jefe del Partido de los *Humildes* (Trudoviky). Lo primero que hizo fue decretar la más completa libertad religiosa. Desaparecían por lo tanto todas aquellas ordenanzas particulares, tan arbitrarias y odiosas, que habían privado de toda su eficacia al famoso Decreto de Tolerancia promulgado por el último Zar en 1905 y saboteado a todas horas por el Santo Sínodo y por el Ministerio del Interior. Caían también aquellas leyes básicas y aquellas ordenanzas adjetivas, tanto de índole civil como religiosa, que habían proyectado sus sombras absolutistas sobre la Nación y sobre la Iglesia. Ni una ni otra importaban gran cosa, por lo visto, a los estadistas rusos atentos de antiguo a su particular egoísmo y a su desprecio por unos súbditos que habían dado sobradas pruebas de una paciencia sin límites. La Revolución de 1905 —muy burguesa y muy modesta ella— no había servido para nada. Por esta vez las cosas iban más en serio, porque hasta la propia Iglesia ortodoxa participaba en la obra revolucionaria. Por de pronto, el Supremo Organismo rector de la venerable Institución —*muy realista él*—plegándose con toda humildad ¿quién lo había de creer?, a «los hechos consumados», no se interesó en absoluto por la per-

sona del Zar, cabeza visible de la Ortodoxia, ni aun por la Monarquía, como institución secular de la patria. A su vez, creyeron también los Obispos que la Revolución entrañaba para ellos un alivio, mejor, una total liberación del yugo absolutista que venía ahogando su evangélica libertad. ¡Qué equivocados estaban los pobres jerarcas ortodoxos! ¡Qué pronto se arrepentirían de sus coqueteos con la Revolución! La Guerra Civil con sus horrores y la Diáspora con todos sus sacrificios —obligadas consecuencias de la Gran Revolución de Lenin, hija de la pequeña de Kerensky—, les sacaron de su error y les obligaron a dirigir sus miradas de compasión y de nostalgia hacia el ¡Ungido del Señor! Mas por el momento el Santo Sínodo continuaba desplegando su celo en favor de las novedades ocurridas. A tanto llegó su entusiasmo que destituyó a los Prelados de aquellas provincias que no simpatizaban con el cambio político y nombró sustitutos que en calidad de Vicarios gobernarían aquellas eparquías. Por último, y con el propósito de adaptar la Disciplina canónica al nuevo orden, llamó a Concilio panruso, el cual estudiaría el problema de la Reforma de la Iglesia, problema del que se venía hablando desde 1905.

Una asamblea «preconciliar», convocada por el Santo Sínodo en junio de 1917, fijó la composición del futuro sínodo nacional y redactó el temario para las oportunas discusiones. Conviene advertir, y ello era claro exponente de los tiempos que corrían, que a diferencia de aquella otra reunión de 1906, preconciliar y reformista también —la cual actuaba dentro del mayor respeto al orden existente y hasta discutió propuestas anticanónicas como la de Witte, tendente a dar entrada en la administración y en el régimen de la Iglesia al elemento laico— ésta de ahora no se ocupó ya para nada del problema monárquico. Ni desde el punto de vista político ni desde el canónico, intereresaba ya a los jerarcas de la Iglesia eslava el Zar de todas las Rusias, el «Ungido», el Gossudar, Gran Señor del Estado y de la Iglesia.

El Concilio inauguraba sus sesiones de modo muy solemne en la Catedral Kremliniana de Uspensky el 15 de agosto de 1917. Duraban hasta septiembre del año siguiente. Sobrevivía, como se ve, a la segunda y definitiva Revolución, la de Lenin. Pero el Gobierno de los Soviets, materialista y ateo, truncó las actividades conciliares. La Asamblea en la que se depositaron tantas esperanzas, se disolvía sin terminar la tarea que se había impuesto. Habían actuado en ella, además de los obispos, que acudieron en número no muy considerable, muchos clérigos se-

culares —no todos sacerdotes—, no pocos monjes y archimandritas y bastantes personas laicas. Pese a los diversos criterios en contrario, expuestos en las sesiones preparatorias, el voto decisivo quedó reservado, cual exigían los cánones, a los obispos residenciales. Carece de toda importancia el hecho, un tanto extraño ciertamente, de que el Gobierno provisional quisiera llegar en colaboración con el Sínodo, desde luego, a una concordia en el importante negocio de las relaciones entre ambas supremas potestades. Los bolcheviques, que no tardaron en recoger la herencia que les fueron preparando los liberales y los socialistas, emplearon en esta materia como en tantas otras un procedimiento más expeditivo: el de establecer la separación total entre la Iglesia y el Estado y quitar actualidad y vigencia a todo lo relativo a reformas eclesiásticas. El único resultado positivo del Concilio fue el restablecimiento del principio monárquico, la designación de un Patriarca. Todos los ortodoxos venían suspirando de tiempos atrás por la restauración del Patriarcado moscovita. Sólo un jefe de esta índole y categoría era capaz de mantener *radicalmente incólume* a la Ortodoxia eslava en una de las más horrorosas tormentas que jamás se desencadenaron contra el Cristianismo.

EL ESTADO SOVIETICO (1917-43)

Síntesis de una política atea

a) *Período de lucha y persecución.*—El día dos de noviembre de 1917, a los muy pocos de haber sido implantado el régimen soviético, veía la luz pública una «Declaración de Derechos» para todos los ciudadanos de Rusia. Quedaban abolidos todos los privilegios y todas las limitaciones jurídicas. La Iglesia Ortodoxa perdía, según esto, su posición preeminente en el Estado ruso. A los pocos días era ella —la propia Ortodoxia eslava— la que, en un gran arranque de una vitalidad no extinta ni dormida, se daba a sí misma un jerarca supremo en la persona del Metropolita de Vilna, Tichón. Conviene advertir —y lo decimos para enaltecer su noble, digna y viril actitud— que, pese a las dificultades sobrevenidas, el Patriarca no se movió de Moscú ni se opuso a que algunos obispos marcharan al extranjero. Los obstáculos iban en aumento. A mediados de diciembre inmediato la Iglesia recibía un nuevo golpe. Los Soviets le quitaban su jurisdicción sobre los numerosos establecimientos docentes de «índole religiosa» para entregárselos al «Comisario popular para la Enseñanza». El 15 de febrero de 1918 se publicaba la nueva Constitución, la de Lenin. Por un decreto que los soviets pro-

mulgaron tres días antes, quedaban en suspenso por tiempo ilimitado todas las prestaciones económicas que el Estado venía otorgando a la Iglesia. En la flamante «Carta Constitucional» se proclamaba la total separación entre la Iglesia y el Estado y se garantizaba la *libertad de Conciencia,* tal como la entendían los revolucionarios, claro está. Para los leninistas la afirmación ortodoxa de que la Iglesia nacional —y sólo ella— estaba en posesión de la verdad, entrañaba sencilla y llanamente una ¡¡Esclavitud de la Conciencia!!, de la cual había que liberar a los ciudadanos rusos. Total: que aborreciendo y persiguiendo a la Iglesia se fomentaba la ¡*Libèrtad de Conciencia*! Según esto, el sagrado derecho personal a semejante libertad se identificaba con la lucha irreconciliable contra los poderes eclesiásticos.

Para salvar las apariencias, los leninistas concedían a la Iglesia eslava «*el libre ejercicio del culto,* siempre que no perturbase con ello el orden público ni contraviniese a las leyes del Estado». Las autoridades locales se encargarían de vigilar a fin de que no ocurriere ni una ni otra cosa.

La Iglesia no tendrá el derecho de poseer libros-registro acerca del estado civil de las personas.

Tampoco podría enseñar públicamente —ya que «se establece la separación perfecta entre la Enseñanza y la Iglesia». Se le consiente tan sólo la facultad de enseñar ¡*en privado*!

Las asociaciones eclesiásticas y religiosas no son Personas Jurídicas.

Quedarán confiscados todos los bienes eclesiásticos.

Tales eran las primeras disposiciones anticanónicas del nuevo régimen. Incrementaba la gravedad del caso el hecho fatal de que toda resistencia a legislación tan persecutoria se interpretaba en las altas esferas del leninismo como un acto de flagrante hostilidad «contra el régimen que el pueblo se había dado». Así lo manifestó con todo descaro el propio Lenin en contestación a una carta del Metropolita de San Petersburgo, Benjamín. Alarmado por las noticias llegadas hasta él de que se trataba de elaborar una Carta Constitucional anticanónica, el prelado dirigió al *cerebro de la Revolución* un escrito rogándole que no se consignasen en el articulado del futuro Código fundamental los preceptos laicos que, según se aseguraba públicamente, contenía el texto presentando a la Comisión dictaminadora. El *Alma de la Revolución,* Wladimir Ulianov, tuvo la desfachatez de contestar que «las reservas formuladas por el Arzobispo habían tenido la virtud de acelerar los preparativos

para la promulgación del Código fundamental... Lo mejor que puede hacer el *camarada Benjamín, el titulado Metropolita, es callar,* porque, de lo contrario, se le tendrá por *enemigo declarado* del nuevo régimen, cosa que le acarrearía serios contratiempos». Las amenazas del «Patriarca del Comunismo» plasmaron en realidades dolorosas llevadas a cabo por la llamada *Cheka.* Era la policía secreta creada en 20 de diciembre de 1917 para ahogar en sangre a la Contrarrevolución, al sabotage y a la especulación.

En el entretanto, el Patriarca Tychón actuando conciliarmente había iniciado una lucha desigual y agotadora contra los ateos y los enemigos declarados de la Iglesia. El día 19 de enero ordenaba que se diera lectura pública y solemne a una circular suya en la que con palabras de indignación profunda amenazaba con la pena canónica de excomunión a cuantos participaran en actos de impiedad y de ofensa grave a la Santa Iglesia Ortodoxa. Poco después el Concilio, que seguía reunido, ponía en guardia a los fieles contra la legislación anticanónica y desamortizadora de los soviets y encargó a una Comisión de miembros sinodales que redactara un llamamiento al pueblo ruso (27 de enero de 1918). En él se recordaba a los fieles la obligación en que estaban de ayudar a sus pastores y de ponerse al lado de éstos en la ardua tarea de salvar a la religión y a la Patria en los tiempos actuales de tanto odio y de tanto crimen. Naturalmente, la prensa soviética acusó de monárquicos y de reaccionarios a los autores del *llamamiento.* Mas, por el momento, el Gobierno leninista no empleó la violencia.

No más tarde de un mes, exactamente el 28 de febrero, el Patriarca redactaba otra exhortación. Esta vez empleaba un tono bien distinto. Es verdad que animaba a sus fieles a resistir al intento comunista de arrebatarles la fe de sus mayores, pero no lo es menos que aceptaba con resignación los hechos consumados y recomendaba con especial empeño la recitación de plegarias, *las cuales son omnipotentes.* Al final de tan significativo documento, el Supremo Jerarca de la Iglesia eslava ordenaba que se creasen Asociaciones laicas *para la defensa de los bienes eclesiásticos.* Conviene no olvidar que la nueva exhortación patriarcal, relativamente moderada, veía la luz pública en medio de los horrores de una rabiosa persecución, porque en la ciudad y en el campo caían vilmente asesinados sacerdotes y religiosos de uno y otro sexo y se cometían robos sacrílegos y otros excesos brutales (las *alegrías revolucionarias*). Ante semejantes desafueros permaneció cruzada de brazos la Sección 5.ª de la Co-

misaría popular para asuntos de Justicia, sección a la cual pertenecían los problemas derivados de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Verdad es que el Gobierno soviético de aquel entonces tenía muchas cosas en qué pensar porque eran numerosos y de cuenta sus enemigos interiores y exteriores. En aquel año de 1918 los alzamientos que en el agro provocaron las continuadas y exorbitantes requisas y el descontento originado en las ciudades por la falta de suministros en artículos esenciales pusieron en serio peligro a la vida del nuevo régimen. Pero el Gobierno se mantuvo en pie gracias a su odio inextinguible y a su rabioso fanatismo por la causa leninista. Miraba con el más áspero desprecio a las eventuales ayudas y a las posibles mediaciones de la Iglesia, institución especialmente aborrecida. Es por esto por lo que resultó un paso en falso la actitud adoptada por el Patriarca en 26 de julio de 1918 al hacer un llamamiento —muy propio de su elevado cargo— en favor de la concordia y de la reconciliación. Igualmente, fueron para el criterio ateo del Gobierno unas manifestaciones superfluas de un poder *inexistente* las jornadas de penitencia y de oración, que para los días 2 y 3 de agosto —los de máximo peligro para el nuevo régimen— prescribiera la Curia patriarcal. El día 24 de este mismo mes promulgaba el Comisario de Justicia una ordenanza para la ejecución plena del ya mencionado Decreto *desamortizador* de 23 de enero. Se mantenían todas las cláusulas odiosas y persecutorias. Por aquellos días en que tanto peligraba la vida del régimen leninista, la Iglesia, consciente de la gravedad de la situación —muy grata, en verdad, para todos los contrarrevolucionarios— pasaba al ataque. El Concilio, todavía en actividad, publicaba un decreto contra la confiscación y profanación de los templos. El Patriarca, por su parte, protestó, indignado, contra las funestas consecuencias de una invitación del Comisariado del Pueblo para el Interior, señor Petrowsky, al terror general contra la burguesía (4 de septiembre de 1918). No contento con esto—que no era poco, en verdad, en aquellas circunstancias— Tychón dirigía al Consejo de Comisarios del Pueblo un mensaje de protesta contra los crímenes y violencias perpetrados con ocasión de las famosas y bárbaras expediciones en las que perecieron tantos y tantos *Kulaks* y *burgueses*. Casi sobra consignar que semejantes actitudes —muy justificadas, en el fondo, y no exentas, en cuanto a la forma, de dignidad y de intrepidez— fueron contraproducentes porque incrementaron el odio satánico del Partido y del Gobierno a las cosas y personas de Iglesia.

En el entretanto, mejoró mucho la situación política de los soviets. La caída de los Imperios centrales (noviembre de 1918), permitió al reorganizado Ejército Rojo empujar hacia el Oriente a las fuerzas armadas de los contrarrevolucionarios (los blancos), y al Gobierno, reducir a otro enemigo interno que no manejaba cañones ni ametralladoras: *la Iglesia Ortodoxa.* En enero de 1919 recibía ésta un golpe terrible. Para llevar a la práctica el Decreto de Desamortización (23-I-1918) el Gobierno ordenaba el embargo de todos los bienes eclesiásticos. Se trataba tan sólo de los *inmuebles,* porque los ornamentos y vasos sagrados, los Iconos y los objetos litúrgicos permanecerían en poder de la Iglesia.

Durante este año fueron liquidados 673 monasterios y quedaron nacionalizados tres millones de hectáreas de fincas pertenecientes a la Iglesia. Carecemos de datos numéricos, pero sabemos que las expropiaciones continuaron y que fueron acompañadas de innumerables procesos cerrados con sentencia de pena capital contra muchas personalidades eclesiásticas. El odio antirreligioso no podía ser más feroz y satánico. Por el momento, sin embargo, los bolcheviques respetaron al Patriarca. Les movieron, sin duda, a tan inesperada moderación determinados cálculos de índole político-diplomática. Por su parte, Tychón extremaba también la prudencia y limitaba sus actividades a la esfera religiosa y específicamente jurisdiccional. Cuando en su marcha contra Orel, a 250 kilómetros de Moscú (25-IX-1919) amenazaban a esta capital las tropas «blancas» del general Denikin, el Patriarca hacía esta declaración: «Somos el Padre de todos. Para Nos no existen partidos. No conocemos más que hijos —fieles unos, extraviados, otros— de Nuestra Santa Madre la Iglesia». No gustó mucho a los leninistas que se les llamase *hijos extraviados de la Iglesia* y por añadidura en un documento en el que, tácitamente al menos, se reconocía a los contrarrevolucionarios del general zarista Denikin, en quien ellos quisieron ver a uno de los hijos fieles a los que aludía el Patriarca en su declaración. Por eso continuaba la persecución, más o menos dura y abierta, hasta 1922.

Vino a complicar mucho las cosas la actitud anticomunista y monárquica de los obispos refugiados en Yugoeslavia. Veamos.

La Asamblea episcopal que se había reunido en Carlovitz (Croacia), dirigía a la Conferencia internacional de Génova un escrito en el que se pedía la intervención armada de los Occidentales en favor de los monárquicos rusos. Lo redactaron y firmaron aquellos obispos que se habían incorporado a los ejér-

citos blancos de Crimea y de Ucrania y que ampliando la «Administración eclesiástica de la Rusia meridional», con sede en la ciudad caucasiana de Stavropol desde 1919, habían constituído en Constantinopla, con el beneplácito del Patriarca Ecuménico, desde luego, una «Suprema Administración Eclesiástica». Esta misma era trasladada más tarde a Yugoeslavia, cuyo Patriarca, Bernabé —que no puso obstáculo alguno para la instalación de aquel organismo— reconoció a estos obispos como poseedores de cierta jurisdicción canónica. El Patriarca de Moscú, por su parte, confirmó algunas decisiones del Sínodo de Carlovitz y especialmente aquélla en cuya virtud se confiaba al exmetropolita de Volynia, Eulogio, el gobierno espiritual de todos los rusos desplazados que residiesen en la Europa Central y Occidental (8 de abril de 1921). Por cierto que el Sumo Jerarca moscovita no formuló reserva alguna contra el significativo detalle que había de proporcionarle no tardando serios disgustos: el de que los decretos carlovitzianos ostentaban este encabezamiento abiertamente antimoscovita: *«De acuerdo con los deseos* del Patriarca Ecuménico...»

Por de pronto, los Obispos refugiados tomaron la importante decisión de convocar para el 20 de noviembre de 1921 una especie de «Asamblea magna», la cual también se reuniría en Carlovitz. Con la pomposa denominación de Concilio, adoptada el 1 de diciembre, la nueva asamblea pretendía representar a todos los elementos ortodoxos no residentes en tierras rusas. Es natural que los allí reunidos se acordaran de los sufrimientos anejos a la terrible odisea que los había lanzado hasta Yugoeslavia y que, en su virtud, se pronunciaran contra el leninismo; pero lo que ya no se explica tan fácilmente es que se declararan abiertamente Monárquicos y que, frente a las ansias generales de la Clerecía ortodoxa, sentaran la afirmación extraña de que «la vida de la Iglesia eslava se hallaba esencialmente ligada a las instituciones Zaristas». En tal sentido dirigieron un llamamiento a todos los ortodoxos de buena fe y de probada lealtad al depósito tradicional de las gentes eslavas. A la vez se tomó la decisión de acudir mediante un razonado memorial a la próxima Conferencia de Génova para solicitar de las Grandes Potencias Occidentales la organización de una «Cruzada magna» contra el bolchevismo. La noticia, que llegaba a Moscú en enero de 1922, produjo en toda Rusia una sensación enorme: El Gobierno llamó al Patriarca y lo sometió a un minucioso interrogatorio. Sirvió de muy poco que la Curia Patriarcal y el Sínodo moscovita reunido al efecto desautorizasen y suspendie-

sen a los Obispos de Carlovitz y cubriesen sus diócesis con prelados no desafectos al Régimen, porque el ya viejo odio a las personas eclesiásticas cristalizaba en nuevas formas de vejámenes y de represalias diabólicas.

La terrible penuria de alimentos, obligada consecuencia de la Guerra Mundial y de la lucha civil, el aislamiento político-diplomático del país y la inexistencia de oro y de divisas —únicos medios de procurarse ayudas extrañas— pusieron al Estado soviético en muy grave aprieto. La angustiosa situación causó muchas víctimas, tantas que los bolcheviques se vieron obligados a intervenir. Para lograr del extranjero las ayudas precisas, ofrecieron como medios de pago minerales, maderas y productos agrícolas. Mientras llegaban los auxilios extraños, extendieron ellos por doquier una tupida red de agentes oficiales que requisaron cereales y alimentos. La requisa tenía que alcanzar también a los conventos y asociaciones religiosas. El propio Comité Central Ejecutivo, cuya misión específica consistía en llevar a la práctica los preceptos constitucionales, tomó a su cargo la tarea de organizar entre unos y otras las colectas para los hambrientos. El Patriarca, por su parte, había dado la siguiente autorización: «Para remediar el hambre de las masas populares, tómense de los templos los objetos valiosos que poseen; pero es Nuestra más firme voluntad que se respeten los bienes y utensilios destinados a usos litúrgicos. Así lo mandan los sagrados Cánones».

El día 26 de febrero de 1922 el ya mencionado Comité Ejecutivo aceptaba el ofrecimiento patriarcal y hacía caso omiso de algo esencial en el mismo: *la cláusula restrictiva que se refería a los objetos de culto*. Ello quería decir, dentro de los modos expeditivos del leninismo, que el sacrificio espontáneo de la Iglesia se había convertido en una *expropiación inicua por parte del Estado de todos los objetos preciosos del culto, incluídos los vasos y ornamentos sagrados de valor considerable*. Porque —son palabras del documento oficial expedido por el dichoso Comité Ejecutivo— «a lo sumo podrían quedar en poder de la Iglesia para su uso, *a título de cosa prestada*, algunos de los objetos y ornamentos sujetos a requisa». Tan sólo dos días tardó el Patriarca en protestar contra tamaño atropello. El Supremo Jerarca de la Iglesia eslava reivindicaba para ésta el sagrado derecho de poseer, de retener y de utilizar bienes. Cual si se tratara de una polémica entre Potencias de igual categoría, Tychón exigía del Estado soviético el más escrupuloso respeto a la propiedad eclesiástica y, en consecuencia, la anulación del

decreto desamortizador. Pero los bolcheviques no estaban dispuestos a tolerar un lenguaje tan arrogante. En la segunda quincena del mes de marzo inmediato el Gobierno soviético, más absolutista aún que el régimen zarista, procedió al Gran Despojo de la Iglesia, a la *expropiación* más completa de la misma. Pero no es esto todo con ser mucho. No habían pasado más que unas pocas semanas, y el Consejo de Comisarios del Pueblo tomaba por unanimidad esta grave resolución: «De ahora en adelante, las autoridades soviéticas procederán con *todo rigor* contra la Iglesia. Tendrán que desaparecer toda su organización externa y toda su estructura interna. El Jefe Supremo de la *llamada jurisdicción eclesiástica* deberá ser orillado. El día 9 de mayo de 1922, el Patriarca Tychón ingresaba en las cárceles del Estado. A los pocos días el órgano oficial del Gobierno, el diario *Izvestia*, reclamaba la destitución y el relevo de aquel varón íntegro y recto. El articulista apoyaba sus afirmaciones en las del grupo Vedensky, integrado por los que en el primer Concilio Panruso tuvieron el valor de oponerse al criterio de las personalidades oficiales que ejercían la jurisdicción en la Iglesia. El Patriarca, que debía conocer bien a sus enemigos, se apresuró a nombrar un sucesor suyo en la persona del Metropolita de Jaroslaw, Agatángelo. La oposición, probable inspiradora del artículo de Yzvestia, no se salió con la suya. Ninguno de sus miembros tendría acceso canónico a la Suprema magistratura de la Iglesia. Pero ellos no descansaban. Su jefe, el señor Vedensky, acompañado de los más significados entre los disidentes, se entrevistaba con el excelso prisionero y le rogaba que ¡le diera el cargo de Canciller, ya que en las extraordinarias circunstancias actuales convenía que en puesto de tanta responsabilidad hubiera una persona no antipática al Gobierno! El Patriarca rechazó tan insolente demanda; en cambio, le ofreció la Jefatura del Archivo con el preciso encargo de trasladarlo a la residencia del Metropolita Agatángelo. Pero, lejos de aceptar esta no despreciable oferta patriarcal, los Obispos y los clérigos desleales se apoderaron de todos los legajos del Archivo y lanzándose por el camino de la franca rebeldía, procedieron a la fundación de una nueva Iglesia a la que llamaron Viva y única verdadera. La Patriarcal era la Vieja, la inservible, la caduca, la falsa. Naturalmente, introdujeron cambios sustanciales en la Constitución de la Iglesia, pues que, en lugar de un jefe Supremo, establecieron una «Alta Administración eclesiástica». En ella hallaron representación varios grupos: a) La *Iglesia Viviente* estrictamente tal, di-

rigida por el sacerdote Krasnitsky; b). La *Vieja Iglesia Apostólica,* con Vedensky por jefe supremo; c). La *Iglesia de la Renovación* bajo el presbítero Antonino, la cual volvió (1923) a la obediencia del Patriarca encarcelado, y d). La *Libre Iglesia Operante,* en la que ejerció influjo decisivo el teólogo laico Feodorov, defensor de un extraño sincretismo religioso.

La «Alta Administración Eclesiástica» declaraba que *reconocía sin reservas de ningún género al nuevo Régimen.* Por su parte, el Gobierno, apoyado en un decreto del Comité Central Ejecutivo (16-VII-1922), en cuya virtud no existían para el Estado más que las organizaciones Registradas, reconocía de buen grado al nuevo organismo eclesiástico. Para éste había caducado, por viejo e inservible, el Derecho Canónico tradicional. Contrariamente a lo que venía ocurriendo, los sacerdotes podrían casarse después de su ordenación, y el Clero secular, no sometido por su misma condición al Celibato, tendría acceso a la dignidad y consagración episcopales. La innovación, en verdad inaudita en el mundo ortodoxo, produjo sensación y hasta escándalo en la Rusia religiosa. Y haciéndose eco de una y de otro, el recluído Patriarca (19-XII-1922) prohibió a los fieles su inscripción en los registros de la «Iglesia Viva» y lanzó el anatema de la excomunión contra la «Alta Administración Eclesiástica». El Gobierno soviético, claro es, tomaba cartas en el asunto. El Metropolita de Leningrado, Benjamín, que incitaba a sus fieles a no reconocer al dicho organismo eclesiástico disidente y que había arrojado de la Iglesia a Vedensky, era condenado a muerte y fusilado. Se adujo como pretexto para esta iniquidad la resistencia de la víctima a la expropiación de los tesoros eclesiásticos. Los soviets consideraban como antirrevolucionario y digno por tanto de las máximas sanciones todo acto de oposición a la «Iglesia Viva». ¡Cómo sería ella para merecer la protección de un Partido y de un Gobierno ateos! Grandes males para la causa de la Ortodoxia debió presentir el afligido y encarcelado Patriarca cuando, después de haberlo meditado mucho —no le faltó tiempo para ello en la soledad carcelaria—, juzgó necesario cambiar de actitud. Tychón se inclinó hacia el reconocimiento de los soviets. Y en una pastoral (28-VI-1923) condenaba del modo más resuelto los ataques al Régimen leninista. Dos días antes —sin duda por haber prometido el reconocimiento del Régimen— había recobrado la libertad el Patriarca de Moscú y de toda Rusia. El día 17 de julio inmediato se encargaba nuevamente del gobierno de la Iglesia. Su ausencia había dado poco que hacer al sustituto, Metropolita

Agatángelo, porque el Arzobispo de Jaroslav pasó en la cárcel todo el tiempo que hubiera podido consagrar a la jurisdicción patriarcal. Con el cambio de actitud el rehabilitado Patriarca lograba neutralizar, por bien poco tiempo, ciertamente, las decisiones del segundo Concilio vedenskiano celebrado unos meses antes. Figuraba entre ellas la abolición del Patriarcado y la creación en su lugar de un ¡Supremo Soviet Eclesiástico! Pero el infortunado Tychón estuvo muy poco tiempo en la Sede recobrada porque sus enemigos, que eran muchos y poderosos, lo destituyeron no tardando. No obstante, él continuó llamándose «Patriarca de Moscú y de toda Rusia» y ejerciendo la jurisdicción consiguiente. Así es que los rusos tenían dos grandes Iglesias igualmente Ortodoxas la Viva o Sinodal y la Muerta o Patriarcal. La primera era la única legal y formalmente reconocida. Era ¡la Iglesia de los leninistas! Para robustecer su situación ante los fieles, que con razón los tildaban de *cismáticos,* los jerarcas de la Iglesia viva establecieron contactos —sin resultado positivo, desde luego— con los patriarcales a fin de llegar a la Unión. La inextinguible hostilidad entre ambas Iglesias —tan grata a los bolcheviques, que, en realidad, deseaban la muerte de una y de otra— duró hasta el fallecimiento del Patriarca Tychón, acaecido el 18 de abril de 1925.

A raíz del reconocimiento de los soviets por el Patriarca Tychón y del abandono por parte del mismo de la resistencia al Régimen leninista (28-VI-1923), cesaba la persecución abierta, despiadada y sangrienta. Empezaba para la Iglesia Ortodoxa una época nueva: *la de la Humillación.*

b) Pese a la separación entre ambas supremas potestades, establecida por la Carta Constitucional, los soviets reivindicaban para sí todos aquellos derechos de vigilancia y de control que el Zarismo ejerciera sobre las personas y cosas eclesiásticas. Para el bolchevismo la separación entre la Iglesia y el Estado significaba tan sólo que la primera había dejado de influir sobre el segundo; por lo demás, el Estado seguiría teniendo —como en el caso de los súbditos individuales— derecho pleno de vida o de muerte sobre la Iglesia. Si, por el momento, no llevaron a la práctica los soviets ese derecho —que, en realidad y según sus más vehementes deseos, era de aniquilamiento— se debía tan sólo a razones de prudencia. No les convenía avivar el fuego de los fanatismos internos, ni hacer surgir en el extranjero recelos, suspicacias y aspavientos. Por otra parte, estaban convencidos de que la Religión, aun desorganizada, tardaría mucho tiempo en desaparecer. El venturoso acaecimiento —se

decía entre los leninistas— vendrá más tarde, bastante más tarde, cuando se haya implantado en Rusia y en el mundo entero el *Marxismo* integral. Estas son las razones del viraje soviético hacia una política de relativa tolerancia (1924).

El 25 de agosto de este mismo año, el Consejo Supremo arrebataba a la Sección quinta del Comisariado de Justicia, la cual sección se había ocupado hasta entonces de los asuntos ortodoxos, el encargo recibido de dirigir la campaña antirreligiosa, lo que había venido haciendo con especial virulencia desde un periódico propio. La propaganda antirreligiosa pasaba ahora al Partido y concretamente a la «Asociación de los sin Dios». Por el momento, reinaba la calma en los centros oficiales. Sólo más tarde, con el primer «plan quinquenal» (1927-32) se recrudecieron las violencias del tipo de aquellas otras que caracterizaron al quinquenio nefasto de 1918-22.

De todos modos, no habían acabado las persecuciones y los atropellos. El día 10 de diciembre de 1925 ingresaba en las prisiones del Estado el Lugarteniente de la Silla patriarcal, Pedro de Kruty, sucesor interino del Supremo Jerarca Tychón. Por si ello no fuera bastante, no se entendían entre sí los obispos ortodoxos. Los mejores habían sido deportados al Archipiélago de Solovezky, en el Mar Blanco. Aquí redactaron un documento que se ha hecho célebre en la Historia eclesiástica de Rusia: *"El Mensaje de Solovezky"*. He aquí su contenido. "Los leninistas son unos ateos y unos enemigos declarados de la Iglesia, cuya condición en Rusia no se diferencia gran cosa de la dramática suerte de los cristianos de los primeros siglos bajo el yugo de los Emperadores romanos, y de los fieles ortodoxos en los tiempos ominosos de los Sultanes de Turquía. De todos modos, como buenos hijos de Cristo y pastores de su Grey, nosotros los obispos prisioneros, pese al odio satánico con que nos distinguen los dirigentes rusos, *reconocemos* que ellos —y sólo ellos— constituyen el gobierno legítimo del País y que, excepción hecha de los decretos contrarios a la Ley Divina, todas las demás disposiciones y ordenanzas que para el bien público han dictado y dictaren en adelante, obligan en conciencia a todos los ciudadanos, aun eclesiásticos. Por eso esperamos —y así lo pedimos fevorosamente al Señor— poder llegar en días no lejancs a una convivencia pacífica con ellos.

»Aceptamos como hecho consumado la separación entre la Iglesia y el Estado y confiamos en que no tardando trabajaremos por la Religión y la Patria en las eparquías que el destino nos señale.

»Desde ahora prometemos limitar nuestras actividades al campo religioso y no mezclarnos para nada en política.

»Y para que nadie dude de nuestra buena fe y de nuestra acrisolada lealtad al depósito de la Fe y al respeto a los cánones, afirmamos solemnemente que nos abstendremos de *apoyar al Estado con medidas eclesiásticas, tales como la de combatir las tendencias monarquizantes de los rusos emigrados y la de condenar al Sínodo de Carlovitz*. A cambio, esperamos del Estado una razonable tolerancia para el cumplimiento de nuestros deberes apostólicos.»

No escribía cosa distinta el Obispo Hilarión Troitsky, prisionero también de los rojos en Jaroslav.

Poco a poco iba ganando adeptos el criterio de los autores del «Mensaje de Solovezky», criterio que vino a ser no tardando patrimonio general de los círculos eclesiásticos —mayoristas en el país, desde luego— adheridos a la Iglesia Patriarcal.

Mientras tanto, el Metropolita Sergio, en funciones de Lugarteniente del Patriarcado, hacía esfuerzos para obtener del Comisariado Central el reconocimiento de su Iglesia mediante la inscripción correspondiente en el «Registro de Asociaciones». La primera tentativa en este sentido, llevada a cabo en 10 de junio de 1926, fracasó. A mediados de diciembre de este mismo año Sergio ingresaba en las cárceles del Estado soviético para quedar en libertad unos meses más tarde. La cuestión del *Registro* de su Iglesia en el catálogo de las asociaciones toleradas por la Ley quedaba aplazada para mejor coyuntura.

Al fin, el 20 de mayo de 1927, el Gobierno soviético daba un paso decisivo para la evolución normal de la Iglesia patriarcal. El Metropolita Sergio y su Sínodo quedaban inscritos en el Registro de Asociaciones. Comenzaba para la que fue Ortodoxia nacional una existencia legal de la que carecía desde 1922. Por desgracia, el reconocimiento no alcanzaba a las eparquías y a los organismos administrativos anejos a las mismas. Ello era tanto más de lamentar cuanto que unas y otros, carentes de la estrecha y clásica vinculación con el Centro eclesiástico moscovita, llevaban una vida autónoma muy lánguida.

Los jerarcas eclesiásticos y los clérigos todos se formaron muchas ilusiones respecto a lo que ellos llamaban *liberación* de su amada Ortodoxia.

El acontecer inmediato se encargó de asfixiarlas. Fue por entonces cuando se desencadenó la más rabiosa, terrible y sistemática persecución. En virtud del «Primer Plan Quinquenal» (1927-32), abolida ya la «Nueva Ordenación Económica», ba-

rridos también los últimos residuos del capitalismo, tocaba la vez a la fe en Dios y a la Iglesia. Tanto en la ciudad como en el campo tenían que desaparecer radicalmente una y otra. Con la industrialización general se implantaría en el país el más completo ateísmo. En adelante, no habría ya plegarias dirigidas a Dios como dador de todo bien. Saturados del más satánico rencor, hinchados del más olímpico desprecio, el Estado y el Partido procederían consciente y metódicamente a la descristianización integral. Uno y otro descargaron sobre la «Liga de los sin Dios» esa infame tarea. Era esta la consigna: «¡Ni una Iglesia ni un Icono en las nuevas comunidades colectivizadas! ¡Un templo en un Kolchoz es un sarcasmo! Por doquier se organizaron expediciones anticristianas encargadas de suprimir las fiestas todas, pero de modo especial las de Navidad y Resurrección. También se realizaron parodias grotescas y carnavaladas ridículas con imágenes desfiguradas y actitudes obscenas, acompañado todo ello por letreros insultantes y gritos de burla y escarnio. Con una profusión desacostumbrada se lanzaron por doquier opúsculos ateos y escritos procaces. La Religión —pregonaban los leninistas— es un factor contrarrevolucionario, una invención del capitalismo, un obstáculo para el progreso y una rémora para la vida social y científica.

El Gobierno veía con singular complacencia esta propaganda grosera, repugnante y perversa de sus agentes y, por su parte, la corroboraba con medidas administrativas, ponderadas y frías, pero no menos satánicas. Fue una de ellas la abolición de la Semana, la cual quedaría sustituída por un período de *cinco días*. Con ello se pretendía anular a los Domingos, ya que muchos de éstos caerían, en adelante, en días que, según el criterio gubernamental, serían *feriales*. Los cristianos por lo tanto no irían a la Iglesia porque estarían trabajando. La enseñanza que dieran los centros docentes no sería tan sólo *arreligiosa,* sino que se inspiraría en sistemas pedagógicos descaradamente *ateos*. Y las vacaciones escolares fueron señaladas para unas épocas que no pudiesen coincidir con las tradicionales fiestas de la Iglesia. Además, el Gobierno revisó toda su legislación en materias eclesiásticas y la acomodó al empeño diabólico de no dejar vivir a los clérigos. Resultaba, pues, que la actuación oficial, menos descarada y más hipócrita —porque no quería provocar por sí sola el fanatismo y la consiguiente reacción— no era menos inexorablemente atea que la de la «Liga de los sin Dios» y la del Partido. Y así por un decreto (8-IV-1929) se negó el Gobierno a reconocer cualquier organismo central de la Igle-

sia. Para él no existían más centros de esta índole que los grupos de fieles (cuyo mínimum para cada uno se cifraba en 20 personas). El estado les cedería en ¡*arrendamiento*! una «Casa de oración» (los soviets huían sistemáticamente del empleo de las palabras Templo o Iglesia) con todos sus enseres, vasos sagrados y ornamentos. No se excluía el caso de la cesión a título *gratuito*, pero en tal caso los grupos beneficiarios vendrían obligados a pagar una cuota, cual si se tratara de un empresario que usa un local para cine, teatro etc., o de una entidad que contrata un salón para exposiciones o conferencias. En no pocos lugares se exigió a los sacerdotes los impuestos de actor y hasta los de autor porque —según vociferaban los leninistas delegados del Gobierno— ¡*ejecutaban piezas musicales compuestas por ellos*! Para que las vejaciones y los desprecios llegaran a extremos intolerables, el Gobierno no consideraba al sacerdote como *obrero*. No podía serlo —afirmaban los bolcheviques— porque se trata de un «cargo» que no existe desde el punto de vista oficial. En consecuencia el pobre clérigo ni podía trabajar ni gozar de las ventajas estatales otorgadas al obrero. Es más: como, según la Carta Constitucional de la U.R.S.S., el que no trabaja no es digno de comer, no recibía *Cartilla de Abastecimiento*. Consta que carecieron de ella los sacerdotes en los tiempos duros de la segunda Gran Carestía de 1933-34. Y encima, aún tenían que pagar *un impuesto especial* que gravitaba sobre los no trabajadores. Tampoco podían esperar socorros de los «Grupos de fieles» porque las actividades de estas minúsculas parroquias estaban reducidas a prestar ayudas directamente relacionadas con el culto. Eran para ellos materias vedadas la instrucción religiosa de los miembros, la caridad, la asistencia médica y, en general, toda iniciativa encaminada a remediar los males ajenos. Casi sobra el consignar que en el Estado soviético no se publicaban revistas, periódicos y libros de índole teológica. Los ejemplares que todavía permanecían en los anaqueles de las librerías públicas fueron vendidos a una casa internacional de antigüedades o también entregados a bibliotecas comunistas. Por otra parte, como los «Grupos de fieles» carecían de personalidad jurídica, no podían establecer relaciones oficiales con otros del mismo tipo, ni realizar intercambios de ninguna especie, ni proceder a su agregación a otros. Hasta para los más nimios detalles tenían que solicitar el consentimiento de las ¿autoridades? locales. Se les había encomendado la administración de las cantidades que arrojaran las aportaciones voluntarias (colectas) para sostenimiento del culto. De todos mo-

dos, aun en ésta, que era su función específica y su razón de ser, carecían de libertad plena porque el soviet tenía el alto derecho de vigilar. De los 68 artículos del dichoso Decreto del 8 de abril de 1929, nada menos que 18 se ocupaban del modo de proceder en la liquidación de las llamadas «Casas de Oración». Por lo visto, a las autoridades soviéticas tan sólo interesaba el aspecto económico de los «Grupos de fieles», entidades que ellos habían creado.

De todas formas, el Metropolita Sergio aún pudo conservar, con la tácita aprobación del Gobierno soviético encarnado en el Comisariado del Interior, la Administración Central de la Iglesia Patriarcal. Hasta publicó, privadamente y sin derecho a la venta en público, una especie de Boletín Oficial (años 1931-35). En abril de 1934, no sin la autorización del Gobierno, Sergio, Administrador del Patriarcado, recibía el título de Metropolita de Moscú y de Kolomna. Ya era algo. Significaba por lo menos el comienzo de una intervención estatal en los asuntos eclesiásticos, vivamente apetecida. Tres años antes, habían dado los soviets un paso decisivo en este empeño —muy ruso ciertamente— de subyugar a la Iglesia. El día 16 de enero venían a la existencia las llamadas «Comisarías de Cultos», organismos muy numerosos (¡como que los hubo hasta en las más insignificantes aldeas!), encargados de vigilar el cumplimiento de la famosa y nociva Ordenanza del 8 de abril de 1929 y de las disposiciones complementarias e interpretativas de octubre siguiente. Con el tiempo esas singulares Comisarías llegaron a ser los árbitros efectivos de todos los asuntos eclesiásticos. Tanto fue así que sin su autorización nada podían hacer los obispos, ni la Administración Central, ni los «Grupos de fieles». La situación no podía ser más lamentable porque ¡el Gobierno de la Iglesia estaba en manos de *ateos*! Así se explica que fueran clausuradas tantas iglesias y que muchos clérigos fuesen ejecutados «por resistir a los poderes del Estado», ya incitando a los fieles a impedir por las armas la clausura de los templos, ya, sencillamente, *exhortándolos*, aun de modo indirecto, «a la penitencia o al renacer espiritual».

Pese a tan dura persecución, la época aciaga del fatídico «Primer Plan Quinquenal» lo fue de robustecimiento de las creencias religiosas. Por de pronto, puede asegurarse que desapareció totalmente el miedo a las brutales represalias del bolchevismo. Surgieron, es verdad, muchas y muy fanáticas sectas; pero también lo es que una buena parte de los fieles, más numerosa de lo que cabía imaginar, mayor también de lo que

hubieran deseado los bolcheviques, permaneció firme en su adhesión a la Ortodoxia tradicional. Tanto fue así que la vida de estos confesores rusos de la fe ha podido compararse con la que llevaron los cristianos primitivos perseguidos por los Emperadores romanos. Los verdaderos ortodoxos, que constituían, si no la mayoría, la *élite* del pueblo ruso, acataban al Poder público en cuanto poder y reconocían como buenas muchas de sus innovaciones en el campo social, pero a la vez conservaban en su alma como inestimable tesoro la adhesión inquebrantable a la doctrina de Cristo, por la cual estaban dispuestos a sufrir y aun a morir. La persecución había creado mártires, y los mártires, confesores. «*La sangre de cristianos* era otra vez *semilla de cristianos*». Como la persecución hería por igual a los *patriarcales* y a los *sinodales* con una pequeña diferencia a favor de los últimos (los secuaces del comunistoide Vedensky), a todos alcanzaba también la saludable reacción religiosa, el robustecimiento de la fe. De ello se dieron cuenta los gobernantes. La nueva Constitución, la de Stalin (1936) se hizo eco de este hermoso resurgir. En alguna ocasión hizo ya notar este Supremo jerarca del Comunismo que era muy peligroso el ritmo acelerado de la descristianización por cuanto podía engendrar una reacción formidable en las masas rusas, profundamente ortodoxas, y porque los ciudadanos fieles a la Iglesia, clérigos y personas devotas, son también excelentes servidores del Estado. Por esta razón se les otorgó el derecho de sufragio activo y pasivo y la posibilidad de gozar de las ventajas sociales del Régimen. Estas medidas —preciso es conocerlo— aliviaban en algo la triste situación de la Iglesia tan vejada hasta el presente en sus bienes, en sus jerarcas más significados y en los fieles todavía creyentes; pero no introdujeron modificación esencial en la actitud francamente *antirreligiosa* de lo soviets, quienes seguían aborreciendo de muerte a los cristianos ortodoxos y a sus pastores.

c) ETAPA DE PROTECCION FICTICIA Y DE HONORES APARENTES

La nueva Constitución (1936) establecía también ¿cómo no? la separación entre la Iglesia y el Estado y entre la Iglesia y la Enseñanza. Como la de Lenin, otorgaba también al Ateísmo y a la incredulidad la «Libertad de propaganda»; pero ésta debía llevarse a cabo de manera menos espectacular y descarada y más científica. ¡La Ciencia!, ¡el fomento de la Ciencia!, ¡el respeto a la Ciencia!. Estas eran las nuevas consignas. Se quería que, al igual que en el más culto Occidente, tuvieran acceso a

ella todos los rusos (aun aldeanos y obreros). Los comunistas confiaban en que la Ciencia matase a la fe, en que la Cultura diese vida al Ateísmo en cuanto sistema poseedor de la verdad. El Ateísmo —bien claro se ve— ocupaba en el nuevo régimen el mismo lugar que antaño poseyera entre los Zares la Iglesia Ortodoxa.

Los stalinistas se habían hecho la ilusión de que con la nueva Carta Constitucional, sus directrices y sus órganos de ejecución se daba el golpe de gracia a la Fe en Dios. Cuando llegara —aseguraban ellos— la última etapa de la Revolución marxista, la «Comunista», nadie hablaría ya de Religión.

Pero los santones del Comunismo se equivocaron de medio a medio. El Censo de 1936 les demostró de manera contundente que *en la bendita patria, en el paraíso de los trabajadores del mundo entero,* «creían en Dios» casi todos los rusos. Los resultados finales del Censo fueron tan abrumadoramente favorables a la Iglesia que la Autoridad Central no se atrevió a publicarlos. Aunque entre los jóvenes de la nueva generación hubiera muchos que no conocían a Dios, ni a su Cristo, ni aun el ¡*Decálogo*!, no dejaban de existir otros muchos a quienes, si no sus padres, muy ocupados en el trabajo, si no los sacerdotes, quienes ante las duras represalias comunistas no se atrevían a catequizar, los abuelos, al menos, enseñarían las verdades fundamentales de la Doctrina Cristiana, el respeto a Dios y la confianza en su Iglesia. El alma *naturaliter christiana* había derrotado al frío y malévolo intelectualismo de los bolcheviques. Por eso cambiaron éstos de táctica y optaron por la intimidación terrorista que ya empleaban con funcionarios de superior categoría y con militares de alta graduación, acusados unos y otros de manejos contrarrevolucionarios.

El Metropolita Sergio ingresaba de nuevo en las cárceles del Estado. De nuevo se fusilaba a obispos y sacerdotes. Y otra vez eran clausurados muchos templos. «Cuenta un obispo que al tomar posesión de su eparquía se encontró con unos 1.200 sacerdotes en funciones, que después de la Gran Revolución de 1927-32 le quedaban tan sólo 30; que en 1937 no disponía más que de ¡*cinco*!, y que, por fin, él mismo se vio obligado a huir de la diócesis y a dedicarse a una profesión laica» (Ammann).

Otro tanto debía ocurrir en la mayoría de las eparquías. Eran muchos, ciertamente, los que creían en Dios y amaban a su Iglesia, pero se carecía de una verdadera administración eclesiástica. Reinaban por doquier la confusión y el caos en materias de organización canónica.

La segunda Guerra Mundial significó para la Iglesia un cambio inesperado en sus destinos. La Ortodoxia eslava dio pruebas fehacientes de un patriotismo sano y hondamente sentido. Los altos jerarcas de esa venerable Institución se portaron admirablemente. No sólo no ayudaron al invasor, sino que rechazaron con ímpetu sus propuestas canónicas, que hubieran significado una ruptura peligrosa del frente patriótico. Queremos aludir a la creación de una Iglesia Nacional para Bielorrusia y de una *Autocefalía* para Ucrania. Firme en su actitud nacionalista y patriótica, el Metropolita Sergio se declaró, de palabra y por escrito, a favor del Gobierno y de la guerra contra el invasor. Organizó una colecta y con las sumas obtenidas equipó a una columna de *Carros de asalto,* a la cual, con alusión marcada a la Guerra Santa contra los tártaros, se bautizó con el nombre de Demetrio Donskoj. Al igual que S. Sergio de Radonesch, también el Metropolita Sergio bendecía a las tropas que marchaban al frente. Con gran sorpresa, y hasta con escándalo de los comunistas *enragés,* el Gobierno aceptaba el regalo de la Iglesia Ortodoxa. Era evidente que vio con muy buenos ojos el gesto patriótico de la Jerarquía eclesiástica y, lo que valía incomparablemente más, que aceptó complacido la colaboración de la misma. Los *sin Dios,* que habían puesto el grito en el cielo, porque los popes regalaban armas y no hospitales ni ambulancias, cesaron en su despiadada campaña contra la Clerecía y la Fe que representaba.

Por lo demás, no se reformó la Constitución ni se quitó dureza al Decreto de 1929. Aún así, la Iglesia se sintió aliviada. En el extranjero, y principalmente en el mundo anglosajón, la nueva actitud gubernamental produjo impresión grata. Hacía tiempo que los anglo-americanos venían presionando sobre los bolcheviques para que se mostraran tolerantes con la Religión. Por otra parte, la apremiante, la vital necesidad que éstos sentían de la ayuda norteamericana en la lucha contra el nazismo, hizo todo lo demás. Y en la primavera de 1943, era reconocida *de jure* como Suprema Autoridad Eclesiástica de Rusia la Administración Patriarcal. Además, el Gobierno acogía favorablemente el deseo, repetidamente formulado por el Metropolita Sergio, de celebrar un Concilio panruso para elegir nuevo Patriarca y de abrir una escuela para la formación de clérigos. El Boletín Oficial, que reaparecía, pudo anunciar que era inminente la apertura de una escuela teológica para legos. Además, se daba autorización a los eclesiásticos para dar lecciones de Religión, en el seno de la familia, claro es, a los hijos de la misma,

a petición de sus padres. La enseñanza pública de índole religiosa continuaba prohibida

El 8 de septiembre de 1943 el Metropolita Sergio era exaltado a la dignidad de «Patriarca de Moscú y de toda Rusia». El nuevo Jefe Supremo de la Iglesia eslava pudo sonreir satisfecho al contemplar las atenciones que el Gobierno soviético dispensaba a la Ortodoxia nacional. Además, los capitostes rojos hicieron presión, más o menos fuerte, sobre los jerarcas de la Iglesia viva a fin de que se reconciliaran con los patriarcales y se sometieran al Jerarca Sergio. Este por su parte, se colocó de modo entusiasta al lado del Gobierno, no sólo en el importante asunto de la «Gran Guerra Patria», sino también en el innecesario y necio de la lucha anticristiana contra el Catolicismo, especialmente aborrecido por los bolcheviques. El Patriarca no sobrevivió mucho tiempo a su exaltación, porque el 15 de mayo de 1944 comparecía ante el Tribunal de Dios.

Pero las atenciones con la Iglesia eran hijas del interés soviético, no en modo alguno de la benévola tolerancia religiosa. Se quería utilizarla como instrumento de propaganda y como medio de alcanzar ideales políticos. A juicio de los dirigentes moscovitas, la Iglesia eslava debía colaborar de modo eficaz en el empeño de aniquilar a los enemigos del régimen (monárquicos del Sínodo de Carlovitz) y en la tarea de extender por doquier el poderío soviético, en una palabra, tenía que actuar en todo aquello que quiso excluir taxativamente de sus cometidos el *Mensaje de Solovezky*. Alejo, sucesor del Patriarca Sergio, caminó con decisión por la vía colaboracionista que había abierto su antecesor inmediato.

Capitulo XXIX

PRIMITIVA ACTITUD OPOSICIONISTA DE LA IGLESIA ESLAVA FRENTE AL COMUNISMO. EL CONCILIO MOSCOVITA DE 1917

I *Las grandes esperanzas de ciertos sectores clericales en la Democracia popular.—Abierta oposición a la misma de los altos jerarcas eclesiásticos.—Mensaje rabiosamente anticomunista del Concilio de Moscú, 1917 (Protesta contra las devastaciones en los templos, los sacrilegios cometidos en los mismos, el ateísmo imperante y el menosprecio de las tradiciones patrias; invitación al arrepentimiento).—Decisiones adoptadas en dicha Asamblea eclesiástica (protesta contra el Decreto de* Confiscación de los bienes eclesiásticos, *la abolición de la inmunidad clerical y la separación entre ambas supremas potestades; la excomunión y otras penas canónicas contra los autores de tanta opresión y tantos desafueros; invitación a la resistencia).— Carta pastoral del Patriarca Tychón confirmando el Mensaje y las decisiones del Concilio.*

II. La benévola acogida del nuevo Régimen por el Clero bajo y los sectores eclesiásticos de tendencias radicales. Aspiraciones reformistas del primero. El grupo disidente de la Iglesia Viva.—Su protesta contra la negativa del Patriarca y de los Obispos a la entrega de todos *los vasos sagrados y objetos valiosos de los templos para mitigar el hambre de las masas populares.—Limitaciones que establecían uno y otros.—Contestación del Patriarca al Manifiesto de los adheridos a la* Iglesia Viva.

Antes de la Revolución bolchevique la Iglesia Ortodoxa no había fijado con precisión su criterio doctrinal en orden al Socialismo, al Colectivismo y al Comunismo. Es más: ni siquiera había exteriorizado su posición pastoral y filosófico-teológica en el magno Problema social, que tanta inquietud venía produciendo en la Curia Pontificia, en las otras Confesiones cristianas

y en las altas esferas del poder civil de todos los pueblos cultos. Los sumos jerarcas de la Iglesia rusa no acostumbraron jamás a publicar documentos sensacionales que a manera de las grandes Encíclicas de los últimos Papas recordaran a los ricos y a los pobres, a los gobernantes y a los súbditos sus respectivos derechos y deberes. No consideraron como deber pastoral suyo la intervención directiva de su magisterio evangélico en las contiendas sociales.

Pero la instauración del bolchevismo en su país (octubre de 1917), acompañada de una guerra civil larga, de actos de pillaje, de matanzas, de persecuciones y de violencias de toda índole, hizo blanco de su furia iconoclasta a la Iglesia Nacional, sospechosa *a priori*, por sus lazos estrechos y seculares con el zarismo, de hostilidad hacia el nuevo régimen. De hecho, la *jerarquía eclesiástica* tomó partido contra él desde los comienzos mismos de su aparición. Y subrayamos las palabras *jerarquía eclesiástica*, porque una buena parte del Clero ruso recibió con júbilo el estallido de la Revolución y aun aceptó no pocas de sus esencias renovadoras dando ocasión a un Cisma dentro de la propia Iglesia Ortodoxa.

En las vísperas mismas de la Revolución, el Gobierno provisional indicó a los altos jerarcas eclesiásticos la necesidad de convocar un Concilio que elaborara un Estatuto regulador de las relaciones entre ambas Potestades. La Iglesia, por otra parte, necesitaba reformas profundas.

No tardando, comenzó a actuar en Moscú una Asamblea eclesiástica, a la que asistían casi todos los prelados de Rusia, muchos clérigos y monjes, no pocos teólogos y canonistas y algunos laicos. No tuvo tiempo de estudiar los muchos problemas que figuraban en la agenda. Apenas había elegido Patriarca restaurando así una institución añorada por todos, cuando las violencias y los desafueros bolcheviques impusieron la disolución. Pero no clausuraron aquellos padres el Concilio moscovita sin estigmatizar antes la conducta antirreligiosa de los bolcheviques, sin rechazar el Decreto de confiscación de los *bienes* eclesiásticos, sin excomulgar a sus autores y ejecutores y sin invitar a los verdaderos ortodoxos a combatir contra los ateos y los perversos hijos de las Tinieblas. He aquí tres documentos eclesiásticos rabiosamente anticomunistas. Son el Mensaje del Concilio moscovita a los fieles de la Iglesia Ortodoxa; la excomunión por el mismo de los perseguidores y sacrílegos y la Carta pastoral del Patriarca Tychón a todos los ortodoxos.

El Concilio moscovita de 1917 (sesión del 11 de noviembre),

a todos los hijos de la Iglesia rusa: *Que la gracia y la paz de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros.* (Gal. 1-3).

«Grandes desgracias han caído ya sobre nuestra patria, y la cólera divina continúa extendiéndose sobre ella, porque también nosotros seguimos provocándola con nuestros pecados. A tanta desventura ha venido a sumarse la Guerra Civil que abarca todas las tierras rusas. Los fusiles y los cañones del Estado no apuntan ya al enemigo, sino a las ciudades y pueblos de la desventurada Rusia matando sin piedad mujeres, ancianos y niños. Mas los jefes de esta guerra fratricida están cometiendo otro crimen horrendo: el sacrilegio contra la fe ortodoxa, contra todo el pueblo eslavo y contra su historia gloriosa. Durante varios días han bombardeado a uno de los edificios sagrados más venerables de Rusia, nuestro Kremlin de Moscú, donde se hallan las más antiguas catedrales con Iconos milagrosos, con reliquias de santos y con antigüedades dignas de todo respeto. Un obús agujereó la bóveda de nuestra Catedral de la Asunción; ha sido gravemente dañado el venerado Icono de San Nicolás, que en 1812 permaneció intacto en la Puerta que lleva el nombre del Gran Taumaturgo, y ha sufrido enormes destrucciones el famoso Monasterio de los Milagros donde se conservó siempre la reliquia del Metropolita Alejo. Estos sacrilegios causan horror en el pueblo ortodoxo, desprestigio y vergüenza ante los ojos del mundo no ortodoxo y bochorno en las generaciones venideras que lean esta humillación, esta incultura y este menosprecio de la Religión y de la Historia patrias...

»¿Quiénes han realizado esta infame tarea? Los soldados del Ejército ruso, al que honramos en nuestras oraciones llamándolo *Amante de Cristo* y al que se deben en tiempos bien recientes prodigios de valor, de humildad y de piedad. A él se han unido ¡ay! algunas capas de la sociedad moscovita. Y entre nosotros permanecen ahora los que han cooperado a ese crimen nefando. Embriagados por su sangrienta victoria, no se preocupan ya por lo que han hecho.

»Y en lugar del nuevo orden social que han prometido a las masas, esos falsos doctores, mentirosos pregoneros de la paz y de la fraternidad, han traído querellas sangrientas, odios inextinguibles, caótica confusión y magnos desórdenes...

»Mucho tiempo hace ya que están penetrando en Rusia las semillas del Anticristo, es decir, las doctrinas venenosas que destruyen la fe en Dios y propagan la envidia, la avidez, el saqueo de los bienes ajenos y la satisfacción de los más bajos ins-

tintos. Sobre estos fundamentos pretenden ellos —los enemigos de Dios— edificar la felicidad universal de los hombres. No contentos con rendir homenaje a todas las pasiones y a todos los vicios, estos hombres *impíos, egoístas, desprovistos de sentimientos amistosos, desagradecidos, calumniadores, intemperantes, crueles, odiadores del bien, traidores, insolentes, hinchados de orgullo* (2ª a Timoteo III-1-4), predican abiertamente la lucha contra la fe cristiana, la oposición a todo lo que es sagrado y la exaltación de sí mismos por encima de lo que significan la Religión y el Dios que la fundó. No fue una mera casualidad el que los cañones rusos produjeran destrozos en las Santas Catedrales del Kremlin...

»Pero nadie puede reírse de Dios y no cabe edificar reino alguno sobre el *Ateísmo satánico*... Nuestros mismos ojos verán cómo se cumple el justo juicio de Dios sobre un pueblo que perdió sus más nobles y cristianos sentimientos. Los profanados santuarios del Kremlin arrastrarán en su caída a toda la estructura secular del Estado ruso... grande, potente hasta bien poco ha, y hoy ruinoso y en trance de aniquilamiento. Abandonado de Dios, se descompone como un organismo del que huyó el espíritu vivificador. Bien se ha cumplido lo que dijo el Profeta Isaías (III-5): «Y entre el pueblo uno será oprimido por el otro y cada uno por su vecino; el joven suplantará orgullosamente al viejo y el hombre vulgar, al notable.»

»Para los que ven el único fundamento de su poder en la *sujeción por la violencia de todo un pueblo a una sola clase social* no existen ni patria, ni tesoros sagrados, ni Tradición, ni Historia. Ellos son unos traidores a la Patria porque la entregan a la Irreligión y al Ateísmo. Para nuestra desgracia, no ha nacido todavía *un poder verdaderamente popular digno de recibir la bendición de la Santa Iglesia Ortodoxa*. Y semejante poder no aparecerá en tierras eslavas mientras no nos volvamos con oraciones y penitencias hacia Aquél sin el cual *en vano trabajan los que edifican la ciudad*.

»El Santo Concilio moscovita invita a todos los fieles de la Iglesia rusa a que ofrezcan oraciones y lágrimas de arrepentimiento por el gran pecado de algunos de sus hijos que, habiendo sucumbido por ignorancia a la seducción diabólica, cayeron en la fratricida y sacrílega destrucción del patrimonio sagrado del país. Consideremos lo que han hecho como pecado del pueblo entero e imploremos del Señor el perdón consiguiente a nuestro arrepentimiento. Ojalá se digne El despertar en sus corazones

la compunción salvadora y la conciencia de la falta que han cometido ante la Religión y la Historia.

»Haced penitencia, fieles ortodoxos; abandonad el sueño insensato e impío de los falsos doctores que os llaman para realizar la *fraternidad universal en medio de un odio y una lucha universales.* ¡Volved todos al camino de Cristo!

«¡Que Dios se levante, y se dispersen sus enemigos, que huyan ante su Faz todos los que le odian!».

DECISIONES ADOPTADAS EN LA SESION DEL 17 DE NOVIEMBRE

«En estos días de aflicción y perturbaciones populares nos llegan de todos los puntos del país noticias concernientes a las inauditas violencias que contra la Iglesia han cometido diversas organizaciones o también personas constituídas en autoridad. No son tan sólo casos aislados de secuestros, de sacrilegios, de ultrajes a sacerdotes, de arrestos y aun de asesinatos de servidores de la Iglesia porque las *personas que detentan el poder* han tenido la audacia de atentar contra la existencia misma de la Iglesia Ortodoxa. Para realizar sus planes satánicos, el Consejo de Comisarios del Pueblo acaba de publicar un decreto de separación de la Iglesia y del Estado, que hace legal la persecución abierta tanto de la Iglesia Ortodoxa como de todas las asociaciones religiosas, cristianas o no. Los hipócritas enemigos de Cristo disfrazan sus designios perversos con el manto de una llamada *Libertad religiosa total.* Pero la de la Iglesia Ortodoxa, y también de todas las Uniones y Congregaciones religiosas, queda reducida a la nada en virtud de ese decreto perseguidor...

»*Al confiscar los bienes eclesiásticos,* el Decreto en cuestión trata de eliminar hasta la posibilidad misma del Culto y de los oficios divinos. Se proclama en él con el mayor cinismo que ninguna sociedad religiosa tiene derecho a *poseer bienes materiales.* Todas las *propiedades* eclesiásticas existentes en Rusia se convierten en virtud de ese diabólico Decreto en Patrimonio Nacional. Por lo mismo, los templos ortodoxos y los monasterios, donde reposan las reliquias de los santos, tan veneradas por todos los rusos, vienen a ser propiedad común de todos los ciudadanos sin distinción de confesión y raza, es decir, ¡*de cristianos, judíos, mahometanos e infieles*! Y quedaron a disposición del poder civil —que puede o no devolverlos para su uso litúrgico— los objetos más sagrados: la Santa Cruz, el Santo Evangelio, los vasos sagrados y los milagrosos Iconos.

»Ojalá pueda comprender el pueblo ortodoxo que se le quiere privar de los santuarios del Señor y de los objetos sagrados que éstos encierran y de los que pudieran encerrar en adelante. Porque, desde el momento en que fue abolida la propiedad eclesiástica, no se puede ya hacer ninguna donación a la Iglesia, a sus establecimientos y a sus ministros. El Decreto aciago prevé la confiscación de todas las ofrendas. Así resulta casi imposible el sostenimiento de los monasterios, de los templos, de los monjes y de los clérigos. Pero no es esto todo. Como obligada secuela de la confiscación que nos ocupa han quedado también intervenidas las imprentas que la Iglesia poseía privando a ésta de la posibilidad de reeditar la Biblia y los libros litúrgicos. El Decreto alcanza, igualmente, a los Pastores de la Iglesia. Al establecer que «nadie, bajo pretextos religiosos y culturales, puede sustraerse al cumplimiento de sus deberes cívicos y militares», se obliga a los clérigos a que presten servicio en el Ejército, cosa que prohibía el canon 83 de los Santos Apóstoles... La Iglesia quedó privada de la posibilidad de formar clérigos e instruir servidores. Tampoco se autorizó la enseñanza de la Religión en las escuelas *públicas y privadas,* lo cual implica la clausura de todos los establecimientos docentes de la Iglesia.

»Al proclamar que «los actos de las instituciones del Estado *y las de otro orden que se salen del dominio del Derecho Público* no irán acompañados de ninguna ceremonia, o rito religioso», el Estado rompe de manera sacrílega los lazos del Estado con la Tradición religiosa del país.

»En consecuencia, el Santo Concilio tiene a bien decidir lo siguiente: *a)* El Decreto que establece la separación entre la Iglesia y el Estado —aspiración suprema del Consejo de Comisarios del Pueblo— representa, en la forma de Ley que garantiza la libertad de conciencia, un atentado consciente contra la estructura de la vida eclesiástica en Rusia y un acto de persecución abierta contra la Ortodoxia eslava. *b)* Siendo incompatible con la fidelidad y la sumisión filiales a la Iglesia Ortodoxa la colaboración técnica y práctica (redacción y aplicación) en dicho Decreto, este Concilio declara a los culpables *incursos* en las penas eclesiásticas (cánones 73 de los Santos Apóstoles y 13 del VII Concilio Ecuménico, sin excluir la muy grave de la *excomunión*), y *c)* Este Santo Concilio invita a los fieles ortodoxos de Rusia entera a que, acordándose de los santos ascetas que en días de dura prueba salvaron al país agobiado y en trance de muerte, se agrupen como en tiempos pretéritos en torno a los templos y a los monasterios a fin de salvar las cosas santas

pisoteadas por los ateos. Defended ¡oh Ortodoxos! a los pastores ultrajados y a las ovejas perseguidas. ¡Que caiga sobre los criminales y sacrílegos, sobre los profanadores y persiguidores el justo juicio de Dios! Que todos recuerden que es preciso luchar contra el poder de las tinieblas, contra los hijos de perdición a fin de proteger lo que para nosotros es tan sagrado y tan querido: la Fe y la vida cristiana que profesaron y llevaron nuestros mayores.»

Carta pastoral del Patriarca Tychón

Nos, el humilde Tichón, por la gracia de Dios Patriarca de Moscú y de toda Rusia, a todos los bienamados en el Señor, Obispos y pastores, así como a todos los fieles hijos de la Iglesia Ortodoxa de Rusia:

"Dígnese el Señor arrancarnos del perverso mundo actual"
(A los Gálatas I-4)

«La Santa Iglesia de Cristo atraviesa ahora en tierras eslavas una época asaz penosa; los enemigos declarados o clandestinos de la verdad de Cristo persiguen a ésta y se esfuerzan por destruir la obra redentora del Maestro. Y en lugar de la caridad cristiana, arrojan por doquier semillas de perversidad, de odio y de luchas fratricidas.

»Son olvidados y despreciados los mandamientos de Cristo sobre el amor fraterno; cada día nos llegan ecos de horribles y crueles sacrificios, cuyas víctimas son personas inocentes y tan sólo culpables de haber cumplido honradamente sus deberes hacia la Patria y de haber puesto todas sus energías al servicio del pueblo. Y todo esto ocurre en pleno día, con una audacia desconocida hasta aquí y con una crueldad sin ejemplo, sin juicio alguno y pisoteando todo derecho. Todo ello nos llena de tristeza profunda y nos obliga a dirigir a los autores, verdaderos monstruos de crueldad, aquellas palabras apostólicas de censura: «A los que pecan reprendedles delante de todos para que los demás experimenten temor». (I Timoteo, V-20).

«Volved sobre vosotros mismos, insensatos, y cesad en vuestras matanzas. Lo que estáis haciendo no es tan sólo obra de crueldad inaudita porque es faena satánica por la que merecéis el fuego eterno después de la muerte y la terrible maldición de las generaciones venideras.

"Por la autoridad que Dios mismo nos ha otorgado os prohibimos el acceso a los Misterios de Cristo. Os anatematizamos

y arrojamos de la Iglesia Ortodoxa a la que pertenecéis, aunque no sea más que por nacimiento".

»Y en cuanto a vosotros, hijos fieles de nuestra amada Ortodoxia, os conjuramos a que no entréis en comunión con semejantes desechos del género humano y a *que arranquéis el mal de entre vosotros* (1.ª a los de Corinto, V-13).

»Las persecuciones alcanzan también a la Santa Iglesia de Cristo, a la cual se trata con sin igual crueldad; se han declarado inútiles y aun perjudiciales los sacramentos o vehículos de la gracia divina, y son particularmente odiados el que santifica al hombre tan pronto como llega a este mundo y el que bendice la unión conyugal de las familias cristianas; los templos o son destruídos por medio de armas mortíferas o saqueados y profanados del modo más sacrílego. Aún han hecho más los ateos y señores de las tinieblas: apoderarse de los monasterios, que son altamente venerados por el pueblo—así ha ocurrido con los de Alejandro Newsky y de Potchaevo—y declararlos *propiedad nacional*. Igualmente, han convertido en escuelas de ateísmo y en semilleros de inmoralidad a los centros docentes de la Iglesia sostenidos por ésta y destinados a preparar a los pastores y a los maestros de la fe. Bajo pretexto de que son bienes del pueblo, han confiscado todas las posesiones de los templos y de los monasterios; para ello no han contado, cual debieran, con la voluntad de ese pueblo al que dicen representar. En fin, el Poder que prometió instaurar en Rusia el orden, el derecho y la justicia y garantizar la libertad, no hace más que cometer ultrajes desvergonzados por doquier, realizar violencias de todo género y pisotear los derechos de la Iglesia y de los ciudadanos.

»¿Hasta dónde llegarán estos ultrajes infligidos a la religión y a sus ministros? ¿Cómo y por qué medios se puede poner término a los asaltos furiosos de que los hacen objeto sus satánicos enemigos?

»Nos invitamos a todos, hijos creyentes y fieles de la Iglesia Ortodoxa, a que os levantéis para defender a vuestra Santa Madre, a la cual se ultraja y oprime.

»Los enemigos de la Iglesia se hacen dueños de Ella y de sus bienes por la fuerza de las armas; oponedles vosotros la energía de vuestra fe y la del poderoso clamor de todo el pueblo ruso, fe y clamor que detendrán a los insensatos y les mostrarán que no tienen derecho a obrar en nombre del pueblo por cuanto pisotean el bien y las creencias del mismo.

»Y si fuera preciso sufrir por la causa de Cristo, os invita-

mos, hijos bien amados, a que padezcáis con nosotros y os decimos las palabras del Apóstol (a los Romanos, VIII-35): ¿Quién nos separará del amor de Dios? ¿Será la tribulación o la angustia o la persecución o el hambre o la desnudez o el peligro o la espada?

»En cuanto a vosotros, Obispos y pastores, sin diferir ni una hora vuestra acción religiosa, invitad con celo ardiente a vuestras ovejas a defender los derechos de la Iglesia actualmente pisoteados; cread inmediatamente uniones cristianas; invitad a los fieles a que entren de buen grado en las filas de los combatientes espirituales. Si lo hacéis así, y los fieles responden, como es muy seguro, a vuestros llamamientos, tenemos la firme confianza de que los enemigos de la Iglesia serán humillados y dispersados. La energía de la Cruz los habrá vencido, pues es inmutable la promesa del Portador de la misma: «Yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella».

* * *

Una parte considerable del Clero ruso—especialmente del llamado blanco o secular—acogió con satisfacción la caída del zarismo y el establecimiento de un gobierno democrático. Este —creían no pocos clérigos—implantaría ciertas reformas de índole político-social—muy necesarias por cierto en un país de ideología y contextura medievales—y autorizaría a la Iglesia para realizar las suyas, no menos necesarias. Tanto las mejoras eclesiásticas como los cambios sociales parecían ligados a un régimen democrático. Las primeras, sobre todo, eran inconcebibles sin la separación entre la Iglesia y el Estado, hasta el presente fundidos en un absolutismo, intolerable por absurdo y anacrónico. Estos clérigos reformistas esperaban mucho del cambio de régimen. Por de pronto, era absolutamente preciso—según ellos—dar a la estructura jerárquica y administrativa de la Iglesia unos modos más democráticos. Por otra parte, había que restablecer el Patriarcado de Moscú—suprema dignidad en mal hora suprimida—y dar satisfacción a las aspiraciones legítimas del Clero mal llamado Bajo. Eran éstas:

a) Acceso de los clérigos seculares—que por serlo estaban casados—al Episcopado, coto redondo del Clero célibe o negro (monacal) y *b)* autorización canónica a los clérigos *viudos* para que pudieran contraer nuevo matrimonio. Una y otra cosa estaban prohibidas por los cánones. Sea lo que fuere de estas reivindicaciones eclesiásticas—acerca de las cuales debía existir entre los clérigos seculares perfecta unanimidad de criterio—

fue, sobre todo, en el punto concreto de la *actitud de la Iglesia frente al nuevo poder estatal* donde se manifestó la discusión eclesiástica. La dualidad de tendencias debía conducir a un cisma dentro de la propia Iglesia eslava, fomentado, ¿cómo no?, de manera descarada y cínica por los maquiavélicos bolcheviques. En esta dispersión de fuerzas vieron ellos, claro está, un factor de aniquilamiento de lo que tanto aborrecían: la religión del país. La divergencia cristalizó en la llamada «Iglesia de la Renovación», y luego, «Iglesia Vivente», integrada, como era lógico, por los clérigos más avanzados en materia social y política. Una circunstancia aciaga vino a dar firmeza a esta actitud hostil a la Iglesia Nacional y adicta al nuevo régimen o al menos simpatizante con él. Para hacer frente al hambre que como secuela de la Guerra Mundial, de la Revolución y de la Contienda Civil azotaba al país, los bolcheviques se vieron obligados a procurarse víveres en el extranjero. Ahora bien; para satisfacer el elevado coste de esas importaciones—las cajas del Erario Público estaban vacías— acudieron ellos a un expediente muy revolucionario y muy comunista: el de exigir a los jerarcas eclesiásticos la entrega de los vasos sagrados y otros objetos preciosos que, pese a confiscación, aún estaban en poder de la Iglesia, entidad usufructuaria de los mismos. El Patriarca y los Obispos no se negaron en redondo a la exigencia bolchevique. Pero convencidos de que, ante todo y sobre todo, el Gobierno pretendía con ese radicalismo imposibilitar el ejercicio del culto, entregaron tan sólo aquellos objetos preciosos no directamente relacionados con los divinos oficios y se reservaron los vasos sagrados y otras joyas indispensables para la celebración de la Santa Misa y la Administración de Sacramentos.

Con tal motivo el grupo de la Iglesia Viviente puso el grito en el cielo, acusó al Patriarca y al Episcopado entero de dureza de corazón ante el hambre pavorosa de las masas populares y publicó el siguiente

Manifiesto:

A LOS FIELES DE LA IGLESIA ORTODOXA

Hermanos y hermanas en Cristo:

»Por la voluntad de Dios, sin la cual nada se cumple en la tierra, existe en Rusia un Gobierno obrero y campesino. Este asumió la tarea de eliminar del país las penosas consecuencias de la Guerra Mundial y de luchar contra el hambre, las epidemias y demás calamidades públicas.

»De hecho, la Iglesia permaneció ajena a esta lucha por la justicia y felicidad de los hombres. Y sus altos dignatarios apoyaron al partido de los enemigos del pueblo. Son prueba de ello las manifestaciones contrarrevolucionarias que estallaron en la Iglesia en cada momento favorable. El hecho se produjo muchas veces. Hoy ha presentado ante nuestros ojos ese Gobierno el penoso asunto de transformar los objetos preciosos de la Iglesia en pan para los hambrientos. La transformación debiera haber suscitado en aquellos dignatarios prodigios de amor hacia tantos hermanos en trance de perecer; pues bien, por la culpa del Patriarca y de los prelados que le siguen degeneró el intento salvador en manifestación organizada contra el poder gubernamental. Ello provocó una lamentable efusión de sangre, la cual ha corrido abundantemente porque uno y otros se han negado a socorrer a Cristo hambriento. Al rehusar el socorro, los dirigentes de la Iglesia intentaban dar un golpe de Estado. Un llamamiento del Patriarca Tichón congregó a todos los contrarrevolucionarios disfrazados con trajes y tendencias clericales.

»Pero las grandes masas populares y la mayor parte del Clero bajo no respondieron a este llamamiento. La conciencia popular condenó a los autores de la efusión de sangre. Y la muerte de los que perecieron de hambre abruma con un pesado reproche a los que deseaban explotar una calamidad nacional para sus fines políticos. Nosotros, verdaderos servidores de la Iglesia Ortodoxa, afirmamos que somos la expresión de amplias esferas eclesiásticas y condenamos la conducta de los jerarcas y pastores que son culpables de una obstrucción organizada contra el Gobierno con ocasión de la asistencia a los hambrientos y de otras iniciativas gubernamentales en favor de los trabajadores. La Iglesia, por su misma esencia, debe ser una institución de caridad y de justicia y no una organización política, un partido contrarrevolucionario.

»Estimamos necesaria la inmediata convocatoria de un Concilio local para juzgar a los que son responsables de la confusión en la Iglesia, para resolver problemas jerárquicos relacionados con la dirección de los negocios canónicos y para establecer relaciones normales entre la Religión Nacional y el poder soviético. Debe cesar en el acto la guerra civil de la Iglesia contra el Estado, guerra que iniciaron y mantuvieron los altos jerarcas eclesiásticos...»

El Patriarca no dejó de contestar a tan grave acusación y en una Circular se expresaba así:

»Inquieto por las consecuencias que para la Iglesia debía tener la firmeza de nuestra actitud, secundada valientemente por el Episcopado entero, el grupo de la Iglesia Viva adoptó una postura radical a favor del nuevo gobierno y en contra nuestra.

Han de saber los rusos que Nos y los Obispos que siguen nuestras órdenes y secundan nuestros deseos, *no oponemos resistencia sistemática* a la justa resolución de mitigar el hambre y las calamidades que sufre nuestro pueblo. Lo que nos indigna y entristece es la decisión gubernamental de obstaculizar y aun suprimir el ejercicio del culto. Nos creemos—y el Episcopado con Nosotros—que el Gobierno puede hacer frente a las imperiosas necesidades económicas actuales con lo que pueda sacar de los objetos eclesiásticos valiosos no indispensables para los oficios divinos y administración de Sacramentos, objetos que retenemos en ¡usufructo!, según el criterio oficial, y que entregaremos a los agentes del Gobierno; pero también el pueblo necesita de los auxilios espirituales y para suministrárselos precisa la Iglesia vasos sagrados y otros objetos cultuales. Para celebrar la Santa Misa y administrar los Sacramentos hacen falta unos y otros...»

No debieron satisfacer al Gobierno y al grupo disidente de la Iglesia Viva estas explicaciones del Patriarca y de los Obispos, porque los eclesiásticos que rehusaron la entrega total de vasos sagrados y objetos preciosos de los templos, tuvieron que comparecer ante un tribunal popular. El Patriarca Tichón era detenido. A poco ingresaba en las prisiones del Estado.

Pronto cambiaron de actitud los altos jerarcas de la Iglesia eslava.

Capitulo XXX

RESTABLECIMIENTO DEL PATRIARCADO DE MOSCU

Concilio moscovita de 1945

El Patriarca Tychón (1917-25).—Su valiente actitud antirrevolucionaria.—Su encarcelamiento y heroica negativa a renunciar el cargo.—Cambio de actitud.—Declaración solemne de arrepentimiento por sus actividades contrarrevolucionarias.—Mensaje a los Obispos, al Clero y a los fieles explicando su nueva actitud de reconocimiento del Poder Soviético.—El llamado Testamento de este Patriarca.

El Patriarca Sergio (1925-44)

Su reconocimiento por los revolucionarios en premio de su benévola actitud con respecto al Régimen nuevo.—La enorme sensación que en toda Rusia y en la Diáspora produjo este reconocimiento eclesiástico de los Soviets.—Entronización solemne, oficial y pública de este Patriarca (octubre de 1943).—Razones de la participación y apoyo del Kremlin en tan fastuoso acontecimiento.—El Patriarca Sergio como teólogo.

El Patriarca Alejo (1944...)

Datos biográficos.—Reconocimiento del régimen soviético por este jerarca.

* * *

Preparación del Concilio moscovita de 1945.—Confirmación de Alejo como Patriarca y su coronación solemne.—La pastoral colectiva, principal documento conciliar.—El mensaje anti-

fascista a los cristianos del mundo entero.—Juicio sobre este Concilio.

Con la caída del Imperio de los Zares y del clásico césaro-papismo había llegado la hora de llevar a la práctica una aspiración unánime de los clérigos y de los fieles eslavos: el restablecimiento de la añorada dignidad patriarcal. Aún hubieran transigido con la suprema jefatura eclesiástica del «Ungido del Señor», el Zar de todas las Rusias; pero les resultaba intolerable el yugo opresor del Santo Sínodo, institución eclesiástico-estatal en manos de personas laicas, de políticos profesionales. Unos meses antes del estallido de la Gran Revolución (octubre de 1917), la Iglesia eslava procedía a organizarse con independencia del Poder civil. El Sínodo o Junta de Obispos, que había sido restablecido, se dio prisa en designar un titular de la dignidad patriarcal. La designación recaía en la persona del Arzobispo Tychón, Metropolita de Lituania (1917-25), eximio varón de virtudes, que tuvo el valor de oponerse a los desafueros de los bolcheviques y que sufrió con resignación cristiana el encarcelamiento y los vejámenes de que lo hicieron objeto Se le acusó de actividades contrarrevolucionarias (resoluciones adoptadas en una reunión de eclesiásticos), de contactos permanentes con el Clero de las regiones ocupadas por los Ejércitos Blancos y de resistencia a los decretos desamortizadores. Todos los capítulos de la acusación eran muy ciertos. Tychón había escrito con motivo de las medidas desamortizadoras: «No podemos autorizar que el Gobierno se apodere de los objetos de la Iglesia, aunque éstos le sean regalados, ya que su utilización para fines distintos de los fijados por los cánones de la Iglesia Universal, está prohibida como una profanación. La confiscación de los tesoros eclesiásticos lleva consigo la *excomunión de los fieles y la destitución de los sacerdotes que la hayan tolerado*". No era menos cierto que el digno Patriarca de Moscú era contrarrevolucionario. ¡Como que llamó a los gobernantes de Moscú, a los detentadores del Poder, *cuadrilla de bandidos, ladrones y asesinos*! El llamamiento que dirigiera a todos los fieles con ocasión de los Decretos desamortizadores fue la causa inmediata de su encarcelamiento. Repetidas veces se exigió al recluído Patriarca la renuncia voluntaria a su alta investidura, y otras tantas rechazó él con sin igual energía las propuestas soviéticas. Tan sólo accedió a que durante su cautiverio administrara el Patriarcado el Metropolita de Petrogrado, Benjamín. La vida del encarcelado Tychón no pudo ser más amarga. Agentes especiales del Gobierno ejercían en torno suyo una estrecha vigilan-

cia, y un oficial rojo censuraba cuanto escribía. Las virtudes del perseguido Jerarca Sumo de la Iglesia eslava le granjearon la admiración y la simpatía generales. Jamás fue tan popular un jefe de la Cristiandad rusa. Más de cinco millones de fotografías se repartieron, clandestinamente, claro está, entre los fieles.

Mas el Patriarca Tychón abandonaba, no tardando, esta actitud noble y valiente El dia 16 de junio de 1923 entregaba al Tribunal Supremo la siguiente

DECLARACION

«Educado en una sociedad monárquica e influído por personas de convicciones antibolcheviques, fuimos hasta el momento de mi arresto enemigo del Poder soviético. Y fue lo peor de todo que cristalizó esta hostilidad nuestra en los hechos siguientes: Mensaje con motivo de la Paz de Brest-Litowsky (1918); anatema contra el nuevo sistema de Gobierno, en ese mismo año, y protesta contra el Decreto de Confiscación de los bienes eclesiásticos en 1922. En el Acta de Acusación ante el Tribunal Supremo están bien detalladas todas nuestras actividades antisoviéticas. Reconocemos los fundamentos de semejante acusación y también la justicia con que ha procedido el Tribunal. Por nuestra parte, lamentamos las faltas cometidas y solicitamos del Tribunal Supremo la liberación del arresto. Declaramos, además, que en adelante, no seremos ya enemigo del nuevo Régimen y que nos apartaremos definitivamente de los manejos contrarrevolucionarios que realizan dentro del país los Ejércitos Blancos y, fuera de él, los elementos monárquicos.»

Basilio Velavine, PATRIARCA.

(De Izvestia, 18 de junio).

El viraje había sido tan rápido y tan extraño que el Patriarca —a quien todos consideraban como mártir— se creyó obligado a explicar al Episcopado, al Clero y a los fieles los fundamentos del cambio operado en su ánimo. Desde el Monasterio de Donskoy (28-VI-1923), dirigía a todos el siguiente

MENSAJE

«En el primer año de Régimen soviético, nos inclinamos hacia una política de ásperos y duros ataques al poder público. En ello influyeron la educación que habíamos recibido y la actitud antibolchevique del Concilio que por entonces se celebró...

»Pero, en el entretanto, han cambiado mucho las cosas en

nuestro país. Hoy nos vemos precisados a acudir al Gobierno para que se digne ayudarnos. Sabéis que nuestros fieles ortodoxos de Chelm y de Grodno sufren persecución de parte de los polacos; quienes han clausurado los templos ortodoxos.

»Por otra parte, en 1919 ya, abrigábamos el propósito de separar a la Iglesia del zarismo y de la intervención extraña. Al efecto, enviábamos, en septiembre de ese mismo año, a los obispos y sacerdotes de nuestra jurisdicción un mensaje acerca de la no *participación de la Iglesia en la política y del correspondiente acatamiento por parte de la misma a todas las disposiciones del Poder soviético no contrarias a la fe y a la Ortodoxia*. Por lo mismo, desautorizamos en su día la actitud del Sínodo de Carlovitz, que se había pronunciado por la restauración de la Dinastía Romanov. Y cuando, en marzo de 1922, llegó a nuestro conocimiento la gestión que, para la admisión de representantes rusos en la Conferencia de Génova, estaba realizando el Comité de la «Administración Eclesiástica Suprema» en el extranjero, Nos tomamos la resolución de disolver ese organismo, que había sido creado con el beneplácito del Patriarca Ecuménico de Constantinopla. Ello demuestra que no somos tan enemigo del Régimen nuevo y tan contrarrevolucionario como se pretende.

»Por lo demás, es bien clara nuestra actual actitud. La hemos definido en una declaración que hemos enviado al Tribunal Supremo a fin de que Nos pusiera en libertad. Nos reconocimos culpables de unas faltas que eran hijas de un ambiente que nos empujaba a manifestaciones activas dirigidas bajo formas diversas contra el Gobierno y sistema soviéticos.

»Declaramos ahora que serán vanos los esfuerzos de quienes pretendan utilizar nuestro nombre y nuestra dignidad para intrigar contra los actuales gobernantes, pues condenamos resueltamente todo manejo encaminado a minar su existencia y a desacreditar sus procedimientos. Sepan todos los monárquicos y todos los partidarios del Ejército Blanco que no *somos enemigo del Gobierno soviético*...»

Unos días más tarde (el 1 de julio inmediato), el Patriarca repetía todos estos conceptos en una carta pastoral cuyo tema era éste: «La Iglesia Ortodoxa de Rusia es Apostólica y no desea ser Blanca ni Roja, sino conciliar y apostólica».

El mismo día de su fallecimiento, ocurrido el 7 de abril de 1925, el Sumo Jerarca de la Iglesia rusa, Basilio Belavine, ponía su firma en un documento en el que estaba compendiado su sistema político-eclesiástico. Ha recibido la denominación de

TESTAMENTO del Patriarca Tychón

«Nos, el humilde Tychón, por la Gracia de Dios, Patriarca de Moscú y de toda la Iglesia rusa, a vosotros, obispos, clérigos y fieles rusos, gracia y paz de parte de Jesucristo, Señor y Salvador nuestro: Por la voluntad de Dios, sin la cual nada ocurre en el mundo, y durante los años de la Guerra Civil, el Poder soviético instaurado en virtud de la Gran Revolución, se robusteció y consolidó con vigor innegable En consecuencia asumió la pesada tarea de hacer frente a las graves consecuencias de una lucha sangrienta y de un hambre espantosa. Al hacerse cargo de la dirección de los negocios públicos, los prohombres del bolchevismo decretaron (1918) la más completa libertad religiosa dejando a los ciudadanos la facultad de elegir creencias y de vivir de acuerdo con los imperativos de su conciencia. Así es que a todos, incluídos, claro está, los ortodoxos, se han otorgado el derecho y la posibilidad de cumplir sus deberes para con Dios a tenor de las exigencias de su alma, siempre, como es lógico, que no lesionen los derechos de los demás ciudadanos y del Estado, guardián del orden público. Por esto reconocimos pública y solemnemente en momento oportuno el nuevo orden de cosas y recomendamos a los obispos, los sacerdotes y los fieles que acatasen al Poder de Obreros y Campesinos, cuya actuación saludamos con toda sinceridad.

»Hora es ya de que todos los creyentes acepten el punto de vista cristiano, según el cual Dios es quien establece y señala el destino de los pueblos. Cuanto ha ocurrido es —no cabe dudarlo— la expresión de la voluntad divina. Por lo tanto, sin pecar contra nuestra Fe y nuestra venerable Iglesia Ortodoxa, sin modificar en absoluto nuestra posición dogmático-canónica y sin hacer concesiones antirreligiosas al Gobierno, debemos ser fieles al Poder soviético en el campo político-social y condenar cualquier complicidad con los enemigos del orden establecido y cualquier agitación, abierta o clandestina, en contra suya.

»Al elevar nuestras preces al Cielo a fin de que se digne bendecir el trabajo de los pueblos que en nombre del bien común han unido sus fuerzas, rogamos a todos los hijos de la Iglesia Ortodoxa que en estos tiempos tan llenos de responsabilidades junten sus plegarias con las nuestras para que el Altísimo se digne prestar ayuda al Gobierno de Obreros y Campesinos en todas sus tareas en pro de la Nación. Igualmente, invitamos a las Comunidades parroquiales, y en especial a sus órganos ejecutivos, a que no toleren maquinación alguna antigubernamental, a que no abriguen la menor esperanza de un retorno a la

Monarquía absolutista y a que se convenzan de que el Poder soviético es, en realidad, el Poder Popular de Obreros y Campesinos, el cual es firme e inquebrantable. También les rogamos que para formar parte de los Consejos parroquiales, se fijen en personas honradas, dignas, dispuestas al sacrificio y amigas de los soviets. Las comunidades ortodoxas deberán dirigir sus esfuerzos a intensificar y extender las creencias religiosas, es decir, a contrarrestar la propaganda de los sectarios, de los católicos, de los protestantes y de los miembros de la Iglesia renovada, que procuran aprovechar nuestros descuidos para dañar a nuestra querida Ortodoxia. Lo ocurrido en Polonia debe servirnos de ejemplo, de estímulo y de arrepentimiento, porque de los 350 edificios religiosos (templos y monasterios) que allí teníamos, no quedan más que 50, habiendo sido convertidos en iglesias católicas los demás. Y aún podríamos multiplicar los casos de persecución al Clero ortodoxo.

»Nuevamente os invitamos, obispos y sacerdotes, hermanos carísimos, a que, después de condenar cualquier resistencia al Poder, cualquier designio perverso en contra de él, compartáis nuestro trabajo y nos ayudéis a establecer la paz en nuestro rebaño y el orden en la Iglesia de Dios.

»Conscientes de la obligación pastoral que nos incumbe, no podemos menos de condenar a quienes olvidando lo que es de Dios, abusan de su situación en la Iglesia y se dedican a los negocios de la política humana, groseros y criminales a veces.

»Por todo esto y haciendo uso de las facultades inherentes a nuestra condición de Pastor Supremo de las almas, damos permiso para que cerca de Nos actúe una Comisión, la cual tendrá este cometido: investigar y, en su caso, deponer por vía canónica de sus funciones ministeriales a los obispos y sacerdotes que se mantengan obstinadamente en sus errores y rehusen arrepentirse de ellos ante el Poder soviético, y entregarlos al juicio del Concilio Ortodoxo.

»Hemos observado con gran pena de nuestro corazón paternal que algunos ortodoxos, incluso obispos y sacerdotes, han abandonado por motivos diversos el querido y bendito suelo de la Patria y se entregan en el extranjero a unas actividades para las que no fueron llamados por vocación y con las cuales dañan mucho a nuestra Iglesia. Sirviéndose de nuestro nombre y de nuestro prestigio crean allí un movimiento nocivo por contrarrevolucionario. Pretextando velar por el bien de la Iglesia y del pueblo rusos, perjudican notablemente a una y a otro. Por esto confirmamos la condenación del Sínodo de Carlovitz. Esti-

mamos necesario declarar a este respecto que cualquier tentativa en el sentido de los carlovitzianos provocará en Nos la más rigurosa oposición, que podrá llegar hasta la suspensión *a divinis* y la acusación ante el Concilio. Para evitar penas tan graves, invitamos a los obispos y sacerdotes exilados a que pongan fin a sus actividades políticas tan hostiles a nuestro pueblo y a que tengan el valor de regresar a la Patria para decir en ella la verdad sobre sí mismos y sobre la Iglesia de Dios.

»Sus actos deben ser objeto de una investigación. Además, tendrán que rendir cuentas a la Iglesia Ortodoxa. Por de pronto, creamos una Comisión especial encargada de investigar acerca de la conducta de obispos y sacerdotes exilados, y en especial, de los Metropolitas, Antonio, que lo fue un día de Kiev, y de Platón, de Odesa. Si rehusaran someterse a nuestro llamamiento, nos veremos obligados a condenarlos por contumacia y abierta rebeldía.

»Nuestros enemigos tratan de sembrar la discordia y la desobediencia entre nuestros hermanos, los obispos, y nuestros hijos, los fieles ortodoxos. Aseguran que no somos dueño libre de nuestra palabra y ni aun de nuestra conciencia, que sufrimos vejaciones y que no gozamos de la posibilidad de comunicarnos con el rebaño que se nos ha confiado. Declaramos que todo es calumnia vil y mentira inicua. No hay en la Tierra poder alguno que sea capaz de ligar nuestra conciencia de Pontífice y nuestra palabra de Patriarca.

»Invocando para todos, Obispos, clérigos y fieles, la bendición de Dios, os pedimos con serena conciencia que os *sometáis* al Poder soviético, no por temor sino por reverencia, acordándoos de las palabras del Apóstol (a los Romanos XIII-1.): «Que toda alma se someta al poder superior porque no hay poder que no venga de Dios...»

»Al mismo tiempo expresamos la firme convicción de que el establecimiento de relaciones sinceras y normales entre ambas Potestades inducirá al Gobierno soviético a mirarnos sin desconfianza. Y así podremos enseñar el Catecismo a los niños, mantener escuelas teológicas, editar libros litúrgicos y difundir revistas apologéticas de la fe Ortodoxa.

»¡Que Dios os fortifique a todos en la fidelidad a la Santa Iglesia eslava y a su Jerarquía!».

Tychón, PATRIARCA.

Dado en Moscú a 7 de abril de 1925.
(De Izvestia, día 15 de dicho mes y año).

EL PATRIARCA SERGIO (1925-44)

A poco de tomar posesión de la Silla Patriarcal, Sergio, Metropolita de Nischni-Novgorod (Gorky en la actualidad), ingresaba también en las prisiones del Estado. Le ocurría lo que a tantos otros prelados; consta que en los primeros años de régimen soviético fueron encarcelados y asesinados 1.235 obispos y sacerdotes. Estuvo recluído tres meses tan sólo, pues en julio de 1927 era liberado y reconocido por los revolucionarios. ¿A qué obedeció cambio tan radical? No lo sabemos. Se habló de graves amenazas y de malos tratos por parte de los agentes del Kremlin. Es muy probable. Se ha dicho, asimismo, que aquel anciano respetable, a fin de no perderlo todo, es decir, para no exponer a su Iglesia a un aniquilamiento total, (¿fue ésta la más grave amenaza del comunismo?), juzgó oportuno cambiar de actitud y reconocer a los soviets. Así lo indica la Carta pastoral que en aquellas trágicas circunstancias dirigiera a los fieles de su Iglesia: «Os pido —escribía el Patriarca— *que acatéis al régimen soviético recientemente establecido. Hacedlo en nombre de los intereses religiosos y para salvaguarda de los mismos.*. El viraje del Patriarca Sergio produjo honda sensación entre los Obispos y los popes, entre los monjes y los fieles. El Sínodo de Obispos desplazados tomó la muy grave decisión de no obedecer al Jefe Supremo de la Iglesia eslava. «Es intolerable —escribían los portavoces de la *Diáspora*— que el Patriarca de Moscú, nada menos, el más alto Jerarca de nuestra amada Ortodoxia, haya caído en la abyección de reconocer a un Gobierno *integrado por un hatajo de facinerosos, que están deshonrando a la noble función de administrar la cosa pública*. Nosotros no tenemos por qué fallar en este pleito, que no nos interesa directamente. Nos basta con mencionar un hecho incontrovertible: la *condescendencia de la Jerarquía eclesiástica rusa* con el bolchevismo. También hemos de consignar que si la actitud conciliadora del Patriarca fue debida a promesas de paz y de tolerancia por parte de los amos del Kremlin, el Jefe Supremo de la Iglesia debió llamarse a engaño no tardando. La sañuda persecución antirreligiosa continuó por muchos años todavía. Disminuyeron, es muy cierto, las primitivas violencias, las represalias brutales de los albores revolucionarios, las *alegrías* insensatas del nacimiento de la ¡*Democracia popular*!, pero no lo es menos que la obra de la descristianización sistemática seguia su marcha ascensional.

Pero los rojos terminaron por transigir con la Iglesia Ortodoxa y por *entronizar solemnemente* en Moscú (principios de

octubre de 1943) al Patriarca Sergio. La apoteosis de este jefe de la Iglesia eslava venía con ¡¡16 años de retraso!! ¿Cómo y por qué tomó el Kremlin esta decisión tan extraña? No es difícil explicarla. Los soviets necesitaban del concurso patriótico de la Clerecía rusa para derrotar al invasor alemán, de la ayuda de las Democracias occidentales, que pedían tolerancia y buenos modos de gobierno y, sobre todo, de la unidad nacional en un país integrado en su inmensa mayoría por creyentes. Los comunistas eran tan ateos como antes; pero había sido tan completo el fracaso en la diabólica tarea de barrer la Religión y habían dado los sacerdotes y los fieles tantas y tan prodigiosas muestras de patriotismo fervoroso y sincero, que juzgaron llegado el momento de modificar actitudes y cambiar de táctica. Por otra parte, el Régimen podía mostrase benévolo porque, en realidad de verdad, la Religión, enteramente vencida en el ámbito nacional, no era ya *un enemigo de cuenta*. Por esto dieron a la entronización del Patriarca Sergio una solemnidad fastuosa. Mas este célebre Jefe de la Iglesia eslava iba a gozar poco tiempo de aquella apoteosis oficial y popular. A los ocho meses escasos se presentaba ante el Tribunal de Dios. Allí quedaría bien aquilatada una actitud que los hombres no pudieron explicar satisfactoriamente. En tan discutido Patriarca de Moscú, enemigo mortal del Pontificado Romano, tiene la Iglesia rusa a un buen teólogo. Para doctorarse en la Reina de las Ciencias redactó una tesis acerca de *La doctrina ortodoxa sobre la Santidad*. Este trabajo puede considerarse como la más importante producción teológica de la Rusia religiosa en los tiempos novísimos.

A tenor de la costumbre canónica tan arraigada entre los ortodoxos eslavos, el Patriarca Sergio nombró sucesor suyo. Era éste el Metropolita de Leningrado, Alexei (Vladimirovitch Simansky), quien desde últimos de mayo de 1944 rige los destinos de la Iglesia rusa. El Sínodo de Obispos (organismo restablecido en 1917) ratificó en este punto la voluntad testamentaria del Patriarca Sergio.

EL PATRIARCA ALEJO (1944...)

Originario de noble familia moscovita, Alejo había nacido en la ciudad del Moscowa (1877). Aquí hizo sus estudios jurídicos y, luego de recibir las Ordenes Sagradas en 1902, se doctoraba en Teología. En 1913 era designado obispo de Tischwin y luego de Novgorod (1926). Unos años más tarde, era nombrado Arzobispo-Metropolita de esa antigua y famosa Diócesis. En

1936 se hacía también cargo de la vecina Eparquía de Leningrado. Gobernaba una y otra Archidiócesis cuando ascendía a la más alta magistratura eclesiástica de la Nación, al Patriarcado de Moscú. Durante el bloqueo de la ciudad de Pedro el Grande por las tropas alemanas, permaneció en la antigua capital del Imperio Zarista. Según se asegura, Alejo se portó heroicamente. Debió ocurrir así, porque el Gobierno bolchevique le otorgó la «Medalla de la Defensa» de Leningrado. Por entonces dirigía una carta a Stalin. Junto a los muy legítimos anhelos patrióticos, al lado de loables frases alusivas a la caridad hacia las familias damnificadas por la Guerra, figuraban unos epítetos, tan laudatorios como innecesarios, dirigidos a José Stalin. He aquí algunos: «Al dar cuenta a V., *mi querido José Stalin,* de la iniciativa patriótica de realizar una colecta con destino al fondo de socorros a familias e hijos del Ejército Rojo y de que la Silla Metropolitana de Leningrado encabeza la suscripción con ¡un millón de rublos!, no puedo menos de alabar sus desvelos, que se extienden a todas las esferas de la vida rusa. Felicito a V. por ello. Espero que dará su «aprobación» a mis proyectos. Ella nos alentará a todos en los esfuerzos encaminados a tomar parte en la grandiosa aportación nacional dirigida por V., *nuestro amado Jefe Supremo, otorgado por Dios al pueblo ruso sufrido y heroico*». Como se ve, el nuevo Patriarca aceptaba el régimen comunista y se reconciliaba con el ateísmo perseguidor.

En realidad de verdad, no hacía otra cosa que dar estado oficial y público a una actitud que ya era vieja en él. En 1927 ya, habia ordenado que se hiciera mención del soviet ¡¡en la Liturgia!! (Santa Misa y otros actos cultuales). Aún hizo más en 1943. Era el 4 de septiembre cuando Sergio abandonaba su humilde vivienda, un verdadero tugurio, y vestido de sus más espléndidos capisayos, se personaba en el Kremlin para expresar a Stalin la lealtad y fidelidad de la Iglesia rusa al Régimen soviético.

El Patriarca Alejo fue el alma de unas reuniones preparatorias (22 y 23 de diciembre de 1944), encargadas de disponer lo conveniente para un gran Concilio moscovita que celebraría sus sesiones al año siguiente. Ante todo, confirmaría al nuevo Patriarca y luego se ocuparía de asuntos que interesaban a la Ortodoxia eslava. A seguida se cursaron las oportunas invitaciones a los obispos todos de Rusia, a los representantes del Clero secular y regular, a ciertas personas laicas y, ni que decir tiene, a los titulares de los grandes e históricos Patriarcados del Oriente y a los más destacados jerarcas ortodoxos de los Bal-

canes. A últimos de enero del mencionado año de 1945 estaban en Moscú, dispuestos a tomar parte en las tareas del Concilio (día 31), los Patriarcas de Antioquía y de Alejandría y el Katholikos de Georgia; el Arzobispo de Thyatira, que representaba al Patriarcado Ecuménico de Constantinopla; el Prelado de Sebaste, que ostentaba la delegación del patriarca de Jerusalén; el Obispo de Monastir, que presidía una comisión enviada por el Patriarca servio, y el jerarca Benjamín, que estaba al frente de una delegación de la Iglesia rusa en Norteamérica. La Asamblea iniciaba sus tareas elevando a José Stalin un *mensaje de adhesión,* que terminaba con estas palabras de la más servil adulación: «¡Que Dios otorgue a nuestra querida Patria una pronta victoria y dé *muchos años de vida a nuestro muy querido Caudillo y General en Jefe, Stalin, la persona escogida por Dios para salvarnos a todos*». El Gobierno, por su parte, enviaba también ¡*su representante al Concilio*! Era el camarada Karpov, ¡¡*encargado de Negocios religiosos en un Ministerio de Ateos*!! No sabemos mucho de las resoluciones adoptadas. Nos consta, sin embargo, que aquellos asambleístas se ocuparon de los altos Estudios teológicos y de los centros consiguientes para cursarlos. Para instalar dos de ellos se aprovecharían los monasterios de Nowo-Dewichi y de la Santísima Trinidad (cerca de Moscú), que el Gobierno había devuelto a la Iglesia, acogiéndose a la *fórmula de "edificios monumentales que la Iglesia custodiaría y conservaría".*

La Asamblea confirmó por la más completa unanimidad la designación de Patriarca de Moscú a favor del Metropolita Alejo Simansky, el cual era solemnemente «coronado» en la Catedral del Bienaventurado Basilio. Si hemos de creer a la información que dio *Izvestia,* uno de los dos grandes rotativos moscovitas, «asistieron a la suntuosa ceremonia ¡6.000 personas!, el Cuerpo diplomático en pleno, varios personajes soviéticos, miembros del Ejército rojo,. de uniforme, artistas notables y hombres de ciencia famosos». Al día siguiente, uno de los primeros de febrero, el mencionado periódico insertaba en lugar muy destacado un documento conciliar, que sonaba a Pastoral colectiva. En él se lamentaban mucho los prelados del *creciente aumento de la irreligión,* del general menosprecio de la Iglesia y sus ministros, de la disminución de los matrimonios canónicos y del sistemático apartamiento del Bautismo y de la Confesión Sacramental. También publicaba *Izvestia*—y con él todos los demás periódicos rusos— un Mensaje del Concilio a los cristianos todos del Orbe. Les pedía su colaboración para exterminar

el Fascismo. No resistimos a la tentación de reproducir los párrafos más significativos: «Teniendo presente la situación internacional, los 163 delegados presentes en Moscú con motivo de la Asamblea que confirmó en su actual dignidad al Patriarca Alexei Simansky, alzan su voz contra los esfuerzos de todos aquellos (principalmente vaticanistas y papales) que intentan *absolver, en nombre del olvido generoso, a la Alemania hitleriana* de la responsabilidad en todos los abominables hechos cometidos por sus ejércitos y sus hordas nazistas. Piden clemencia para los que empaparon a Europa en sangre de víctimas inocentes. Con ello pretenden, en nuestra opinión, que *continúen en el mundo, después de la Guerra, las inhumanas y anticristianas doctrina y práctica del Fascismo*. La Religión cristiana sólo puede bendecir a los esfuerzos de la humanidad progresiva y amante de la paz, empeñada actualmente en la noble tarea de establecer un orden que libre al mundo para siempre de la lepra fascista. Por tanto la Iglesia Ortodoxa reza fervorosamente por la victoria de la Democracia y bendice a las Armas que ahora están ganando la Libertad de los pueblos contra la tiranía hitleriana y fascista, y a los grandes jefes militares y políticos, a los cuales anima para que traigan a la existencia las oportunas organizaciones de la Postguerra».

El tan cacareado Concilio moscovita de 1945 no fue otra cosa que una Asamblea política encaminada a congraciarse con los *tiranos* del Kremlin. A nadie más que a éstos hacía ella el juego, indigno por cierto, *calumniando y menospreciando a los católicos en un documento público* y con ocasión de una solemnidad eclesiástica.

Stalin pagó al Patriarca Alejo sus servicios. El 16 de agosto de 1946 le otorgaba la Orden de la *Bandera Obrera Roja*. Además, el Patriarcado quedaba magníficamente instalado en el edificio de la antigua Embajada alemana.

Capitulo XXXI

«EL ESTATUTO DE LA ORGANIZACION CANONICA» (31-I-1945)

Verdadero reconocimiento de jure *de las leyes laicas y ateas.—Aceptación de las humillaciones en asuntos de Enseñanza y propiedad eclesiástica.—Sumisión total de la Jerarquía a los Comisarios del Pueblo.—La vida religiosa y económica de las comunidades parroquiales bajo el control de la* Comisaría de Cultos.—*Motivo que puede explicar —no justificar— esta adaptación al laicismo comunista.*

Eran bien inicuas las leyes soviéticas relativas a la Iglesia. El desprecio a esta veneranda Institución no pudo llegar a más. ¡Los bolcheviques llegaron hasta el extremo de entregar el usufructo de los templos y la *administración de las parroquias y de los objetos litúrgicos de éstas a los vecinos mismos de la localidad*! Para la Rusia comunista no existía la Jerarquía eclesiástica. El Kremlin prescindía en absoluto del sacerdocio ortodoxo.

Pues, aunque parezca mentira, la Iglesia rusa adaptó al nuevo estado de cosas sus leyes canónicas. La acomodación está registrada en un documento que se ha hecho famoso. Se llama *Estatuto de la organización canónica de la Iglesia eslava* y fue aprobado por el Concilio panruso el 31-I-1945. La prensa extranjera se atrevió a calificarlo—muy impropiamente por cierto— de Concordato entre la Iglesia patriarcal y el Estado soviético. En realidad, era un triunfo rotundo del poder civil sobre el eclesiástico, porque, más que a orientar los principios marxistas hacia las serenas regiones del Derecho canónico, tendía a una acomodación inadecuada e injusta de éste a la Constitución soviética y a las leyes adjetivas en la parte que afecta a la vida eclesiástica, contra cuyo desarrollo atentan en forma descarada una y otras. Por primera vez, en efecto, la Iglesia Ortodoxa reconocía *de jure* la legislación soviética en materias religiosas y especialmente su separación respecto del Estado y

la condición inicua de las Asociaciones de índole canónica. La Iglesia se resignaba pública y solemnemente a un estado de cosas esencialmente constituído por el más absoluto desconocimiento de los derechos más elementales. Los jerarcas, los clérigos inferiores y los fieles ortodoxos no salían de su asombro al considerar que las esperanzas que habían depositado en el establecimiento de la democracia, se habían desvanecido.

Los nuevos legisladores eclesiásticos ni siquiera se ocuparon de la instrucción (escuelas y prensa), asunto vital. Ello quiere decir que la Iglesia rusa daba por buenas las leyes soviéticas en la materia (Decreto de 1918, Ley de 1929 e Instrucción de 1931).

Otro tanto se puede decir de las leyes desamortizadoras. La Iglesia no protestaba contra las inicuas confiscaciones por ella sufridas. Tampoco se atrevió a recabar su indiscutible derecho a ejercer públicamente misericordia, derecho que hasta el advenimiento del Régimen comunista nadie le había negado. Así es que era muy natural que el nuevo Estatuto hiciera caso omiso del Supremo Consejo Eclesiástico, creado por el Concilio panruso de 1917-18 cabalmente, para administrar los bienes eclesiásticos y regular los asuntos de la Enseñanza. Pena da tener que consignar que el dichoso Estatuto que nos ocupa aceptó sin protestas la humillación de la Iglesia Ortodoxa, la cual, a tenor de la Constitución y de las leyes adjetivas, dejaba de ser *persona jurídica* y descendía a la categoría de una de tantas sociedades privadas. Altamente depresivo es el párrafo 11. He aquí su texto: «En las cuestiones que afectan a la Iglesia Ortodoxa el Patriarca se pondrá en contacto con la Sección ministerial que el soviet creó para resolver asuntos eclesiásticos. *Para cualquiera de éstos se requiere* ¡*la autorización del soviet de Comisarios del Pueblo en la U. R. S. S.*!

La sumisión al Poder Civil no podía ser más completa. Sobre haber renunciado a la condición de *persona jurídica,* a la facultad de poseer bienes materiales, a la prerrogativa evangélica de ejercer públicamente la caridad y la beneficencia, la infortunada Iglesia eslava se obligaba a recabar «¡en asuntos canónicos!» la «autorización» de las autoridades soviéticas. He aquí un ejemplo: «Para suministrar a las iglesias cuanto necesiten para el culto divino (candelas, incienso, etc.), podrá instalarse en las diócesis «con autorización de los Comisarios del Pueblo» una fábrica de candelas. Y lo mismo cabe decir de la confección de coronas, de pequeñas cruces y de otros objetos litúrgicos o de simple devoción». (Art. 33 del nuevo Estatuto). Los ejemplos pueden multiplicarse, por desgracia. Veamos: «La Comunidad

parroquial puede venir a la existencia por acuerdo voluntario entre los fieles, cuidando siempre de realizar el oportuno registro en las oficinas soviéticas y de solicitar en ellas con la debida antelación la imprescindible demanda». (Art. 37).

«La Comunidad parroquial representada por un grupo de fieles, que no bajarán de 20, recibirá en usufructo el templo, los vasos sagrados y demás objetos religiosos *puestos a su disposición por la autoridad civil* sobre la base de un contrato. Dicha comunidad se encargará de la vigilancia y custodia de cuanto reciba. A este fin delegará todas sus funciones en un órgano ejecutivo salido de su seno e integrado por tres personas y el párroco. Unas y otro responderán solidariamente ante las autoridades soviéticas». (Art. 39).

«Bajo la inmediata dirección y vigilancia del párroco y con grave responsabilidad ante los Comisarios del Pueblo por la conservación del edificio y buena gestión de los bienes del templo, el órgano ejecutivo de la Comunidad de fieles se encargará de la administración de los bienes eclesiásticos encomendados. Y así proveerá al entretenimiento del inmueble, a la calefacción, iluminación, reposición de ornamentos, arreglo de vasos, reformas y a todo cuanto haga falta para la celebración del Culto divino. Correrá también a su cargo facilitar toda clase de medios para las necesidades de la Iglesia y para fines patrióticos. No descuidará la manutención del Clero y consagrará las sumas oportunas para sostenimiento del Obispo y de su Curia, para los cursos teológico-pastorales y sobre todo para las necesidades patriarcales». (Art. 41).

«La Asamblea general elige a la comisión inspectora integrada por tres personas y encargada permanentemente de la superintendencia de los bienes eclesiásticos y de modo especial del movimiento de fondos. Cada trimestre, girará visita de inspección y examinará con detenimiento todos los documentos relativos a gastos e ingresos; luego presentará sus conclusiones y propuestas a la Asamblea general de feligreses o al grupo de creyentes. En el caso de que adviertan abusos o déficits en los recursos financieros, la Comisión inspectora levantará acta que «enviará» al soviet urbano o al Central de la comarca». (Artículo 42).

«Los recursos eclesiásticos en metálico surgen de las entregas voluntarias, de las colectas realizadas durante las funciones religiosas, de las gratificaciones por candelas y panes benditos y de otras donaciones». (Art. 43).

«Los medios económicos y financieros de la parroquia serán

meticulosamente registrados en los libros de entrada y salida». (Art. 44).

«En el caso de irregularidades cometidas por el organismo ejecutivo o por alguno de sus miembros, el párroco dará conocimiento al Obispo y éste, después de haber realizado la oportuna encuesta, ya directamente ya por medio de un decano, y dado cuenta de todo al Comisario soviético para asuntos de la Iglesia Ortodoxa, propondrá a la Comunidad parroquial el relevo de los culpables». (Art. 46).

Como se ve, la jerarquía eclesiástica, de tanto prestigio en Rusia, ha quedado sometida por completo al Poder civil (Comisaría de Cultos), y, además, mediatizada por las asociaciones o grupos de creyentes (parroquias). Tampoco quedó bien parada la clerecía inferior, porque, en realidad, son los laicos los que administran los bienes eclesiásticos del pueblo. Los vecinos mandan más que el Párroco en los asuntos de la feligresía. En verdad que cuesta mucho trabajo creer que la Iglesia Ortodoxa se allanase a una situación tan anticanónica y tan humillante. Los historiadores eclesiásticos no han dejado de exponer los motivos de esta adaptación al laicismo comunista.

No sin cierta extrañeza mezclada con reticencias y reproches se ha preguntado la prensa centro-europea y americana: ¿Cómo han llegado a esta humillación y a esta cobardía los supremos jerarcas de la Iglesia rusa? ¿Por qué no hubo héroes entre ellos? ¿Cómo no fueron al exilio de Semipalatinsk y de Ust-Syssolk como tantos y tantos Metropolitas, Obispos y popes que en los años de la Revolución, de la Guerra Civil, de los comienzos del establecimiento del bolchevismo llenaron las cárceles y los campos de concentración? Muy debilitado por los golpes recibidos en años pretéritos, el Patriarcado ruso optó por el mal menor y más soportable. Ante todo, había que restablecer ante las Iglesias autocefálicas de Oriente y ante los propios eslavos el prestigio del jefe de la Iglesia en Rusia. Preciso era también asfixiar los brotes secesionistas de los renovadores en marcha abierta hacia el cisma y la desobediencia y apuntalar el edificio financiero, disciplinar y jerárquico de la Ortodoxia rusa, edificio que se hubiera venido abajo de haber opuesto una valiente y heroica resistencia al nuevo régimen. Las leyes laicas y ateas de éste, el permanente conflicto entre el Derecho Canónico y la legislación estatal y el desorden, más o menos caótico y monárquico, pero siempre amenazador y disolvente, en el seno mismo de la Iglesia, ponían al Patriarcado al borde mismo de un catastrófico aniquilamiento. Por muy in-

dulgente que sea, un juez no podrá absolver a los dirigentes de la Iglesia eslava, pero tampoco deberá condenarlos de buenas a primeras. ¡Estaba en juego la existencia misma de la Iglesia Ortodoxa! Al fin y al cabo, los bolcheviques no deseaban otra cosa que la desaparición total de la misma. La resistencia episcopal les hubiera dado pretexto para hacer con los jerarcas eclesiásticos lo que realizaron con los infortunados kulaks (terratenientes): ¡exterminarlos!

Capitulo XXXII

EL CONCILIO PANORTODOXO DE MOSCU (1947)

La visita del Patriarca Alejo al Mariscal Stalin (10-IV-945).— Testimonio de admiración, respeto y lealtad del primero al segundo.— Los ambiciosos planes imperialistas de Stalin y las ansias expansionistas del Patriarcado moscovita.— Los esfuerzos de captación y los métodos puestos en práctica por la jerarquía eclesiástica ortodoxa.—Las visitas "ad limina Patriarchae" de los altos jerarcas de las Iglesias hermanas del Oriente y de los Balcanes.—Convocación de un gran Concilio moscovita en 1947.—Fracaso de la misma por la indiferencia de ciertas Iglesias autocefálicas y de algunos Patriarcas orientales y, sobre todo, por la oposición abierta del Ecuménico de Constantinopla.

El Sínodo panortodoxo de 1948

Motivos que figuraban en la convocatoria.—Los miembros de la magna reunión. Las conclusiones: a) El Vaticano y la Iglesia ortodoxa. Repetición de los agravios históricos y formulación de nuevas y groseras calumnias al Papa y a la Curia romana. b) La Iglesia ortodoxa y el movimiento ecuménico.—Negativa a colaborar por tratarse de un organismo político mundial y no unionista. c) La jerarquía anglicana.—La aceptación de las doctrinas ortodoxas, y especialmente de la Sacramentaria, y una decisión favorable de toda la Iglesia oriental, condiciones precisas para la validez de la jerarquía anglicana y de sus ordenaciones sacerdotales.—d) El Calendario eclesiástico.— Juicio sobre este Concilio.

Mes y medio después, a partir de la clausura del Sínodo de 1945, exactamente, el 10 de abril, previa la solicitud oportuna, el Patriarca Alejo acompañado por el Metropolita de Krutzky, Nicolás, y el Arcipreste Kolchitzky, era recibido por el Mariscal

Stalin. Los altos dignatarios de la Iglesia rusa acudían al Kremlin para rendir homenaje de admiración, de respeto y de fidelidad al Gran Caudillo del pueblo ruso, al ¡hombre providencial! que estaba salvando a la patria. Uno de los egregios interlocutores daba esta referencia de la histórica entrevista: «Desde el momento en que nos percatamos de que el gran Mariscal nos acogía con sonrisa, cordialidad y sencillez, nos sentimos conquistados por su encanto y magnanimidad, signos ambos de su verdadera grandeza. Junto a él se encontraba, acogedor y cordial también, el no menos grande Molotov. Plenamente felices a la vista de aquel cuyo nombre es pronunciado con amor en todos los rincones de nuestro país y en todas las naciones que aman la libertad y la paz, expresamos a José Stalin nuestra admiración y nuestro reconocimiento y le ofrecimos como recuerdo de gratitud un trabajo artístico especialmente confeccionado para él. A seguida le dimos cuenta de nuestros proyectos, que se referían a la fundación de nuevos centros docentes de índole eclesiástica, al fomento de publicaciones y revistas teológicas y muy especialmente al viaje que en el mes siguiente habría de realizar nuestro Patriarca a Palestina y otros países del cercano Oriente para devolver visitas a los grandes Patriarcas.

«Simpático y extremadamente afable, el gran Mariscal nos escuchó con atención, se interesó por nuestros planes y nos prometió las necesarias ayudas oficiales. Luego felicitamos al «querido Generalísimo del Ejército Rojo por las victorias de sus tropas, que valientemente estaban arrojando de la sagrada tierra rusa a las hordas hitlerianas». El, por su parte, nos contó con la acostumbrada amabilidad curiosos episodios de la Gran Guerra Patria.

«Nos despedimos del Mariscal muy efusivamente. Tenemos que confesar que tanto el encuentro como la despedida son actos inolvidables que nos estimulan a toda clase de trabajos y de sacrificios en favor de la Iglesia y de la Patria. Unidos con todo afecto al que está forjando la felicidad de nuestro pueblo, al Gran Camarada Stalin, hemos de laborar incesantemente para llegar al cenit de la grandeza de nuestra amada Rusia».

¿Cómo se explica esta benevolencia de Stalin? ¿Significaba acaso que los bolcheviques habían abandonado su ateísmo añejo? No, porque, aun después de la restauración del Patriarcado y la apoteosis de su titular, el Kremlin, los organismos paraestatales y el propio Stalin, el antiguo seminarista de Tiflis, habían hecho declaraciones adversas a la religión y realizado también actos persecutorios. Los amos del Kremlin, no cabía dudarlo,

seguían tan ateos como antes. Pero, el astuto Mariscal era un excelente político. Quería utilizar el poder religioso para sus designios de expansión imperialista, reforzar la unidad nacional dentro de casa, ganarse las simpatías del mundo anglo-sajón, tan amante de las libertades, y, sobre todo, influir en todos los pueblos eslavos, balcánicos y del cercano Oriente. En una palabra, aspiraban a plasmar en hechos tangibles los ambiciosos planes de Pedro el Grande. Stalin, el autócrata ruso de los tiempos novísimos, era la encarnación de las mejores tradiciones imperialistas de Rusia. Veamos ahora cómo le ayudaron, más que indirectamente, en estos anhelos los factores eclesiásticos de su país. El Patriarcado de Moscú, en efecto, soñaba con someter a su jurisdicción a las Iglesias autocefálicas de todo el Oriente cercano, suplantando al Patriarca Ecuménico de Constantinopla, y con atraer también hacia su Iglesia eslava a las «ovejas errantes del catolicismo y de las cristiandades protestantes». En este respecto, no pueden ser más significativas las manifestaciones que estamparon en el Boletín Patriarcal moscovita los portavoces de la Jerarquía rusa. «Moscú—escribía el Patriarca Alejo—es hoy esperanza y apoyo para todos los pueblos que aman la paz, el faro para cuantos anhelan la verdadera libertad y la estrella que orienta a toda la humanidad trabajadora...

«Moscú es el centro de la ortodoxia, de la más pura de las ortodoxias. El guarda el justo medio entre el catolicismo ¡despótico! y el protestantismo anárquico» (Charjusov).

«La Iglesia ortodoxa rusa cumple una misión histórica y mundial: la de unir a todo el mundo ortodoxo y a todos los pueblos eslavos bajo la palabra de una Iglesia Nacional Unica». (Marzenko).

«Los confines de la Unión Soviética son demasiado estrechos para el Universalismo ortodoxo» (Kovalevsky). «El trono Patriarcal de Moscú tiene que ser el Ecuménico porque el de Constantinopla, al que siempre se aplicó este glorioso título, está ocupado por un súbdito ¡turco!, ya que el Gobierno de aquella célebre ciudad suele conceder la nacionalidad musulmana al Arzobispo tan pronto como fue elevado a la dignidad patriarcal» (Ykonomov). El Arzobispo Antonio Marzenko, citado antes, escribía: «Moscú es la tercera y última Roma, el símbolo de una idea mundial, la de la unión que debe contrapesar al Papado en sus miras de autocracia religiosa y en sus ¡locos sueños de dominar al mundo...! El Patriarca de Moscú es el

verdadero pastor, el Sumo jerarca a quien Cristo ha confiado, como a Pedro, el rebaño de los corderos y de las ovejas».

Los objetivos, como se ve, no podían ser más amplios. Digamos algo de las realizaciones de los mismos. Al pronunciar un discurso (4-II-1946) con motivo del primer aniversario de la exaltación del Patriarca Alejo, el Metropolita de Krutizky, Nicolás, a quien ya conocemos, señalaba con precisión el programa expansionista en desarrollo y los resultados alcanzados hasta aquel momento. A este propósito declaraba lo siguiente: «Las Iglesias ortodoxo-eslavas no consideran a la nuestra como una hermana mayor tan sólo, porque, en realidad de verdad, tiene al Patriarca de Moscú y de todas las Rusias como jefe indiscutible de todo el mundo ortodoxo-eslavo». En cuanto a los métodos preconizados por aquel alto dignatario de la Iglesia rusa merecen citarse como primordiales los siguientes: a) Convocación al Concilio panortodoxo que se celebraría, claro está, en Moscú; b) Viajes del Patriarca moscovita a todas las naciones en donde predomine la Ortodoxia (parte de la Europa Oriental y báltica, Balcanes y Oriente Medio) y visitas de los Obispos y Metropolitas de todos estos territorios al Jefe de la Iglesia rusa y c) Reuniones y Conferencias frecuentes entre las jerarquías todas del mundo eslavo y las ortodoxas no eslavas, así como vivo intercambio epistolar entre rusos y fieles ortodoxos del mundo balcánico. El Concilio de Moscú (enero-febrero de 1945) fue la primera tentativa de absorción de las Iglesias autocefálicas del mundo ortodoxo por el Patriarcado de Moscú. «Este Concilio—se leía en el Boletín Patriarcal correspondiente al primer trimestre de 1945—rompe el estrecho marco de una asamblea local. Por los miembros que tomaron parte en él se acerca al tipo de los grandes concilios ecuménicos de la Iglesia». El Arcipreste Evgraf Kovalevsky comparaba a esta asamblea conciliar moscovita con el II Concilio de Constantinopla (381). «Así como éste se pronunció contra el arrianismo, que negaba la Divinidad de Cristo y el Misterio de la Trinidad Beatísima, aquélla terminó con el filestismo o nacionalismo que destruye la unidad eclesiástica... De hecho, liquidó el cisma búlgaro, que tenía su base histórica en su carácter rabiosamente nacional».

Vengamos ya a la tarea de captación de las Iglesias autocefálicas que caen dentro del ámbito de la influencia política rusa.

En mayo y junio del mencionado año de 1945 el Patriarca Alejo se trasladaba a Siria, Palestina y Egipto para visitar a los Patriarcas respectivos y para estimularlos a colocarse bajo

la jurisdicción de la tercera y última Roma, de la Santa Ciudad del Moscova. Otro tanto realizaban en otras regiones unos delegados suyos con carácter episcopal. El Arzobispo y Metropolita de Leningrado, Gregorio, presidía una delegación eclesiástica rusa, que con las tropas de ocupación soviética entraba en Bulgaria para recabar su incorporación a la Moscovia religiosa. La misma tarea realizaba en Yugoslavia el Obispo de Kirovgrado, Sergio. A poco era enviado a Rumania con idéntico propósito absorcionista el Obispo de Kischinev (Besarabia). En Austria y Checoslovaquia trabajaba por la incorporación de ortodoxos al Patriarcado ruso el Obispo de Briansk y de Orel, Focio. El Prelado de Krutizky, uno de los más activos en este período agitado de la historia eclesiástica rusa, parlamentaba con los ortodoxos desterrados en París y en la Europa Occidental. Y los agentes del Metropolita de Leningrado preparaban el terreno en Finlandia para la sumisión de los ortodoxos de aquel simpático y culto país al Patriarcado moscovita.

En 1946 se intensificó mucho esta campaña de absorción, y se afianzó notablemente la influencia moscovita en las Iglesias nacionales del Este europeo.

Muerto el Arzobispo de Estonia, Pablo Dimitrievsky (1-II), la eparquía de este Estado báltico era incorporada a la Metrópoli de Leningrado, cuyo titular, Gregorio, administraba ya las sedes de Novgorod, de Pleskau y de Carelia. Por entonces actuaba en Servia el prelado de Kirovgrado, el ya mencionado Sergio, y el Patriarca Alejo se dirigía a Bulgaria. En el mes de junio andaba por Praga el encargado soviético de Negocios Eclesiásticos, Jorge Karpov, destacado comunista, dedicado a la rusificación de Tcheco-Eslovaquia. Una fiesta religiosa consagrada a los santos evangelizadores del mundo eslavo, Cirilo y Metodio, quedó convertida en acción de gracias por la unidad religiosa entre los ortodoxos de Rusia y de Bohemia. En el otoño de 1946, el Metropolita de Leningrado hacía un viaje proselitista por Siria, Palestina y Egipto. También trabajaba para incorporar al Patriarcado de Moscú las Iglesias autónomas de Norteamérica. El año finalizaba con la asistencia de Nicolás de Krutizky al Congreso paneslavo de Belgrado. Ostentaba la representación de la jerarquía y de la Iglesia rusas.

Por su parte, los prelados de las Iglesias hermanas del Oriente Cercano y de los Balcanes realizaban sus visitas de acatamiento y reverencia al Patriarca de Moscú. En junio de 1945, el Exarca de Bulgaria, Esteban, se presentaba en la Tercera y Ultima Roma con aquella finalidad. Al año siguiente hacían otro

tanto una delegación checoslovaca, y el Patriarca de Rumania, Nicodemo, este anciano venerable—tenía 83 años— «deseaba consolidar personalmente las buenas relaciones tradicionales entre las Iglesias de Rusia y Rumania». En el palacio patriarcal moscovita y asistidos por cinco Obispos rusos y dos rumanos, concelebraron aquellos dos Patriarcas. Conviene advertir que en ésta, como en otras solemnidades de algún relieve, tomaban parte también las autoridades soviéticas. En 27 de mayo de 1947, el Patriarca de Moscú, quien se hallaba en Rumania junto a su colega Nicodemo, anunciaba la intención de convocar para el otoño inmediato un gran Concilio panortodoxo, que celebraría sus sesiones, claro está, en la Santa Ciudad del Moscova. «Debemos dar cuerpo—declaraba Alejo—a la imperiosa necesidad de constituir un gran frente ortodoxo... Preciso es que nos demos cuenta de que nuestra Santa Iglesia Ortodoxa es una potencia de primer orden...» Se estudiarían—añadió—los temas siguientes: 1.º Las relaciones entre el Vaticano y las Iglesias ortodoxas durante los últimos treinta años; 2.º La Ortodoxia y el movimiento ecuménico; 3.º Las Ordenaciones anglicanas; 4.º La Ortodoxia y las Iglesias armenio-gregoriana; siro-jacobita; etiópica y siro-caldea y 5.º Varias cuestiones canónicas como el calendario, la recepción del Clero apóstata etc. etc. Se cursaron invitaciones a los cuatro Patriarcas de Oriente y a los de Servia y Rumania; a las Iglesias de Chipre y Grecia; al Exarca de Bulgaria; al Arzobispo de Albania y al Katholikos de Georgia. Hagamos mención de la respuesta que dieron estas Iglesias. La de Bulgaria, sometida ya a la jurisdicción del Patriarca de Moscú desde hacía dos años. aceptó la invitación y se mostró dispuesta a enviar delegados. El Patriarca Servio, que siempre llamó *Hermana*—y no madre— a la Iglesia de la Gran Eslavia del Este y que se negó en los comienzos a toda unión de su Iglesia a la de Rusia, terminó por rechazar, después de muchos titubeos, la invitación moscovita alegando que se hallaba muy enfermo y que por ello no tomaba decisión alguna al respecto. Dejaron de contestar, sin duda por la presión que sobre ellas ejercía el Patriarcado Ecuménico, las Iglesias de Tcheco-Eslovaquia y de Hungría. Ofrecieron positiva resistencia la Ortodoxia polaca y la Iglesia de Finlandia. El Patriarca de Rumania, Nicodemo, ofreció enviar representantes; pero a la vez formuló serios reparos contra ciertas medidas del Gobierno Soviético relativas a la destitución de los Obispos rumanos que eran hostiles al influjo ruso en la Iglesia del País. Albania, cuya sumisión había sido incondicional, aceptó gustosa el llamamiento moscovita.

Pero lo que verdaderamente cuenta en el mundo ortodoxo es la actitud de los grandes e históricos Patriarcados y, sobre todo, la del Arzobispo de Constantinopla, llamado de siglos atrás el Sumo Jerarca Ecuménico.

Por haber estudiado en Kiev, poseer el idioma ruso, ser amigo personal del Patriarca Alejo, que lo había consagrado en la propia Rusia, y simpatizar, además, con el Mariscal Stalin, a quien enviara regalos en 1.943, el Jefe de la Iglesia antioquena, Patriarca Alejandro III, dio señales de gran condescendencia hacia los anhelos anexionistas de Rusia y aceptó la invitación al Concilio. El Patriarca de Jerusalén, Timoteo, por lo demás muy afecto, a todo lo eslavo, no se atrevió a tomar decisión alguna en el asunto conciliar y optó por no contestar a la Curia moscovita. También se mantuvo en una prudente reserva el de Alejandría. Según declaraba en una nota, Moscú no ofrecía para las Iglesias Orientales las necesarias garantías de independencia y seguridad canónicas para la celebración de un Gran Concilio panortodoxo. Y eso que el Jerarca sumo de la Iglesia Alejandrina sentía admiración por Stalin, «uno de los hombres más grandes de nuestros tiempos», según él.

En cambio, el Patriarca Ecuménico y Arzobispo de Constantinopla, Máximo V, asestó el golpe mortal al Concilio panortodoxo que los moscovitas proyectaban. En una larga carta al Patriarca de Moscú, redactada por un delegado suyo, llamado Doroteo, se hacía constar que la «Convocación de un Concilio panortodoxo era de la exclusiva competencia del Patriarca de Constantinopla; que el Supremo Jefe de la Ortodoxia había pensado muchas veces en ella y que sólo la Guerra y otras circunstancias adversas de ella derivadas habían impedido la realización de su idea. La misiva terminaba con una patética amonestación al jefe de la Iglesia rusa por haberse arrogado facultades que no le pertenecían. Ante la firme actitud del Fanar o Curia Ecuménica, el Patriarca Alejo desistió de la proyectada reunión conciliar. La gran asamblea panortodoxa de Moscú (1.947) fracasó. Así tenía que ocurrir porque no pudo ser más clara la *ambición anexionista de Rusia.*

El Prelado Nicolás de Krutzky, portavoz autorizado del Jefe de la Iglesia eslava, daba a conocer al mundo ortodoxo mediante unas declaraciones de la Agencia Tass que el Concilio era aplazado para el mes de julio del año siguiente (1948), fecha en que se celebrarían en Moscú solemnidades para conmemorar el quinto centenario de la autocefalía de la Iglesia rusa. Al llamar nuevamente a Concilio no se cometió la inconcebible torpeza de seña-

lar como uno de sus primordiales motivos la conmemoración-bien poco canónica en verdad- del ¡30 aniversario! del *establecimiento del régimen comunista en Rusia*. Ahora se aludía directamente a la necesidad de rememorar un acontecimiento histórico-eclesiástico de volumen considerable: La *autocefalía* de la Iglesia rusa obtenida hacía 5 siglos. A las fiestas jubilares seguirían unas conferencias sinodales en las que se discutirían ¡en pie de igualdad! ciertos problemas que interesaban a todas las Iglesias hermanas. Es por esto por lo que el Patriarca Ecuménico no tuvo ya inconveniente en mandar un delegado a Moscú: el Arzobispo Germanos de Tyatira, Exarca suyo en Londres. Aún así—conviene no olvidarlo—no asistió más que a las festividades litúrgicas. Otro tanto hicieron los delegados de la Europa Occidental y de América, el representante de Grecia y el Metropolita Crisóstomo, de Filipos y Neápolis. El Patriarca de Antioquía, que pareció dispuesto a personarse en Moscú, tomó, al fin, la resolución de obrar de acuerdo completo con los demás Patriarcas del Oriente cercano; pero acabó por enviar un representante. El Patriarca de Alejandría mandó un delegado que le representaría en las fiestas y aun en las sesiones del Sínodo, pero sin firmar las resoluciones que se adoptaran. Acudieron en persona los Jefes de las Iglesias de Georgia, Bulgaria, Yugoeslavia y Rumania. Polonia, Albania y Tcheco-eslovaquia destacaron a sus respectivos delegados. El Arzobispo anglicano de Canterbury remitía un mensaje de simpatía al Patriarca de Moscú. Advertimos—y el detalle merece registrarse—que representantes del Kremlin habían saludado en nombre del Gobierno a los ilustres delegados de las Iglesias autocefálicas y que la prensa moscovita les había dado la bienvenida y se hacía eco del magno acontecimiento. Por su parte, aquellos eximios jerarcas se mostraron agradecidos porque, al comenzar sus trabajos, rezaban esta plegaria: Por nuestro *piadoso*, poderoso y augusto Caudillo, José Stalin, por su familia, su casa y sus Ejércitos. Concédele, Señor, un reinado pacífico a fin de que podamos disfrutar en paz y piedad de una vida apacible y tranquila».

Después de haber celebrado con todo esplendor las solemnidades litúrgicas, aquellos «Padres» se reunían en concilio para abordar temas de interés común. Cubierto de seda y oro, el Patriarca Alejo presidía las sesiones. No cabía de satisfacción en la Silla patriarcal. Veía cumplido el sueño que desde siglos venían acariciando todos los jerarcas Supremos de la Santa Rusia: hacer de Moscú la «tercera y última» Roma, que agrupara en torno suyo a todas las Iglesias Ortodoxas de Oriente y de los Balcanes.

Stalin aparecía a los ojos de todos como el promotor de esta *nueva era de* florecimiento religioso en el mundo eslavo. Por eso era mencionado en la Liturgia (Santa Misa), saludado como paladín de la verdadera Ortodoxia y aclamado como restaurador de la Iglesia, a la que había devuelto su esplendor, a la que había purificado de adherencias políticas y a la que había librado de ligaduras terrenales.

La Asamblea llegó a las siguientes conclusiones: a). Relaciones de la Ortodoxia con el Vaticano durante los últimos 30 años.

«Los Papas son responsables ante el mundo y ante el Cristianismo de haber convertido en *misión profana* la santa y evangélica tarea de la Iglesia. Como sucesores y herederos del Imperio Romano, los papas utilizaron su dignidad episcopal como instrumento de poder y soberanía seculares y han hecho de su Iglesia una institución casi política sometida a ellos cual si fueran *monarcas absolutos*. Para extender su despótica autoridad sobre todo el mundo cristiano —cosa que ambicionan con toda su alma— los obispos de Roma se arrogaron títulos, privilegios y facultades que no tienen justificación en las Sagradas Escrituras o en los cánones de los Concilios Ecuménicos. Buscando, ante todo, el poder temporal, descuidaron los intereses religioso-morales de la Iglesia y expusieron a ésta a la crítica laica y al desprecio de los políticos. Los Papas hacían la guerra, combatían a la Ciencia, despreciaban el interés social, cometían abusos innumerables y se servían de su autoridad para fines políticos. Es caso típico el comportamiento del actual Arzobispo de Milán, quien con la aprobación de Pío XII negó la Comunión eucarística a cuantos votaron por aquellos políticos que no agradaban a la Curia romana. Los Obispos de Roma son los causantes de las disensiones y cismas en el seno de la Iglesia de Dios porque, obsesionados con la ambición césaro-papista, se han desviado de su sagrada misión, de la verdadera fe y de las santas tradiciones de la Iglesia Universal, Una, Santa, Católica y Apostólica. Despreciando el Símbolo de la Fe que compusieron los Santos Padres y los Concilios Ecuménicos, han introducido cambios en el sagrado depósito de los dogmas. Ello fue y es debido a su audacia sin precedentes, en cuya virtud se parangonan con la Divinidad, y a su incalificable petulancia y obcecación, que les hacen creerse superiores a todo poder en la Iglesia y en el mundo civil. Las cosas han llegado hasta el extremo absurdo de atribuírse últimamente una *primacía* universal y absoluta y, lo que es más, un don que es privativo de Dios: la *infalibilidad*. Además de ésta, merecen

citarse otras desviaciones dogmáticas ya viejas: la Procesión del Espíritu Santo también del Hijo (Filioque); el Purgatorio; la Inmaculada Concepción y la doctrina de que fuera de la Iglesia papal no puede haber salvación. A estos errores en la fe se unieron múltiples costumbres que no tienen justificación posible. Tales son las indulgencias; el celibato clerical obligatorio; el empleo del *pan azimo* para *consagrar*; la Comunión bajo una sola especie; la Confirmación de los niños —administrada tan sólo por los Obispos—en tiempo muy alejado del bautismo de los mismos; introducción de las estatuas y de la música instrumental en los templos etc. etc. Además, estos mismos Pontífices, que tanto se han distanciado de las doctrinas y prácticas tradicionales, aspiran —y para ello emplean todos los medios imaginables— a someter a su yugo a todas las demás Iglesias Cristianas y en especial a la Ortodoxa. En los últimos 30 años se ha intensificado entre los fieles ortodoxos esta inicua campaña proselitista. Se sirven para llevarla a cabo de encíclicas, de representaciones diplomáticas, de actividades caritativas, de escuelas, de congresos, de periódicos, de misioneros y de los llamados UNIATOS.

«A semejante propaganda, que entraña un verdadero peligro y una ofensa para nosotros los ortodoxos, la Iglesia rusa ha de oponer una tenaz resistencia. Y lo primero que deberá hacer será presentar ante los ojos de los propios católicos los errores dogmáticos del Vaticano y, luego, defender con denuedo a la Ortodoxia, verdadera encarnación del Cristianismo primitivo. El programa abarcará las tareas siguientes: 1.ª Desenmascarar entre nuestros amados fieles por medio de periódicos, discursos y alocuciones radiadas la perfidia romana; 2.ª Constituir entre ortodoxos de las distintas Iglesias autocefálicas uniones fecundas de colaboración antipapal; 3.ª Crear un centro de información y un Comité que se encargue de hacer efectivas todas las resoluciones que surjan de esa unión; 4.ª Celebrar periódicamente congresos eclesiástico-teológicos de índole ortodoxa y de tendencia anticatólica; 5.ª Difundir en todos los territorios de religión ortodoxa, especialmente amenazados por la propaganda vaticanista, monografías, opúsculos, revistas y artículos utilizando varios idiomas; 6.ª Organizar ciclos de lecciones públicas y de conferencias y también bibliotecas bien provistas de libros netamente ortodoxos; 7.ª Fundar una gran revista —órgano único para todas las Iglesias autocefálicas— la cual se consagraría exclusivamente a la defensa de la Ortodoxia y a la refutación de todas las afirmaciones de la tendenciosa propaganda del Va-

ticano y 8.ª Insistir mucho en los daños que al Cristianismo, en general, y a la Ortodoxia, en particular, ha causado la Iglesia romano-católica y poner de manifiesto, al propio tiempo, los altos merecimientos de la Iglesia rusa, muy superior en todo a las demás Confesiones cristianas por su Liturgia, por su doctrina y por su disciplina canónica.

«Para terminar, tenemos que aludir —escribían aquellos ¡Padres!— a que, aún en nuestros mismos días, sigue siendo perniciosa la actividad del Vaticano, porque es el centro de las intrigas internacionales dirigidas contra los verdaderos intereses de todos los pueblos, y singularmente de los eslavos, y el hogar en que se mantiene vivo el fascismo maldito. La Curia romana ha instigado las dos Grandes Guerras imperialistas y en la actualidad dedica sus mejores afanes a la preparación de un nuevo conflicto bélico mundial y al mayor encarnizamiento en la lucha política contra las Democracias populares.

«Especialmente funesto —porque es la personificación de esas actividades agresivas— es el actual Pontífice Pío XII. El es el alma de las guerras fratricidas, el promotor de las contiendas antidemocráticas y el inspirador de los anhelos imperialistas de los nuevos *incendiarios de guerra.*

«Nos dirigimos a vosotros ¡oh creyentes del mundo católico! para deciros: Advertid el abismo a donde os conduce el Papado contemporáneo. La política del Vaticano —no lo olvidéis— es anticristiana, antidemocrática y antinacional».

«¡Señor! —terminaban aquellos Padres— Iluminad al Papa de Roma, que se ha extraviado en materia de fe, que se ha entregado a la ambición del poder terrenal y que, en su orgullo insensato, se ha equiparado en sabiduría e inerrancia a Dios mismo, único Ser infalible y soberano. ¡Señor! Auxiliad con vuestra gracia a la Jerarquía Católica y hacedle ver, sobre todo, el abismo en que ella ha hecho caer a la Iglesia de Occidente».

Todavía fue más áspero el tono del Patriarca Alejo, quien en sus discursos sinodales se dejó arrastrar hacia la afirmación *monstruosa y grotesca* de que el Papado actual está preparando el terreno para el imperio de la inmoralidad y ayudando a la expansión del ateísmo en el mundo.

b).—*La Iglesia Ortodoxa y el Movimiento Ecuménico*

Son bien conocidas las actividades del Gran «Congreso Ecuménico», reunido no ha mucho en Ginebra. A él afluyeron todas las corrientes unionistas de un movimiento organizado por los protestantes. La Asamblea conciliar de Moscú definió su actitud

en la materia con las siguientes conclusiones: 1.ª—La Iglesia Ortodoxa ve con simpatía el *Movimiento Ecuménico* porque la *unificación de las Iglesias* forma parte de sus grandes anhelos universalistas; pero no ve en él la genuina espiritualidad que debe imperar en una actividad de este género, esencialmente evangélica y misionera. 2.ª—El «Congreso ecuménico de las Iglesias cristianas» reduce sus actividades a organizarse en una entidad más o menos *estatal,* encaminada a crear, a ejemplo de la Curia romana, un superestado con el fin de dominar a todas las cristiandades que ingresaran en el Movimiento. La nueva organización *unionista* no es más que un campo experimental para la realización de tendencias políticas animadas por el espíritu imperialista del mundo anglosajón, donde nació y creció el tal Movimiento. 3.ª—El programa del próximo *Congreso* mundial de las Iglesias Cristianas convocado para Amsterdam (meses de agosto y septiembre de este mismo año de 1948), en el cual ocupa lugar destacado el problema de la Iglesia Mundial y del «*Orden Mundial*», —problema especificamente político— demuestra con toda claridad la desviación de esas actividades llamadas *ecuménicas* hacia la solución de tareas de carácter mundial y no *unionista.* 4.ª En estas condiciones la Iglesia Ortodoxa se considera obligada a mantenerse en una actitud expectante porque no puede colaborar en empresas extrañas totalmente a los principios del Santo Evangelio y 5.ª La Iglesia Ortodoxa exige para su colaboración que el protestantismo manifieste su presteza en reconocer las enseñanzas de la Iglesia correspondientes al periodo áureo de los Siete Concilios Ecuménicos, cuando no estaba dividida, sino que era, Una, Santa, Sobornaja (ecuménica) y Apostólica.

c). *La Jerarquía Anglicana*

Los Padres del Concilio panortodoxo de Moscú estiman: 1.º que la Teología anglicana se aparta mucho de la ortodoxa; en su virtud la Iglesia Ortodoxa no tendrá por válida a la Jerarquía anglicana. Antes tendría que aceptar la doctrina tradicional, especialmente en lo que afecta a los Sacramentos. 2.º —Es posible la unión de ambas Iglesias (rusa y anglicana); también lo es el reconocimiento de las ordenaciones anglicanas; mas para una y otra cosa se precisa una decisión colectiva de toda la Santa Iglesia Ortodoxa.

d). *El Calendario eclesiástico*

En esta materia lo esencial es fijar el día de la Pascua. El

Concilio adoptó la tabla Pascual de Alejandría y estimó que la observancia de la misma es obligatoria para todo el mundo ortodoxo. Así se evitarán los tan perturbadores nacionalismos. Se otorga libertad plena para la fecha de otras fiestas; pero se recomienda a todos, clérigos y laicos, que se acomoden al calendario de la Iglesia local en la que ellos residan.

Casi todos los representantes —comúnmente se exceptúan los de Alejandría y Yugoeslavia —firmaron unas actas que tenían poco que ver con el estricto orden canónico. En realidad, fue aquella una asamblea política, cuyo éxito para el Jefe Supremo de la Iglesia eslava y para los Soviets mismos es indudable. Alguien la ha calificado de Kominform eclesiástico. Y con razón. El Jefe, en efecto, Patriarca Alejo, lo era también de una Iglesia que estaba sometida por completo al Régimen Comunista. Todos los moscovitas podían sonreír satisfechos porque la histórica Ciudad del Moscova era ya capital de todo el mundo ortodoxo, el cual se había sometido a la Dictadura roja del Kremlin y a la jurisdicción espiritual del ínclito Patriarca de la Iglesia eslava. Mayor que nunca era la unidad de ésta, porque hasta habían desaparecido en la práctica los «Viejos Creyentes» o Cismáticos en relación con la Religión nacional. También era más fuerte que nunca el influjo de la Rusia religiosa sobre las Iglesias autocefálicas *hermanas*.

En el discurso de clausura el Patriarca Alejo declaraba que eran puros embustes las noticias que sobre su voluntad de dominar a otras pequeñas Iglesias circulaban en el Extranjero. Pero los hechos contradicen a estas afirmaciones del Jefe de la Iglesia eslava. ¡Hasta pretende uncir a su carro a la propia Iglesia Latina! Ya en 1.946 el Boletín del Patriarcado celebraba con júbilo que, después de un silencio milenario, la voz de Occidente resonara otra vez en el Coro de la Liturgia ortodoxa. Se refería a los grupos ortodoxos de Rito latino. Es uno de ellos el de París, al que se admitió en el Seno de la Ortodoxia eslava en 1.937, conservándole sus ritos y tradiciones. Cuenta con un «convento benedictino ortodoxo» de Rito latino. En él había consagrado (agosto de 1.945) Nicolás de Krutitzky a un presbítero y a un diácono. Se hace otro tanto en la Alemania Oriental ocupada por los rusos. En presencia de estos hechos, que, según el Boletín mencionado, abren a la actividad ortodoxo-eslava en Occidente ilimitadas posibilidades, nada tiene de extraño que los popes rusos hablen de que no está lejana la hora en que *del Oriente ortodoxo surja la Luz que ilumine y salve al impío Occidente*. No es raro encontrar en el Boletín patriarcal este pen-

samiento: «El fenómeno más transcendental que en la actualidad llena la vida entera del mundo occidental es la progresiva desaparición de las tinieblas del Catolicismo —Religión demasiado terrena y política— a causa de un resplandor nuevo que parte del Oriente eslavo».

Y nosotros, los occidentales, sin enterarnos de la aparición de esa nueva estrella redentora. Nosotros no hemos notado más luz que la *roja,* que lanza el Kremlin, faro de ateísmo y foco de perturbación.

CAPITULO XXXIII

LA NUEVA POLITICA RELIGIOSA DE LA U. R. S. S.

Mejora progresiva de las relaciones entre la Iglesia eslava y el Estado Soviético, a partir de 1939.—Hechos que la demuestran.—Subsistencia en vigor, a pesar de todo, de la legislación atea *y de las antiguas restricciones* a la libertad de enseñanza *y de propaganda religiosas.—Insuficiencia de la* única autorización *existente*: *la* mera libertad *para realizar* actos de culto.—*La instrucción de la juventud y las labores sociales, materias prohibidas a la Iglesia.—Explicación del cambio*, circunstancial *tan sólo y meramente* táctico.—*Esclavitud de la Iglesia, intervenida hasta en los más insignificantes detalles.—La raquítica libertad otorgada, premio a los servicios patrióticos de la Iglesia durante la Guerra y la inmediata Postguerra.—Los altos jerarcas de la Iglesia eslava, agentes del imperialismo soviético.—Sumisión de las Iglesias nacionales de los países satélites y ocupados al Patriarcado moscovita.—Certero juicio de Mad. Eva Curie acerca de la llamada* Nueva Política Religiosa *de la U. R. S. S.*

Según hemos indicado ya en capítulos anteriores, se inició en la URSS (1943) un cambio profundo en una importante materia: las relaciones entre el Estado Soviético y la que fue Iglesia Nacional de Rusia. La cosa no puede ser más extraña, porque el mundo entero contempló con indignación y espanto la sañuda y cruel persecución que el bolchevismo desencadenó contra la Ortodoxia bizantino-eslava, residuo, según él, del capitalismo agonizante. Los amos del Kremlin la condenaron a desaparición total por considerarla como el último baluarte de la reacción conservadora. Por eso la privaron de la base material de su existencia y por eso la atacaron en sus órganos vitales: la jerarquía y la organización. «Aun no habiéndolo prohibido en absoluto, los bolcheviques redujeron el culto a unos límites inconcebibles en un país tan profundamente religioso como Ru-

sia. Los 40407 templos que había en 1917 quedaron reducidos a 4.225 en 1941. La clausura de los seminarios eparquiales y la persecución de que se hizo objeto a los clérigos en Rusia entera, dieron por resultado la disminución en proporciones espantosas de los ministros del Señor. Si hemos de creer a los datos estadísticos facilitados por los soviets mismos en 1941, quedaban todavía en Rusia 28 Obispos y 5665 sacerdotes. ¡Antes de la Revolución había 130 de los primeros y 50960 de los segundos!» (De Vries, S. J., en «Il Cristianesimo nell'Unione Sovietica».

Mas, a partir de 1939, mejoraron algo las cosas; al empezar este año cesaron repentinamente aquellas violencias que durante los dos anteriores habían sufrido los altos dignatarios de la Iglesia ortodoxa. Los amos del Kremlin dieron esta contraorden: «Desístase del intento de suprimir la religión por la violencia y redúzcase a términos más moderados la rabiosa propaganda del ateísmo».

El Gobierno, por su parte, suprimía de un plumazo la Asociación de los Sin Dios, y negó el suministro de papel al órgano de batalla de aquel inicuo organismo: El Bezbozhnik, el Ateo. La publicación dejaba de existir en 1942. A partir de esta fecha, se dibujaba con mayor claridad la nueva política de los soviets en materia religiosa. El día 2 de mayo de ese mismo año el Arzobispo Sergio, lugarteniente del trono Patriarcal, asumía el título de Metropolita de Moscú y de todas las Rusias. El hecho no tenía otra explicación que la considerable mejora de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El 4 de septiembre de 1943 ocurría ya algo extraordinario. El mencionado Metropolita y sus más inmediatos colaboradores eran recibidos en audiencia solemne por el Mariscal Stalin. Todo el mundo creyó en la reconciliación entre el bolchevismo y la Ortodoxia eslava. Al propio tiempo se anunciaba al pueblo la restauración del Patriarcado moscovita. «El partido comunista—decía el camarada Stalin—no puede privar por más tiempo al pueblo ruso de su Iglesia ortodoxa y de la libertad de conciencia». Y así a los pocos días, exactamente el día 8 inmediato, el jerarca Sergio, hasta entonces lugarteniente de la suprema magistratura en la Iglesia bizantino-eslava, era elegido Patriarca por un Sínodo de 17 Obispos. Además, se hizo posible la constitución de un Sínodo integrado por 6 miembros para el gobierno regular de la Santa Iglesia ortodoxa. ¡Hasta se nombrarían Obispos para las sedes vacantes y se procedería a la reorganización general de la Iglesia!.

Según los datos suministrados en París por el Metropolita

Nicolás de Krutitsy (septiembre de 1945), existían ya en este año 89 diócesis y un centenar de Obispos. Jorge Karpow, presidente del Soviet para los Negocios de la Iglesia ortodoxa, anunciaba en Praga (junio de 1946) que ascendía a 65 el número de Diócesis en Rusia. El Obispo de Orel, Focio, que en octubre de ese mismo año se hallaba en París, aludió en unas declaraciones a la prensa a las 90 eparquías ortodoxas de la Rusia europea. Otras informaciones de aquel entonces aseguraban que el Concilio de enero-febrero de 1945 proyectó la división del territorio soviético en 89 diócesis, de las que tan sólo 72 tenían Obispo residencial.

A raíz de la muerte del Patriarca Sergio (mayo de 1944), un Concilio nacional pudo elegir (febrero del año siguiente) un nuevo Patriarca en la persona del Metropolita de Leningrado, Alejo. El Gobierno soviético había dado toda clase de facilidades para la celebración de la Asamblea episcopal, la cual elaboró un Estatuto para la Iglesia Patriarcal, cuya organización quedaba casi completamente restablecida. Las benevolencias bolcheviques llegaron hasta el extremo de otorgar a la Iglesia ¡ayuda material! El Patriarcado moscovita, alojado hasta entonces en una mísera choza, recibía para su instalación decorosa un espacioso inmueble, propiedad que fue de la Embajada alemana. Y fueron puestos a disposición del Patriarca numerosos conventos y templos y hasta una tipografía. A la vez eran reducidos considerablemente los impuestos que venían gravitando sobre la raquítica economía de las asociaciones religiosas. El Concilio de 1945 brindó al Gobierno una ocasión propicia para sentirse generoso suministrando medios de transporte, alojamiento, víveres y vestuario para los asistentes al mismo. Hasta aviones tuvieron a su disposición los Obispos rusos que residían en el extranjero. Asímismo, el Gobierno moscovita creaba numerosas becas para ser disfrutadas en el Instituto Teológico de Moscú. «Según los datos que facilitó recientemente el Metropolita de París, Serafín —que estuvo en Moscú a principios del año 1947—, el número de Iglesias abiertas al culto en la capital soviética subió de 15 que eran en 1939, a 35 en 1947. El señor Karpow cifraba en 25000 las que estaban abiertas al culto por esas mismas fechas en todo el territorio nacional. Y, según aseveraciones de ese mismo funcionario estatal, en el bienio 1944-46, fueron reabiertas en toda Rusia 837 iglesias» (Yrenikon, 1946, p. 351). Por cierto, que figuraban entre ellas algunas catedrales: la de la Asunción de María, en el Kremlin mismo, la cual pudo ser reconciliada por el Patriarca en la Fiesta de Pentecostés de

1946, y la de la Trinidad de Pleskau, venerable monumento del siglo XII, que también bendijo el Patriarca en julio de ese mismo año. Sin miedo a represalias y a persecuciones podían los ortodoxos de Rusia visitar sus iglesias. Según un informe del Arzobispo Germanos, exarca del Patriarca Ecuménico para la Europa Central y Occidental—el cual estuvo en el Concilio de 1945—, hasta los propios comunistas asistían a las funciones religiosas. El ya mencionado Obispo de Orel, Focio, anunció en París que había visto en los templos rusos a ¡jóvenes comunistas!

La libertad de cultos era una realidad consoladora. Y al amparo de la misma se hizo posible la formación de ministros para el culto. El 8 de septiembre de 1944 se inauguró en Moscú un Instituto Teológico, que se instalaba en el nuevo «Monasterio de las Vírgenes». Además de esto —si hemos de prestar crédito al jerarca de Krutitsy—, funcionaban ya diez escuelas teológicas en los más importantes centros urbanos del país. Era reabierta la famosa Academia eclesiástica de Leningrado. No tiene, pues, nada de particular que aumentase de modo considerable el número de sacerdotes. A juzgar por la información que en julio de 1946 facilitó el señor Karpow, existían por entonces en Rusia 25.000 párrocos y más de 30.000 popes no investidos con la dignidad y cargo parroquiales.

Como era natural, comenzó a florecer el monacato; renacía la vida religiosa en los famosos conventos de las «Catacumbas de Kiev» y de la «Santísima Trinidad», cerca de Moscú. En total, debieron abrir nuevamente sus puertas unos 89 monasterios.

Ante estos hechos, que parecen innegables, cabe formular la siguiente pregunta:

¿Es acaso que ha cambiado radicalmente la politica religiosa de los soviets? ¿Goza, al fin, la Iglesia rusa de una libertad plena? No se puede creer en un cambio radical. Ni los más ingenuos podrán caer en la bobalicona candidez de admitir que de la noche a la mañana se han convertido en personas decentes y piadosas los despóticos y ateos bolcheviques.

¿Es quizá que los amos del Kremlin se han percatado de que la religión, aun siendo incompatible con el materialismo radical del partido comunista, debe ser respetada como fuente de energía moral incalculable para la grandeza del pueblo ruso? De ser así, el Gobierno moscovita debería mostrar comprensión para el valor íntimo de esta fuerza moral y permitir a la Iglesia que desarrolle sin obstáculo sus actividades ministeriales (predicación del Evangelio y educación cristiana de la juventud).

Por desgracia, no ocurre nada de esto. Los jóvenes de la U.R.S.S. continúan siendo formados en el espíritu del ateísmo más descarado y del materialismo más cínico. Tenemos a la vista libros escolares relativos a la Historia, materia tan importante y adecuada para dar a conocer la concepción ideológica del mundo. Fueron publicados en Moscú por cuenta del Estado durante los años 1944 y 45 para ser utilizados y distribuídos por el Comisariado de Instrucción Pública y Pedagogía Nacional. Pues bien, ya estaba en marcha por entonces la nueva política religiosa, y los libros, que eran divulgados por decenas de millones, continuaban ensalzando e inculcando el más crudo materialismo y el más descarado ateísmo. Lanzan contra la religión el estigma infamante de ignorancia supersticiosa, que no sirve más que para entontecer a las masas y sumirlas en la esclavitud. Todavía sigue desterrada de las escuelas la enseñanza de la religión y aún continúa vigente el párrafo 122 del Código penal, que sanciona con la pena de un año de trabajos forzados al que dé enseñanza religiosa a los jóvenes menores de 18 años». (Ibidem).

Según la Revista «Yrenikon» (1946 p. 78) está al presente permitida la enseñanza religiosa a los jóvenes mayores de 18 años. No tenemos confirmación de esta noticia. Mas, aun siendo ello cierto, ¿significa algo esta concesión? ¿Qué enseñanza religiosa han de querer aquéllos jóvenes a los que hasta sus 18 años cumplidos se fue arrancando la fe y en los que se fue inculcando la mentira y el odio anticristiano? ¿Los que ya son ateos van a pedir instrucción religiosa? Por lo demás, conviene advertir que la enseñanza religiosa, dada a tenor de la facultad que otorga el artículo 18 de la ley de 8 de abril de 1929, resulta insuficiente por completo. A la pregunta de un diplomático americano, que en la primavera de 1945 interrogaba así al Patriarca Alejo: «¿De qué libertad religiosa gozan ustedes ahora?», contestó el jefe supremo de la Iglesia rusa: «Pues ésta: actualmente ya no somos sancionados con encarcelamiento como antes cuando, habiendo recibido invitación para ello, adoctrinábamos religiosamente a los niños, dentro del ámbito de la casa paternal». Ese mismo diplomático formuló esta otra pregunta: ¿Existen en Rusia las que en América llamamos «escuelas dominicales» para enseñanza de la Religión? No, contestó el Patriarca de Moscú: Pues entonces —terminó el americano— no digan ustedes que tienen libertad religiosa». El alto dignatario no contestó. No había réplica posible. Otro tanto preguntaba (11-IX-1943) al señor Karpow un representante del «New York Times». El Jefe

del Soviet para los Asuntos Eclesiásticos en Rusia contestaba así: «Hasta el presente no hemos tomado en consideración semejante problema».

Las limitaciones en materia de enseñanza religiosa son tan sólo una parte, de gran importancia en verdad, de la tiranía integral que en la U. R. S. S. se ejerce contra la Iglesia, la cual no tiene libertad más que para llevar a cabo los actos de culto. La vieja legislación soviética, en cuya virtud estaban prohibidas a la Iglesia Ortodoxa la propaganda, las actividades asistenciales y pedagógicas (ley de «Asociaciones Religiosas» de 1929, Decretos de 1918 e Instrucción de 1939), continúa en vigor y se aplica con escrupulosa severidad. El tantas veces citado señor Karpow, autoridad máxima en este asunto por razón de su elevado cargo, lo declaraba paladinamente en el Concilio de Moscú (febrero de 1945). «Por lo que hace a la Constitución staliniana de 1936, tengo que declarar lo siguiente: Los preceptos constitucionales —y concretamente el artículo 124— sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado tienen para nosotros —y tendrán también en lo futuro— el valor de principios intangibles». Pues bien; ese precepto constitucional se refiere tan sólo *a la libertad de hacer propaganda Antirreligiosa.* No tenemos noticia de que haya sido derogada la ley de 8 de abril de 1929 relativa a las «Asociaciones religiosas». Los prelados rusos que tanto exaltaron en el extranjero la nueva libertad de la Iglesia en su país, no acertaron a concretar. No señalaron ni centros religiosos para jóvenes, ni bibliotecas eclesiásticas, ni salas de lectura confesionales, ni asilos para ancianos, ni otras instituciones similares de carácter eclesiástico.

Parece, pues, que la situación actual se diferencia muy poco de la que imperara en los primeros tiempos revolucionarios y que la actividad de la Iglesia está circunscrita al mero ejercicio litúrgico dentro de los templos. Pese a las informaciones de unos prelados que actuarían bajo la presión del Gobierno soviético, hay que afirmar resueltamente que en Rusia, donde se hallan vigentes los preceptos legales que la niegan y restringen, no hay libertad religiosa. El silencio del Patriarca ante la conclusión del diplomático americano es harto elocuente.

No pensaban así los jerarcas eslavos independientes de Moscú. Los 16 prelados y los representantes de otros diez reunidos en un Concilio habido en Mónaco (del 26 de abril al 9 de mayo de 1946) hacían esta importante declaración: «Sabemos que el Gobierno soviético se ha visto obligado a restituir después de la guerra a la Santa Iglesia Ortodoxa algunos de los derechos

que venían siéndole sistemáticamente negados... Tenemos que decir que la *libertad otorgada a la Iglesia es extraordinariamente reducida y más aparente que real.* Si el régimen comunista de Rusia quiere dar pruebas de su estima de la Iglesia y sus ministros y crear condiciones normales para su labor evangélica, tiene en sus manos el hacerlo. No tiene que hacer más que otorgarles libertad plena para organizarse y cumplir su excelsa misión. Tendría que comenzar por abrir las cárceles, suprimir los campos de concentración, liberar a los obispos y a los sacerdotes —verdaderos mártires de la fe ortodoxa— que todavía sufren penalidades y cautiverio, y otorgar facilidades al Clero para la divulgación de la palabra de Dios hablada o escrita».

Y el profesor del Instituto teológico ruso de París, señor Tender, emigrado, escribía lo siguiente en el «Mensajero de la vida eclesiástica», revista de los exilados rusos (julio de 1945): «La Iglesia es útil para el Estado; por eso se la tolera y hasta se la protege. Existe, según se nos dice, *libertad de cultos,* que no significa *libertad de enseñanza o de prensa.* No entendemos por predicación la sola y breve alocución o palabra edificante dichas durante el servicio divino —cosa que ciertamente se permite— sino la totalidad del trabajo eclesiástico que tiene por objeto la santificación y la transformación de toda una vida. Cuando hablamos de enseñanza, no pensamos en la formación técnica de los seminaristas teólogos porque entendemos por enseñanza religiosa la *influencia de la Iglesia sobre la juventud en la escuela* y fuera de ella. Esta influencia es contraria a la Constitución de la U. R. S. S., que establece la separación completa entre la Iglesia y el Estado y entre aquélla y la Enseñanza y que prohíbe el influjo eclesiástico sobre los establecimientos y organizaciones juveniles. Se permite en Rusia la piedad eclesiástica privada, pero no la *cultura ortodoxa.* Cuando se posee únicamente la libertad de cultos, mejor, de ritos, la Liturgia, no desarrollada bajo la forma de catequesis y explicaciones doctrinales, puede fácilmente degenerar en objeto arqueológico. Sólo para muy pocos resultará inteligible y viva mientras que para las masas, ateizadas ya, no tendrá más valor que el de una droga que idiotiza al pueblo».

Al culto profesor de Historia Eclesiástica a quien acabamos de citar, le sobra razón para considerar como insuficiente a la *mera libertad de realizar actos de culto.* Semejante libertad, *sin la de propaganda,* sirve para muy poco en orden a la misión evangélica de enseñar y predicar.

Los extranjeros que visitaron recientemente la Rusia soviética echaron de menos la plena libertad religiosa. El Secretario de la Asociación juvenil cristiana de estudiantes ingleses, Mr. Jones, que estuvo en la U. R. S. S. a principios de 1946, afirmó «que la Iglesia eslava, si bien podía celebrar actos de culto, no estaba autorizada para hacer propaganda. Los ortodoxos no pueden tener reuniones fuera de los templos y no conocen las asociaciones juveniles. Es nula la influencia de la Iglesia sobre la juventud. Tampoco se le permite actuar en el terreno social. Los jóvenes son hoy completamente ateos. En los templos no se ven jóvenes ni soldados. Los que los frecuentan son en su mayoría personas granadas (entre los 40 y 60 años), por lo general, del sexo femenino» (Humanitas, mayo de 1946).

* * *

Según se ve, no hay motivos para suponer cambios radicales en la actitud del Gobierno ateo hacia la Iglesia. ¿Cómo se explica, pues, la llamada *nueva política religiosa de la U. R. S. S.?*

Para alcanzar sus fines de absolutismo integral el Estado soviético, totalitario y policiaco, tiene necesidad de una Iglesia que renuncie a la tarea evangélica de infundir savia cristiana en la vida individual y social, que se dé por muy satisfecha con celebrar actos litúrgicos y que se adapte dócilmente a sus manejos ateístas. Una Iglesia de este tipo puede ser un elemento decorativo, no exento de utilidad para los comunistas. Ella no sería obstáculo para la integral bolchevización del país y para el establecimiento de un orden nuevo basado en principios materialistas.

El Estado bolchevique quiere ser dueño de la Iglesia. Fue en octubre de 1943 cuando se creó el soviet para los Asuntos de la Iglesia Ortodoxa, nuevo organismo que intervendría la vida religiosa hasta en los más insignificantes detalles. El Presidente de este singular Departamento ministerial pudo ser comparado al Supremo o alto Procurador del Santo Sínodo zarista. Mientras prometía la no ingerencia en asuntos internos de la Iglesia Ortodoxa, el señor Karpow, primer jefe de este ¡Soviet Eclesiástico!, dio relieve especial a la tarea que le incumbió en el alto cargo con estas palabras: «Hemos de procurar —y a ello aplicaremos una vigilancia especial— el cumplimiento de las leyes y decretos del Gobierno relativos a la Iglesia Ortodoxa». En 1944 venía a la existencia otro soviet análogo para las religiones no ortodoxas. Era su presidente el señor Polijansky.

El Concilio paneslavo de enero-febrero (1945) dio a la Iglesia rusa un nuevo Estatuto en el que se fijaba de modo estable

la sumisión total de esta venerable institución al Estado soviético. ¡Como que no es más que la adaptación de la disciplina canónica a la legislación atea del Kremlin moscovita! El singular Estatuto prevé la celebración periódica y regular de un Concilio Nacional y de una conferencia episcopal. Las asambleas ¡*tendrían lugar, previa la indispensable autorización del Gobierno soviético*! En adelante —y es ésta una disposición que merece destacarse— no serán los fieles quienes elijan a los párrocos y obispos, como, de acuerdo con la tradición oriental, dispuso el Sínodo episcopal de 1917. Ahora los designa el Patriarca ¡previo conocimiento decisivo del Presidente del Soviet para Asuntos Eclesiásticos! Según la Revista Católica inglesa *The Tablet* (23-III y 16-II-1946) el señor Karpow designaba los usufructuarios de las becas en los seminarios y proponía los candidatos para las sillas episcopales y para los curatos rurales. En caso de irregularidades administrativas en la gestión de los bienes eclesiásticos (templo y objetos cultuales arrendados por el Estado a párrocos y obispos), intervendrá el Comisario soviético para asuntos de la Iglesia Ortodoxa. «Aunque es cierto que en el Apéndice al Estatuto famoso se alude a los derechos de compra-venta otorgados al Patriarca, a las administraciones eparquiales, a los párrocos y a los archimandritas e higumenos de los monasterios, no lo es menos que para cualquier acto de todas estas personas y entidades es necesaria la autorización del Delegado del Consejo de Comisarios en el correspondiente distrito. Los organismos eclesiásticos están, pues, sometidos al Gobierno soviético. Digamos, además, que el señor Karpow tiene empleados subalternos en todas partes. El control estatal sobre la Iglesia está perfectamente organizado, quizá mejor que en los tiempos zaristas». (Mensajero de la vida eclesiástica; París, febrero de 1946).

El profesor de Derecho Eclesiástico en el Instituto teológico que para emigrados rusos funciona en París, señor Eremin (Nicolás), se lamenta en la indicada Revista de que el Estatuto Eclesiástico haya sido redactado bajo la influencia de los soviets y que por esto mismo no haya tenido la menor consideración para los Derechos que la tradición canónica otorgó a la Iglesia. Con razón se pregunta uno si las autoridades eclesiásticas han procedido con rectitud al reconocer, bajo la presión del Gobierno, la obligatoriedad de la legislación soviética en materias canónicas *y si esta actitud no es una traición a las leyes de Dios*» (Ibidem).

La Iglesia Ortodoxa ha tenido que pagar un muy elevado

precio por la raquítica libertad que se le ha concedido: el de la sumisión total a un Estado ateo. Con gran pena lamentan esta «traición a las leyes de Dios» los rusos independientes que viven en el extranjero. Así lo hacía (16-III-1946) en la Revista *Rossija* editada en Nueva York el señor Ribakow (Nicolás): «Constituye una bochornosa claudicación —escribía este emigrado ruso— el que un Gobierno ateo esté utilizando a la Iglesia Ortodoxa como a un instrumento ciego, como a una arma automática para ¡*mejor extender y afianzar el Comunismo*!

«Es símbolo de esta sumisión indigna el hecho de que el Patriarca desfile en la Plaza Roja juntamente con los Comisarios del Pueblo y los Mariscales de la U. R. S. S. en las grandes solemnidades que preside el Camarada Stalin. Es también sintomática la alta condecoración otorgada en agosto de 1946 al Jerarca Supremo de la Iglesia. El Patriarca de Moscú recibía la Orden de la «¡Bandera Roja!» (Revista patriarcal, 1946). No extrañará, pues, que los popes ostenten con orgullo las condecoraciones soviéticas y que el periódico *Izvestija* publique cartas y documentos pastorales dirigidos, más contra la política anticomunista que contra los vicios, más contra la reacción conservadora que contra los manejos diabólicos del Mal. «Los obispos rusos tienen más interés por el reino de Stalin que por el de los Cielos» (*The Tablet,* 23-II-1946). Ya no puede llamar la atención el hecho insólito de que las autoridades soviéticas tomen parte hasta en los oficios divinos. Y asi el representante Karpow, acompañado por el delegado del Consejo para asuntos religiosos en Ucrania, señor Chodcenko, asistia a un solemne acto litúrgico que el Patriarca, ayudado por el Metropolita de Ucrania, celebraba en Kiev, capital de esta ubérrima región (Pascua de Resurrección de 1945). Según comunica la Revista patriarcal, de la cual procede la información anterior, en una audiencia concedida al Patriarca y a sus más intimos colaboradores, el Generalisimo Stalin mostró *vivo interés por los asuntos y las necesidades de la Iglesia y pidió detalles sobre la vida eclesiástica y sobre las iniciativas y planes para un futuro inmediato*. «Prometió asistencia cordial y material a la Iglesia de Dios».

¿Qué pretende el Estado soviético con estas benevolencias?

No siendo admisible un «empeño staliniano en agrandar el Reino de Dios», hay que afirmar resueltamente que los amos del Kremlin aspiran con sus ayudas externas a realzar el prestigio del Comunismo ante los cristianos de Rusia, que son muchos. La aspiración tiene siempre importancia, pero ésta es extra-

ordinaria y vital en tiempos de guerra cuando tan indispensable es la «Unidad Nacional». Los altos dignatarios de la Iglesia ortodoxa —justo es reconocerlo— se unieron a los jefes soviéticos y al pueblo ruso en los momentos trágicos de la invasión de 1941. Y apoyaron al Gobierno soviético durante la guerra reforzando con su propaganda en el pueblo ruso la voluntad de luchar y el empeño de vencer. En el discurso que Karpow pronunciara en el Concilio de Moscú dio las más expresivas gracias a la Iglesia en nombre del Kremlin. «Con vuestra patriótica actitud, con vuestras pastorales, con vuestro ejemplo, con vuestra predicación y también con vuestra ayuda material habéis contribuído eficientemente a la derrota del enemigo fascista». Como es bien sabido, la Iglesia eslava puso a disposición del Ejército rojo una columna de carros bien pertrechados y armados. «Según datos facilitados por el Metropolita Nicolás (septiembre de 1945), la Iglesia de Rusia recaudó durante la guerra más de 300 millones de rublos que entregó al Ejército rojo». (*El Mensajero*..., París, noviembre de 1945).

Otro tanto hacían en la inmediata Postguerra. En un artículo que sobre el «Proceso» de Nüremberg publicaba un sacerdote, llamado Ternow, se lee: «Hay acciones en el mundo para las cuales no puede haber perdón. El Redentor rogaba por sus verdugos porque no sabían lo que estaban haciendo; pero nuestros enemigos germanos sabían muy bien lo que hacían y por qué lo hacían. No merecen perdón. ¡Malditos sean!». (Revista Patriarcal, diciembre de 1945). Este mismo sacerdote hacía propaganda electoral (enero de 1946) a favor de los comunistas. He aquí sus palabras: «El diez de febrero, día de elecciones, es domingo. Durante él se celebrarán en todas las catedrales, monasterios y parroquias los incruentos sacrificios de las Misas. Serán ofrecidos, ante todo, en honor de Aquél que ha dado al mundo la idea del amor, de la justicia y de la igualdad. Los siervos de Dios subirán «¡emocionados!» a los púlpitos para bendecir a sus ovejas y para encargarles que den su voto a los candidatos comunistas... *En ningún lugar de la Tierra se dan condiciones más favorables para el resurgir de la Iglesia cristiana que en Rusia...*»

Los soviets se sirvieron de la Iglesia como de instrumento para alcanzar su meta política en el exterior. En realidad, la Ortodoxia eslava, que mantenía buenas relaciones con la Iglesia Anglicana, facilitó la alianza entre Inglaterra y la U. R. S. S. Ya antes de su exaltación al Patriarcado, el Metropolita Sergio envió su felicitación al nuevo Arzobispo de Canterbury, Mr. Dor-

tor Temple. Le aplicaba la cariñosa expresión: *Querido hermano*, que sólo se usa entre los grandes dignatarios de la Iglesia eslava. En junio de 1945 Nicolás de Krutitsy devolvía en Londres la visita que en septiembre del 43 le hiciera en Moscú el Arzobispo de Nueva York. En los discursos que se cruzaron se mostró el deseo de que la Iglesia rusa estableciera relaciones de amistad con los Anglicanos. El Metropolita eslavo con la carta afectuosa del Patriarca presentaba al Prelado de Canterbury una cruz de oro con piedras valiosas.

La Ortodoxia eslava apoyó los sueños imperialistas de la política exterior del Kremlin. En 1944 el Metropolita Sergio publicaba en la *Revista Patriarcal* (mes de febrero), un significativo artículo. Lo encabezaba así: «¿Tiene Cristo un Vicario en la Iglesia?» El Jefe de la Iglesia rusa rechazaba, claro es, la doctrina católica sobre este punto y afirmaba que, efectivamente, «la Iglesia cristiana puede tener un solo jerarca Sumo que se halle colocado sobre toda la Jerarquía y sobre todos los Concilios. No es imposible —escribía él—. Es más; cabe que fuera Vicario de Cristo el Obispo de una capital cualquiera del mundo». El Metropolita ruso no se atrevió a consignar que semejante capital debía ser Moscú, pero, a no dudarlo, pensaba en ella. Pasó por su mente, claro es, la vieja *fantasía de la tercera y última Roma*. En este caso ¿cuál no hubiera sido el prestigio del Kremlin en el terreno político internacional? La invitación que para asistir al Concilio de Moscú se pasó a todos los Patriarcas orientales, algunos de los cuales intervinieron personalmente —los de Alejandría y Antioquía—, demuestra que la Moscú religiosa abriga propósitos ecuménicos y que aspira a la jefatura suprema de la Cristiandad. Acabada la guerra, no pocos Obispos rusos capitaneados por el Patriarca emprendieron viajes al extranjero con el fin primario de someter a la Moscú religiosa a los rusos todos y promover luego la Unión de todas las cristiandades ortodoxas de los territorios ocupados. Con ello hacían un buen servicio a los Amos del Kremlin. ¡Como que aquellos dignatarios eclesiásticos no eran más que unos agentes del poder imperialista de los soviets! A propósito de la visita a París de Nicolás de Krutitsy, el teólogo e historiador Zander escribía en la Revista de los emigrados rusos lo que sigue: «El Metropolita Nicolás viene a la capital de Francia, no tan sólo como lugarteniente del Patriarcado ruso y jefe por tanto de la Ortodoxia eslava, sí que también como delegado del Gobierno soviético. Fue recibido por el embajador de la U. R. S. S. y se alojó en el Palacio de la Legación». No cabe dudar de que el

Kremlin tenía interés en éste y en otros viajes. Cuando el Patriarca dio a conocer sus deseos de ir al Cercano Oriente, los soviets ponían a su disposición un aeroplano. El señor Karpow despedía en nombre del Gobierno al Jefe de la Iglesia rusa. El viaje se amplió a los Santos Lugares y a Egipto. Al regresar le esperaba en el aeropuerto de Moscú el Presidente del Soviet para los Negocios ortodoxos.

En octubre de 1945 el Patriarca moscovita estaba en Tiflis para dar las gracias al Katholikos por haberse dignado asistir al Concilio de Moscú. Por esas mismas fechas marchaba a Finlandia el Metropolita de Leningrado, Gregorio. Llevaba la misión de «establecer buenas relaciones entre las dos Iglesias hermanas, la rusa y la finesa», es decir, de subordinar, como antes de la Revolución, la segunda a la primera. El Metropolita ruso era recibido en Helsinky por los representantes de la misión soviética en Finlandia, por los miembros de la Asociación «Finlandia y la Unión Soviética» y por los agentes de la Comisión Soviética de Control. En la misma tarde en que llegaba (29 de septiembre), el Metropolita y Arzobispo de la capital del Neva era recibido por el Ministro plenipotenciario de la U. R. S. S. en Finlandia, señor Orlow. El diplomático conversó largo rato con el prelado y le puso al corriente con toda amabilidad de las costumbres y de la situación del país y le señaló directrices para la misión que llevaba. De acuerdo con el programa previamente fijado, la Iglesia finesa expresó «el deseo de retornar a los brazos maternales de la olvidada Madre Iglesia de Moscú». Este era el sentido de la petición elevada al Patriarca Alejo. El Arzobispo finés, Germanos, se declaró dispuesto a reconciliarse con la Ortodoxia eslava, *previa* la autorización del Patriarca ecuménico de Constantinopla. «En aquella sazón el Metropolita Gregorio visitó a los monjes evacuados desde Valaán (Ladoga) a Papin-Nijemi y les amonestó enérgicamente a fin de que se reintegraran a la Iglesia eslava. El día 5 de octubre los monjes eran recibidos en el Seno de la Santa Iglesia moscovita». (Revista Patriarcal, núm. 11, 1945).

En el otoño de 1945 el Arzobispo de Orel y de Briansk, Focio, se dirigía a Viena y a Tcheco-Eslovaquia. En la capital de Austria, a donde llegaba en avión facilitado por el Gobierno, era recibido por representantes de las autoridades militares rusas y se alojaba en uno de los mejores hoteles. El Mariscal Koniew, que recibía amablemente al Arzobispo, prometió su ayuda para reconstruir la vieja iglesia de la Legación rusa en la capital de Austria. Las cosas salieron tan admirablemente bien que

Focio pudo vanagloriarse de que había arreglado los principales asuntos relativos a los rusos residentes en Viena. Pronto se instalaría en esta ciudad un Obispo ortodoxo. La *Palabra independiente,* folleto de los emigrados en París (julio de 1946), daba la noticia siguiente: «El Obispo ruso de Viena ha otorgado una entrevista a varios periodistas norteamericanos. A derecha e izquierda del prelado tomaron asiento dos oficiales del Ejército rojo, uno de los cuales hacía anotaciones constantemente. Antes de la respuesta, el Obispo miraba hacia el papel que tenía en sus manos el oficial. Daba la impresión, por sus miradas a hurtadillas, de que iba tomando las ideas y quizá las palabras mismas del folio en que iba escribiendo el oficial».

A los pocos días el aeroplano soviético dejaba al Arzobispo de Orel en el aeropuerto de Praga. Le esperaban aquí el Obispo local, Sergio, los delegados de la Iglesia Ortodoxa tcheco-eslovaca, los representantes del Ejército tcheco y los miembros de la delegación soviética. En el edificio de la Embajada soviética hubo un movimiento desacostumbrado y una recepción aparatosa. Focio trabajó mucho para que Sergio, obispo ortodoxo de Praga, y todos los disidentes tchecos se incorporasen a la Santa Madre Iglesia de Moscú. A poco el prelado ortodoxo de Praga se sometía al Patriarcado del Oriente eslavo. Lo propio hacía en la ciudad del Moscova (enero de 1946) una delegación tcheca en nombre de los disidentes tcheco-eslovacos. Unos meses más tarde, se presentaba en Praga el señor Karpow. Examinaría y daría por bueno todo lo realizado por el Arzobispo de Orel. Los disidentes rusos —casi huelga el advertirlo— de las zonas de influencia soviética (Alemania Oriental; Bulgaria; Yugoeslavia; Extremo Oriente; Manchuria, etc.), se han sometido al Patriarcado moscovita.

Las Iglesias de los países Bálticos y, sobre todo, de Estonia y Letonia —que son los de mayor población ortodoxa— fueron agregadas sin dificultad al Patriarcado moscovita.

Claro es que en seguida se sometieron al Patriarcado ruso las Iglesias disidentes de la Región Subcarpática, de Hungría, de Rumania y de Bulgaria. Y lo que es más grave todavía: sumisas a la presión del Kremlin, consagraron sus energías a «prestar apoyo a los respectivos» gobiernos de izquierda, rusófilos empedernidos, mejor dicho, comunistas rabiosos. Conviene advertir que las sumisiones eran inmediatamente seguidas del viaje a Moscú, donde los jerarcas incorporados al orden jerárquico-patriarcal eran recibidos y agasajados por Karpow, en nombre de los Amos del Kremlin. El discurso que ante los delegados del

gobierno y los altos dignatarios eclesiásticos de Leningrado pronunciara el Metropolita Estebán de Bulgaria, es un ejemplo luminoso del atroz servilismo y de la adulación odiosa de que suelen hacer gala los Obispos ortodoxos. «Me siento feliz —decía— al encontrarme en la ciudad de Alejandro Newsky, de Pedro el Grande y del fundador del régimen soviético, Lenin. Nosotros, los búlgaros, somos hijos vuestros, vástagos del árbol frondoso de Rusia, que por dos veces nos ha liberado de la esclavitud».

En mayo de 1946 el Patriarca moscovita Alejo estaba en Sofía. Había sido invitado por su Exarca en Bulgaria para asistir a las solemnidades que a poco iban a tener lugar con ocasión del milenario del *Beato Juan de Ryla*. «El viaje tenía una importancia política extraordinaria» ¡Por algo habían recibido al Patriarca el Ministro de Negocios Extranjeros y el primer Secretario de la Embajada soviética! En el banquete celebrado en el palacio del Exarca participaron los diplomáticos rusos y los más altos jefes de la Misión militar de la U. R. S. S. «Esperamos —decía el Exarca en su discurso— que se establezca y que perdure la más acabada *Unidad* entre todas las Iglesias ortodoxas bajo la dirección del Patriarca de Moscú, *unidad* que ha de consistir en la idéntica fe, en las buenas relaciones de índole oficial entre los jefes de aquéllas y la alta Magistratura moscovita y hasta en la vida efectiva y real. Confiamos en que la Iglesia rusa una a sí a todos los ortodoxos y aun llegue a incorporar a todos los cristianos no ortodoxos». Bien clara aparece la tendencia expansionista de la U. R. S. S. y de su servil Iglesia Ortodoxa a costa del Catolicismo. El Metropolita Serafín, Exarca del Patriarcado ruso en París, decía a un periodista ruso (febrero de 1947): «Me voy a Moscú. Y una de las cuestiones más importantes que he de discutir con el Patriarca es, sin duda, el Movimiento ortodoxo en Francia. Nos ocuparemos también del grupo ortodoxo de Rito occidental».

Resulta de todo esto que la Iglesia eslava se ha convertido en un instrumento ciego al servicio del expansionismo soviético y que, a cambio de estas ayudas estimables, el Kremlin la tolera y aun la protege en cierta medida. No puede negarse que los soviets conceden ahora a la que fue Iglesia Nacional mayor libertad que antes; mas el Gobierno de Rusia continúa siendo ateo y niega por lo mismo a la Religión toda actividad social y toda participación en la enseñanza. *La nueva política religiosa* del Kremlin es oportunista y de circunstancias, es uno de tantos medios para imponer su hegemonía en tierras balcánicas, tra-

dicionalmente ortodoxas. En cualquier momento puede el Kremlin volver a la persecución ruda y abierta. Llegará, sin duda, cuando, a juicio de los Amos de Rusia, la Ortodoxia no sea ya útil al Imperialismo que ellos practican en mayor escala que los aborrecidos Zares.

Casi pudiéramos decir que se la mira con indiferencia porque ya no es un peligro. Eva Curie, que visitó Rusia recientemente, resume sus impresiones en un libro, que tituló *Entre combatientes,* con estas palabras: *La guerra contra la Religión ha terminado con la rotunda victoria de los soviets. Los vencedores pueden permitirse ahora el lujo de otorgar un armisticio.*

Capitulo XXXIV

LA VIDA INTERNA DE LA IGLESIA PATRIARCAL

a) *La piedad en la clerecía inferior y en el pueblo.—Merecimientos en este orden de cosas de la atemorizada y dispersa Jerarquía.—Labor de ésta frente a la herejía y las Confesiones Occidentales.—Su actuación en los problemas dogmático-morales.—Su actitud* jurídica *frente al Comunismo ateo y a la participación laica en el régimen de la Iglesia.—Importancia del mantenimiento del* principio monárquico.

b) *Otras comunidades ortodoxas.—Las Iglesias georgiana, bielorusa y ucraniana.—La Suprema Administración Eclesiástica de Stauropol.—La Iglesia Viva de Vedensky, en Ucrania.—*

c) *La Ortodoxia eslava en el Extranjero.—La obediencia de Carlovitz en Yugoeslavia.—El Metropolita Eulogio de París y la Escuela Superior Teológica.—El profesor Sergio Bulgakov.—Su teoría* sofiánica *y la resistencia de los patriarcales a la misma.—El teólogo laico Berdjajev.— La Ortodoxia en Charbin (Manchuria), en los EE. UU. de Norteamérica y en el Japón.*

Era muy lógico, que dada la calamidad de los tiempos revolucionarios con su cortejo de persecución, de vejámenes y de menosprecios por parte de un Estado ateo, fuese enteramente anormal la evolución intrínsica de la Iglesia ortodoxa.

Fueron muchos los que abandonaron la fe; pero no fueron pocos los que se mantuvieron en ella. Los que tuvieron la fortuna de no apostatar se convirtieron, como era natural, en personas curtidas en la adversidad y en gentes bien preparadas para todo sacrificio. De nuevo adquiría vigencia la vieja ley histórico-psicológica de que «el dolor vigoriza las creencias y las prácticas religiosas». Era verdad que la Iglesia, en cuanto organización jerárquica, estaba completamente deshecha; pero también lo era que aún le quedaban masas invertebradas, sí,

pero creyentes y bien dispuestas para cometidos difíciles y hasta heroicos.

Oficialmente no había en Rusia monasterios, aquellos institutos venerandos, de tradiciones gloriosas, de prestigio indiscutible, de piedad hondamente sentida, que tanto habían contribuído a la formación de la Patria y de la mentalidad eslavas. En el Estado soviético no se podía hablar ya de Monacato organizado, porque todos los establecimientos de éste habían sido disueltos. Tampoco existían escuelas cristianas. Y habían sido clausuradas las Academias teológicas. Por otra parte, los profesores de Religión no podían consagrarse a exponer en revistas, periódicos, opúsculos, y, mucho menos en obras magistrales, los fundamentos de la fe, el simbolismo de la Liturgia o determinados problemas de índole canónica. Asimismo, habían desaparecido los soñadores y entusiastas *eslavófilos*, hombres inflamados en el amor a su Patria y a su Ortodoxia; es más: ni siquiera existía ya aquella burguesía liberal, deísta y amoral, que por respeto a las venerandas tradiciones de la Patria o por intereses político-dinásticos asistía a las funciones de Iglesia o saludaba cortésmente a los popes.

Resulta de todo esto que, en el nuevo Régimen, la Iglesia Patriarcal, constituída por la casi totalidad de los ortodoxos, institución muy compleja en los tiempos zaristas, había quedado reducida a la simple y no muy coherente actuación de dos elementos: el pueblo creyente y piadoso, constituído por los pocos fieles que en el crisol de la persecución habían robustecido su costante adhesión a la Ortodoxia, y el clero, sobre todo el secular, no muy numeroso y, por desgracia, bastante diseminado y sin conexión con la atemorizada Jerarquía. Casi sobra el advertir que, al igual que en otras latitudes, también en Rusia eran las mujeres más piadosas que los hombres. Otro tanto cabe decir de los viejos en relación con los jóvenes. Los que nacieron pocos años antes de la Gran Revolución no habían oído hablar de la Divinidad ni de reglas de Moral.

Pero sería erróneo afirmar que, fuera de la conservación de la fe en un número escogido de almas —cosa, en verdad, muy esencial— no dio la Iglesia Patriarcal otras muestras de vitalidad interna. Por de pronto, no hizo poco con mantenerse ella misma, combatida como se hallaba hasta por graves escisiones intestinas. Es también considerable merecimiento suyo haber conservado la traza de Comunidad *monárquicamente* regida en un ambiente político-social de rabiosa hostilidad hacia formas políticas de esa índole. Pese a tantos y tantos obstáculos, todavía

logró ella actuar dentro de una organización canónico-administrativa, muy limitada pero eficiente. Así consiguió en medio de las perturbaciones de tiempos tan azarosos guiar a las almas y aconsejar a sus sacerdotes, cumplir, en una palabra, sus cometidos apostólicos. También hubo de trabajar para neutralizar la seria amenaza de las múltiples sectas nuevas, que en las formas más extravagantes pretendían difundirse entre los ortodoxos fieles a la jerarquía, al dogma y a la tradición patriarcales. Asimismo, se vio obligada a hacer frente a la heterodoxia occidental y especialmente a los Baptistas (protestantes germánicos y norteamericanos), que habían logrado muchos adeptos. Mucha pesadumbre le daban los viejos Rascolniky, que en número considerable habían logrado mantenerse, pese a la tormenta de la Revolución. Lo grave del caso consistía en que los más destacados sectarios, entre los que figuraban el pintor Palech, y sus discípulos, se habían puesto al servicio del nuevo Régimen. Naturalmente, esta circunstancia imposibilitaba toda labor de conversión.

La Iglesia Patriarcal se impuso también la tarea de hacer frente a otras Confesiones cristianas. El Catolicismo, y en especial su cabeza, el Pontífice Romano, fueron, como siempre, la máxima preocupación de la Jerarquía ortodoxa. La secular antipatía se convirtió en lucha abierta merced a los conatos de unión con los protestantes anglosajones, cuyos contactos se hicieron más frecuentes durante la segunda Guerra Mundial. Anteriormente a ésta el Gobierno soviético se opuso a que la Ortodoxia tomara parte en los grandes congresos internacionales; pero durante las hostilidades, y más aún en la inmediata Postguerra, vio con buenos ojos la asistencia de sus jerarcas a los mismos. Por esto se hicieron cada vez más estrechos los vínculos unionistas.

Por último, surgieron algunos problemas dogmático-morales a cuya solución hubo de atender, como era lógico, la Iglesia Patriarcal. Era el primero el de precisar con toda seguridad la actitud jurídica que debía adoptarse en cuanto al bolchevismo, que, como sistema político-social recién implantado, era en Rusia el único *poder de hecho*. Al fin, se aceptó el siguiente punto de vista: La Jerarquía eclesiástica, la cual no se opuso jamás al reconocimiento *de jure*, rechazaba de plano el espíritu anticristiano de la legislación soviética, pero no dejó de considerar a los soviets como poseedores legítimos del poder estatal y aceptó como buenas sus reformas sociales. La Jerarquía eclesiástico-patriarcal ni pensó en emigrar ni en aislarse enteramente de

los fieles que residían en la U. R. S. S. En esto obraba con patriótica sensatez y con espíritu evangélico.

Se refería el segundo problema a la participación de los propios ortodoxos laicos en el gobierno y administración de la Iglesia. En esta parte la legislación laica de un gobierno ateo, que por serlo tenía interés sumo en poner en manos de los legos el gobierno de la Ortodoxia, movió y ayudó a ésta a mantenerse en la doctrina y práctica tradicionales. Los simples fieles, a quienes, naturalmente, agradaba la tendencia gubernamental, comprendieron, al fin, que el gobierno de la Iglesia, en cuanto institución sagrada, correspondía por exigencias esenciales al Clero mismo y a nadie más. La Iglesia patriarcal, a la cual, por otra parte, disgustaba mucho la teoría bulgakoviana de la *Sobornost,* repudió las pretensiones episcopalianas del disidente y comunistoide Vedensky, jefe de la Iglesia viva, rival de la Patriarcal, y recabó para su Jerarquía la gestión exclusiva de los negocios eclesiásticos. Quiere ello decir que no sólo excluyó al elemento laico sino también al colegial, integrado por una comisión permanente de Obispos. «El mantenimiento del principio monárquico en la disciplina canónica frente a los propósitos de gobierno colegial es más, bastante más, que un mero fenómeno de política eclesiástica interna porque, si no era una decisión dogmática, estaba lindando con la zona misma de las verdades científico-dogmáticas» (Ammann). Aquellos siete metropolitas que, a raíz de la exaltación de Sergio, constituyeron el *Supremo Consejo Eclesiástico,* echaron en cara al sumo Jerarca de la Iglesia Patriarcal que con su criterio de *gestión eclesiástico-monárquica* privaba a la Ortodoxia de su mejor arma para combatir al Papado, institución monárquica por excelencia.

Por lo demás, el alto Jerarca de la Iglesia Patriarcal, el Metropolita Sergio, no dejó de ocuparse de cuestiones específicamente canónicas, de las relaciones entre la Ortodoxia y las demás Confesiones cristianas y de materias netamente dogmáticas. Por lo que toca a este último punto, publicó en el Boletín Oficial una larga disertación acerca del candente problema de la Sophia, del que tanto se ocupó Bulgakow. El Patriarca moscovita condenó las atrevidas afirmaciones de este famoso profesor de la Academia Eclesiástica Ortodoxa de París.

OTRAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

Mencionemos, ante todo, a la Iglesia georgiana. Tan pronto como estalló la catastrófica Revolución de 1917, los ortodoxos georgianos, que habían sido incorporados violentamente por

Alejandro I a la Iglesia Nacional, se apartaron de ésta. Lo primero que hicieron fue cerrar la oficina que en Tiflis tenía el Santo Sínodo de San Petersburgo y elegir un Patriarca propio, quien desempeñó sus altas funciones hasta 1945, año de nuestros últimos informes.

Durante los tres últimos decenios actuaron en la Rusia propiamente dicha dos nuevas Comunidades Ortodoxas *autónomas* de índole nacional: la de Bielorrusia y la de Ucrania. Aunque no tardó en desaparecer, la primera reapareció en 1939, cuando en virtud del Pacto germano-ruso ocupaban la Polonia Oriental los rusos. En aquella ocasión el Metropolita Sergio en funciones patriarcales nombraba seis obispos, que serían los jefes de la Comunidad cristiano-ortodoxa de los territorios polacos ocupados. Se le daba el nombre de Iglesia Autónoma de Bielorrusia. A los dos años, sufría con la invasión de las tropas hitlerianas un cambio notable. Los alemanes convertían en Iglesia *Autocefálica* a la Comunidad *autónoma*. Otro tanto hacían en Ucrania. Los ejércitos alemanes que, como se sabe, abandonaban aquellos territorios en 1944, se llevaron consigo a los obispos de las Autocefalías bielorrusa y ucraniana. Es de creer, dadas las tendencias absorbentes del gobierno ruso y de la Iglesia Patriarcal, agudizadas en los últimos tiempos, que el Patriarcado de Moscú haya mandado nuevos obispos con el encargo de reincorporar íntegramente a la Ortodoxia Nacional unas eparquías codiciadas por uno y otra en todos los tiempos.

Muy parecida a ésta, fue la evolución de los acontecimientos jurisdiccionales en Ucrania. Ya en 1917-18 el Concilio panruso de Moscú había concedido a esta importante región la *autonomía* eclesiástica. Antonio Chrapovitsky, buen teólogo y prelado tan prestigioso que mereció figurar en la terna de candidatos a la dignidad patriarcal, fue el primer jefe de la Ucrania religiosa. No más tarde de un año, exactamente, en enero de 1919, bajo el mando de Peljura, el Directorio ucraniano, que tenía su sede en Kiev, declaró *autocefálica* a la Iglesia de Ucrania. Por desgracia para ésta, los obispos ortodoxos no aceptaron la Declaración anterior. No había, pues, quien se encargara de la jurisdicción canónica en la nueva *Autocefalía*. Ucrania sufría luego los horrores de la Guerra Civil, más accidentada y cruenta allí que en parte alguna de Rusia. Como era natural, el trastorno se dejó sentir también en el terreno canónico. En el mes de mayo de aquel mismo año se constituyó en Stauropol (territorio del Kubán) una *Suprema Administración Eclesiástica* para la Rusia Meridional. Tendría jurisdicción en las provincias se-

paradas de Moscú, provincias que variaban constantemente en extensión y carácter a tenor de las vicisitudes de la guerra. Por algún tiempo aquella *Administración* ejerció influencia en tierras ucranianas. Fue también su primer jefe el famoso Metropolita Antonio Chrapovitsky. Acabada la Guerra Civil, los bolcheviques se adueñaron de las ubérrimas regiones ucranianas. Como a ellos no interesaban en absoluto los problemas de la autonomía o de la autocefalía eclesiásticas, resultó tarea fácil la de resucitar a la «Iglesia autocefálica nacional». Como por otra parte, no se encontró obispo alguno —los de la Ucrania ocupada por los rojos habían huído— que consagrara al nuevo Metropolita, señor Lipkivsky, este buen jerarca halló un medio, bien expeditivo por cierto, de suplir la tarea de los prelados consagrantes: haciendo que le impusiesen las manos algunos sacerdotes y ciertas personas laicas (1921). La nueva Iglesia ucraniana carecía, pues, de obispos consagrados. A la vez el *Patriarca de la Iglesia Viva,* el señor Vedensky, había logrado dar existencia, en Ucrania, a una «Comunidad *autónoma*». Ella y la rama bielorrusa de la antipatriarcal Iglesia Viva mandaron delegados a uno de los sínodos que Vedensky había convocado. Más tarde, cuando el Gobierno soviético procedió a la tarea centralista de asfixiar todos los rasgos característicos y todos los modos tradicionales de la gran Ucrania, la Iglesia de Lipkivsky dejaba de existir en la U. R. S. S. (1930). Los escasos restos de la misma hallaron hospitalidad en Norteamérica. La Iglesia Patriarcal de Moscú recogió la herencia que dejaban la «autonómica» y la «autocefálica» de Ucrania. Pero las cosas cambiaron mucho con la invasión de Rusia por el ejército alemán en 1941. Los hitlerianos practicaron en Ucrania los mismos métodos que en Bielorrusia. La Iglesia autocefálica ucraniana surgía de nuevo con una diferencia a su favor: la de poseer un jerarca supremo que estaba *válidamente* consagrado. Era un partidario del Atamán Petljura, el obispo Policarpo Sikorsky de Lutsk. Fueron sustraídas a su jurisdicción tres diócesis ucranianas que, por pertenecer en lo civil al «Gobierno General» de Varsovia, obedecían al Metropolita Dionisio, hombre extremadamente *voluble*. La suerte de la *Autocefalía* rediviva de Ucrania estaba ligada a la del Ejército alemán. Aquella moría al retirarse éste.

LA IGLESIA RUSA EN EL EXTRANJERO

Los ortodoxos, que en número muy considerable, ciertamente, se vieron obligados a salir de Rusia a consecuencia de la Revolución, se establecieron en cuatro países principales. Manchu-

ria (con Charbin como centro); Estados Unidos de Norteamérica; Europa Central y Occidental y Yugoeslavia. En cuanto asilo, ésta última superó en mucho a los demás. Allí, en la pequeña localidad danubiana de Carlovitz, se instaló la «Suprema Administración Eclesiástica de la Rusia Meridional». La ciudad eslovena quedaba convertida en foco de toda la Iglesia rusa en el exilio. Sólo un Metropolita, por nombre Eulogio—y ello después de muchas vacilaciones—, se permitió la libertad de disentir para establecerse de modo autonómico en París. Fue jefe indiscutido y prestigioso de todos los emigrados el Metropolita Antonio Chrapovitsky.

Hasta 1938 la Iglesia rusa en el extranjero no convocó Sínodo alguno; pero sí celebró de modo regular ciertas asambleas de menor importancia en las cuales se ventilaron asuntos corrientes y aun problemas de organización. Las más serias dificultades, a las que tuvo que hacer frente Carlovitz, llegaban de la Curia parisina del Metropolita Eulogio y de la Escuela Superior teológica establecida en la capital de Francia con la ayuda de la Y. M. C. A. (Young Men's Christian Association), Asociación Cristiana de Jóvenes, organismo episcopalista anglo-americano.

Miradas las cosas en el conjunto ortodoxo-eslavo, no fueron muy numerosos—ni muy influyentes tampoco—los adheridos al Sínodo de Carlovitz. Durante la Guerra tomaron partido por las Potencias del Eje y cuando éstas fueron derrotadas, buscaron refugio en los Estados Unidos de Norteamérica. El Sínodo famoso se ocupó de un problema teológico de relativa importancia: el que planteaba la exposición del sofianismo, sistema embrollado y peligroso que en París defendía ardorosamente Sergio Bulgakov, verbo científico de la flamante Escuela Superior Teológica. Los sinodales de Carlovitz—conformes en esto con el criterio dogmático del Metropolita y Administrador del Patriarcado, Sergio de Moscú—, rechazaron, por opuestas a la Teología tradicional, las atrevidas aseveraciones sofiánicas de Bulgakov.

Mientras tanto, se consolidaba en París el prestigio de la disidencia de Eulogio de Chelm, quien con anterioridad había recibido de la «Suprema Administración Eclesiástica de la Rusia Meridional» el nombramiento de jerarca Sumo de los ortodoxos refugiados en la Europa Occidental. En 1925, el Metropolita Eulogio, hombre muy activo por cierto, logró fundar un centro cultural al que dio el nombre de *«Escuela Superior de Teología»*. Pagaba los gastos de instalación, emolumentos del profesorado y las sumas considerables de las publicaciones científicas la

Y. M. C. A. Naturalmente, esta financiación anglo-norteamericana llevaba consigo como ineludible consecuencia un poderoso influjo protestante sobre la comunidad ortodoxa de París. A diferencia de los carlovitzianos, que eran monárquico-zaristas y de tendencias totalitarias, los fieles ortodoxos de la capital francesa estaban muy influenciados por las ideas y los sentimientos democráticos tanto en materia civil como en negocios eclesiásticos. Por esto mismo, no tuvieron inconveniente en mantener algún contacto con la Iglesia Patriarcal. Habríamos sido más exactos si hubiéramos dicho que no sentían apetencias de romper con ella. Sin embargo, cuando el Metropolita Sergio les exigió el explícito reconocimiento de los soviets (1930), y, no satisfecho con esto, que ya era bastante, les ordenó que hicieran mención del Gobierno ruso en la correspondiente oración de la Santa Misa, los ortodoxos de la Europa Occidental no pudieron contener su indignación y rompieron definitivamente con el Patriarcado de Moscú. Casi sobra el advertir que con anterioridad se habían apartado ya del Sínodo de Carlovitz. Al igual que el Metropolita de Varsovia, Dionisio, y los Obispos de Estonia y de Finlandia, el Metropolita Eulogio, de París, acudía en petición de ayuda al Patriarca Ecuménico de Constantinopla. Es conveniente advertir que entre los eulogianos el elemento laico tenía más, bastante más influencia que entre los fieles de la obediencia de Carlovitz. Aquí poseía más vigor y simpatía el concepto de la Sobornost (universalidad de la Iglesia a lo Chomiakov).

En la «Escuela Superior de Teología» enseñaba con gran lucidez y prestigio el profesor Sergio Bulgakov (m. 1944), uno de los más eminentes pensadores de la Rusia contemporánea. Escribió mucho, muchísimo. Su sistema científico-teológico, que gira en torno al concepto de la Sophia, de la Eterna Sabiduría de Dios, contiene muchas ideas perfectamente discutibles y otras, no inferiores en número, francamente erróneas. Coloca a la Divinidad en el centro del cosmos y desde él estudia todos los fenómenos de la vida y de la materia. Sergio Bulgakov se alejaba por igual del ateísmo comunista, del humanismo iluminista de la Enciclopedia y de la fé ciega en el progreso, fe que constituía la sustancia medular de los incrédulos dieciochescos de la Rusia occidentalista como Pedro el Grande, Catalina II y los mentores de uno y de otra.

Tan vigoroso como el entusiasmo expositivo de Bulgakov fue la resistencia que sus doctrinas provocaron en los jerarcas responsables de la Iglesia Patriarcal. Como era natural, la polé-

mica, muy aguda por cierto, sirvió de gran provecho a la fe ortodoxa. Porque, sin pretenderlo de manera directa, los teólogos de la tendencia tradicionalista, enemigos por definición de las innovaciones bulgakovianas, contribuyeron mucho al desarrollo de una exégesis teológica más científica y más vertebrada. Bulgakov les había obligado a ello.

También enseñaron en la «Escuela Superior Teológica» de París, el historiador eclesiástico Kartatsov, el patrólogo Florowsky, a quien se debe una historia no despreciable de la Teología rusa, y el hagiógrafo Fedorov (G. P.), quien al escribir recordaba al estilo fuertemente tradicionalista y ortodoxo de un Povjedonoszev, rabiosamente conservador en todos los órdenes.

Al mismo tiempo hacía su aparición, también en París, una teología especial cultivada por personas laicas. Algunas de ellas expusieron sus doctrinas en las cátedras de la propia «Escuela Superior»; pero otras, entre las que se distinguió Nicolás Berdjajev, enseñaron fuera de ella. Este notable pensador había fundado, en los tiempos de la primera Guerra Mundial, una «Academia de Filosofía». En ella, a semejanza de la antigua STOA, se asignaba a la Filosofía el papel de suministrar a los estudiosos el verdadero concepto de la vida y no, como se ha practicado en los centros docentes de la Iglesia, una propedéutica para los estudios sobre la Divinidad. Berdjajev escribió mucho, muchísimo. Sus obras, que son notables en extremo, se hallan fuertemente influenciadas por las corrientes modernas del pensamiento europeo.

Presionada, sin duda, por la Y. M. C. A., institución unionista anglosajona y protestante, la cual exigía de los ortodoxos mayor concordia jurisdiccional, la Comunidad rusa de París se sometía al Patriarcado de Moscú (1945).

También en la populosa ciudad manchuriana de Charbin establecieron los ortodoxos emigrados una «Escuela de Teología». Por desgracia, sabemos muy poco acerca de sus actividades literarias.

Escritor fue, asimismo, el Obispo ruso de la Comunidad cristiana del Japón, menos numerosa, en verdad, que la europea occidental. Es muy de lamentar que este buen Prelado, que respondía al nombre de Sergio, utilizase su pluma para combatir con furia al Pontificado Romano. ¡Como si no hubiera tenido suficiente tarea con la evangelización del Archipiélago nipón!

Entre los rusos de Norteamérica aparecieron las más variadas tendencias. Algunos, los más, siguieron fieles a la Iglesia Patriarcal y reconocieron al Régimen comunista, y otros, los me-

nos, se adhirieron a la Iglesia democrática de Vedensky. También tenía partidarios el Sínodo de Carlovitz y hasta había monárquicos organizados que adoraban como Santo mártir al desventurado Nicolás II. Para que no faltasen representantes de grupos y grupitos, había ucranianos de Lypkivsky y disidentes de la Región Subcarpática. Todos los que negaron obediencia al Patriarca de Moscú se acogieron a la jurisdicción del Ecuménico de Constantinopla. Advertimos que cada uno de estos grupos editaba su periódico y su revista propios.

INDICE

Parte II

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas

II.—La marxista de Lenin.—*Síntesis de una política atea.*
1.º Período de lucha y persecución (quinquenio de 1.918-22).—Primeras medidas antieclesiásticas de la Constitución de Lenin.—La enérgica resistencia por parte de *Tychón,* Patriarca de Moscú.—La sangrienta persecución.—El Decreto desamortizador del 23-I-1918 y su brutal ejecución.—La actitud antisoviética y monarquizante del Sínodo de Carlovitz integrado por obispos rusos emigrados (20-XI-1921).—La reacción del Gobierno moscovita y de la Iglesia patriarcal.—*El gran despojo* de la Iglesia.—Encarcelamiento del Patriarca.—La Iglesia *viva* de Vedensky y otros grupos antipatriarcales y comunistoides.—Sus aspiraciones de índole canónica.—Condenación de una y de otros por el Patriarca.—Represalias del Gobierno.
2.º Período de humillación.— Motivos de una relativa tolerancia inicial.—El Obispo Pedro de Kruty, Administrador del Patriarcado.—Sus luchas con los Sinodales o jerarcas de la Iglesia *viva* o cismática.—El nuevo administrador del *trono* patriarcal, el Metropolita *Sergio.*—La oposición que le hicieron los suyos.—El célebre «*mensaje de Solovezky*», documento redactado por los obispos deportados al Archipiélago de ese nombre, en el Mar Blanco.—Creciente tendencia de los patriarcales hacia el reconocimiento de los Soviets.—Otorgamiento de vida legal a la Iglesia Patriarcal (20-IV-1927).—Los motivos que para ello tuvo el Gobierno.—La *Declaración* política de Sergio en favor del Régimen.—La confusión que originó en la Iglesia.—Nueva persecución coincidente con el «Primer Plan Quinquenal». (1927-32).—La actuación descristianizadora de la «Liga de los Sin Dios».—Insoportables medidas vejatorias del Gobierno durante la *gran escasez* de 1933-34.—Intentos de esclavización de la Iglesia por parte del Estado.—Las Comisarías de Cultos.—El robustecimiento de la fe en las masas.
3.º Período de protección y de honores aparentes.—La nueva Constitución (1.936).—El nuevo plan intelectualista para arrancar la fe de los corazones.—El Censo de 1.936, enorme contrariedad para el Gobierno ateo por los resultados favorables a la Iglesia.—Reconocimiento del Metropolita Sergio como Lugarteniente del Patriarcado

RELACCION DE LAMINAS

FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
23	39	Constantino VI	Constantino VIII.
88	8	Falta una línea	numentos, lugares de admiración y de respeto, ya que perduran...
107	7	Teognosto (1328-32)	Teognosto (1328-52).
113	9	Inmortales	inmorales.
»	»	(Cap. A.º)	(cap. 3.º...
140	30	litúrgico	liturgista
277	15	de Lituania	a Lituania
296	12	los electores	los electos
342	36	consideraban	consideran
398	34	sabidas	consabidas
451	21	jurisdicción	justificación
452	10	influir	infundir
458	29	de los tiempos	de todos los tiempos
598	25	que	de que
600	3	de su madre	de una madre
629	15	mayoristas	mayoritarios

OBRAS DEL MISMO AUTOR

1.º TRADUCCIONES

a) *del alemán*

«Un milenio de vida griega antigua»; Edit. Labor, Barcelona, 1940.
«Educación política nacional»; Edit. Labor, Barcelona, 1943.
«Los Iconos»; Herder, Alemania, 1943.
«Historia Universal»; Labor, Barcelona, 1956.
«Dioses y héroes» (Leyendas romanas), en prensa; Labor, Barcelona.
«El sentido de la Historia»; Pegaso, Madrid, 1948.
«Filosofía de la Historia»; Pegaso, Madrid, 1951.

b) *del inglés*

«El origen de los Jesuítas»; Pegaso, Madrid, 1953.

2.º LIBROS ORIGINALES

«La Iglesia rusa» (Estudio dogmático y canónico); Consejo S. de Investigaciones Científicas, Madrid, 1948.

«Las Sectas rusas» (Consejo S. de Investigaciones C.), 1949.

«El Catolicismo en Rusia» (Esfuerzos que para atraerse al mundo eslavo hizo el Occidente y repulsa sistemática y ruda de los rusos), en prensa.

«Los Uniatos o católicos de rito eslavo en la Europa Oriental», en preparación.

«El Catolicismo en los países satélites», en preparación.

Los pedidos al domicilio del autor: *Alcántara, n.º 41.* MADRID.

